

De oírce este merequino
recuerdo, como medulable
deber a la ciencia, su
Cinaco q. se profesa un
recuerdo de cariño.

Manuel Z
Boganday Julio 29 77

10 C 12

HISTORIA FILOSÓFICA
DE LA
REVOLUCION ESPAÑOLA DE 1868.

VI-107



D. CÁRLOS RUBIO.

8.871
HISTORIA FILOSÓFICA

DE LA

REVOLUCION ESPAÑOLA

DE 1868

POR

CARLOS RUBIO.

~~~~~  
TOMO I.  
~~~~~



MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE M. GUIJARRO, EDITOR

CALLE DE PRECIADOS, NUMERO 3

1869.



Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro,
y nadie, sin su consentimiento, podrá reim-
primirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA MEMORIA

DE

P. PEDRO CALVO ASENSIO.

Cuando nos abandonaste, preclaro patricio, no dejaste en derredor de tu sepulcro amigos, sino huérfanos. A la manera que á su pueblo Moisés moribundo á vista de la tierra prometida, nos dejaste una gran mision: la de redimir á nuestra patria. Tus amigos, tus hermanos, los que educaste en tu catoniana escuela, hemos procurado cumplirla, y la gran revolucion que ha cortado y aplastado las serpientes de la tiranía, que como las fabulosas á Laoconte encadenaban al pueblo español; la gran revolucion que ha conseguido que Europa atónita vuelva los ojos hácia nosotros, se ha verificado en el aniversario de tu muerte. Corran hoy, en buen hora, á coger los frutos de la victoria los que mas te combatieron en vida y los que menos apreciaron tus esfuerzos despues de muerto. Yo entre tanto, apartado del tumulto en que tantos, así como César ocultaba con laureles su falta de cabellera, ocultan con laureles tambien su falta de cráneo, corro á tu sepulcro olvidado y deposito en él mi humilde ofrenda, considerando que tú eres el verdaderamente grande, el verdadero iniciador y la verdadera alma de la revolucion española.

CARLOS RUBIO.



D. JUAN PRIM.

D. FRANCISCO SERRANO DOMINGUEZ.

D. JUAN BAUTISTA TOPETE.



INTRODUCCION.

I

Prolegómenos revolucionarios.

Las metamorfosis de los pueblos, conocidas con el nombre de revoluciones, son fenómenos complejos, á cuya produccion concurren elementos morales y físicos, y en que, como en las crisis patológicas del cuerpo humano, donde la parte material es la antorcha y la espiritual la luz, los elementos físicos deben ser estudiados por el filósofo, por lo menos con tanta atencion como los morales.

Por regla general no se ha seguido este sistema en las investigaciones políticas. Se han considerado las peripecias del drama humano como caprichos de la fortuna; se ha supuesto casual, cuando no se ha atribuido por el misticismo á una determinacion arbitraria de la Providencia, el nacimiento en este siglo de un historiador, y en el otro de un guerrero; se ha pretendido que tal catástrofe podia ocurrir hoy como mañana; se ha juzgado siempre por resultados, y de aquí el lamentable atraso en que la crítica histórica y la crítica política se encuentran; de aquí el empirismo de los hombres de accion, y de aquí que la teoría haya quedado casi siempre abandonada á la brillante y hueca palabrería de los retóricos.

¿Qué idea han de formarse del progreso humano los que no la

tienen de la marcha de la naturaleza, sin cuyas modificaciones la fé en la progresion ascendente de nuestra inteligencia seria absurda, porque para comprender que nuestro espíritu perciba mas claramente cada dia, es preciso suponer una modificacion diaria en nuestros órganos, que son otros tantos secretarios que le traducen y comunican sus impresiones, otros tantos criados que estraen de las canteras y procuran en los bosques los materiales indispensables para levantar el edificio que quiere construir?

Cuán importante sea para la política el estudio físico de la naturaleza, fácil es de demostrar.

Ferrari, disecando la historia desde los límites mas remotos á que alcanza nuestra vista en el panteon de los tiempos, ha observado que las reacciones y las revoluciones se suceden en períodos fijos como las mareas, y ha intentado, tomando por centro este dato, organizar un sistema de mecánica política no menos regular ni menos exacto que el de la mecánica celeste de Laplace.

Dice Ferrari que toda faz histórica dura treinta años, todo gran período se compone de cuatro fases y termina en ciento veinticinco años, y cada quinientos años, esto es, cada cuatro períodos, el mundo es totalmente renovado. Hace al mismo tiempo observar que los grandes hombres, cuyas espadas ó cuyas plumas parecen decidir de la suerte de un siglo y sirven por largo tiempo de caña de timon á la nave de la humanidad, nunca aparecen solos en la escena del mundo, sino rodeados de otras figuras, que unas veces los equilibran y otras los contrastan; y sonriéndose compasivamente de las diarias agitaciones de nuestro foro, predice grandes sucesos para el año 2000.

La teoría de Ferrari está comprobada en todas las naciones por la cronología, pero mas que en ninguna parte en España y en los tiempos modernos. ¿Qué niño de escuela no puede marcar los grandes períodos históricos, las fases, las épocas desde el siglo xv acá?

Lo que no se toma Ferrari el trabajo de explicar es la causa de la periodicidad de la historia, ni la causa de que en unas épocas se eleven y resplandezcan grandes talentos, de que en otras se vacíen en el molde del tiempo firmes caracteres, y en otras se estienda la nieve de un estéril invierno como un sudario sobre todas las almas,

y la humanidad, metamorfoseada en animal de sangre blanca, yazca aletargada bajo un cielo oscuro y sobre un suelo de cieno y podredumbre.

Voy á aventurar una hipótesis para buscar en el fondo de la incertidumbre la necesaria llave de este enigma.

Hasta los que definen al hombre diciendo que es una inteligencia servida por órganos, se ven obligados á aceptar las relaciones de lo físico y lo moral, que con tanta discrecion y tanto cuidado analizó Cabannis. Tienen que confesar que de las mil circunstancias (entre las cuales la mayor parte pasan para nosotros desapercibidas y son independientes de nuestra voluntad) que rodean la concepcion y contribuyen al desarrollo del feto, depende qué Homero y Dante sean poetas, Alejandro, César y Napoleon guerreros, Demóstenes y Ciceron elocuentes, Cartuche y Anselmo Colet ladrones, Mesalina impúdica y Carlos II de España imbécil.

¿Son siempre las mismas las circunstancias atmosféricas de nuestro globo? No: periódicamente se observan en él alteraciones cuyo resultado son las cosechas mas ó menos abundantes, mas ó menos nutritivas. ¿Hasta qué punto podrán influir las condiciones climatológicas en la cosecha humana? ¿Hasta qué punto será mas ó menos perfecta una generacion engendrada en años de hambre, en que así como á la tierra parece faltarla jugo, deben igualmente faltar sustancias al claustro materno, y en que la alimentacion mas escasa ó menos nutritiva, mas azoada ó menos fosforada de los padres, ha de producir física, materialmente, tantos resultados en el embrion?

Si las condiciones climatológicas se repiten periódicamente como las estaciones, ¿qué extraño es que las generaciones humanas sean tambien periódicas en su desarrollo, y haya algunas de ellas llamadas á construir y otras á derribar, unas que iluminen al mundo con su palabra y su accion, y otras que duerman apáticas sin soñar siquiera, siendo árboles estériles perdidos en el desierto, y en cuyas ramas no se posa ningun ave del cielo para entonar sus melodiosos trinos?

El doctor C. J. Koene, profesor de química y toxicología de la universidad de Bruselas, en sus conferencias sobre la creacion es-

tablece una teoría que esplica físicamente la aparicion y desaparicion, la importancia y el anonadamiento de los grandes pueblos en la historia. Segun este señor, el orbe terráqueo pierde calórico y ácido carbónico diariamente; de manera que los climas, variando, alteran sensiblemente las condiciones de las razas. Las condiciones físicas que ayer solo podia reunir el habitante del polo, deben por lo tanto encontrarse hoy únicamente en Europa, y mañana los habitantes de los climas ahora cálidos respirarán una atmósfera semejante á la de la Siberia.

Dice con completa seguridad: «Los primeros hombres y los primeros animales han vivido en la vecindad del círculo polar de nuestro hemisferio... La Islandia no está hoy habitada sino por enanos, que no parecen semisalvajes sino por la baja temperatura que los ha embrutecido. Si los rusos tienden á acercarse á las regiones tropicales, mas bien lo hacen por instinto que por otros motivos. El pueblo francés es hoy considerado como el mas alegre del mundo. A su vez los españoles y los turcos tendrán esta reputacion cuando los franceses se hayan vuelto tan serios como los habitantes del Norte, y estos á su vez se embrutecerán como los hotentotes, cuando los hotentotes no existan.

Por un cálculo aproximado, es permitido suponer que estos cambios tendrán lugar antes de diez siglos. Admitamos que en el momento de la aparicion del hombre en las regiones polares, la temperatura media fué de quince grados sobre cero, y que ahora sea de otros tantos bajo cero. La aparicion del hombre data de unos seis mil años. Tenemos pues una disminucion de treinta grados en este tiempo, lo cual da cinco grados por cada mil años, y un grado por siglo. Esta baja de temperatura continuará de siglo en siglo, y obligará á los pueblos á acercarse mas y mas al Ecuador. Durante este intervalo, la vegetacion languidecerá á falta de una cantidad suficiente de ácido carbónico, y todos los séres perecerán de hambre y de frio!»

El cálculo de Koene me parece poco exacto. El cómputo eclesiástico, que no da mas que seis mil años de edad al género humano, le ha engañado sin duda. El hombre sobre el mundo debe ser mas antiguo. Además; que el descenso de la temperatura de nues-

11/ 78
 104
 866
 104
 70
 296
 196
 104
 104
 El globo no es tan rápido, lo prueba la esperiencia, como observó Alejandro Humbolt adoptando la teoría de Laplace. «A la manera, dice, que de la igualdad en la duracion de las oscilaciones de un péndulo puede deducirse la invariabilidad de su temperatura, así tambien la constancia de la velocidad de rotacion que anima al globo terrestre, nos da la medida de la estabilidad de su temperatura media. El descubrimiento de esta relacion entre *la duracion del dia y el calor del globo*, es sin disputa una de las mas brillantes aplicaciones que se han podido hacer de un prolongado conocimiento de los movimientos celestes al estudio del estado térmico de nuestro planeta. Sábese que la velocidad de la rotacion de la tierra depende de su volúmen. Enfriándose la masa de la tierra por via de irradiacion, debe disminuir su volúmen; luego toda disminucion de temperatura corresponde á un aumento de la velocidad de rotacion, es decir, á una disminucion en la duracion del dia. Ahora bien: computando las desigualdades seculares del movimiento de la luna, en el cálculo de los eclipses observados en las épocas mas remotas, se halla que desde el tiempo de Hiparco, es decir, dos mil años há, la duracion del dia no ha disminuido ni la centésima parte de un segundo. Se puede por lo tanto afirmar, sin salir de estos mismos límites, que la temperatura media del globo no ha variado de dos mil años á esta parte ni en $\frac{1}{170}$ de grado.»

La especie humana puede por consiguiente aspirar á mas duracion que la señalada por el doctor belga, á quien ha sucedido lo que á otros muchos especialistas, persuadidos de que su ciencia lo abraza todo. Pero en las reflexiones de M. Koene hay algo de verdad. En toda oscuridad hay algo de luz porque hay vida y electricidad, y en toda locura hay algo de intuicion.

Aunque no tan rápidamente como él dice, la temperatura general del globo ha cambiado, y sobre todo la de las localidades especiales es muy diversa de la que ha sido en otras ocasiones. Por eso en climas hoy frios, los eruditos de la naturaleza desentierran momias de floras y faunos de los trópicos; por eso la familia humana puebla sitios antes desiertos, abandonando sus antiguos hogares, como una tribu errante que va siguiendo en su marcha á la primavera, y por eso no debe estrañarnos que naciones antes fértiles en

grandes inteligencias y corazones esforzados se hayan tornado estériles ó hayan muerto, como no nos estraña que un árbol, en otro tiempo robusto y coronado de frutos, falto hoy de sol y de luz, se esterilice, se seque, y solo sea propio para alimentar una hoguera.

Pero se me dirá: Esta manera de estudiar la historia política conduce á algo parecido á las supersticiones astrológicas de la Edad Media. No ya los individuos, sino las generaciones enteras, deberán sacar su horóscopo para conocer su suerte.

Nunca me asustan las consecuencias legítimas de un principio que creo fundado en verdad. Ó no disparar, ó procurar que la bala vaya recta al blanco, y si le traspasa y toca á alguien detrás, ¡cómo ha de ser!

Los astrólogos de la Edad Media eran: unos, farsantes, otros, imbéciles, y otros, ambas cosas á la vez; pero la ciencia que predicaban y que les servia para esplotar al público estaba fundada en una verdad.

Eran sacerdotes hipócritas é ignorantes que pronunciaban oráculos caprichosos desde las gradas del altar de un verdadero Dios en que creia el público y ellos no.

Marchando la ciencia, estudiando el mundo físico, arrancando á la esfinge de la naturaleza el oscuro problema de su existencia, proporcionándose un hilo que la guie en el intrincado laberinto de sus leyes, llegará un momento en que el porvenir de los pueblos y de sus gobiernos pueda predecirse con tanta exactitud como los eclipses, y en que la, hoy cabalística, ciencia política, ocupando una celda en el templo de la diosa Numeria, se eleve serena y tranquila á la categoría de ciencia exacta.

Entonces, ¡qué lástima causarán los vanos cálculos de los empíricos que creen que tienen talento porque saben mentir como mujercuelas, son vanidosos como niños, y usan por zancos y muletas el egoismo envidioso y desconfiado, que es el talento de los tontos! Entonces, ¡qué lástima causarán los pueblos que se hayan agitado, corriendo, como Ixion detrás de su nube, detrás de sueños que en el tiempo en que los perseguian les era imposible alcanzar! ¡Cuánto mas seguro será el éxito de las revoluciones, cuánto mas segura la marcha de los pueblos, y cuánto mas feliz la vida de la familia

humana en su tránsito por nuestro valle de lágrimas y sepulcros!

Pero no es á mí á quien corresponde poner las primeras piedras del templo de esta ciencia. Demasiado hago en mi vida aventurera en que el torbellino de la suerte me lleva con tanta rapidez de un lado á otro, señalando el filon para que los que vengan detrás exploren la mina, marcando el hueco para que otros coloquen la estátua. He hecho esta indicacion físico-política, para que el lector observe que la revolucion española estaba, no solo moral, sino físicamente indicada, y que lo están tambien otras que han de sucederla en breve, otras que los hombres esclarecidos ven acercarse como los marineros en el horizonte la tormenta que tiene aprisionadas las alas en el huevo de una nube, como los médicos por el semblante del enfermo adivinan la crisis próxima de que ha de resultar su muerte ó su salvacion.

Á estas causas climatológicas que he indicado, se reune para producir las revoluciones otra que nace de ellas y las completa, que es su corolario, y que tampoco suele tomarse en cuenta: la educacion.

La generacion vigorosa que piensa por sí cuando todos obedecen á la costumbre, educa á su modo la generacion que la sigue, y esta á su vez á la inmediata; pero el fuego de la primera pira se amortigua en la segunda y se convierte en cenizas en la tercera. Si la primera generacion pudiera todo lo que siente y quiere, y si la tercera sintiera y quisiera todo lo que puede, ¡qué revoluciones tan rápidas y tan completas se harian! La naturaleza ha dispuesto que esto sea imposible, que haya el movimiento del péndulo en las ideas, el golpe y el contragolpe, la estocada y la parada en la esgrima de la discusion, y por eso todas las revoluciones se hacen á medias; son plantas de climas cálidos que se desarrollan en los inviernos del Norte y apenas se levantan enanas sobre la tierra, habiendo nacido con suficiente jugo para elevarse hasta el cielo y cubrir un hemisferio con la sombra de sus ramas.

En España, la generacion que produjo las Córtes de Cádiz educó la de 1820, la de 1833 produjo la de 1840 y la de 1843, que produjeron juntas la de 1854, y la actual es el resultado de todas estas.

Muchas de las timideces, muchas de las vacilaciones que en nuestra revolucion admiran, son el resultado de la mezcla de elementos heterogéneos que en ella luchan como en un caos, y del poco campo que se da á la juventud, que es quien sobre su pecho trae la sagrada eucaristía del verbo del porvenir, la que ha de pronunciar la milagrosa palabra de órden.

Por fortuna, si la juventud posee verdaderamente el sagrado *fiat*, se abrirá camino por sí.

Los cristos no necesitan que se les dé cátedra; se la toman, y los siglos los escuchan y obedecen en silencio.

Por último, hay una causa contribuyente á la revolucion, que podríamos llamar antitética: una nacionalidad ó un grupo de nacionalidades, muchas veces una raza, se encuentran solicitadas por dos fuerzas contrarias como las que producen los dos movimientos del orbe: la fuerza de la época y la que las obliga á tomar una posicion política contraria á la de las naciones cuyos intereses son opuestos á los suyos. Si estas naciones son republicanas, la nacion, el grupo ó la raza de que se trata, fatalmente, obligada por el interés de su propia conservacion, será absolutista, y viceversa.

Hoy se prepara en Europa la gran lucha contra Rusia; lucha que ha de ser la gran revolucion de nuestro siglo, y de la cual todas nuestras revoluciones locales no son mas que preparativos, notas de la sinfonía de la ópera que han de escuchar nuestros hijos y nuestros nietos. Rusia ha de representar la autoridad en esta lucha que ha de preceder á la de los continentes, en que España, por su posicion geográfica y por su historia, si los gobiernos no se arrancan voluntariamente los ojos, ha de desempeñar el papel de juez del campo, y para esta lucha es preciso, es indispensable que ciña sus riñones como los guerreros judíos, que se arme con la espada y que levante con mano fuerte la bandera de la libertad.

De los otros elementos que á producir una revolucion concurren, no necesito hablar, porque su conocimiento está al alcance del vulgo, que generalmente toma los efectos por las causas, y que lleva en andas las engrandecidas imágenes de las moscas que descansando sobre el mástil creen hacer andar el coche con sus esfuerzos, cuando ellas son las conducidas.

Dejemos su vanidad á los políticos liliputienses, porque si se la quitamos, ¿qué les queda? No turbemos la infantil alegría de los que mirándose al espejo se creen grandes hombres cuando un decreto publicado en la *Gaceta* les autoriza á vestirse con el traje de los altos funcionarios, y como personas serias y formales á quienes ya no distraen los juguetes, estudiemos gravemente el derrotero de la humanidad.

II

Elementos revolucionarios.

En toda revolucion, el público ve la comedia, el drama y la tragedia, pero casi nunca se acuerda de llamar al autor.

Esto consiste principalmente en que toda revolucion es obra de un partido político, representante de una necesidad social en apariencia, y en el fondo de uno de los dos principios antitéticos que hacen girar, como los mundos en el espacio, las sociedades organizadas.

Todo partido es primero una escuela y despues un ejército: el hombre que crea la escuela, el que siembra el grano, el que descubre el flaco del poder constituido, el que construye en su imaginacion el plano de la nueva ciudad, necesita para romper la tierra un arado, para herir al enemigo una espada, para destruir y edificar picas y llanas.

Algunas veces se asusta y grita con Guichardin:

—¡Ay! Si pudiera hacer una revolucion por mí solo, pronto la haria y seria completa; pero no quiero hacerla con locos y con pillos.

Pero otras muchas veces, el sacerdote de la idea tiene el valor del caballero romano que se arrojaba al abismo para salvar la república ó al menos su honor. Ve la nave del Estado aprisionada entre los hielos, coge su hacha y la abre camino sin ocuparse de su personalidad, ni mucho menos de quién ha de ser el piloto que des-

pues la guie. Nada le importan las advertencias de Sammarco, que declara que es muy fácil derribar los gobiernos constituidos; éstas levántadas sobre losas funerarias con que se pretende cerrar los cráteres de los volcanes; pero que al mismo tiempo hace observar que el revolucionario nunca reina ni consigue su objeto. Se sonríe cuando se le lee el párrafo del Eclesiastes, que dice: «*Civitas parva, et pauci in ea viri: venit contra eam rex magnus, et vallavit eam, extruxisque munitiones per gyirum, et perfecta est obsidio. Inventusque est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit urbem per sapientiam suam, et nullus deinceps recordatus est hominis illius pauperis.*»

Lo que quiere decir en castellano, segun la traduccion del padre Scío: «Habia una ciudad pequeña, y pocos hombres en ella: vino contra ella un grande rey, y cercóla, y levantó fortalezas alrededor y quedó concludido el cerco. Y se halló en ella un hombre pobre y sabio, y libró la ciudad por su saber, y despues ninguno se acordó de aquel hombre pobre . . .»

Los que así proceden, altos ejemplos de abnegacion y consecuencia, son utilísimos á las naciones, son las gradas vivientes de la escala de Jacob, por donde se va elevando la humanidad. Fieles como perros á la causa del pueblo, como perros suelen ser tratados; pero ¿qué les importa? Su conciencia les recompensa; y cuando tantos impuros se aprovechan de su sangre y de sus lágrimas y malgastan el oro que ellos han producido, en oscuros antros, á la luz de la lámpara del estudio, con una alquimia que la naturaleza les ha revelado en sus horas de éxtasis, se sonríen como el mercader que recibe piedras preciosas de los salvajes, dándoles en cambio pedazos de vidrio.

Lo malo es que los continuadores de la revolucion, los hombres *prácticos* suelen no conocer el plano, y por lo tanto no ser capaces de proseguir la obra de que vanidosamente se encargan, y que desdenosamente se les confia.

El cazador que ha matado el ave la abandona á su criado, que la suele quemar al guisarla; de aquí que prepondere generalmente

¹ Cap. IX, vers. 14 y 15.

en el mundo la política de los hombres que consideran la especie humana dividida en dos razas: una que nace para mandar, y otra para obedecer; una de pastores, y otra de rebaños; una que crea en el evangelio de Cristo, y otra que tenga por evangelio el tratado de Maquiavelo, que es el extracto de la política de Tiberio, ó cuyo evangelista sea Fra-Paolo, á quien tanto habia estudiado, como al mismo Tiberio, Robespierre; porque sea monárquica ó republicana la forma del Estado, siempre hay hombres que se ponen á su frente, no para procurar el bien comun, sino el suyo particular, y lo mismo encadenan á los pueblos con los dorados y ostentosos lazos del imperio, como con las férreas ligaduras de la república.

La revolucion mas grande que el mundo moderno conoce es sin disputa la aparicion del Cristianismo. El Evangelio es un himno de amor cantado por los aborrecidos. El *gloria in excelsis* entonado por los condenados, es una protesta eterna de todos los despreciados, desde el publicano y la mujer adúltera, desde Lázaro y el Ladron, hasta el pobre de espíritu; es una protesta contra todas las supersticiones, hasta la de la oracion, como se ve en el sermon de la montaña, base y fondo de toda la doctrina cristiana; es una protesta contra todas las autoridades civiles, militares, religiosas y políticas, hasta la del padre y la madre. (San Mateo, cap. X., vers. 37; id., capítulo XII, vers. 48, etc.) Y por eso los Santos Padres rechazaban á los cristianos que acudian á los jueces para dirimir sus diferencias; y por eso se oponian á que pagasen el tributo de sangre y peleasen entre los ejércitos; y por eso Cristo fulminaba todas las iras de su elocuencia contra los fariseos que tenian un formulario religioso, y no contra los saduceos, que negaban la inmortalidad del alma; y por eso si pagaba tributo al César el mismo Cristo, hacia observar que era solo para no dar escándalo; y por eso, por último, en todos los Santos Padres se ven tantos ataques á los ricos, tantas declamaciones socialistas y comunistas, que como observaba juiciosamente un autor francés de nuestros dias, hubieran conducido á la cárcel á quien osara repetir las en una plaza pública. La célebre frase de Proudhom «La propiedad es un robo,» sin las atenuaciones de que este autor la hace seguir, no es sino la traduccion de la frase de los sermones de varios Santos Padres.

San Clemente, papa, decia: «La vida comun (¡el comunismo!) es obligatoria á todos los hombres.» (*Act. concil.*) Añadiendo: «El uso de lo que hay en el mundo debe ser comun; LA INIQUIDAD únicamente ha hecho decir á uno «esto es mio», y á otro «esto me pertenece.» De aquí ha nacido la discordia entre los mortales.»

San Ambrosio dice: «La naturaleza ha engendrado el comunismo; LA USURPACION ha producido el derecho de propiedad.» (*Serm. 64 in luc., cap. XVI.*)

San Jerónimo esclama: «Los que poseen grandes bienes no son ricos sino por su propia injusticia ó la de aquellos á quienes han heredado.» (*Carta á Hedibia.*)

San Juan Crisóstomo escribe: «Los ricos y los avaros son LADRONES que atacan en los caminos, donde despojan á los viajeros.» (*De Lazaro, concio I.*)

San Gregorio va mas allá, y hé aquí sus palabras: «No basta no robar á otro lo que tiene; no se crean inocentes los que se apropian los bienes que Dios ha hecho comunes; no dando á los otros lo que han recibido, se convierten en asesinos y homicidas... y debe decirse que han dado muerte á cuantos hubieran podido alimentar. Cuando damos á los necesitados... les damos lo que es suyo, pagamos una deuda.» (*Reg. Past., 3, 22.*)

Sobre todo en la Iglesia cristiana resplandece una figura que el pueblo instintivamente ha tomado por símbolo del Cristianismo: la pura, la bella, la ideal imágen de María.

Adornada con la corona de azucenas de la virginidad y con la divina aureola de la maternidad, humilde é incapaz de odio como el zándalo que herido por la cuchilla la embalsama, teniendo en sus brazos al que tiene en la mano al universo, intérprete de todas nuestras quejas, paño de lágrimas de todos nuestros pesares, es la personificación del amor, es la trasustanciacion mas bella de la mas pura poesía celeste.

Pues bien; el Cristianismo, apenas dió el impulso revolucionario á la tierra, apenas derribó los antiguos templos paganos, ensangrentados por las víctimas expiatorias, manchados con la lascivia de las Lais y de las Mesalinas, se convirtió en una escuela de terror organizado, y los pontífices y los obispos y los simples sacerdotes

sobrepusieron en crueldad á los antiguos fanáticos. En nombre de Cristo, en nombre de los apóstoles predicaron el esterminio de los opuestos á su creencia, quemaron bibliotecas, quemaron hombres, procuraron quemar hasta el espíritu humano. Establecieron por regla de conducta para los gobernantes el sistema de desconfianza, de egoismo, de dolo y de terror; se valieron de los bárbaros y de sus pasiones salvajes como de instrumentos de destruccion y de dominio; declararon con Capelloni que «el crimen, no solo es útil á los Estados, sino á la religion y á Dios mismo,» porque César Borja por medio de crímenes restauró el pontificado, y consideraron el libro mas útil para los gobernantes, despues del que enseña todos los medios de hacerse obedecer, el de Bruccioli, en el cual se esplican *«ciento ocho maneras de hacer dinero empleadas por una porcion de repúblicas, de reyes y de emperadores, segun los autores griegos, latinos y hebreos.»*

Ferrari, que ha leído este libro, depositado inédito en la biblioteca Magliabecchi, observa que el digno autor aconseja á los príncipes batir moneda falsa, vender amnistías, hacerse prestar la vajilla de los ricos sin volverla, tomar á préstamo sobre prendas reclamando la prenda al dia siguiente, y esclama: «Nada iguala á su diligencia para enumerar todas las torpezas de la Hacienda, y cuando se llega al ciento octavo medio de Laurencio el Magnífico, que pedía á los conspiradores tanto dinero como habian gastado contra él, se admira el lector de haber llegado al fin sin encontrar entre sus recursos el de robar las diligencias.»

Esto debia consistir en que en tiempo de Bruccioli, las diligencias no eran conocidas; pero los señores feudales que asaltaban á los mercaderes en medio de los caminos, y los clérigos que se hacian pagar el derecho de pernada, eran mas listos y tenian mas recursos que el mismo Bruccioli.

¿No seria posible que alguna vez los mismos hombres que iniciaban una revolucion la coronasen y dirigiesen, y se estableciera un gobierno en que solo pudieran mandar hombres inteligentes y honrados?

Yo creo que no hay mas que dos partidos en el mundo: el de los hombres de bien y el de los que no lo son; el de los que no tienen

mas ninfa egerea que su egoismo, y el de los que solo miran á la utilidad comun. Entre los hombres egoistas solo puede haber disensiones, todas las discusiones son de mala fé, todas se envenenan, todas son luchas de gladiadores, batallas en que cada cual trata de deshacerse de su adversario, y en que para luchar no se repara en la bandera que se defiende, con tal de que sea opuesta á la que enarbolaba aquel á quien se envidia ó se aborrece. Por eso ha habido en el mundo tantas luchas sangrientas por motivos ridículos; por si estos querian comer á Dios con pan, aquellos á Dios solo, y los otros pan sin Dios; por si el mundo está sostenido por cuatro águilas ó por cuatro elefantes; por cuántos ángeles podrian sostenerse sobre la punta de una aguja, y por averiguar si Cristo hubiera podido venir al mundo, no en forma humana, sino en la de asno ó calabaza, y caso de haber venido en forma de calabaza, cómo hubiera podido predicar y ser crucificado.

Las discusiones de los hombres de buena fé son fáciles de arreglar. Mas que otra cosa, pueden considerarse como conferencias científicas desinteresadas. Animados todos del deseo de buscar la verdad, se comunican recíprocamente sus luces, disecan como anatómicos, deducen como matemáticos, y se convencen como sabios. Les es fácil hacer su parte á la teoría y á la práctica, porque la política es semejante á la ciencia náutica. En un navío de vela debe el gobernante saber el punto adonde se dirige, pero no marchar siempre en línea recta, sino aprovechar los vientos y las corrientes de manera que cuando le sean contrarios no le estorben, y cuando le sean favorables le ayuden.

No deben cansarse los amigos del pueblo en predicar á las masas la desconfianza respecto á los que se aprovechan de las revoluciones en el momento en que han triunfado: son los merodeadores y los cuervos que acuden al campo de batalla en la noche que sigue á la victoria.

El que ha hecho triunfar su idea se retira á descansar, satisfecho con haber cumplido con su deber. Los que antes le asaeteaban corren á aprovecharse de su triunfo, y la nacion se encuentra siempre dominada por los mismos hombres con distintos trajes. Es el leon devorado por las mismas serpientes que han cambiado de ca-

misa, ó cuando mas, que se ha libertado de las que ya estaban satisfechas, y es encadenado y devorado por otras hambrientas.

Debe tambien el pueblo estar muy precavido en los momentos revolucionarios contra los tribunos que hacen del fanatismo una virtud para ocultar con sus exageraciones del dia siguiente sus timideces del dia anterior; y debe por último desdeñar á los que de los servicios revolucionarios levantan un acta para obtener premio. Quien combate por el bien de su país no debe tener otra paga que la inscripcion sobre su puerta que los espartanos pusieron en la tumba de los trescientos. El que despues de una revolucion se apodera de los altos puestos de la república, y se hace pagar crecidos honorarios, demuestra que no ha querido tanto el bien del país como escamotear una posicion que no merece.

III

Escrescencias revolucionarias.

Cuando los parásitos se apoderan de la mesa del presupuesto, siendo harpías de la revolucion, el público presencia escenas que serian cómicas si no tuvieran un fondo trágico. Son como ciertos accidentes que hacen reir á quien los mira y dan la muerte á quien los sufre.

Muchos de los gobernantes, palinuros improvisados, saben tanto de dirigir la nave del Estado como los anacoretas de regir una cocina régia. No pocos, caballos de escuadron, siguen la marcha sin obedecer al ginete, por las pisadas del caballo que ha ido delante, y son tan reaccionarios como sus antecesores, porque no comprenden que haya nada nuevo mas que lo que han visto hacer. Son monos que habiendo visto afeitar, degüellan; son practicantes que habiendo visto en un médico recetar á un pulmoníaco sangrías y sinapismos, se las aplican igualmente á un tísico, diciendo: «Pues aqúel enfermo se curó con este remedio, este otro debe curarse igualmente.»



Y cuando no se cura apuntan en su libro de memorias las profesiones de ambos, y viendo que el primero era albañil y el segundo cerrajero, añaden por corolario: «Sangrías y sanguijuelas, buenas para los albañiles y malas para los cerrajeros.»

No pocos de los que en la primera efervescencia revolucionaria se erigen en grandes hombres, que como los antiguos gigantones del Corpus, llevan un pícaro dentro, se asustan de su propia situación á semejanza de los niños que subiendo á una torre se marean mirando abajo, y usan el mismo lenguaje que usaban sus adversarios cuando ellos los combatian.

Desde la oposicion: «¿Para qué encadenar al pueblo? ¿para qué oprimirle? ¿para qué oponerse á las manifestaciones de la opinion pública? Los que cierran herméticamente la caldera de vapor, son los que la hacen estallar. Los gobiernos opresores son los únicos responsables de los desórdenes públicos, y sobre su frente caerá la sangre derramada en la Saint Barthelemy y en las dragonadas de San Daniel y San Cándido.»

Desde el poder: «Es preciso hacer respetar el principio de autoridad: el pueblo es un rebaño que cocea y muerde, apartándose del instinto natural á todas las ovejas; es preciso tratarle á latigazos. Nosotros, los que cobramos seis mil duros de sueldo como ministros, y tendremos mañana de treinta á cuarenta mil reales de cesantía, como premio que la nacion nos otorga por la abnegacion de que hemos dado prueba no habiéndonos presentado nunca en la hora del peligro durante la revolucion, declaramos con toda la buena fé de que fué ejemplo Fernando VII cuando habiendo jurado la Constitucion hizo arrastrar y ahorcar á Riego, salvador de su vida, que cumpliremos hasta cierto punto lo que ofrecimos al pueblo para que se sublevase, esto es, que mantendremos nuestras posiciones impidiendo recuperarlas á nuestros adversarios; pero si el pueblo se incomoda porque no variamos la forma de gobierno y continúa la misma religion con otros sacerdotes, no hay duda que le ametrallaremos con mejores cañones que nuestros predecesores, porque en el extranjero se han inventado mejores cañones que los que antes se conocian, desde que nuestros maestros han fallecido; y únicamente pueden decir que hemos tratado de escamotear puestos importantes

y posiciones brillantes los que han quedado reducidos al estado de clases pasivas, porque hemos necesitado sus puestos para colocarnos nosotros ó colocar á nuestros amigos.»

Alguna vez sucede que en la revolucion ha tomado parte un hombre de buena fé que ha corrido los peligros como el mas alentado, que ha padecido privaciones como el mas sufrido, que ha vuelto á España desdeñando las mas altas posiciones, porque ha creido que no debia obtener paga alguna por servir á su país, y que encerrado en su casa, solo procura ganar honradamente con su trabajo el dinero suficiente para pagar las deudas que la revolucion le ha hecho contraer.

Un hombre así es un remordimiento vivo para los parásitos de que hablamos: él es honrado, y ellos son el reverso de la medalla.

Entonces, como no pueden combatirle frente á frente porque han visto por esperiencia que tiene corazon, brazo y espada, buscan para destruirle un camino subterráneo y apelan á la calumnia, que le envenena hasta el agua que bebe, que se desliza silenciosa y rastreramente hasta en el corazon de su familia, donde, como una culebra, muerde y escupe su veneno, y ya que no pueden conseguir respecto á él sino romperse los dientes mordiendo la lima, no se avergüenzan de dar pública prueba de su impotencia.

No tengan cuidado los pueblos. Los políticos de alubion, los héroes del dia del triunfo, pasarán como nubes de tempestad. Son insectos que, parándose, quieren detener las ruedas del carro del universo. Dios sigue riendo. La humanidad sigue marchando. Lo que ha de ser será. Ellos que tanto se ufanan, porque como el antiguo jefe indio, que todas las mañanas señalaba al sol el camino que habia de recorrer, señalan á la humanidad la via por donde ha de cruzar en el desierto del tiempo, ellos habrán muerto y estarán enterrados bajo el polvo del olvido cuando algunos de aquellos á quienes se haya querido abrumar con sus calumnias crezcan y se levanten robustos como cedros en cuyo tronco la humanidad haya escrito alguna de las notas de sus memorias. Y la humanidad seguirá marchando, y las generaciones que nos sucedan no les concederán, no ya la gloria de los grandes conquistadores, de los grandes políticos, de los grandes oradores, sino ni siquiera la gloria que han

obtenido Bucéfalo, el caballo de Alejandro, Babieca, el caballo del Cid.

IV

Equivocacion.

Los extranjeros han tenido generalmente respecto á España dos preocupaciones capitales: han creído á nuestro pueblo esencialmente fanático y esencialmente monárquico.

Me es preciso, indispensable, combatir estas dos supersticiones de espíritus levantados, pero poco amigos de estudiar la naturaleza en sí, y mas aficionados á disecarla en los libros donde los retóricos dan tanto motivo de risa á los hombres experimentados, como Virgilio á Napoleon ¹.

¹ Como esta cita será incomprendible para muchos lectores, y como el documento á que se refiere es poco conocido, me parece conveniente copiarle aquí, por mas que parezca impertinente al asunto de mi libro.

Decia Napoleon: «El segundo libro de *La Eneida* se considera como de obra maestra de este poema épico: merece esta reputacion por el estilo; pero está muy lejos de merecerla por el fondo.

El caballo de madera podia ser una tradicion popular, pero esta tradicion es ridícula é indigna de una epopeya. No se ve nada semejante en *La Iliada*, donde todo es conforme á la verdad y á las prácticas de la guerra.

¿Cómo suponer á los troyanos bastante imbéciles para no enviar siquiera una barca pescadora á la isla de Tenedos, asegurarse á ver si los mil navíos de los griegos se habian detenido allí, ó habian realmente partido?

Desde lo alto de las torres de Ilion se descubria la rada de Tenedos. ¿Cómo creer á Ulises y á la flor y nata de los griegos bastante ineptos para encerrarse en un caballo de madera, es decir, para entregarse atados de piés y manos á sus implacables enemigos?

Suponiendo que este caballo contuviese solamente cien guerreros, debia ser de un peso enorme (unos 7.365 kilogramos), y no es probable que haya podido ser llevado desde la orilla de la mar á los muros de Ilion en un dia, teniendo sobre todo que atravesar dos rios.

Todo el episodio de Sinon es inverosímil y absurdo. Los recursos del poeta, la

V

Fanatismo.

Pocos pueblos hay como el español independientes en materias religiosas. Por regla general, ningun pueblo es religioso, y todo lo que se dice respecto al fanatismo, es una preocupacion de escuela.

Para convencerse de ello basta observar la facilidad con que todas las naciones cambian de religion cuando se lo mandan sus reyes y entreven en el cambio una ganancia material. Se dice que se combate por Santiago ó por Mahoma; pero en realidad por lo que se combate es por la hogaza. Los moros y los cristianos que se de-

elocuencia del discurso que pone en boca de Sinon, no disminuyen este absurdo en manera alguna.

Sin embargo, es preciso que el caballo sea el dia de la partida de los griegos introducido en Troya, sin lo cual seria aún mas increíble que los mil navíos de los griegos pudiesen tan cerca de Troya quedar ocultos.

El hermoso episodio de Laoconte se recomienda por sí mismo; pero no puede disminuir la mancha de torpeza de la conducta de los troyanos, porque se podria dejar muchos dias el caballo en el campo en su posicion, y asegurarse de que la flota enemiga se habia alejado antes de llegar á las murallas al introducirlo en la ciudad.

Los guerreros encerrados en el caballo de madera, á quienes Sinon facilita la entrada, no salen sino cuando la flota de los griegos, partida de Tenedos á la hora en que todo duerme y la noche es oscura, ha desembarcado el ejército.

Esto no puede pues ser antes de la una de la noche; á esta hora es cuando el cuerpo de guardia se duerme y Sinon facilita el paso.

La accion del segundo libro de la destruccion de Troya pasa pues desde la una de la mañana hasta que sale el sol, es decir, en tres ó cuatro horas.

Todo esto es absurdo. Troya no ha podido ser tomada, quemada y destruida en quince dias; Troya encerraba un ejército; este ejército no se ha escapado; ha debido pues defenderse de casa en casa.

Eneas, arrojado de casa de su padre en un bosque á media legua de Troya, solo sabe por la aparicion de Hector la toma y el incendio de la ciudad.

Aunque la casa de Anquises estuviese á dos leguas de la ciudad, el ruido del tumulto de la toma de la ciudad, y el calor del incendio de las primeras casas, hubieran despertado á los hombres y á los animales. Ilion no ha caido en una sola noche, sobre todo en una noche tan corta; y aunque el ejército que la defendia la

güellan, se parecen á aquellos dos caballeros que se desafiaron porque el uno sostenia que el Tasso era mas poeta que el Dante, y el otro que el Dante era mas poeta que el Tasso; y cuando el uno cayó herido de muerte, exclamó: «No siento morir: lo único que me duele es no haber leído nunca el Tasso, á quien apadrinaba.»

Cuando los pueblos se batían por la Inmaculada Concepción, por la transubstanciación, por si es ó no la luz del Orbe la que los griegos ven mirándose el ombligo, por si unos frailes deben llevar la manga mas ancha ó mas estrecha, y por si es propiedad de los franciscanos lo que comen ó solo les pertenece en usufructo; cuando los pueblos se batían sobre si debe regir en España cuando se diga misa el ritual romano ó el muzárabe, sobre si (no me atrevo á ponerlo en español ni aun en latin), sobre si ocurrió á la Virgen María cuando cohabitó con ella el Espíritu Santo la suciedad de que

hubiese evacuado, hubiera sido materialmente imposible al ejército griego tomar posesión de la ciudad y destruirla sino en muchos días.

Eneas no era el solo guerrero que se encontraba en Ilion; sin embargo, no habla sino de sí.

Los demás héroes que representan un papel tan brillante en *La Iliada* han debido también por su parte defender cada uno su distrito.

Una torre cuya cima se elevaba hasta los cielos, era sin duda de piedra; no se comprende cómo Eneas, en pocos momentos y con el socorro de algunas palancas, ha podido derribarla sobre la cabeza de los griegos.

Si Homero hubiese tratado de la toma de Troya, no lo hubiera hecho como de la de un fuerte. Hubiese empleado el tiempo necesario: por lo menos ocho días y ocho noches.

Cuando se lee *La Iliada* se comprende á cada instante que Homero ha hecho la guerra, y no, como dicen los comentadores, que ha pasado su vida en las escuelas de Chio.

Cuando se lee *La Eneida* se comprende que esta obra ha sido escrita por un regente de colegio que en su vida ha hecho cosa alguna.

No se explica lo que ha podido decidir á Virgilio á comenzar y acabar la toma, el incendio y el saqueo de Troya en pocas horas.

En este corto espacio hace llevar todas las riquezas á los almacenes centrales: la casa de Anquises debía estar muy cerca de Troya, pues que en estas pocas horas, y á pesar de los combates, Eneas hace á ella muchos viajes.

Diez y siete días necesitó Scipion para quemar á Cartago, abandonada por sus habitantes; once días se necesitaron para quemar á Moscow, aunque casi construida con maderas, y cuando se trata de una ciudad tan estensa, el ejército conquistador necesita muchos días para posesionarse de ella.

hablan los autores canónicos y las obras de los padres jesuitas aprobadas por la Compañía; cuando los pueblos se baten por los misterios de la Trinidad, cuya esplicacion el mismo San Agustin encontraba tan difícil por una revelacion milagrosa, como volcar el mar con una concha en un hueco abierto en la playa por un niño, ¿creeis ni remotamente que el interés religioso es el que mueve á los paisanos ni á los soldados que blasfeman combatiendo?

Lo que les anima, lo que les mueve al combate, es un espíritu belicoso, es su deseo de medrar, es su afan, burlándose de Dios y del diablo, de obtener buen dinero y carne fresca en el saqueo, y por eso no se aborrecia á los judíos en España cuando prestaban, y se los consideraba como deicidas cuando reclamaban sus deudas á los españoles, y por eso no se desterraba de España á los árabes sino

Troya era una gran ciudad, puesto que los griegos, que tenian cien mil hombres, nunca pretendieron circunvalarla.

Cuando Eneas vuelve esta misma noche á Ilion, encuentra á Ulises guardando el botin en que están acumulados todos los tesoros de Troya.

Tan sola esta operacion necesita mas de quince dias; y el momento de desorden subsiguiente á la toma por asalto de una ciudad no es el mas á propósito para divertirse en acumular riquezas en los almacenes centrales.

Desde la una las á cuatro de la madrugada, es decir, en tres horas, Eneas ha estado en Troya, ha llevado á cabo todos los combates de que da cuenta, ha defendido el palacio de Priamo, ha vuelto á buscar á Crensa, ha encontrado la ciudad sometida, enteramente ocupada por el enemigo, y los almacenes cerrados. No es así como debe marchar la epopeya, ni es así como marcha Homero en *La Iliada*. El diario de operaciones de Agamenon no seria mas exacto respecto á las distancias y al tiempo y respecto á la verosimilitud de las operaciones militares que esta obra maestra.»

Preguntarán algunos lectores qué tiene que ver esta cita con la Historia de la Revolucion: podría contestar primero, que es un esparcimiento literario que me permito por capricho; segundo, que á falta de adornos propios me gusta dar variedad á mis libros con riquezas ajenas; pero la verdadera verdad es la tercera. En nuestro tiempo se confunde generalmente la forma del estilo del escritor y del orador con el verdadero talento, y sobre todo con el talento político.

Hay pocos autores que se aproximen á Virgilio en la belleza de la diccion, en el colorido, en la invencion poética, y sin embargo, por este juicio de Napoleon, en general exacto, se ve lo que son sus mejores concepciones despojadas del traje poético.

En *La Eneida*, esta es una falta sin consecuencia; en un discurso político, en un manifiesto de partido, en un programa ministerial, ¡qué trascendencias tan horribles podrá tener la preocupacion del público, que cree que hablar bien es lo mismo que pensar bien!



diciéndoles al mismo tiempo que no se llevasen ninguna cantidad en ropas, alhajas, plata ni oro.

La historia de la Inquisicion parece á primera vista una historia de la supersticion española, y no es en realidad sino una historia del embrutecimiento, del egoismo español.

Desde los Reyes Católicos, en que la Inquisicion empezó á ser una institucion política, no se consagró mas que á destruir á los ricos, á los cuales los inquisidores y los reyes embargaban sus bienes. Los grandes del reino se vieron en la alternativa durísima de ser peces ó cocineros, segun la gráfica frase de don Juan Nicasio Gallego. Los ricos y grandes del reino prefirieron ser cocineros á ser peces, y por eso se alistaron entre los familiares de la Inquisicion. Los que no siguieron su ejemplo fueron quemados por un tribunal que tenia tanta suspicacia que formó procesos como hereges á Carlos V y Felipe II ¹.

El pueblo, al ver que se atacaba á los grandes por los inquisidores, se divertia como al ver que el rey Monje, siguiendo el consejo del abad de su convento, cortaba las cabezas de sus opresores, y por eso no habia vieja redomada ni muchacho despierto que no llevase su astillita al quemadero para asar á aquellos pobres hombres ó á aquellas pobres mujeres que habian tenido tratos con los frios espíritus incubos y subcubos, que habian tenido el mal gusto de comer carne de muerto podrida, y de besar al diablo en un agujero debajo del rabo.

Pero este mismo pueblo tambien se indignaba cuando en nombre de la religion se le pedia un tributo, fuera de dinero ó de sangre, y esclamaba con Lope de Vega:

Bien mirado, ¿qué me han hecho
Los calvinistas á mí?
Jesucristo los crió
Y puede por varios modos,
Si quiere, acabar con todos
Mucho mejor que no yo.

El pueblo español, como todos los pueblos, es supersticioso, cree

¹ El proceso de Felipe II existe todavía en Roma, aunque sin acabar.

en brujas, cree en trasgos, cree en el mal de ojo, cree en la fortuna que da el salir de casa con el pié izquierdo ó con el derecho, cree cuando mas en el santo de su parroquia, alguna vez la mujer cree en el cura y el marido en la monja; pero ni es religioso ni sabe lo que es serlo.

En España, donde ha habido Inquisicion, donde los extranjeros tienen tanto miedo de entrar como en una ratonera, porque son tan ignorantes como nosotros, que es cuanto hay que decir, es tan fácil establecer la libertad de cultos, ó por lo menos la tolerancia, que basta para conseguirlo un reglamento de policia urbana y una toma de algun escitante en los gobernantes para que no se les desmaye el corazon al oír gritar á cuatro mujeres acompañadas de sus amantes ó sus maridos en medio de la plaza pública, mujeres que, si no se las hace caso, no llevarán sus escesos á mas que, pues no han puesto comida en su casa, ir á devorar en un figon carne de gato ó perro con patatas.

Decia Beaumarchais que solo los hombres pequeños se asustan de los libritos. Solo los gobernantes liliputienses pueden asustarse de manifestaciones mujeriegas. El hombre de Estado que en España se acobarde ante manifestaciones públicas ó privadas de monjas y de niñas de escuela, el hombre de Estado que no conozca el carácter del país, que no tenga el valor de Cárlo Magno ni el de Recaredo, que no solo ya no sepa manejar el cetro, sino ni siquiera la rueca de la maestra de escuela, que necesite apelar á los que cargan cañones contra las que no pueden manejar mas que agujas y alfileres, no solo está por debajo de la revolucion, no solo no puede montar en su carro, que es el de la tormenta, sino que hasta es indigno de subir como lacayo en el coche de la reaccion, que es el de la peste.

VI

El peligro de las revoluciones.

En medio de las tormentas revolucionarias, pocas veces ocurre que mientras todos pierden la razon, no haya alguno que conserve

la suya fria y serena, que no aproveche todas las torpezas de los demás y no llegue á dominar las facciones hasta el punto de destruir unas, y hacer de las otras, ó cadenas, ó mangos de hacha para esclavizar y herir al pueblo.

Los congresos, las tribunas de los demagogos, sirven, como la capa del torero, para distraer á la multitud, y mientras muchos hablan y se confunden con su palabrería, no falta quien estudia matemáticamente la situacion y se prepara para presentarse al fin del drama como el *Deus ex maquina*.

Unas veces está solo; otras tiene ayudantes que son como ojeadores que le traen la caza adonde la espera sentado con el fusil en la mano.

En España, una gran parte de nuestra historia moderna será inesplicable para nuestros descendientes, porque nadie cuenta ni siquiera repara en ciertos trabajos subterráneos, enjendradores de grandes peripecias políticas.

No hablo de los sobornos de la reaccion, que muchas veces se disfraza de liberal para herir á los que abraza, asemejándose á los demonios de la leyenda, que para tentar á los anacoretas tomaban la forma de ángeles.

El último dia que estuve en París, al despedirme de don Joaquin Aguirre para marchar con Baldrich á Tarragona á iniciar la revolucion, tuve el honor de hablar con el excelentísimo señor don Manuel Cortina, que con su habitual lucidez de palabra y de inteligencia, nos contó anécdotas curiosísimas respecto á las maquinaciones reaccionarias de 1820 á 1823, confesándonos haber quemado datos que hubieran ennegrecido la memoria de algunos al parecer Catones, á quienes el gobierno de Fernando VII y la Santa Alianza pagaban un sueldo para que representasen el papel de diablos predicadores, y exacerbando á los cándidos, asustasen á las gentes honradas. La infanta Carlota tenia, si no recuerdo mal, escritas unas Memorias preciosísimas en que habia insertado cartas de revolucionarios, traidores al pueblo, que mantenian con palacio relaciones misteriosas, harto mas criminales que las descubiertas en el armario de hierro al conde de Mirabeau. No sé adónde ha ido á parar este libro, porque aunque le seguia la pista, perdí sus huellas cuando

tuve que emigrar; pero si algun dia parece, será un buen complemento de nuestra historia, ó por mejor decir, el reverso de la política contemporánea.

De lo que yo quiero hablar es de los conciliábulos formados por algunos ambiciosos, escépticos en moral y tahures en política, que se reunen para hacer fortuna vendiendo su alma al demonio de la intriga, y que alistándose en diferentes partidos para ayudarse mutuamente, esplotan la credulidad pública, presentándose ante el pueblo, ya como Marios, ya como Silas, pero procurando siempre fingir entre sí combates de comedia, dar torneos cuando se les piden batallas, deslumbrar al público, y apoyarse para escamotear el poder; riéndose cada uno de su séquito y del de sus compañeros cuando se encuentran como los augures romanos, mientras prosperan; creándose reputaciones que repite la multitud, que es una roca que tiene eco por lo mismo que está hueca, y dirigiendo, en cuanto pueden hacerlo los hombres, la nave del Estado, cuyo piloto, por mas que se diga y por mas que presuman ambiciones individuales, es la Providencia.

Estos conventículos han producido grandes efectos en el drama contemporáneo; han creado ministerios; han derribado situaciones que parecian inquebrantables; han arrastrado á hombres políticos, al parecer independientes, á cometer crímenes de que nunca se les hubiera podido creer capaces; han sido la carcoma de elevados edificios; los vientos y las corrientes que han precipitado poderosas naves en mortales bancos de arena, y las han hecho chocar contra erizados escollos; y nunca han conseguido mas que la elevacion de algunas fortunas particulares, cuyo origen no es mas puro que el de los palacios de los jugadores de ventaja ó de las loretas parisienses afortunadas.

En todas las revoluciones, esta clase de asociaciones pululan; son nidos de víboras que la humanidad lleva en su seno, y que la devoran y envenenan.

Cuando el que aspira á dominar la nacion y á hacer de ella el pedestal de su gloria ó de su avaricia, cuenta con una de estas asociaciones como con una legion de ángeles negros, es casi irresistible, y el pueblo es tanto mas impotente para combatirle, cuanta mas

fé da á los que le apoyan fingiendo hacerle la guerra. No solo tiene que temer el dardo que se le dispara á la descubierta desde el campo enemigo, sino tambien, y mucho mas, al médico que le asiste y le da veneno en vez de bálsamo.

Estoy persuadido de que si la revolucion francesa no se hubiera cortado el 9 de thermidor, Robespierre, siguiendo las huellas de Tiberio, se hubiera hecho jefe de la república; pero á pesar del 9 de thermidor, Napoleon impuso el imperio al pueblo francés.

Cuiden mucho los pueblos de desentrañar esta clase de secretos políticos, desconfien de todo hombre público que no aspire como Sócrates á vivir en una casa de cristal, para que sean conocidos los mas ínfimos detalles de su vida privada, y estén persuadidos de que no tienen tanta culpa de sus desgracias sus cautelosos verdugos, como ellos, que siendo los mas fuertes, se resignan á ser víctimas.

VII

Monarquía.

Cuenta una antigua fábula india, que vivia un rey en un pueblo á quien se tributaba el mismo culto que á un Dios. Sentado en su trono, era adorado de rodillas por todos los súbditos, que le ofrecian incienso y mirra, sin osar nunca levantar los ojos para mirarle frente á frente, porque, como los hebreos, creian que moria en el momento quien veia el semblante de un ángel, de un Dios ó de cualquier sér superior al hombre.

Este rey envejeció sentado sobre su trono, languideció y llegó á morir sin agonía, como Luis Cornaro, aunque mejor alimentado; pero como el pueblo no le miraba, seguia prodigándole perfumes y tributándole adoraciones, hasta el momento en que un irreverente alzó los ojos y declaró á la multitud que no solo era cadáver, sino que, consumido su cuerpo, le habia abandonado hasta el último gusano hambriento.

Esta fábula india parece una parábola de la dinastía borbónica en España. Tambien se ha deshecho como un cadáver secular cuya tumba se abre repentinamente, y cuyo polvo se lleva el aire. Tambien se ha mudado la forma de gobierno como una decoracion de teatro en comedia de mágia.

¡Quiera Dios que ahora que el teatro está vacío, sepan los empresarios llenarle con alguna cosa buena que sea aplaudida y no silbada del público, ya impaciente por lo largo del entreacto!

He defendido tantas veces la monarquía, que creo inútil copiar una vez mas mis palabras. De todos los autores á quienes sé de memoria, hay uno á quien nunca repetiré porque le aborrezco, porque es el que mas me fatiga y el que menos me enseña, y ese soy yo.

Me limitaré por lo tanto á decir, que aunque don Nicolás María Rivero, repitiendo constantemente la teoría de las razas á un público que nunca le ha entendido, ha desprestigiado una gran concepcion científica, estoy dispuesto á defender la misma doctrina, porque he aquilatado el oro que contiene y no quiero parecerme á los paseantes franceses del Puente Nuevo, que creyéndolas falsas, no querian comprar á cincuenta céntimos las monedas de á veinte francos que vendia un chusco por apuesta.

La raza anglo-sajona es esencialmente antimonárquica. En la revolucion inglesa quedó por eso en pié la aristocracia, y solo un fantasma, una sombra de monarquía.

La raza latina es esencialmente monárquica, y por eso Francia, apenas derribado Luis XVI, tendió los brazos al emperador Napoleon; derribado este, á Luis XVIII; fugitivo Cárlos X, á Luis Felipe; fugitivo Luis Felipe, á Napoleon III; y mañana, á pesar de todos los instintos republicanos de las masas, levantará, si le falta monarca, no sobre el escudo de los soldados, sino sobre las palmas de la Guardia Nacional, un nuevo rey, que buscará, si no le encuentra en otra parte, como los soldados romanos á Claudio, debajo de un mueble.

Deseo que en España haya monarquía, porque la forma monárquica me parece mas perfecta y mas *democrática* que la republicana. Estoy persuadido de que no hay posibilidad de establecer en

España, ni en ningun pueblo de raza latina, una república duradera; pero en vista del fenómeno que todos hemos presenciado, y que tanto ha sorprendido á Europa, debo disecar el monarquismo español para que lo que es una conviccion no se considere como una supersticion por los extranjeros.

Hay pocos pueblos en que el sentimiento de la igualdad haya sido causa de que el rey tuviera menos prestigio, al mismo tiempo que ha habido pocos en que se haya rodeado de mas pompa.

En los albores de nuestra historia encontramos á nuestra patria dividida en repúblicas. No hablaré del tiempo en que padeció bajo el poder de los cartagineses y los romanos, porque cuando éramos esclavos, nada por nosotros podíamos hacer, ni tener otro libro de memorias que el de nuestros señores.

Vinieron los godos, y el rey entre ellos no fué mas que un general electivo, unas veces por los soldados, otras por el pueblo y los obispos en concilio, y casi siempre depuesto por el veneno ó el puñal.

Durante la guerra de la reconquista, la nobleza lo era todo: el rey nada. Era el único que no tenia soldados, y necesitaba para hacerse obedecer el auxilio de la mayoría de los ricos-hombres, contra los cuales no tenia arbitrio ninguno.

Rey hubo, como don Juan II, á quien un noble hecho por él, el célebre don Alvaro de Luna, hasta le señalaba como á un niño los dias en que podia salir á paseo, las noches en que le era lícito dormir con su mujer.

El Santo rey don Fernando empezó con los fueros á crear el pueblo privilegiando las ciudades; pero aun en tiempo de Enrique IV, la popularidad monárquica habia andado tan poco camino, que sabida es la quema en efigie del monarca, y la lucha civil que dió el trono á Isabel la Católica.

Esta, y sobre todo el cardenal Jimenez de Cisneros, fueron los verdaderos fundadores de la monarquía absoluta castellana, obra eminentemente popular entonces, y que en el periodismo de una época poco posterior, periodismo que se llamaba *Teatro Español*, Lope de Vega, en uno de sus artículos de fondo que escribia en verso y titulaba comedias, eclipsando á los antiguos y modernos

autores dramáticos, simbolizó con el título de «*El mejor alcalde el rey.*»

Y permítaseme hablar con este motivo una palabra respecto á las comunidades.

Soy admirador del cuadro de Gisbert que representa la muerte de Padilla, y es una prueba entre tantas como nuestros artistas están dando aquí y en el estrajero, de que la nacion de Murillo, de Rivera y de Velazquez, es todavía la primera en el divino arte de Apeles. Soy admirador del concienzudo trabajo histórico relativo á las comunidades, escrito por el señor Ferrer del Rio. Me entusiasma Padilla, me entusiasma su esposa, me entusiasman sus compañeros; pero estas admiraciones y estos entusiasmos no me embriagan hasta el punto de impedirme conocer que en el tiempo de la sublevacion de las comunidades, el rey representaba al pueblo y la igualdad, mientras los comuneros solo representaban la aristocracia y los privilegios.

Las mismas ciudades sublevadas no levantaban el estandarte de la rebelion á nombre de lo que Sieyes llamaba el estado llano. Sublevábanse en nombre de sus privilegios, y á haber vencido, hubieran arrancado al rey una carta magna como la que los caballeros ingleses arrancaron á Juan sin Tierra. España sin unidad seria hoy una república aristocrática, y el progreso se hubiera detenido aún mas ante el pendon morado clavado sobre el alcázar, que ante las cruces de San Andrés de la Inquisicion.

Respetemos á los hombres que tuvieron bastante corazon y bastante buena fé para ser mártires de una causa que creian ser la de la justicia; pero habiendo subido mas de siglo en siglo, como de roca en roca, por la áspera montaña, por el fulminante Sinaí que se llama civilizacion, y que nos conduce de la parte al todo, de lo relativo á lo absoluto, del hombre á Dios, no participemos de su error.

Ellos hicieron bien, pero tuvo mas cordura la Providencia.



VIII

Monarquía austriaca.

La monarquía austriaca hizo un gran bien á España dándola la unidad de que carecia y que tan necesaria es á todas las naciones; convirtió en un cuerpo el monton de miembros dispersos que habia separado la espada de los árabes en la lucha de siete siglos; fundió una corona con las partículas de oro que, como las ondas del Tajo, llevaba el tiempo diseminadas por diferentes partes; pero en cambio arruinó á España causándola las dos grandes heridas de que todavía no se ha podido curar: la falta de poblacion y la falta de instruccion.

El cardenal Jimenez de Cisneros abrió el camino rompiendo las solemnes estipulaciones establecidas entre los Reyes Católicos y los defensores de Granada.

El que quiera conocer este punto detalladamente, consulte los escelentes artículos que en la *Revista de España* ha publicado este mismo año nuestro embajador en Constantinopla don Cárlos Navarro y Rodrigo.

No me ciega la pasion al alabarlos. El señor Navarro y Rodrigo es antiguo amigo mio. Perteneciendo á la union liberal, contra la cual me habia batido yo, me salvó la vida con esposicion de la suya despues de las ocurrencias del dia 22, y á pesar de que solo vive del fruto de su trabajo, se quitó mas de una vez el pan de la boca para que yo no me muriese de hambre en la emigracion; pero él sabe y saben cuantos me conocen que si soy leal con los amigos, nunca soy adulator con ellos, y que todos los favores que me hagan no me impulsan á decir una palabra que no me dicte el severo juez de mi conciencia. Así pues, mi juicio sobre su libro puede creerse.

Cárlos I de España y V de Alemania, poseyendo al mismo tiempo el reino y el imperio, tenia en sus manos la urna de los destinos

del mundo. Dejó á su hijo Felipe una carga demasiado pesada para quien no contaba como él con uno de los puntos de apoyo en que descansaba el edificio de su soberanía universal.

Felipe II ha sido muy calumniado; pero el historiador severo é imparcial debe al juzgarle colocarse mentalmente en su trono, y ver como él podia ver, y estudiar como él podia estudiar.

Tenia sobre sí una herencia terrible: tenia por herencia el cetro del mundo; apoyaba un pié sobre España, pero le faltaba el imperio para apoyar el otro; y buscando instintivamente un sitio en que afianzarse para no caer cuando le abrumaba una carga mayor que la de Atlante, escogió el Pontificado.

No estoy yo muy seguro de que el que no necesitaba mas teología que la natural (son sus palabras) para hacer asesinar cobardemente á Escobedo, que el que se supone envenenó á su hermano don Juan de Austria y á su hijo don Cárlos, fuese católico, ni cristiano, ni siquiera creyese en Dios; pero la razon de estado le obligaba á ser fanático, y quemaba hombres por la misma razon que Voltaire decia cuando le censuraban su comunion *in extremis*, que á haber agonizado en las orillas del Ganges, hubiera muerto asiendo el rabo de una vaca.

Felipe III fué un pobre imbécil que vivió esclavo de los inquisidores y murió esclavo de la etiqueta.

Cuentan los Benedictinos, que una vez en un auto de fé se conmovió al ver las víctimas, cuyo semblante, segun dice el acta del mismo auto, probaba la imparcialidad y justicia del *Santo* Oficio (no quisiera yo encontrar tales santos en el cielo), porque los condenados á ser quemados llevaban mucho peor cara que los únicamente sacados á la vergüenza. El inquisidor general le reprendió duramente por su compasion, y para que la expiase le hizo sangrar ante el público por mano del verdugo.

Un dia en que estaba rodeado de no sé qué comitiva oficial, habia en su cuarto un brasero que le atufaba; pero no encontrándose cerca el encargado oficialmente de retirarle, murió á vista de toda la córte como una modistilla á oscuras en un desvan cuando su amante la abandona.

Felipe IV es casi desconocido para el público: no se le conoce

mas que por las comedias y por las novelas, en que aparece enfermo de satiriasis, corriendo detrás de todas las monjas, todas las cómicas y todas las tapadas de su córte, como un mico detrás de las negras, pero sin encontrar jamás una que no le cante: «Tengo las calabazas puestas al humo, y al primero que venga se las emplumo.»

La verdad es que este rey, literato distinguido, valiente como hombre, generoso como monarca, que perdonaba á los regicidas, que protegía las artes y que hacia acuñar monedas en que viendo á toda Europa venírsele encima, estampaba el caballeroso lema: «Nos contra todos y todos contra nos,» no era un hombre vulgar.

Con un corazon de héroe, con una imaginacion de poeta, nació en época menguada, y su reinado fué la agonía del leon moribundo que recibe por golpe de gracia la coz del asno.

En Felipe IV murió realmente la dinastía austriaca; pero aquel á quien llamaban grande y á quien los satíricos simbolizaban pintando un hoyo que cuanto mas se le quita mas grande es, pudo decir al espirar, como Francisco I en Pavía: «Todo se ha perdido menos el honor.»

Cógió á España muerta, y muerta la dejó, pero con honra. Rodeó su tumba de laureles que eternamente vivirán. Los Borbones en cambio cortaron aquellos laureles, y la dieron algunas migas de pan á cambio de su honra, como los libertinos á las mujeres perdidas. Cervantes lo habia adivinado, y el *Quijote*, que no es sino una sátira amarga de la política del tiempo, concluye muriendo el hidalgo, loco porque ama el honor, la belleza, el arte, la caballerosidad y la justicia, y viviendo Sancho, que solo piensa en su vientre.

De Cárlos II es inútil que hablemos: su reinado es lo que se llama en las imprentas un *espacio*. El Tirteo español, el gran Quintana en su *Panteon del Escorial*, le caracteriza perfectamente haciéndole decir: «Yo inútil...»

Esto es lo que de él puede decir tambien la historia.

El espíritu de la casa de Austria se ausentó de España con Felipe IV. Cárlos II no fué sino el capullo que quedó pendiente del árbol cuando habia volado la mariposa:

IX

Dinastía de Borbon.

Al hablar de los Borbones debo confesar que no estoy seguro de ser imparcial en mi juicio, porque como escritor, como artista y como aficionado á la poesía, les tengo verdadero odio.

Permítaseme que razone este pecado haciendo mi confesion pública.

El teatro español era al lado del inglés el mas notable de la Europa moderna. Lope, Tirso, Alarcon, Moreto, etc., hasta llegar á Calderon, le ilustraban con producciones que pudieran envidiar, no los romanos, que nunca tuvieron teatro propio, sino los griegos y hasta los indios; pero era teatro nacional, y los discípulos de Voltaire, que se preciaban de muy ingeniosos porque habian inventado las pelucas, pusieron en moda unas reglas teatrales arbitrarias, segun las cuales Calderon no era poeta dramático, y lo era Lamote; segun las cuales Shakspeare no era mas que un borracho que se entretenia en vomitar farsas como *Otelo*, *Julieta* y *Romeo*, y *Hamlet*, y era un gran artista Crevillon.

Cuando la casa de Borbon vino á España, como *totus ad exemplar regis componitur orbis*, se trató de vestir el teatro español á la francesa, y se creó una escuela literaria de rabsodistas que hacian tragedias y comedias muy apreciadas para los maestros de primera enseñanza y de retórica y poética, pero que tenian para el público *virtux dormitiva*.

En todo el siglo XVIII el autor que mas se distinguió por su originalidad despues de los que continúan, aunque débilmente, la escuela de Lope de Vega, es el sainetero don Ramon de la Cruz, que no solo cuando crea, sino hasta cuando traduce parodias como *Inesilla la de Pinto*, embellece el original. La escuela clásica solamente engendró á Moratin, el autor filósofo, segun sus parciales, el au-

tor que decia: «Apenas basta la vida de un hombre para escribir una comedia.» Y en efecto, á escribir una sola comedia consagró la suya, para destilar de largos años de meditacion una verdad sorprendente, una verdad que maravillase al público, una verdad hasta entonces no sospechada por nadie, á saber, que cuando un viejo se casa con una niña, es posible que la niña no esté enamorada del viejo.

Hace algunos años, en una representacion de *El Café*, estaba yo sentado al lado de Ventura de la Vega en el teatro del Príncipe, y el autor de *El hombre de mundo* me honraba dirigiéndome la palabra y diciéndome: «Admire usted lo bien labrado que está esto: nada falta; nada sobra.» A lo que yo contestaba: «Solo falta el sentido comun, y solo sobra la comedia.»

El Café ó *La Comedia nueva* solo se sostiene en el teatro por el juego de los actores y la irreflexion del público.

El verdadero pedante de la funcion no es don Hermógenes, sino don Pedro. Figuraos que esta noche se os antoja ir al teatro con vuestra mujer, ajeno vos y ajena ella á todas las discusiones literarias; tomáis vuestro billete en el despacho ó se lo compráis á un revendedor; mientras encienden la lámpara y tocan los primeros compases de la sinfonía, os regaláis silenciosamente en alguna de las mesas del café, con leche merengada ó té ó café ó una copa mezclada; vais á pasar al teatro, y hé aquí que de una pieza inmediata salta como un perro de presa un hombre que os dice, enseñándoos los puños y los dientes: «¿Adónde van ustedes.» «Vamos al teatro,» contestáis espantados. Y él, arrojando espuma por la boca, y con voz de estentor, os grita, cada vez mas furioso: «¡Atrás! ¿Cómo van ustedes á ver una comedia que no tiene reglas?»

El público, cuando oye decir en *El Café* que para hacer una comedia, como para hacer una mesa, se necesitan reglas, se queda convencido, porque ni él hace comedias ni sabe lo que son las reglas dramáticas; pero un carpintero á quien le dijeran: «Le daré á usted unas reglas para hacer una mesa, advirtiéndole que siguiéndolas podrá usted no hacer sino un mal tajo de cocina, un mueble inútil, un espantajo, y no siguiéndolas podrá labrar una mesa escelente,» se echaria á reir, y diria: «Guárdese usted las reglas para el tonto

que quiera comprárselas, porque me son tan inútiles como las de la estatua de la mujer de Lot.»

Las reglas de que tanto se habla en las comedias de Moratin, no son ni mas ni menos que las que acabo de citar.

Los franceses inventaron un teatro antinatural, esencialmente ridículo y pesado, cuya base era la tragedia, para la cual se procuraron argumentos en nuestros autores, á partir desde *El Cid*, que Corneille tomó prestado á nuestro Guillen de Castro, haciendo de una capa española, como un sastre de portal, un remedo de manto romano; de modo que ni quedó manto ni quedó capa, sino un vestido de máscara.

Voltaire, para probar que era el primer poeta del mundo, declaró ante el universo, sentado en el trono de su silla *percé*, que no habia mas poetas dramáticos que los franceses; que Lope de Vega y Calderon eran bárbaros, Skaspeare un borracho ignorante, Sofócles un doctrino, y únicamente Corneille, Crevillon y Racin tenian el cetro de Melpomene.

Pero añadia que Crevillon no sabia escribir en francés, y en cada verso ponía cuatrocientos disparates; que Corneille ignoraba hasta la gramática, y no tenia ni suficiente talento para hacer una exposicion; que Racin sabia escribir mejor, pero carecia de grandeza, y no tenia ojos para ver á la altura que Corneille llegaba en los asuntos trágicos.

Resultado: que únicamente él, Voltaire, era el autor dramático, no solo francés, sino universal.

Los españoles, nuestros abuelos, tenian el mal gusto de no decir á esto: *Credo quia absurdum*, y seguian deleitándose con *El desden con el desden* y *La vida es sueño*, en vez de dormirse con el *Edipo* y la *Roma salvada*, que tanto hará reir á todo el que haya conspirado; pero el gobierno trató de poner buen orden, y los ministros afrancesados de la casa de Borbon establecieron una junta de censura para estirpar la heregía del teatro nacional, y solo permitir en las tablas aquellas comedias y tragedias que llegaban, eran silbadas, y se iban, sin que nadie mas que el gobierno se acordase de sus autores.

Nos ha costado mas de un siglo levantar el teatro de la postra-

cion á que le redujo el pedante clasicismo, y todavía no hemos llegado á colocarle á la altura en que estaba en el siglo xvii. Eso se debe á la casa de Borbon. Permítase pues á quien tiene tan platónico amor como yo tengo á las musas españolas, que sea un poco apasionado contra los Borbones.

X

Los Borbones.

El amigo de los hombres y enemigo de su familia decia que Riqueti ó Mirabeau era una tempestad hecha hombre. Con mas razon podemos nosotros decir que los Borbones son el egoismo humanado. Jamás han pensado mas que en sí y para sí. Han considerado los pueblos como platos que se les servian en fonda, comiendo de ellos lo que querian, y arrojando lo demás á los perros.

Alberoni los pintó al definir á Felipe V, diciendo que para vivir solo necesitaba y solo deseaba un reclinatorio, un pernil y un muslo de mujer.

El gran hombre de esta bastarda y herética familia (que así la definió un Pontífice) fué Enrique IV de Francia, el Gascon que sedujo á los franceses ofreciéndoles una gallina para su puchero, y que cambió su Dios hugonote por una corona que le costó la vida, despues de haber hablado tan mal de su mujer como don Francisco de Asís de Isabel II.

Ha sido de todos los Borbones el mas esclarecido, y confesaba que á no haber nacido rey, hubiera sido ahorcado por ladron.

Los Borbones son tan interesados que nunca se alían sino entre sí mismos, y merced á esta precaucion, conservan en la familia como un tesoro el humor herpético que los corroe, y que siendo una degeneracion de la lepra, demuestra su origen judío.

Felipe V vino á España en representacion de Luis XIV, merced no sé si á una falsificacion de testamento ó á una alucinacion del imbécil Cárlos II.

Pueden verse sus retratos, y dudo que las mujeres le declaren hermoso, aunque rey; pero eran tan pocas sus buenas cualidades, que remendando un auto sacramental de don Pedro Calderon de la Barca, sus aduladores el dia de su entrada solo pudieron elogiarle por lo bonito llamándole Narciso y Adonis.

No contaré su reinado, que demasiado sabido es. La princesa de los Ursinos, Alberoni y Riperdá, son ejemplos eternos de su manera de gobernar. Era, como todos los Borbones, traidor, avaro, falto de decoro, gastrónomo, supersticioso, incrédulo y lujurioso.

Dejó la corona temporalmente á su hijo don Luis, niño á quien se casó con una niña impúbera antes de que él alcanzase la edad de la pubertad, confiando los destinos de una nacion tan grande como España á quien necesitaba maestros para aprender á leer. Lo que prueba que los Borbones consideraban un reino como un juguete que puede regalarse á un niño.

Mientras reinó Felipe V, y mientras hizo como que reinaba Luis I, fuimos obedientes esclavos de Francia, que consideraba nuestra nacion como un americano su ingenio de azúcar.

Fernando VI ha sido muy elogiado por haber dejado apuntaladas las tesorerías, y efectivamente, entre los Borbones, es de los menos malos. Padecia una enfermedad que le habia absorbido el poco seso con que al nacer le dotó la naturaleza. El baron de Gleichen cuenta los sucesos de sus últimos dias de la siguiente manera (tomo la relacion del *Tratado de personajes enigmáticos, historias misteriosas, y sucesos poco ó mal conocidos*, escrito en aleman por Federico Bulan):

«El atentado cometido contra la vida de Luis XV y el de que pareció ser víctima el rey de Portugal José II poco tiempo despues, fueron las causas deplorables que produjeron el desarreglo completo de las facultades intelectuales del desgraciado Fernando.»

«Cuando recibió la noticia de este último atentado, se colocó en su cuarto de manera que tenia Francia á su derecha y Portugal á su izquierda. Despues de haber vuelto á leer el despacho que aún tenia en la mano, gritó: *Stilettata di qua, pistolettata di la; ed io in mezzo.*—Oíme! En seguida se escondió bajo el lecho de la reina, que estaba enfrente de él, y costó gran trabajo sacarle. Su estado

se agravó aún mas cuando las viruelas que padeció su mujer le impusieron privaciones cuyas consecuencias fueron que en el furor *aphodisiacus* de que estaba atacado llegara hasta el punto de querer profanar á esta desgraciada reina en medio de su agonía. Una vez muerta, su enajenacion mental fué completa. Hízose preciso conducirla á la Casa de Campo, y al llegar allí, se arrojó con tal violencia sobre el gentilhombre de servicio, que este cayó de espaldas, y hubo que usar de la fuerza para arrancarle su presa. El rey continuó entonces paseándose solo, pero rehusó toda clase de alimento durante ocho dias. La semana siguiente comió de un modo desmesurado, esforzándose en no devolver nada, sentándose sobre las bellotas de madera de los viejos sillones que encontraba en su cuarto, y de las que se servia como de tapones. Estas perniciosas intermitencias de ayuno absoluto y de glotonería con ausencia de deposiciones duraron muchos meses, y murió en fin, dejando su reino en un estado de anarquía, al cual el amor fraternal habia impedido á Cárlos III poner un límite.»

Indudablemente las Memorias del baron de Gleichen tienen mucho de cómicas, y no se puede hacer caso de todo lo que dice sin mas objeto que escitar la risa como un comensal á los postres de una cena en que el Champagne se ha servido en abundancia; pero algo hay de verdad en su relacion, como la hay en el retrato que hace de Cárlos III, á quien elogia mucho moralmente, pero á quien denigra físicamente hasta el punto de pintarle como era.

Una noche en Ferney, al fin de una cena, Gleichen hacia pasar de mano en mano en la mesa de Voltaire el retrato de Cárlos III, y al mismo tiempo contaba cómo este príncipe, tan celoso de su autoridad en España, por amor á la paz doméstica en Nápoles habia abandonado completamente las riendas del Estado á la reina María Amelia, aun á riesgo de pasar por un imbécil.

—¿María Amelia era pues muy mala? preguntó Voltaire.

—Hubiera sido capaz de arañarle en la cara.

En este momento, un convidado que no habia abierto la boca, y que estaba mirando el retrato, exclamó:

—Pues á fé mia que le hubiera hecho un favor.

Cárlos III tiene una gran reputacion; pero ¿hasta qué punto la

merece? Rodeáronle buenos ministros; á él solo se le debe el pacto de familia que ató la nacion española á la cola de Francia como un esclavo á la del caballo de su vencedor. No se me podrá tener por partidario de la llamada Compañía de Jesus, cuyos individuos ignoro todavía quiénes son, porque, como Moliere, recuerdo que Cristo nació entre dos bestias y murió entre dos ladrones. No se me podrá tener por partidario de la Compañía de Jesus, que considero como la ténia del Pontificado y un veneno deletéreo estendido en la atmósfera moral de todo el mundo cristiano; pero la espulsion de los jesuitas, tal como se llevó á cabo por el rey, que solo habia visto en unos cuantos sacerdotes otros tantos depresores de su autoridad, que creia igual á la de Dios, es un ataque incalificable á los derechos del ciudadano, y un ataque tambien, ó por mejor decir un crimen, que ofende á todas las leyes divinas y humanas.

Cárlos III se ocupaba tan poco de los negocios públicos, que en toda su correspondencia, conservada en el Escorial, apenas habla de otra cosa que de caza; sus cartas son semejantes á la que en el *Ruyblas* atribuyó Victor Hugo á Cárlos II, y fué silbada por el público, que no podia comprender un rey tan imbécil. Es mas: al márgen, como mayor prueba de imbecilidad, estas cartas suelen tener el retrato del ciervo ó del jabalí muerto. Estos eran los grandes negocios que preocupaban al rey.

En cuanto á los asuntos de Estado, fijaba en ellos tanto la atencion, que para complacer á la familia francesa envió á Portugal un ejército sin pan, sin ropa, y sin pólvora ni balas.

Encontró el tesoro rico, y le dejó arruinado; pero sin embargo, fué un excelente rey, al decir de aquellos que han sido pagados para escribir sus alabanzas. Dios nos libre de reyes tan excelentes.

A Cárlos IV le llamaba el público fray Tinieblas, y de todos los Borbones me parece por lo menos el mas inofensivo. Comia mucho, se entretenia en tirar al palomo en el Retiro, ó cazar conejos sentado en la Casa de Campo, cuando los guardas se los ponian delante. A la caida de la tarde, María Luisa y Godoy venian del brazo á buscarle, y juntos todos se iban á la iglesia, y despues á cenar y dormir.

Si el público se incomodaba contra Godoy, cuyas armas, si no

nobilísimas, novísimas, ponía en sus banderas el cuerpo de artillería; si Fernando VII, guiado por los sagrados consejos de un sacerdote, se divertía en fraguar proyectos regicidas; si Napoleon I amenazaba á la familia real española, tratándola como un amo á sus lacayos (y hacia bien, porque estaba acostumbrado á regalar coronas reales á sus cabos y sargentos, y á entregar á Talma los príncipes europeos como educandos para que les enseñase á llevar la púrpura), el pobre Cárlos IV preguntaba inocentemente:

—¿Por qué se mete conmigo esa gente? ¿qué les importa mi honra? ¿qué les importa lo que se hace con mi mujer? Yo creo que debo ser el único dueño en mi casa, y mientras esté tranquilo, los demás deben acordarse de que un refran español dice «que cuidados ajenos matan al asno,» y no ser mas asnos que yo.

Cuando Napoleon se apoderó de España ó creyó apoderarse de ella, suponiendo que la córte era el país, hubo una escena trágica en palacio. Cárlos IV y María Luisa, sentados á la mesa, estaban inquietos por la ausencia del príncipe de la Paz. María Luisa callaba, pálida; pero Cárlos IV lloraba. Solo cuando Godoy entró renació la alegría en aquellos corazones.

De Fernando VII no quiero hablar: ya he dicho que de niño intentó ser regicida y parricida.

Lo restante de su existencia es un cenagoso rio, no de aguas turbias siquiera, sino de materia y pus. El adulador de Napoleon, el delator de los que querian salvarle, el fusilador de sus comensales, el que cantaba, espresando sus pensamientos como bufon de comedia al son de una guitarra, cascajosa

Este narizotas
 Cara de pastel,
 A negros y blancos
 Los ha de...

Este hombre, que hubiera sido barrido en un presidio, no merece dos líneas en mi libro.

Llegamos á Isabel II... Pero esto ya merece capítulo aparte.

XI

Doña María Cristina.

En la familia de los Borbones, las mujeres han solido tener mas *inteligencia, mas corazon y mas virtud que los hombres.*

Doña María Cristina ha sido en un tiempo adorada, puesta al lado de la Virgen María, y en otro calumniada y vilipendiada hasta el punto de costar trabajo á los gobiernos salvar su vida, amenazada por las iras populares, y sobre todo por la ingratitude de los que mas la debian. Hora es de que la historia, molino que separa la harina del salvado en el trigo de los hechos, la haga justicia.

Doña María Cristina no ha sido ni la diosa que al principio soñaron los liberales, ni la fiera que han visto en ella despues. Dos pasiones la han dominado casi por completo, y han sido causa de algunas buenas acciones suyas y de muchas malas.

Vino á España á casarse como se casan los reyes, por razon de Estado. Su cariño á Fernando VII no podia ser grande. Una noche vió un guardia de los mas pobres, tanto, que frecuentemente le hacian retirar del servicio porque su traje no le permitia alternar dignamente con sus compañeros, pero que tenia arrogante presencia. Llamóla la atencion desde la primera mirada, y pareciéndola que estaba algo fatigado haciendo centinela, le preguntó:

—¿Te cansas?

—En servicio de vuestra majestad no puedo cansarme nunca, contestó Muñoz.

La reina siguió adelante. Un momento despues el guardia era relevado, y al dia siguiente era el favorito de la mujer de Fernando VII.

Muerto Fernando, y obligada á buscar un patrimonio para sus hijos, Cristina ha debido ser necesariamente avara, ávida de riquezas y poco escrupulosa en los medios para conseguirlas. No man-

chan su vida impurezas con que muchos han querido desfigurar su historia; ha amado con todo su corazon al que es hoy su esposo, al padre de los hijos que como un castigo la ha arrancado de entre los brazos el ángel de la muerte. El amar no es delito; al contrario, el castigo de Luzbel, segun la bellísima y poética frase de Santa Teresa, se reduce en el infierno, *lugar en que no se ama*, á que el infeliz esté imposibilitado de amar.

Si amase un momento, seria redimido.

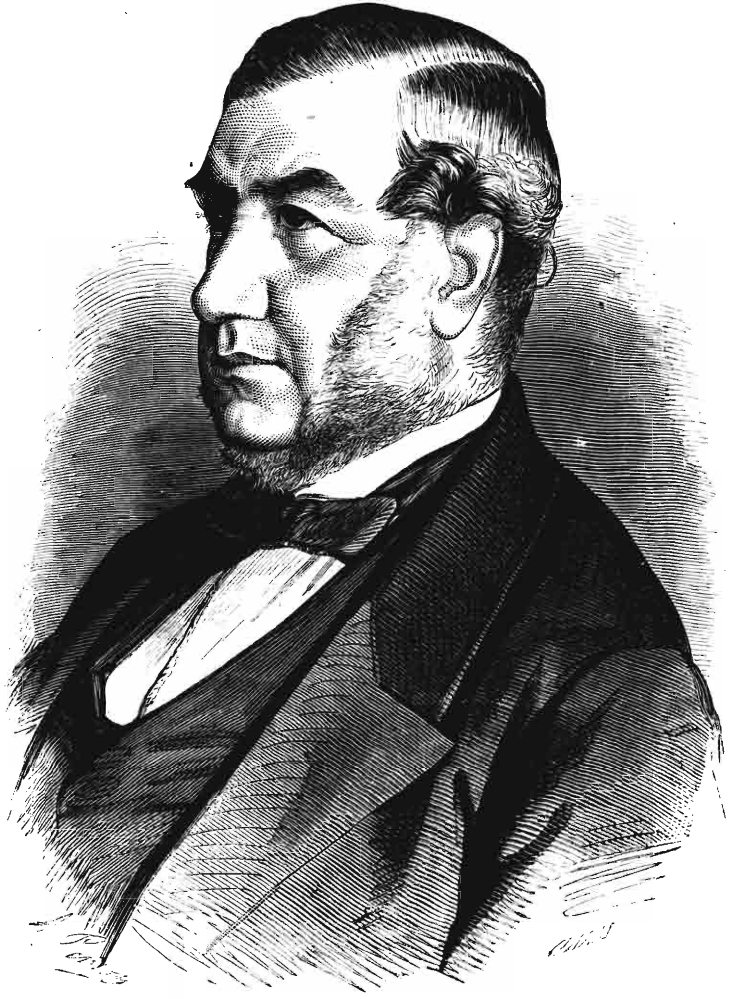
En política, María Cristina ha sido liberal por fuerza. Durante la agonía de Fernando VII, la infanta Carlota, viéndola dispuesta á abandonar el poder á don Cárlos, corrió á ella, pegó á Calomarde, la insultó llamándola *regina di galeria*, la obligó á tener valor y á levantar la bandera de la guerra civil enfrente de la del Pretendiente, sostenida por la teocracia que habitaba en palacio, y no habia soltado aún de su mano el puñal asesino de la misteriosa sociedad titulada *El Angel exterminador*.

Cristina queria seguir en el trono como reina regente, pero de ningun modo dar libertades al país. Su manifiesto á la nacion al encargarse de la regencia lo decia bien claro, y su ministro Zea Bermudez resumia su programa de gobierno en dos palabras gráficas: «un despotismo ilustrado.»

Los progresos de la faccion y las rebeliones militares obligaron poco á poco al gobierno á hacerse liberal; pero habia en palacio una camarilla que la misma reina Cristina apoyaba, y que conspiraba constantemente contra el país, haciendo que la guerra civil se prolongase para que el pueblo se acordase menos de reclamar sus derechos.

Llegó un momento en que esta prolongacion de la guerra civil no fué posible; en que todos los hombres públicos conocieron la existencia de esta camarilla, que con su elocuente voz denunció mas tarde don Joaquin María Lopez en el Congreso; en que Espartero y Maroto se abrazaron en Vergara, y en que María Cristina tuvo que salir de España, dejando el puesto al vencedor de Luchana, al duque de la Victoria.

Y ya que he pronunciado este nombre, debo manifestar aquí la razon de su popularidad.



D. SALUSTIANO OLÓZAGA.

Espartero no es un hombre, es un hecho; organizó el ejército, venció á la faccion, terminó la guerra civil cuando su terminacion era una necesidad nacional, sin haberse declarado por ninguno de los partidos que luchaban en el campo liberal.

El país le agradeció y le agradecerá siempre que le libertase de la gran calamidad de la guerra civil. El partido progresista no puede menos de agradecerle que dos veces le haya dado el poder: una en 1840 al declararse progresista, cuando era adorado por el pueblo y el ejército, cuando era el árbitro de España, y otra en 1854 cuando la revolucion habia estallado, exánimes los partidos liberales, por los esfuerzos de una fraccion del partido moderado.

Hoy mismo Espartero, desde su retiro de Logroño, puede disponer á su antojo del porvenir de España con solo montar á caballo y hablar dos palabras. ¿Qué mucho, si antes de los sucesos de Cádiz su ausencia de España y una protesta hubieran bastado quizá para reanimar al país y realizar la revolucion?

XII

Don Salustiano Olózaga.

Habiendo hablado de Espartero, imposible es no hablar de su principal antagonista don Salustiano Olózaga, el mejor orador parlamentario que ha tenido y tiene España; el autor de la Constitucion de 1837; el que maneja el Congreso con la misma habilidad y la misma facilidad con que el célebre Orfeo manejaba su lira, pero que por desgracia casi siempre en las gradas del altar de la libertad no arranca de esa lira sino melodías reaccionarias.

Don Salustiano Olózaga tiene eminentes talentos, pero le aqueja una enfermedad que todos sus adversarios y aduladores le conocen, y por la cual le llevan adonde les place, como á Sanson sus enemigos cuando le habian cortado los cabellos. Esta enfermedad es la vanidad, una vanidad pueril. Á decir una buena frase, ostentar el



toison en un sitio público, el toison para él mas fatal que su cordel para Judas; á presidir una ceremonia donde hayan de colocarse á su espalda príncipes y magnates, sacrificará la amistad, la familia, su porvenir, el porvenir de la patria y su misma reputacion.

De aquí las contradicciones de su vida; de aquí su errores políticos; de aquí que en 1843 una niña de trece años y unos cuantos cortesanos acéfalos jugasen con él como con un volante, y cuando era dueño de la situacion le enviasen con el pié mas allá de los Pirineos; de aquí que mas de una vez haya sido causa de que se pierda la libertad, su nave sagrada; de aquí la historia del 3 de mayo y el célebre discurso que tantos disgustos nos trajo y tanto retrasó la revolucion; de aquí que teniendo tantas dotes de hombre de gobierno, de diplomático y de orador, sea una calamidad pública su inmistion en los negocios del Estado.

Ningun hombre puede ser perfecto: la naturaleza no da grandes cualidades á sus hijos, sino compensándolas con debilidades que las desluzcan. En toda alma humana entran por mitad la luz y la sombra.

Aplaudamos á don Salustiano como orador; pero conocida por sus adversarios la juntura de su coraza, mientras no se ponga en ella una pieza como la inventada á consecuencia de la lucha de Garcilaso, no le confiamos nunca la direccion del Estado, porque le sucederá constantemente lo que á Ariosto, cuando nombrado gobernador dejó escaparse á un reo á quien tenia orden de prender, porque este le embelesó recitándole algunas octavas del Orlando.

XIII

Doña Isabel II.

¡Paz á las tumbas!

Al hablar de doña Isabel II procuraremos ser imparciales, como los antiguos egipcios al juzgar á sus reyes muertos. El que no ha adulado nunca á la reina en el trono, tiene derecho, cuando tantos

que vivian á su costa la insultan, á tratar de hacerla justicia en el destierro.

Isabel II ha sido criminal indudablemente, pero mas desgraciada que criminal. Su temperamento, una enfermedad que la produce el mismo efecto físico que á otras personas la toma de una medicina afrodisiaca; su casamiento, su falta de instruccion, las personas que constantemente la han rodeado y solo han procurado perderla; las tradiciones de su familia; todo en ella debe considerarse como circunstancias atenuantes, y al escribir su proceso debe el historiador empezar diciendo como el obispo de *Los Miserables* de Victor Hugo: «Veamos el camino por donde ha venido la culpa.»

Es casi imposible que un rey conozca al pueblo ni viva en su época ni tenga una conciencia como la de las personas particulares. Nada sabe de la vida práctica, y de doña Isabel II puedo asegurar que ignoraba hasta el valor del dinero.

No considera á los súbditos mas que como la ventera á las gallinas de su corral. La adulacion envenena desde sus primeros años hasta la primera leche con que la alimenta el seno de su nodriza. La misma adulacion la turba la vista, poniéndola constantemente en los ojos cristales ahumados. Toda debilidad se la presenta como una virtud. Si tiene un pié mas corto que el otro, los cortesanos no dejarán de decirle que es una belleza, y cojearán delante de ella. Si algun héroe la salva tendiéndola la mano en un momento de peligro, la dirán que ha atentado á su dignidad. Todos la esplotan como á una mina; todos censuran, infaman, calumnian á quien quiere decirle la verdad; y como todos los que la rodean suelen no tener otro talento que el de la malignidad, el dote de los tontos, se conjuran fácilmente para hacerla creer que la malignidad es el único talento humano.

Á Isabel II no la han perdido sus fragilidades como mujer. No perdieron á Catalina de Rusia, no fueron sino una pequeña causa de la pérdida de María Stuardo; y el que no es padre ni hermano ni hijo ni marido de una mujer, por decoro propio debe abstenerse de levantar las cortinas de su alcoba.

Á Isabel II no la han perdido sus crueldades como reina. Cuando en la iglesia de Italianos, delante del altar, la pedia en vano una

madre la vida de su hijo; cuando todas las autoridades de Madrid y todas las corporaciones la pedían inútilmente el indulto de un reo condenado á pena capital, estaba detrás de ella un ministerio que hablaba por su boca como el charlatan del *Quijote* por la de la cabeza de bronce. Se ha absuelto al demonio en el tribunal político, condenando al endemoniado por las palabras que el demonio le había hecho decir.

Lo que ha perdido á Isabel II ha sido su táctica palaciega, la táctica tradicional de la familia de Borbon, versada en la desconfianza, en la vanidad y en la envidia.

Todos los Borbones, y la mayor parte de sus cortesanos, han creído que la perfidia era una virtud. Desde Felipe V en España sacrificando á Alberoni y á Riperdá, hasta Fernando VII en Barcelona condenando á muerte en un pliego cerrado á los que había indultado pocos momentos antes y obsequiado con un convite, no ha habido un Borbon que no haya tenido á gala el ser traidor y faltar á su palabra.

Isabel II pagaba siempre con alardes de ingratitud los mayores sacrificios que por ella se hacían, y buscaba el medio de poner en ridículo y desacreditar ante el país á cuantos procuraban servirla desinteresadamente.

Espartero la dió la corona, y le relegó al olvido. Olózaga la colocó en el trono, y le pagó con la calumnia del 43. Narvaéz la sostuvo en el año 1848, y le dió el célebre *mico* que tanto hizo reír en Madrid. O'donnell jugó su cabeza por ella en 1856 y la defendió en 1866, y la primera vez le hizo caer ridículamente en una contradanza, y la segunda vez le quitó el mando apenas obtenida la victoria. Todos los que algo han hecho por ella han sido de esta manera recompensados.

Así es que cuando ha llegado el momento del peligro, no ha tenido un brazo en que apoyarse, y sus mismos ministros y sus mismos palaciegos, al oír tronar el cañon revolucionario, han sido los primeros á huir de su córte, como las golondrinas del país en que asoma su cana cabeza el invierno.

Quien siembra la ingratitud, ¿qué otra cosa que ingratitudes puede recoger?

Hoy en extranjero suelo, rodeada de pocas personas honradas, rodeada en general de desechos sociales, de especuladores sin conciencia, de necios que la ponen en ridículo con manifiestos absurdos, de estafadores que haciéndola creer que van á restaurar su trono, la estrujan el bolsillo y la hacen pagar á un subido precio hasta las quimeras de las tabernas de España, mas que otra cosa debe inspirar compasion.

Dentro de poco estará arruinada por sus servidores, como su primo Francisco de Nápoles por los brigantes, que siéndoles indiferente robar diciendo al caminante únicamente: «Dame tu bolsillo» ó «dame tu bolsillo y viva el rey Francisco,» lanzaban este último grito para que el destronado rey les pagase por el robo, y robaban juntamente al caminante y al rey.

XIV

Los partidos.

En todo país en que se piensa en política hay partidos; donde no se piensa en política hay banderías personales, que son mucho mas terribles, y sobre todo infecundas en otra cosa que en crímenes.

Un partido representa una escuela, una doctrina que cierto número de hombres se encarga de propagar y defender, porque corresponde á una necesidad social. La creacion de los partidos no es pues arbitraria, como han supuesto algunos políticos modernos, y la organizacion, el temperamento, el lenguaje y hasta el traje de los partidos, no son arbitrarios tampoco, sino hijos de la necesidad. Cualquiera que sea la forma de gobierno establecida en un país, habrá en la sociedad desheredados políticos y sociales que habrán perdido con la última revolucion ocurrida, ó que aspirarán á ganar con la que vean en lontananza, mientras que habrá tambien gananciosos en esa misma revolucion que querrán conservar su fortuna y sus derechos á todo trance.

Estas dos clases de hombres tratan de arrastrar la sociedad en sentidos contrarios. Los que han perdido, procuran que vuelva atrás, lo cual es moral y materialmente tan imposible como que el cuerpo de un hombre desarrollado vuelva á las formas, al temperamento y á todas las condiciones de la infancia; los que aspiran á marchar hácia adelante, guiados por la estrella del progreso como los magos en busca del niño de Dios, ó sea de la idea nueva humanizada, obran con mas acierto, porque en la naturaleza todo marcha arrastrado por las horas, las ruedas incansables del carro del tiempo; pero algunas veces se equivocan, queriendo acelerar el paso, á semejanza de aquellos que con el estímulo de los escitantes creen que se dan mas vigor, y agotan en poco tiempo su naturaleza. Ni el cuerpo físico ni el cuerpo moral viven de excesos. Los demagogos son siempre pródigos políticos que en breve se arruinan. Los que pretenden quedar estacionarios, diciendo como San Pedro á Cristo en el monte: «Alcemos una tienda y quedémonos aquí,» son como los arcaduces de noria que dijera en un momento: «Estamos llenos: párese la rueda.» No hace caso de sus voces el tiempo, y sin poderlo evitar, arrojan su agua para que riegue los campos de la Providencia.

El orgullo humano, que hace creer á la mayoría de los individuos que el universo es un trono construido para el hombre, esto es, que el todo se ha hecho para la parte, impedirá por mucho tiempo, y acaso por siempre, que la multitud se persuada de que no somos mas que teclas de un piano movidas por un artista que no conocemos, y que producen una armonía fuera del mundo sensible que tampoco podemos conocer.

En el reinado de doña Isabel II, el partido vencido era el absolutista. Segun los diversos temperamentos de los individuos que le componian, se dividió en grupos, de los cuales uno era el tatur perdidoso, colérico, que patatea, que saca armas, que acusa al que gana de haber hecho trampas en el juego, y que acaso en su desesperacion se suicida; otro era Belisario abandonado, pidienda limosna á los transeuntes, ó Dionisio el Tirano resignándose despues de haber perdido un trono al humilde oficio de maestro de escuela; otro era el astuto y cobarde traidor que introduciéndose entre los que constituian el nuevo gobierno, aparentaba ser partidario de las nuevas

ideas para tener derecho á sentarse en la mesa del festin de la victoria y envenenar á los convidados. Era Judith en el lecho de Olofernes. Era la serpiente en el pecho del hombre, que encontrándola dormida, la habia querido calentar caritativamente. Todos estos grupos convenian en dos asuntos importantes, á consecuencia de la hipocresía humana. Todos querian ponerse la máscara para defender sus intereses, y por no decir que lo que defendian era su bolsillo, decian que peleaban por el trono y la religion. De aquí tantos frailes trabucaires que con el cristo en una mano y la espada en la otra predicaban en lenguaje de taberna una nueva cruzada contra la revolucion, seguidos por masas á quienes á su vez, como los antiguos cruzados, seguia un ejército aún mayor de mujeres, unas fanáticas, y otras... como las que fueron á la Tierra Santa.

Es de notar que tanto los partidos demasiado avanzados como los que aspiran á que el torrente de la sociedad vuelva hácia atrás sus ondas, procuran tener de su parte las mujeres; pero á todos ellos se les puede aplicar la frase del autor de *Cielo y tierra* cuando luchaba con Infantín: «Habeis querido, como la serpiente del Paraíso, seducir y corromper á la mujer; pero escrito está que la mujer pisará la cabeza de la serpiente.»

Tambien, segun el temperamento de sus individuos, el partido ultra-revolucionario se componia de impacientes á quienes el partido conservador podia fácilmente comprar, y que semejantes á la mula de alquiler, corrian mucho en la primera jornada, y despues no podian andar ni siquiera al paso; de hombres mas bien impresionables que convencidos, en cuya alma, como en la cántara de que habla Jovellanos, el licor de la nueva idea no habia podido hacer desaparecer el olor de la idea antigua, y que como muchos sacerdotes de los primeros tiempos del Cristianismo, se esforzaban, predicando la religion del Crucificado, en sostener las prácticas paganas; de fanáticos á quienes la lectura de la *Historia de la Revolucion francesa* se subia á la cabeza como un licor fuerte, y que aspiraban á cubrir con el estrecho casco de Esparta la frente de Atenas, cuando no la de Roma corrompida, á ceñir las armas de Aquiles á un joven y delicado poeta, cuando no á una meretriz; y por último, de rígidos Espartacos que no medían sus fuerzas para la lucha, tenian

la fiebre del martirio, y aspiraban á la gloria histórica y á la satisfaccion de su conciencia mas que á los medros personales.

En los partidos avanzados y en los sostenedores de las antiguas doctrinas, de las ideas reaccionarias, es en los que hay mas vicios, pero tambien mas virtud. Los unos se asemejan á los climas cálidos, en que hay mas animales dañinos, pero tambien mas luz y una vegetacion mas floreciente. Los otros se asemejan al cielo de la noche, en que hay tantas sombras, pero tambien tantas estrellas.

El partido cómodo, el partido del *statu quo*, que dice: «Puesto que yo estoy bien, claro es que estamos del mejor modo posible, en el mejor de los mundos posibles. Rompamos la cuerda del reloj de los siglos, muérase Dios, y hagamos un lecho y una mesa de festin de la losa de su tumba,» este partido no merece que nos entretengamos en detallarlo: es el mas necio, el mas cándido, el mas corrompido y el que menos puede servir para otra cosa que para escalon, por mas que goce en su abyeccion á la manera de los parásitos.

Hubo un momento en que unos cuantos generales, pertenecientes á este partido, creyeron que podia organizarse una religion política artificialmente, como un cuerpo de ejército, como un reloj que se encarga á un artista y que no se mueve sino segun quiere quien tiene la llave para darle cuerda.

Con desechos de los otros partidos formaron un cuerpo; pero no pudieron darle alma, porque el alma de los partidos es la idea: no consiguieron en su laboratorio construir un hombre, sino un cadáver que no podia tardar en corromperse.

La idea de la union liberal, ó por mejor decir, su nombre, indicaba la construccion de una ciudad en el camino del progreso, ciudad que estuviese defendida por fuertes murallas, tanto de los reaccionarios como de los demagogos, y en que á la sombra del dios Jano un pueblo de sibaritas durmiera tranquilamente, sin miedo al pasado ni al porvenir.

Esta idea fué calificada en su tiempo de sueño de un hombre de bien; yo la creo mas bien sueño de un egoista que ignora que la sociedad en su marcha no puede levantar ciudades, sino campamentos, y que las sociedades, como el agua, si se estancan se corrompen.

Por desgracia, este sueño vuelve hoy á apoderarse de muchas ca-

bezas. Por el mismo camino se llega siempre al mismo punto. El primer marino que marchando por mares desconocidos, choca contra un escollo y pierde su buque y su vida, es un desdichado; el que viéndole perecer dirige al mismo punto su embarcacion á correr el mismo peligro, á morir de la misma muerte, no puede ser calificado sino de loco ó de estúpido.

XV

Del pueblo.

Las consideraciones espuestas respecto á los partidos esplican muchos fenómenos políticos, y gran parte de la historia de nuestra revolucion. Por el instinto natural del hombre se comprende que los partidos avanzados sean fuertes en la oposicion y dejen de querer avanzar cuando suben al poder, y se comprende tambien que muchas veces los pueblos, habiendo tomado en sentido recto las frases hiperbólicas y poéticas de los oradores que les cantaban como el amante á su amada para que abra la reja, y que despues les contestaban como el amante á la amada al salir de la casa, es decir, que representaban el final del acto primero y el principio del segundo de la *Venganza de Thamar* de don Pedro Calderon, se comprende que estos pueblos, digo, se quejen de engaño; y se comprende tambien que el juez imparcial de la historia les conteste como Sancho á la dama que se le quejaba de que un paisano la habia obligado «á jugar con él,» siendo este juez menos indulgente que Pedro Baile y que Michelet, que toman en cuenta al hablar de forzamientos las debilidades femeninas.

Hay que considerar siempre á los pueblos como mujeres, porque todas las multitudes están dominadas principalmente por el sistema nervioso; todas obedecen mas al instinto, ó sea al sentimiento, que á la razon; todas se dejan llevar, y hacen bien, mas que por sus propios piés, por los andadores con que las sostiene la Provi-

dencia; y parodiando una frase de un célebre poeta, podemos decir siempre: «Multitud, tienes nombre de mujer.»

Tambien se explica y comprende, por lo que dejamos espuesto, la desgracia de los pueblos que caen en la idolatría de la dictadura.

Un cura francés, queriendo hacer gracia á su auditorio, decia en un sermón, y si no recuerdo mal, escribia tambien en un libro: «Cuando á Cristo se lo llevó el diablo... á la montaña, le enseñó toda la tierra y le dijo: Adórame y te la entregaré.» Muchos hombres políticos dicen tambien á la multitud: «Adórame y serás soberana;» y son condenadas las multitudes que los creen á la esclavitud del infierno. En cambio hay tambien Tenorios políticos que seducen á las multitudes, haciéndolas huir del hogar paterno, y llorar despues en la soledad, representando la trágica escena mas sublime quizá que el teatro español encierra; la trágica escena de *La Progne* de Rojas, en que la dama violada, cortada la lengua por el cuchillo de su forzador, ni siquiera puede contar sus penas á su esposo, y tiene que limitarse á escribirlas en la arena que se lleva el viento.

Por último, lo espuesto explica cuán difícil es que los que sirven de arietes para derribar sirvan tambien de albañiles para construir, y todas las enfermedades sociales que acometen á la política al dia siguiente de una revolucion en que los que habian ofrecido como hambrientos pagan como hartos.

¡Ay de los que en dia de revolucion creen en el hombre en vez de fijarse en las leyes eternas de la naturaleza! Se asen á hojas del ciprés, hojas que caen y se lleva el viento, en vez de asirse al tronco ó al conjunto de la copa, que eternamente se sostiene y renueva.

XVI

Paréntesis.

El trabajo revolucionario de España ha sido semejante al de los que naciendo en la oscuridad del centro de la tierra, han ido poco á

poco con las uñas y los dientes abriéndose camino para llegar á la superficie, á la region de la luz, y al ver el sol se han deslumbrado. Parecerá imposible á nuestros descendientes la fatiga que han tenido que soportar nuestros antecesores, esclavizados por la Inquisicion, para llegar á saber algo de lo que se pensaba fuera de la cárcel que se llamaba España, y que tenia por muro el Pirineo, á principios de nuestro siglo.

Sin las sociedades masónicas nunca hubiéramos vivido menos separados del mundo inteligente que la China de las ciudades civilizadas.

A fines del pasado siglo y á principios del actual habia una aduana estrechísima establecida por aquellos que olvidan que poner grillos á la inteligencia es querer ponérselos á Dios, y esta aduana impedia que llegase á nuestro país ni siquiera el aroma de las ideas nuevas que en los otros florecian.

Los hombres que deseaban instruirse consultaban el índice de los libros prohibidos; escogian por el título de los anatematizados los que mas convenian á la naturaleza de sus estudios; se dirigian á los vendedores de romances y libros viejos, casi todos masones entonces; les preguntaban por un romance, les hacian las señas convenientes, y les pedian la obra que necesitaban; la cual venia casi siempre del extranjero en pliegos sueltos, envolviendo libros místicos ú otros objetos de comercio.

Parece milagroso que con tantas dificultades haya adelantado nuestro país lo que ha adelantado. Mucho menos tenemos que hacer para sobrepujar hoy á los pueblos civilizados, de lo que hemos hecho para salir de la barbarie. Estábamos sin crear, y hoy solo nos falta crecer.

De esta ausencia de conocimientos, sobre todo en el pueblo, ha dependido en gran parte la marcha irregular de nuestra revolucion.

Con mas instruccion, no hubiera sido posible ni la reaccion ocurrida á la vuelta de Fernando VII de Francia, donde tan bajamente habia adulado á Napoleon, teniendo como tantos príncipes de su calaña por dogma político el ser lacayo de las circunstancias, ni hubiera sido posible la reaccion del año 23, ni la del año 43, ni la

del 56, y no lo serian otras que los pilotos prácticos ven aparecer como nubes pequeñas hoy, pero que mañana serán gigantes en el cielo del porvenir.

Un pueblo ignorante siempre es esclavo. Un pueblo inteligente nunca. La materia es atada. La inteligencia libre.

Si queremos que España goce un régimen liberal, debemos fundarle en las escuelas.

Las bayonetas sirven para todo menos para sentarse en ellas.

En los templos se reza y se calla: solo en las escuelas se discute y se aprende.

Por desgracia los gobernantes, cuya inteligencia es un caballo de escuadron que no sabe marchar por sí sino seguir á los otros, solo se apoyan en el sacerdote que dice: «cree sin examinar;» en el soldado que grita: «obedece sin hablar;» y en el verdugo que mata. Se apoyan en todo lo que destruye; nunca buscan su sosten en el maestro que enseña, que educa, que perfecciona, que, eterno Prometeo, hace hombres de las estátuas.

Para educar al pueblo español en poco tiempo, habia yo propuesto que se hiciese una quinta general á la manera prusiana; pero que se esceptuase del servicio militar al que supiera leer y escribir, y se enseñase á leer y escribir en los cuarteles.

No se me ha querido oír, lo siento. Otros medios quedan para conseguir el mismo resultado; pero repito que es indispensable, si queremos que España, que tan gran porvenir puede tener, no caiga en la mas completa abyeccion, nutrir de ciencia é inundar de luz á las generaciones futuras.

XVII

Mas sobre los partidos españoles.

Entre el sér y la accion, entre la causa y el fenómeno pasajero que se llama hecho, hay tanta diferencia como entre el pensamien-

to y la palabra. Los empíricos que solo de los hechos hacen caso, son tan cándidos como solo los que de las palabras le hicieran. La naturaleza sabe tambien mentir.

Hemos estudiado teóricamente los partidos; preciso es que de su historia digamos algo.

El partido absolutista fué el que despobló á España y la sumió en la ignorancia, como es sabido. Cuando fué vencido en la lucha, tanto en el Parlamento como en los campos de batalla, la fraccion de él mas hipócrita se alió al gobierno fingiendo abrazarle para perderle, y no le fué difícil seducir á la reina y á los principales jefes del partido moderado, con el cual contrajo estrecha alianza.

En 1843 quiso dar el golpe de gracia al partido progresista y á la revolucion, cuya bandera llevaba este partido, con la coalicion primero, y mas tarde con la acusacion de don Salustiano Olózaga; pero precisamente, como no hay accion que no tenga su reaccion, si apareció triunfar por el momento, lo que consiguió en realidad fué, primero deshonorarse, porque hay momentos en que es mas glorioso estar bajo la rueda que sobre el carro de la victoria, y despues sembrar la revolucion, cuyo viento ha acabado por llevarse el trono de Isabel II como una nube de verano.

Escusado es que citeamos aquí los asesinatos, los robos, los crímenes de todo género que manchan la historia del partido moderado durante el espacio de los onçe años, cuando se desterraba, se condenaba á muerte á los mejores patricios, y cuando Isabel II escribia cartas de gratitud y concedia la cruz de Cárlos III á despreciables agentes de policia.

Esta historia es demasiado conocida, por desgracia, y para vergüenza nuestra. La historia del pronunciamiento de 1854 puede aprenderse en dos buenos libros, publicados uno por don Cristino Martos, y otro por el señor Barrantes; pero se apreciará mejor cuando dé á luz los documentos que posee, y son un verdadero tesoro, el señor don Angel Fernandez de los Rios.

Ocurrió sangrienta lucha en 1856, y el partido progresista fué deshecho á cañonazos. Solamente unos cuantos hombres de fé y corazon entero, entre los cuales se encontraban don Manuel Llano y Persi y don Juan de la Rosa Gonzalez, capitaneados por don Pedro

Calvo Asensio, se mantuvieron firmes, levantando en su mano robusta la bandera de la soberanía nacional.

Era preciso hacer una gran propaganda para que nuestra comunión reparase las pérdidas que en la desgracia habia sufrido, ya por la muerte ó la espatriacion de muchos de sus soldados, ya tambien, y sobre todo, por el resellamiento de los que no querian seguir á sus jefes en el dia de la desgracia; por eso no se pudo imitar el digno ejemplo del general Espartero, que se retiró á Logroño, protestando con su retraimiento contra todo lo que ocurría en las regiones gubernamentales. Hubo precision de acudir á las urnas, porque la tribuna del Congreso era el mejor sitio para hablar al pueblo. Hubo precision de sostener los periódicos, á pesar de las dificultades, de las leyes de imprenta moderadas, y sobre todo, de la arbitrariedad de los censores. Hubo precision de crear tertulias políticas, á pesar de la vigilancia de la policía, y del temor que naturalmente habian de inspirar sus delaciones y calumnias. Hubo, en una palabra, precision de desplegar tanta actividad, tanto celo, tanto valor y tanto ingenio para reconstituir el partido, como se hubiera necesitado para fundar una nueva iglesia.

En las elecciones y en las Córtes, nuestros diputados eran verdaderos mártires, pero al fin mártires con gloria, á quienes el público compadecia y aplaudia cuando los veía luchar con las fieras en el circo.

Los tormentos de la prensa eran mas tristes: asemejábanse á los sufridos por los reos en los oscuros calabozos de la Inquisicion. Es difícil formarse idea de lo esclavo que en aquel tiempo estaba el pensamiento. En *La Iberia*, que es el periódico de que mas noticias tengo, y que fué de los mas castigados, pero que de ninguna manera era una escepcion, hubo meses en que no se dejó publicar una sola palabra original, y en que todos los dias suprimia el lápiz rojo párrafos copiados de otros periódicos, para que el tiempo perdido al hacer la correccion en la imprenta y sustituir lo anatematizado con algun anuncio de pomada antioftálmica, ó de chocolate atemperante, impidiese que el número fuera á provincias.

Mas tarde, el verdadero redactor de *La Iberia* era el fiscal, que no hacia gran caso de las prescripciones de la ley. Recuerdo alguna

vez haber ido á quejarme á él, porque suprimia un párrafo sin motivo alguno.—Para esto no hay derecho, le decia yo.—Y él me contestaba:—Cierto: no tengo derecho para borrar eso, pero convenirá usted en que tengo la fuerza.

En cuanto al tino con que el espurgo de los periódicos se hacia, me bastará citar dos hechos. Una vez, en un número correspondiente al primero de año, habia yo escrito un folletin completamente literario y completamente tonto acerca del almanaque. El fiscal me le suprimió por completo. Fuí á verle admirado, y le pregunté qué idea habia encontrado subversiva en aquel artículo sin ideas.—Usted habla del zodiaco, me contestó, y dice que trae su nombre de una palabra griega que significa animal, porque entre los signos que le componen hay ocho representados por animales; pues bien, esto no puede pasar, porque claro está que cuando el público oiga hablar de ocho animales, comprenderá al momento que se habla de los ocho ministros.

Otra vez, no sé con qué motivo, habia publicado en un artículo una frase latina de esas tan vulgares como el *palida mors* ó el *arma virumque cano*. La frase fué tachada. Nueva admiracion mia. Tambien el fiscal esta vez me sacó de apuros diciéndome:—Que él, aunque abogado, no sabia latin, y no podia dejar pasar una frase que no entendia, porque con ella podria inferirse una ofensa al ministerio.

No hubiera podido hacerse mas en los tiempos de Fernando VII por el célebre padre Carrillo.

En las tertulias liberales se trabajó tanto, que de ellas salieron los comités electorales con verdadero carácter de congresos; comités en que se redactó el credo de nuestra comunión política, y se organizó la revolucion.

XVIII

El retraimiento.

Cuando el señor García Ruiz en un folleto impreso en Francia, que yo he censurado varias veces como un error político, decia que

en España los gobiernos trabajaban por la revolucion y los revolucionarios por el gobierno constituido, formulaba una gran verdad.

Aquí jugamos siempre al juego de los despropósitos: unos por deseo de ser hábiles, otros por timidez, y otros por no comprender la situacion, todos nos equivocamos.

El partido progresista (y he hecho mal en emplear la palabra partido, porque debia decir la nacion entera) debe la revolucion española, la revolucion mas radical, la revolucion que mas ha sorprendido á Europa, la revolucion que si los pilotos que dirigen la nave del Estado se ponen á la altura del pueblo ha de salvarnos en el porvenir, á uno de los hombres mas francamente reaccionarios, al señor Vaamonde.

En un momento en que no necesitábamos mas que un pretesto para tomar una actitud francamente ofensiva, nos dió un motivo.

Teníamos el derecho de celebrar reuniones electorales á la luz del dia para elegir nuestros diputados á Córtes. Este derecho estaba consagrado por la costumbre. Este derecho estaba basado en la razon, en la justicia, en la naturaleza de nuestro partido.

El señor Vaamonde nos arrebató este derecho, y entonces, no estando en Madrid la mayor parte de los individuos que componian el comité electoral, el eminente patricio don Pedro Calvo Asensio convocó á casa del señor don Joaquin Aguirre á unos cuantos individuos del Ayuntamiento, de la Diputacion provincial y de la redaccion de los periódicos liberales (individuos á quienes se dió el título de *mínimos*) para que protestásemos contra la determinacion del gobierno.

El escelentísimo señor don Joaquin Aguirre, mi venerado maestro, y maestro tambien de casi toda la juventud española que algo luce en el dia, porque, como Sócrates, ha hecho mas sembrando en las inteligencias que escribiendo, aunque sus obras quedarán como columnas universitarias sosteniendo el edificio de la ilustracion futura; el escelentísimo señor don Joaquin Aguirre, que es como el sol, que brilla por sí, pero que al mismo tiempo hace producir á la tierra flores y frutos; el señor don Nemesio Fernandez Cuesta, á quien no encuentro palabras con que elogiar por su talento, por su laboriosidad, por su instruccion, y por su abnegacion, y el que estas lí-

neas escribe (en todo cuadro ha de haber una sombra, y en toda misa un acólito), fueron encargados de formular la protesta.

No era brillante su estilo, no se consiguió siquiera que se redactara sin grave oposicion por algunos que despues se han vestido con el traje mas rojo de la revolucion, y han subido con pasos mas largos á los altos puestos en el dia de la victoria; pero aquella cartà sencilla, decidida y clara, colocó á nuestro partido en la actitud guerrera que ha dado por resultado la revolucion de 1868.

Hé aquí este documento, que habia sido precedido de otro que tambien publico:

PROTESTA

DEL PARTIDO PROGRESISTA DE AGOSTO DEL 63, SIENDO MINISTRO DE LA GOBERNACION EL SEÑOR VAAMONDE.

ESPOSICIONES.

«Al Excmo. Sr. Gobernador civil.—En vista de la real órden circular fecha 20 del actual, inserta en la *Gaceta* de ayer, y en la cual se marcan varias reglas y condiciones para la celebracion de las reuniones electorales; y no pudiendo dignamente el partido progresista aceptar las condiciones espresadas, tenemos el honor de manifestar á V. E., de acuerdo con los electores con quienes hemos podido consultar, que renunciamos á la reunion electoral anunciada para el 30 de este mes.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 22 de Agosto de 1863.—Joaquin Aguirre.—José Abascal.»

«Excmo. Sr. ministro de la Gobernacion:—Los que suscriben, individuos del Comité del partido progresista, electores y hombres políticos de opiniones liberales, tienen el deber de manifestar á vuecencia, para que se sirva ponerlo en conocimiento del Consejo de ministros, las razones que les impiden celebrar en estos momentos las reuniones prévias que siempre han celebrado los partidos en época de lucha electoral.

»La circular firmada por V. E. é inserta en la *Gaceta* de ayer, es, en concepto de los firmantes, un ataque al derecho de reuniones pacíficas, contra el cual (salvo el respeto debido á la autoridad) no pueden menos de protestar.

»V. E. comprende perfectamente la diferencia esencial que existe entre el acuerdo prévio que toma un partido para votar, y el acto mismo de votar. Para la votacion solamente los electores tienen derecho; para el acuerdo prévio no hay ninguna ley que impida al elector consultar públicamente las opiniones de aquellos de sus correligionarios que no tengan voto.

»La nueva disposicion de V. E. viene ahora á impedirlo, y constituye al partido progresista en una situacion insostenible.

»No pueden los electores creerse con la independencia necesaria para emitir sus opiniones y acordar sus medios de accion, bajo la presidencia, inspeccion, exámen y confrontacion individual de los agentes mas ó menos subalternos de la autoridad, así como no es tampoco posible que se crean suficientemente ilustrados para formar sus candidaturas, sin oír antes la opinion de personas á quienes la ley no concede el derecho electoral, pero que no por esto dejan de tener importancia en el partido.

»Por otra parte, la ley electoral espresa terminantemente y establece el secreto en las elecciones de diputados á Córtes.

»Si los electores han de ser revistados por los agentes de la autoridad en el momento que van á acordar la candidatura, resultará que la autoridad tendrá siempre una lista exacta de los electores dispuestos á votar á determinados candidatos; lista que destruiria el secreto de la eleccion, y de la cual podria abusar cualquier gobierno que se sintiera dispuesto á ello.

»Esta falta de libertad, contra la cual los firmantes vuelven á protestar en uso de su derecho y en nombre de las prescripciones legales, impide por el momento la celebracion de reuniones previas del partido progresista; y como estas reuniones, permitidas sin trabas en todo tiempo, son hasta cierto punto indispensables para entrar en la lucha electoral, los que suscriben no pueden prever en estas circunstancias los resultados á que la medida del Gobierno podrá dar lugar en adelante.

»Solamente deben dejar consignado (siempre con el respeto debido á la autoridad), que no será el partido progresista el responsable de las consecuencias que puedan sobrevenir en la actitud y modo de ser de los partidos.

»Por todas estas consideraciones, los abajo firmados, resueltos á no aceptar las condiciones de la circular del 20 de este mes, y por consiguiente, á no reunirse en junta pública mientras esas condiciones subsistan, creen de su deber ponerlo en conocimiento de vuecencia y del Gobierno, para que si lo tiene á bien, adopte las disposiciones que su prudencia le dicte.

»Madrid 22 de Agosto de 1863.—Excelentísimo señor.—Joaquin Aguirre, ex-diputado.—Pedro Calvo Asensio, ex-diputado.—De la Junta Central progresista de elecciones, ex-diputado á Cortes, Rafael de Saravia.—En representacion de *Las Novedades*, Nemesio Fernandez Cuesta.—En representacion de *La Iberia*, Cárlos Rubio.—José Abascal.—Camilo Muñiz y Vega.—Como de la Junta Central progresista de elecciones, José Carrion y Anguiano.—Ramon Ugarte, ex-diputado.—Manuel Ruiz de Quevedo, del Comité progresista de elecciones.—Mariano Ballesterero, ex-diputado.—Fernando Hidalgo Saavedra, del Comité.—Miguel Mañanas.—Patricio de Pereda.—Juan Antonio Sanchez.—Manuel de Llano y Persi.—Tiburcio de Ibarbia.—Francisco Posada Perrero.—Santiago de Angulo.—Francisco Salmeron y Alonso.—Guillermo Crespo.—Pedro Martinez Luna.—Francisco Somalo.—Juan Ruiz del Cerro, como de la Junta Central.»

Desde el momento en que aquella carta se escribió y se presentó al ministro, era imposible que el partido no tomase la resolucion de retraerse de las elecciones, á menos de que el gobierno abandonase el poder. Habíamos quemado las naves, y cuando don Práxedes Mateo Sagasta y don Salustiano Olózaga y don Juan Prim vinieron á Madrid, se encontraron en la necesidad, aunque alguno de ellos no fuera de nuestra opinion, de seguir la marcha que los *mínimos* habíamos impreso al movimiento.

Un partido no se suicida jamás á sabiendas; un hombre puede hacerse la ilusion de que pegándose un tiro, colgándose de una

cuerta, ó arrojándose al mar, deja de existir: la muerte es una idea negativa, y por lo tanto no existe; pero un partido tiene mas instinto, y no cree en la muerte.

Si un partido abandona la lucha en el terreno legal, es para adoptarla en el ilegal. Se le ataca por medio de la fuerza, y para ser lógico, con la fuerza debe responder.

Muchos de los revolucionarios son parlamentarios ante todo, y creen que la palabra basta para mover las montañas; muchos tambien, mas que revolucionarios son egoistas, que miran el Parlamento como un teatro donde lucir sus bellas formas y sus afligranadas frases, donde obtener aplausos, donde ser mirados con amor por las mujeres y con celos por los maridos, donde brillar como Zorrilla en el Liceo; pero los discursos parlamentarios, cuando se trata de gobiernos de fuerza, sirven de poco; son palabras que se oponen por escudo contra los tiros, y aunque, como confesaba Napoleon, al fin de la jornada el sable siempre es vencido, el aire de las palabras no es un escudo bastante resistente ni contra el sable ni contra las balas.

Ocurre mas: la mayor parte de las veces, las minorías parlamentarias, que aparentemente son arietes poderosísimos contra la situacion, en realidad la apuntalan.

Sin la oposicion republicana, en que cuenta adversarios tan notables como Julio Favre, como Picard y como Pelletan, es muy posible que hubiera venido ya á tierra Napoleon III; pero esa oposicion que habla mientras él obra, le sostiene.

En España, durante mucho tiempo, durante todo el que necesitamos para hacer la propaganda, el público confiaba en que los razonamientos de nuestros diputados conseguirian el triunfo de las buenas doctrinas. Muchos de los diputados de nuestra comunión tenian bastante vanidad para suponer que con unas cuantas frases podrian hacer huir á un gobierno sentado en cañones cargados de metralla, y que tenia en la mano por cetro la mecha encendida; y habia tambien alguno de nuestros apóstoles, que no creyendo ni en nuestro dogma ni en el de nuestros adversarios, que despreciando la humanidad, que despreciando la ciencia, y sin Dios en el santuario del alma, pero con un egoismo hipócrita y seco, aspiraba á ocupar un puesto en las asambleas, no para defender la buena causa,



DON PEDRO CALVO ASENSIO.

no para defender al país, no para defender la libertad, sino para hacerse pagar por los ministros, á la manera de aquellos grooms que en las carreras de los caballos ingleses se dejan sobornar para ser vencidos. Contra todo esto tenia que luchar Calvo Asensio, y su lucha, que le costó la vida, fué gloriosa.

Un hombre de tanta talla política, un hombre á quien se debe la revolucion que tanto nos honra, merece un capítulo aparte; y para darle á conocer, ó por mejor decir, para recordarle, porque harto conocido es, dejo aquí la pluma y doy paso á su hijo, en quien espero que han de revivir los talentos y las virtudes de su padre, para que escriba su biografía.

XIX

Calvo Asensio.



Cediendo á las súplicas de mi amigo Cárlos Rubio, me encargo de escribir unos ligeros apuntes biográficos de mi amantísimo padre. La empresa no puede ser mas difícil para el que la acomete; porque si siempre es poco factible, con precision, con verdad, con exactitud, tratar de vivificar un cadáver y hacer presente un recuerdo, de retratar por completo un carácter, juzgue el lector cuán de punto subirá la dificultad si el que se compromete á evocar los inanimados restos que sella la fria losa del sepulcro, es el que no vive sino del recuerdo del que muriera, el que no alienta sino del calor que arrebatara á la muerte del último suspiro de aquel á quien debe el sér, y cuya memoria le es tan sagrada como una bendicion del cielo. Describir un carácter, y al hacerlo recordar á cada palabra un rasgo, un momento de la vida de un padre, es desgarrar á sabiendas el alma, y escribir con lágrimas y prestar fuerza y energía al pensamiento con el exceso del dolor profundo que se busca, no ya para desafiarle y vencerle, si que para santificar y depurar el alma con

la pureza y la santidad de la incurable pena que se estrella ante una lúgubre necrópolis. Pero si en la vida que se recuerda hay mucho de noble y de digno, si en la memoria que se evoca hay para el hijo un ejemplo que imitar, nada importa abrir de nuevo la mal cerrada herida, si la sangre que del corazón mana ha de ser como bálsamo consolador que preste firmeza á la voluntad, energía á la convicción, pureza al pensamiento, á la intención honradez, y serenidad inalterable á la conciencia. La ungida memoria de un padre es como un bautismo que purifica el alma, y por eso, mas aún que por las cariñosas exigencias del amigo, he consentido gustoso en llevar á cabo esta obra, porque al hacerlo, voy todo el tiempo que dure mi trabajo á comunicarme con el que debo el sér y amo mas que á mi existencia; y cuando un alma, desprendiéndose de las carnales vestiduras, vuela al infinito para unirse por breves instantes en estrechísimo abrazo, con otra á la que rinde culto sincero y adoracion sin límites, al volver de nuevo al barro que la aprisiona despues de haber recibido un ósculo de paz, siéntese regenerada, y como sin mancha, porque trae en sus alas algo del perfume del cielo.

Procuraré ser todo lo conciso que me sea posible, encerrar el pensamiento en los mas estrechos límites, porque mi intento, mas que seguir con minuciosidad todos y cada uno de los períodos de la vida de Calvo Asensio, es el de presentar por completo su carácter. Trataré tambien de hacer abstraccion de mi pobre personalidad, para que la descripcion sea exacta, y el lector pueda formar juicio desapasionado de las prendas y condiciones que distinguian al fundador de *La Iberia*, y de ese modo, desprendiéndome en lo que sea dable del amor que su nombre me inspira, y al propio tiempo de la infinita tristeza que al recordarle siento, intentaré dar algun interés á este bosquejo, sin que pueda salir perjudicada, en lucha con el cariño, la imparcialidad del biógrafo.

No me detendré en los primeros años de la vida de don Pedro Calvo Asensio.

Nació en 31 de enero de 1821, en la villa de la Mota del Marqués. Cursada la latinidad, emprendió la carrera de farmacia, y se doctoró en el 44, si bien se dedicó tambien á la de jurisprudencia, la que siguió hasta el bachillerato. No era el de Calvo Asensio un carácter

frio, reflexivo, meticulosamente observador, y aunque se dedicó con constancia al estudio de las ciencias físicas y naturales, su viveza, su gran iniciativa, inclinábanle por otra senda, y no bien terminados sus estudios principió á cultivar la literatura.

Jóven, sin nombre, sin otras relaciones que las contraidas en las aulas, lleno de ilusiones y esperanzas, ansioso de entrar en la vida pública, inquieto de suyo, grandes fueron las amarguras que en estos primeros momentos de su vida tuvo que devorar en silencio, hasta romper esa capa glacial de indiferencia que la sociedad opone, y que como que sofoca las nobles aspiraciones de cuantos anhelan distinguirse y brillar, y mas aún si quien tales propósitos alienta no tiene mas proteccion y mas auxilio que una voluntad enérgica y un incesante anhelo del bien. Es un sacrificio sin nombre, un continuo sufrimiento luchar entre tinieblas un dia y otro dia sin fruto alguno, ansiando, sin término ni límite, un porvenir brillante; alimentar una nueva ilusion al despuntar el mañana, y ver agostarse en el corazon la flor de la esperanza al venir el crepúsculo de la tarde, llevando en el alma un nuevo desgarrador desengaño. Es dolorosísimo percibir el concierto del mundo, ver pasar en mágico tropel ante la imaginacion exaltada, nombres brillantes, coronados por el aplauso, querer seguirlos, poner la planta en la escala que al ideal conduce, y como náufrago desdichado, al tocar con la mano en la roca, asidero de la esperanza, sentirse empujado por la ola y perderse en los abismos del Océano. Y mientras se sostiene esta lucha incesante, ver con dolor á cada nuevo desengaño cómo el destino nos aleja del puerto, y cómo se divierte con el dolor del alma, condenándola á nuevas torturas y amargándola sin cesar con las hieles de la realidad. Sin embargo, durante este largo período en el que cada minuto es un siglo, Calvo Asensio principió á mostrar, como en presentimiento, las condiciones de su gran carácter. Contando con pocos amigos, desconocido, sin otro recurso que su ingenio, desde el primer momento supo irse atrayendo mayor número, y con su cariñoso trato estender de dia en dia sus relaciones, siendo notable el predominio que sobre todos ejercia, y mas que todo la gran iniciativa que ya en los albores de la vida le distinguiera. Nada se hacia en aquel pequeño círculo sin con-

sultarle; en todo cuanto se llevaba á cabo en aquel corto grupo de jóvenes entusiastas iba impreso el sello de su iniciativa y de una autoridad que todos en él reconocian, sin que en lo mas mínimo hiriera á ninguno, y que imponiéndose siempre con mas fuerza, ni él buscaba ni los demás rehuían. Y ¡cosa singular! No bien llegaba á aquella ignorada reunion un nuevo amigo relacionado con alguno de los que formaban el pequeño círculo, y que lo era de Calvo, sin darse cuenta dejábase influir por este en el mismo sentido, y cuanto mas grande era el predominio, mas íntima y profunda era la amistad que se profesaban.

Durante esta lucha, Calvo, allí donde habia un liceo, una academia, una reunion literaria ó una junta política en las que pudiera entrar, ya como espectador, ya como sócio, ó para admirar á los grandes poetas y los grandes oradores, ó para llevar su pobre óbolo al altar de la libertad y de la patria, no sentia temor, sino que ansioso y lleno de esperanza aceptaba cuanto la suerte le ofrecia, luciendo su ingenio en esos primeros destellos literarios, espontáneos, mas desaliñados é incorrectos, que solo sirven para mostrar á los hombres ejercitados en la crítica condiciones en el neófito mas ó menos propias, mas ó menos felices para ponerse en comunicacion con las nueve hermanas y cultivar con fruto su trato. Versos, artículos ya políticos, ya literarios, brotaban en abundancia de la pluma del ignorado escritor, y una sonrisa de un crítico eminente, el aplauso momentáneo de un reducido público, eran la recompensa que se le podia dispensar, para pasado aquel relámpago brillante dejar otra vez envuelto aquel desconocido nombre entre las nieblas del olvido, de las que saliera breves instantes para sentir de nuevo y con mas fuerza el rigor de sus prisiones. Sus relaciones entre tanto se iban estendiendo, y las simpatías que por su carácter franco y su caballeroso trato sabia captarse, crecian de dia en dia, y con estas las lisonjeras esperanzas y los ardientes deseos de romper aquella pesada larva que impedia al alma remontar su vuelo por mas anchos horizontes.

Ya conocido entre la juventud, concibió un pensamiento levantado y que fué la base de su carrera. Con brillante iniciativa, jamás su imaginacion tenia un instante de reposo, ni un instante se ago-

taba; antes, con el ejercicio diario se robustecia y ganaba en intensidad; y como dirigiera su mirada á las clases médicas y farmacéuticas, y las viera postergadas y abatidas, sintió pena hondísima, y su lamentable estado le escitó á acometer una empresa, si difícil para todos, casi imposible para quien se encontraba sin recursos. Vió postergada en una clase una rama importante de la ciencia, y como en su alma albergara ese santo amor que tan cariñosa madre engendra, trató de volver por sus fueros y fundó *El Restaurador Farmacéutico*, con el esclusivo objeto, no ya de defender, sino de dar fuerzas y cohesion á esas clases profesionales. Y él, sin recursos pecuniaros, sin proteccion alguna, sin nombre conocido, fiado solo en la justicia de la causa cuya bandera levantaba, lleno de esa energía invencible que presta el amor de la ciencia á los corazones que se han formado en ella; y que por ella han regido y despertado sus mas nobles sentimientos, tomó á su cargo tan fabulosa tarea, para quien en tan malas circunstancias y situacion tan deplorable se encontraba. Con el nuevo periódico, el ignorado escritor se hizo un nombre, y á poco tiempo *El Restaurador* fué el órgano oficial de esas nobilísimas clases, las que tanto respeto y consideracion se merecen, hoy atendidas y ensalzadas, por la importancia de su mision y por la significacion altísima que en la ciencia tienen. Mas no logró Calvo Asensio esto solo, sino que consiguió levantar el espíritu de esas clases tan propensas al aislamiento, las hizo conocer su verdadera importancia, y llegó á conseguir adoptáran una organizacion completa, que hoy ha dado por resultado la celebracion de un congreso muy notable bajo todos conceptos, y que ha abierto nuevos y vastísimos horizontes á los que se dedican á esos interesantes estudios. El favor que obtuvo el periódico ha sido tal, que hoy existe despues de trascurridos veintiocho años desde su fundacion, estando su direccion encomendada á un distinguido hombre de ciencia, el señor Chiarlone; favor que labró el porvenir del ardiente tribuno de los intereses de esas clases profesionales, y que fué como justa recompensa que el destino otorgó á la sana intencion con que acometió su difícil empresa, y al amor nobilísimo que por los fueros hollados de la ciencia mostrara.

Á pesar de lo árduo de la empresa y de lo difícil de su cometido,

el genio vivo é inquieto de Calvo Asensio ansiaba ensanchar el círculo de su accion, y no contento con esto, en otras publicaciones de diverso género, daba á luz composiciones y trabajos literarios que fueron bien acogidos. Seducido por la poesía, ese ángel vestido de luz que trasporta el alma á las regiones infinitas del ideal, dedicóse á escribir al propio tiempo para el teatro, si bien en el entre tanto, y como para calmar su insaciable espíritu, principió á publicar un periódico satírico titulado *El Cinife*, que produjo bastante impresion entre los criticos y los literatos. Mas todos estos ensayos no eran bastantes á satisfacer sus aspiraciones, y como por aquella época el género romántico éstuviera en auge y se sintiese fuertemente arrastrado por los brillantes cuadros que los Zorrilla, Vega, Hartzenbusch y García Gutierrez presentaban de continuo en el teatro con universal aplauso, quiso tambien quemar incienso en los altares del nuevo Dios, y probó á imitar las gigantescas concepciones de tantos y tan brillantes ingenios como en aquel entonces llenaban nuestra tierra con la merecida reputacion de sus nombres. Si la poesía es dificil siempre, porque para cultivarla se necesitan condiciones especialísimas; si es indispensable para ello conocer y amar la belleza, sentir con fuerza la mágia del ideal esplendente, y tener una poderosa y vasta imaginacion, para llegar á la espresion estética de la dramática son, además de las anteriores condiciones, indispensables, profundo conocimiento de las costumbres y del corazon humano, ingenio sutil para preparar contrastes, instinto singularísimo para el conjunto, y mas aún para los detalles, intencion para combinar bien los afectos, energía y delicadeza para trazar, ya violentos, ya débiles caractéres, segun los personajes y el fin que la obra se proponga, concision en la manera de esponer, y gallardía y flexibilidad en el diálogo, con lo que la dificultad sube de punto y el género se presenta de inaccesible acceso á las vulgares medianías. Nada de esto arredró al fundador de *El Cinife*, y con paso resuelto entró en la carrera dramática. En aquella época, para los principiantes habia teatros de tercer orden, en los que las obras que se representaban eran recibidas por el público con deliberada indulgencia, por la falta de pretensiones con que sus modestos autores las daban á escena, sin que por esto sea á nadie dado afirmar, sin temor de incurrir en

error profundo, que cuantas producciones allí recibian la sancion del público estaban desprovistas de belleza, cuando no de verdadera importancia. Calvo Asensio escogió uno de aquellos teatros, el de Variedades, para hacer sus ensayos, y bien pronto el aplauso del público vino á coronar sus esfuerzos. *La Venganza del pechero*, boceto romántico escrito en colaboracion con Ruiz del Cerro y Rosa Gonzalez; *La Estudiantina* ó *El Diablo de Salamanca*, y *Fernan Gonzalez*, con la de este último, chispeante cuadro de costumbres aquella, verdadero drama caballeresco este, que obtuvo treinta representaciones consecutivas; *Los disfraces*, comedia escrita con travesura y gracia, como *Ginesillo el aturcido* y *Valentina valentina*, con la *Acción de Villalar*, recuerdo patriótico de aquella funestísima batalla, en la que, y á partir de la cual, la libertad se vió humillada y escarnecida por la tiranía de los Césares austriacos, é *Infantes improvisados*, ingeniosísima pieza llena de intencion y fácil y correctamente versificada, forman un repertorio dramático, si no de subido precio, no despreciable ciertamente, que termina con el drama titulado *Felipe el Prudente*, que interpretó el gran actor Julian Romea, y el que, por la verdad de los caractéres, la combinacion de los efectos, la exacta y fiel descripcion de la sombría corte de aquel déspota execrable, lo levantado de la versificacion, la bien tejida trama y la feliz colocacion de las situaciones, mediante la que, el interés se mantiene vivo y creciente, ha merecido á los críticos muy benévolos juicios, proporcionando á su autor uno de sus mas legítimos y estimados triunfos.

El eco de la libertad combatido por las bayonetas francesas, folleto en verso que Calvo Asensio escribió con su cariñoso amigo Rosa Gonzalez, y por el que ambos sufrieron una obstinada persecucion por parte de los sicarios de Narvaez, fué la muestra palmaria de una transicion por la que el jóven literato entró en la carrera política. Y el momento era supremo: apagado en los españoles pechos el incendio de las grandes ideas del 37; en el poder el partido moderado, con el sanguinario Narvaez á su cabeza; sujeta á prévia censura la prensa; limitada injustificadamente la tribuna, en la que solo de vez en cuando se dejaba escuchar la voz de la verdad, tronando contra la elocuencia cortesana de los Martinez de la Rosa

y los Galiano, ó contra la grandilocuente sofistería de los Donoso Cortés; elevada á dogma la dictadura ministerial; perseguidos los liberales, y cuando no, objeto preferente de las diarias investigaciones de la policía, esa salvaguardia de los crímenes del poder desenfrenado; aliento grande y fé profunda en las doctrinas de la escuela liberal se necesitaban para aceptar franca y resueltamente un puesto en la oposicion, que valia tanto como marchar con firme paso y ánimo resuelto por aquel entonces al mas infecundo sacrificio. Calvo Asensio comprendió lo grave de las circunstancias, y sin embargo, ansió entrar de lleno en la vida pública, no para obtener efímeras utilidades, sino para sustentar á costa de su vida los fundamentales principios de la escelsa idea del progreso. Firme y decidido entró en la batalla, y fué á ocupar un puesto en las filas del partido progresista. Era entonces el liberal por excelencia; sufría una de sus innumerables persecuciones; mas sostenido por el prestigio de su tradicion, por las necesidades de su presente, y mas que todo por la verdad incontrastable de su fundamental principio de la soberanía nacional, raíz y origen de toda la escuela democrática, mostrábase entonces á la altura de su importantísima mision, lleno de la fé sincera que siempre ha distinguido á ese gran partido, y avivada por el talento de Argüelles, la habilidad de Olózaga, la energía del conde de las Navas, el sincero liberalismo de Caballero y la elocuencia incomparable del inmortal don Joaquin María Lopez. El neófito traspasó los umbrales de la iglesia progresista, y evocado el recuerdo de las persecuciones á que habia sido condenada, desechó pueriles temores en varones de honrado criterio é intenciones sinceras, y al recibir en su frente el símbolo de aquella comunión política, se dispuso con la entereza de un creyente á arrostrar las tempestades y el sacrificio. En 1851, los electores de la Mota del Marqués le presentaron candidato, y si bien no la victoria, obtuvo un gran número de votos, lo que atestiguaba el prestigio que habia adquirido su nombre en el breve período trascurrido desde la profesion de fé política hasta aquellos momentos señaladamente críticos en la historia de nuestra patria.

La reaccion fué en aumento. Á Bravo Murillo con sus proyectos de reformas rentísticas y de absolutismo político, muertas al na-

cer; á Roncali con su teoría de «el rey reina y gobierna;» y á Lersundi elevado por la camarilla, y por la camarilla sin razon alguna depuesto, sucedió el famoso don Luis José Sartorius; y herido el Senado en su dignidad, amordazada la prensa, elevados á sistema la persecucion de los liberales, y el órden á la manera del de Varsovia, de tal modo se agravó la situacion, latente una conspiracion militar, exaltado el sentimiento de la honra en el pueblo, ya público el descontento general en todas las clases de la sociedad, que era de todo punto imposible otra solucion que la de la fuerza, precipitada á no dudar por las temerarias imprudencias de aquel gobierno despótico que con su conducta desatentada, insensata, cuando bajo sus piés retemblaba la tierra, presagio cierto de próximo terremoto, probó una vez mas cuán evidente es que á los que Dios perder quiere, los hiere con incurable ceguera.

Y en aquellos momentos solemnes, últimos de aquella larga agonía del partido moderado, y en los que, impelido por su impotencia, caia en los mas absurdos y descabellados estravíos, en los mas despóticos excesos, sin duda arrastrado por la incontrastable fuerza de esa fatalidad que persigue á todos los poderes despóticos y que los lleva á la crueldad y á la venganza, no de otro modo, no de otra manera que el dolor conduce al moribundo á los mas terribles accesos de satánica locura, el jóven progresista, el aplaudido escritor dramático, queriendo cumplir dignamente con sus compromisos, y anticipándose á los sucesos que habian de tener por ineludible consecuencia la ruina de la faccion dominante, para sufrir el honor del martirio en los postreros dias de la existencia de aquella dictadura sin nombre, acometió la mas difícil, la mas temeraria empresa que imaginarse pudiera, fundó un periódico político, paladin de la escuela progresista, titulado *La Iberia*. Nada mas difícil siempre, pero especialmente en aquellas circunstancias, que fundar un periódico, y fundarlo sin otros recursos que la creencia sincera en una idea y una honradez y una incorruptibilidad en la vida pública, loada y reconocida por todos los hombres puros, y sin mas apoyo y proteccion que las que el público le dispensara, sin contar con la energía inquebrantable del que, muy jóven todavía, se habia hecho un nombre en la república literaria, debido solo á su laboriosidad, y

solo con intentar tamaña empresa, se hacia acreedor á la estimacion del pueblo, porque hay hechos cuya concepcion sola agigantan de tal modo á un hombre, que le llegan casi á dar la estatura de una idea. Fundar... escribir un periódico, sacrificarse á sabiendas en aras de un sistema, y hacerlo en aquellos momentos, ó es una locura, ó una hazaña sin ejemplo. Entrar en la lucha con la conciencia de la desigualdad y de la desgracia, solo por servir los intereses de una idea, solo les es dado á hombres de la fé sincera y del invencible carácter del que escribió como lema de su periódico: «*Se rompe, pero no se dobla.*»

Y para comprender este doble sacrificio, dejemos hablar al mas ilustre de los periodistas españoles, á mi queridísimo amigo don Angel Fernandez de los Rios, uno de los mas sinceros de mi inolvidable padre. Veamos cómo describe con su brillantez acostumbrada, qué sea el periodismo.

«Hacer un libro significa poco: se hace á comodidad ó placer; cuando la inspiracion no viene, se la espera. El lector hace lo que el autor: va despacio, con la intencion prévia de enterarse bien, porque el libro es grueso, está encuadernado, pertenece á la biblioteca, forma parte de la casa, y tiene mucho adelantado para que se le estime por dos títulos: como lectura y como propiedad.

»Hacer un discurso es cosa difícil; pero hay para ello circunstancias ventajosas. Se habla de tarde en tarde, en circunstancias determinadas: si en la palabra que cae hay una ofensa á la gramática ó á la lógica, un soplo de aire la devora antes de que el discurso concluya; si hay en él un golpe de forma, de pensamiento ó de expresion, nunca falta quien le recoja para denunciarle á la admiracion general.

»El periodista, al contrario; obligado á escribir á todas horas, y á violentar por consecuencia la inspiracion, no encuentra en torno suyo esa indulgencia y esa complicidad de la vida con la palabra: habla á un público medio dormido, á quien despierta todas las mañanas, reclamando su atencion. El lector, pensando en sus ocupaciones del dia, pasa rápidamente la vista por los artículos y pierde en el camino la mitad de cada uno: es preciso prepararle párrafos cuyo principio le impresione, de modo que caiga en ellos como en un lazo

y penetre el pensamiento capital de aquello que no tiene tiempo para leer por entero.»

Y si el lector tiene en cuenta, aparte del ímprobo trabajo, las calamitosas circunstancias en medio de las que la publicacion empezaba, podrá formar juicio del inmenso valor que se necesitaba para arrostrar tanto peligro. Defender los intereses de un partido, hacerse eco de sus opiniones, dar vida diariamente á sus símbolos para arrancar á cada instante el aplauso de los correligionarios del escritor, al ver en el papel trascritas, delineadas, estereotipadas sus creencias, sus ilusiones, sus pensamientos, sus esperanzas, es difícil, pero factible; cumplir con la estrecha religion del periodismo, y en ese libro vivo, multiplicado por la imprenta, llevado á los cuatro vientos por el vapor, encerrar cuantos adelantos y progresos en el arte, en la ciencia, en la política y en la religion consigue el hombre, é inmortalizar las generaciones y los siglos, es penosa tarea que solo se consigue á costa de esfuerzos gigantescos de la voluntad, pero llevada á cabo por muchos, si bien por muy pocos con la perfeccion debida. Pero entrar en la palestra, cuando el combate es desigual, á luchar desnudo como los antiguos griegos contra poderosos enemigos armados de todas armas, con la seguridad del vencimiento, y entrar á defender las doctrinas de una comunión política perseguida, anatematizada, y á semejanza de los primeros cristianos, con frente serena y ánimo tranquilo, ir á buscar la muerte y arrojar con firme mano el Moloch de la reaccion, guardado por cientos de pretorianos y adorado por nuevos terribles pontífices-reyes, es desusada y extraordinaria temeridad, imposible de ser apreciada en toda su grandeza por el comun de las gentes, y cuya recompensa está única y esclusivamente en la accion misma.

La Iberia se mostró desde el primer momento enérgica y decidida. Corto fué el período de prueba, pero tan difícil, que á no ser otro el que le sufria, hubiera seguramente sucumbido. Á poco de haber aparecido el nuevo periódico, que desde el primer momento ganó muchas voluntades y se captó grandes simpatías, O'donnell con varios generales se sublevó, y despues del combate de Vicálvaro y del programa de Manzanares y del levantamiento de partidas republicanas y del de las grandes poblaciones, don Baldomero Es-

partero fué llamado al poder por la última representante de la infame raza de los Borbones, y fueron convocadas Córtes Constituyentes. Madrid, Toledo y Valladolid presentaron candidato á Calvo Asensio, siendo elegido por la última provincia; y no bien hubo ocupado el honrado puesto á que sus prendas de energía le habian elevado, las Córtes Constituyentes le designaron para segundo secretario. Como el buen patricio Huelves, nombrado primero, dejase la silla de secretario por ocupar un sitio en el banco ministerial, Calvo Asensio le reemplazó en tan alto cargo.

Cómo el jóven escritor cumplió con el deber sagrado de representar la nacion en tan críticos momentos, es de todos sabido, y en vano seria que fuese recogiendo juicios, todos muy favorables, de toda la prensa, no ya de su íntegra conducta, testimonio de la que es toda su vida, y acerca de lo que decir una sola palabra valdria tanto como ofender su honrada memoria, sino de las prendas y condiciones que como hombre de gobierno y como orador le distinguieron.

Tenia Calvo Asensio un gran sentido político, y desde el primer momento, al primer golpe de vista comprendió perfectamente la situacion y se trazó una línea de conducta que no abandonó en aquel tristísimo período de dos largos años gastados en luchar á brazo partido con una reaccion oculta con el prestigio inmenso del popular nombre de Espartero. Comprendió que se debía entrar franca y resueltamente por el camino de las reformas, y estuvo constantemente defendiendo las mas trascendentales medidas y dando su voto á las soluciones liberales; comprendió que era preciso que la justicia de la revolucion convirtiese en hecho todas las responsabilidades por el derecho consagradas, pero nunca cumplidas, y pidió se abriesen informaciones parlamentarias sobre la conducta de anteriores ministerios, con objeto de poner en claro sus crímenes y exigir el castigo de los culpables; comprendió que solo la lógica, la inflexibilidad de la lógica, sentadas las premisas del movimiento de Junio, podia salvar la situacion, y buscó por todos medios el afianzamiento de la libertad, combatiendo incesante y valerosamente las sofisterias doctrinarias; comprendió en fin el dualismo que en la situacion existia, y que era preciso destruirle, y adivinando los planes de aquella oli-

garquía militar formada en anteriores épocas en el Senado, y que tanto se ufanaba de la célebre votacion de los Ciento cinco; y como hubiera reunido en torno suyo una fraccion entusiasta y decidida de notables jóvenes del partido progresista, junto con ellos trabajó incesantemente por prevenir el golpe de Estado de Julio del 56, y con firme arrojo, desde la tribuna hizo una grave y encarnizada oposicion á aquella union liberal tan funesta para el país y para la causa de la libertad, desenmascaró al ambicioso conspirador del 54, y con enérgica elocuencia trató de hacer cambiar de política á aquel complaciente veterano de Vergara, que con sus debilidades y sus escrúpulos se dejó al fin arrebatar de las manos un poder que le pertenecia á él solo, por cuanto estaba garantizado por la voluntad del pueblo. Si sus incesantes desvelos no fueron bastante poderosos á conjurar la tempestad que de tan antiguo venia formándose, su conducta noble y patriótica muestra es clara de cuán ciertas eran sus sospechas, y de cuán evidente necesidad su oposicion briosas. Si como orador obtuvo triunfos nada comunes, como hombre político y de partido supo conquistarse un renombre, en concepto de todos, merecido. No fueron bastante á evitar la solucion desgraciada de aquella revolucion gloriosa los esfuerzos de aquellos entusiastas é inteligentes jóvenes; mas por su conducta han merecido aplausos sinceros de los hombres honrados, y Calvo Asensio podia mostrarse de ella satisfecho, y con sobrada razon desdeñó el gobierno de Madrid y una cartera que en compañía de los hombres del golpe de Estado el ilustre pacificador de España en los últimos momentos de su gobierno le ofreciera.

Mientras que en aquel brillante cuanto triste período el escritor desconocido, el modesto autor dramático, el infatigable y celoso defensor de las clases profesionales daba tan relevantes muestras de su talento político, consiguió un triunfo, quizá el mayor de cuantos le proporcionara en su corta vida la poderosa iniciativa que siempre le distinguiera. Los trabajos, los incesantes afanes, los sinsabores sin cuento, las multiplicadas atenciones del diputado y del periodista, del hombre político en suma, no tuvieron el poder de ahogar en su espíritu inquieto y vastísimo el amor á las glorias literarias; y cuando una juventud llena de vida y esperanza entraba á tomar

parte en los graves negocios del Estado, y la sociedad estaba conmovida y los poderes mal seguros y la libertad triunfante, volvió Calvo Asensio sus ojos á un anciano de noble aspecto, de mirada severa, síntesis grandiosa de nuestra resurreccion política y literaria, y quiso que la revolucion hiciera justicia al genio. Un dia apareció en *La Iberia* un notabilísimo artículo firmado por el director y los redactores, en el que se iniciaba el pensamiento de coronar al Tirteo de nuestra patria, á don Manuel José Quintana, el ilustre cantor de la libertad, el atleta del progreso, el genio de la poesía heroica de nuestra edad, el mas grande de los poetas líricos de España, émulo de Herrera y digno solo de parangonarse con el inmortal autor de los *Cantos triunfales*: Epikinía. El pensamiento fué acogido con inmenso aplauso, y en el acto de la coronacion Calvo Asensio leyó un discurso muy elogiado en aquellos dias, y en el que se trazaba con elocuentes rasgos la vida y los merecimientos de aquel varon ilustre cuyo nombre ha pasado á la historia circundado con la aureola de la inmortalidad.

Los acontecimientos de Julio del 56 vinieron á dar la razon á aquel corto pero ardiente grupo de progresistas que habia estado incesantemente dando la voz de alerta á todo el partido, y una vez entronizada la reaccion, desarmada la Milicia, elevada al poder la union liberal, puesta en vigor la Constitucion del 45 con la célebre *Acta adicional*, Calvo Asensio principió una guerra á muerte en *La Iberia*, tan fructuosa como con envidiable pertinacia sostenida. Á O'donnell siguió Narvaez, consecuencia fatal de la reaccion, y lógica conclusion del golpe de Estado. Ni la ley de imprenta Nocedalina ni el feroz sistema de persecucion por el jefe del partido moderado puesto en accion, pudieron hacer dudar ni por un instante al director y á los redactores de *La Iberia*; y fuertes con la razon é invencibles con sus convicciones, recogieron la bandera del partido, la izaron valerosamente, y desde las columnas del popular periódico declararon guerra sin tregua á los tiranuelos del moderantismo. Los sinsabores, los obstáculos que tuvieron que vencer no son para esplicados: ora una denuncia, mas tarde una recogida, hoy un desafuero de la autoridad, mas tarde un ataque terrible al partido, y que no podia ser contestado; en alto siempre el látigo de la censura, por

todas partes atropellos y violencias; y sin embargo, aquellos nobles jóvenes, creciéndose con el peligro, mas decididos y entusiastas á cada nueva tortura, supieron hacerse superiores al dolor, á la persecucion, hasta á la infamia que el poder tiránico de los nuevos Césares queria arrojar á su frente por el mero hecho de haber sido ungidos con el óleo santo de la libertad, por el que estaban anatematizados por el gobierno de los hombres de la *suprema inteligencia*, y arrostrar y vencer con frente serena y resolucion inquebrantable tantas y tantas contrariedades y tan dolorosa prueba. ¿Y cómo no? Calvo Asensio, segun confesion de sus amigos, tenia el singular privilegio de captarse las voluntades con su sincera amistad y con la franqueza de su carácter, al mismo tiempo que sabia, sin humillacion por parte de nadie, hacer reconocer, dentro del círculo donde giraba, su superioridad, por la indomable energía de su voluntad, y por todos reconocida, su aliento daba aliento á sus compañeros de desgracia, y todos á una, penetrados de la grandeza del papel que representaban, forman en indisoluble unidad una especie de sociedad aparte, consagrada al sostenimiento de la libertad y del progreso. Calvo Asensio imprimia direccion al periódico: sus compañeros le seguian; veíanle cada dia mas animoso, y su resolucion, y su entereza digna de un romano, les contagiaba, y todos, desde el primero hasta el último, si en aquella fraternal asociacion eran posibles las categorías, hacian esfuerzos titánicos por la buena causa, sintiendo profunda satisfaccion en el fondo de su alma porque el destino les habia concedido la envidiable mision de volver por los hollados fueros de la libertad, aun á costa del martirio. Y que esto era así y que aquella superioridad era por todos reconocida y aceptada, sin que fuese causa á desligar, sino antes á apretar con mas fuerza los lazos morales que los unian, con motivo de la cariñosa amistad que aquellas almas apasionadas por una idea estrechaba en indisoluble vínculo, muéstralo de sobra lo que la redaccion decia al público en el tristísimo dia de la muerte de mi amantísimo padre. «Nosotros, decia en aquellos amarguísimos instantes, formábamos en medio de la córte una familia aparte. La redaccion de *La Iberia* no se ha parecido nunca á ninguna otra redaccion. Era una familia siempre unida, porque á pesar de la diversidad de nuestros caracté-



res, subordinábamos todos los redactores nuestras tendencias á la voluntad, hemos dicho mal, al cariño de nuestro primer amigo Calvo Asensio. Solo una cosa era para nosotros mas amada que él: *La Iberia*, su obra, su hija. La pasion mas ardiente, el mas violento deseo de cualquiera de nosotros, cedia ante esta consideracion: «No conviene á *La Iberia*.»

Pero la terrible campaña estaba en sus comienzos: á Narvaez siguió Armero, á Armero Istúriz, sin razon alguna política para tales cambios, y á Istúriz por fin O'donnell, bajo cuya dominacion estuvo el país casi cinco años. Inútil seria traer á la memoria lo que en aquel período sucedió; período de confusion, caótico, en el que la defeccion estaba al orden del dia, como la corrupcion y el ateísmo. Solo sí, para nuestro propósito, basta recordar la brillantísima campaña que durante los cinco años Calvo Asensio sostuvo en la prensa y en el Parlamento, para gloria propia y en provecho del antiguo partido progresista. De tal manera creció en importancia *La Iberia*, que fué objeto, con *La Discusion*, *El Contemporáneo* y algunos otros periódicos, de la mas encarnizada persecucion por parte del gobierno, como de la mas benévola y entusiasta acogida por parte de los hombres sinceramente liberales. *La Iberia* fué el órgano oficial del partido: *La Iberia* fué el objeto preferente y predilecto del lauro popular: *La Iberia* fué el mas genuino representante de la revolucion, que á partir del 58, principió á presentirse, y en especial del salvador antidinastismo. Recogidas, denuncias, condenaciones, multas, llovian sobre ella, y el director y sus redactores, firmes en la brecha, sin abandonarla un punto, se disputaban el puesto del peligro, desafiando valerosos las iras de una frenética reaccion, mal simulada con las apariencias de un traidor y pérfido constitucionalismo. La lucha fué terrible, y el público, entusiasmado con tan patriótica conducta, al ver á *La Iberia* perseguida de tan feroz manera, acudió á sus redactores, y ansioso de sostenerles en tan árdua empresa, se adhirió con toda energía, y principiaron á publicarse innumerables cartas en las que los honrados defensores del progreso ofrecian y ponian á disposicion de los ardientes justadores el fruto de sus trabajos, quizá sus modestos ahorros, para coadyuvar moral y pecuniariamente á aquella tremenda batalla, sin ejemplo en

los fastos del periodismo. Tal muestra de entusiasmo, á ninguno, hasta Calvo Asensio, habia sido dado conseguir.

Al mismo tiempo en el Parlamento, con el inmortal orador don Salustiano Olózaga y el sabio don Joaquin Aguirre y los demás ilustres individuos de aquella memorable minoría, logró señalados triunfos como orador y como hombre político, manteniendo con una resolucion, segun todos, admirable, las doctrinas del antiguo partido progresista. Lucha incesante de todos los dias, con la que consiguió que España entera fijase en él su atencion, hasta el extremo de que el pobre y desconocido hombre del pueblo, sin mas apoyo ni proteccion que las condiciones peculiares de su genio, llegase á ser considerado como uno de los mas importantes miembros de aquella antigua comunión política, tan rica en tradiciones gloriosas.

Y con aquel tremendo combate en el que tantas muestras dió Calvo Asensio de su poderosa iniciativa y de su gran carácter, ¿qué es lo que se consiguió en último resultado? Unir las disueltas fuerzas del partido progresista; organizarle como nunca ningun otro partido se vió organizado; depurar sus creencias; adoptar en su dogma las grandes conquistas de la civilización moderna; definir con precisión su credo; ponerle en respetable estado de guerra; darle unidad de pensamiento y de acción; levantar omnipotente contra el poder avasallador de la corte el único legítimo, el del pueblo, como protesta viva contra toda tiranía; deslindar por completo los campos de los partidos; allegar recursos para la obra de demolición; vivificar el sentido político en nuestra patria; vigorizar los caracteres; hacer palmaria la contradicción entre la monarquía familiar y de derecho divino y los sagrados intereses de la nación, para condenar á aquella á la muerte; arrojar á los cuatro vientos la verdad del progreso y de las soluciones radicales que de él se desprenden, y armar por fin con espada de fuego al gigante de la revolución para que una vez consumada, como ángel apocalíptico, guardase para siempre las puertas del Paraíso, tan villanamente profanado por una dinastía estúpida y absolutista. Y todo esto, ¿qué significaba? ¿para qué valia? Valia tanto como la preparación del pueblo para recobrar en no lejana aurora la plenitud de su soberanía; significaba la resurrección de la España al grito de libertad, y la caída y la desaparición para

in eternum de la infame raza de los Borbones. Aquella era la profesion de fé de los partidos liberales; era la condenacion de los poderes incompatibles con la soberanía del pueblo; era el anatema que lanzaba la generacion de los héroes sobre los sacerdotes del absolutismo; era el prólogo de la revolucion de Setiembre. Una minoría se revolvía contra los Borbones; el pueblo tomaba acta de aquella protesta, la recogía, y al guardarla en el santuario de su conciencia para hacerla efectiva en su día, juraba con los ilustres varones que le representaban en las Córtes, odio eterno á sus verdugos y justicia y reparacion cumplidas para los errores y las traiciones y los crímenes de los vergonzantes y ruines sostenedores de la mas abyecta tiranía. Y el juramento se ha cumplido: la revolucion ha triunfado: el imperio de la libertad se ha restablecido: la justicia del pueblo se ha realizado, y este vuelve hoy amoroso los ojos á los que, por iniciar tan gran movimiento, han merecido bien de su patria.

Gastados los nombres de O'donnell y de Narvaez, ministerios compuestos de hombres afectos á uno ú otro siguieron al de union liberal, y como una vez puesta la planta en la pendiente es imposible retroceder, la reaccion fué en aumento, la prensa siguió amordazada, sin garantías la inviolabilidad del domicilio, perseguidos los liberales, y el sistema constitucional, que es un pacto, fué definitivamente roto por el trono, por la dinastía. Una célebre circular de Vaamonde, en la que se clasificaban los candidatos para las nuevas elecciones, hizo de todo punto imposible la entrada en el santuario de las leyes, y entonces Calvo Asensio imaginó el retraimiento. ¿Qué hacer? No le era dado al partido liberal escribir, se le prohibía reunirse y asociarse, se le cerraban para siempre las puertas del Parlamento, último baluarte de la libertad, y en su dignidad, en su decoro, en su deber estaba no representar el triste papel de cómplice de los violadores de la Constitucion, de los apóstatas del progreso, de los declarados enemigos del sistema representativo. Luchar era deshonroso: aceptar la ilegalidad, la ilegitimidad, el abuso, hubiera sido hacerse reo el partido liberal de los errores y de los enormes delitos del doctrinarismo. Así lo comprendió Calvo Asensio, y á pesar de las grandes contrariedades que se le opusieron, y de las dificultades que tuvo que vencer, su energía, su decision, su elo-

cuencia, acallaron todo injustificado motivo de duda, de nimio temor en los unos, de falta de carácter ó de excusable desconfianza en otros; y merced á su incesante persistencia, el partido progresista esplicita y solemnemente declaró que no volveria á tomar parte directa ni indirecta en la gestion de los negocios públicos, abandonando á la execracion de los hombres honrados á los intrigantes tiranuelos que así esclavizaban nuestra patria. El guante fué arrojado: desde aquel momento la revolucion era inminente: la libertad y la dinastía fueron por el partido progresista declaradas incompatibles: Calvo Asensio, despues de obtener aquella señaladísima victoria, despues de estampar su firma en aquella declaracion admirable, acto el mas admirable de la escuela política á cuya defensa habia estado consagrado con inalterable fé é invencible energía, fué arrebatado á la vida, como si el implacable destino quisiera sellar la piedra de su tumba con aquel esclarecido timbre de gloria.

La vida del hombre público habia empezado con un acto de incomprendible energía, el de fundar *La Iberia* en el período de la mas violenta reaccion. La muerte vino á sorprenderle al firmar la protesta contra la dinastía, el acto mas heróico del partido progresista.

Nada he de decir acerca del inmenso, del profundo dolor con que la España entera recibió la triste noticia de su fallecimiento; bástame consignar, que el dia de su entierro fué de duelo y de lágrimas para todo el pueblo de Madrid, que se reunió espontáneamente para ir á rendir el último tributo de amor á los inanimados restos del que consideraba su incansable tribuno, y que en todas las provincias los liberales hicieron solemnes honras á su memoria. Si alguna satisfaccion experimenta en su vida el hombre honrado, es la de la conciencia: si algun premio puede recibir, es el del aprecio de sus conciudadanos en vida, y sus lágrimas y su dolor cuando la muerte le arrastra al sepulcro. Los testimonios de cariño que el pueblo le dispensara despues de muerto, son el tributo de justicia que jamás niega á sus honrados defensores.

¿Y cómo un hombre salido del pueblo, sin bienes de fortuna, sin nombre conocido, sin apoyo alguno directo ó indirecto, pudo jóven distinguirse entre la multitud, y con un periódico científico levan-

tar el espíritu de una clase respetabilísima, y que el autor de estas incorrectas frases respeta y aprecia en lo mucho que vale, sin influencia en el teatro, solo por su trabajo, obtener una reputacion envidiable entre los autores dramáticos y los literatos con sus producciones, y mas tarde llegar en la vida pública á personificar para el pueblo la idea inmensa, prodigiosa, del progreso? Porque tuvo fé, porque tuvo constancia, porque fué honrado; y el pueblo, que no respeta á los genios cuando les ve comerciar con sus grandes facultades, puestas á servicio de pequeños intereses para lograr vanos honores y distinciones ridículas, con admirable y recto criterio venera y ama á los que durante toda su vida ha visto incansables, con tenacidad heroica, arrostrando toda clase de peligros y resistiendo á todo linaje de seducciones, defendiendo unos mismos principios, sustentando unas mismas ideas, con el arrojo que la conviccion presta á cuantos, regenerados por una creencia santa y por una consoladora esperanza, logran escribir sus nombres en la gran, en la milagrosa tradicion de los espíritus fuertes.

Sus prendas de carácter le hicieron tan popular, tan querido: sus condiciones de constancia inquebrantable, tan respetado. El que es amigo sincero y jamás falta al cariño fraternal que une las almas, vivifica los sentimientos y levanta y depura el espíritu, se capta todas las simpatías. Y Calvo Asensio era uno de esos hombres que rindieron á la amistad un culto tan ardiente como desinteresado. Pregúntese á cuantos su amistad merecieron, y al recordarle se les *verá enjugar una lágrima de amor, que será la mas elocuente comprobacion* de nuestro aserto. Pregúntese á todos, pero en especial á mi queridísimo y respetado amigo don Juan de la Rosa, y ese que desde la infancia vivió íntima y fraternalmente relacionado con mi inolvidable padre, podrá decir al lector si el desconocido jóven fué otro para él cuando sus trabajos literarios y científicos le habian proporcionado ya un nombre distinguido, y si alguna vez en la vida, el popular tribuno, el reputado periodista, contradijo jamás al hermano del alma; y la veneracion con que en su corazon conserva su memoria, y el ¡ay! de dolor que su evocacion le arranca, darán la contestacion mas elocuente á nuestras afirmaciones, y la certidumbre mas completa á los hechos que de referir acabamos. El que

era enérgico para sustentar sus doctrinas, y afable y respetuoso con los varones eminentes, testimonio vivo de nuestras glorias nacionales, no podia menos de ser popularísimo entre sus correligionarios, querido por cuantos saben apreciar en lo que valen tan raras prendas, y para todos los hombres honrados, de cualquier idea ó escuela, sumamente simpático. Quien tenia el privilegio de atraccion y sabia captarse la benevolencia de los mas, y poseia la envidiable cualidad de saber dar á sus resoluciones cierto sello de autoridad que no heria en lo mas mínimo el amor propio de nadie, y se distinguia por una iniciativa brillante para ver al primer golpe de vista las cuestiones, y ocultaba con habilidad suma su personalidad siempre que así convenia para el interés de su partido, como lo demostró en muchas ocasiones, en especial con motivo del retraimiento, imposibilitando de ese modo toda susceptibilidad quisquillosa, y dejando viva, aislada, esplendente la idea, ¡qué mucho que obtuviera tan señalados triunfos, é imprimiera direccion en los graves negocios políticos que el partido á que estaba afiliado debatia, consiguiendo que se adoptasen medidas, soluciones unánimes, tan importantes, tan trascendentales como las que fueron prólogo glorioso á la revolucion de Setiembre, y fuera considerado como una de las mas enérgicas influencias y como una de las mas distinguidas personalidades del campo progresista! ¡Y qué de extraño hay en su vida, qué de incomprensible en la inmensa reputacion que lograra, si apreciamos todas esas condiciones de inteligencia y de carácter, y juntamente con ellas el recto sentido, el criterio casi infalible de los pueblos! El que fué padre amantísimo, el que fué amigo cariñoso, el que fué consecuente hombre público, el que fué por su conducta intachable modelo de ciudadanos, no podia menos de encontrar aprecio y estimacion en todas las clases de la sociedad, y hoy que su nombre, por haber recibido esa triste sancion de la muerte, no puede ser herido por la pasion ó la envidia, hoy que es recuerdo respetado y se repite de labio en labio como eco lúgubre de la tumba, si su familia le llora y sus amigos le veneran, la nacion entera rinde á su memoria ferviente culto de admiracion y cariño, y el amor que su memoria inspira, es el premio de los varones íntegros, de los repúblicos virtuosos, que jamás los pueblos libres han negado.

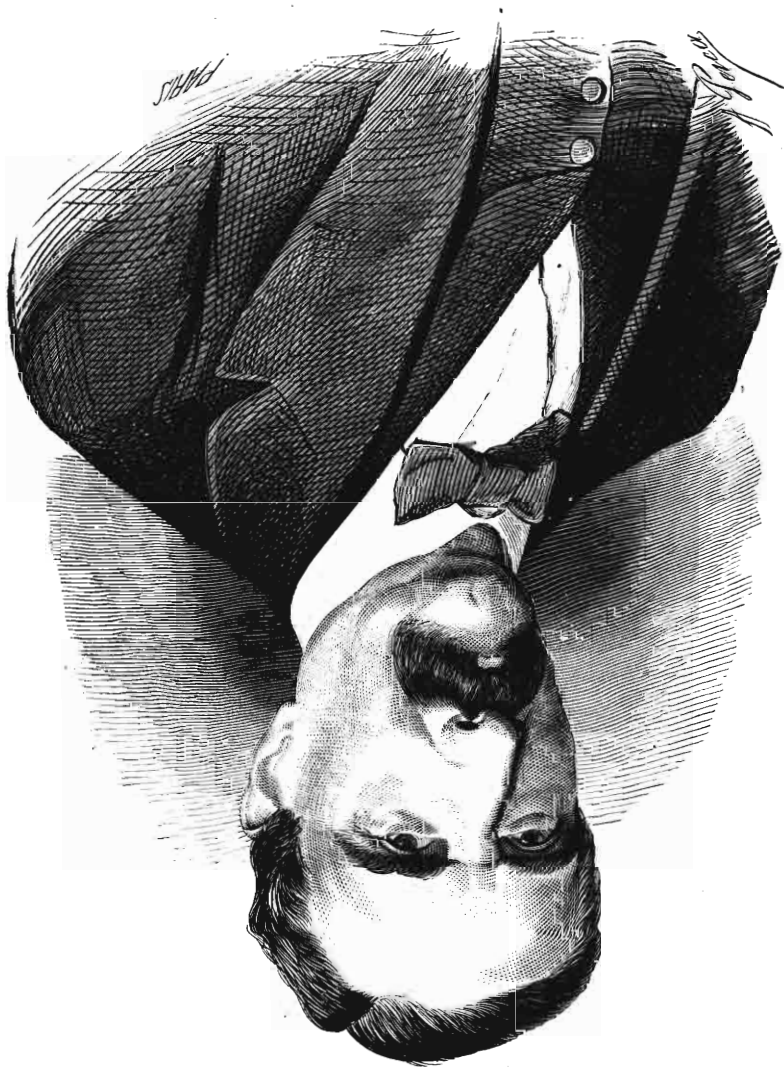
Nada tan asombroso como su vida, nada tan admirable y tan magnífico como el sentimiento hondísimo que se apoderó de todas las almas al llegar la triste hora de la muerte, y nada tan halagüeño para la juventud, como el ejemplo provechoso y la segura enseñanza que al recordarlas necesariamente ha de conservar en la conciencia, no perdiendo jamás de vista que el talento, el valor, la convicción, la honradez, vengan de donde vengan, son siempre recompensados con el amor entusiasta del pueblo.

Resumida está toda su existencia en las siguientes bellísimas frases, salidas de la delicada pluma del concienzudo y recto crítico al par que discretísimo poeta Rosa Gonzalez, á quien hemos citado anteriormente como un modelo de la amistad sincera y desinteresada: «Nacer en una posición ventajosa, viéndose rodeado desde los albores de la vida de toda clase de halagos y consideraciones; emprender después, y bajo la acertada dirección de personas ilustradas, una carrera que coloca desde luego al que la sigue con algún provecho en el camino de los grandes puestos; ocupar más tarde un asiento en el Congreso, llevado en hombros de los amigos políticos, y hacerse lugar por último entre las eminencias parlamentarias, todo esto es difícil seguramente, pero nada tiene de extraordinario.

»Lo sorprendente, lo maravilloso, es nacer en cuna modesta; pasar muchos años de la vida en una completa ignorancia del mundo, falto de una dirección que se armonice con los instintos é inclinaciones; seguir una carrera como la de farmacia, solo propia para el aislamiento y la oscuridad; y después de tantos años perdidos, dirigir un día la mirada escrutadora por la sociedad en que uno ha vivido sin conocerla, consultar con seguro tacto sus propias fuerzas, tender el atrevido vuelo por regiones desconocidas, y sin otros auxiliares que su talento y su virgen voluntad, llegar en pocos años y por medios lícitos y honrosos á ser el ídolo y la esperanza de un partido, disipando con la antorcha de la fé las tinieblas del error y las calculadas especulaciones del escepticismo. Esto habia llegado á ser Calvo Asensio.» He concluido.

GONZALO CALVO ASENSIO.

D. JOAQUIN AGUIRRE.



XX

.

Despues de la biografía de don Pedro Calvo Asensio, tan brillantemente escrita por su hijo, me parece conveniente dar tambien la de las dos personas que mas contribuyeron á la declaracion del retraimiento, en un principio, y á su sostenimiento despues.

Don Joaquin Aguirre y don Nemesio Fernandez Cuesta, por su posicion política hoy, merecen fijar la atencion del público; pero como verán nuestros lectores, lo merecian desde muy antiguo.

Ninguno de los dos es de aquellos liberales que nacen en altos puestos al dia siguiente de una revolucion, sin que se conozca la semilla de que vienen, como sucede con los hongos, y en tanta abundancia como las ranas, que en verano llueven.

XXI**Don Joaquin Aguirre.**

Mi querido y respetado maestro don Joaquin Aguirre, uno de los hombres de mas corazon, de mas clara inteligencia y de mas desinterés que conozco, nació en Agreda, provincia de Soria, el dia 20 de noviembre de 1807, de una familia, si no rica, decentemente acomodada.

Desde muy jóven dedicóse al estudio de la latinidad y de las humanidades, despues de lo cual estudió la filosofia en el colegio de Agustinos de Ávila. En el seminario conciliar de Tarazona se matriculó en teología, y en el año 1823, habiéndose distinguido como

liberal, tuvo que pasar á Zaragoza á seguir sus estudios por la intolerancia política y religiosa de aquellos tiempos.

Su familia por entonces era tambien perseguida por el fanatismo de los que no podian perdonar á ninguno de los que hubieran manifestado sentimientos poco serviles, en los que titulaban los tres negros llamados años, que hubieran incurrido en la *fatal manía de pensar*. Bachiller en teología, *nemine discrepante*, licenciado en cánones, gratis por sobresaliente, despues de una rigurosa oposicion, y por unanimidad de votos, estudió la lengua griega y el hebreo, bajo la direccion del eminente orientalista don Antonio García Blanco.

En 1831 se presentó al concurso de una cátedra, que no pudo obtener entonces por su poca edad, pues no contaba veinticuatro años; pero sus ejercicios fueron tambien aprobados *nemine discrepante*.

Presentóse á hacer oposicion á los curatos pertenecientes al Real Consejo de las Órdenes, y los jueces le aprobaron, como tambien en 1833 en el arzobispado de Toledo, donde se le agració con el beneficio parroquial de Montejo.

En 1832 habia ya obtenido el doctorado en la carrera de derecho. En 1834 hizo oposicion á la cátedra de Instituciones canónicas de la universidad de Alcalá, vacante por renuncia del difunto marqués de Morante, y propuesto en primer lugar, la obtuvo en 7 de febrero de 1835. En este mismo año fué honrado con el nombramiento de rector del colegio de San Felipe y Santiago. Trasladada á Madrid la universidad de Alcalá, no solo se dedicó á la enseñanza, en que cada vez adquiria mas reputacion, sino tambien á la publicacion de obras, entre las cuales se cuenta *La reforma del Febrero ó Librería de jueces, abogados y escribanos*, que llevó á cabo en compañía del señor García Goyena.

En 5 de diciembre de 1841 fué nombrado por el general Espartero, Regente del Reino, oficial tercero de la secretaría de Gracia y Justicia, de cuyo cargo ascendió al de oficial segundo por decreto del gobierno provisional en 17 de agosto de 1843, y al de oficial primero de la clase de segundos, en 25 de noviembre del mismo año.

Por esta época habia sido electo diputado por Navarra, jurando y tomando asiento en el Congreso en 26 de octubre; y viendo el carácter que tomaba la reaccion, hizo renuncia de su empleo en 7 de diciembre.

En 1844 obtuvo la categoría de ascenso que le correspondia en la Universidad, pero que por sus opiniones políticas no se le reconoció hasta 1847.

En 1845 se le designó por real orden para la cátedra de Disciplina general de la Iglesia y particular de España, declarándosele de término en 1850.

En 28 de enero de 1853 fué nombrado por real decreto vocal de la seccion tercera del Real Consejo de Instruccion pública, en reemplazo de don Juan Nicasio Gallego.

En este mismo año fué elegido vicepresidente segundo, y al siguiente vicepresidente primero de la Academia matritense de Jurisprudencia y Legislacion. No era esta la primera academia que le llamaba á su seno. En 1841, 42, 45 y 46, fué elegido y reelegido vicepresidente de la Academia de Ciencias eclesiásticas; la Económica matritense le abrió sus puertas: fué académico fundador de la Sevillana de legislacion, perteneció á la Arqueológica matritense, y tanto en el Ateneo como en el Porvenir, mostró la profundidad de sus conocimientos.

En 24 de febrero de 1854 se le nombró vicerector de la Universidad Central de Madrid; pero en aquellos momentos otras ideas le ocupaban, mas altas que las del profesorado. Trabajaba con todas sus fuerzas por el triunfo de la revolucion, y por eso cuando esta estalló fué nombrado miembro de la Junta de Salvacion y Defensa de Madrid, bajo la direccion del general San Miguel.

La provincia de Soria, á quien tantos honores debo, y de que nunca podré olvidarme por ser la cuna de mi familia, envanecida con razon de tener tal hijo, le nombró su representante en las Córtes Constituyentes por 4.351 votos, de 5.077 que eran los electores, y despues de haber sido subsecretario de Gracia y Justicia con el señor Alonso, pasó á ser ministro el dia 29 de noviembre del mismo año 54.

De entonces acá, su actitud política ha sido cada vez mas clara

y mas decidida. Cayó con el partido progresista en 1856; fué diputado en las Córtes del 58, pronunciando discursos notabilísimos, entre ellos uno sobre la prévia censura, otro sobre la formacion de la ley del Consejo de Estado, otro sobre el convenio del señor Rios Rosas con la Santa Sede, y otro sobre capellanías colativas.

Son muy dignas de leerse sus cartas de 1856 al obispo de Barcelona, y al de Pamplona en 1865; pero su obra principal es el *Tra-tado de Disciplina Eclesiástica*, que acaso no tiene rival en Europa.

Tengo entendido que la Santa Sede le ha puesto en el Indice. Obra tan notable no necesitaba de esto para ser leida.

Activo sostenedor del retraimiento, fué tambien uno de los mas activos sostenedores de la revolucion. Parecia que se habia encarnado en él el espíritu de Calvo Asensio desde la muerte de este ilustre patricio.

Á pesar de su edad y sus achaques, no tuvo inconveniente en correr á esponer su vida á Valencia cuando el segundo proyecto de sublevacion en aquella ciudad, y pocos jóvenes le hubieran igualado en abnegacion, en bizarría y en aplomo. Los que mas ardimiento mostramos hoy, ¿qué seremos á la edad de don Joaquin? Limones esprimidos cuyas pepitas no habrán caido en tierra fecunda, sino en arena estéril.

Ahora mismo, sin haber trabajado tanto intelectualmente, sin sostener con nuestra cabeza ese cielo de ideas, nuestros miembros no son bastante robustos para ceñirse una armadura como la suya.

El dia 22 de junio fué de los que mas decision y arrojo mostraron, y si no se le encausó y condenó á muerte como á otros muchos, no fué porque no estuviera en su puesto, sino al contrario, porque habiendo ido solo á buscar una nueva casa para la junta, no le vió el general don Salvador Valdés, que nos delató.

En la junta de Ostende se le nombró para que, en union del general Prim y don Manuel Becerra, dirigiese la revolucion, y sus esfuerzos han servido de mucho al triunfo de nuestra causa.

Hoy es diputado y ocupa un alto puesto, pero siento infinito por mi país que no tenga un asiento en el Ministerio. Para la cartera de Gracia y Justicia no hay otro con tantos títulos.



D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.



XXII

Don Nemesio Fernandez Cuesta.

Este notable cuanto humilde hombre político ha servido al país con su espada y con su pluma por espacio de muchos años, sin aspirar jamás á otro premio que al de la satisfaccion de su conciencia. ¡Qué de tesoros yacen enterrados en la oscuridad! ¡Cuántas perlas en el fondo del Océano!

Nació en 18 de diciembre de 1818, en Segovia, donde empezó á estudiar en el seminario, pasando despues á Madrid á continuar sus escolásticos.

Establecida la Guardia nacional, alistóse en ella como voluntario en 1835, y tomó parte en la sublevacion de la Granja ocurrida en 1836, y que obligó á doña María Cristina á aceptar la Constitucion del año 12.

En este tiempo era subteniente de la Guardia nacional, y tomó á su cargo el mando de la fuerza de la Milicia sublevada.

Encendida la guerra civil, se alistó de voluntario en los batallones movilizados, recorrió los montes de Toledo, y luego pidió el pase al ejército del Norte. Fué mas tarde á Segovia, donde asistió á la defensa de la plaza, atacada por Zariátegui, y donde despues de seis horas de combate le hicieron prisionero.

Un año permaneció en esta situacion en las provincias Vascongadas y Navarra. Los sufrimientos que en este año debió sufrir, todos pueden imaginárselos, porque sabido es cómo los facciosos trataban á los prisioneros en aquella época; pero su talento y su valor le atrajeron la simpatía de sus mismos vencedores, que le ofrecieron el grado de capitán si consentia en defender la bandera carlista.

Inquebrantable en sus opiniones, rechazó la proposicion, prefiriendo entrar, como entró, tres veces en suerte para ser fusilado.

Cangeadó en 1839 en Logroño, y despues de algun tiempo de

haber seguido sirviendo como voluntario, volvió á Madrid á continuar sus estudios, dedicándose especialmente al de las lenguas vivas y muertas, al de la literatura en general, y al de la taquígrafia.

Este último estudio le valió por aquel tiempo ser nombrado taquígrafo de la *Gaceta*, y mas tarde, en 1847, taquígrafo del Congreso por oposicion.

Pero no por esto se amenguó el fuego de su amor patrio ni su decision para sostener las ideas liberales; al contrario de lo que suele suceder á los que obtienen con su trabajo una posicion desahogada, una canongía social, digámoslo así, en que se les asegura el pan del dia siguiente. Casi todos dicen, como el demandadero del convento en 1820: «Pongan ó quiten Constituciones, ahorquen al rey y á los niños si les place, con tal de que no se metan con las madres trinitarias.»

En 1840 tomó parte en el pronunciamiento de Setiembre en Segovia; en 1843 en la defensa de Madrid contra Narvaez; en 1854 ocupó un puesto en las barricadas, y en 1856 en la defensa del Congreso con el quinto batallon de la Milicia.

Se ve pues que tiene una verdadera historia militar.

Como hombre político, ha sido uno de los que mas han trabajado por el retraimiento, y ha escrito y fundado varios periódicos.

En 1842 escribia en *La Iberia* y *El Patriota*, progresistas; en 1846 en *El Siglo*; en 1849 en *La Reforma*; en 1854 fundó *El Adelante* con don Calixto Bernad, autor de la *Teoría de la autoridad aplicada á las naciones modernas*, traducida al francés por Egmont Rachin, y justamente apreciada por todos los amantes de los estudios sérios políticos en España y fuera de España.

En 1856 fundó *La Discusion* con don Nicolás María Rivero y otros varios, y en 1863 adquirió la propiedad de *Las Novedades*, que conserva aún.

En 1866 se vió obligado á emigrar á Portugal á consecuencia de la publicacion é impresion de la protesta de los diputados unionistas, publicacion é impresion para la cual no solo facilitó los medios materiales, sino que contribuyó en gran parte con su energía, con su actividad y con su ingenio, animando á los tímidos y convenciendo á los que veian menos claro en el porvenir.

La literatura le debe grandes trabajos, entre ellos el *Diccionario enciclopédico de la lengua española*, la traduccion del italiano de la *Historia Universal* de César Cantú, la traduccion del inglés de la *Historia de la conquista del Perú*, de Prescott, multitud de traducciones del francés, y varias obras económicas y sociales originales que escribió con Baralt.

La revolucion le hizo director de la *Gaceta* y despues gobernador de Zaragoza, donde ha prestado grandes servicios; pero en atencion á sus dotes, á su laboriosidad y á los méritos que ha contraido, no me parece suficientemente recompensado.

XXIII

Nota.

Aquí termina la introduccion de esta historia.

Parecerá estraño á muchos el sistema que he adoptado para escribirla. Los artistas en política estrañarán la inconexion aparente de mis ideas y de mis observaciones; pero si meditan un poco sobre lo que llevo dicho, observarán que apenas hay una frase de que no puedan sacar una leccion, no solo para el presente, sino para el porvenir.

Escribo mas bien un libro político que una historia. Narrar los hechos está al alcance de todos, y los contemporáneos ¿de quiénes no son sabidos? Lo que importa es estraer de ellos la sustancia, porque en el mundo moral como en el físico, no se vive de lo que se come, sino de lo que se digiere.

Para muchos mis observaciones serán ociosas: ellos por sí las habrán hecho mejores; pero consideren que escribo para todos en un país en que todavía 75 por 100 no saben leer ni escribir, y á quien por lo tanto se puede considerar un niño que necesita para nutrirse que su nodriza le dé el alimento mascado.

HISTORIA FILOSÓFICA DE LA REVOLUCION.

PRIMERA PARTE.

LA INCUBACION.

I

Quemar las naves.

Reunidos en casa del señor don Salustiano Olózaga los antiguos individuos del comité progresista y los *mínimos* adjuntos á consecuencia de la reunion celebrada en casa de don Joaquin Aguirre, que entramos á formar parte del comité por la facultad que este tenia de llamar á sí é identificarse todas las personas que creyera necesarias, resolvimos cortar el cable que detenia nuestras naves en la orilla, y lanzarnos al mar de lo desconocido, levantando el pendon del retraimiento.

Don Salustiano Olózaga fué el encargado, como la persona mas digna y la mas entendida en el tecleo del diccionario político, como el Litze del Parlamento, de escribir el manifiesto en que, á la manera que Pizarro con su espada trazó á sus compañeros en las tierras del nuevo mundo la línea que les separaba de la obediencia al rey español, á su propia obediencia, trazase á los progresistas la línea que les dividia del camino legal y el camino revolucionario.

El documento magistralmente escrito, como todo lo que sale de la pluma de don Salustiano Olózaga, en que se hizo esta separacion, es el siguiente:

Á LA NACION.

«Deseábamos dirigirnos únicamente á nuestros amigos políticos, dándoles un consejo que hoy han pedido en la crisis á que inevitablemente nos habia de conducir, y ya nos ha conducido por desgracia, el falseamiento sistemático del régimen constitucional. Pero considerando la gravedad del consejo y la autoridad moral de que estamos revestidos para darlo, por la confianza absoluta que nos han dispensado los progresistas de Madrid y de las provincias, creemos que ni interpretaríamos bien sus deseos, ni cumpliríamos con nuestro deber si en breves y sencillas palabras no diésemos cuenta á la Nacion de algunos de los principales motivos que nos han decidido á adoptar, despues de prolijas exploraciones y de discusiones tranquilas y luminosas, una resolución cuya importancia y trascendencia no podemos desconocer. Ha habido por fortuna, para asegurar mas el acierto, quienes han examinado la cuestion bajo los mas diversos aspectos, pero todos damos el mismo consejo al partido progresista.

»Este gran partido, sin cuyos esfuerzos hubiera sido imposible vencer en la guerra civil que los defensores de la monarquía absoluta promovieron contra las instituciones liberales y el trono constitucional; el partido progresista, que en lo mas empeñado de la lucha terrible, lejos de exagerar sus ideas, redactó la Constitucion de 1837, que sus mas próximos adversarios admiraron, aplaudieron y consideraron como suya; el partido progresista, al que exclusivamente se deben, además de todas las grandes reformas políticas, la abolicion de los señoríos y los mayorazgos, de los diezmos y las primicias, y la desamortizacion civil y eclesiástica, únicas pero copiosas fuentes del aumento portentoso de la riqueza pública y de la grande y creciente prosperidad de nuestra nacion; el partido progresista se aparta por completo de la vida pública, y se retira, en la actitud mas pacífica, á conservar tranquilamente la fé en sus principios y la esperanza de verlos un dia adoptados por todos los que

sinceramente deseen que se plantee y se consolide en España un régimen verdaderamente constitucional.

»Bien han probado sus hombres públicos, en esta como en todas épocas, que no les mueve el deseo de medros personales cuando nunca han querido seguir el camino por donde es tan fácil alcanzarlos, aun con escasos merecimientos; y bien ha demostrado el partido entero que no le arredran, antes le escitan y estimulan, las dificultades de ninguna lucha que tenga siquiera la apariencia de legal, por mas desiguales que sean la posicion y las armas de los combatientes. Están seguros por consiguiente que nadie ha de atribuir su resolucion ni á despecho ni á temor, y no lo están menos de que la inmensa mayoría de la nacion, y el tiempo sobre todo, ha de hacer justicia á la lealtad de sus intenciones.

»El partido progresista no quiere volver hoy la vista atrás para enumerar en son de queja los actos deplorables que con sin igual constancia, como si obedeciesen á un plan meditado y fijo, han ido mermando ó reduciendo á vanas fórmulas la libertad del pueblo español. Por el momento debe fijar únicamente su atencion en el modo con que ha ido desnaturalizándose por todos los ministerios del partido moderado el sistema electoral, hasta llegar á ser en el dia un ridículo simulacro, que no tiene de verdadero mas que los vicios que origina en las costumbres y en la administracion del país, y los favores indebidos y gravosos que exige y las injusticias que comete y la perturbacion que causa. Si tales son los efectos, ¿qué seria si contemplásemos por dentro el laberinto en que se forja la grande intriga, y en que se fuerzan todos los resortes de la máquina del gobierno de la Nacion para torcer la voluntad de esta y acomodarla al gusto del que la maneja? Un dia logra este que toda la España oficial vote como un solo hombre la condenacion de sus contrarios, y le presente un Congreso unánime para que disponga de él como bien fuere servido. Otro dia los contrarios se apoderan de la máquina, y la Nacion se retracta y deshace su obra, y de las urnas sale con la misma solemnidad, la proscripcion del gran maquinista anterior, ó como despues se le ha llamado, del Grande Electór.

«¡Qué tiempos aquellos tan vergonzosos los que precedieron al año 54!» dijo despues alguno que se propuso continuar la obra por



otro método. Epoca de vergüenza fué en efecto. No podemos decir lo mismo de quien así la calificó. Antes de 1854 habia siquiera pudor. Se escondian para obrar mal, no se oia ni aun el ruido de la máquina. La decoracion cambiaba, pero no se dejaban ver los operarios. Si alguno hacia mal su oficio se le condenaba por torpe, como los lacedemonios á los niños que en las malas artes hacian el aprendizaje de la destreza. Esto probaba al menos que aún se tenia algun respeto al público. Pero los que con huecas palabras condenaban el vicio oculto, tuvieron el cinismo del vicio é inventaron su fórmula de la *influencia*, por *antifrasis moral*. La Nacion la tiene juzgada. No digamos mas sobre ella. Murió aquel poder, y como híbrido y monstruoso, no dejó sucesion.

»Vengamos al actual, y no para juzgarlo y condenarlo en todo, que de esto se encargarán muy pronto sus amigos y protegidos de hoy, sino para decir algo de las elecciones que prepara y de la circular que limita el derecho de reunion, que ha dado lugar á la protesta del partido progresista. Los que la hicieron por sí y en nombre de sus amigos ausentes, han recibido no solo la aprobacion, sino la gratitud de estos. Se anticiparon al sentimiento que estaba en el ánimo de todos.

»El partido progresista se paga poco de los derechos que no tienen mas garantía ni mas fuerza que el papel en que están escritos. Sabe con qué facilidad se cambia ó se elude su cumplimiento. Leyes hemos tenido, leyes tenemos que bien observadas harian imposible los atentados que lamentamos. Las leyes no bastan para hacer que un pueblo sea libre. La libertad ha de estar afianzada en las costumbres, y desgraciada la nacion que ni por una sola vez renuncia á ellas y deja perder un derecho que ha conquistado. El secreto de la solidez, de la perpetuidad del régimen liberal en Inglaterra, está en la vigilancia, y mas aún en la tenacidad de aquel gran pueblo, que jamás suelta lo que ha llegado á abarcar.

»Pero nosotros no tenemos, han dicho algunos, las instituciones de Inglaterra, ni el partido progresista las ha copiado cuando ha podido. La consecuencia que de esto sacan, es que los españoles no tienen derecho de reunirse para nada, mientras que los ingleses lo tienen absoluto y sin ninguna restriccion. Si los que en estos ó se-

mejantes términos se han espresado creyeran lo que dicen, no acreditarían la ilustracion que nosotros con gusto les concedemos. No es éste el momento de entrar en un exámen comparativo del derecho público de España y de Inglaterra; pero bueno es recordar el origen á que los ingleses atribuyen el derecho de reunion, como todos los demás derechos del hombre. Los mas oscuros y los mas ignorantes de aquel país, como los jurisconsultos y los políticos, sin distincion alguna de partido, dicen que esos derechos corresponden al ciudadano inglés por razon de su nacimiento. Pues en todas partes nacen los hombres libres. Se hacen esclavos los que lo merecen. Nacemos pues con el derecho de reunirnos, como nacemos con la dulce necesidad de vivir en sociedad, y se reúnen los hombres en España, como en todo el mundo, y algunas veces en inmensa multitud, donde sus necesidades, su gusto ó su interés los llama. ¿Hay alguna ley que se lo prohíba? Ni puede haberla. El Código penal puede prohibir la organizacion de asociaciones políticas, que en el lenguaje de otro tiempo llamábamos sociedades patrióticas: el Código puede y debe exigir que cuando las reuniones tengan por objeto tratar de materias políticas, preceda el aviso al consentimiento de la autoridad, porque puede turbarse la paz pública, y esto nunca se debe consentir. Ni se consiente en ninguna parte, ni en Inglaterra se tolera. Se turbó hace poco tiempo, lo que allí raras veces acontece, en un *meeting* que tenia por objeto favorecer la unidad de Italia. Se quiso celebrar otro con el mismo motivo, y la autoridad lo prohibió justamente, y los ingleses se abstuvieron de acercarse al sitio designado, como se abstuvo el pueblo de Madrid de concurrir al monumento del Dos de Mayo, reservando su manifestacion patriótica para el próximo aniversario, cuando el gobierno creyó que podrian algunos malcontentos hallar allí ocasion propicia para sus deseos de desórden. Esto prueba que ni en Inglaterra ni en España este derecho es absoluto, ni puede serlo en ninguna parte ningun derecho. ¿Dejará por eso de ser un derecho natural el de reunion, ó será de diferente especie en los pueblos que haya hecha declaracion de derechos, que nunca son leyes, y en los pueblos que se contentan con que las leyes no desconozcan los derechos que les dió la naturaleza?



»Pero si la humanidad perdiera sus títulos, la civilizacion de cada pueblo iria encontrando y afianzando los que necesitara para su bienestar y su progreso. Y el pueblo español, desde su regeneracion política, encontró en el derecho de reunion pacífica, no solo el mejor medio para poner en práctica las instituciones que á sí mismo se diera, sino el único para hacer conocer su voluntad y para ilustrar su conciencia sobre el espíritu que debe presidir en las elecciones para diputados á Córtes. Esta es en toda su sencillez y en toda su grandeza la máquina con que el pueblo traslada su omnipotencia al Parlamento; y los que quieran detener su movimiento, ¿con qué derecho se llamarán diputados de la Nacion? Nadie hasta ahora habia desconocido esta necesidad, nadie habia negado este derecho. Habia recibido la sancion de los gobiernos mas retrógrados que en España ha habido. Aun los que querian cerrar la tribuna del Congreso y del Senado, dejaban un dia abierta la tribuna del pueblo. Y á los títulos mas fuertes que hay en el orden físico y en el moral, á la naturaleza, á la necesidad, á la prescripcion, al reconocimiento de todos, se ha agregado otro que no es menos legítimo ni menos digno de la consideracion de un gobierno: el de la moderacion y la prudencia con que el pueblo español ha usado de este derecho. Ni una vez siquiera ha dado ocasion ni pretesto á que se perturbe el orden ni á que se cometa un solo acto de violencia particular. ¡Y se quiere que renunciemos á este derecho! Eso no. Protestamos de nuevo en nombre de lo mas grande y lo mas sagrado que hay para el pueblo español; protestamos en nombre de lo pasado; protestamos para el porvenir, y ofrecemos con toda la espontaneidad de nuestra alma y con toda la fuerza de nuestra inquebrantable conviccion, que hemos de consagrar nuestra vida y todos nuestros esfuerzos, dentro del terreno legal, á sacar á salvo el gran derecho que tan gratuita y tan desacordadamente se ha conculcado. Y por de pronto, le ofrecemos en sacrificio nuestras mas queridas esperanzas. Renunciamos los unos á coger el fruto de nuestros trabajos electorales, tanto mas ímprobos, cuanto mas desigual es la lucha que habíamos aceptado con el ardimiento propio de nuestro partido; renunciamos los otros á la satisfaccion (¿por qué lo hemos de negar?) con que solíamos levantar nuestra humilde voz en el santuario de las leyes en defensa

de la libertad y de la dignidad de la patria. No se contará en las urnas un voto progresista; no resonará en el Parlamento el eco de nuestra palabra.

»Y aunque voluntariamente no hiciéramos este sacrificio, tendríamos que hacerlo por necesidad. Dos caracteres tenían muy distintos las grandes reuniones electorales del partido progresista. Eran admitidos en ellas, sin distincion ninguna, todos los ciudadanos. Así consultábamos la inteligencia de todos y aceptábamos los servicios de los que podian prestarlos, aunque la ley no reconociera su aptitud. No teníamos otro medio de enmendar por nuestra parte los vicios y las fatales consecuencias de una oligarquía electoral. Pero mas importante que esto sea, comprendemos que por una vez se pudiera renunciar á ello; pero el objeto principal de estas grandes juntas era la designacion de los que habian de componer nuestro centro electoral, la fijación de la política que habíamos de seguir, y segun la cual se habian de elegir los candidatos. Nosotros, á semejanza de todos los pueblos libres, no tenemos mas medio que este para darles ó negarles nuestro apoyo. Donde hay un verdadero gobierno constitucional, lo mismo hacen los candidatos conservadores; y si en Inglaterra, por ejemplo, cuando están en el poder fuesen designados de otro modo, se avergonzarian de sentarse en el Parlamento. Si en España pasan las cosas de otra manera, si hay quienes se llamen representantes del pueblo sin que ni ellos hayan visto nunca al pueblo reunido, ni él los conozca ni por su persona, ni por su nombre siquiera, lo mas que podemos hacer es respetar su gusto; pero seguir su ejemplo, renunciar á la limpieza de nuestro noble origen, hacer desaparecer la diferencia que siempre nos ha separado á los favorecidos por el poder y á los designados por el pueblo, si es eso lo que se ha querido, no se ha hecho justicia á nuestra dignidad, que es á lo único á que no renunciaremos jamás.

»¡Y en qué tiempos se nos quiere confundir á los electores y á los candidatos independientes con los que están supeditados al Gobierno y con los que este manda votar! Ya no se oculta el artificio, ni basta la influencia llamada moral. Los que en un momento de candor confesaron que la máquina administrativa era tan pesada que oprimia la libertad de los distritos, los que daban bien claro á enten-

der que era preciso que fuesen mayores si habian de ser algo independientes, han apretado los tornillos de la máquina como si se tratara de dar tormento al cuerpo electoral para convertir la mentira que ellos quieren en verdad legal. No hacian mas nuestros antiguos inquisidores. Pero á aquellos hay que hacerles al menos la justicia de que sabian lo que querian y de que eran perseverantes en sus propósitos. Ahora, la agrupacion casual de hombres de diferentes orígenes, de diversos compromisos y de opuestas tendencias que pudo ocupar por unos dias el lugar del gobierno en el intermedio de una crisis laboriosa, procede de otro modo. No les negaremos nosotros ni el respeto que legalmente se les debe, mientras obtengan la confianza de S. M., ni la justicia que merecen por sus circunstancias individuales; pero amamos á nuestra patria, y nos avergonzamos del triste espectáculo que ofrecemos á los ojos de la Europa, que empezaba á contemplarnos como admirada de que al soplo vivificador de la libertad fuera recobrando sus fuerzas esta gran Nacion y se preparara á ocupar el lugar que le corresponde. Sabe que esto lo debemos exclusivamente al gobierno constitucional, y cree por consiguiente que aquí elegirá el pueblo sus diputados, y los elegirá para que defiendan sus intereses y su dignidad. Y por confesion del Gobierno, sabe luego que no se trata en las elecciones de resolver ninguna cuestion que al pueblo interese, sino de cómo se ha de componer y arreglar un partido que ha tenido la desgracia y la tendrá toda su vida, mientras monopolice el poder, de no poderse entender sobre el repartimiento de sus empleos y mercedes. Y lo que el Gobierno no dice sobre el método que emplea para lograr este noble y patriótico objeto, lo cuentan muy prolijamente los que se llaman sus amigos y lo publican sus órganos en la imprenta. Merced á ellos, sabemos que el Consejo de ministros, teniendo sobre la mesa la ley electoral, nada mas que para ver el número de distritos que hay en España, y una lista diez veces mayor de aspirantes á la diputacion, va votando los que *mas le gustan*, y votando fuera los que no le agradan.

»Pero como los gustos son tan variables y hay que contemporizar con tantas exigencias, los desechados un dia son admitidos al siguiente, y los que lo habian sido antes quedan reprobados, ó á

buen librar, trasladados. No ha llegado aún la hora de las revelaciones: este es el tiempo de la discrecion forzosa y de los arreglos y transacciones; pero ha habido un hombre de bastante delicadeza para rechazar lo que le han propuesto, y de bastante valor cívico para levantar una punta del velo que cubre todavía los mas vergonzosos misterios. Así tenemos desde luego una prueba evidente, que mas tarde será confirmada por otras muchas, de la aprobacion, desaprobacion y traslacion de los candidatos por el Gobierno, y del papel que este reserva á los colegios electorales. El ministerio elige, el gobernador intima á los electores que no hagan lo que antes les habia exigido, que de esto se encargan otro gobernador y otros electores, y á los suyos les intima el cumplimiento de la nueva voluntad de los ministros. ¡Y nosotros habíamos de ir á confundirnos con diputados elegidos de esa manera, y nuestros electores con los que prometen semejantes prodigios de docilidad!

»Aunque no tuviéramos otras razones que nos aconsejaran el retraimiento, bastaria esto para alejarnos de las urnas. Y basta tambien lo dicho para que lo aconsejemos con la mas completa confianza, aun despues de haber pesado todos los inconvenientes (que esperamos evitar en gran parte) que trae consigo el retraimiento.

»Pero no debemos concluir sin hacernos cargo de una especie que con suma ligereza han apuntado algunos, y que el despecho ó la mala fé podrian tener interés en propalar. El partido progresista, han indicado de antemano y es posible que ahora repitan con mayor seguridad, sale del terreno legal, y entra por consiguiente en el revolucionario. De los que dan este nombre á todo lo que conduce al desarrollo natural y pacífico de la libertad, no nos cuidamos. Nos honran mucho con ese dictado, que aceptamos con orgullo en el sentido en que ellos lo usan; pero si los que admiten, aunque solo sea en el nombre, las ideas liberales, nos suponen menos interesados que ellos en el mantenimiento del orden público, padecen un error que lamentamos si es sincero, y en otro caso nos hacen un agravio que rechazamos con indignacion. La Nacion debe esclusivamente á nuestro partido las grandes mejoras en que consisten principalmente su actual prosperidad y sus prodigiosos adelantos; y como el desórden, la falta de tranquilidad y aun el fundado temor de que se turbara,

bastarian á detener este progreso que con razon miramos como obra nuestra, ó al menos de nuestras ideas, claro es que nadie tiene mas interés que el partido progresista en preservar al país de las turbulencias que comprometerian su magnífico porvenir. ¿Ni cómo pueden desearlas los hombres honrados que viven de su trabajo ó de sus propiedades, y los que á fuerza de constancia y de servicios han adquirido entre sus conciudadanos títulos de aprecio, que no suelen ser los mas estimados en los tiempos de revueltas? Los que pueden desearlas y aun promoverlas son los impacientes por lograr el mando, los que quieren vincularlo en sus personas y escasas parcialidades, y los que por conservarlo ó adquirirlo buscan pretesto para cambiar de ideas, ó al menos de nombre, y profesando los mismos principios ó no teniendo fé en ningunos, se hacen entre sí la guerra, sin otro objeto que el de repartirse el botin. El partido progresista tiene bien acreditados su desinterés y su abnegacion.

»Pero aun prescindiendo de toda consideracion personal, es de todo punto falso que salgamos del terreno legal, y mas falsa aún la consecuencia de que por esto entremos en el terreno revolucionario. Si la lucha electoral fuese perfectamente igual y libre, podríamos, en uso de nuestro derecho, y por consiguiente sin ofensa de nadie, abstenernos de entrar en ella. Y cuando solo para esto nos queda libertad, ¿nos la quereis vedar tambien? Eso no. Si en algo somos libres, si la ley nos ampara, usemos, usemos digna y pacíficamente de esta libertad legal, que aunque pasiva, aunque triste, es al fin libertad. Y si ni aun esto quisiera consentir la tiranía, ella seria la que mereciese el dictado de revolucionaria.

»Nuestra revolucion está hecha; la hicieron nuestros padres los legisladores de Cádiz, que destruyeron el alcázar del despotismo y de la Inquisicion, y echaron en el suelo español la rica y fecunda semilla de la libertad. No arraigó por de pronto, y el pueblo no los defendió contra la horrible venganza de la ingratitud. Una vez y otra volvieron de los calabozos y de la emigracion á continuar su noble y árdua tarea, y han ido desapareciendo de entre nosotros, dejándonos como el mejor legado su grande ejemplo, como leccion el poder lento, pero irresistible, de la constancia, y como consuelo y esperanza los grandes, los inmensos progresos que ha hecho la

razon pública en España en este medio siglo de lucha intelectual y política.

»Desde sus tumbas venerables parece que nos aconsejan una tré-gua, que nos bendicen por haber continuado su grande obra, pero que nos advierten que en este momento podemos hacer una breve pausa. El pueblo español era esclavo, y ya siente su dignidad y su poder; estaba sumido en la ignorancia, y ya conoce sus derechos; estaba oprimido por la Inquisicion, y ya piensa y habla libremente; era pobre, y le hemos abierto, y él ha sabido aprovechar, veneros inagotables de riqueza. Nadie se atreve ya á negarle de frente la libertad que ama y que merece. Le quieren contentar con falsos nombres y con mentidos simulacros. Él tendrá la realidad, y nadie podrá arrancarla entonces de sus manos, como nadie puede ya arrancarla de su corazon. En dias aciagos se conjuró contra la libertad de España la alianza de las naciones mas poderosas de Europa. Volved la vista á ellas. El Austria ha tenido que romper, para salvar su imperio, los obstáculos tradicionales que rechazaban con mas fuerza que en ninguna otra monarquía la forma constitucional, y hasta ahora da muestras poco comunes de la sinceridad de su arrepentimiento: en Prusia tendrá que suceder lo mismo muy pronto, ó triunfar por completo los progresistas, que representan el espíritu liberal de aquella nacion; y hasta del autócrata de todas las Rusias se anuncia que ofrecerá una Constitucion liberal para apaciguar la Polonia y contener una revolucion interior. Tan pronto y tan terrible ha sido el escarmiento de los gobiernos de la Santa Alianza, y mas lo fué todavía el de la dinastía francesa, cómplice y dócil instrumento de sus planes liberticidas.

»Oigamos la voz de nuestros padres, escuchemos las lecciones de la esperiencia, y viendo que la libertad triunfa en todas partes, esperemos con confianza, con seguridad la mas completa, que pronto ha de triunfar en España.

»La reaccion ha llegado á su último período: ya se viste de liberal y proclama á la opinion como la reina del mundo por la voz misma que condenaba la de nuestros legisladores á no ser oida mas que de las paredes. El cambio es tanto mas notable, cuanto que se refiere á un hombre honrado, de cuya sinceridad no es lícito dudar.

Pero si en otros hubiera ficcion, pronto concluiria, siendo remate digno de la hipocresía política, á la que demasiado tiempo hemos dado cierta apariencia que siente perder. Tan noble es el papel que nos destinan nuestros eternos detractores. No les faltaba mas que adularnos para hacernos ver lo mal que nos quieren. Pero si mientras la ficcion dura, la reaccion que se esconde trabaja en secreto para presentarse un dia al descubierto, les diremos una verdad en pago de tantas inesperadas lisonjas: ese dia será el último del poder reaccionario en España. De un modo ó de otro, el triunfo es seguro; pero este triunfo no se podrá alcanzar sin la calma, la prudencia y perseverancia del partido progresista, y se consolidará para siempre por su firme é inquebrantable decision á defender del mismo modo los principios de la libertad, los del órden legal, por su respeto á todos los derechos legítimos, por su tolerancia y por sus virtudes cívicas, de que deben ser prenda segura la abnegacion y la disciplina, que ha de demostrar mas que nunca en esta solemne ocasion.

»Madrid 8 de setiembre de 1863.—Salustiano de Olózaga.—El conde de Reus.—Joaquin Aguirre.—Pascual Madoz.—Pedro Gomez de la Serna.—El marqués de Perales.—Práxedes Mateo Sagasta.—Pedro Calvo Asensio.—Manuel Ruiz Zorrilla.—Cirilo Alvarez.—José Mariano Olañeta.—Vicente Rodriguez.—Cipriano Segundo Montesino.—Julian de Huelbes.—Cárlos María de la Torre.—Manuel de la Fuente Andrés.—José María Vera.—Laureano Figueroa.—José Peris y Valero.—Ginés Orozco.—Juan Miguel Burriel.—Ramon Ugarte.—Mariano Ballesteros.—José Gonzalez de la Vega.—Demetrio María Castelo.—Salvador Maluquer.—Antonio Castell de Pons.—Ramon Rodriguez Leal.—Francisco Maranges.—Fernando Corradi.—Ramon María Calatrava.—Francisco de Paula Montemar.—Francisco Valdés.—José de Olózaga.—Manuel Lasala.—Angel Custodio Guardia.—Rafael Saravia.—Isidro Aguado y Mora.—Francisco de Paula Montejo.—Telesforo Montejo.—Antonio Collantes.—Eusebio Asquerino.—Santiago Alonso Cordero.—Francisco Posada Porrero.—Patricio Pereda.—Fernando Hidalgo Saavedra.—Francisco Salmeron y Alonso.—Tiburcio Ibarbia.—Julian Santin y Quevedo.—Juan Antonio Sanchez.—Pedro Martinez

Luna.—Santiago Angulo.—Miguel Mañanas.—José Gutierrez y Gutierrez.—Juan Ruiz del Cerro.—Cárlos Rubio.—José Carrion y Anguiano.—Inocente Ortiz y Casado.—Manuel de Llano y Persi.—Guillermo Crespo.»

II

Una dificultad.

Decidido el retraimiento, nos faltaba saber á todos de qué manera y con qué elementos podríamos llevar á cabo la revolucion.

La revolucion, en el sentido recto de la palabra, es un fenómeno permanente como el giro de la tierra y de los astros en el espacio. Ningun cuerpo, ningun espíritu es hoy lo que era ayer, ni será mañana lo que hoy.

Vivir es desear, conseguir y cambiar tanto para las sociedades como para los hombres, tanto para las entidades compuestas de hombres como para los individuos compuestos de átomos; pero el vulgo no comprende generalmente que sea revolucion mas que la tempestad política en que silban las balas por las calles y caen unos gobernantes para ser sustituidos por otros, aunque muchas veces estas balas se disparen por el partido que ataca como los puñales contra el compañero por los juglares chinos en los teatros públicos.

El vulgo no ve nunca en la política sino el efecto de la accion: coge el fruto ó le corta sin ver la raíz del árbol; come el huevo ó le aplasta, sin pensar en el ave ó en la culebra que le ha puesto.

Nosotros teníamos que hacer una revolucion, por decirlo así, beligerante; no era un cambio sencillo y natural de una edad á otra, era una lucha de dos principios en que, ó habian de combinarse, ó destruir uno de ellos al adversario; uno de esos efectos químicos de amor y odio que ocurren tan frecuentemente en el tiempo y en el espacio, y que tan poco se estudian por los que no comprenden el sistema de la naturaleza.

Nosotros teníamos que hacer una revolucion en que cortáramos una porcion de lazos que unian la dinastía española á lo pasado; en que barriéramos de nuestro suelo muchos de los elementos que habian contribuido al sostenimiento de las antiguas preocupaciones con su estúpido egoismo; en que abriéramos una carrera ancha y desembarazada á los arquitectos del porvenir.

Pero ¿con qué elementos contábamos para esto? El partido progresista se componia de dos clases de personas: de ancianos, venerables por sus servicios, por su inteligencia, por su virtud, pero que el tiempo habia exprimido como limones y ya no podian dar jugo, al par que de jóvenes á quienes sobraba valor, á quienes sobraba entusiasmo, pero á quienes faltaba esperiencia.

Siempre prefiero, y creo que siempre preferiré, para las revoluciones á los jóvenes, porque del árbol nuevo puede esperarse fruto, que el viejo solo sirve para alimentar la llama de la chimenea, por mas que yo no pueda tallar la juventud ni la vejez por los años que marca el calendario. *La mujer por lo que parece y el hombre por lo que puede*, dice un refran español.

Hay hombres que son jóvenes á los ochenta años y hay otros que son viejos á los quince, como hay fuentes que están manando desde los primeros dias del mundo, y otras que en medio año se agotan; pero es preciso casi siempre que los marineros jóvenes escuchén los consejos de los marinos ancianos y refrenen su ardimiento con las tímidas observaciones de la esperiencia.

El partido progresista no estaba organizado para dar al gobierno una batalla en las calles ni una batalla campal. Los comités, que podian considerarse como las vértebras de nuestro cuerpo, valian mucho para las elecciones, para mantener el espíritu público, para propagar nuestras ideas, para dar de comulgar á todos nuestros amigos con la hostia de nuestra doctrina; pero aquellos señores acomodados, aquellos, en su mayor parte canónigos de la clase media, calvos, panzudos, carrilludos, que solo pensaban en su mesa, en su familia, en sus tierras de pan llevar, ¿cómo habian de salir al campo de la guerra?

En una de las pasadas Esposiciones de París he visto un excelente cuadro que representaba unos frailes armados en la guerra de la

Independencia para combatir á los franceses: lo ridículo de las figuras constituía su principal mérito. Aquellos hombres, que se comprendía habían nacido para todo menos para andar á tiros, provistos de su fusil y procurando animarse para luchar con el Gran Capitan del siglo, eran simpáticos como lo son siempre los débiles cuando tienen corazon para combatir contra los fuertes; pero dudo yo mucho que un general que no tuviera precisamente sed de una derrota hubiera formado con ellos la médula de su ejército.

Los comités eran, poco mas ó menos, una viva imágen de este cuadro. Animábalos el mejor espíritu, deseaban combatir, vencer; pero les pesaba la barriga, se acordaban de sus hijos y de su familia, y como en el célebre coro de *Les folies dramatiques*, cantaban «marchemos, marchemos,» estándose siempre quietos. La culpa no era suya, sino de quien habiéndolòs hecho para una cosa, los destinaba á otra, como quien habiendo cortado una tela para pantalon, se estrañase de que no le sirviera para levita. Además, una escision que ocurrió en el partido progresista, y que todo el mundo conoce, aunque no en sus interioridades, hizo mas difícil la obra revolucionaria de los comités; pero esta, aunque pequeña, requiere un capítulo aparte.

III

El 3 de mayo.

El partido progresista ha pecado siempre de cándido, y nada tiene de particular, porque es el pueblo que juega de buena fé con políticos tahures.

Mientras unionistas y moderados alternaban en el poder, cada uno estando caido, le decia: «Ayúdame para derrotar á mi adversario; deshecho él, alternaremos tú y yo: yo seré el primero que suba para hacer el tránsito menos difícil, seré el crepúsculo de tu dia; pero despues vendrás tú.» Y el partido progresista creia siem-

pre, y siempre ponía las espaldas para que su adversario se encaramase á colgar la cuerda del árbol en que había de ahorcarle, y siempre se arrepentía cuando ya era demasiado tarde, como las doncellas honradas de las comedias, que creen á los Tenorios en el primer acto y se arrepienten en el segundo.

Hay en todas las conspiraciones necesidad de ser algo casuista. Cuando se quema la casa no se puede parar mucho la atención en si es limpia ó sucia el agua con que se apaga el fuego, y rara vez se le apagará con agua bendita.

Acaso Lutero no hubiera triunfado ni hecho triunfar su doctrina, y hubiera muerto en una hoguera encendida con un tizon humeante de la de Juan Hus, á no haber tenido complacencias dignas de Escobar con Felipe el Magnánimo, Langrave de Hesse, cuando este señor, á quien dice Voltaire «que la naturaleza había concedido en el número de tres lo que suele dar á otros en número de dos,» quiso aprovecharse, interpretándola á su gusto, de una decretal de Gregorio II que medio permite la bigamia, y en vida de su mujer Cristina de Saxo, casarse con Catalina de Saal, de quien estaba enamorado.

El cómico y autor dramático Picard, padre literario de Scribe, escribió una comedia titulada *Las capitulaciones de conciencia*, que fué horriblemente silbada porque se apoyaba en una verdad que laceraba todas las hipocresías. Hacía ver que el hombre mas puro transige algunas veces con el vicio cuando le es útil. Esto ocurre siempre en la vida privada, en que el santo peca siete veces al dia; pero en la vida política esta comedia es aún mas verdaderamente verdad, porque no ya el hombre, sino el partido mas justo, peca al dia setecientas veces.

Cuando se conspira, no solo se besan manos que se quisieran ver cortadas, sino que se hacen transacciones que ligan al dia siguiente é imposibilitan el porvenir. Los impacientes, sobre todo, para llegar mas pronto al término de sus deseos, marchan en línea recta, atravesando á veces pantanos en que á cada paso que dan se van hundiendo como el héroe de la novela de Walter Scott, hasta que el sol naciente no puede ver de ellos ahogados mas que la pluma del casco. Los mas prudentes tambien suelen tener miedo á emprender una

campana con pocos soldados, y alistan en sus filas á hijos pródigos á quienes, si volvieran al hogar, cerraria la puerta el padre.

Esta es una gran desgracia en todas las revoluciones, porque las hace nacer tísicas y gangrenadas; pero esta es una gran desgracia inevitable. Decian á Lamartine, hablando de la revolucion francesa del año 1848: «Es imperfecta, como hecha por hombres que tienen en su seno la levadura de Adan.» Y él respondia oportunamente: «Una sola revolucion hicieron los ángeles, y produjo el infierno. Las nuestras no dan de sí tanto malo.»

Para luchar contra la tradicion, representada en España por la dinastía borbónica, por el clero y por el verdugo, nos fué preciso valernos de mucha gente que ninguno de nosotros hubiera aceptado en su casa para desempeñar los oficios mas ruines.

El hambriento come algunas veces cosas que no solo le repugnarían en la vida ordinaria, sino que le envenenan. Díganlo las plazas sitiadas.

Allegando de una parte y de otra, reunimos un ejército que podia dar una batalla al gobierno con probabilidades de éxito, y que le asustó en los primeros instantes.

El dia en que se celebró el banquete de los Campos Elíseos, banquete á que asistió la flor de nuestro partido, es decir, tres mil hombres de buena posicion, puros y resueltos, Posada Herrera creyó indudablemente que habíamos escrito el *mane fares* en la pared de un festin gubernamental; pero allí don Salustiano Olózaga pronunció unas palabras que no debiera, y que yo, por la parte que tuve en aquel asunto, no puedo manifestar hasta qué punto fueron inconvenientes, y la gente allegadiza que habíamos alistado, se valió de ellas para impedir el movimiento próximo á realizarse.

Hé aquí las palabras de mi breve discurso y las del señor Olózaga.

Yo dije:

«Todos los que han hablado antes que yo, representaban aquí algo. Los unos representaban las provincias, los otros el ejército, los otros la prensa, los otros la poesía, los otros su propia elocuencia; pero yo no represento nada; yo, si algun mérito puedo tener á vuestros ojos, es únicamente el de ser uno, el último y mas humilde de

aquellos pocos jóvenes que, capitaneados por don Pedro Calvo Asensio en 1856, cuando se había derribado á cañonazos la iglesia liberal, fuimos recogiendo poco á poco los escombros humeantes y volvimos á sentar las bases de este edificio que hoy tan grande se presenta. Por eso, señores, si los que representaban algo han estado sujetos á la prescripcion de los cinco minutos, yo, que náda represento, tengo que ser mas breve todavía: me limitaré á brindar. Al dia siguiente del Dos de Mayo, dos dias antes de la traslacion de las cenizas de Muñoz Torrero, asistimos á la coronacion de la cúpula de la iglesia liberal.

»Toda la guerra de la Independencia se halla reasumida en dos hechos: en el movimiento militar del Dos de Mayo, y en el intelectual de las Córtes de Cádiz.

»En ambos sitios los españoles defendieron su patria. ¿Y qué es la patria, señores? La patria es no solo el poder material, sino tambien el poder intelectual. El sitio donde se ha mecido nuestra cuna, el primer suelo que han pisado nuestros piés en la ribera de la vida, el aire en que hemos aprendido á respirar, el hogar humilde ó rico donde nuestra madre nos ha hablado de Dios y del amor, y nuestro padre del honor y del deber, la iglesia donde hemos aprendido á rezar sobre las tumbas de nuestros abuelos: todo esto es la patria; pero no solo esto. Esta es nuestra patria material, la patria de nuestro cuerpo; pero sobre esta patria está la patria moral, la patria de nuestra alma, que solo existe en la tierra donde se ejerce el libre albedrío, que solo es la libertad.

»Por eso cuando los pueblos están sujetos á un invasor extranjero se dice que no tienen patria y que tienen que luchar para creársela, como sucedió á nuestro pueblo en 1808.

»Brindo, señores, para que, firmes en esta opinion, trabajemos sin descanso por el triunfo de nuestras ideas y pongamos cada dia una nueva piedra de nuestro edificio; y, para que este edificio se acabe pronto, brindo porque permanezcan unidas dos personas á quienes han procurado siempre desunir nuestros adversarios para destruir nuestro poder, dos personas á quienes se ha querido presentar hoy como desunidas para producir escisiones en nuestro partido, pero que, seguro estoy de ello, están unidas de corazon. Brin-

do porque permanezcan unidos y marchen por el mismo camino y al mismo fin, el general Espartero y don Salustiano de Olózaga.»

Hé aquí la contestacion de don Salustiano Olózaga:

«Una indicacion, señores, ha hecho mi amigo el señor Rubio, sobre la cual debo decir algunas palabras. Yo no sabia, señores, y yo no debo creer que nuestros enemigos supusieran que entre mi humilde persona y la muy esclarecida del general Espartero habia divergencias ni division alguna ¹. Si alguno lo ha podido creer, desde este momento desaparecerá el fundamento de su creencia y se disipará toda duda. Yo, señores, he sido grande admirador del valor, del desinterés, del patriotismo, de la abnegacion del general Espartero, y yo no hace un año, señores, la última vez que tuve la honra de hablar en el Congreso, cuando se nos preguntaba si el partido progresista estaba en disposicion de gobernar, cuando contesté cómo estábamos y qué títulos teníamos para ello, anuncié algo de lo que debíamos hacer, y lo primero acaso que dije fué que haríamos que se pagara la deuda de gratitud nacional al pacificador de España.

»El año 39, á raíz de los sucesos, fresco el entusiasmo que producía el servicio inmenso que hizo á la nacion, la página acaso mas gloriosa de nuestra historia, que no lo parece tanto porque estamos muy cerca de ella, pero que será en lo venidero uno de los hechos mas ilustres de nuestros anales, el general Espartero habia inspirado tal confianza por su generoso carácter, por su virtud, por su españolismo, que á una palabra suya se desarmó el ejército contrario y se abrazaron cómo hermanos, y concluyó una guerra que de otro modo, señores, los que conocen el país topográficamente y los que conocen el temple de los hijos de las provincias Vascongadas, bien pueden creer que aún duraria hasta ahora.

»El que prestó este servicio no recibió de la nacion una pension, que él no estimaria por lo que valiera, sino como recompensa de sus servicios. Yo, señores, no quisiera que nadie me quitara en un dia la gloria de proponer esto, y proponerlo, señores, en nuestro tiempo seria alcanzarlo por unanimidad. Yo, señores, deseo para él mucho mas. Él ha llevado un título que lo acerca á los

¹ Hablaba de esto, entre otros periódicos, el *Diario Español*.

que ejercen el poder real, porque lo ha ejercido siendo el elegido de la nacion, y quien lleva con tanta dignidad un título, debe conservarle toda su vida, y yo devolveria el tratamiento de alteza al duque de la Victoria. Yo he hecho, señores, cuanto he podido, yo haré cuanto sea posible para que su persona sea la mas respetada en España. Yo no creo, señores, ni que le falto ni que perjudico de ninguna manera al porvenir de mi partido si digo que le creo sinceramente separado de todo propósito de gobernar por sí mismo la nacion. No creo que tiene este deseo, ni creo que le conviene, y yo declaro con la lealtad de mi carácter que tampoco le conviene al partido progresista ni á la nacion.

»Despues de esta esplicacion, señores, quien quiera suponer la mas pequeña diferencia entre el que está tan alto, y justamente, en la estimacion de los españoles, y yo, que solo á la bondad de mi partido debo el lugar que ocupo, miente villanamente y quiere introducir un elemento de discordia, que será imposible, cuando es tanta la cohesion del partido y cuando todos aspiramos á lo mismo.»

Este discurso de don Salustiano de Olózaga produjo en todos los hombres políticos que le oyeron un efecto indescriptible.

Es imposible hablar mejor con el objeto de producir un efecto tan calculado y tan antirevolucionario.

Hay en todo el discurso, como observarán los lectores, muchos elogios al señor duque de la Victoria; pero estos elogios son como los saludos que se hacen dos tiradores de florete antes de empezar el asalto: un momento despues, la estocada va al pecho.

Mi querido y antiguo amigo don Manuel Lasala, uno de los aragoneses mas amigos míos, mas liberales, y que mas han sufrido en los tiempos en que el partido liberal ha estado bajo la rueda del carro, me contaba hace algun tiempo un cuento que revela, bajo una forma parabólica, la intencion de don Salustiano, ó por mejor decir, que la diseña, poniendo los huesos, los nervios y las venas á la vista del espectador.

En un convento de frailes habia una bellissima huerta llena de árboles frutales. Los chicos del pueblo saltaban la tapia, que no era alta, y robaban las peras y los melocotones. Los frailes se enfadaban. Un lego quiso escarmentar á los chicos, y cogiendo la caña de

un apagaluces y poniendo en ella un chuzo de á cuarta, se emboscó entre las matas.

Vino un chico de cuatro ó cinco años, subió á un peral, empezó á recoger el fruto, y el lego, pinchándole en la parte que mas gustaba á Sócrates en Alcibiades, y que mas gustaba á sus discípulos en Desfontaines, el católico enemigo de Voltaire le gritaba: «Chiquito, no cojas los frutos, por el amor de Dios. ¿No ves que son del niño Jesus?» La gente, que por las bardas de la huerta, como don Quijote el manteamiento de Sancho, veia lo que pasaba, decia al oír los chillidos del chiquillo: «¿Por qué se queja tanto si solo le pegan con una cañita?» Y la verdad era que el chico á cada golpe recibia un chuzazo.

En el discurso de don Salustiano Olózaga, mucha gente no verá sino un inocente cañazo á don Baldomero Espartero. La verdad es que se hiere al hombre menos vanidoso y mas desinteresado de España en la cuestion de vanidad y en la cuestion de desinterés. Se ofreció una pension y un titulo á quien nunca ha querido cobrar lo que el Estado le debe, y nunca (y con razon) ha querido llamarse mas que Baldomero Espartero, porque duques, altezas, reyes, hay muchos, pero Baldomero Espartero no es mas que él solo.

Ocho dias despues del banquete de los Campos Elíseos, del célebre banquete del 3 de mayo, podia y debia hacerse la revolucion que ha tenido lugar en Cádiz últimamente, y se hubiera hecho por el partido progresista solo, apoyado por el demócrata. Pero las palabras de don Salustiano Olózaga lo impidieron. Solo el periódico *La Época*, terciando en una polémica que yo tuve con *La Soberanía Nacional* desde las columnas de *La Iberia*, ha manifestado algo de lo que entonces pasó, siendo el periódico que, sin tocarla por completo, se ha aproximado mas á la verdad respecto á aquellos sucesos.

Decia así:

«El señor don Salustiano de Olózaga habia hecho alguna vez en el seno de la Tertulia progresista indicaciones parecidas á las que despues formuló con toda solemnidad en el banquete de los Campos Elíseos; pero temiendo sus amigos que llegaran desfiguradas á Logroño, y queriendo sofocar todo gérmen de disidencia entre el brazo

y la lengua del partido progresista, se acordó, y en ello convino el señor Olózaga, que al día siguiente del banquete pasaria una comision á Logroño á visitar al duque, á felicitarle, y á darle cuenta del gran alarde de fuerzas del purismo. La comision, así se nos aseguró, debian componerla los señores marqués de los Castillejos, Olózaga y Sagasta, siendo este el primero que debia hacer uso de la palabra con frases convenidas de antemano para dar lugar á que, interviniendo el señor Olózaga, y borrando con su habilidad los recuerdos pasados, se facilitara una completa reconciliacion que permitiera al partido marchar compacto y homogéneo.

»Como todo esto se hallaba arreglado anticipadamente, y aun se cree que de ello tenia conocimiento el duque de la Victoria, fué grande la sorpresa de los notables al escuchar en los labios del señor Olózaga, y desde la presidencia del banquete, palabras que hacian la reconciliacion imposible.»

Todos los que fuimos al banquete estábamos esperanzados al empezarle como en la víspera de una victoria, y todos volvimos á Madrid tristes y cabizbajos como despues de una derrota.

El último discurso de don Salustiano Olózaga habia producido en pocas horas un nuevo 43, tan funesto para él como para todo nuestro partido, y para la libertad.

IV

Allianza.

El discurso de don Salustiano Olózaga en los Campos Eliseos, rompiendo la union de nuestra cruzada como la de los jefes cristianos delante de Jerusalem, hizo imposible nuestro plan de combate.

Dividióse el partido progresista en Olozaguistas y Esparteristas; los Olozaguistas decian *todo ó nada*, entendiendo por todo el derribo de la dinastía borbónica, ó por mejor decir, el de Isabel II, aun-

que hubiera de sucederla en el poder otra persona no menos reaccionaria. Para ellos los principios nada eran, la persona todo, estando inspirados como lo estaban por un espíritu de odio enteramente personal, y por eso trataban de contraer alianzas, ya con los unionistas, ya con los moderados.

Los Esparteristas seguían teniendo escrito en su escudo el célebre lema de *Cúmplase la voluntad nacional*, de que tantos han hablado y que tan pocos han comprendido; ese lema que tanto se ha ridiculizado, sin considerar que es la consagración de la soberanía del pueblo.

La soberanía nacional, la voluntad nacional, ¿no significan acaso que el pueblo es el único rey y los gobernantes sus criados? Y dicho esto por quien tenía en la mano como un juguete un niño, como una joya una mujer, el cetro de la nación, ¿no revela en él una abnegación digna de Washington?

Muchos progresistas tratamos de terminar esta discordia, no menos ruda que la de Montescos y Capuletos. Para terminarla hubiera sido preciso la muerte de dos egoísmos ó de dos vanidades. Sobre la losa sepulcral de Julieta y Romeo se firmaron las paces de las dos familias italianas: no teníamos sepulcro en que los dos egoísmos y vanidades antagonistas murieran.

Historiador, tengo el valor de ser en el presente tan severo como puede serlo el siglo futuro, porque nada espero de los hombres, y no considero este mundo sino como el pájaro que va de camino la punta del mástil del navío en que se pára un momento á descansar.

He leído un libro que pocos consultan, escrito en piedra unas veces con letras de oro, y otras en yeso con tinta negra: las lápidas de los cementerios. Y como no creo en la muerte, he aprendido á burlarme de las ambiciones de los espíritus enanos que solo piensan en el día de hoy y que confunden el tiempo con la eternidad.

Siempre que leo en una lápida una colección de títulos sonoros y deslumbrantes, me figura las alegrías de los que los han obtenido, los tiros de la envidia á que los han espuesto, los trabajos, las humillaciones, tal vez las indignidades que les han costado, reconstruyo en mi imaginación la novela de una vida que ya no es, un poema de privaciones, de torturas, de angustias, de esperanzas,

algo mas terrible que el poema de Dante, y me pregunto despues de todo esto: ¿para qué?

Compadezco sinceramente á todo aquel que toma por lo sério las vanidades del mundo, y las sacrifica, ó por mejor decir, las prostituye la sacra vírgen que todos llevamos debajo de nuestro velo corporal: la conciencia.

Sagasta escribió un artículo haciendo un llamamiento al partido *progresista*, y diciéndole que no tenia mas jefe que su bandera, procurando de este modo reunir las huestes de todos los caminos; pero no fué oida su voz entre el general tumulto. Hubo necesidad de contar solo los revolucionarios de accion entre nosotros mismos. Prim fué á ver al duque de la Victoria: de lo que ambos trataron nada se sabe, y cuando volvió empezamos á trabajar, hostigados y molestados tanto como por el gobierno, por la fraccion Olozaguista.

Éramos, sin embargo, pocos para derribar lo existente, y pedimos apoyo á los demócratas, á quienes considerábamos como nuestros batidores.

El convenio entre ambos partidos se hizo con facilidad. Debo confesar que por parte de muchos de los demócratas se dieron entonces pruebas de una abnegacion de que los progresistas acaso no hubiéramos sido capaces. Nuestra union era como la de dos hermanos que sin conocerse están combatiendo largo tiempo en la oscuridad de la noche, pero un relámpago de la tempestad permite que se vean la cara, y arrojando las espadas, se abrazan.

Más era preciso para hacer la revolucion tomar un camino que fuese comun á ambos partidos, y por el cual pudiéramos marchar juntamente, sin que uno ni otro perdiera en ello; era preciso convenir en algo práctico, no solo para el dia del combate, sino tambien para el de la victoria. La mayoría no pensó en esto: algunos pensamos.

Entonces formulé en mi imaginacion el proyecto del folleto que escribí mas tarde, titulado *Progresistas y demócratas*.

El resultado de nuestro convenio puede simbolizarse en las siguientes líneas de la novela de Eduardo Laboulaye titulada *El rey de los papamoscas*.

El príncipe, perro de aguas, pide á su madrina, una hada, que diga cómo ha de hacer una constitucion que sea la felicidad de su pueblo.

—«Hijo mio,—responde la madrina,—eso es griego para mí. Nosotras las hadas pertenecemos á los buenos tiempos de la tradicion y la leyenda, y solo se nos debe pedir que protejamos á los príncipes jóvenes y busquemos marido á las princesas hermosas. ¿Qué he de entender yo de política, ocupándome solo de hacer á las gentes dichosas?

—Madrina mia, si no encuentro una constitucion que haga la felicidad de mi pueblo, estoy perdido.

—¿Quieres que te lleve al reino de los papagallos, donde todos hablan y nadie dice cosa alguna? ¿Quieres ir al reino de los gansos, en el cual no hay quien no esté orgulloso de su talento?

—No, madrina, no es eso lo que necesito.

—Probaremos otra cosa á ver si conseguimos algo.

La hada abrió un balcon y llamó á una golondrina que cruzaba el aire.

—Amiga mia,—le dijo,—¿eres dichosa?

—Sí,—dijo la golondrina con un pequeño grito agudo y alegre.

—¿Y por qué eres dichosa?

—Porque soy libre,—respondió el pájaro.

Y tendiendo las alas, partió como una saeta.

La hada se asomó por segunda vez á la ventana, y llamó á una abeja que buscaba miel entre unos alelíos.

—Amiga,—le dijo,—¿eres tú dichosa?

—Sí,—respondió la abeja zumbando.

—¿Por qué eres dichosa?

—Porque trabajo desde la mañana á la noche.

—¿Y quién ordena tu trabajo?—preguntó Jacinto.

—Yo misma,—respondió la abeja.—¿Por ventura necesito un amo para seguir la ley que me ha dado Dios?

Y diciendo esto, se alejó.

—Dame la mano,—dijo la hada á Jacinto.

En un abrir y cerrar de ojos se encontraron en medio de un campo.



Jacinto vió en él una manada de carneros guardada por un pastor que dormía y un perro que velaba.

—¿Eres dichoso?—preguntó la hada á un carnero que pacía á su lado.

—¿Cómo lo he de ser?—respondió el carnero.—Día y noche me muerden ó me pegan; un día ú otro me esquilarán y me enviarán al matadero. Para ser feliz es preciso pertenecerse.

—Y sin embargo,—dijo Jacinto,—tú paces, duermes y engordas.

—Mi porvenir es ser comido por los lobos ó por los hombres,—dijo el carnero:—lo mejor es no pensar en mañana.

Y metiendo de nuevo el hocico entre las yerbas, comenzó á comer apresuradamente para desquitar el tiempo perdido.

—Me parece,—dijo la hada,—que algo se adelanta en nuestra obra; ser libre, trabajar y pertenecerse. Estas tres cosas forman la base de la felicidad. Escribe eso en tu constitucion.»

Esto no era seguramente todo lo que hacia falta; pero era un gran paso para hacer una verdadera revolucion, y lo restante, perceptible por ahora, nos lo daba el mismo libro formulado en las siguientes líneas que me alegraria no olvidasen los políticos actuales, aunque sea triste tener necesidad de enseñarlos por medio de cuentos como á los niños.

Verdad es que Cristo enseñó su religion por medio de parábolas.

En la misma novela, la misma hada arrebató por los aires al mismo príncipe, y tocando la tierra no lejos del cabo de Palma, le dice:

—«Supuesto que te gustan las esperiencias políticas, quédate aquí hasta mi vuelta.

Diciendo esto, la hada se alejó por los aires, dejando al príncipe aturdido.

Vuelto en sí del asombro, Jacinto miró á su alrededor. Estaba en una ciudad, aunque pequeña, bien construida y con calles anchas y regulares; mas sus habitantes eran todos negros. La estraña figura del príncipe atraía hácia sí la atencion general; las mujeres le señalaban con el dedo, los chicos le huían y le ladraban los perros.

Jacinto se aproximó á un negro de crespá cabellera que coloca

ba en fila algunos barriles dentro de un almacén, y le preguntó dónde se encontraba. Aunque un poco sorprendido de la pregunta, el negociante le contestó con suma cortesía y hablando inglés correctamente, que la ciudad se llamaba Monrovia y era capital del Estado de Liberia.

—Aquí donde nos veis,—añadió,—todos somos antiguos esclavos que hemos venido á esta tierra de los Estados-Unidos para vivir en libertad. Con la ayuda de Dios esperamos fundar una república que por el número y la riqueza de sus habitantes eclipsará algún día á Europa y á América. Ya hace mucho tiempo que la raza blanca es dueña del mundo; la raza negra reclama su parte de herencia, y la obtendrá. El África le pertenece.

—¿Vuestro pueblo es muy numeroso?—preguntó Jacinto.

—Aún no somos mas que veinticinco mil civilizados,—respondió el negro;—pero llevamos con nosotros un talisman que nos ayudará á conquistar pacíficamente toda el África, levantándola al nivel de Europa.

—¿Qué talisman es ese?

—La libertad americana,—dijo el negro.

—¿Y por qué no decís sencillamente la libertad?

—Porque hay dos especies de libertad,—respondió el negro;—una que es una palabra, otra que es una cosa. La primera no es mas que un grito de guerra y de revolucion que trastorna el antiguo continente. La segunda es un conjunto de instituciones que constituyen la grandeza del individuo y la prosperidad de las naciones. Esta última la hemos traído con nosotros de América, y es el germen que hemos plantado: nuestros hijos le deberán la riqueza y la dicha.

—¿Y qué instituciones son esas?

—Son siete: la Iglesia libre, la enseñanza libre, la prensa libre, la banca libre, el municipio libre, la milicia ciudadana y el jurado. Cuando llega un buque se deja á los inmigrantes escoger el terreno que les acomoda; una vez establecidos, y desde el primer año de recolección, fundan escuelas para instruir sus hijos, iglesias para adorar á Dios, periódicos para ilustrar á todos, y bancos para facilitar el trabajo y los cambios. Ya existe el municipio, y este es el nú-

cleo. *Es una república perfecta en sí, que se administra libremente, merced al concurso de todos los ciudadanos, y si amenaza algun peligro dentro ó fuera, cada uno de nosotros es jurado para protegerla y soldado para defenderla. Hé aquí cuál es nuestra libertad, extranjero. ¿La entienden en vuestro país del mismo modo?»*

Respecto á forma de gobierno, nada se trató por entonces entre progresistas y republicanos; ni siquiera se habló del sufragio universal mas que de pasada. Y con motivo de esto, he de decir algo eminentemente impopular, pero que por lo mismo deseo decir, porque como el pueblo es el amigo á quien mas quiero, me veo en el deber de decirle las verdades mas duras.

V

El sufragio universal.

Nada tan justo como que todos los accionistas de una sociedad intervengan en sus deliberaciones. Los ciudadanos de un país son accionistas de su patria; deben por lo tanto tener voto en todas las deliberaciones públicas. Esta es la teoría; pero de la teoría á su realizacion en la práctica va siempre la diferencia que entre la vida del alma en el espacio, á la vida de la misma alma encerrada en la cárcel del cuerpo.

¿Cómo han de votar todos en una sociedad? ¿Votarán los niños que no saben hablar? ¿Votarán los locos? ¿Votarán los presos? ¿Votarán los soldados por compañías? ¿Votarán las mujeres?

Cada una de estas preguntas es una cuestion que antes de resolverse requiere otra cuestion prévia, y cuya resolucion lógicamente solo puede hacerse por sufragio universal tambien. Y es imposible que estén sobre esto de acuerdo los pareceres.

Un ciudadano dirá que se debe votar á los 25 años, otro que á los 20; y tanto una resolucion como otra serán arbitrarias, porque no hay razon para que se vote á los 20 años, verbigracia, y no á los 20 menos un dia; y no dejando entrar en los comicios á los me-

nores de 20 años ó á los menores de 15 ó á los menores de 7, se quita el voto á la gran mayoría del país.

Habrà quien sostenga que el ejército debe votar, y quien pretenda que no, porque concederle el voto puede ser dar al gobierno una fuerza decisiva en las elecciones en algunas localidades.

Habrà quien pretenda que deben votar las mujeres, y quien sostenga que no deben salir de su casa á convertirse en amazonas, cortándose, no ya un pecho, sino el corazon, para luchar en la plaza pública.

El sufragio universal tendrá pues que ser limitado siempre, y caprichosamente limitado, y los que le defienden se dejan llevar mas de la sonoridad de la frase que del fondo de la cosa.

Hay mas: en un país en que un 75 por 100 no saben leer ni escribir, el voto en manos del pueblo es una pistola en las de una niña.

En las conferencias populares del asilo imperial de Vincennes en 1867, decia Mr. Carlos Robert, consejero de Estado y secretario general del ministerio de Instrucción pública: «Dejadme contaros á propósito de esto (del sufragio) una breve historia. La escena pasa en uno de nuestros departamentos del Oeste. Poco despues de las últimas elecciones municipales de 1866, un maire que no habia sido reelegido miembro del consejo municipal, habia debido ser reemplazado por el prefecto, deseoso de conformarse á las instrucciones por las cuales el gobierno empeñaba á los prefectos á escoger en cuanto fuera posible los maires entre los miembros del consejo municipal. El prefecto habia pues nombrado á este maire un sucesor, seguro de haber satisfecho de esta manera los votos de los electores.

Algun tiempo despues, una numerosa diputacion de habitantes del distrito llegó á la prefectura, se la admite en la audiencia del prefecto, y el orador de la diputacion toma la palabra.

—¡Ah, señor prefecto!—dice.—Estamos muy apesadumbrados, muy afligidos; amábamos mucho á nuestro antiguo maire, y acaban de decirnos que ha sido reemplazado.

—Pero—respondió el prefecto—si es cierto que le amais, si estais satisfechos de su administracion, ¿por qué no haberle reelegido

consejero municipal? ¿Por qué haberle escluido vosotros mismos de esta asamblea?

El orador de la diputacion parecia muy embarazado; pero despues de haber dudado un poco, respondió:

—Hemos creido reelegirle; pero ved lo que ha pasado. El antiguo maire, á quien amábamos los mas, tenia contra sí en el distrito un partido que queria á toda costa entrar en el consejo municipal. Este partido ha hecho imprimir listas de candidatos en las cuales no estaba escrito el nombre de nuestro maire, y nos las ha hecho distribuir de puerta en puerta. No sabemos leer. Cuando preguntábamos al repartidor si el nombre de nuestro digno maire estaba en la lista, nos respondia que sí, y como no sabemos leer, no veíamos el engaño. Hemos ido á votar con la lista que se nos daba, estábamos convencidos de que nuestro maire iba á ser nombrado por una fuerte mayoría, y cuando se ha hecho el escrutinio, hemos quedado confundidos de espanto al ver que no habia obtenido ni siquiera un voto.»

Esta anécdota es importante por sí, pero mucho mas por contarla un funcionario público francés en un tiempo en que la base del imperio es, segun dicen, el sufragio universal.

Pero se ha convenido en llamar sufragio universal á una cosa que no lo es, á un sufragio limitado; se ha convenido en llamar sufragio universal al de los ciudadanos considerados mayores de edad por una ley arbitraria no hecha por sufragio, y hay una cosa sobre todo para la cual creo este sufragio necesario en España: para la eleccion de rey. Las razones que tengo yo, que no soy partidario del sufragio universal, para sostener esta idea, las he espuesto en el siguiente documento que he dirigido á las Córtes Constituyentes:

SÚPLICA

Á LOS

SEÑORES DIPUTADOS DE LAS CÓRTES CONSTITUYENTES.

«Señores diputados: Acaso os parecerá demasiada la libertad que me tomo dirigiéndoos la palabra, yo humilde periodista en otro tiem-

po, y hoy arrinconado en el cuartel de inválidos de la política, como una espada vieja despues del combate, porque el país no me ha considerado digno de inmiscuirme en vuestras árduas tareas; pero como creo que con hablaros os presto un servicio y se le presto á mi patria, arrostraré con frente serena vuestro menosprecio, que poco puede importar á quien solo aspira á cumplir con su deber, y sobre todo á quien ha dejado su cuerpo, como una barca vieja, en el proceloso mar del tiempo, y se ha retirado en espíritu á la ribera, cuyo faro es la cruz de la tumba, á la ribera de la eternidad.

»Hace algunos años doña Isabel de Borbon, muellemente recostada en la popa de la nave del Estado, y rodeada de aduladores como Vénus de amorcillos, se dejaba ir soñolienta por el mar de la política bajo un cielo azul y sereno, como la mirada de un niño arrullada por auras embalsamadas y mecida por aguas claras y cristalinas al parecer.

»Tuve entonces el valor de subir á la tribuna de la prensa, y al mismo tiempo que decia al pueblo: «Todos los creyentes en la soberanía nacional son de mi comunión, y tienen derecho á entrar en la iglesia progresista,» gritaba á la reina, embriagada con su poder: «La corriente que arrastraba la nave de V. M. es mas pérfida que una sirena, y la lleva hácia un terrible escollo. Ese cielo apacible y sereno entraña una tempestad. Otro rumbo, otro rumbo ahora que es tiempo, que mañana será tarde.»

»Los aduladores seguian cantando é incensando, y la reina durmiendo.

»Si algo oyó de mis palabras, debió pensar en su interior: «¿Qué ave de mal agüero es esa que desafina en mis conciertos?» Y mis enemigos decian tambien: «¿A qué viene eso de proclamar la soberanía nacional, cuando el pueblo, si no es un cadáver, es un cataléptico sobre cuya tumba hemos puesto uña cruz, un mar helado sobre el cual hemos construido nuestros palacios?»

»Pasó el tiempo, doña Isabel II puede hoy recordar en el destierro mis consejos y compararlos con los que la daban los que la llevaron al precipicio y huyeron al verla caer, y mis adversarios políticos han visto que el cataléptico ha despertado rompiendo la losa y derribando la cruz de su tumba, y el mar se ha deshelado, abisman-

do y cubriendo cuanto sobre él se había edificado, dejando solo en pié lo que yo eternamente he defendido, el sagrado dogma de la Soberanía nacional.

»Señores diputados, no imiteis á doña Isabel de Borbon, y no desprecieis mis súplicas por ser las de un humilde hijo del pueblo. En oscuras profundidades del mar hay que buscar las perlas, en oscuras profundidades de la tierra, el oro y los diamantes. Acaso mis indicaciones podrán servir de algo, á pesar de mi inferioridad declarada oficialmente por el gobierno y el país respecto á todos vosotros, porque hasta las de un pobre perro sirven en la noche oscura y tormentosa, no ya solamente á los ciegos, sino á los que tienen mejor vista.

»Hace mucho tiempo que luchaban en mi alma, como dos ángeles contrarios, dos sentimientos opuestos: uno ordenándome hablar, y el otro sellando mis labios.

»Desde el principio de la revolución había visto que, aparte de honrosas excepciones, la llevaban á cabo hombres de los cuales unos no la comprendían, otros no la deseaban, y otros no la querían. La sangre derramada en Cádiz y Málaga, y la prolijidad de los procedimientos en Búrgos, me convencieron de que, ahora como siempre, el genio revolucionario marchaba á la manera de Colon, en busca de un nuevo mundo, y el gobierno era la tripulación de la nave; tripulación desconfiada, asustadiza, dispuesta á arrojarle al mar en el desierto de las aguas, sin reflexionar que matándole se imposibilitaba de llegar al puerto deseado, y de volver á sus hogares.

»Los que en las aguas de Cádiz levantaron la bandera del pueblo, y en el puente de Alcolea, con un golpe de su espada, cortaron las ligaduras de la patria, merecen coronas de laurel y de oro, y yo, que fuera de España estoy como el niño lejos del regazo maternal, como el pez fuera del agua y el pájaro fuera del aire; yo, á quien como á otros muchos han abierto el Pirineo, nunca tendré, ni palabras bastante expresivas para encomiar sus méritos, ni bastante corazón para contener en él toda la gratitud que les debo, ni bastante vergüenza en mi conciencia para lamentarme suficientemente de no haber estado con ellos en el momento del peligro; aunque si no estuve, como sabe el general Prim, no fué por no haberlo pedido, sino

porque se me envió con el valiente Baldrich, el primero que se presentó y el último que se retiró en España el pasado año, á una empresa que se consideraba entonces la mas difícil y peligrosa.

»Pero sea cual fuere mi entusiasmo por los héroes de Cádiz y de Alcolea, no puedo menos de declarar que solo han tenido para coronarse de gloria que dar un golpe al árbol que nosotros los olvidados hemos serrado y desarraigado paciente y silenciosamente por espacio de muchos años; que su golpe ha terminado la agonía del leon moribundo, pero que sin él, el leon tambien hubiera muerto, y muchos de los que durante la tormenta se han acogido á nuestra casa, contra la cual habrán hecho tanto fuego antes de notar que se caía la suya, no solo no nos han ayudado á salvarnos, sino que se han asentado sobre nosotros como náufragos sobre maderos con que construyen una balsa.

»De haber creído los vencedores de Cádiz y de Alcolea que eran, no solamente los redentores, sino los vencedores de la nacion, ha resultado en primer lugar que han repartido el presupuesto entre sus amigos, como una comida de Pascua en que se han cambiado los convidados y no el número de cubiertos (esto importa poco en suma), que se desdeñan los consejos de los mas fieles á la causa popular por seguir los de tantos y tantos aduladores que esperan que los gobernantes, como Calígula, hagan cónsules á sus caballos (y esto tambien importa poco), que se crea que la revolucion está terminada cuando no ha hecho mas que empezar, cuando se ha desmontado el terreno, pero todavía no se ha edificado ni sembrado nada en él (y esto ya es mas importante), y sobre todo que el poder, constituido por su propia voluntad sin otra base ni pedestal de derecho que la aquiescencia pública, se haya creído consagrado por la soberanía del pueblo, haya creído asumir en sí la soberanía popular, haya supuesto que teniendo de su parte la fuerza, tenia tambien la justicia, y al mismo tiempo que gritaba á los fugitivos de setiembre: «*Væ victis,*» haya gritado á los revolucionarios que le querian hacer observaciones: «¡Ay del que se mueva!»

»Todo esto, sin embargo, no me hubiera hecho romper el silencio, porque no hubiera sido para mí sino un ejemplo mas de las flaquezas humanas.

»Tampoco me lo hubiera hecho romper la desacertada constitucion del Gobierno provisional; edificio imperfecto, porque se ha levantado sobre un plano absurdo.

»Varios partidos pueden reunirse para destruir, pero solamente uno puede constituir. Todo partido es al principio una escuela; despues escuela y ejército. Como escuela, traza su plan de gobierno; como ejército, procura plantearle. Como ejército, puede aliarse con otros para derribar los obstáculos que se le opongan; como escuela, es tan imposible que se alíe con otra hoy ni nunca, como hubiera sido hace diez y nueve siglos que el Evangelio se aliase con el paganismo. Y á pesar de esto, habeis visto que el Gobierno provisional se ha unido para formar un partido nuevo, y la mayoría de vosotros, señores diputados, ha asentido á esta union y ha querido imitarla.

»He visto (y os suplico que no os ofendais por la franqueza con que espongo mi opinion) el triste resultado de las elecciones. Para convencerse de que en ellas el Gobierno ha sido el gran elector, basta ver la proporcion que guardan entre sí las fracciones de la Cámara, y compararla con la que guardan los partidos en el país. Habia diferentes tendencias en el Gobierno, y se han repartido entre ellas los distritos, como los soldados el botin de una plaza tomada por asalto. Creo que los ministros no hayan sobornado ni cohibido por regla general, no tengo noticia de que lo hayan hecho sino en algun punto; pero han manifestado su voluntad en el momento en que casi todos los destinos estaban vacantes, y los electores han saltado como los corderos de Panurgo.

»De todo esto ha resultado la situacion actual.

»El mismo templo, el mismo culto, con otras imágenes en los retablos.

»Al frente del poder hay alguna persona que no tiene fuerza para dirigir el timon del Estado; alguna á quien al verse inmerecidamente á tanta altura se le ha ido la cabeza; alguna que cree de buena fé que se ha derribado una dinastía solo para cambiar un ministerio; alguna que nada puede hacer oprimida por sus compañeros, y alguna que hace, pero que no se ve secundada por las demás.

»En este caso está mi antiguo amigo y condiscípulo Ruiz Zor-



D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

rilla, único á quien cito nominalmente, porque le han honrado tomándole por blanco hace pocos dias ciertos hijos de la tumba que no han podido lanzarle, sino los que tenian mas cerca pellas del cieno que les rodeaba, con lo cual no han conseguido sino, sin tocarle, mancharse las manos. Verdad es que ya antes las tenian harto manchadas.

»En las Córtes hay personas notables por su condicion, su elocuencia, su patriotismo y los servicios que han prestado al país; pero á su lado se sientan otras que nunca han visitado los distritos por donde han sido electas, que necesitan se les reparta su biografia para ser conocidas de su electores, que solo se han identificado con la revolucion despues del triunfo de Alcolea, que van al Congreso como los soldados á una revista, ó como actores á un teatro, cuando no van como sacrificadores al templo (y la víctima es el país), y que aunque quisieran servir fielmente á la nacion, no pueden porque á la luz de los relámpagos revolucionarios han visto solamente la superficie de las miserias del pueblo, no su fondo cenagoso.

»Hé aquí por qué las discusiones nos hacen murmurar á los humildes espectadores de las tribunas: «Ya no estamos en el principio del fin, como se decia antes, sino en el fin de los principios.» «Ya no se trata, como se decia antes, de salvar la sociedad, la propiedad, la familia, sino la lógica y el sentido comun.»

»Hé aquí por qué al formar una comision para redactar el proyecto de Constitucion se han buscado personas de distintas opiniones (siempre sometiéndose á la idea ecléctica de la formacion del nuevo partido) y se ha mandado que formulen juntamente el credo de la nueva iglesia á Cristo, Judas y Satanás.

»Pero lo repito, señores diputados, nada de esto me hubiera movido á dirigirme á vosotros, porque el viento de mis palabras no era bastante fuerte para derribar la estatua reaccionaria de Molok, en que ahora como siempre se sacrifican las primicias de la generacion futura. Tengo yo muy poca fuerza y me acuerdo demasiado de la Biblia para tratar de sostener con mi mano el arca santa que se tambalea. Lo que me obliga á dirigiros una súplica es la marea creciente del rumor público que por todas partes circula, y que apoyado por los mismos periódicos de la situacion, os atribuye la preten-

sion de elegir rey. ¡Elegir rey para España! ¿Habeis meditado un momento lo que esto significa?

»Un rey elegido por una mayoría que al dia siguiente de la eleccion se dirá estaba comprada; un rey elegido por unos cuantos hombres que al dia siguiente pueden ser y serán sus cortesanos; un rey elegido permanente por unas Córtes pasajeras; un rey que puede rechazar el país; un rey que no sabiendo él mismo adónde llegan vuestros poderes, ha de ignorar adónde llega su autoridad; un rey elegido por el sufragio indirecto de unas Córtes en el siglo XIX en que en todas partes se adopta para esto el sufragio universal directo, que es el origen de esas mismas Córtes; un rey elegido por un Congreso que solo puede tener facultades legislativas, y que haciendo nombramientos de personas probaria que confundia un hombre con una ley, ¿qué rey seria? Una apariencia, una caricatura de rey, una nube que habrá traído un soplo de viento y se llevará este soplo, dejando por donde haya pasado al menos algunas gotas semejantes á lágrimas, quizá algunas otras de color de sangre.

»No, señores diputados, yo no creo que semejante vértigo haya turbado vuestra imaginacion. Un delirio como ese puede apoderarse de un hombre, no de una colectividad; pero si fuera cierto que el demonio del orgullo os hubiera cegado y seducido hasta ese punto, yo os conjuro de rodillas y por lo mas sagrado, que volvais en vuestro acuerdo y no deis un paso que os hará caer en el abismo de la ignominia y que será la esperada señal para que por los cuatro ángulos de España resuenen los clarines de la guerra civil.

«Yo soy monárquico, no porque crea como muchos, que España no está suficientemente adelantada para constituirse en república; al contrario, de cuantos pueblos he recorrido, no he visto uno mas ilustrado y mas sensato que el español. Soy monárquico porque la monarquía democrática fundada en la Soberanía nacional, reuniendo los dos elementos de la vida que son la tradicion y el progreso, elementos sin los cuales no hay cuerpo durable en el mundo físico ni el moral, me parece mucho mas perfecta que la republicana.

»Es la forma de gobierno que el instinto inspiró á los pueblos niños, y que la reflexion aconseja á los adultos, y estoy seguro de que al fin la adoptarán los mismos Estados-Unidos de América, don-

de ya la adoran muchos escritores que desde cimas ignoradas del vulgo ven á mas distancia y pueden por lo tanto hablar con mas acierto de lo que trae el porvenir.

»Yo no soy partidario de ninguno de los candidatos que solicitan el trono. Todos me parecen igualmente buenos y malos. Me parecerán todos buenos, porque no considero al rey sino como al santo de madera que pesa sobre los hombros de los cofrades que le llevan en procesion, y sin el cual la fiesta no es posible.

»Que sea hermoso ó feo, que sea de cedro ó de pino, ¿qué importa? Lo interesante es que le reverencien los devotos.

»Me parecerán todos malos, porque, como hombres, todos tendrán defectos, y estarán sujetos á pasiones, á errores de que se aprovecharán los protervos y que pagarán los inocentes.

»Ningun interés personal, ningun interés político, sino el santo amor de la patria y el justo deseo de que acerteis, me mueve á dirigiros la palabra, y á deciros tambien como antes á doña Isabel II: «Cuidado, que ahora es tiempo y mañana será tarde.»

»Señores diputados: quizá no ha habido mandatarios del pueblo á quienes se haya confiado una mision tan grande, tan noble, tan elevada como la vuestra.

»Vais á formular el pacto social en plena civilizacion; teneis en vuestras manos la familia, la conciencia, la honra de vuestros compatriotas; teneis en vuestras manos el porvenir. Vuestro acierto ó vuestro error pueden hacer que España sobresalga entre las naciones modernas como un pueblo elegido, ó que caiga para siempre en el abismo de la ignominia.

»Aplicad toda vuestra inteligencia, aplicad todo vuestro sentimiento, desnudos de afectos egoistas, á la construccion del código fundamental de la nacion española; grabad en tablas de piedra la ley que nuestros hijos han de guardar en el arca Santa de la Alianza; tened menos debilidades medrosas con la reaccion, y mas confianza en los partidos avanzados; sed verdaderamente revolucionarios de palabra y obra; pero no os olvidéis de que ningun nombre propio debe elevarse á la altura de una teoría; de que en la Constitucion solo deben recogerse principios, y de ninguna manera apellidos; de que si en el pacto social estableceis que haya monarquía, debeis di-

rigiros despues al país, pedirle que por sufragio universal vote á la persona que considere mas digno de ocupar el trono, y cuando el país, libre, pacífico, desembarazadamente lo haya hecho, debeis dirigiros al electo como mas digno de vestirse la púrpura y ceñirse la corona, y decirle: «Eres un ciudadano como los demás; el pueblo te propone este pacto; si quieres cumplirle serás rey; pero en el momento en que faltes á alguna de sus cláusulas, dejarás de serlo.»

»Estableced entonces en una ley aparte, en una ley orgánica, tanto el nombre del monarca como el modo de suceder en el trono; y tened en cuenta que la mayor parte de las desgracias que han afligido á nuestro país, han provenido de no haber obrado de este modo, de haber incluido el nombre del monarca y la ley de sucesion en la Constitucion del Estado. A no haber declarado las Córtes de Cádiz en la Constitucion de 1812 soberanos á los Borbones y establecido su sucesion, no hubiera habido necesidad de reformar aquella misma Constitucion en el año 1837, para que Carlos V, aspirante al trono, no ocupase la regencia.

»Hoy mismo, ¿podríais exhumar de entre los escombros de las Córtes ametralladas la Constitucion de 1856, en que se establecia el trono de doña Isabel II y se consagraba herencia de sus descendientes?

»No tomeis sobre vosotros una responsabilidad que os abrumará en el presente, y mucho mas en el porvenir; mirad por el bien de la patria, mirad por vuestros hijos, mirad por vuestra honra, y no defraudeis las esperanzas del mundo entero, que tiene fijos los ojos en vosotros.»

VI

Soberanía nacional.

No se crea por lo dicho contra el sufragio universal que yo soy enemigo de la soberanía del pueblo. Todo lo contrario: inclino ante ella la rodilla, no solamente en la eleccion de monarca, sino en la

decision de todas las cuestiones políticas; y cuando mas aprisionada estaba la prensa, en 1861, defendí esta soberanía en el siguiente artículo, que reproduzco ahora porque, aparte de las doctrinas que encierra, tiene, como verán los lectores, mucho de profético.

EL DERECHO DIVINO

Y LA SOBERANÍA POPULAR EN EL SIGLO XIX.

«Hemos nacido en los dias de lucha; demos gracias al Señor y vístanse de júbilo nuestros corazones, porque estos son los dias de la gloria.

»Muchos cálices de amargura tendremos que apurar, muchos peligros que arrostrar, muchos obstáculos que vencer; y mas de uno de nosotros quedará tendido al pié del muro antes de que una mano generosa clave en él nuestra bandera. Pero ¿qué importa todo eso? A los que hemos profesado en la estrecha religion del progreso, no nos asustan los peligros ni las adversidades ni las fatigas ni la muerte. Semejantes á los egipcios, tenemos la casa por posada y el sepulcro por casa. No paramos los ojos en el momento presente, porque los tenemos fijos en el porvenir. ¡Ay de los que viviendo solo en sí, atan su felicidad á los años fugitivos que para trabajar les ha concedido el cielo! Nosotros no podríamos avenirnos con tan escasa y ruin existencia; nosotros nos asimilamos la vida de nuestros hijos, y somos de antemano felices con la felicidad que nuestros esfuerzos les preparan. Nosotros identificamos nuestra vida con la de la humanidad, y no moriremos realmente hasta que la humanidad entera haya bajado á la tumba.

»Y no puede estar tan lejos el dia del triunfo. ¿No sentís ya el aura embalsamada con los perfumes de la costa? Un poco de valor, unos cuantos golpes de remo, y habremos escapado á la borrasca. Un poco de valor, unos cuantos golpes de remo, y nuestros mismos verdugos tendrán que arrodillarse ante nosotros ó ante nuestras tumbas, demandando su perdon, si ha quedado una sola fibra sensible en sus entrañas de bronce; porque si tanto sufrimos, si con tanto

valor peleamos, es solo para labrar, no solo la felicidad de nuestros hijos, sino tambien la de los suyos; es para redimir las generaciones futuras; es para poner un término al tormento de la humanidad, que amando la libertad, madre de la justicia, la ve delante de sí como Tántalo sus manzanas fugitivas; es para ennoblecer á los que están degradados porque son esclavos, y á los que lo están tambien porque son verdugos; es para cumplir la ley del progreso; es para justificar á la Providencia.

»Mirad en derredor vuestro. ¡Cuántas cátedras de sofistas derribadas! ¡Cuántos reyes fugitivos espantados de que los cetros que creyeron inmortales se han deshecho en sus manos como si fueran de hielo! ¡Cuántos abusos desvanecidos, cuántas esperanzas logradas, cuántas mejoras realizadas, cuántas supersticiones de que no queda memoria! Si cuando Mirabeau, la tempestad hecha hombre, subia por primera vez las gradas de la tribuna proclamando los derechos del pueblo, se le hubiera presentado el cuadro de la Europa de nuestros dias; si cuando Sieyès escribia la tabla de los derechos y los deberes de los ciudadanos, hubiera podido ver nuestras modernas sociedades, ambos se hubieran admirado de tan repentinos cambios. Lo que nos falta que hacer es menos que lo que hay hecho, y la ilustracion, que es nuestra gran palanca, se estiende como la luz. ¿Qué duda puede pues desanimarnos? Observad sobre todo el antiguo Titan con que lucha la moderna idea; como los personajes, de que habla el Tasso, se mueve y anda aún, pero ya está muerto; es un cuerpo sin alma, porque le falta la fé, y cuando clama en nombre de sus antiguos derechos, cuando maldice con todo el estruendo de su cólera á los que le niegan la antigua obediencia, juzga dentro de sí sus palabras como las suyas los augures del tiempo de Ciceron. Mirad su aguerrido ejército combatiendo la soberanía nacional: cada escuadron ataca por diverso lado; pero sus arcos están flojos, sus flechas no tienen punta. ¿Querrán combatirla en nombre de la historia? Poco alcanza nuestra vista en el panteon de los siglos: las exhumaciones que diariamente logra la ciencia nos demuestran que somos como los pastores que apacentaban sus rebaños en Egipto sobre las ruinas de un imperio de que ni aun el nombre conocian; pero donde quiera que vemos un pueblo naciente, allí vemos la li-

da al clero no dominar, sino someterse á los príncipes de la tierra, aunque sean malos, cómo podrán valer esos ardides? Los que los emplean se ven tan malparados, que para sostenerlos apelan á la autoridad de Santo Tomás, el santo precisamente en cuyas obras aprendieron la doctrina liberal muchos de aquellos eminentísimos varones, muchos de aquellos sacerdotes venerables que en las Córtes de la isla gaditana pusieron los cimientos de nuestra regeneracion social proclamando la soberanía de la nacion.

¡Pobre santo! ¡Él, que decia: «No debe ensoberbecerse el príncipe por su elevacion, ni tenerse por mejor que sus súbditos, ni desatenderlos, pues aunque la cabeza está mas alta que el cuerpo, el cuerpo es mayor que la cabeza, y al cuerpo debe la cabeza estar alta, que de suyo en el suelo estaria; así el príncipe tiene de los súbditos la potestad y la elevacion!» ¡él, que en el libro *De regimine principum*, lib. I, cap. 6, aseguraba que puede quitarse el poder por la autoridad pública al rey que obra desacertadamente, porque dice: «Por lo mismo que tiene derecho la multitud para elegirse rey, puede sin injusticia despojar al que eligió ó refrenar su potestad si abusase de ella tiránicamente, y no debe juzgarse que falta á la fidelidad el pueblo destronando al rey que le gobierna con tiranía, aunque antes se hubiese sujetado á él perpétuamente; porque merecido se tiene que no le guarden los súbditos el pacto, quien no se porta en su gobierno con la fidelidad que exige el oficio de rey!» ¡él, que preferia los reyes electivos á los hereditarios (*Polít.*, lib. III, lect. XIV), y que creia que debian ser electos entre varias familias y no en una (*Id.*, lib. XI, lect. XVI)! ¡él, que aun elegidos en una familia, queria que los reyes fueran los mejores y no los primogénitos! ¡él, que dió origen con sus palabras á las doctrinas de Mariana y de tantos otros jesuitas que enaltecieron el tiranicidio! ¡él, cuyas obras bastan para hacer liberales á los que las leen con provecho! ¡él, convertido en jefe de los neo-católicos por obra y gracia del neo-catolicismo, que supone decia de los reyes lo que solo decia de la autoridad al interpretar el *per me reges regnant!* Está visto que ni en el cielo estamos seguros de las calumnias de la mogigatocracia. ¿Apelarán á la filosofía? Defender por medio de ella el derecho divino de los reyes, es de todo punto imposible. Estamos

ya muy lejos de Aristóteles, que creía la esclavitud de derecho natural. Pero por desgracia, se ha levantado una escuela filosófica, que atacando la soberanía popular en nombre de la razón, sirve sin saberlo y contra su voluntad, siendo enemiga de ellos, á los que defienden el derecho divino, que es el principio opuesto á esa soberanía. Hablo de la escuela radical.

»Á creer á esta escuela, la razón debe ser la señora absoluta del mundo, la única directora del progreso, el único juez de los siglos, el único obrero del porvenir. Pero ¿qué es la razón sino una parte de nuestro sér, y no la mayor por cierto? ¿Es el hombre acaso como esos ángeles á quienes pintan con solo cabeza y alas? ¿No obra por sentimiento también? ¿No obra por oscuros instintos? Vivir es sentir. Las sensaciones que nos afectan son de dos clases: unas que pueden formularse y se formulan, y se llaman ideas; otras que no pueden formularse ó que no llegan á formularse, y producen esos impulsos indeterminados que se llaman instintos. La razón no puede obrar sino sobre las sensaciones formuladas, y de ellas deduce sus verdades, que son todas tan relativas, todas tan convencionales y tan débiles, que si la sensación que produce la idea no es igual á la de los demás hombres, el juicio lógico de la razón se llama locura, porque no damos valor á la razón sino cuando está de acuerdo con el sentido comun; y si el juicio de la razón, lógico con las sensaciones formuladas, está en oposicion con el sentimiento informulado, volvemos la espalda á la razón, y aunque no sepamos oponer argumentos á sus argumentos, obramos por sentimiento, como sucede cuando nos dominan las pasiones. El instinto por sí solo no nos bastaria para vivir como racionales, porque solo sostiene nuestra existencia animal. Si no tuviéramos mas que razón, ninguno de nosotros existiria. ¿Qué niño seria capaz de chupar el pecho de su madre por primera vez, si para hacerlo por efecto de la razón necesitaria saber las leyes de la alimentacion, la existencia de la leche en el pecho y los efectos físicos del vacío que artificialmente hace con la boca al mamar? Si no tuviéramos mas que instinto, ¿en qué nos diferenciaríamos de las bestias? Contar pues solo con la razón cuando se disea al hombre, es no ver mas que la mitad del hombre, y la suma de esa cuenta ha de ser equivocada; querer analizar el instinto por medio de la razón

es pretender un imposible, porque las sensaciones que forman el instinto son precisamente aquellas que no caen bajo el dominio de la razón y que ni aun están á su alcance. ¿En qué hemos pues de fijar nuestra atención para establecer la ley social? ¿Á quién hemos de llamar para que la formule? Á lo que comprende el instinto y la razón: al sentimiento, que es el todo.

»Pero el sentimiento individual puede estar maleado, puede ser imperfecto como el cuerpo del individuo; la ley de su acción puede no ser aplicable á los demás. Será pues preciso apelar al sentimiento del mayor número posible de individuos para que, compensándose las imperfecciones de los unos con las contrarias de los otros, la suma sea lo mas exacta posible. Pues bien, esta apelación al sentimiento general es lo que nosotros llamamos apelación á la soberanía popular; y los que la combaten en nombre de la razón, no hacen mas que oponer una parte de su sér al todo de la humanidad, no aspiran á demostrar sino que la parte de una parte es mayor y mas digna de aprecio que el todo.

»Si fuera exacto el sistema de los *radicales*, el progreso de la humanidad debería ser un efecto de la razón. ¿Y es eso lo que nos prueba la historia? ¿En qué tiempo ha sido la razón del hombre la que ha hecho marchar los siglos? ¿En qué tiempo las generaciones, al ver la obra que habian llevado á cabo, no han tenido motivo para espantarse como las gallinas que empollaron huevos de águila? Entre el confuso oleaje de las ideas que huyen, vuelven, giran, se combaten, vuelven á aparecer y á huir y presentarse de nuevo, entre tantas y tantas generaciones que se suceden enalteciendo sistemas contrarios, ¿cómo la marcha de ese progreso no habria de haberse roto y perdido? La muerte de un hombre le hubiera hecho imposible aquí, el nacimiento de otro hombre le hubiera torcido allá, y la humanidad, eterna y desventurada Penélope, hubiera gastado los siglos en tejer y destejer una *inútil* tela; pero nada de esto ha sucedido, y la humanidad ha adelantado por los medios que menos á propósito se hubieran creído para lograr sus adelantos, y cada generación ha colocado su piedra en el gran templo del porvenir, como los árboles dan su fruto y su simiente, porque la naturaleza les obliga y sin saber que le dan.

»La fé de la razon pura es una moda. No es preciso ser profeta para anunciar que pasará como todas las modas, y cuando ya haya pasado, los hombres se admirarán de que hayan podido levantarse altares á un sistema que se opone á un mismo tiempo á la filosofía y á la historia.

»No se puede pues defender el derecho divino ni combatir la soberanía popular en nuestro tiempo por medio de la historia, de la religion, ni de la filosofía. ¿Se podrá en nombre de la conveniencia? Este es el momento de que entren en escena *los moderados*; su doctrina es breve de esponer, y mas breve aún de comprender. Para ellos es ocioso, y mas que ocioso, peligroso disputar sobre el origen de la soberanía. La de hecho se ve siempre dónde reside, donde está la fuerza; la de derecho, ¿qué falta hace? Si se le diese al rey, seria posible que se opusiera á transigir con el pueblo; si se le diera al pueblo, seria fácil que exigiera demasiado; lo mejor es pues dejar el pleito en litigio, declarar al trono y al pueblo como dos entidades igualmente legítimas, ponerse entre las dos, imponer á la una con la otra, y sometiéndolas á ambas, levantar sobre ellas áridamente el cetro-espada que distingue en los tiempos modernos á la dictadura ministerial.

»Esta es su doctrina; pero como se ve, si en nombre de la conveniencia se oponen á la causa del derecho divino al mismo tiempo que niegan la soberanía popular que alguno de ellos llama asquerosa, no es la conveniencia á que verdaderamente aluden la de los pueblos ni la de los reyes; es su conveniencia propia, es su deseo de erigirse en único poder en el Estado. La conveniencia pública nunca podrá exigir que no se declare á quién pertenece de derecho la soberanía, porque mientras el pleito esté indeciso, cada una de las partes se atribuirá la justicia, el pueblo y el rey lucharán sin tregua, y la nacion será víctima de una série no interrumpida de revoluciones y reacciones.

»Ahora bien: ¿en qué consiste, se dirá, que la soberanía del pueblo no es aún oficialmente reconocida, que la diplomacia habla en nombre de los derechos de los reyes sobre los pueblos, que cuando se agita el mundo con grandes sacudidas, como la que está produciendo la resurreccion de Italia, hay publicistas que en estilo apo-

calíptico apostrofan á las naciones para que respeten la gran iniquidad de los tratados que las ambiciones del águila de dos cabezas fueron las primeras á aportillar, y muchos corazones tiemblan como si se aproximase el Antecristo, á la aproximacion del derecho que reduce á polvo con su planta esa pretendida consagracion divina que rechaza la historia, que rechaza la religion, que rechaza la filosofía y que rechaza la conveniencia pública? ¡Ah! No es la época la que se opone á la rehabilitacion del desventurado *Demos*, que como Hércules, ahoga las serpientes en la cuna, y como Cristo, vence desde su infancia á todos los doctores de la ley antigua. No nos dejemos seducir por apariencias tan engañosas como desconsoladoras. *El antiguo imperio turco en su larga y dolorosa agonía, convierte sus ojos á la libertad; Austria inclina la frente con tristeza y dobla la rodilla suspirando ante la nueva diosa; Rusia avanza hácia el templo; Prusia espera; Italia lanza de sí con enojo á los príncipes que no han querido vestirse el hábito de la nueva religion, y levanta con escudos de Gracos un trono á Victor Manuel: de Francia ha huido la teoría del derecho divino con el ciego Cárlos X, y el emperador se apoya en el sufragio universal. Inglaterra es hace mucho tiempo el país clásico de la libertad; en Portugal es una verdad el sistema representativo; en Bélgica es un modelo; en España, aunque el árbol de la libertad regado con tanta sangre y tantas lágrimas, se halla carcomido y solo queda de él una corteza delgada, la hipocresía con que los gobiernos ponderan su liberalismo prueba que se reconoce al Cristo aunque no se le obedezca; por todas partes los antiguos poderes vánse inclinando ante el pueblo, su nuevo rey; y aun donde el sistema constitucional ha hecho del rey un nuevo Aquiles invulnerable, se predica la máxima de que esa invulnerabilidad la concede la Constitucion, que es un contrato bilateral en que si el rey falta, el pueblo no queda obligado. Lo que se opone á la rehabilitacion del pueblo es la ambicion hipócrita de unos pocos y las preocupaciones interesadas de otros muchos. Estendamos la instruccion, y esas ilusiones morirán como las sombras al salir el sol. Estendamos la instruccion, y ese egoismo, desenmascarado, aparecerá ante nuestros ojos como un atleta cuyos encantos se han roto. Un poco de paciencia, un poco de fé, y sobre todo, union, union. No*

nos olvidemos del rey antiguo que se la recomendaba á sus hijos enseñándoles un haz de flechas, cada una dé las cuales, por separado, hubiera podido quebrarse fácilmente, pero que reunidas, Hércules no podia quebrarlas. Si queremos vencer, no nos olvidemos, y no olvidándonos, el triunfo es seguro, de la parábola de Lamennais, que dice:

«Cuando un árbol está solo, bátenle los vientos y le arrebatan sus hojas, y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra. Cuando una planta está sola, sin abrigo que la defienda de los rayos ardientes del sol, se marchita, se seca, y muere. Cuando el hombre está solo, el viento del poder le doblega hácia el suelo, y el ánsia de la codicia de los grandes de la tierra absorbe la sávia que le alimenta. No seais como la planta y como el árbol que están solos, sino uníos los unos á los otros, y servíos de apoyo y abrigo, pues en tanto que vivais desunidos y que cada cual no mire sino para sí, pesarán sobre vosotros las desdichas y todo género de opresion. Si os preguntan cuántos sois, responded: «Uno, porque nuestros hermanos somos nosotros y nosotros nuestros hermanos.»

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que una enorme roca desprendida obstruia el camino, sin que fuera de aquel camino hubiera otra salida á derecha ni á izquierda. Este hombre, viendo que no podia continuar su marcha, probó á mover la roca; pero aunque se fatigó mucho, sus esfuerzos fueron inútiles; de modo que se sentó lleno de tristeza, diciendo: «¿Qué será de mí cuando venga la noche y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna en la hora en que las fieras busquen su presa?» Y absorto en este pensamiento, vió venir á otro viajero, que habiendo hecho lo que el primero, y no pudiendo tampoco mover el peñasco, se sentó taciturno y dobló sobre el pecho la cabeza. Despues vinieron otros viajeros, y ninguno logró mover la roca, con lo cual era grande su pavor; pero uno de ellos dijo á los demás: «Hermanos mios, levantemos el corazon á nuestro Padre que está en los cielos, y acaso se apiade de nosotros.» Y oidas estas palabras, y habiendo orado con fé, el mismo que habia dicho *oremos*, añadió: «¿Quién sabe, hermanos mios, si lo que ninguno de nosotros ha podido hacer por sí lo haremos todos juntos?» Y se levantaron, y to-

dos á la vez empujaron la roca, y la roca cedió y prosiguieron en paz su camino. El viajero es el hombre, el viaje la vida, la peña las miserias con que tropieza á cada paso.»

»Esto cantó la lira de Lamennais, templada á la manera de las de los profetas. Nosotros tambien somos viajeros, nosotros tambien tenemos nuestra roca que nos obstruye el camino; unamos nuestros esfuerzos, la roca rodará al abismo, la humanidad seguirá su marcha majestuosa, y nuestros padres, cuando dejemos el mundo, nos abrazarán en las riberas inmortales, porque habremos dado cima á la obra que ellos empezaron tan gloriosamente, poniendo por cimientos sus sepulcros.»

VII

Otras alianzas.

Imposibilitados de dar la batalla los revolucionarios progresistas por la division de nuestras huestes, y no siendo bastante fuertes para darla á pesar de nuestra union con los demócratas, tuvimos que apelar á nuevos recursos.

Hoy no se encuentra un reaccionario para un remedio; pero la verdad es que entonces tampoco se encontraba para un remedio un revolucionario.

El pueblo es el mas bello de los camaleones. Siempre tiene el color de la hoja ó de la rama en que está posado. Viene la invasion francesa, se levantan las Córtes en Cádiz, y él canta:

Tráilo, Marica, tráilo,
A Napoleon;
Verás como le canto
La Constitucion.

Llega Fernando VII, pega á la Constitucion un puntapié, y el pueblo, volviéndose absolutista de la noche á la mañana, canta la Pitita.

Se subleva Riego, y el pueblo canta el Trágala.

Viene Angulema representando á la Santa Alianza, y el pueblo vuelve á ser absolutista y arrastra á Riego.

Se casa Fernando VII con María Cristina, y el pueblo se viste de azul y es constitucional.

Se subleva Espartero, y María Cristina, que habia abierto las Córtes rodeada de palmas y marchando por un camino de rosas, aplaudida como una divinidad por la muchedumbre, sube en una triste tarde á un buque extranjero desde una playa solitaria, acompañada solo por el fúnebre rumor de los cipreses, apenas mecidos por la brisa.

Espartero entra en Madrid, y parece que el mundo se ha desdoblado para recibirle. Pasan menos de tres años, Espartero, acompañado de pocos amigos, se ve obligado á emigrar á Inglaterra, y el pueblo se hace coalicionista.

Verificase en la córte un juego de manos: la coalicion se rompe, el pueblo se convierte otra vez al moderantismo y vuelve á recibir á María Cristina con palmas y flores.

Se subleva O'Donnell, y el pueblo otra vez se hace progresista; pero truenan los cañonazos de 1856, y el pueblo se convierte en unionista.

Un mes despues, habiendo caido O'Donnell en un rigodon de Palacio, el pueblo se hace moderado.

Mas tarde se convierte en neo-católico, á consecuencia de una mudanza de ministerio. Mas tarde vuelve á ser unionista; y como el moro Muza viniera á España, estoy seguro de que el pueblo seria su escudero.

Esta enfermedad no aqueja solo al pueblo español; en todos los países se observa el mismo fenómeno, y tiene, entre otras, una explicacion sencilla.

La mayoría se ocupa poco en el juego político. Los tahures de este juego gritan constantemente: «¡Viva quien vence!» para cobrar el barato. El pueblo, el verdadero pueblo, cuyo nombre toman en boca tantas veces los falsos apóstoles, fariseos de una religion en que no creen, el pueblo es el asno de la fábula de Samaniego, asno á quien importa poco pertenecer á su dueño antiguo ó á los ladro-

nes que salen al camino, porque ni uno ni otros han de quitarle la albarda ni ponerle dos, y el dueño y los ladrones están casi equiparados en punto á moralidad.

Para ser hombre político, es decir, para montar el burro, es preciso, ó ser un malvado, ó tener un muerto dentro del alma; y en este último caso, pocos son los hombres que se dedican á la política, porque la desgracia, como decia el autor de *La Cabaña India*, se parece á la montaña negra de Wember colocada en el extremo del ardiente reino de Lahor. «Mientras subís por ella solo vereis estériles rocas; en su cima apercibís á vuestros piés el reino de Cachemira y el cielo sobre vuestra cabeza.»

El que ve tanta riqueza á sus piés y tanta grandeza sobre su frente, se interesa poco en los asuntos de los hombres.

De esta situacion del país y de esta manera de ser de los hombres políticos, resultaba que los pocos verdaderamente revolucionarios no podian ni querian lanzarse al combate contando solo con sus propias fuerzas. Es difícil jugar las armas teniendo por pavimento un rio helado; tuvimos por lo tanto que pensar en aliarnos al ejército.

VIII

Ejército.

La libertad ha nacido en España con gorra de cuartel.

El español es por naturaleza el hombre mas independiente del mundo; por eso la igualdad reina siempre en nuestra patria, y el grande de España, cuando no es un advenedizo que ha comprado con sus riquezas un título con el que se pavonea, á la manera que los dependientes de comercio con el traje de dia de fiesta, á la caída de la tarde, sentado en una piedra y fumando un cigarro, da la mano como á un igual al último de los trabajadores de su era.

Pero en España han pasado sobre nosotros tres siglos de abso-

lutismo, de socialismo práctico, y nos hemos acostumbrado á vivir de lo que el Estado nos proporcionaba; el Estado, que á su vez vivía de lo que le traian los galeones de América.

Esta costumbre nos ha hecho perder una parte de nuestra personalidad, y ha creado en nosotros un dualismo, merced al cual cada español dice como Quevedo en el escelente drama de Florentino Sanz: «Yo tengo otro yo que combate contra mí.»

Todos deseamos la libertad, pero deseamos que nos la den hecha. Cuando se trata de conspirar y de batirse en las calles ó en los campos, la mayoría no solo de los ciudadanos, sino de los mismos hombres políticos, se sonríe, dice un chiste y se encierra en su casa, no por falta de valor, sino porque no quiere ponerse á las órdenes de persona alguna.

Cuando el ejército rompe con la punta de su lanza la puerta de la prision del pueblo, lo hace acaso para conseguir grados; pero la verdad es que el pueblo que salta sobre él y procura devorarle como una pantera al que abre su jaula, es un ingrato.

Soy adversario de los ejércitos permanentes: estoy persuadido de que solo en localidades determinadas han podido defender el territorio; estoy persuadido además de que si en España, en la guerra de la Independencia, hubiéramos tenido un buen ejército, Napoleon nos hubiera sojuzgado. Tenia una táctica nueva, infinitamente superior á la prusiana, adoptada hasta entonces por la mayor parte de los militares. Los ejércitos permanentes no han sido mas que una muralla que han procurado oponer los gobiernos entre el pueblo ansioso de libertad y el trono tiránico. Han sido el cerrojo del calabozo de la nacion, y han engendrado por ser muy costosos el reinado de los banqueros, porque las naciones, no pudiendo satisfacer las contribuciones ordinarias, los gastos del armamento y manutencion de las tropas, se han visto obligadas á acudir á los agiotistas, que las han arruinado y las han impuesto la ley, llegando algunas veces á producir escenas verdaderamente cómicas.

No hace muchos años, el Pontífice romano tenia que presentarse de rodillas con la tiara en la mano, á manera de espórtula, á pedir al judío Rotschild dinero á réditos para sostener su ejército y salvar *el poder temporal. Era Cristo pidiendo limosna al judío errante.*

Pero aunque yo sea adversario de los ejércitos permanentes, no puedo desconocer los servicios que en España han prestado á la libertad, y lo imposible que sin ellos hubiera sido el adelanto de nuestro pueblo.

Es necesario darles una nueva organizacion; es necesario cambiar la ordenanza escrita en tiempo del absolutismo, y aunque muy liberal para su tiempo, hoy, sobre todo en la parte penal, inaplicable; es necesario separar completamente el servicio militar del civil de modo que no se degrade á los oficiales y á los soldados, obligándoles á hacer servicios propios solo de la policía. El soldado debe defender el territorio, pero nada tiene que ver con el gobierno, y por lo tanto no debe defenderle sino cuando le ataquen las potencias extranjeras.

En Francia, en la revolucion del pasado siglo, no defendieron la monarquía sino los suizos, las tropas asalariadas.

En 1830 y en 1848, el ejército tampoco se batió contra el pueblo; únicamente en 1851, el día 2 de diciembre, combatió en favor de Luis Napoleon, y es porque la República se habia mostrado en este tiempo mas reaccionaria que la monarquía, menos fuerte y mas amenazadora.

El ejército representaba entonces, defendiendo á Luis Napoleon, el espíritu de Francia.

En España, los gobiernos han olvidado siempre la conocida máxima que dice: «Las bayonetas son buenas para todo menos para sentarse en ellas,» y han encargado á los militares el cuidado de ser carceleros del pueblo.

Este no podia moverse, encadenado como estaba, y apático además como le hace nuestro sol.

Ha sido preciso que los carceleros rompieran sus cadenas despues de haber roto las puertas de su prision, y le despertasen.

Muchas veces ha salido de su encierro, á la manera de Segismundo de su torre en *La vida es sueño*, de don Pedro Calderon de la Barca, y sus excesos han sido tales, que pronto ha tenido que caer en el encierro de nuevo; porque todo poder que se va, dice al que le sucede: «Volveré cuando tus pecados sean mayores que los míos.»

El pueblo español necesita ante todo instruccion. Es quizá en

toda Europa el mas inteligente, pero el menos educado. ¿Y qué vale una mina de oro cuando no se la explota?

España necesita poblacion. ¿Cómo dársela mientras los terrenos sean estériles, y á la manera de los de Portugal, solo produzcan para los extranjeros? ¿Cómo dársela mientras los mismos habitantes del país, acostumbrados á la sopa conventual, no quieran vivir de su trabajo, sino solamente del presupuesto, y abandonen á los extranjeros la explotacion de todos nuestros elementos de riqueza?

El país no tiene la culpa de lo que pasa; es un enfermo á quien no se cura, y cuya enfermedad por lo tanto se agrava cada dia mas. Los gobiernos son menos disculpables.

Hace poco tiempo (y ya lo he dicho en este libro, pero lo repito hoy para hacer una restitucion ¹) propuse yo y propongo hoy de

¹ Mi querido amigo el valiente y entendido militar don Francisco Villamartin, esponia hace años esta idea en su notabilísimo libro de arte militar. Léanse las siguientes páginas de esta obra, que honra á nuestro ejército:

«No es nuestro ánimo entrar en estudios históricos ni aglomerar citas sobre el sistema de reemplazos de las diferentes naciones de Europa. Cuestion es esta manoseada y apurada con exceso en casi todas las obras militares, y por consiguiente, nos limitaremos á estudiarla en general.

»De varios modos, segun el carácter, necesidades y forma política de un pueblo, pueden nutrirse las filas de su ejército.

»1.º Designándose para tomar las armas los mejores ciudadanos. Una tropa de esta naturaleza debe elegir sus jefes por pública votacion. Así se hallaban constituidos los ejércitos de las repúblicas de Grecia y Roma; mas por seductor que sea tal sistema, debemos confesar que es inaplicable á nuestros tiempos, porque si bien es verdad que por ese medio se obtiene el mejor de los ejércitos posibles, formado con la mas escogida juventud, hoy el desarrollo de nuestra potente civilizacion exige consagrar á las ciencias, á las artes, á las inmensas y complicadas necesidades de la vida civil de los pueblos modernos, buenos ciudadanos que puedan prestar á la patria servicios en la paz tan respetables como los prestados en la guerra. Pero tambien si queremos dar á un pueblo digno un ejército digno, es preciso, ya que es imposible escoger la flor del país, que tampoco se arrastre con la escoria, sino llamar indistintamente á todas las clases y personas, y tomar el número necesario de soldados sin privilegios ni exenciones injustas.

»2.º Imponiendo sobre la propiedad territorial la obligacion de levantar tropas. Este método es el del feudalismo, y el único á propósito para tal forma social. Constituidas las nacionalidades, tomando el Estado cuerpo y vida material bajo el símbolo de la monarquía pura del siglo xv, este sistema debia precisamente morir y ser sustituido por otros que se perfeccionasen gradualmente hasta llegar al que debe ser la mas genuina manifestacion de la fuerza que necesita cada uno y todos,

nuevo, que en vez de combatir al ejército sin razon, mostrando gran ingratitud y rutinariamente, en vez de combatir las quintas, absurdas en principio, porque por suerte no se puede saber quién es va-

el individuo y el Estado para su defensa, segun los intereses que haya que proteger, los elementos de que se compone esa misma fuerza, y la proporcion en que cada ciudadano contribuye á su desarrollo.

»Desgraciadamente aún no ha llegado á tal grado de perfeccion el sistema de reemplazos; el principio inmutable de justicia de que el hombre debe á la sociedad servicios proporcionales á los beneficios que de ella recibe, tiene ya cumplido desarrollo con relacion al impuesto, pero no así con relacion al reemplazo, porque el legislador lucha con dificultades inmensas al querer analizar y sujetar á reglas generales un sacrificio que ni moral ni materialmente puede ser el mismo en una familia que en otra.

»3.º Imponiendo como pena para determinados delitos el servicio de las armas. Esto está rechazado en todas las naciones cultas; para deshorrar un pueblo basta que tenga un ejército sin honra, basta que caiga en la aberracion de dar la noble mision de defender la patria á los hombres menos interesados en su defensa, y convertir el cumplimiento de un santo deber en un castigo infamante.

»4.º Por sorteo entre determinadas clases de la sociedad, ú obligando á determinados individuos de las mismas clases. Afortunadamente, este método tan injusto que condena á unas clases á sacrificarse en defensa de otras, no puede aceptarse en los pueblos donde no existen en la ley otros privilegios ni desigualdades que las de persona á persona, segun sus méritos.

»5.º Constituyendo militarmente todo el país, eligiendo los jóvenes para el servicio activo y formando reservas con los hombres de mas edad, organizadas de modo que puedan los individuos estar en sus hogares dedicados al trabajo, prontos á acudir á las armas á la voz del gobierno.

»Esta organizacion, que es la prusiana, conviene á las naciones que tienen dilatadas y peligrosas fronteras y una difícil política exterior; pero se necesita para plantearla un carácter nacional á propósito, una historia de continuos azares y una forma de gobierno restrictiva. En nuestro concepto, tan complicado sistema militar no puede admitirse para siempre en la vida de una nacion, debe ser accidental y pasajero, hijo de hechos verificados en un período mas ó menos largo de años, y por los que aquella nacion se ve obligada á representar en la asamblea de las demás un papel prestado mas importante del que por su naturaleza le corresponde. Solamente los hombres que no viven mas allá de la limitada esfera de su profesion, pueden estasiarse ante un sistema que sujeta á todo un pueblo á toques de corneta; este es el abuso en toda su estension de los ejércitos permanentes, y por tales medios se ha conseguido desprestigiarlos. La guerra debe considerarse como un accidente en la vida de los pueblos, y por consiguiente, la organizacion militar de un país debe estar en armonía con la civil y política, que es la constante y normal, sin avasallarla ni entorpecerla.

»Este método, como el de las colonias militares, es de muy difícil realizacion en pueblos de algun adelantamiento, donde los hábitos de independencia individual

liente ni cobarde, y dado el sistema militar que aquí se sigue, es absurdamente horrible que se pida á un padre su hijo para que al dia siguiente, si el padre, abrumado por el gobierno que le exige una

están muy arraigados y donde el progreso en la paz necesita para su desarrollo de todas las dulzuras de la paz, sin sobresaltos ni alarmas que obliguen al ciudadano á suspender su trabajo y que le sujeten por largos años de su vida á una disciplina militar mas ó menos austera, y á reconocer las gerarquías militares como únicas gerarquías sociales.

»6.º Por alistamientos voluntarios premiados con dinero. Este método es aplicable á todos tiempos y países, y seria un gran bien que él solo bastase para cubrir las bajas de un ejército: así se evitaria arrancar un hijo á sus padres y obligarle á seguir la vida azarosa de la guerra; mas para llegar á este resultado se lucha con dificultades hasta hoy insuperables. Prescindiendo de lo costoso que es tal sistema, hay otras razones que le hacen, si bien se examina, ser menos conveniente de lo que á primera vista parece. En las épocas de peligros y privaciones no se presentan los voluntarios que se necesitan, y en las de paz y abundancia sientan plaza hombres, que si muchos lo hacen por amor á las armas, otros son conducidos á ello por los azares de una vida desordenada, y el ejército se nutre de elementos disolventes que le desmoralizan. Sin embargo, no rechazamos en principio este método; mas todavía: creemos que será el único de los ejércitos del porvenir; pero antes ha de ser preciso que los pueblos tengan otro espíritu militar que el que hoy tienen, y el ejército una organizacion que permita al soldado consagrar una gran parte de su vida al servicio, haciendo de él una profesion, halagado por la perspectiva de una vejez tranquila, honrada y con pan. Pero antes que llegue ese dia se han de hacer muchos ensayos infructuosos, porque en el estado actual de la sociedad, siendo este medio el mas justo en principio, es el de resultados mas insuficientes.

»En Inglaterra se sigue este método de recluta; y á pesar de que las fábricas se cierran en tiempo de guerra, y los obreros se ven por ello precisados á tomar las armas, á pesar de la pobreza de Irlanda, que tantos enganches proporciona, Inglaterra se ha visto precisada á comprar negros en Africa para llenar sus filas; y sus ejércitos, escesivamente caros y organizados con tal pena, carecen de las virtudes militares que un país tan ilustrado tiene derecho á exigir de sus tropas.

»Hay además en los enganches voluntarios, cuando un Estado se esfuerza en fomentarlos por dinero, un gérmen de injusticia que mas ó menos tarde debe producir desunion entre los soldados. La sociedad queda mas reconocida al hombre á quien obliga á tomar las armas, que al que las toma porque así conviene á sus intereses personales; y sin embargo, para fomentar los enganches se halaga al voluntario con premios y privilegios que le hacen superior hasta cierto punto, y que crean diferencias que lastiman el amor propio del quinto, ofenden la justicia y rompen la unidad militar.

»7.º Por sorteo entre todos los jóvenes del país, cualquiera que sea su clase y condicion.

»En nuestros dias, el sorteo entre todos los jóvenes sin distincion de clases, ó sea la quinta ó conscripcion como base del reemplazo, y el enganche voluntario

contribucion que él no puede pagar, le vende los aperos de labranza, le vende la cama, le quiere arrebatár de entre los brazos su mujer, cuya belleza codicia quizá un agente de policía, se subleva

como auxilio, es el único método que se sigue; y aunque hasta ahora ha sido el mas perfecto planteado, está todavía muy lejos de satisfacer la conveniencia del país, las necesidades del ejército y los principios inmutables de justicia; pero tan profundo estudio se está haciendo de esta cuestion por los hombres de Estado, que hay derecho á esperar que desaparezcan los males inevitables que trae consigo la desigualdad de este tributo.

»Es verdad que por medio de él se ha conseguido hacer del ejército una institucion que vive dentro del país, con la misma vida, con los mismos amores y con los mismos odios; es verdad que se han nutrido las filas de jóvenes honrados y no de aventureros sin patria ni familia; es verdad que se ha conseguido realizar en la práctica el principio de que la vida de todo ciudadano pertenece á la patria; pero queda sin embargo en pié una injusticia, hasta ahora tristemente necesaria, sentida por todos, y que para que cese son precisos adelantamientos en el órden político á que todavía no se ha llegado. Esta injusticia es la desigualdad forzosa que hay en el sacrificio que hace una familia pobre entregando su hijo al Estado, y el que hace una familia numerosa y rica que le redime fácilmente por el dinero. Del mismo modo que la capitacion ha sido el primer ensayo en los tributos, la quinta es tambien el primer ensayo en su género. La verdadera justicia se conseguirá el dia que, del mismo modo que hoy se reparten las cargas públicas segun la riqueza de cada uno, se imponga á las familias, segun sus diferencias, diferencias tambien en el sacrificio que cada una haga para acudir á la defensa del país.

»Para resolver esta interesante cuestion apenas hay estadista, militar ó legislador ilustre que no haya emitido una opinion mas ó menos aventurada. Vamos por nuestra parte, á pesar de conocer las inmensas dificultades que por las tradiciones históricas, las preocupaciones de escuela política, las diferencias de clase y de personas, existen para plantear un justo sistema de reemplazo, á presentar, si no un proyecto, porque esto es muy superior á nuestra fuerza, al menos las bases sobre que debe descansar una ley de esta naturaleza, señalando el mal existente, ya que no sepamos aplicar el remedio.

»En la defensa del Estado están interesados todos los ciudadanos, pero no todos del mismo modo: el bracero no necesita sino que le protejan sus garantías individuales, y las de cada uno de los individuos de su familia; el capitalista tiene intereses mas complicados y de mas difícil defensa. Si para la proteccion de los intereses de diez pobres familias, por ejemplo, basta un solo soldado, para la de una sola opulenta se necesitan acaso ciento. Es lógico, por consiguiente, que estas diez familias no estén obligadas sino á presentar un solo hombre, y la otra los ciento que necesita. Eso por lo que respecta á la riqueza; pero si tenemos en cuenta la poblacion, la proteccion de las garantías individuales de diez personas exige diez veces mas fuerza que la de una sola; luego si nos proponemos levantar una fuerza pública para proteccion de la sociedad, debemos combinar estos dos extremos, riqueza y poblacion; intereses creadores de la fuerza pública proporcionales á los intereses que

y responde á tanta arbitrariedad con la voz de su escopeta de caza, su propio hijo sea el encargado de fusilarle, sosteniendo al gobierno raptor, á la autoridad dilapidadora, á la autoridad asesina, á la au-

se deben proteger; personas que han de constituir esa fuerza, en número tambien proporcional al de las personas que se deben defender, así para el Estado, así para la provincia, para la ciudad y para la familia en particular. En una palabra, si el impuesto se halla en proporcion simple directa de la riqueza, el reemplazo debe hallarse en proporcion compuesta de la riqueza y del número de personas que la representan. Pero aquí nos hallamos con una complicacion difícil. Si la unidad de dinero puede ser tan pequeña como se quiera y exigirle al pobre una y al rico ciento, la unidad de sangre es el hombre, y nosotros no podemos distribuirla entre diez familias sin que una sea mas lastimada que las otras, y no tenemos otro remedio que remitir al azar quién ha de hacer el sacrificio de sangre, y obligar á las otras nueve familias al sacrificio de dinero en beneficio de la señalada por la suerte ó en beneficio de la que, sin entrar en suerte, aceptara la indemnizacion. Es posible que por tal medio llegase un dia en que desapareciese el terrible sorteo, porque hubiera siempre voluntarios bastantes; pero aunque así no fuera, al menos se habria conseguido interesar á todos proporcionalmente en la defensa del Estado, y hacer tan fácil al pobre la redencion como al rico. Por no haberlo hecho así, por haberse limitado esclusivamente á fundar el reemplazo en razon de la poblacion, prescindiendo de todo otro dato, es por lo que pesa casi esclusivamente este tributo sobre las clases pobres, haciéndole odioso. No nos detendremos á analizar los males que esta desigualdad traerá en el porvenir; hasta hoy los ha presentado de inmensa gravedad en todas las naciones de Europa, y no es el menos terrible el que reconocemos haciendo la siguiente observacion. Todo gobierno tiene mas medios para abusar de la sangre del país que de su dinero; y la razon es muy sencilla: gravando los impuestos se ataca directamente á todos y á cada uno de los quince, veinte ó treinta millones de ciudadanos, y la causa es defendida enérgicamente; gravando las quintas se ataca en sus intereses y afecciones á cien mil familias que el azar señala, y el resto hasta los treinta millones, se encogen de hombros. Hé aquí por qué un Napoleon I puede abusar de la conscripcion tanto como quiera, mientras haya quien le pague las guerras; no hay ningun poder que pueda abusar en el mismo grado de la riqueza de todos y de cada uno. Pues bien, hágase que proporcionalmente estén todos interesados en el reemplazo, y sobre tal base de justicia se podrá levantar un ejército que sea la única y legítima manifestacion de la fuerza material del país, desarrollada por iguales partes en la armonía de todos los elementos de que germina esa fuerza.

»No es de la competencia de este libro señalar el modo de conseguirlo; los estadistas resolverán la cuestion, y aquel dia se habrá consumado el progreso de la organizacion de los ejércitos; por ahora solo nos toca decir que la quinta, con todos sus males, es la última espresion de ese progreso, el único medio conocido para hacer que el país tenga á menos costa ejércitos fuertes, moralizados y verdaderamente nacionales.

»Recogido el guante audaz que la revolucion francesa arrojó á la faz de las na-

toridad corruptora; hacè poco propuse yo, repito, que se usase este sistema de quintas hoy, á pesar de lo absurdo, necesario para ilustrar al pueblo, presentándose como exencion para el servicio militar

ciones, la Francia se empeño en una lucha desesperada con toda Europa. Sociedad que nacia sobre las ruinas de otra, con la vista fija en las repúblicas de Grecia y Roma, y con el pensamiento en un porvenir completamente desconocido, si algunas veces en su estravió plagió hasta el ridículo ó el crimen las costumbres de aquellas muertas civilizaciones, tambien halló algunas virtudes que imitar. El amor patrio, llevado hasta lo sublime, fué entre tantas pasiones encontradas la única comun á todos los franceses, la única base de la sociedad naciente. «La vida del ciudadano pertenece á la patria,» dijeron, y la conscripcion fué establecida. Bien pronto en cien campañas brillantes se vieron los efectos de esta ley que hacia al ejército una emanacion directa y pura del pueblo y le daba el espíritu de unidad que no tenia; así aquellas tropas sin pan, sin zapatos y hasta sin organizacion, consiguieron triunfar de los primeros ejércitos del mundo.

»Indudablemente la sangre del ciudadano es de la patria; la realizacion práctica de este principio es la única fuerza posible de las naciones. ¿Qué sociedad es aquella que desconociéndole compra hombres mercenarios para su defensa, ó espera tranquilamente cruzada de brazos que se presente el voluntario que quiera defenderla? ¿Cómo es posible desoir tanto la voz de la historia, olvidar así las grandes caidas de los imperios, la muerte ignominiosa de los puébls que degradaron sus ejércitos con esclavos, alejando de las filas al buen ciudadano? Nada importan las victorias de Graco ni la táctica de Mario, si el verdadero romano desdeña ya pelear por Roma.

»Se dice que un conquistador, un déspota, un ambicioso puede abusar de esta institucion. ¿Y de qué no abusa el espíritu de conquista y de ambicion? Si la facultad de las cámaras de votar los impuestos de mar y tierra no limitan el abuso, ¿qué obstáculo mayor se puede oponer? ¿Acaso los conquistadores no disponen de otros medios mas violentos y vejatorios para engrosar sus filas? Hasta ahora un solo tirano ha conseguido abusar de esta ley, Napoleon I. Que se confiese ingénuamente que el poder y el ingenio de este hombre hubieran creado ejércitos á despecho de las leyes ó por medio de las leyes.

»Aceptada la quinta ó conscripcion, que en el fondo es lo mismo, ó cualquiera otra ley de igual naturaleza que imponga el servicio como forzoso deber á los ciudadanos, pasemos á estudiar en sus detalles las cuestiones siguientes:

- »1.^a Qué hombres y á qué edad deben ingresar en el ejército.
- »2.^a Cuánto tiempo y en qué forma han de servir.
- »3.^a Qué derechos se les asegura para el porvenir si continúan, y qué derechos si se licencian.

»Desde luego se comprende que dando á la sustitucion mucha latitud, las familias acomodadas, cuyos hijos han podido recibir una educacion mas escogida, se libran del servicio, y el ejército se priva en ellos de buenas clases, y mas tarde de buenos oficiales; pero tambien si se limitara escesivamente la sustitucion, el país se veria precisado á mandar á las filas hombres que en otras carreras y en puestos mas elevados pudieran prestar servicio de mas interés; por lo tanto, el justo medio

el saber leer y escribir, y obligándose á todo soldado á aprender á leer y escribir en los cuarteles. Haciendo obligatorio el servicio sin

entre estos dos extremos debe ser lo mas útil para el país. Y para conseguirlo, la ley debiera señalar qué clase de personas quedaba facultada para sustituirse, así como señala todas las exenciones.

»Respecto á estas, ancho campo de intrigas de aldea, deben ser limitadas, justificadas, analizadas muy escrupulosamente, y todo lo que se haga será poco para evitar las injusticias de esta índole y los amaños de los tiranuelos de aldea.

»La edad para ingresar, ni debe ser tan tierna que haga muy penosas las fatigas militares, ni tan madura que los hombres reciban difícilmente la impresion de nuevos hábitos, y que además se les exija el sacrificio de sus mejores años, haciéndoles regresar tarde á la vida laboriosa y tranquila del padre de familia.

El Gran Capitan, el hombre que mas profundo estudio ha hecho de las cuestiones militares, resuelve la cuestion decidiendo que para levantar un ejército se necesitan hombres de diez y nueve á cuarenta años, con su desarrollo físico y moral completado, con sus pasiones ya en vigor, con hábitos de mundo y esperiencia; mas para cubrir las bajas de un ejército ya constituido, son mejores los jóvenes de diez y siete años, porque se amoldan á la vida militar mas fácilmente, y guiados por los veteranos, se hacen en poco tiempo bravos y dóciles soldados.

»¿Cuánto tiempo ha de durar el servicio? Si esta pregunta se hace á un militar, y con mayor razon si es de caballería ó artillería, contestará diciendo que hoy cuando el soldado empieza á ser soldado cumple su tiempo. Este mal es inevitable, porque el país necesita estos hombres para el trabajo; y por otra parte, debe hacer lo mas suave posible la obligacion de defender la patria, y repartir esta carga entre el mayor número de personas, disminuyendo el tiempo.

»Allí donde mas adelantada esté la instruccion militar y el espíritu belicoso de la juventud, es donde se puede limitar el tiempo de servicio, porque siempre se tienen buenos soldados. Si este espíritu belicoso se desarrollara en los pueblos por medio de veteranos instructores, escuelas de tiro, etc., sin ser forzoso nada, sino mas bien instituidos como placer y juego en los dias de huelga, si á la vez se diera la promesa de que el recluta que á su entrada en el servicio **SUPIERE LEER Y ESCRIBIR**, demostrase conocer el manejo de un arma, las marchas y evoluciones de peloton, serviria algun tiempo menos; menos aún el que conociese las reglas del tiro y diera hábilmente un tanto por ciento señalado de blancos; del mismo modo el que se presentara sabiendo cuidar y montar un caballo, etc., es probable que los padres de familia, convencidos de que este desarrollo del espíritu militar bien dirigido, hacia que sus hijos regresaran mas pronto al hogar, habiendo sufrido menos en el servicio, serian de los primeros en fomentar estas escuelas ó asambleas, y podria llegar un dia en que quedase limitado de tal modo el tiempo de servicio, que nadie pensara en sustituirse. Así un reemplazo frecuente repartiria la carga entre todos los ciudadanos, si tenian la íntima persuasion de que recibirian sus licencias en el mismo dia de cumplir sus servicios, que serian remunerados con justicia y á proporcion de sus méritos, y que aseguraban el pan del porvenir los que quisieran continuar en las armas.»

redencion, como en Prusia, á todos los individuos de la sociedad española, y dadas estas condiciones, dentro de poco no habria un español que no supiera leer y escribir, y dentro de poco tambien, en vez de estar detrás, estaríamos delante de los demás pueblos de Europa; pueblos á que debemos antepoñernos para la próxima lucha continental que entraña el porvenir.

IX

Cómo se hizo la alianza.

Atraernos el ejército no nos fué difícil.

La vuelta de don Juan Prim á nuestro partido, los resentimientos que habia engendrado en el pecho de muchos militares la desigualdad de las recompensas de la guerra de Africa, y torpezas del gobierno, que queriendo oprimirnos trabajaba contra sí, eran suficientes causas para impulsar hácia nosotros á los oficiales y soldados, sin contar con que muchos de ellos, desinteresadamente, y solo por cumplir con su obligacion como hijos del pueblo y como buenos españoles, avergonzados de que se les emplease en funciones propias únicamente de la policia, y no queriendo ser verdugos de sus hermanos, estaban dispuestos hacia ya mucho tiempo á combatir el sistema gubernamental entonces existente.

He dicho que las torpezas del gobierno nos facilitaron el camino, y citaré una entre ellas.

En su afan de perseguir la prensa, sujetó á los periodistas al consejo de guerra ¹. Como un delito periodístico casi nunca puede

¹ En el momento en que escribo estas líneas es subsecretario de Gracia y Justicia el señor Cuesta, fiscal de imprenta entonces, que era quien aplicaba la ley. No digo esto en ofensa suya. Saulo, despues de haber guardado las capas de los que apedreaban á San Estéban, se convirtió, y fué el apóstol de los gentiles; quizá el señor Cuesta es un Saulo convertido. Hay la diferencia de que aquel se convirtió cayendo del caballo, y este ha subido á cobrar un gran sueldo; pero esto no importa. Cito el hecho solamente como ejemplo para que se vea que necesitando la nueva labor nuevos instrumentos, son nuevos los hombres á quienes se confia el timon revolucionario.

ser sino un delito político, los militares que habian de formar el consejo se veian obligados, por este solo hecho, á adquirir un carácter político, por mas que solo quisieran ser ordenancistas.

Incomodábales mucho fallar en esta clase de asuntos, como antes habia incomodado y seguia incomodando entonces á los magistrados, á quienes se obligaba por causas de imprenta á formar el jurado de jueces; pero los magistrados tuvieron la cerviz mas dócil, y aceptaron el yugo que se les imponia como una dura necesidad, siendo algunas veces el espíritu santo que en lenguas de fuego llovía sobre sus cabezas dictando sus sentencias é inspirándoles sus fallos, el gobierno mismo.

Recuerdo aún que quejándome yo á cierto magistrado de que se hubiera impuesto á *La Iberia* una multa, á mi entender en todos conceptos imprecendente, me contestó:

—«Tanto sentimos nosotros como pueden ustedes sentir la sujecion de la prensa á los jueces ordinarios. La magistratura es muy independiente en España; pero en la balanza de nuestro ánimo, ¿no ha de pesar la consideracion de que, si condenamos, la multa no arruinará á ustedes, y si absolvemos, el gobierno nos destituirá y nos quedaremos sin pan?»

No todos eran así; pero bastaba que hubiese algunos.

Los militares echaron por otro camino. Para probar al gobierno que no debia abusar de tal modo de hombres honrados y dignos, desnaturalizando su instituto, decidieron absolver siempre.

En las causas que ante los consejos de guerra se siguieron á *La Iberia*, los defensores pronunciaron brillantísimos discursos, esmaltados con frases acaso mas duras y mas punzantes que las que erizaban los artículos defendidos. El tribunal se rió del fiscal y del gobierno, doblemente punzados, y absolvió, y el gobierno hubo de convencerse de que se habia equivocado al querernos herir cogiendo la espada por el corte y pegándonos con el pomo.

Esta noble conducta de los militares para con nosotros estrechó las relaciones particulares que con ellos teníamos con los lazos de la gratitud; nos hizo adquirir en los cuerpos muchas amistades de que antes carecíamos, y como la pagamos defendiendo al ejército sin tréguva ni descanso, convirtiéndonos casi en órganos de las clases mi-



litares, mas libremente que los representantes del ejército en la prensa, conseguimos en breve atraernos simpatías á que el gobierno con sus mismas persecuciones nos ayudaba, y que no hubiéramos podido cosechar, á no haber él labrado nuestro campo con sus uñas, queriendo, loco, rasgarle.

Regimiento hubo en que sabiendo que conspirábamos, los sargentos y algunos oficiales conspiraron á su vez, sin decírnoslo, para proporcionarnos una agradable sorpresa; y cuando todo lo hubieron organizado, vinieron á ofrecernos el fruto de sus trabajos.

En el regimiento de Saboya, acuartelado en la montaña del Príncipe Pío, la conspiracion se hizo de este modo, y una tarde dos sargentos se presentaron á mí en la redaccion de *La Iberia* para que ofreciese su regimiento y parte de otro á la revolucion.

La revolucion podia decir al gobierno lo que cierta dama de comedia á su esposo: «Tienes ojos de marido.»

X

Una observacion sobre la prensa.

Entonces, antes y despues, hasta el 3 de enero especialmente, la prensa de oposicion hacia al gobierno guerra á cuchillo.

En vano llovian los rayos de las leyes represivas; en vano se forjaban las verjas de las preventivas; en vano chaécaba el látigo de las persecuciones arbitrarias; nunca se podia soterrar en un calabozo la luz del sol, y á pesar del gobierno, á pesar de sus delegados, á pesar de sus jueces complacientes, la prensa, hablando como se la antojaba, recordaba á la ninfa encerrada por un genio celoso en una caja, sobre la cual se sentaba él en el fondo del mar; ninfa que á pesar de todo, pidiendo una sortija á cada viajero con quien cometia una infidelidad, habia formado una cadena que llegaba de la tierra al cielo.

Mi larga práctica periodística me ha enseñado que por muchas

que sean las trabas que se impongan al pensamiento, el periodista, cuando no es acéfalo, acaba por dar con su flecha en el blanco que se propone, por decir lo que se desea acerca de las cosas y las personas.

Prueba un dia de un modo, otro de otro, ya cometiendo intencionadamente una falta de gramática, ya dando á sus ideas un giro extraño que tornasolando la frase con un doble sentido, la asemeje á esos cuadros de aldea que mirados por un lado representan á Jesus y por el otro á Satanás, ya poniendo seguidas dos noticias separadas por un *bigote*, como se dice en el lenguaje de imprenta, bigote fácil de saltar á la imaginacion del lector, ya usando de la alegoría, ya escribiendo en un artículo párrafos enteros de atrocidades que se sepa que no ha de dejar pasar el fiscal, para que palideciendo ante ellas, las tache y deje en el artículo lo que se quiera que se pase y le parezca inocente; como aquel á quien se le da á beber aguarrás, que con la boca abrasada traga como si fuera agua el aguardiente de caña; ya en fin empleando otros muchos recursos que el ingenio sugiere, inspirado por las circunstancias, por el conocimiento del carácter del fiscal, por el conocimiento del público que cada periódico tiene, y que mas que en las letras escritas lee, por decirlo así, en los blancos y los espacios, consigue siempre su objeto.

Algo de esto comprendia cierto verdugo de la prensa, que asustado de las astucias de esta, cuando tachaba algo y se dejaba en hueco en *el molde*, exclamaba enfurecido:

—«¡Yo no puedo permitir que se escriban periódicos en blanco!»
Trabajo inútil.

El gobierno opresor se condena por su propia voluntad al trabajo de Sísifo.

Porque el periodista ha de tener mucho de Fígaro. Tambien como el barbero de Sevilla trata de burlar á un don Bartolo, el gobierno, para robarle una Rosina, la libertad, á quien un conde de Almaviva, el país, adora con todo su corazon.

Pero nosotros habíamos tomado un camino todavía mas corto para cuando estos espedientes fracasasen.

Dábamos un número al gobierno y enviábamos otro á nuestros suscritores; es decir, llevábamos al fiscal el número tal como que-

ríamos que se publicase: el fiscal se ponía los anteojos, le estudiaba cuidadosamente, tachaba con su lápiz rojo cuanto le parecía ofensivo para sus amos, nos le devolvía, quitábamos solo para el fiscal, para el gobernador civil y para algunos establecimientos públicos lo tachado, y á los demás suscritores les enviábamos el periódico tal cual le habíamos escrito.

Como el gobierno se salía de la ley, como la ley misma era ilegítima, como no reconocíamos aquel estado de cosas sino por fuerza, nos creíamos dispensados de obedecerle en cuanto nos fuera posible.

Imitábamos á Cervantes en Argel queriendo escaparse, imitábamos á Regnard, imitábamos á todos los esclavos.

Este es uno de los inconvenientes que la represion de la imprenta lleva consigo.

Cuando el gobierno concede ámplia libertad puede ver en la prensa, como en un espejo mágico, cuanto piensa, cuanto quiere, cuanto siente cada partido.

La prensa oprimida es una esclava de quien se abusa por fuerza, y que solo espera un instante para envenenar ó clavar un puñal en el pecho al que la sojuzga.

Es Rosmunda acariciando á su tirano esposo, que la ha hecho brindar en el cráneo de su asesinado padre, y solo medita en el modo de librarse de él.

Por mas que diga Machiavelo, que acaso únicamente lo dijo en son de sátira, vale mas ser amado que aborrecido.

XI

Primeros trabajos.

Poseyendo ya materiales para construir el edificio, los pocos que estábamos resueltos á hacer la revolucion en los primeros momentos, nos pusimos á trabajar.

Los que no conocen la revolucion sino desde las butacas, no sa-

ben hasta qué punto son difíciles los trabajos de los autores en su gabinete y en el teatro.

Si los gobiernos no fueran tan torpes, pocos movimientos revolucionarios serian posibles.

Doña Isabel II ha tenido en su mano el destruir como un castillo de naipes toda nuestra edificacion, y hacernos aplazar nuestros proyectos por mucho tiempo en varias ocasiones.

Citaré dos.

Cuando el ángel del cólera se ensañaba contra la villa de Madrid, árbol que con sus negras y escualidas manos conmovia, haciendo caer sus hojas á centenares, pudo haber venido, visitado enfermos, socorrido indigentes y obtenido los aplausos de todos los pobres y la admiracion de todos los ricos.

Así lo han hecho otros reyes.

No vino, hizo gala de miedo, y hasta las hermanas de la Caridad se sonrieron de su timidez; mientras los hombres políticos comprendian que habia perdido una jugada, y tenia mas cerca que nunca el jaque mate.

Cuando los pobres sargentos presos el dia 22, entre los cuales habia mas de un inocente, meditaban en la capilla acerca de la tumba y el mas allá, ¿qué le importaba que existieran en el mundo sesenta y tantos hombres mas ó menos? Esterminándolos, no acababa seguramente con sus adversarios.

Si aquel dia hubiera enviado á la capilla al príncipe Alfonso, vestido de sargento tambien, á decirles:

—«Yo soy muy liberal como vosotros; pero sé mejor que vosotros cuál es el camino del templo de la libertad. Sabiendo que no ha sido delito, sino error, el que habeis cometido, he pedido á mamá vuestro perdon, y aquí le traigo.»

Si hubiera hecho esto, casi todos aquellos hombres se hubieran convertido en leones en su defensa, el pueblo español en masa hubiera aplaudido la clemencia de su augusta soberana, y los instigadores, los que escapamos, los que pudimos seguir y hemos seguido trabajando hasta conseguir nuestro objeto, ó no hubiéramos podido escapar, ó hubiéramos tenido que esperar mucho para volver á tejer nuestra rota tela de araña.

Pero no hay verdad mas cierta que la bíblica: «Dios ciega los ojos de los que quiere perder.»

En una conspiracion entran tantos elementos, tantas personas, que es imposible que la mala fé de uno ó la imprudencia de otro no la descubran.

Este, preciándose de reservado, confia sin embargo el secreto á su mujer, que á su vez se le confia á su querido, agente de policia. Aquel tiene miedo, y sin delatar á los cómplices, pero sí el asunto, da un aviso al gobierno en el momento de estallar el golpe, para que, tomando precauciones, le evite correr el peligro.

En una parte se muda por casualidad un regimiento que era la base de la operacion; en otra un jefe se pone malo y no puede dar á tiempo oportuno la órden necesaria. Aquí se descubre una carta; allí uno de los conspiradores es cómplice del gobierno mismo. En una palabra, no hay batalla campal en que se corran tantas eventualidades como en una conspiracion, y eso que Napoleon I perdió la de Waterlóo, que es quizá la mejor combinada de todas las suyas.

El efecto de una conspiracion es siempre el de un golpe de mano de los menós contra los mas, porque el gobierno tiene de su parte á todos los tímidos, que dicen: «Si la conspiracion gana, como yo no he hecho mas que obedecer á mis jefes, nada tendré que temer: quizá me alcanzará alguna gracia; y si me voy con los sublevados y el gobierno triunfa, seré fusilado.»

En una batalla nada de esto sucede.

Como he dicho, los que empezamos á trabajar fuimos pocos; pero la actividad suplía al número, y en poco tiempo nos hallamos dispuestos á dar el golpe.

Acerca de los trabajos que entonces se hicieron puedo hablar muy poco. La mayor parte de lo que sé son secretos ajenos; y disponiendo de un secreto ajeno obramos peor que disponiendo del dinero que se nos ha confiado en depósito.

Baste decir que, divididos los trabajos entre varios, una parte de los militares correspondió á don José Lagunero, y otra de los civiles, y quizá no de las menos importantes, á don Inocente Ortiz y Casado y á mí.



D. JOSÉ LAGUNERO.

Ni aun de la parte que en estos trabajos tuve en compañía suya me es lícito hablar sin su autorizacion.

El deseo de no detener la publicacion de esta obra me impide esperar á que me envíen las notas que respecto á lo que quieren que se publique les he pedido.

Las heridas del uno y su precipitada marcha á Navarra, y los grandes trabajos del otro como empleado y como diputado á Córtes, no les han dejado tiempo para redactar estas notas, que espero tener en breve, y que si las tengo para entonces, insertaré como apéndice de este libro.

XII

La Montaña.

Nuestros esfuerzos revolucionarios engendraron las dos tentativas que debieron haberse verificado, apoyadas por otros cuerpos de la guarnicion y por los paisanos armados, en el cuartel de la Montaña.

Descubrióse nuestro proyecto por una delacion y una debilidad.

En ambas noches nuestra angustia fué grande; sobre todo en la segunda.

Todo estaba dispuesto; el golpe parecia infalible. Los paisanos armados se reunian ya en grupos en las calles, esperando la señal; los oficiales comprometidos tenian dispuestó el uniforme. El general Prim solo aguardaba un aviso para correr á ponerse al frente de las tropas sublevadas, y sobre toda la atmósfera moral de Madrid pesaba un presentimiento semejante á la calma que precede á la tempestad.

Todos estábamos en nuestros puestos esperando que sonase la hora convenida... Pero sonó sin que contestase mas que el eco; vie-

jo genio del tiempo que hablaba con la impasible voz de los relojes.

Todo dormía, todo callaba... ¡Cómo nos latía el corazón!

Y no poderse mover del punto designado; estar atado á un sitio con una cadena moral como un centinela; creer reconocer en el mas ligero rumor, muchas veces en rumores ilusorios que finge la fantasía, el eco de lejanos vivas ó de lejanos tiros; ignorar si habrán preso á algun amigo que sin que percibamos su voz nos pida que le tendamos la mano en su naufragio; pasar de la duda á la esperanza, de la esperanza al temor y del temor á la alegría, y volver á caer en el temor y en la duda para volver á la esperanza; forjarse los mas extraños sueños y los mas contradictorios... y seguir atado, y no poder atravesar los espacios con el oído y con la vista, y algunas veces, como me sucedía á mí aquella noche, cercado de personas que no debían saber el secreto hasta que hubiera estallado la mina, tener que fingirse alegre y aparentar tranquilidad... ¡Oh! El amante celoso que espía á la puerta de su primera amada, el jugador que mira las pintas habiendo puesto á una carta toda su fortuna, el reo de muerte que espera el fallo de sus jueces, no tienen en su corazón una tempestad semejante. Solo quien ha pasado por ello puede saberlo, y dudo que haya pluma ni pincel que puedan describirlo ni pintarlo.

Yo que me hallaba en la redacción de *La Iberia*, recibí por mi amigo don José Lagunero, cuyo uniforme guardaba, la noticia del desastre; pero hasta aquel momento no sabíamos las causas que le habían producido ni las consecuencias que podría tener.

Por fortuna la policía española ha sido siempre torpe. Se prendió á algunos sargentos, se desterró á algunos jefes y oficiales, entre ellos al teniente Baena, que era de los conspiradores mas activos, y que solo debió su salvación á su serenidad y á su ingenio, porque cuando la autoridad militar entró se hallaba en el cuartel, y que por desgracia ha muerto en Ultramar sin ver el triunfo de la revolución, y esto fué todo.

Los sargentos, cabos y soldados de los regimientos comprometidos, concedores ya del complot, se portaron como caballeros no declarando nada á pesar de las ofertas y de las amenazas que se les hicieron.

¡Y los principales causantes de nuestra derrota vinieron al otro día á ofrecernos su cooperacion de nuevo!

Nihil admirari.

XIII

Excepciones del retraimiento.

El general Prim fué desterrado, y por algun tiempo nuestros trabajos hubieron de aplazarse.

Sin embargo, no desistimos de nuestro propósito, y el público habia llegado á penetrarse lo bastante de lo que intentábamos para que, habiéndole comunicado nuestro fuego, estuviera en ebullicion.

Pero pasaban dias, y habia muchos impacientes; hombres de poca fé, que como San Pedro, se asustaban al tener que marchar sobre las aguas, y estaban espuestos á hundirse con el peso de su miedo, que no era seguramente una riqueza.

Estos á toda costa querian salir del retraimiento, y llegaban á convencer á algunos de los mas notables y mas decididos de nuestros partidarios.

Ruiz Zorrilla, Madoz, Figuerola, el mismo Prim, alucinados por las palabras melosas de la serpiente, sostuvieron una batalla contra los que queríamos seguir retraidos, porque estaban persuadidos de que así la revolucion se conseguiria mas pronto; sin observar que ni decorosamente podíamos volver al Parlamento, ni en el Parlamento se hacen revoluciones, sino que por el contrario, se aplazan, ni que sacarnos del retraimiento era el *desideratum* de todos los gobiernos y lo que le ofrecian á doña Isabel II al subir al poder.

Llegó á tal punto la discordia que se armó en el seno de nuestro partido, que nos fué preciso acceder á dos contemporizaciones en cierta época: á no hablar en los periódicos en favor ni en contra del retraimiento, y á esperar á que la misma doña Isabel II desengañara á algunos de que por las vias legales el partido progresis-

ta nunca llegaría al poder, desde donde ellos creían que la revolución se haría más fácilmente.

En el comité, los enemigos del retraimiento nos ponían en esta alternativa: ó que el retraimiento fuera total y el partido se alejase de la prensa, de los ayuntamientos y de las diputaciones, ó que no hubiera retraimiento; porque decían que lo contrario era ilógico.

Era esto desconocer por completo la causa y el fin del retraimiento.

La causa era, como queda dicho, una circular del señor Vaamonde, relativa á las juntas preparatorias para las elecciones de diputados á Córtes.

El fin era la revolución.

Como aquella circular no hablaba de la prensa, ni con motivo de las elecciones municipales se celebraban aquellos *meetings* políticos, no había por qué retraernos á consecuencia de ella del periodismo ni de las elecciones municipales.

Además, una razón de conveniencia del partido nos impedía acceder á los deseos de los que, siendo enemigos del retraimiento, querían que fuésemos retraídos en todo.

La prensa estaba siendo el gran ariete de la situación.

Cada diario progresista ó demócrata que se publicaba, era una larga proclama que se enviaba á los suscritores.

La sombra de Guttenberg llevaba diariamente materias combustibles á los cuatro ángulos de la Península.

Los ayuntamientos y las diputaciones provinciales nos hacían falta para que cuidasen de los intereses de los pueblos, y también para que nos apoyasen en todas las localidades en el momento de estallar la revolución.

Por eso aunque los directores de periódico que estaban por el retraimiento, se brindaron á romper sus prensas, no se aceptó la oferta de su generoso desprendimiento; por eso el comité, respecto á las elecciones municipales, dejó á los pueblos completa libertad de retraerse ó no, según su conveniencia y las circunstancias en que se encontraran; pero el retraimiento continuaba siendo el sistema del comité central, foco reflector de todas las luces del partido, como se ve en el documento siguiente:

MANIFIESTO

DEL COMITÉ CENTRAL PROGRESISTA AL PARTIDO PROGRESISTA.

«La Nacion española, grande por sus glorias y libre por sus tradiciones, fué en 1863 convocada para asistir á una de esas luchas políticas en que la eleccion por distritos, los *grandes electores* y la impunidad permanente bastardean el régimen constitucional, unciendo nuestra grandeza y libertad al carro de la teocracia. En presencia de farsa tan repetida, el antiguo comité central aconsejó á nuestros correligionarios el retraimiento; y su voz, inspirada por el santo amor de la patria, por el mas puro respeto á la dignidad política y por el firme propósito de que los escépticos luchen solos con la reaccion, fué unánimemente acogida por cuantos profesan el gran principio de la *Soberanía Nacional*.

»Disueltas las Córtes y convocados nuevamente los comicios, el antiguo comité central resignó los poderes, proponiendo á su leal partido la eleccion de otra junta mas numerosa para decidir la actitud conveniente en la próxima farsa electoral de 1864. El partido progresista ha seguido tan saludable consejo; y hoy un nuevo comité central, nacido del sufragio mas libre, y constituido segun las prácticas mas puras, va á manifestar su opinion despues de haber discutido ámplia, tranquila y solemnemente la cuestion de retraimiento.

»Empero antes de trasmitirla, el Comité cree justo recordar el heroico esfuerzo que la última minoría progresista hizo en el Congreso para prevenir el descrédito en que la influencia moral hace caer al sistema representativo, para contener á la teocracia en su triunfal carrera, para cerrar el repugnante mercado de las conciencias, y poner, ora clara y explícita, ora reticente é insinuativa, los ojos de la patria fijos en el origen de sus males. El Comité paga á minoría tan laboriosa este justo recuerdo; y haciendo suyo cuanto ella dijo, y hasta lo que la fué forzoso callar, aprende en la infecundidad legislativa de nuestros últimos combates parlamentarios que todo se es-

teriliza en el campo del oscurantismo, y todo se estrella en los obstáculos tradicionales.

»Y no basta para contener el curso del mal que cambie la decoracion, aquí donde el drama es siempre el mismo. No bastan para impedir la propagacion de la gangrena política, el clamor incesante de la opinion y el vuelo majestuoso de la ciencia, aquí donde la libertad se pierde en ese dédalo reaccionario que impide el decantado *turno pacífico* de los partidos en las esferas del poder. No basta para enfrenar los desatados elementos de la *mogigatocracia*, la eleccion de cámaras populares, aquí donde el Senado sirve de valladar á nuestros triunfos en los comicios. Y ni aun bastaria en esta patria infortunada la unánime opinion de los electores y el supremo esfuerzo de todos para hacer tremolar en el Congreso la enseña de la libertad, aquí donde un *Gran Elector* usurpa al pueblo la prerogativa constitucional de elegir libremente por sí los diputados, y hace que las Córtes sean hechura de los mismos gobiernos á quienes deben residenciar.

»¿A qué ocultarlo?... El catálogo infinito de coacciones, de amaños y de escamoteos electorales, parecia no tener fin en el último Manifiesto del anterior comité, y sin embargo aquel cuadro de ilegalidad aumenta bajo el imperio del novísimo derecho penal de elecciones. Con efecto: ese campo electoral que nuestros contrarios nos ofrecen, es el campo que durante largo tiempo vienen preparando con las dificultades y asechanzas de una asfixiante centralizacion administrativa, en que las reclamaciones se estrellan contra ardi-des de oficina ó se evaporan en el hastío de los tribunales. El cuerpo electoral, que se nos da como arma de combate, está inmovilizado por un indefinible *statu quo* del censo; viene sirviendo de blanco á la coaccion, de meta á la venalidad, de arsenal á la osadía; y como es punto de cita para los déspotas, para los tráfugas y los burócratas, el progreso triunfa solo en poblaciones fuertes por su grandeza, independientes por su fortuna, civilizadas por el genio del progreso é inscritas en el sublime libro de la libertad. Esto no basta á los planes de la reaccion; sus ministros montan oficinas electorales, que bajo su direccion reparten la *benevolencia oficial* y hacen del telégrafo el rayo del anatema gubernativo, viniendo por tan vedados

camino á tener Congresos de real orden. ¡Qué mas! Los tornillos de la máquina electoral no están aún bastante apretados; y para que su presión sea mas eficaz, se ciñen á la elección por distritos, que muchos de nuestros adversarios se avergüenzan de conservar, hasta el punto de haber propuesto sustituirlos con las grandes circunscripciones, tan próximas á la elección por provincias, que con la reducción progresiva del censo electoral, son el único sistema aceptable para el partido progresista.

»Imposible es que nos asociemos al propósito de acabar con el sistema representativo. ¿Qué importa se nos halague con la esperanza de turnar pacíficamente en el mando? ¿Qué importa se nos brinde con una estricta legalidad? ¿Qué importa que al halago suceda la amenaza de colocarnos fuera de la ley? ¿Qué importa que desoidos por nuestra dignidad los contrarios, se abracen al neocatolicismo?... Se nos halaga con el turno pacífico en el gobierno, y los *obstáculos tradicionales* son el reaccionario grito de guerra, cuando la opinión pública señala al partido progresista como única tabla de salvación en las tormentas que rugiendo pasan y vuelven sobre la patria amada. Se nos brinda con legalidad en las elecciones, y no bien articulada la promesa, suenan los nombres de gobernadores ante cuyo recuerdo la estatua de la ley se estremece, el derecho electoral abdica, y la esperanza de todo bien desaparece. Se nos amenaza con ponernos fuera de la ley si no luchamos, y aparentan desconocer que nuestro estado normal es vivir fuera de los consejos de la corona, y olvidan que no usar del sufragio es acto lícito en la moral y legítimo en el derecho, y no recuerdan que nuestros mayores nos legaron el código del martirio, que todo buen progresista lee con los ojos fijos en la Providencia. Se abrazan al destino neo-católico nuestros adversarios, porque nos hacemos fuertes en nuestro derecho, en nuestra dignidad, en nuestro ostracismo; y rindiendo á la teocracia homenajes como el de la real orden sobre instrucción pública, caen, incautos, en la hoguera reaccionaria y quemán el gran libro de la civilización, volviendo la espalda á Dios, que es fuente de progreso.

»Sucédanse en buen hora los halagos, las promesas, las amenazas y los conciertos temerarios; todo se estrellará en la pureza de

nuestros principios, en la fuerza de nuestras convicciones. Unos y otras nos dicen que la gangrena consume al cuerpo electoral; que las ilegalidades son el derecho consuetudinario del moderantismo; que la sistemática conculcacion de los principios esenciales del régimen constitucional es ley en el turno gubernamental de nuestros contrarios, y que el retraimiento es medio eficaz para evitar el contagio de tantos males. La abstencion que ha fortalecido nuestra organizacion y ha roto tantas combinaciones ministeriales, volverá una vez mas por los fueros de nuestra comunión política, impidiendo que los explotadores de nuestra exheredacion nos hagan cándidos cómplices de las farsas electorales, y evitará que nos gastemos en luchas estériles sin fin práctico trascendental, haciendo imposible que la historia confunda los triunfos alcanzados en las urnas por el poder, con los favores que la opinion pública dispensa solo á gobiernos de levantado espíritu y de noble aspiracion.

»Cierto es que, en principio, el progreso es la lucha, porque es el libre exámen; la eleccion, porque es la espresion genuina de la soberana voluntad nacional; el no retraimiento en fin, porque busca los mayores bienes en la concurrencia de las mayores actividades. Pero cuando partidos nobles y esforzados ven que durante largos años el grito de su indignacion electoral y el eco de sus quejas parlamentarias se estrellan en *obstáculos tradicionales* y solo sirven para que varios motivos de su agravio se aumenten, crezcan y tomen gigantescas proporciones; cuando tal acontece á partidos como el progresista, su dignidad les manda no luchar en elecciones políticas. En tales casos el retraimiento es un medio honroso, prudente y legal de no adquirir mancomunidad en la legislacion del país; es la accion interna del progreso, que lo prepara en paz silenciosa, contra la reaccion teocrática que cuenta con el mas alto y poderoso apoyo; es el supremo recurso transitorio de los pueblos libres cuando se hallan poseidos de justa indignacion contra las sentencias de sistemática exclusion pronunciadas en odio de lo que no es amado por ser puro, y no es gobierno por ser nacional.

»Para no venir á situacion tan crítica, el partido progresista anunció en la tribuna y en la prensa el propósito de retirarse de la lucha electoral política si las ilegalidades y la inmutabilidad no

desaparecian del sufragio y del censo. La hora de esa justicia reparadora que con tanta lealtad pedimos no ha sonado todavía; el sistema odioso á la libertad permanece en pié sobre nuestro derecho, y no es digno, racional ni patriótico salir del retraimiento, con tanta unidad acabado y con tanta abnegacion cumplido. Sigamos en situacion pacífica, espectante; no concurramos á la eleccion de diputados á Córtes; dejemos la tribuna y la responsabilidad de cuanto sobrevenga á los causantes de nuestra abstencion. Y si á la historia de las elecciones moderadas se añaden hoy nuevas páginas manchadas con antiguos y nuevos escándalos; si continúa la corrupcion en las esferas administrativas hasta sumir en el fondo del abismo la dolorosa suerte del país; si la disipacion de los grandes recursos que el partido progresista allegó al Tesoro causase la bancarrota que nos amaga; si, en fin, llega á desplomarse el edificio á tanta costa por nosotros levantado y sostenido, y los *obstáculos tradicionales* siguen ejerciendo su maléfica influencia, miremos, cruzados de brazos y con tranquila conciencia, las ruinas, aprestándonos á salvar de la demolicion los elementos liberales de la grandeza nacional, como cumple á nuestra dignidad immaculada y al amor santo que profesamos á nuestra patria.

»Madrid 29 de octubre de 1864.»

XIV

El primer retraido.

Por este tiempo se habia elegido al general Espartero, duque de la Victoria, para presidente del comité del partido progresista, del cual don Salustiano Olózaga estaba en realidad algo alejado. Renunció por no considerar legal nada de lo hecho desde que las Córtes Constituyentes fueron derribadas á cañonazos, y los espectros de la reaccion, mas horribles que las brujas de Macbeth, empezaron

á danzar y á cantar sus himnos de triunfo en torno de los restos despedazados é hirvientes de la soberanía nacional.

El Comité central insistió en su nombramiento por el gran respeto que á todos inspira el nombre del vencedor de Luchana, del pacificador de España, del Cincinato español; pero el señor duque de la Victoria insistió en su renuncia, esplicándola en la siguiente carta:

«SEÑORES DEL COMITÉ CENTRAL PROGRESISTA:

»Recibo la atenta comunicacion de ese Comité del 28 del actual con su adjunto Manifiesto sobre el retraimiento; y aunque profundamente agradecido á sus nuevas demostraciones de simpatía y afecto, no puedo menos de manifestar, que no habiendo desaparecido ninguna de las poderosas razones que impiden mi presencia en la córte, me es forzoso insistir en mi anterior renuncia del honroso cargo de presidente.

»No por eso dejaré de prestar mi mas eficaz apoyo á cuantas resoluciones del Comité tiendan á realizar las verdaderas doctrinas del partido progresista, único y leal depositario del sistema constitucional en su pureza.

»Me adhiero con gusto á la primera resolucion del Comité, relativa al retraimiento en las actuales circunstancias. Yo me hallo retraido desde el año 1856. La renuncia que entonces hice del cargo de senador envolvia la protesta que mis principios me inspiraban de no contribuir, en cuanto escusarme pudiera, al orden de cosas que se restablecia, y que yo consideraba tanto mas funesto para el Trono constitucional y para el pueblo, cuanto mas se desviara de las prudentes bases sentadas en las sábias y libres instituciones que, armonizando los derechos y obligaciones recíprocas, y aplaudidas por la nacion entera, sirvieron de gloriosa enseña para alcanzar nuestro triunfo en la sangrienta guerra, y de ancho fundamento á las saludables reformas que el espíritu del siglo y la razon pública reclamaban.

»Los amantes sinceros de la libertad y del Trono constitucional, que con tanta constancia hemos defendido, no podemos menos de deplorar con honda pena los peligros que ambos corren en el dia;

pero ya que nuestras voces salvadoras sean fatalmente desoidas, retirémonos contristados y no seamos cómplices de su triste ruina. Mas si para evitarla se nos ofreciere por la Providencia ocasion alguna propicia, ¿quién de nosotros no estenderia sus brazos para salvar objetos tan queridos?

»Reitero mis sentimientos de gratitud y afecto á los individuos de ese Comité, ofreciéndome S. S. Q. B. S. M.

BALDOMERO ESPARTERO.

»Logroño 30 de octubre de 1864.»

Las últimas frases de este documento sirvieron de base á bastantes de nuestros enemigos y á algunos progresistas amigos nuestros, pero adversarios del general Espartero, para suponerle unido á la córte, que á decir verdad, en su ceguedad, creia tener siempre en él un áncora de salvacion.

Los hechos han demostrado que la córte se engañaba, y que los que decian que el dia en que peligrase el trono de Isabel II el general Espartero la defenderia, se engañaban tambien.

Despues de la revolucion, el héroe de la guerra civil, que no tiene otro soberano que el pueblo y por eso lleva escrito en su escudo el lema de «cúmplase la voluntad nacional,» ha escrito adhiriéndose al movimiento popular; pero con una generosidad que le honra, no ha querido ser obstáculo á las ambiciones personales de ninguno de los hombres que jugaban en la política activa, y mucho menos á los justos derechos de los que con su decision y con su esfuerzo han enarbolado la bandera de la libertad sobre las ruinas de la Bastilla en que estaba encerrada la nacion.

Los hombres que han hecho la revolucion son los que deben dirigirla.

A ellos el mando, pues de ellos es la responsabilidad.

Tal ha sido el pensamiento del general Espartero, si no en la forma, en el fondo, y ha permanecido retirado en Logroño como el marino anciano que mira desde la playa las maniobras de los jóvenes capitanes de buque, que por mucho que sepan y por mucho que sea su ingenio, siempre tendrán que aprender de él, y nunca perderán el tiempo escuchando sus consejos.

XV

Desplégase la bandera.

Á la vuelta de don Juan Prim se reanudaron nuestros trabajos; pero habia mucho que hacer, teníamos mucho preparado en Madrid, y yo fuí encargado de verle en Valladolid para presentarle el cuadro de nuestrás fuerzas y las esperanzas que teníamos de que tuviera éxito favorable un movimiento iniciado á su llegada.

Calculó con ánimo frio y sereno que no podia hacerse, y aplazamos la empresa para cuando hubiera mas elementos.

Desde entonces no descansamos un dia en nuestra obra de redencion, y aprovechando el tiempo que nuestros trabajos subterráneos nos dejaban libre, tratamos de formular el credo de nuestro partido en armonía con las circunstancias.

Nunca se habia hecho esto de una manera clara y terminante.

La Constitucion del año 1812, hecha cuando no habia en España progresistas y moderados, sino solamente liberales y serviles, no podia utilizarse sino reformándola.

La de 1837 era una transicion, que segun los moderados, estaba hecha con sus principios.

La de 1855 era una transicion tambien.

Tanto en la *Teoría del Progreso* como en la *Carta á la Reina*, como en *Progresistas y demócratas*, habia yo tratado de recoger los principios de nuestro partido; pero estos folletos míos no eran documentos que pudieran servir como oficiales á una comunion política.

El señor don José María Diaz, con el talento que le distingue, dió cima al trabajo deseado, y hé aquí el testo del documento que, al mismo tiempo que recomendábamos á los comisionados de provincia el apoyo á la revolucion próxima, y allegábamos fondos, en escaso número por cierto, fué aprobado por el Comité, y publicado en los periódicos:

. . . Á LA NACION.

«Negacion elocuente de la práctica parlamentaria, el ministerio que por voluntad de la Corona rige hoy los destinos del país, ha disuelto el último Congreso, y el partido progresista se ha visto nuevamente en la precision de examinar si el retraimiento á que le trajeron arbitrariedades inauditas y atropellos no castigados, quebranta los pocos restos del edificio constitucional de nuestra patria, ó es por el contrario testimonio de dignidad en lo presente, garantía de triunfo en lo porvenir.

»No se oculta al Comité central lo crítico de las circunstancias por que atraviesa España; sospecha que la calumnia ha de emplear en su daño las lenguas de que dispone; no son un misterio para él, ni la intranquilidad de los ánimos, ni el descrédito de nuestros valores, ni la agonía del comercio y de la industria, legado triste de administraciones conservadoras; conoce la gravedad y la trascendencia de la medida, presiente sus resultados; pero aprobándola, despues de haberla examinado á la luz de la justicia, de la razon, de la conciencia y del derecho, el Comité central, en su opinion, ha respondido á las esperanzas de sus correligionarios y á la conciencia del país.

»El partido progresista no debe salir del retraimiento.

»De pié todavía la influencia teocrática en las altas regiones del Gobierno, la situacion es hoy lo que era ayer, lo que ha sido siempre, lo que será mañana, ínterin no se varíen radicalmente los fundamentos políticos en que se apoya. La nueva ley electoral es una concesion; pero concesion que, en el ejercicio de la ley, se convertirá en sarcasmo. Porque si bien es cierto que con la rebaja del censo se da entrada en los comicios á algunos mas contribuyentes, tambien lo es que se esteriliza su accion y se menoscaba su saludable influjo con el crecido número de otros electores, á devocion del gobierno que los paga, y á quienes sin trabas que los mortifiquen se concede igual derecho.

»Esclavo el municipio y centralizada la administracion; sujeta

la imprenta á la suspicacia de censuras apasionadas; exhaustas las arcas del Tesoro; infecunda la desamortizacion eclesiástica y malversados sus rendimientos; menospreciadas las leyes, que de antiguo enfrenan los extravíos del clero; la doctrina parlamentaria en desuso; la deuda pública en aumento; cerradas á nuestro papel las puertas de los mercados; secos los manantiales de la riqueza; la industria paralizada; insuficientes, aunque escesivas, las contribuciones; sin proteccion la agricultura; clavado en el corazon de la patria el sangriento recuerdo de las noches del 10 de abril y del 3 de octubre, y el tan cristiano de la caridad, reina de las virtudes, acudiendo al hogar del pobre, en el alma la ternura y en la mano la limosna, ninguna razon hay para que el partido progresista renuncie á la protesta eficaz de su patriótico desden.

»Y en esto el Comité central no obedece á sus propias convicciones, sino que va por la senda que le trazaron las proféticas palabras del Manifiesto de 28 de octubre de 1864. Si se derrochan los caudales de la nacion, no era otro el espíritu de aquel célebre documento; si la bancarrota llega á ser una solucion para nuestra Hacienda; *si se desploma, en fin, el edificio á tanta costa por nosotros levantado y sostenido, y los obstáculos tradicionales, siempre incompatibles con toda idea liberal*, siguen comunicando su fuerza á las corrientes subterráneas de la reaccion, miremos tranquilos y *crúzados los brazos* el desquiciamiento de una organizacion, vigorosa ayer, aniquilada hoy por el escándalo de sus vicios, y no salvaremos del naufragio sino la bandera de nuestros principios, el tesoro de nuestras creencias, la dignidad española.

»¡Triste condicion la de los pueblos, cuando por culpa de quien los gobierna se ven colocados entre la vergüenza y el peligro, entre el infortunio y la revolucion! Ellos dan cuanto se les pide, y en cambio se les niega hasta la santa legitimidad de su indisputable soberanía.

»La sed de mando en las agrupaciones conservadoras no reconoce límites ni valladar, y desestima como débil y flaca á la opinion, cuando la opinion es hoy una dictadura misteriosa que no há menester la toga del magistrado, ni la tea de los motines, ni el hacha de los verdugos para afirmar sobre un cimiento sólido las conquistas de

la civilizacion moderna. No importa que la legalidad existente busque su apoyo en una oligarquía electoral; que procure convertir el *sentimiento religioso de los pueblos en un elemento* hostil á los sentimientos de la humanidad; que trafique á gusto de los mercaderes que la rodean; que aceche la ocasion para restablecer las supersticiones de la teocracia y las tradicionales prerogativas de las monarquías absolutas; la opinion, cuando no es antorcha que disipa esa niebla oscura de otros siglos, es llama que enciende en el corazon de los pueblos el espíritu fecundo y regenerador de las revoluciones.

»No está en manos del Comité central el remedio de tantos males, ni quiere decir tampoco lo que entrañan las nubes que se amontonan y condensan en el horizonte político.

»Si los vientos se desencadenan, si ruge al cabo la tempestad, culpa será de aquellos que reciben la investidura de gobierno como una industria que en su provecho explotan, de aquellos que rechazan por absurdas y castigan por impías las naturales exigencias de la razon humana.

»El espíritu expansivo y civilizador del siglo, que refleja en su pureza el partido progresista, tiende á estrechar las relaciones de todos los pueblos. El partido progresista condena esas funestas aventuras que debilitan nuestras fuerzas, aniquilan nuestros recursos y engendran conflictos de solucion difícil y peligrosa.

»La política de la nacion española, especialmente con las repúblicas hispano-americanas, ha de ser digna y elevada; no agresiva ni opresora. Los pueblos de aquellas repúblicas hablan nuestra lengua y tienen nuestra sangre: son nuestros hermanos; que saluden nuestra bandera, que es la bandera de su tradicion y de su historia, con respeto y cariño, no con odio y desconfianza.

»El partido progresista aspira al complemento de la libertad en todas sus manifestaciones.

»La seguridad individual en el libérrimo ejercicio de todos los derechos que constituyen la verdadera libertad civil y política, forma parte de nuestro dogma, y ha de ser y será una de las bases de nuestra organizacion constitucional. Ningun poder del Estado podrá sobreponerse en este punto á la suprema jurisdiccion guardadora de tan santos fueros.

»Notable economía en el presupuesto de gastos y alteraciones radicales en el sistema tributario; abolicion de la contribucion de consumos y reforma liberal y reflexiva de los aranceles, sin lastimar los intereses creados; descentralizacion; independenciam del municipio y la provincia; unidad de legislacion y de fuero; modificaciones en la ley de reemplazos para los ejércitos de mar y tierra, hasta conseguir que se disminuya la contribucion de sangre ó desaparezca si es posible; revision en sentido liberal de las Ordenanzas militares; moralidad en la administracion, procurando aplicar los beneficios de tan importantes reformas á las provincias ultramarinas, satisfaciendo así sus legítimas aspiraciones; juicio por jurados; rebaja del censo electoral, concediendo el derecho de votar á cuantos contribuyan al sostenimiento de las cargas del Estado, cualquiera que sea la cuota que paguen; libertad del pensamiento escrito; inviolabilidad de la conciencia; secularizacion completa de la enseñanza pública; derecho de reunion y de asociacion; la Constitucion de 1856 como punto de partida; y para remate de esta organizacion, en armonía con los progresos de la civilizacion y las necesidades de la humanidad, una monarquía constitucional aplaudida dentro y estimada fuera; hé aquí lo único que puede aquietar la agitacion de los pueblos y devolver á la agricultura, á la industria y al comercio, su casi olvidada prosperidad y el sosiego á las familias.

»Madrid 20 de noviembre de 1865.»

XVI

Disculpa.

¿Hablaré de los proyectos revolucionarios que abortaron antes del 3 de enero?

Fueron tantos, que no hay memoria que los recuerde; y además, en toda revolucion hay tres partes como en el árbol: las raíces, que

permanecen ocultas bajo la tierra; el tronco, que ya ve el público desde que se levanta algo del suelo, y la copa, que produce los frutos que comen los pájaros, desesperando al plantador y saludando á la aurora.

¡Sobre tantas cosas hay que arrojar el sudario del olvido!

Para diplomático dicen que se necesita ser olvidadizo, y yo añado que tambien estorba la memoria algunas veces para ser historiador contemporáneo.

Cuando Voltaire escribia *El siglo de Luis XIV*, aseguraba saber mejor que otro alguno la historia del hombre de la máscara de hierro, y no osaba sin embargo indicarla sino en una nota del *Diccionario filosófico*.

No se estrañe pues que yo tenga algunas reservas de la misma especie, y que de estos planes de dramas que no llegaron á representarse me contente con dar una ligera idea. Todo lo que diga procuraré que sea verdad, y (algo ha de hacer tambien el lector) quedará á cargo del público vestir el esqueleto. Yo le doy las semillas, que él siembre y cultive para obtener frutos. Los libros no deben escribirse sino para hacer pensar.

XVII

Una hipótesis fundada sobre una anécdota histórica.

Por via de paréntesis, habiendo citado la anécdota de la máscara de hierro, creo conveniente transcribir aquí las mismas palabras de Voltaire con un breve comentario.

Este paréntesis seria inoportuno en otro libro histórico en que se tratase de una revolucion española, pero no en este, dedicado á hacer comentarios sobre un movimiento que ha producido la caída del último Borbon.

En *El siglo de Luis XIV* dice Voltaire:

O'Donnell y de su familia como de un semidios, y de sus vástagos como de un árbol que produce manzanas de oro; pero aquí conviene el recordar aquello que decia Moreto:

«Al que por un vidrio mira
Estando en color teñido,
Todo lo que ve por él
Parece color del vidrio.»

El general O'Donnell perteneció á una familia irlandesa que tendria en sus principios luchas bárbaras, dignas de ser cantadas por Walter Scott, pero que cuando vino á España no se distinguió seguramente por cierta clase de sentimientos que los Quijotes del siglo XVIII apreciaban mucho y apreciamos mucho tambien sus descendientes.

En las Memorias de Fernando VII hay ciertas Memorias del conde de La Bisbal, que sirvió á dos partidos á la vez para cobrar y medrar con ambos, que no son para trascritas en ninguna genealogía. Aquello de ir en la restauracion á oír misa á ciertas iglesias, y tomar nota de los que se arrodillaban mas ó menos con una ó con dos rodillas á la elevacion de la hostia, es muy propio de un familiar del Santo Oficio, pero no de un capitán general. Aquello de estar encargado por el gobierno revolucionario del año 20 de defender á Fernando VII y hacerle traicion, es muy propio de un vividor, pero no de un hombre decente; y en cuanto á lo del año 23, no quiero calificarlo.

En las Memorias del general Mina hay un párrafo en que se habla de otro pariente de O'Donnell, cuya conducta dió tal horror á los franceses, que le rechazaron cuando entregaba una plaza cuyo mando le estaba encomendado; y habiéndoseles presentado una noche, le devolvieron atado á los españoles, diciéndoles que comprendian que no era culpa suya estar á las órdenes de un jefe traidor.

Nada me estrañan estos antecedentes de la familia del general á quien Cárlos Navarro ha querido enaltecer: el árbol se conoce por el fruto, segun dice el Evangelio, pero no siempre el fruto se conoce por el árbol; y prueba de ello es el mismo Cristo, que segun el mismo Evangelio, procede de una larga série de incestuosos y prosti-

»El gobernador mismo ponía los platos sobre la mesa, y se retiraba despues de haber cerrado.

»Un dia el prisionero escribió con un cuchillo sobre un plato de plata, y arrojó en seguida el plato por la ventana hácia una barquilla que estaba en el rio, casi al pié de la torre.

»Un pescador á quien la barquilla pertenecia recogió el plato y le llevó al gobernador, quien le preguntó admirado:

—¿Habeis leído lo que está escrito en este plato, y le ha visto alguno en vuestras manos?

—»No sé leer, respondió el pescador: acabo de encontrarle, y nadie le ha visto.

»El pescador sin embargo fué detenido hasta que el gobernador, tomando informes, se aseguró de que no habia leído jamás, y de que el plato no habia sido visto por nadie.

—»Andad, le dijo; buena fortuna teneis con no saber leer.

»Entre las personas que han tenido conocimiento inmediato de este hecho hay una muy digna de fé que vive aún (esto se escribió en 1750).

»Mr. de Chamillart fué el último ministro que poseyó este extraño secreto. El segundo mariscal de la Feuillade, su yerno, me ha dicho que á la muerte de su suegro le suplicó de rodillas que le dijera quién era aquel hombre á quien nunca se conoció sino con el nombre de «El hombre de la máscara de hierro.» Chamillart le respondió que era un secreto de Estado, y que habia jurado no revelarles nunca.»

En el *Diccionario filosófico* publicado mas tarde sin el nombre de Voltaire, pero que es suyo, como se sabe, en el artículo *Ana, anécdota*, rebate el autor las hipótesis que hasta entonces se habian hecho. Unicamente no rebate la de que el hombre de la máscara de hierro fuera hermano menor como Jacob de Esau de Luis XIV; pero esta es evidentemente falsa y él no podia rebatirla, porque en su tiempo aún no se habia inventado.

Mucho tiempo despues fué cuando se esparció por París una carta de la señorita de Valois, escrita al duque, despues mariscal de Richelieu, en que se vanagloria de haber sabido del duque de Orleans, su padre, merced á un incesto, quién era el hombre de la máscara

de hierro, y que el duque de Orleans la habia dicho que era un hermano menor de Luis XIV; pero esta carta debe ser supuesta. ¿Qué mujer sin necesidad, á menos de volverse loca, escribe á un hombre que nada tiene de reservado como el duque, que ha cometido un incesto con su padre?

Mas digna de atencion es la adiccion al artículo del *Diccionario filosófico* inserta en la edicion de 1771, y que se considera como de Voltaire mismo, pero que tambien se publicó sin su nombre.

Dice así:

«Es sorprendente el ver á tantos sabios y tantos escritores, llenos de ingenio y de sagacidad, atormentándose procurando indagar quién puede haber sido el famoso máscara de hierro, sin que la idea mas sencilla, la mas natural y la mas verosímil se haya presentado nunca á su imaginacion.»

El autor de esta nota conjetura, por el modo con que Voltaire ha contado el hecho, que este historiador está tan persuadido como él de la sospecha que va á manifestar; pero que como francés no ha querido publicarlo todo claro, contentándose con decir lo bastante para que la palabra del enigma no fuese difícil de encontrar.

«Héla aquí, segun yo:»

«El máscara de hierro era sin duda un hermano mayor de Luis XIV, cuya madre tenia por la tela fina ese gusto sobre el cual Voltaire apoya tanto.»

»Se sabe que Luis XIII no vivia hacia mucho tiempo con la reina, y que el nacimiento de Luis XIV no fué debido sino á una feliz casualidad hábilmente preparada; casualidad que obligó absolutamente al rey á dormir en la misma cama de la reina.

»Hé aquí cómo creo que habrán pasado las cosas.

»La reina habrá podido imaginarse que consistia en ella que Luis XIII no tuviese heredero: el nacimiento del máscara de hierro la habrá desengañado: el cardenal, á quien habrá confiado el caso, habrá sabido por mas de una razon sacar partido de este secreto, imaginando hacer tornar este hecho en provecho suyo y en el del Estado.

»Persuadido ya de que la reina no era estéril, se arregló la partida que produjo la casualidad del solo lecho para el rey y para la reina.

»Pero tanto esta como el cardenal, penetrados de la necesidad de ocultar á Luis XIII la existencia del máscara de hierro, le habrán hecho criar en secreto, y Luis XIV no habrá sabido nada de esto hasta la muerte de Mazarino.»

Ahora bien: así como Voltaire ha hecho una suposicion, hagamos otra.

Si la esterilidad no provenia de la reina, provendria de Luis XIII, al menos, relativamente á ella, y en ese caso, si el máscara de hierro no era hijo de Luis XIII tampoco podria serlo Luis XIV.

Recuerdo haber leído en las Memorias atribuidas al duque de Richelieu, que una dama de la córte, cuyo marido vivia hacia mucho tiempo apartado de ella, sintiéndose en cinta y queriendo ocultar á todos, incluso su esposo, su falta, convino con su amante en que este llevaria al marido á una orgía, donde conseguiria embriagarle hasta hacerle perder la razon, y despues le conduciria en un coche á la casa de ella, donde le acostaria en su lecho.

Así se hizo, y cuando el pobre marido se despertó al lado de su mujer, esta le convenció de que habia ido allí por su voluntad y habia usado de sus derechos maritales, presentándole algun tiempo despues como legítimo el fruto de sus amores adúlteros.

¿No podria ser una cosa semejante, admitida la hipótesis, ó mejor dicho, la anécdota histórica de Voltaire, lo que se hiciera con Luis XIII? ¿No podria ser que sabiéndolo Voltaire lo callara, para no dirigir un ataque á la dinastía reinante?

Obsérvese cuán poco á poco y con cuánto cuidado, consultando las circunstancias, como quien marcha por terreno pantanoso, va Voltaire descorriendo el velo de este misterio.

En la historia de Luis XIV no dice conocer la palabra del enigma, porque cuando se escribia esta historia en 1755, como él mismo confiesa, una de las personas que habian tenido conocimiento inmediato del hecho vivia aún.

Cuando se publicó la primera edicion del *Diccionario filosófico*, esta persona podia vivir todavía, y por eso se contentó con rebatir

las hipótesis hasta entonces formadas sobre el hombre de la máscara de hierro; y hablando del padre Griffet, que era confesor de los reos encerrados en la Bastilla, y que por lo tanto podía saber el secreto á fondo, dice:

«El que ha escrito este artículo sabe quizá mas que el padre Griffet, pero no dirá mas.»

Y en 1771, cuando ya probablemente la persona que le estorbaba para hablar habia muerto, dice mas, confiesa que el hombre de la máscara de hierro era hermano mayor de Luis XIV.

La dinastía de los Borbones subsistia aún, y hé aquí por qué no podia levantar el velo del todo; pero si todo esto es cierto, los Borbones descendientes de Luis XIV no han estado en el trono sino por una usurpacion, y son hijos adulterinos de una reina mistificadora.

La verdad es que ya parece imposible aclarar este misterio, mas impenetrable aún que el de la existencia ó no existencia del hijo de Luis XVI.

XVIII

Alicante.

Ya que no me sea dado leer la Biblia desde el púlpito al público contemporáneo, publicaré un epítome para el uso de los colegiales; y ya que no me sea posible referir todo lo que pasó en la formacion de nuestro proyecto revolucionario, diré lo poco que me sea posible respecto á nuestras tentativas, citadas ya por el general Prim en uno de sus manifiestos.

La primera de estas tenia por base á Valencia. No me tocaba ir allí, pero estaba bastante al corriente de lo que en aquella ciudad ocurría, conociendo mas aún que las tropas acuarteladas en la ciudad del Cid, los recursos revolucionarios.

Como siempre, este jaque mate parecia seguro; lo único que no veía yo claro era que se diera un mate, no siendo al rey ni á la

reina, porque mates de otra especie no los he visto dar á ningun jugador de ajedrez.

Pero como se me aseguraba que aquella era una jugada preliminar, y que despues toda la tela se iria por la picadura, y como sé por experiencia propia y ajena que el que empieza la revolucion se asemeja á la flecha, que se sabe desde dónde parte, pero no adónde va á dar, coadyuvé en cuanto pude al éxito de la empresa.

Tocóme ir á Alicante con don José Lagunero, y allí llegué despues de pasar bastantes trabajos y vencer no pocas dificultades en el camino, donde nos perdimos mas de una vez en un campo tan delicioso que no nos sombreaba con la hoja de un árbol ni ofrecia á nuestra sed las aguas de un arroyo que nos refrescaran, pero sobre el cual dejaba caer sus rayos de oro un hermosísimo sol, capaz de asar á una vaca que saliera á pacer, ó de calentar el númen frio del dómine Juan, tio de Iriarte el fabulista.

Al llegar á la poblacion encontramos á la mayoría de sus habitantes entusiasmados con nuestra empresa como accionistas de una sociedad en que se ofrece el 20 por 100, y dispuestos á secundarnos en cuanto estuviera de su parte, aunque todo lo hubiera de hacer el ejército.

La guarnicion estaba tambien por nosotros, y el movimiento allí hubiera sido tan fácil que un niño podia llevarle á cabo.

Aquel punto sin embargo no era estratégico; un loco solamente hubiera podido iniciar allí la revolucion, pagando en breve su locura, aunque ayudase, como esperábamos, Cartagena.

Necesitábamos para romper el fuego, levantando la bandera revolucionaria, que Valencia nos diese la voz de alarma, y no nos la dió; lejos de eso, cuando llegamos á Alicante nos encontramos con una carta del general Prim, en que en sentido figurado nos decia que era preciso aplazar de nuevo el asunto, y que *viendo imposible la caza de la Albufera*, á que habia ido, volvía á Madrid á buscar municiones.

El plan estaba tan bien combinado, las fuerzas con que contábamos eran tantas, que yo, leyendo la carta, no queria creer á mis ojos, y pedí á Lagunero se llegase á Valencia á averiguar si habia algun error.

Por desgracia no le habia.

Despues de haber prometido formalmente al general Prim y á sus comisionados iniciar el movimiento si él se presentaba á mandarlo, algunos jefes de la guarnicion empezaron por poner objeciones, por presentar dificultades, y acabaron por declarar rotundamente que no sacarian sus tropas de los cuarteles al toque de las cornetas revolucionarias antes de quince dias.

Era imposible que el general Prim esperase este tiempo.

Esperar equivalia á denunciarse él mismo al gobierno, y con la conviccion de que á los quince dias se le pediria un plazo de treinta, porque alguno de los iniciados, no queriendo romper con el gobierno ni con la revolucion, sino estar siempre en posicion de gritar «viva quien vence,» deseaba ganar tiempo, diciendo como el charlatan de la fábula:

En diez años de plazo que tenemos,
el rey, el asno ó yo nos moriremos.

Convencido de que de aquella mina no se habia de sacar ni para pagar los gastos de la explotacion, el general Prim se volvia realmente á Madrid, aunque procurando conservar el tacto diplomático de no dar á conocer su descontento á los que le habian faltado.

A consecuencia de esto, nosotros, cumpliendo nuestra consigna, volvimos á Madrid tambien, y los que estaban prevenidos en diversas provincias para secundar el movimiento, recibieron igualmente la órden de estarse quietos, y la obedecieron como era su deber.

Al terminar este capítulo debo dar aquí un público voto de gracias al señor don Javier Carratalá y á su familia, que fueron los que nos alojaron en Alicante, y que no perdonaron sacrificio alguno para hacernos menos pesada nuestra situacion, cuando podia considerárenos como presos en una ciudad para nosotros desconocida, y en que para no ser notados ni siquiera nos era lícito salir á la calle.

La causa de que no se rompiera el dique en Valencia no fué seguramente el miedo, no fué la falta de fuerza en el torrente: las que se dieron para no levantar el pendon revolucionario no fueron razones, sino disculpas.

El fondo de la cuestion no le conozco; tiene este asunto una careta que no quiero levantar; pero por aquel tiempo la union liberal se hallaba en la oposicion: deseaba amedrentar á Palacio, apuntando contra él cañones cargados con granos de uvas, para ser llamada al poder por medio de una capitulacion. Viviendo del trono como de la gallina de los huevos de oro, la convenia amagar y no dar; viviendo de los abusos, la convenia no asemejarse al salvaje que corta el árbol para coger el fruto.

Algunos de sus partidarios se habian acercado á conspirar con nosotros, y comulgado en nuestras *agapas*.

Algunos se valian de nuestros jefes como de escaleras, ó como don Quijote de su caballo para alcanzar á la ventana.

Algunos... mas vale callar, pues segun los árabes, el silencio es oro.

Quizá, y esto no es mas que una sospecha mia, tales apuntes no sean ociosos á quien en otro tiempo, y teniendo que guardar menos consideraciones que yo, escriba la historia contemporánea.

XIX

Pamplona.

Estando el general Prim en Francia, recibí órden de marchar á Pamplona, donde debia estallar la bomba revolucionaria, segun se me decia por los sacerdotes de nuestro culto.

Partí en el primer tren *express*, acompañado, como siempre, por mi cuñado don Federico Gomez.

El plan de campaña no podia estar mejor combinado.

Pamplona, sublevada á las altas horas de la noche con toda su guarnicion á la voz del general Prim, debia iniciar el movimiento.

En el mismo instante, algunos de los iniciadores, con suficientes fuerzas militares á nuestra disposicion, partiríamos á Zaragoza, aprovechando el ferro-carril, mientras otros llegarían á Barcelona.



El gobierno recibiría la noticia del pronunciamiento de estas tres importantísimas ciudades al mismo tiempo como tres tiros de rewólver.

Tambien la recibirían, como los cristianos *el indulto universal*, otros puntos de España, dispuestos á secundar nuestros proyectos y á descargar sus martillos sobre el hierro candente que les pusiéramos en el yunque.

Los cuerpos de ejército comprometidos, viéndonos victoriosos; no vacilarían en seguir nuestros pasos, porque la mayoría es siempre abisinia y adora al sol naciente, y en menos de una semana podríamos hacer una revolucion tan rápida y mas radical que la últimamente verificada en el mes de setiembre.

No habia habido una delacion; no desvelaba al gobierno la menor sospecha; cada uno de los comprometidos estaba en su puesto á la hora marcada.

El general Prim, á quien no se vigilaba, atravesó la frontera sin dificultad, y casi tocaba ya las murallas de Pamplona.

El espíritu de los cuerpos era eminentemente revolucionario.

Los jefes manifestaban gran decision.

¿Qué podíamos temer?

Llegué á Pamplona y me alojé en la fonda, donde ya me esperaba el hoy brigadier señor don Manuel Pavía, encargado de decirme de parte del general Prim lo que habia de hacer para coadyuvar al movimiento.

El señor Pavía y yo no nos conocíamos apenas; nos vimos en la mesa redonda á la hora del almuerzo, y fingimos ser estraños el uno al otro; pero en medio de la conversacion general hallamos medic, tanto él como yo, de decir los números de nuestros cuartos, que estaban próximos.

Cuando nos hubimos retirado, el señor Pavía llamó á mi puerta y me dijo que me preparase, porque iba á tomar órdenes, manifestándome al mismo tiempo que estaba muy esperanzado.

Me vestí, cargué el rewólver, y esperé.

No tuve que esperar mucho; el señor Pavía volvió á los pocos minutos pálido de ira y esclamando:

—«Todo se ha perdido.»

BRIGADIER D. MANUEL PAVIA.



El jefe de las fuerzas militares de Pamplona era el señor Periquet.

En el momento en que el general Prim salia de Francia, el señor Periquet, quejándose de un ataque cerebral que repentinamente le habia acometido, partia para los baños de Puertollano.

El general Prim, en vista de que la guarnicion de Pamplona no osaba sublevarse sin su jefe, se vió obligado á retroceder, confiado á un contrabandista que le servia de guia, y que así como fué un hombre de bien que le salvó, pudo haberle vendido.

Nosotros, frustrado el golpe, no sabíamos qué determinacion tomar.

Pensamos en ir á Francia á recibir órdenes; pero no habiendo aún ferro-carril por el lado de Pamplona hácia el Pirineo, tardábamos mucho mas tiempo yendo á caballo por este lado que volviendo á Madrid, hablando á nuestros compañeros de la junta revolucionaria, y marchando despues á Francia por el ferro-carril del Norte.

Pavía, Gaminde, Gomez y yo, sin esperar la hora de comer, partimos para Madrid.

Antes de llegar á Las Casetas, el señor Gaminde bajó del tren á manifestar á un destacamento allí cercano que se aplazaba el rompimiento de los diques del Nilo.

Los tres que quedamos solos en el vagon reservado, y que llevábamos algunos dias sin dormir, habiendo sido vencidos del sueño por espacio de cinco ó diez minutos, no cambiamos de tren, y en vez de venir á Madrid fuimos á parar á Zaragoza.

Este contratiempo nos hizo perder un dia, y cuando llegamos á la córte, nuestros amigos nos dijeron que habian recibido instrucciones del general Prim, y que con arreglo á ellas era preciso esperar.

Por desgraciada que fuese esta expedicion, me proporcionó una ventaja: la de ganar un buen amigo.

Don Manuel Pavía, uno de los mejores oficiales de artillería de nuestro ejército, casi de mi misma edad, pues solo me lleva dos años, habiendo nacido el 2 de agosto de 1830, ha sido despues casi constantemente mi compañero en mis viajes revolucionarios; y tanto por su valor, por su lealtad y por su inteligencia, como por las

demás prendas morales que le adornan, es y merece ser estimado de todos los que le conocen.

Pocos han trabajado tanto como él en la revolución que ha dado por fruto el destronamiento de la dinastía borbónica, y no es seguramente de los que mas han conseguido en esta revolución. Quizá le perjudica el ser poco ambicioso.

Un pesar de aquellos que nunca se olvidan, que son una losa fúnebre que Dios deja caer sobre una existencia, que destruyen para siempre una parte del alma, corroe silenciosamente su corazón.

Tenia un hijo y una hija hermosísimos: dos ángeles que Dios le habia enviado para que sembrasen de flores delante de él la senda de su vida.

Una noche en tiempo del cólera estaba en la redacción de *La Iberia* hablándonos de ellos, de sus progresos, de sus esperanzas. Rebosábale en la voz y en las miradas la felicidad.

Cuando llegó á su casa, su hija Blanca estaba espirando.

Al día siguiente su hijo Pepe murió también, y aún recuerdo su dolor mudo, sin lágrimas, sin quejas, ante los féretros que se llevaban toda su felicidad.

Mas que adelantó en su carrera, busca el olvido en las tormentas revolucionarias, y por eso deja pasar delante de sí á tantos que valen menos que él y que han trabajado menos.

Pero cuando se tiene un alma como la del señor Pavía, la desgracia es un bien: engrandece. ¿Qué puede valer el que no ha padecido?

XX

Valencia.

Aunque con alguna repugnancia por parte del general Prim, que desconfiaba mucho del éxito, volvieron á entablarse los trabajos revolucionarios de Valencia, en vista de los ofrecimientos que al mismo general y á los señores Ruiz Zorrilla, De Blas y otros que allí estuvieron, hicieron los jefes de la guarnición.

Tambien esta vez el golpe parecia infalible.

Todos los jefes, escepto el Capitan general y el segundo cabo, estaban comprometidos en el movimiento.

La artillería, que no queria pronunciarse, convenia en salir de la poblacion; y parte porque la artillería sin infantería que la acompañe nada puede hacer, y parte por nuestras inteligencias con muchos sargentos, estábamos seguros de apoderarnos de ella en poco tiempo.

Debían respondernos en varios puntos de España diversos cuerpos de ejército, y sublevarse á nuestra voz algunas plazas fuertes.

Don Joaquin Aguirre, don Manuel Pavía, don Romualdo Palacios, don Bonifacio de Blas y yo, asistimos á diversas conferencias celebradas en casa del señor Quevedo, donde se alojaba don Joaquin Aguirre, y en las cuales todos los jefes y oficiales de la guarnicion reunidos manifestaron una y otra vez que estaban resueltos á romper las cadenas del pueblo con el filo de sus espadas.

Como una muestra de lo decididos que se manifestaban, citaré un hecho.

Hallándose reunidos en el piso bajo de una casa con mi amigo y condiscípulo el señor Zorrilla, debatiendo los medios de llevar á cabo el movimiento, alguno de los interlocutores levantó demasiado la voz.

Mi amigo Zorrilla les hizo observar que, dando las ventanas á la calle, podria oirlos algun agente de policia.

Y ellos contestaron:

—«¿Qué importa? Si ahora nos prendieran, esta noche seria la revolucion.»

El general Prim, sin embargo, seguia desconfiando, y los hechos probaron que no le faltaba motivo.

Convínose en que llegaria con un nombre supuesto en un buque extranjero á las aguas de Valencia; que haria una señal á su llegada; que esta seria tambien la señal de la revolucion; que en el momento en que las tropas saliesen de los cuarteles, él desembarcaria y se pondria al frente de ellas, y que entonces se publicaria la proclama que yo habia escrito al efecto y debia servirnos de programa revolucionario.

Con motivo de esta proclama debo decir una cosa de pocos sabida, y que de ningun modo es indiferente para la historia.

Yo la escribí, y el general Prim la firmó sin leerla. Él al frente del ejército queria ser el brazo de accion; pero confiaba al elemento civil la marcha política revolucionaria.

Así lo ha hecho en las demás ocasiones, y esto prueba la injusticia de los que han supuesto que queria absorber al elemento civil por medio del militar.

Llegó á Valencia el general Prim, y entonces los oficiales comprometidos nos manifestaron en una junta general que tuvimos, que era preciso modificar algo nuestros proyectos.

Exigieron que el general Prim bajase á Valencia antes de que las tropas saliesen de los cuarteles. Hubo que condescender.

Don Joaquin Aguirre fué á buscar al buque al general Prim, el cual bajó á Valencia en efecto, y quiso alojarse en el cuartel de que disponia el coronel Alemani; pero este no lo consintió.

Resolvióse que el movimiento se haria por la noche, á las tres; que una escolta de Carabineros vendria á la fonda del Cid á buscar á los que en ella estábamos, formando, por decirlo así, el estado mayor del general; que iríamos á buscar á este, y nos presentaríamos con él á las tropas.

Aquella noche los señores Palacios y Pavía, vestidos de uniforme, y mi cuñado y yo con los rewólvers cargados, sin tomar ya precaucion alguna para ocultar nuestros proyectos, estuvimos cenando y tomando té en la fonda del Cid mientras sonaba la hora en el reloj del Miguelete.

Sonaron las tres, sonaron las tres y media, sonaron las cuatro, y Valencia seguia durmiendo tranquila.

Solo de tiempo en tiempo oíamos el galope de algun ordenanza que iba en busca de algun oficial.

¡Qué horas de impaciencia y de angustia!

Cuando aclaró el dia, mi cuñado, que era de todos el menos conocido, se resolvió á salir para averiguar lo que ocurria, y media hora despues volvia á decirnos que el diablo habia tirado de la manta y todo estaba descubierto.

Los oficiales del regimiento de Borbon y el mismo coronel Ale-

mani se habian dejado prender, aunque eran muchos, por un hombre solo: el segundo cabo.

El general Prim, don Joaquin Aguirre, De Blas, y todos los que teniamos que tomar parte en esta sublevacion, nos encontramos descubiertos, delatados, perdidos, sin esperanza ninguna de llevar á cabo nuestra empresa.

No quisimos darnos á partido sin embargo hasta apurar el último recurso, y descubierta ya la conspiracion, Pavía, Palacios y yo recorrimos los cafés, las casas de los militares presos, los cuarteles, los círculos en que se reunian los oficiales, los círculos en que se reunian los sargentos, ofreciendo á los unos, amenazando á los otros, hablando á estos con dulzura, á aquellos con ira, procurando por cuantos medios estaban á nuestro alcance hacer estallar la mina... Pero era inútil todo nuestro trabajo, porque la pólvora estaba demasiado mojada.

Un hecho probará hasta qué punto habian llegado nuestra impaciencia y nuestro delirio.

No queriendo pronunciarse ningun cuerpo si no iniciaba el movimiento el regimiento de Borbon, cuyos oficiales, como queda dicho, estaban presos, resolvimos entre media docena de hombres apoderarnos de la guardia del cuartel á la hora de la lista.

No se me olvidará mi querido amigo el catalan señor Garriga; que era uno de los mas dispuestos para acometer tan temeraria empresa.

Es una especie de Portos á quien no se puede dar la mano, sino el puño cerrado; y cuando á Federico y á mí nos veia cargar los rewólvers, nos preguntaba:

—«¿Para qué llevan ustedes eso?»

—Cada uno de nosotros tiene que luchar con cincuenta,—le contestábamos,—y por lo tanto no tiene nada de extraño que nos prevengamos.

—«¡Bah!—esclamaba él.—Al que yo dé un bofeton ni la caridad le levanta. Peguen ustedes como yo, y que vayan á contar lo sucedido al Padre Eterno.»

Y la verdad es que el hombre á quien él pegase un puñetazo solo en el otro mundo podria contar que le habia recibido.

Las pocas personas que nos ayudaban en el cuartel, á pesar de nuestras amenazas se negaron de todo punto á auxiliarnos en los últimos momentos. Quedamos solos y vendidos.

Un escelente liberal, hombre de humilde condicion, pero de corazón levantado y de alma noble, don Vicente Jimenez, honrada y desinteresadamente nos dió abrigo en su casa cuando éramos perseguidos como perros rabiosos.

Allí tratamos la manera de salir de Valencia.

Habia que salvar á dos personas: á don Juan Prim y á don Joaquin Aguirre. Mi cuñado y yo nos encargamos de este último: los demás de don Juan Prim, que por último tuvo que escapar en una barca de contrabandistas sin alimento y sin abrigo.

Yo pude escapar tambien sin ser preso, merced á una circunstancia extraordinaria: á que el gobernador de Valencia, un jefe militar del regimiento de Borbon y yo teníamos el mismo apellido. Se mandó prender á Rubio; se dijo que ya estaba preso (el jefe militar): se añadió que al otro; se dijo que era el que habia delatado la conspiracion y que tenia toda la confianza del gobierno (el gobernador); se dijo entorces que al otro, y no hallando manera de calificarme, se me señaló oficialmente como en algunos periódicos, diciendo: «Conocido por su desaliño en el vestir;» pero mientras tanto yo habia tomado un billete del ferro-carril y llegado á la coronada villa.

En el trayecto hubo un hombre que probablemente no sabe todavía el peligro que corrió.

Veníamos en un vagon don Joaquin Aguirre, mi cuñado y yo: entró un desconocido cuyo aspecto nos pareció sospechoso: observamos que llebava un rewólver en el bolsillo de la levita, y que hacia señas de inteligencia á los guardias civiles que encontrábamos en el camino: le consideramos como de la policia, y estábamos resueltos á matarle y arrojarle en el primer túnel que encontrásemos.

Afortunadamente antes de llegar á los primeros túneles cambié de vagon.

Si alguna vez lee los cuentos de D'Hawthorne y entre ellos el titulado *Los caprichos de la suerte*, podrá asegurar que á él le ha pasado algo semejante á lo que le pasó al héroe de la novela anglo-americana.

A todos los que teníamos parte en el movimiento, esta catástrofe nos produjo una sobreescitacion semejante á una verdadera enfermedad.

De los jefes y oficiales comprometidos con nosotros hubo dos especialmente que no podian consolarse, y que resueltamente, si no los hubiéramos contenido, se hubieran lanzado al campo por sí solos: los señores Acosta y Zalamero.

Acosta está hoy postergado: de Zalamero nada sé; solo entonces le vi, y no he tenido despues noticias tuyas. Sin embargo, *suum quique*.

XXI

Semiesplicaciones.

¿Por qué fracasó lo de Valencia?

La esplicacion oficial puede reducirse á los siguientes términos:

El gobernador de Valencia, habiendo recibido por medio de la policía la noticia de que en algunas tabernas los hijos de la huerta trataban de sublevarse, contando con el apoyo de algunas fuerzas de la guarnicion, lo participó al Capitan general, que envió al segundo cabo á recorrer los cuarteles, y sorprendió en los preparativos de la rebelion al regimiento de Alemani.

Pero esto es una capa que se tiende al toro, para que dando con los cuernos en el aire, no toque al cuerpo del torero que va á clavarle la espada.

Habia algo mas: habia la union liberal, que queria amagar al trono para hacerse temer, pero que temia al mismo tiempo aplicar la mecha al pañol de la revolucion; y ya que hablo de la union liberal, aunque sea anticipando los sucesos, diré algunas palabras respecto á una obra recientemente publicada que tiene gran importancia política, que está escrita por una de las personas que con mas conocimiento de causa y mejor discernimiento pueden tratar los

asuntos de nuestros dias, y ante la cual yo de ninguna manera puedo guardar silencio.

XXII

O'Donnell y su tiempo.

Con este título ha escrito mi querido amigo don Cárlos Navarro y Rodrigo, de quien ya he tenido ocasion de decir alguna palabra en este libro, un tomo de trescientas páginas que será consultado en el porvenir, pero del cual tengo que hablar muy mal, aunque por causas que saben ya mis lectores, quiero al autor muy bien.

Este libro tiene dos defectos, como todos aquellos que sobre Historia contemporánea escribimos los soldados de la nueva idea. A la manera de los que suben por una escarpada montaña, escurriéndose en un sitio, agarrándose en otro á una mata de ortigas ó á un espino, apoyando aquí la mano en un nido de serpientes, y mas allá en una piedra que sirve de escabel á la madriguera de un leon, reparamos poco en el modo con que llegamos á la cumbre, siempre que sea digno, y siempre que no haya corrido peligro en la travesía mas que nuestra existencia corporal.

Es triste que no podamos prescindir de la pasion política al ocuparnos en el juego de las pasiones contemporáneas; pero siempre que vemos á los personajes que en nuestro escenario representan, nos interesamos por ellos en favor ó en contra, como los jugadores de ecarté, en cuyo favor ó en contra de los cuales hemos puesto; y es cosa estraña: se dice generalmente, que ningun padre ve los defectos de sus hijos, pero que los hijos, como el de Noé, ven frecuentemente la desnudez de su padre.

Pues bien; en política lo mas comun es que los padres que nosotros adoptamos, y que de nosotros no se acuerdan, mientras no vemos los suyos observen con microscopio los defectos de sus hijos.

Mi querido amigo don Cárlos Navarro y Rodrigo habla de

O'Donnell y de su familia como de un semidios, y de sus vástagos como de un árbol que produce manzanas de oro; pero aquí conviene el recordar aquello que decia Moreto:

«Al que por un vidrio mira
Estando en color teñido,
Todo lo que ve por él
Parece color del vidrio.»

El general O'Donnell perteneció á una familia irlandesa que tendria en sus principios luchas bárbaras, dignas de ser cantadas por Walter Scott, pero que cuando vino á España no se distinguió seguramente por cierta clase de sentimientos que los Quijotes del siglo XVIII apreciaban mucho y apreciamos mucho tambien sus descendientes.

En las Memorias de Fernando VII hay ciertas Memorias del conde de La Bisbal, que sirvió á dos partidos á la vez para cobrar y medrar con ambos, que no son para trascritas en ninguna genealogía. Aquello de ir en la restauracion á oír misa á ciertas iglesias, y tomar nota de los que se arrodillaban mas ó menos con una ó con dos rodillas á la elevacion de la hostia, es muy propio de un familiar del Santo Oficio, pero no de un capitán general. Aquello de estar encargado por el gobierno revolucionario del año 20 de defender á Fernando VII y hacerle traicion, es muy propio de un vividor, pero no de un hombre decente; y en cuanto á lo del año 23, no quiero calificarlo.

En las Memorias del general Mina hay un párrafo en que se habla de otro pariente de O'Donnell, cuya conducta dió tal horror á los franceses, que le rechazaron cuando entregaba una plaza cuyo mando le estaba encomendado; y habiéndoseles presentado una noche, le devolvieron atado á los españoles, diciéndoles que comprendian que no era culpa suya estar á las órdenes de un jefe traidor.

Nada me estrañan estos antecedentes de la familia del general á quien Cárlos Navarro ha querido enaltecer: el árbol se conoce por el fruto, segun dice el Evangelio, pero no siempre el fruto se conoce por el árbol; y prueba de ello es el mismo Cristo, que segun el mismo Evangelio, procede de una larga série de incestuosos y prosti-

tutas. Lo único que encuentro yo censurable en esta parte de la obra de mi querido amigo es que haya querido llevar su admiración á O'Donnell hasta el punto de quererle suponer antecesores honrados.

Que combatió bien en la guerra civil. Esto es sabido, y sin que se hubiera escrito, indudable: era español.

Aquí no tenemos la costumbre de enaltecer nuestros combates tanto como los extranjeros, quizá porque encontramos muy natural que cuando dos ejércitos luchan, no se decida la victoria hasta que no queden en pié ni la cuarta parte de los combatientes de uno ó de otro bando.

En otros países luchan cien mil hombres por una parte, doscientos mil por otra, y cuando al cabo de tres dias han muerto doscientos, lo que prueba que han tirado siempre á no dar, se dice que han dado una batalla memorable: solamente en los combates de los republicanos franceses se daban verdaderas batallas á la española; solamente aquellos soldados, pastores, agricultores y artistas el dia antes, Generales el dia despues, sabian tirar la vida como nosotros lo hacemos á la fortuna, como un bolsillo á un mendigo en un momento de embriaguez de sangre.

No es pues extraño que un general, hijo de una familia trasplantada á España, y que se habia nutrido con la sávia de este suelo, tuviera tambien los ánimos que todos tienen en nuestro país, y que su sangre, aunque irlandesa, hirviera al calor del sol que hizo hervir la de Viriato y la del Cid.

Sin embargo, no puedo convenir en que sea digna la estatua que haya de colocarse sobre la tumba del general O'Donnell de todos los laureles con que quiere coronarla el señor Rodrigo.

En la guerra civil se portó como un digno soldado; pero sus últimos momentos, aquellos en que se apoderó de tantas fortalezas en tan pocos dias, son poco dignos de tomarse en cuenta. No era un conquistador: era un oficial que quita las espadas al ejército vencido.

En 1841, su entrada en Pamplona fué digna sin ser sorprendente: yo he andado mas camino que él con igual condena por lo menos y por peores caminos, ó al menos mas espuestos á las pesquisas de la policía, sin creer por eso que mi viaje debiera mencionarse en

un documento público sino en tono de broma; pero la retirada ¿qué fué despues de un bombardeo á una ciudad indefensa, y un abandono de los cuerpos que en él confiaban?

Si los muertos hablasen en el otro mundo, ¿qué cuenta no le habrian pedido ahora los que murieron entonces?

En 1854 tendria una decision íntima é inquebrantable de no manifestarse progresista; pero verdad es tambien que no perdonaba medio de hacerse considerar como progresista en los primeros dias; que decia en las Córtes Constituyentes que era indigno de ser oido el que no creyera que estaba identificado con la revolucion, porque antes de proclamar algo que no proclamasen aquellas Córtes perderia la cabeza; aquellas Córtes que ametralló, prefiriendo morir de un empacho de ostras á un empacho de legalidad.

En 1856 estaba decidido á romper mucho antes de los dias del combate. Se le advirtió al general Espartero; este dijo:

—«Sé que se me tiende un lazo; pero nos hemos abrazado el general O'Donnell y yo; nos hemos dado palabra de ser leales el uno para el otro: el que falte será un villano, y yo no quiero serlo.»

El general O'Donnell ametralló á las Córtes Constituyentes, envió al general Espartero á Logroño, y cayó menos ruidosamente, pero de una manera mas cómica, en un rigodon de Palacio.

Durante el quinquenio de la union liberal, don Cárlos Navarro se entusiasma con los presupuestos del señor Salaverría, que daba una cuenta á las Córtes y otra al país, como puede verse en el Tribunal Mayor de Cuentas; pero de esto no hay que hacer responsable á O'Donnell, porque el que se atrevia á ser ministro sin entender de leyes, bien podia atreverse tambien sin saber Aritmética.

La gran llaga cancerosa que aqueja á nuestra Hacienda, hecha está con la espada de la union liberal, con aquella espada menos feliz que la lanza de Longinos, pues no ha conseguido abrir los ojos del malvado que heria con la sangre del costado del herido.

En la guerra de Africa, el general O'Donnell sirvió como buen soldado; pero estuvo muy lejos de valer como general hasta el punto en que han querido tasarle sus amigos.

El cardenal Jimenez de Cisneros, en un tiempo en que los moros del Riff tenian armas iguales á las nuestras, y nuestras mismas cos-

tumbres, y el conocimiento de nuestra táctica y mas recursos que nosotros; el cardenal Jimenez de Cisneros, haciendo la guerra á su costa contra el parecer del rey Fernando; el cardenal Jimenez de Cisneros, como sabe perfectamente el señor Navarro y Rodrigo, que ha escrito de él una historia tan bella, hizo mas en Africa que el general O'Donnell; es decir, que en lucha con los extranjeros, O'Donnell valia menos como militar que un pobre franciscano del siglo xv.

La cuestion de Africa O'Donnell no la vió, no la sintió: vió allí un medio de conseguir laureles que le enaltecieran: vió el medio de proporcionarse á sí mismo y á su partido un triunfo que entretuviese por algun tiempo al país.

A algunos gobernantes se les figura que los países son niños, y procuran distraerlos con victorias como con juguetes, por mas que se las hagan pagar demasiado caras; pero el general O'Donnell no llegó nunca á comprender la trascendencia que una guerra con Africa debia tener para nosotros.

En una guerra de esa especie, para un hombre político, lo menos importante es Marruecos; lo mas son Gibraltar y Argelia.

Si no nos estendemos, cumpliendo el testamento de Isabel la Católica, mas allá del Estrecho, quedamos encerrados por Francia en un círculo de hierro. Si hubiéramos hecho algo como lo que Francia hace en Argelia, y por la misma razon, Inglaterra nos hubiera dado las gracias al cabo de algunos años porque nos quedásemos con Gibraltar.

No era una cuestion para nosotros de probar nuestro valor. ¿Quién le ponía en duda?

No lo era tampoco de vengar ofensas que antes se hacian, que hoy se repiten, y que, á pesar de la guerra de Africa, se repetirán mañana. La diplomacia nos hubiera procurado una satisfaccion (y los partes oficiales lo prueban) tan completa como la que obtuvimos despues.

Se trataba de una cuestion de porvenir nacional, de una cuestion eminentemente española, y el general O'Donnell la redujo á una cuestion eminentemente personal, á una cuestion de oros y espadas.

Otros de sus compañeros, otros de los que ensalzaron aquel he-

cho de armas, la redujeron mas aún, es verdad, se quedaron con lo restante de la baraja, se quedaron con las copas y los bastos.

¿Qué ha quedado de la cuestion de Africa para España? Un recuerdo de impotencia, una caricatura inglesa que presentaba á nuestro ejército como un ejército de tortugas marchando por el *campamento del hambre*; la memoria de que se enseñaron en Madrid unos cuantos moritos, como muestra de lo que eran nuestros vecinos; ciertos jefes graduados quizá á consecuencia de no haber entrado en fuego; muchos soldados muertos, y mas de uno y mas de dos pidiendo limosna inválidos por las calles de Madrid.

Al ir á Africa dijo el general O'Donnell:

—«La gloria para el ejército; la responsabilidad para mí.»

Como siempre, el trabajo fué para el ejército y la gloria para el general en jefe; el soldado se batió, y no obtuvo ni siquiera dos años de rebaja; el general obtuvo el título de duque de Tetuan, ducado *in partibus infidelium*.

De la guerra de Santo Domingo no quiero tratar. Cuando el gobierno del general O'Donnell la empezó habló al país de manera (y sigo refiriéndome á documentos publicados en la *Gaceta*) que patentizaban no entender el ministerio de Historia ni Geografía.

Hay en la union á España de Santo Domingo y en su separacion de España, algo que no ha llegado todavía la hora de decir; ¡pero que la sangre derramada caiga sobre la cabeza de los que han mirado una cuestion, por decirlo así, subterránea, con la indiferencia de una jugada de ajedrez!

Y lo mismo digo de la cuestion americana. Habian persuadido á Isabel II de que Isabel I era la aurora y ella el sol. Isabel I tenia un confesor que se llamaba Jimenez de Cisneros; Isabel II tenia otro que se llamaba el P. Claret. Entonces Fernando el Católico, ahora Francisco de Asís; entonces el Gran Capitan, ahora Narvaez; entonces Santa Teresa de Jesus, ahora sor Patrocinio; entonces Cristóbal Colon, y ahora el inventor de la navegacion aérea.

Pues bien; Isabel II tenia el empeño de clavar como un puñal la cruz de Cristo sobre el corazon de América, que en tiempos de Isabel la Católica se habia descubierto, y hé aquí el pensamiento á que obedeció nuestra política ultramarina durante el mando del ge-

neral O'Donnell, del que llevaba los inolvidables cirios en la inolvidable procesion de la vírgen del Olvido.

¡Cuánto mas hubiéramos adelantado bajo el punto de vista político y bajo el punto de vista comercial, recordando respecto á América un refran que sabe el último hombre del pueblo: «Mas moscas se cazan con miel que con hiel,» y atrayéndonos los pueblos de nuestra raza que son hijos nuestros, que hablan nuestra lengua y profesan nuestra religion; atrayéndolos, digo, por medio del convencimiento, y no procurándolo por medio de la espada!

Respecto á la cuestion de Méjico, el señor Navarro y Rodrigo en una nota hace una aclaracion gravísima, y acerca de la cual, ó por lo menos de su espíritu, he de insistir tambien en otra parte de este libro.

Dice que el gobierno tenia una política é Isabel II otra; lo cual significa que Isabel II se burlaba del gobierno, y habia dado órdenes al general Prim para que hiciese en Méjico otra cosa de la que el general O'Donnell, presidente del Consejo de Ministros, le habia encargado.

Esta indicacion es tan grave por todos conceptos, que á pesar de estar seguro de la veracidad de mi amigo el señor Navarro, dudo si le habrán engañado, y no puedo tomar sobre mí su responsabilidad.

Pero si fuese lo que el señor Navarro dice, la indicacion mia respecto á la política régia en la cuestion americana, tendria en esto una nueva confirmacion.

El señor Navarro y Rodrigo cuenta bastante bien lo ocurrido en Madrid el dia 22 de junio de 1866. Los generales de quienes habla estuvieron efectivamente en los puntos y con el valor que dice; del de Serrano y de Concha puedo dar fé. Este último dió una carga á la bayoneta como pudiera un capitan deseoso de ascender ó de quedarse en el sitio, jugando el porvenir á un copo; pero en cuanto á que O'Donnell se mostró magnánimo despues de la victoria, ¿qué he de decirle, si O'Donnell inventó el fusilamiento por entregas?

Mas me ha dolido lo que han hecho otros gobiernos despues, gobiernos á quienes, esperando una amnistía, algun progresista ha aplaudido, y que escondidos tras el muro de cieno de la policia, han

disparado contra nosotros el venenoso dardo de la calumnia; pero no se me olvidará jamás el espectáculo que ofrecian aquellos pobres sargentos que bajaban á ser fusilados por la calle de Alcalá, y que ¡cómo se harian los procedimientos! no todos eran insurrectos; mas de dos habian sido encontrados atados por sus compañeros en el cuartel.

Cuando trata de las coaliciones tiene Cárlos Navarro un estilo á veces sublime; pero como pretende defender una conciliacion que en el fondo encierra el mismo veneno que todas las coaliciones, yo, que no aprecio la pildora por dorada, y mas temo al abismo cuanto mas cubierto está de rosas, rechazo sus pensamientos como verdugos vestidos de seda y oro.

Comprendo, y no me cansaré de repetirlo, la coalicion para derribar; para edificar, no es posible. El contubernio de los políticos que la contraen prueba siempre una ignorancia supina, ó el afan de repartirse un presupuesto en que cada uno espera adjudicarse la parte del leon.

Respecto á la insurreccion de enero, el autor es justo.

Desmintiendo las voces que corrieron de que no se nos habia alcanzado por falta de deseo, y porque el movimiento era una farsa de teatro ajustada entre O'Donnell y Prim, se espresa del modo siguiente:

«No hubo choque, porque sin duda no entraba en el plan del marqués de los Castillejos, y por cierto que esto, segun algunos, fué una fortuna para el gobierno, porque temian el resultado de una escaramuza de los insurrectos con cualquiera de las dos divisiones, entre las que habia oficiales comprometidos, segun despues se supo, y muchos soldados moralmente en rebelion. Como temieron que el conde de Reus en las primeras horas del movimiento se apoderara de la caballería de Alcalá, de una importancia tan decisiva; como temieron que se pusieran siquiera á la vista las tropas sublevadas de las que las perseguian, porque en esos casos son grandes la influencia y la atraccion que sobre tropas á medio sublevar ejercen las fuerzas sublevadas con entusiasmo y por completo; como temieron que la fuerza rebelde se constituyera en Molina de Aragon ó en otro punto parecido, adonde tardarian en llegar fuerzas del gobierno, tocando á rebato por las inquietas comarcas que baña el Ebro;

como temieron que se presentase por las cercanías de Madrid, en donde su aproximacion y su presencia habrian sido de un efecto moral inmenso, decidiendo á los que el rumor público designaba como conjurados; como temieron, por último, que embistiera sobre el marqués del Duero, allá en los campos de la Mancha, con la temeridad que distingue al conde de Reus, cuando sin tropa regular alguna se le presentó aquel de frente para cerrarle el paso de Andalucía.

»Nada de esto hizo el señor marqués de los Castillejos, sin duda porque sus amigos no pudieron darle aviso de la situacion de las cosas en todas partes; quizás desalentado por la falta de decision, aunque sobrase el estéril entusiasmo de los pueblos que recorría; acaso por otras causas que nosotros desconocemos, y tuvo que refugiarse bien pronto en Portugal. O'Donnell anunció este rápido fin, y solía decir á sus amigos de confianza: *«Estoy batiendo á la sublevacion con regimientos medio sublevados.»*

Solamente los políticos de café podían suponer que Prim y O'Donnell estuvieran de acuerdo.

Un contrato secreto entre la reina y Prim hubiera sido al menos mas verosímil; no hubiera creído en él ninguna persona honrada de las que no pueden comprender que haya una moral en política y otra en la vida particular, que es como decir que háya una religion para los curas y otra contraria para el pueblo; pero nada hubiera tenido de extraño que los maliciosos hubieran supuesto, recordando los antecedentes de la política borbónica y la oposicion al retraimiento de Prim, de Ruiz Zorrilla y algunos otros, la existencia de un complot en el cual Isabel II quisiera deshacerse de Prim desacreditándole, y este hubiera mordido el cebo ofrecido en particular, de la esperanza de ser ministro.

No era esto verdad; pero se comprendía siquiera, repito, que alguien lo creyese.

Los rumores que desmiente el señor Navarro no eran siquiera verosímiles. En cuanto á que el general Prim no se atreviese á dar un combate por falta de valor, no hay para qué desmentirlo; si no le dió entonces, si no hizo ninguna de las cosas que O'Donnell temía, segun el señor Navarro, y que alguno quizá le aconsejó sin ser

militar, consistió sin duda en que su clara inteligencia le demostraba que con setecientos caballos y seis cartuchos por hombre no se podían intentar, sin comprometer una reputación justamente adquirida, empresas siempre arriesgadas.

Un general, por valiente que sea, debe guardarse de aparecer como calavera.

Si después el general Prim no estuvo en Madrid ni entró en España en agosto, cuando todos los generales entraron, su explicación ha dado en el Manifiesto publicado más tarde en París.

En cambio estuvo en Cádiz en la fragata de guerra y más tarde en Cartagena, corriendo en uno y otro lado todos los peligros que allí podrían correrse.

La actitud de O'Donnell en sus últimos momentos está también pintada por el señor Navarro con más entusiasmo que verdad.

O'Donnell no tenía un corazón que latiera unísono con el del pueblo; le consideraba como el domador á la fiera, y tenía mucho miedo de que, libertándole, le ocurriese una aventura semejante á la de don Quijote cuando libertó á los galeotes. Esto era natural en quien llamaba á España un presidio suelto, y para guardar su cabeza no tenía siquiera el yelmo de Mambrino.

Había combatido siempre como Narvaez, apoyando la espalda en la pared de Palacio; pero no había aprendido á combatir sin tener la espalda guardada. Esto fué un mal para él, y lo es para muchos de los políticos actuales, que quieren aplicar el mismo plan de batalla en diferente terreno.

O'Donnell no se atrevía á cortar con su espada el tronco borbónico; le parecía que si aplicaba la mecha á la Santa Bárbara del buque de la dinastía, volaría con él.

O'Donnell no se atrevía, á pesar de las indicaciones reticentes que hizo á don Carlos Navarro, á tomar sobre sí la responsabilidad de la Regencia, porque se acordaba de que Espartero no pudo sostenerla más que dos años, á pesar de su popularidad y de un talento que solo los que ven las cosas de lejos pueden negarle, porque desde su cuna humilde hasta Regente del Reino no llega sin intrigas sino quien tiene una cabeza muy bien organizada y un corazón muy bien puesto.

O'Donnell estaba á ver venir, cuando solo vió la muerte.

Á consecuencia de su misteriosa y triple enfermedad dejaremos hablar al señor don Cárlos Navarro, que subiéndose á la tribuna de las arengas á la manera de Antonio en la tragedia de Shakespeare, aunque queriendo ocultar su posicion, esclama:

«No ya por nuestra parte, tambien por la de la union liberal, habria sido una gran profanacion presentar los restos de O'Donnell á la multitud para despertar su entusiasmo y levantarse con su favor, imitando á los vengadores de César, que convirtieron su cadáver en pedestal de su ambicion, cuando es notorio que aquí no hay asesinato, hay una muerte natural, y á nadie puede decirse lo que á Bruto: *«¡Hé ahí la obra de tu ingratitud!»*

Y añade en una nota:

«No queremos autorizar con esta reticencia el rumor absurdo en que ya nadie cree, que circuló á la raíz de la muerte de O'Donnell, atribuyéndola á envenenamiento. O'Donnell no murió envenenado, pero lo mató la ingratitud de doña Isabel II, por quien habia tenido siempre gran debilidad; y de tal modo esto es cierto, que vedándose expansiones sobre este punto, mas de una vez se le sorprendió por las playas de Biarritz hablando solo, llorando los males de la patria é increpando á la Reina.»

Aunque durante el reinado de doña Isabel II hayan ocurrido tantas muertes misteriosas, y que han dado alimento á la murmuracion del vulgo, estoy convencido de que el general O'Donnell no murió envenenado, tan convencido como lo está su familia y como el señor don Cárlos Navarro.

Hasta aquí he referido el primer defecto del libro; el segundo es mas grave aún, y lo siento tanto mas, cuanto que yo no puedo por menos de incurrir en él en el mio.

No es dable á un escritor honrado decir todo lo que piensa de la situacion, ni todo lo que siente respecto á los sucesos contemporáneos.

La gratitud unas veces, la conmisericacion otras, sellan la boca.

Los hombres políticos poseen secretos ajenos depositados en sus manos como un tesoro, y de que no les es lícito disponer.

Hay una verdad que puede decirse, y otra que es preciso callar:

se enseña el árbol, pero no las raíces; se enseña el niño, pero queda siempre oculta la concepcion.

Pero bastante hemos hablado de los lunares; digamos ya algo de las bellezas.

El libro del señor don Cárlos Navarro está admirablemente escrito. Su frase, si no siempre correcta, es constantemente parlamentaria: revela al orador mas que al escritor, y muchas veces reúne el mérito de ambos.

Períodos tiene cincelados como las mas pulidas joyas de las mas bellas favoritas, y además hay en él una riqueza de datos, que seguramente explotarán como una mina de diamantes los siglos futuros. Por eso la obra de don Cárlos Navarro, que en ella revela sus nada comunes dotes políticas, vivirá cuando hayan muerto las de muchos retóricos de nuestra edad.

Los curiosos de los siglos futuros buscarán y encontrarán en ella datos sobre el presente que no podrian agenciarse en otro lado, y aquilatarán con éxito el valor de sus palabras, de las cuales no hay una que no esté bien pesada y bien medida y que (este es el mérito de los buenos libros) no encierre muchas ideas, como un capullo muchas semillas.

El vulgo ve las hojas del capullo: el docto le abre, recoge las semillas y las aprovecha para su huerta.

Adversario político del señor don Cárlos Navarro, y siendo su libro un ariete contra mi sistema político, doy sin embargo al autor la enhorabuena por haberle escrito, y deseo, para bien de mi país, que por todos mis adversarios de distintos ejércitos se escriban otros semejantes.

XXIII

Otros proyectos.

Despues del fracaso de Valencia hicimos varias tentativas para llevar á cabo la revolucion; pero ninguna de ellas merece contarse. Fueron puñaladas al aire.



La mas notable tuvo lugar durante la noche en que, cayendo el partido moderado, fué sustituido en el ministerio por los unionistas.

El general Contreras, don Manuel Becerra, don Manuel Ruiz Zorrilla, Carretero, Serrano, Gaminde y otros varios procuramos aquella noche dar un golpe de mano improvisado, pero que no pudo tener efecto.

Nuestras derrotas nunca nos desanimaban; éramos hijos del general *no importa*, y se habia aceptado una máxima de jugador que yo proclamaba.

Doblando siempre, no necesitábamos mas que un momento de fortuna para hacer saltar la banca; y el banquero, esto es, el gobierno, para subsistir, necesitaba ganarnos todos los copos.

Parecerá estraño que conspirásemos, aunque solo fuera por un momento, con Narvaez y Gonzalez Brabo: el público, que solo ve la representacion, no juzga siempre con acierto respecto á los actores.

A mí me ha parecido de continuo mas estraño que conspirásemos con los unionistas.

A Gonzalez Brabo le comparo yo con la catedral de Córdoba, mi patria. Todas las piedras de esta catedral están gritando constantemente con un lenguaje que, si no hiere los oidos, comprenden perfectamente los ojos: «Dios es Dios, y Mahoma es su profeta;» y sin embargo, la mezquita de la Zeca es hoy un templo cristiano.

Gonzalez Brabo no tiene en su cuerpo un átomo que no sea eminentemente revolucionario, y sin embargo es moderado y reaccionario y tiránico.

En cuanto á Narvaez, todos los que le conocieron saben que era progresista, y que si se lanzó al partido moderado fué por la misma razon que obligó á Byron á ser clásico en vista de que Shakespeare habia sido romántico.

El general Espartero, poniéndose al frente del partido progresista, no dejó á Narvaez sino el partido moderado para poder ser jefe en él, y el general Narvaez prefirió ser cabeza de raton á cola de leon.

El partido unionista se hallaba en distintas condiciones.

La verdad es que no hay mas que dos partidos, uno reaccionario, y otro liberal.

El partido reaccionario se divide en muchas fracciones: en absolutista, en moderado, en unionista. El partido liberal se divide tambien en progresistas y demócratas; pero realmente estas fracciones nada significan; quedan solo dos grupos: uno que quiere la soberanía del pueblo, y otro la de una autoridad ficticia; uno que quiere el derecho, y otro que quiere la coaccion.

Algunos hay que han considerado á la union liberal como un partido intermedio, como una penumbra; pero se han equivocado: la union liberal no representa mas que la última evolucion del partido moderado, el cual, histórico y no histórico, no es á su vez sino una manifestacion tambien del partido absolutista, que se ha mudado de traje, pero no de naturaleza.

Fíguraos un señor del siglo pasado que viviera aún: ya no llevaria ni el sombrero ni el calzon ni la coleta ni nada de lo que llevaba cuando era jóven; pero no por eso dejaria de ser el mismo. Pues el partido absolutista para vivir entre nosotros tiene que vestirse á la moda moderna, y sosteniendo el despotismo ministerial que siempre ha sostenido, porque no hay rey absoluto que haya gobernado por sí, sino por medio de sus favoritos, tiene que llamarse moderado ó unionista, y guardar ciertas fórmulas del sistema representativo, que por medio de la corrupcion hace ilusorio, que convierte en una verdadera farsa.

Por esto no hacíamos diferencia entre unionistas y moderados en punto á reaccionarismo, y en *La Iberia* del 12 de agosto de 1865, habiéndonos acusado de querer contraer alianzas con los unionistas, escribia yo los siguientes párrafos, que creo deben tomarse hoy muy en cuenta, aunque no sea mas que por el gran asentimiento que tuvieron entre las masas del partido progresista en aquella época, y por lo que ha ocurrido despues.

Decia yo entonces:

«En estos momentos se habla de si el partido progresista contraerá compromisos, hará alianzas con los enemigos del pueblo, con partidos que aunque quisieran ser liberales no podrian serlo, porque no está en su naturaleza, porque si lo fueran dejarian de ser lo que son. ¡Qué insensatez! El partido progresista, el gran partido liberal español no ha de tender una mano á la reaccion que se va, y á quien

siempre ha combatido; no ha de comprometer su nombre, su crédito, la pureza de su historia para que no acabe la enfermedad que está corroyendo á España hace tantos años, y que siempre hemos procurado estirpar.

»No cabe alianza, no, entre los liberales y los unionistas; no cabe engaño entre ellos y nosotros. ¿Por ventura, no nos han dado ya muestras de lo que son? ¿Qué crédito hemos de dar á sus palabras los que les hemos visto romper tantas solemnes que nos han dado? Si ahora se presentan liberales es porque les conviene ser hipócritas; pero bajo el disfraz que han adoptado llevan oculto el puñal con que quieren asesinarlos, y no tan oculto que no veamos relucir la hoja envenenada. Menos paz podemos tener con ellos y menos alianza, que con los que se nos presentan francamente reaccionarios, porque estos son mas traidores; aquellos son el puñal y estos el veneno; aquellos nos presentan la batalla en campo abierto, estos nos presentan lazos y emboscadas.»

Queda pues esplicada nuestra conducta en las conspiraciones de aquellos dias en que habia una separacion completa entre el mundo oficial y el país, y en que nos veíamos obligados á aceptar para salvar á nuestra patria toda clase de elementos, á semejanza de los soldados del pueblo elegido por Dios, que alguna vez para tomar una plaza no vacilaron en valerse de las rameras.

En todas estas conspiraciones siguió trabajando y prestando grandes servicios mi querido amigo, hoy tesorero central, don Inocente Ortiz y Casado, de quien me permitirá el público que diga algunas palabras.

Esa moneda mas se encontrará por los viajeros del porvenir.

XXIV

Don Inocente Ortiz y Casado.

Nació en Estremera, pequeña villa de la provincia de Madrid, el 28 de diciembre de 1823, siendo su padre farmacéutico de dicho pueblo.

Á los diez y seis años tomó las armas en defensa de la libertad, ingresando en la Milicia nacional, que en aquella, como en la mayor parte de las poblaciones de España, se habia organizado contra los carlistas, mostrando desde un principio un corazon templado para toda clase de luchas y una fé inestinguible en las doctrinas liberales.

La viveza de su imaginacion, su corazon ardiente y apasionado, y la energía y entereza de su carácter, le hacian mas apto para las animadas contiendas políticas que para dedicarse á las tranquilas y sublimes abstracciones de la ciencia. Así que, á pesar de haber cambiado las armas por los libros, trasladándose á Madrid el año 43, no abandonó la política, y el 48, despues de concluir la filosofía y de haber cursado algunos años de leyes, se vió precisado á abandonar la capital para sustraerse á las persecuciones de los reaccionarios que habian conseguido sofocar en España la chispa revolucionaria que por aquel tiempo conmovió á la Europa entera.

Vuelto al seno de su familia, nunca llegó á dudar del triunfo de sus ideas, no obstante el general desaliento, y en julio del 54 luchó contra la tiranía en las barricadas de Madrid.

Establecida la Milicia nacional durante el breve paso del partido progresista por el poder, fué nombrado capitan de la 4.^a compañía del 2.^o batallon de línea, á cuyo frente se batió hasta los últimos momentos cuando el año 56 fué desarmado el pueblo y disueltas á cañonazos las Córtes Constituyentes.

Publicada la terrible ley de imprenta del ministerio Narvaez en 1857, y hallándose el periódico progresista *La Iberia* sin editor responsable, tanto por exigirse, segun la nueva disposicion, pagara de contribucion 2.000 reales lo menos, cuanto por la rigurosa penalidad que en aquella se establecia contra el *editor*, el señor Ortiz y Casado se prestó espontánea y generosamente á desempeñar tan peligroso cargo, renunciando el considerable sueldo con que se le brindaba.

Desorganizado el partido progresista á consecuencia de la gran division del año 56, se unió á los señores Olózaga, Calvo Asensio, Sagasta, Montemar, Aguirre y otros cuantos consecuentes patricios que con la mayor decision se habian propuesto la reconstitucion de

aquel gran partido, siendo elegido miembro del primer comité, en el que trabajó con todas sus fuerzas por la realizacion de tan patriótico pensamiento.

Á consecuencia de su cargo en el periódico *La Iberia*, fué condenado varias veces á presidio y elevado ante los consejos de guerra, hasta que por fin se vió obligado á ocultarse á las pesquisas de la autoridad, sumando las sentencias contra él dictadas mas de setenta años de presidio.

Despues de ocho meses de persecucion, la amnistía del gabinete O'Donnell le devolvió la libertad y el sosiego; pero con un teson y un arrojo incomprensibles á no conocer la energía de su carácter, volvió á encargarse de la editoría de *La Iberia*, y con esto á la peligrosa situacion de que acababa de librarse despues de tantos sinsabores.

Fraguada la tentativa del 2 de enero del 66, se encontró en la emigracion con el general Prim y los demás amigos que habian compartido bajo sus órdenes los riesgos de aquella breve campaña, y en union de ellos, y en secreta correspondencia con los principales hombres del partido liberal que habian podido permanecer en Madrid, se preparó el movimiento revolucionario de 22 de junio de 1866. Conocida su influencia en muchos de los distritos de la capital, y á propuesta suya, fué uno de los destinados á ponerse al frente de aquella peligrosa empresa. Para ello tuvo necesidad de atravesar la frontera con grande riesgo de ser conocido, permaneciendo escondido en Madrid hasta el memorable dia 22, en que desde las primeras horas se encontró en las barricadas, teniendo que refugiarse á la caida de la tarde en casa de un amigo, donde permaneció quince ó veinte dias, hasta que con gran peligro de su existencia pudo tomar el tren y repasar la frontera, siendo condenado á consecuencia de estos sucesos á muerte en garrote vil.

Permaneció en el extranjero hasta 30 de setiembre de 1868, habiendo trabajado incesantemente por el triunfo de la libertad, hasta que el glorioso alzamiento de Cádiz, realizando todas sus aspiraciones, le abrió las puertas de la madre patria.

Á su llegada á Madrid fué nombrado primer secretario de la junta suprema revolucionaria, elegida por sufragio universal; ha

desempeñado por espacio de seis años el cargo de diputado provincial por Madrid; fué individuo del Comité central de elecciones de España en sus tres épocas; ha sido vicepresidente de dos distritos electorales, y por fin individuo de cuantas asociaciones políticas se han formado en la capital con el objeto de hacer triunfar la revolución.

Elegido hoy diputado por la circunscripción de Alcalá de Henares, su único anhelo es merecer bien de sus conciudadanos, y ve una prueba de ello en haberle designado como uno de sus representantes en las Cortes Constituyentes.

XXV

Maledicencia.

Mientras todo esto ocurría, los reaccionarios á su vez aprovechaban la madera de todos los árboles que á mano encontraban para hacer flechas con que asaetarnos; pero los oíamos como quien oye ladrar los perros. Recordamos que en Esparta los jueces castigaban como hombre débil al que se quejaba de que le hubieran injuriado ó calumniado, y que de la calumnia no ha estado libre ni siquiera la Santa Virgen María.

Un escritor célebre de la antigüedad, y varios menos célebres de los tiempos modernos, han asegurado que Jesucristo era hijo de un soldado llamado Pantheres; y el abate Jaydit, en su suplemento á la disertación sobre el sermón de San Policarpo, hace constar esta heresia.

Además, en política es muy común acusar á las personas de lo que no han hecho para castigarlas por algo que han hecho y de que no se las quiere acusar.

El ejemplo del desgraciado Grandier no es una escepcion. Encargado de cuidar de las religiosas de Loudun, abusó de ellas y se le acusó de haberlas metido el diablo en el cuerpo; en todo caso, el

pobre cura, para endiablarlas, habia empleado el mismo sistema que segun Boccacio empleó otro para sacar el diablo del infierno con una pecadora.

Quien quiera tener mas noticias de esto, lea las Memorias atribuidas al caballero de Artagnan, que han servido de base á Alejandro Dumas para escribir *Los tres Mosqueteros*.

Estas Memorias no son de Mr. Artagnan, sino de Courtille, natural de Champagne, que escribió mucho tiempo en *El Mercurio histórico y político*, y redactó tambien las *Memorias de la marquesa de Gresne*, *Los anales de la corte de París*, *Las conversaciones de Colbert y de Bouin*, *La vida de Turena*, etc.

Es muy posible que el mismo Alejandro Dumas no tenga tantas noticias sobre este sujeto.

En estas Memorias hay muchos errores históricos; pero tambien hay muchos datos apreciables que el historiador puede consultar con provecho.

Y dicho sea esto de paso en obsequio de los desenterradores de datos históricos.

De lo que principalmente se nos acusaba era, al general Prim de no atreverse á montar á caballo para aplastar al gobierno como San Jorge á la araña.

El honrado sastre que estaba en su casa cosiendo los pantalones del parroquiano, dale que le das á la plancha para sentar las costuras, pensando en la cuenta que habia de poner, en el traje que habia de hacer á su chiquillo con los desperdicios, y acongojándose ante la pálida sombra de su casero que en el espejo se le aparecia; el bolsista de músculos de acero, de mirada torva, de doscientas pulsaciones por minuto, dispuesto á pegarse un tiro porque los agentes del partido moderado ó del partido unionista le llevaban la ventaja en el cubileteo; el coronel deseoso de un grado á la manera que un quinceño desea la mñjer de su vecino sin atreverse á mirarla sino de lejos, procurando que ella no le vea, y sobre todo, que no le vea el marido, y sin decirla nunca una palabra de amor; el valenton de plazuela, el cesante de café, etc., etc., etc., todos clamaban á una que don Juan Prim no rompería con el gobierno constituido. Todos preguntaban: «¿Por qué no hace la revolucion don

Juan Prim?» Y ninguno queria dar para hacerla ni su plancha, ni su dedal, ni su dinero, ni su crédito, ni su espada, ni su navaja, ni siquiera su voz.

A todos les gusta que le traigan la comida hecha á la mesa en materia de revoluciones, y consideran á los jefes como unos criados que deben servir á punto.

Por esto precisamente es por lo que los hombres políticos suelen llegar á cansarse y pensar solo en sí, hartos de ser comidos por moscas, y sobre todo por mosquitos, que no se contentan con picar, sino que además cantan.

A los demás se nos acusaba tambien de seguir al general Prim como si fuéramos una cohorte pretoriana, de querer amagar y no dar á la córte, á la manera que lo intentaba la union liberal, cuando no se aseguraba que éramos unos cándidos á quienes Isabel II entretenia con el *higuá* del presupuesto.

Las conspiraciones en que habíamos tomado parte, y que habian fracasado, eran para nosotros un sambenito; recibíamos heridas en el partido, como en el cuerpo el soldado en batalla, y lejos de curárnoslas, las envenenaban los cirujanos.

No lo hacíamos todo, y por lo tanto los que nada hacian nos acusaban de no haber hecho nada.

Hemos necesitado mas paciencia para sufrir á nuestros amigos despues de las derrotas, que para aguantar las cuchilladas de nuestros enemigos.

Por fortuna la historia hace justicia á todos, y llegará un dia en que se comprenderá la situacion en que encontramos á España; el esfuerzo que para arrancarla de ella hemos necesitado emplear, y viendo los frutos del porvenir, se apreciarán en su justo valor nuestros trabajos.

Cuéntase que los chinos dedican algunos niños cuando nacen á ser mónstruos: los meten en un tarro de porcelana en que no pueden desarrollarse, y cuando los huesos se han contrahecho y la carne tomado formas caricaturescas, rompen el vaso y los ponen á la vista del público.

España, cuando nosotros la encontramos, llevaba mas de tres siglos de estar encerrada en el vaso de hierro del neo-catolicismo:

sus formas eran las de Cuasimodo, y no nos ha bastado romper el vaso, sino que hemos necesitado dedicarla á la gimnasia higiénica que restaurara sus formas.

Si los ministros, médicos higienistas encargados de dirigir esta gimnasia, han acertado ó no, *a posteri lardho a responsa*; pero no pueden quejarse de que hayamos hecho poco los que todavía han hecho menos que nosotros.

Una revolucion es irresistible cuando la hace todo un país; pero sumamente difícil de hacer cuando el país yace frio; y eso es lo que nos ha ocurrido en mas de una ocasion, encontrarle como una momia que no engendra, cuando deseábamos engendrar en nuestra patria una tempestad; encontrarle como el Mágico prodigioso en la comedia de Calderon la imágen de su amada, en quien, cuando la arranca el manto, no encuentra sino un esqueleto que le dice:

Así son
todas las glorias del mundo.

Los ataques que entonces se nos dirigieron, y que los hechos posteriores han desmentido, son hojas secas con que el viento metió mucho ruido en aquel tiempo, pero que despues, de nada han servido sino si acaso para lecho de nuestra gloria.

La revolucion ha seguido su curso, y nosotros el nuestro. Si consigno esto ahora es únicamente para consuelo de los conspiradores futuros.

XXVI

Política.

No sé quién, citado por Guy Patin y por el célebre Pedro Bayle, ha definido la política «*artem non tam rigendi quam fallendi hominem*», arte no tan propia para regir como para engañar al hombre.

¹ El obispo de Belley, Juan Camus, decia: «*Ars tam regendi quam fallendi homines.*»

Mientras los buenos sean cándidos y mansos ganarán el reino de los cielos, pero deberán decir como Cristo: «Mi reino no es de este mundo,» y se les crucificará.

Si la energía que tiene el vicio robusteciese alguna vez los nervios de la virtud, el vicio, que no es en suma sino una debilidad, desaparecería de la faz de la tierra.

Pero como el hombre no es en el mundo sino un regulador de la producción, un efecto que á su vez es causa de que se produzcan y repriman otros efectos, Dios no ha concedido al sol de la mayoría sino una luz eclipsada por otros astros, cuando las nubes de tempestad no nos la velan.

Así no agotamos el tesoro de la naturaleza; así, cuando nos escedemos, vienen las pestes y las guerras que nos diezman, y así mandan casi siempre los lobos, para que comiendo constantemente ovejas y corderos, impidan que el rebaño esterilice el campo.

Una peste, una guerra, no es verdaderamente una calamidad.

Es que la Providencia, al pesar la creación, quita de un platillo de la balanza una parte del género que va á entregar al público, y que pesa demasiado.

Por eso me dan tanta lástima los que creen que rigen el mundo en que marchan.

Son como los viajeros que en un ferro-carril creyeran hacerle marchar andando de un lado á otro en su departamento.

¡Pobres pavos reales! Llegan á verse adornados con muchas condecoraciones, plumas ó cintas de colores, pero nunca pasan de pavos.

XXVII

A la Academia.

Debo advertir que así como se ha convenido en que haya una moralidad pública y otra privada por los tahures políticos, así se ha convenido también en que haya un lenguaje de doble sentido para los hombres políticos y para los pueblos.

La misma palabra no significa lo mismo pronunciada en un discurso del Congreso ó una conversacion particular.

Y es que los discursos del Congreso, cuando son buenos, cuando son realmente políticos, son *dobles*.

Uno que se sobreentiende y va á los diputados; otro que se canta para las tribunas.

Habla hoy Castelar; su musa hace maravillas, su voz se parece á la mano de Midas, trueca en oro cuanto toca, se le aplaude, se le admira, se le lleva en triunfo; pero llega la hora de votar, y el secretario mata el entusiasmo de los diputados con su voz fria como una espada de hielo.

Cada uno de los individuos de la mayoría se dice:

—Castelar es un genio, sabe mucho y sabe decirlo; merece una corona de oro aún mas fino que el que emplea para adornar sus ideas; pero no llega mi entusiasmo respecto á él hasta el punto de regalarle 35.000 reales anuales, que es mi sueldo. ¡Qué dirian mi mujer y mis hijos!

Habla don Salustiano; pronuncia algunas frases de efecto, que son la doradura de la píldora, y dice *sotto voce* á los diputados: «Soy el amo; votad conmigo, ó *lasciate ogni speranza*. Soy ó voy á ser.» Y la mayoría responde: «No me ha convencido; pero puede dejarme sin pan. Le sigo al horno.»

A todo esto hay que poner remedio; pero ¿cuándo se pondrá?

XXVIII

Métodos históricos.

Y el lector preguntará á su vez cuándo se pone remedio al desosimimiento de que yo hago gala al escribir esta historia.

Le consolaré con una sola palabra, que al menos revela mi franqueza.

NUNCA.

Hay diversos modos de escribir la historia. Unos autores, como

los Benedictinos, se limitan á relatar los hechos, coleccionándolos con precaucion y exactitud, como los anticuarios las monedas.

Hay otros que, atendiendo solo á la síntesis, descuidan los hechos para coleccionar solo las teorías que en su conjunto destilan.

El primer sistema es quizá el preferible para el hombre de estudios, y el segundo para el que solo quiere estudiar.

El primero es el fabricante de una nave, que encontrando las maderas ya cortadas y labradas en el almacen, se aprovecha de ellas para su obra.

El segundo es el gastrónomo que gusta de que le sirvan los manjares condimentados.

Prescindo de los que aman el arte por el arte, la forma por la forma, y que hacen gala por lo tanto de ser escritores sin *sustancia*. Cuando se dispara un dardo, debe dirigirse á algun blanco, y solamente los locos, bufones de las comedias, agitan un cetro de cascabeles, tanto mas sonoros cuanto mayor es en ellos el vacío.

El que quiere distinguirse como poeta describiendo los hechos contemporáneos y pintándolos á la manera del que traza un país de abanico, va á caza de palabras como los niños á caza de mariposas, sin reparar en que cuando las cogen dejan el plumaje de colores en el hueco de sus manos.

Así se ofrecen al público ramilletes de flores sin aroma, nunca cestas de sazonados frutos.

Si algunos frutos se le ofrecen, van encubriendo los áspides de Cleopatra.

Como varias veces he indicado, no puedo escribir la historia benedictina.

De la historia filosófica solo me es lícito trazar una parte; pero ¿qué puede pedirme el lector, hechos? Le cuento todos aquellos de que puedo disponer. ¿Síntesis? Destilo cuanta puedo destilar. ¿Pintura? Pídasela á los coloristas y déjeme mis caprichos, ó por mejor decir, deje sus caprichos á mi musa, que no seria tan independiente si no fuera tan loca, y que por lo mismo de tenerlos, le ha de entretener mas.

No siempre lo principal en el almuerzo es lo guisado; frecuentemente es la salsa.

Esta historia debiera llamarse *Viaje filosófico alrededor de la Revolución*. El lector que me acompaña en este viaje no leerá una página sin deducir de ella alguna verdad política, no perderá el tiempo, y no podrá por lo tanto quejarse de las veleidades de mi estilo, que tienen todas por objeto servirle siempre la medicina bajo la forma mas agradable que me sea posible.

Á los que se quejen de que no digo en todo la verdad, sino que me contento con presentar una parte de ella, les responderé que es mas agradable y mas incitativa la mujer medio desnuda que desnuda por completo, y que no he de tener yo mas poder que el del mismo Dios, que dirigiéndose á nosotros como un médico á sus enfermos y como un padre á sus hijos, nos engaña algunas veces, segun Gregorio de Rímini, que combatiendo á Descartes, exclamaba:

«*Si Deus puram novis ostenderet veritatem, quis eam oculis quæ mentis acies sustinere valeat.*»

No me cansaré de repetir que la humanidad no es sino un grumo de sangre en las venas del universo; que todos nuestros errores provienen de creer que somos el cerebro de la creacion, y de suponer que una sola nota es toda la melodía.

Como el mundo marcha, y el movimiento, la voluntad de Dios, no puede dejar de tener un objeto, sin el cual seria necio, alguna vez sabremos lo que ahora ignoramos; pero hasta entonces no nos queda mas remedio que resignarnos á seguir con los ojos cerrados en el sagrado vientre de la *eterna feminidad*, con cuyo nombre termina Goethe la segunda parte y la menos comprendida de su biblia panteísta llamada *Fausto*.

XXIX

Consideraciones.

Durante el tiempo de que hasta ahora hemos hablado, la iglesia liberal estaba en las catacumbas: por eso he llamado á esta parte de mi libro de memorias LA INCUBACION.

SEGUNDA PARTE.

SUBLEVACION DE ENERO.

I

Introduccion.

Del primer movimiento revolucionario que llevamos á cabo en España hablaré poco en este libro, porque escribí unas cartas, que *La Iberia* publicó casi íntegras, y que le relataban, y porque tambien he de decir algo respecto á él en las *Memorias de un emigrado*, libro que muy en breve verá la luz.

Lo mas importante para el lector de este libro, mas político y filosófico que histórico, es conocer los personajes que en aquel movimiento tomaron parte.

De algunos he de hablar en otros sitios de esta obra; de algunos tambien, por haber hablado ya, sea en este libro, sea en las *Cartas de un labriego* ó en las *Memorias de un emigrado*, puedo prescindir por el momento.

Solo diré algunas palabras respecto á don Juan Prim, ó para hablar mejor, no diré respecto á él una palabra.

El señor don José Lopez Borreguero ha escrito su biografía para la coleccion de las de los diputados á las Córtes Constituyen-

tes, y prefiero dejarle pintar á pintar yo al marqués de los Castillejos, por muchas razones.

Primera. Porque es un artista que tiene en su paleta colores de que yo no dispongo ni usaré jamás.

Segunda. Porque son tan maravillosos los hechos que el señor general Prim ha llevado á cabo, que solo una pluma como la del señor Borreguero puede relatarlos.

Tercera. Porque si yo hablase respecto al general Prim, á quien he acompañado durante la revolucion, y á quien todo el mundo sabe la amistad que profeso, mi juicio pudiera parecer interesado, y por lo menos pudiera decir el vulgo que exageraba en mis apreciaciones, y

Cuarta y última. Por mi natural pereza, que es mayor que la de Dios, que segun dicen algunos teólogos, no trabajó mas que seis dias durante la eternidad, y al sétimo descansó.

Hé aquí los principales y mas notables párrafos de la biografía del señor Borreguero en que resplandecen, como ya he dicho, y como mis lectores podrán apreciar, igualmente el talento del autor, la grandiosidad del héroe que canta y de quien es digno biógrafo, y lo maravilloso de los hechos, parecidos algunos á los de las *Mil y una noches*.

II

Don Juan Prim.

Dice el elocuente cuanto entendido señor Borreguero:

«El general Prim es una figura que descuella en primera línea; y si en algunos momentos se le ha visto entregado á una reserva, para muchos inesplicable, es porque entre las cualidades que le adornan, no es la prudencia la que menos le distingue, cuando las circunstancias que le rodean son difíciles y extraordinarias.

»En 6 de diciembre de 1814 nació en la ciudad de Reus este eminente hombre político, hoy capitán general de ejército, vizconde del

Bruch, conde de Reus, marqués de los Castillejos, grande de España de primera clase, individuo del poder ejecutivo ¹ y diputado por Madrid en las actuales Córtes Constituyentes, don Juan Prim, cuyos padres fueron el coronel graduado de infantería don Pablo, y doña Teresa Prats.

»Inclinado don Juan á la carrera militar, al cumplir diez y nueve años obtuvo plaza de distinguido y luego de cadete en el batallón Tiradores de Isabel II, en cuyo cuerpo se encontraba un año despues de encendida la desastrosa guerra civil, cuyo principio trazó con tan vivos colores el animoso general Llauder en un parte dado al gobierno, y en la célebre esposicion que elevó á la reina Gobernadora y produjo la caida del gabinete Zea-Bermudez.

»Muerto el 29 de setiembre de un violento ataque apoplético el rey Fernando VII, que habia correspondido á la adhesion y lealtad de su pueblo felicitando públicamente al César francés por la sangre española que derramaba; el rey Fernando, que habia hecho espirar en el cadalso á cuantos abrigaron aquí sentimientos de libertad, gratitud y generosidad para el suelo que les dió la vida, habia quedado nombrada Regente del Reino y tutora hasta la mayor edad de sus dos hijas doña María Cristina de Borbon, conocedora del partido liberal de España, que juzgó bastante noble y generoso para defender la causa de una niña entonces inocente, y le encomendó la empresa de salvar su trono contra las asechanzas del infante don Carlos, ya abiertamente declarado, conforme á los sentimientos tradicionales de su familia, jefe del partido teocrático-reaccionario.

»Once meses habian trascurrido desde el fallecimiento del rey, y la simultánea aparicion, pronta derrota y reaparicion con distinta suerte, en las provincias de Barcelona y Tarragona de las primeras partidas carlistas, mandadas por Busens, Bagarro, Tristany, Llangé, Ros, Sobrevias (a) Muchacho, Boquica, Vilella, el vicario de Oix, el Llarch de Copons y otros, cuando don Juan Prim, á quien ya distinguian con singulares muestras de aprecio sus jefes y compañeros, á los seis meses de servicio, el dia 7 de agosto de 1834, recibió su bautismo de sangre en una pequeña accion en que solo su com-

¹ Ya es presidente del Ministerio.

pañía derrotó á la partida facciosa mandada por Triaxet, y en que Prim se distinguió hasta merecer el parabien de todos sus compañeros de armas, por el arrojo y serenidad de que ya dió muestras.

»Operando mas tarde en la línea de columnas establecida por Llauder desde Borrada hasta Coll de Fou para desbaratar á la faccion ó internarla en Francia, se encontró con su compañía y á las órdenes del coronel Oliver, en accion empeñada sobre el caserío del Raurell de Segás contra el cabecilla Muchacho, á quien hirió con la bayoneta al pronunciarse este en retirada, avanzándose á él Prim desde la guerrilla, por lo que el Muchacho, en premio de su valor que admiraba, y sin haberse fijado en que era un cadete, iba á mandarle con un arriero media onza; propósito de que desistió al decirle el arriero quién lo habia herido y por no dar lugar á que con esta distincion pudiese lograr Prim el ascenso á oficial ¹.

»Habíase empeñado accion por la columna en que iba, contra las facciones reunidas de Grau, Badia y Pelegrin; y en su ambicion de gloria con su ardor en el combate, se vió alejado de sus compañeros de accion, y en lucha personal con el faccioso Pedro Sanmartí, á quien dió muerte, costándole el sacrificio de casi todas sus fuerzas, á pesar del vigor que estas alcanzan á la edad de veinte años.

»Salió del anterior hecho para concurrir á la victoria alcanzada por las tropas del brigadier Munt, compuestas del batallon de Tiradores que mandaba Mésguer, dos compañías de América y la de granaderos urbanos de Vich, contra la faccion capitaneada por el cabecilla Caballería. Era el 14 de marzo. El pueblo Sanquirse de Baxora, testigo y admirador de la bravura de aquellos soldados, celebraba con ellos el triunfo; en la alegría de todos, en sus conversaciones, se percibia y escuchaba la alabanza de uno solo, y siempre del mismo nombre. ¿Quién era? ¿Qué habia hecho para merecer que los urbanos de Vich, que habian sido unos héroes, al ir á ser recompensados, renunciando á todo galardón, lo llamaran á colocarse delante de ellos para recibir por todos el premio de la victoria? El brigadier Munt lo dijo, espresando los hechos y al recomendar como

¹ Prescindiendo de opiniones políticas, hay que convenir en que esto no es comun.

merecia en el parte detallado de la accion al cadete don Juan Prim, que ninguna recompensa recibió entonces por tan notorio hecho, necesitando ir á distinguirse nuevamente á la accion ganada en Ribas, donde con cuatro hombres resueltos á acompañarle y á los primeros tiros, *sacó de entre la faccion á viva fuerza cinco magníficos mulos y el caballo del cabecilla carlista* ¹.

»Momentos despues de este hecho tuvieron que retirar del fuego á Prim con una peligrosa contusion que habia recibido en el costado izquierdo, la cual le costó dos meses de curacion en Ripoll, donde á los pocos dias recibió en cambio la mayor satisfaccion que se goza en la carrera, quizás solo por disfrutarse en esa edad en que el camino de la vida está aún á nuestros ojos por todas partes cubierto de flores. Ascendió por fin á subteniente; empleo que ya tanto habia ganado con las anteriores proezas.

»Restablecido Prim de la peligrosa contusion que recibió en Ribas, y destinado de subteniente al regimiento de la Albuera, que guarnecia las Baleares, consiguió á solicitud propia, por no alejarse de la guerra empeñada en defensa de la libertad, ingresar como teniente de francos, sin perder su carácter de subteniente de infantería, en el batallon de Tiradores, mandado por don José Rodriguez, jefe que le manifestó los mayores deseos de tenerlo á sus órdenes.

»En agosto asistió con ese batallon á la accion de Viladrau, en que las facciones reunidas de Camas-cruas y del Grabat de Guisona se pronunciaron en vergonzosa fuga poco despues de haberse roto el fuego.

»En el mes siguiente, y mandando una mitad de compañía, se encontró en la accion de Juanet, donde, cargando á la bayoneta, consiguió desalojar de sus posiciones al enemigo, que se libró de ser perseguido á causa de la fragosidad del terreno.

»El 12 de octubre huyó tambien la faccion mandada por el cura Armentera, que habia empeñado accion en Mafugall con el batallon en que servia Prim.

¹ Es sensible que el historiador no cuente lo que fué del cabecilla ni de los que montaban los mulos.

»Y en el ataque y defensa de San Celoní, con una parte de su compañía el 14 del mismo mes, al dar cumplimiento á una órden de flanquear al enemigo que se corria á la derecha del pueblo, sufrió el choque de mas de 200 hombres emboscados al abrigo de espesos matorrales y de dos casas de campo, en que perdió parte de sus soldados; pero arrojándose sobre la faccion, se apoderó de las casas, y cumplió con tal denuedo las órdenes recibidas, que mereció se le recomendara especialmente, por lo que contribuyó al éxito obtenido por todas las tropas de la Colonia.

»Otra recomendacion especial de él hizo el comandante Rodriguez por su comportamiento al frente de la compañía de cazadores en que servia, y al desalojar á la faccion de las ventajosas posiciones que ocupaba en Arbuesas, el 9 de diciembre, donde el cabecilla Grau corrió despavorido, abandonándolo todo ante el denuedo del puñado de valientes que á las órdenes de Prim le acometió. Por este hecho con que cerramos el relato de sus acontecimientos en 1835, le fué conferida la cruz de Isabel la Católica.

»En esa época de tan tristes recuerdos para Cataluña, eran ya innumerables las víctimas injustamente sacrificadas en uno y otro bando. Poseidos principalmente los carlistas de un vértigo de sangre y una insaciable sed de venganzas que llevaba á todas partes el luto y esterminio, al ciudadano indefenso nada lo protegía de los constantes desmanes á que se entregaban las distintas partidas que infestaban el territorio. Yermos los campos, asaltados los pueblos, incendiados los templos muchas veces por los mismos que se llamaban defensores de la religion, habia llegado ya la guerra con la exaltacion de las pasiones políticas á tomar un carácter de crueldad inesplicable en el siglo en que vivimos. Católicos hasta la intolerancia unos, y liberales de corazon otros, ¿dónde estaba el bien de la humanidad á que obedecian ambos partidos? Sacrificado en el choque de las pasiones, abandonado á las deliberaciones de la fuerza, que es tambien ciega y ultraja como aquellas á la religion, á la libertad y á la justicia.

»En ese mal inevitable, pero en la mejor de las causas, luchando por la paz y libertad de sus conciudadanos, seguimos á nuestro héroe, cuyos gloriosos hechos superan siempre á lo exigido por la

Ordenanza al mas perfecto oficial—«que no debe contentarse con hacer lo preciso de su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, buscando las ocasiones de mayor riesgo y fatiga.»

»Veamos como don Juan Prim iba mas allá de sus preceptos.

»Entre una admiracion general, y al grito unánime de sorpresa lanzado por el ejército el 24 de febrero de 1836 en la accion de San Hilario, asaltó, con una banderola en la mano, las difíciles posiciones ocupadas por la faccion, teniendo que luchar brazo á brazo con un carlista que intentó y no pudo disparar sobre él su fusil ni emplear la bayoneta que tenia armada, sucumbiendo á manos de Prim, quien se libró entonces de una muerte cierta, y adquirió desde ese dia en todo el ejército el tan merecido concepto que tiene de valiente.

»Salió la noche del 26 con su batallon y dos compañías de la Albuera en direccion de Villamajor, donde se encontraba el cabecilla carlista Torres con 4.000 infantes y 200 caballos. Propuesta allí por el comandante del batallon de Prim á su oficialidad reunida la empresa de sorprender á la faccion, con disgusto de dicho jefe todos enmudecieron, hasta que Prim se ofreció voluntariamente á descender al pueblo con una mitad de compañía. Apoyado por las demás fuerzas, emprendió la marcha, llegó á las puertas del pueblo, arrolló la gran guardia que encontró en ella, penetró en las calles, y sembrando con su espada la muerte y el espanto, asaltó la casa del cabecilla, hasta cuya habitacion no llegó por haber caido nuestro héroe en la escalera herido de un balazo en un muslo.

»Retirado por sus soldados con la mayor fortuna, todavía tuvieron el valor de hacer prisioneros á un capitan y dos soldados carlistas, que sacaron del pueblo con su teniente herido y á favor de las sombras de la noche, envueltos entre la inmensa muchedumbre que acudió al sitio del peligro. Por tan brillante hecho de armas ascendió al empleo de capitan de cuerpos francos.

»Restablecido ya de su herida, y destacado en Tona el 22 de noviembre, fué con su compañía á Taradell para atacar á la faccion que ocupaba dicho pueblo; mas como la faccion acabara de abandonarlo, al recorrer sus calles el capitan Prim alcanzó á un lancero carlista, que al galope iba á reunirse á sus compañeros. La lanza

del soldado rozó el hombro del capitán, y la espada de este abrió una ancha herida en la cabeza al carlista, quien rodó por un precipicio, aturdido del golpe, dejando en poder del vencedor sus armas y caballo, que Prim presentó á la compañía como trofeo de su victoria. «El carlista herido, dice el historiador Jimenez, es un honrado jornalero que vive actualmente en Gracia, villa inmediata á Barcelona, y recuerda con orgullo aquella lucha personal, venerando los laureles que ha conquistado el invicto marqués de los Castillejos.»

»El 11 del mismo mes, en una salida que hizo de Granollers, su compañía dió muerte á seis bandidos que con el nombre de *Aduaneros* cometian en el país los mayores escesos.

»No fueron ya solos la desolacion y esterminio de la guerra civil los únicos males que affigieron á nuestro desgraciado país en el tristemente célebre año de 1837. El empeño de los llamados *moderados* por mantener en la capital del Principado el estado de sitio, las prisiones arbitrarias, tropelías y crueldades que cometieron, exasperando los ánimos, ensangrentaron las calles de Barcelona con una revolucion provocada por las autoridades, que despues de capitular con el pueblo, fusilaron despiadadamente á su jefe don Ramon Xanderó, sin permitirle siquiera quitarse la levita *casi nueva* que tenia puesta, y que pidió legar á sus hijos.

»Emboscado Prim con parte de su compañía en el valle de Congost, y con el propósito de castigar los constantes desmanes que cometia la faccion, le hicieron observar que en el terrado de una casa contigua habia cinco aduaneros. En el convencimiento de que era imposible llegar hasta la casa sin ser vista parte de la fuerza que mandaba, se resolvió á ir solo, casi arrastrándose; llamó por un labriego al jefe de los aduaneros, que engañado bajó por la escalera exterior del terrado, y al entrar en la casa armado de su trabuco, se vió acometido por Prim, de quien trató de evadirse, gritando á la vez para avisar á sus compañeros, que se salvaron con la fuga. No así él, que sucumbió al fin en la lucha abrazado con Prim, y dejando en su poder, al espirar, un antejo de campaña y su trabuco, cargado con treinta y cinco balines.

»Había ido en el mes de febrero con su compañía á Vich para hacerse cargo de 80.000 reales correspondientes al presupuesto de su batallon; y la faccion de Altamira con 400 hombres y 30 caballos, interceptando el camino, se apostó á esperar su regreso á Granollers. En vista de esto, el gobernador de Vich previno á Prim detuviera su marcha; pero como este le manifestase que su batallon carecia de fondos, exigiendo á la vez una órden escrita para salvar su responsabilidad en la detencion que se le ordenaba, el gobernador se negó á dar dicha órden, y Prim salió para Granollers llevando consigo los espresados caudales.

»Hay una elevacion tal en el ánimo del hombre que se resuelve á afrontar francamente las deliberaciones del destino, intentando acometer grandes empresas, que suele no necesitarse otra cosa para que desaparezcan de su camino los mas insuperables obstáculos. Así sucedió esta vez á Prim, á quien desagradó tanto no encontrar como esperaba á la faccion disputándole el paso, que se separó de su camino para ir á buscarla á la Ametlla, donde la acometió con tal denuesto é inteligencia, que la obligó á dispersarse vergonzosamente, dejando en su poder 16 hombres y varios bagajes, que presentó en Granollers. «Con oficiales como ese, exclamó el gobernador de Vich al conocer el hecho, pronto se acabarían los enemigos de la libertad.»

»A principios de marzo y en el mismo pueblo sorprendió Prim otra vez á la faccion. Salió del Mas de Figaró la tarde del 9 con 120 hombres, y durante la noche cayó con tal ímpetu en Ametlla sobre 900 infantes y 50 caballos carlistas, que apenas estos se defendieron, dejando en la fuga en poder de Prim 19 acémilas cargadas de efectos de guerra, y el caballo del cabecilla Ferré de Abella.

»Pérdidas tambien de consideracion, no solo victorias, tenían á ese mismo tiempo los liberales en otras partes del Principado, con las alternativas de la guerra; por lo que resuelto el baron de Meer á volar en socorro de Prats de Lluxanés, ya que no habia podido salvar á Berga, que tomó Urbiztondo, marchó con 6.000 infantes, 300 caballos y cuatro piezas de montaña á las posiciones enemigas de San Feliú. Prim fué uno de los primeros que con su compañía desalojó á Mosen Benet de una elevadísima altura, causándole muchos

muertos, heridos y prisioneros que se le rindieron á discrecion.

»Despues de este triunfo pasó el ejército liberal por Prats, y en San Miguel de Tarradellas, en otro sangriento combate, dió asimismo nuestro héroe muestras de su bravura. Cargó su batallon á la bayoneta, y estando ya revuelto entre el enemigo en desesperada lucha, arrancó Prim con su propia mano la bandera al 4.º batallon carlista de Cataluña. Por tan brillante hecho de guerra le concedió el general en jefe la cruz de San Fernando de primera clase sobre el campo de batalla.

»Habia sitiado Urbiztondo á San Juan de las Abadesas, y en la mañana del 28 de julio la division del baron de Meer acudió en socorro de dicho pueblo, siendo el batallon en que servia Prim el que mas contribuyó al completo éxito de aquel acertado hecho de armas, con irresistibles cargas á la bayoneta, y desalojando á la faccion de posiciones inespugnables hasta arrancarle en todas partes la victoria.

»Mas tarde el antiguo canónigo de Gerona, el cabecilla Tristany, á quien no odiaban menos los carlistas que los liberales, por los actos de vandalismo á que constantemente se entregaba, tenia sitiada á Puigcerdá con fuerzas muy considerables, hasta el dia 27 de noviembre en que, acometido por la division que mandaba el brigadier Carbó, y de que formaba parte el batallon de nuestro héroe, se vió obligado á levantar el sitio. El comportamiento de Prim en dicho dia mereció que su jefe, al conferirle sobre el campo de batalla la cruz de Isabel la Católica, le dirigiese la palabra en los términos mas lisonjeros por su valor que admiraba, y por su mérito que recomendaba como acreedor á mayores recompensas.

»Recuperadas en el mes de marzo de 1838 las poblaciones de Ripoll y Suriá, el general Carbó consiguió reconcentrar á la faccion en número de mas de 9.000 hombres hácia Sanquirse de Baxora, donde los batió en tres acciones diferentes, distinguiéndose en ellas notablemente Prim con repetidas cargas á la bayoneta, y siempre colocándose en el sitio de mayor peligro,—«de donde, dice su historiador, se destacaba para arrancar la victoria su ya imponente figura.»

»En 16 de abril, despues de desalojar de sus posiciones á fuerzas triplemente superiores á las de su mando, y dispuesto á replegarse sobre un flanco, obedeciendo las órdenes del cuartel general, cayó herido, siendo esta la tercera vez que selló con su sangre la causa que tan bizarramente defendia. Y aquí dice su historiador:—«Debemos hacer notar la coincidencia bastante original de recibir las tres »heridas en tres años consecutivos, precisamente la víspera del domingo de Ramos.»

»Al brillante comportamiento que tuvo en aquellos memorables combates debió Prim su empleo de capitán de ejército, pasando á mandar la compañía de cazadores del segundo batallón de Zamora, con la cual, restablecido ya de su herida, se encontró en el sitio y toma de Solsona, siendo el primero que en el ataque de la noche del 23 de julio escaló el tambor de uno de los fuertes, donde fué nuevamente herido en el brazo izquierdo al dar el asalto, continuando sin embargo el combate con su ardor acostumbrado, hasta apoderarse con la rapidez del rayo de una puerta que habia intentado antes quemar, y por la cual penetró en la poblacion, arrollando luego en todas partes á la faccion, que en el mayor espanto corrió á refugiarse en la catedral y en el palacio del obispo.

»Por tan brillantes hechos se confirió á Prim el grado de comandante sobre el campo de batalla y la cruz de distincion otorgada por aquel memorable sitio. Su acostumbrado comportamiento le valió el mas alto concepto del general baron de Meer, que dijo de él: *«Poco son grados para quien contrae servicios que no se recompensan bien con empleos efectivos.»*

.....

»Mas tarde, con motivo de la sublevacion de las fuerzas que guarnecian el castillo de Viella, convento convertido en fuerte en las afueras de dicho pueblo, uno de los treinta y dos que se encuentran en el pequeño y pintoresco valle de Aran, el 21 de octubre, intentando el conde de España apoderarse del castillo sublevado, y el baron de Meer protegerlo y restablecer en él la disciplina, se movieron ambos ejércitos sobre dicho valle, empeñando las reñidas acciones de Torregrosa y campos de Bergús. En este punto, encargado Prim de tomar al enemigo los atrincheramientos mas fuertes, lo ve-

rificó, asaltando, entre el aplauso de todos, inespugnables alturas defendidas por quintuplicadas fuerzas de las que llevaba á sus órdenes.

»Este glorioso hecho, en que perdió veinticuatro hombres de cuarenta que le acompañaban, y en que salió herido, fué secundado por él, volviendo á distinguirse con sostener la retirada de la columna, á solicitud propia, y á pesar de los dolores de su herida, en el sitio de mayor peligro, desde donde cargó entre la escolta del brigadier Pavía, persiguiendo al enemigo casi solo hasta que le mataron el caballo que montaba.

»El 12 de febrero de 1839, al toque de diana, las tropas del baron de Meer rompieron un vivísimo fuego de cañon sobre la importante villa de Ager, que fuerte ya por la naturaleza, se habia convertido por la faccion en plaza de guerra, como punto de apoyo en sus operaciones de Cataluña con el alto Aragon. Designado allí don Juan Prim para dirigir el ataque de los fuertes avanzados, á la cabeza de tres compañías, asaltó el reducto de mas consideracion y lo tomó á viva fuerza, siendo el primero que subió á la barbata de la fortificacion, desde donde se dirigió con igual denuedo hácia la brecha que vió abierta en otro fuerte, y que al no estar practicable, le obligó á permanecer seis horas en el foso, espuesto al fuego enemigo y á los riesgos ocasionados por los trozos del muro que constantemente se desplomaban, hasta que en el momento oportuno fué de los primeros que penetraron en la poblacion. En ella tuvo la fortuna de amparar á muchas personas indefensas que huian del sanguinario furor de los carlistas; bondad de sentimientos hoy tan notoria en él y de que ya dió prueba tambien el dia anterior á la toma de Ager, con el teniente Molera, que acompañándole en un reconocimiento á las inmediaciones de los reductos, fué herido de un balazo en la rodilla izquierda; y al caer, sin reparar Prim en el esfuerzo que necesitaba hacer, tomándolo en hombros, lo retiró del peligro, conduciéndolo hasta las primeras avanzadas. Mas tarde le correspondió dicho oficial librándolo de un riesgo inminente.

»En los dias 11 y 12 de febrero de 1839, tanta valentía y generosidad del hombre ilustre cuya biografia describimos, fué recom-

pensada con un ascenso sobre el campo de batalla al empleo de mayor de batallon.

»Mas tarde, marchando el baron de Meer protegiendo un convoy para abastecer á Catellvell y á Solsona, en las operaciones necesarias de rechazar al ejército carlista que les disputaba el paso, eligió dicho general á Prim para que mandara las compañías de cazadores que formaban la vanguardia; cargo honroso que desempeñó con su valor y acierto acostumbrados, rechazando en sitios muy difíciles á fuerzas triplemente superiores á las suyas, y facilitando en todas partes la accion del resto del ejército, que obtuvo el mismo dia la mas completa victoria, llevando á cabo la empresa que se habia propuesto.

»Cuatro dias despues consiguió otro triunfo sobre fuerzas considerables que recibió orden de flanquear, y auxilió tambien al batallon de voluntarios de Málaga, que llegó á encontrarse en una situacion muy dificil, en cuya operacion venció la fuerza de su mando, sufriendo muchas bajas del enemigo emboscado; por cuyos hechos, todos llevados á cabo al frente del ejército, mereció que se le diera por ellos las gracias, y sobre el campo de batalla se le promoviese al empleo de primer comandante.

»Con el convenio de Vergara y el desastroso fin que tuvieron en Cataluña, Moyá, Malleu, Ripoll y algunas otras poblaciones que los defensores de la religion incendiaron, pasando á cuchillo á sus moradores, sin que el limitado ejército liberal del Principado pudiese socorrerlos oportunamente, se envalentonó la faccion engrosada en dicho territorio por los que no prestaron conformidad al giro que la causa carlista habia tomado en las provincias del Norte. Imponente por eso, se presentó ya ocupando con 9.000 infantes y 600 caballos las alturas de Milagro y Biosca, dominando, con una série no interrumpida de formidables atrincheramientos, todo el país que debia transitarse para abastecer á Solsona, en cuya operacion y regreso, los dias 14, 15 y 16 de noviembre se distinguió como siempre don Juan Prim, realizando las mayores proezas, con pérdidas en todos los tres dias de los caballos que montaba, y recibiendo dos heridas el 14 y 16, sin que se retirara por eso de la accion, á que tanto contribuyó á pesar de sus dolores. Sus hechos en estos tres dias

fueron recompensados con el grado de coronel y otra cruz de San Fernando de primera clase, que obtuvo, como el grado, sobre el campo de batalla.

»En enero de 1840, habiendo invadido el Ampurdan mas de 3.000 carlistas, hizo movimiento sobre ellos, para espulsarlos del territorio, la division cuya vanguardia mandaba don Juan Prim, quien el 1.º de febrero, al llegar á la vista de las formidables posiciones de Peracamps, empezó un reñido combate para abrir paso al ejército, á quien admiró, con la ordenada é indomable tropa, que á sus órdenes supo arrollarlo todo, venciendo los mas insuperables obstáculos. Como el 4 del mismo mes, al regresar el ejército á sus cantones, cubriendo la retaguardia, hizo prodigios de valor que le costaron caer en lo mas encarnizado de la lucha, muerto su caballo y herido él de un balazo en la pierna izquierda, debió su salvacion al bravo capitan Molera, que despreciándolo todo, voló en su auxilio á tiempo de poder desembarazarlo de su caballo y librarlo de una muerte casi segura.

»Con una recomendacion altamente lisonjera y con el empleo de teniente coronel mayor se recompensó á Prim el mérito contraido en aquellos brillantes hechos de armas, últimos servicios que prestó ya en la guerra civil, terminada tambien en el Principado por el poderoso ejército del duque de la Victoria el dia 4 de julio de 1840 con la toma de Berga, postrero baluarte que defendió Cabrera y que abandonó á las tropas liberales, para pasar el dia 5 la frontera de Francia al frente todavía de 22.000 hombres.

»En julio de 1841 fué don Juan Prim nombrado subinspector de Carabineros de Andalucía; cargo que desempeñó con la mayor entereza, esquisito tacto y la delicadeza propia de su carácter, siendo en su llegada á Granada objeto de lisonjeras manifestaciones del pueblo.

Nombrado diputado á Córtes por la provincia de Tarragona en el mismo año, se distinguió por el celo con que defendió los intereses de Cataluña, y votó en favor de la Regencia del duque de la Victoria. Despues, no pareciéndole acertada la marcha del gobierno del Regente, formó en las filas de la oposicion al lado de los jefes

del partido progresista, tomando una parte muy activa en los sucesos que sobrevinieron.

»Organizados ya antes de la reunion de dichas Córtes dos comités contrarios al Regente, y siendo don Joaquin María Lopez entonces jefe de los progresistas de oposicion, publicó un Manifiesto con violentas apreciaciones respecto á la marcha política de Espartero, á quien acusó de estar en desacuerdo con las opiniones de todos los partidos, sucediendo al abrirse las Córtes, que fué derrotado el Ministerio en la eleccion de la mesa; por lo que Rodil y sus compañeros presentaron la dimision de sus carteras, obteniendo don Joaquin María Lopez el encargo de formar un nuevo gabinete, como lo hizo, con personas estrañas al Congreso, prescindiendo de las prácticas constitucionales y complaciendo solo á los que anhelaban se les preparase el terreno para el logro de sus miras personales. Hacíase todo esto en contradiccion con lo preceptuado por el Regente, y con las propias palabras de Lopez, manifestando «que todo el programa político del Ministerio se reducía á observar religiosamente los principios constitucionales y procurar el desarrollo del gérmen de felicidad que esos mismos principios entrañaban.»

»Con anterioridad tambien á esos acontecimientos y por conducto fidedigno, se habia dado aviso al gobierno de una reunion celebrada en París por doña María Cristina con los principales emigrados pertenecientes al partido moderado; reunion en que acordaron, para llegar á plantear en España un despotismo ilustrado, única forma de Gobierno que segun los hombres de la suprema inteligencia convenia á nuestra patria, conceder una amnistía á los carlistas hasta el empleo de coronel inclusive, y ganar á varios jefes progresistas, sorprendiendo su buena fé con presentarles el asunto bajo cierto aspecto, capaz de ocultar la reaccion de que debian ser víctimas. El primero á quien iban á dirigirse los comisionados salidos de París con todo género de recursos, fué don Joaquin María Lopez, que avisado de antemano, los recibió con la mayor indignacion, necesitando sus amigos aconsejarle que desistiera (por evitar el escándalo) de la resolucion en que estaba de dar cuenta al Congreso de esas maquinaciones, y de las proposiciones que se le hicieron; limitándose á decirlo solo al ministro de Gobernacion, y á hacer algunas indi-

caciones acerca de eso en uno de sus discursos de aquellos días.

«El hecho es, dice la historia del duque de la Victoria, que el »señor Lopez cayó en el lazo, y que Espartero fué vendido traído- »ramente, habiendo tenido mucha parte de culpabilidad sus mas ín- »timos amigos, porque no descubrieron oportunamente al país la tra- »ma de los conspiradores contra la libertad.» Uno de los primeros actos del gobierno fué conceder completa amnistía á los que se hubiesen espatriado desde el 4 de julio de 1840 hasta el 15 de mayo de 1843; y cuando el Regente vió que á esta disposicion del Gobierno seguia la destitucion de muchos empleados que habian prestado eminentes servicios á la causa de la libertad, reemplazó al ministerio de Lopez con otro que presidió don Alvaro Gomez Becerra, y que se presentó á las Cámaras ya constituido el 20 de mayo, dia en que exclamó Olózaga: «¡Ay del país que se entrega en manos de »hombres de ánimo turbado, de consejeros trémulos! ¡Ay tambien »del Regente que siga consejos imprudentes en circunstancias tan »críticas! Pero Dios salvará, como ha dicho muy bien algun órgano »respetable de la prensa pública, Dios salvará al país y salvará á »la Reina... Despues de esto, cualquiera que sea nuestra suerte particular ó privada, retirémonos tranquilos. Donde quiera que nos »vean nuestros comitentes, dirán: Ahí va un representante digno, »independiente y enérgico, que merece ser enviado cien veces á re- »presentar á esta gran nacion que tiene que salvarse de tantos peli- »gros. Dios la salve, señores, y salve á nuestra Reina.»

»Despues de esas palabras alarmantes en boca de una persona de tanta autoridad, y disueltas las Córtes, empezó ya en todas partes á concertarse la rebelion, marchando Prim á Reus, que se pronunció el 28, y de donde salió para Tarragona al frente de 1.500 nacionales, con probabilidades de que está capital secundara su alzamiento; pero disueltos los grupos que empezaron á formarse, y con aviso de que se aproximaba Zurbano, volvió Prim á Reus, resuelto á sostenerse en dicha ciudad hasta el último trance. El 10 de junio se presentó á hostilizarlo el general Osorio, que llegó á situar su artillería amenazando á la poblacion; pero despues de parlamentar con Prim, se retiró ya sin disparar un tiro. No así Zurbano, que indignado con la conducta de Osorio, marchó inmediatamente sobre Reus, á la que

intimó el 11 la rendicion, contestando la ciudad que alzara el campo su sitiador. Roto en fin el fuego, los soldados de Zurbano, protegidos por la artillería, desalojaron á sus contrarios de las primeras casas, estableciendo una batería de morteros y obuses, que sin perjuicio del ataque general, no paró de causar estragos en la poblacion desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

»En uno y otro campo se victoreaba á la libertad, las músicas tocaban el himno de Riego, y al grito de guerra de los sitiadores respondia una bandera negra que flotaba en la torre de la iglesia principal.

»A las tres de la tarde decidióse venir por fin á parlamento, firmandose una capitulacion en que se estipuló que salieran de la plaza los pronunciados con todos los honores de la guerra; y en su consecuencia, dos batallones de nacionales mandados por don Juan Prim, despues de la heroica resistencia que habian hecho en una poblacion sin obras de defensa, desfilaron al frente de 9.000 hombres que acaudillaba el general Zurbano.

»Mientras tenian lugar los acontecimientos que acabamos de describir, se efectuó el pronunciamiento de Barcelona, al que se adhirió el capitán general del Principado, don José Cortinez Espinosa, por evitar la efusion de sangre, y en vista de haber ocurrido el mismo movimiento en Valencia. A pesar de eso, resistióse el brigadier gobernador de Monjuich, don Bernardo Echalecu, á tomar parte en el alzamiento y á ser relevado de su cargo, consiguiéndose únicamente de él que no hostilizaria á la ciudad mientras circunstancias apremiantes no le obligasen á ello.

»Así las cosas, se dirigió don Juan Prim á Barcelona el 15 de junio, día de un júbilo indescriptible en dicha capital, de donde salió un gentío inmenso desde las primeras horas de la mañana hasta el pueblo de Sans para recibirlo, y adonde llegó á las cinco de la tarde, acompañado de los señores Milans del Bosch, Martell, Castro y otros, habiendo tardado mas de dos horas en la marcha, por la muchedumbre que se agolpó á victorearlo en el corto espacio que dista dicho pueblo de Barcelona.

«De tan espontánea y cumplida ovacion, dice su historiador, no ha vuelto Barcelona á tener ejemplo en nuestros dias.»



»Desde un balcon de las casas consistoriales dirigió luego Prim la palabra al pueblo, á quien esplicó el verdadero objeto del alzamiento nacional, dando seguridades de que verteria hasta la última gota de su sangre en defensa de las libertades de su patria, donde quiera que estas fuesen amenazadas.

»En el mismo dia la Junta Suprema, que ya habia conferido á Prim los empleos de coronel y brigadier, le autorizó para organizar un cuerpo de 4.000 hombres, facilitándole el armamento y los fondos necesarios; determinacion que el pueblo reunido aplaudió, manifestando á la Junta su alegría, y acompañando despues á Prim la noche del 16 hasta el teatro de Santa Cruz, donde fué objeto de las mas entusiastas aclamaciones.

»El 20 salió de Barcelona al frente de la columna que habia organizado, y que al llegar al Bruch, con los pronunciados que se le reunieron se habia trasformado ya en poderoso ejército, con el cual el general en jefe de los ejércitos de Cataluña, Aragon y Valencia, ordenó á Zurbano que no empeñase accion.

»Retiradas del Principado las tropas adictas al Regente, Prim se dirigió á Castilla, como Espartero, despues de una tierna despedida que le hizo en el Prado la Milicia nacional de Madrid, abrazando conmovido las banderas del 3.º ligero, salió para Valencia, deteniéndose el 25 en Albacete.

»El 27 del mismo mes llegaron á Barcelona los señores Serrano y Gonzalez Brabo, á quienes se recibió en dicha capital con el mayor entusiasmo, dando el futuro ministro universal el día 28 un Manifiesto á la nacion en que acusó á Espartero de ambicioso, obstáculo para la paz, grandeza y libertades de la patria.

»Antes del Manifiesto á que hemos hecho referencia, habia decretado la Junta Suprema de Barcelona la reunion del ministerio Lopez como gobierno provisional de la nacion hasta la instalacion de una Junta Central en Madrid, compuesta de dos individuos de las Juntas provinciales. Además, se proclamaron la Constitucion de 1837 y la monarquía de Isabel II.

»Completamente de acuerdo con esas determinaciones, se encargó al punto el general Serrano del despacho de todas las secretarías, espidiendo el 29 de junio desde Barcelona un decreto en que des-

tituia de la Regencia del reino al general Espartero. Este desde Albacete salió el dia 8 de julio en direccion de Andalucía, llegando á Córdoba el 15, donde fué recibido con las mayores muestras de adhesion y respeto.

»En tanto, Concha organizaba en Málaga una columna para observar los movimientos del Regente, y Azpiroz llegaba á Guadarrama con las tropas pronunciadas en Valladolid, intimando á don Evaristo San Miguel que le franquease las puertas de la capital; intimacion que fué rechazada con laconismo y energía; por lo que Azpiroz se dispuso á atacar á la poblacion, como la Milicia nacional á defenderla.

»El 14 de julio llegó tambien Narvaez á la vista de Madrid, é hizo la misma intimacion que Azpiroz; pero como tardasen en contestarle, la reprodujo en términos altamente violentos, injustos y ofensivos, hablando al noble pueblo del Dos de Mayo: «Ahora me dirijo nuevamente á vucencia, pero es para decirle que si despues de cuatro horas de recibido este, no se me facilita la entrada en esa capital, la ocuparé por fuerza, sin que baste á contenerme la sangre que haya de derramarse, pues en una lucha que yo no he provocado, cuanta mas corra de la vil y traidora, será mas provechosa y saludable á la prosperidad comun de nuestra patria; y no habria de pesarme que la Providencia me haya escogido por instrumento de su justicia y de la justicia de los hombres.»

»Aproximándose el ejército que mandaba Seoane, retrocedió Narvaez á Torrejon de Ardoz, donde el dia 22 al amanecer se rompió el fuego por ambas tropas; pero á los primeros tiros se adelantaron Narvaez, Gonzalez Brabo y tres vocales de la Junta de Valencia, gritando: «¡Union, reina, libertad y patria!» Y todos se abrazaron, quedando Seoane prisionero y salvándose milagrosamente de aquel incalificable suceso, el malogrado Zurbano y su hijo, que se refugiaron en Madrid.

»Los eminentes servicios que prestó don Juan Prim al alzamiento nacional fueron recompensados confirmándole el gobierno los empleos de coronel y brigadier que le habia concedido la Junta de Barcelona, y otorgándole título de Castilla para sí y sus sucesores, con la denominacion de conde de Reus y vizconde del Bruch, nom-

brándosele al propio tiempo gobernador militar de Madrid; cargo que desempeñó cumplidamente, inspirándose siempre en sus nobles sentimientos al atravesar aquellas difíciles circunstancias.

»Por ese tiempo, al haber el gobierno convocado Córtes generales para el 15 de octubre, y tomado otras determinaciones mas allá de las facultades que como provisional le correspondian, en desacuerdo con lo resuelto por la Junta de Barcelona, esta le dirigió una espocision en que pedia la instalacion de la Junta Central y demás estremos que habia decretado al llamarlo al poder. Desconocida así la legalidad de sus actos, comprendió ya con toda claridad el gobierno la posibilidad de una contrarrevolucion en Cataluña, y acudió para evitarla, como el medio mas eficaz de conciliacion, á la poderosa influencia de don Juan Prim entre sus paisanos, nombrándolo al efecto gobernador militar de Barcelona y comandante general de la provincia.

»Fué acusado con la mayor injusticia este eminente hombre político de inconsecuencia, por haber admitido dicho mando, donde conciliado con la generosidad de sus sentimientos elevó á tanta altura el cumplimiento del deber. Nadie ignora que entonces el partido moderado tomó por bandera los principios de los progresistas, que los Narvaez y Gonzalez Brabos contaron con la elocuente palabra de Lopez, Olózaga y otros jefes progresistas, superiores entonces á Prim, para concitar desde el santuario de las leyes la desencadenada tormenta en que vino á perecer la libertad, y que dispusieron de un hombre como don Manuel Cortina para mandarlo á Sevilla conduciendo la corona con que premió el gobierno la resistencia de aquella ciudad contra el Regente.

Sin embargo, para el mayor esclarecimiento de la verdad transcribimos íntegras á esta biografía las razones que sobre el particular emite en su estensa y luminosa obra el ilustrado historiador Jimenez, que dice así:

«Los que en Barcelona y otros puntos censuraban la marcha del »gobierno como contraria á los principios proclamados en junio, »envolvieron en su anatema al conde de Reus, sosteniendo que fal- »taba á sus compromisos, y que se constituia en instrumento de la »reaccion, por el mero hecho de haber aceptado el desempeño de

»dicho cargo. Vamos pues á examinar, bajo ese doble punto de vista, la conducta que observó Prim en aquella época.

»Si partimos del origen que en el terreno de la fuerza tuvieron »los sucesos del 43, veremos que Prim, vivamente impresionado por »los discursos de Olózaga y de Lopez, sale de la córte y se presenta »en Reus á enarbolar la bandera del alzamiento nacional; que llega »despues á Barcelona, en donde por entusiasmo unos, y por cálculo »otros de atraer á la causa popular al hombre que parecia destinado »á ser el árbitro de la suerte del país, es recibido con una ovacion »sin ejemplo; que se dedica con afan á organizar las fuerzas que »debia conducir al combate, y por último, que mas tarde entra en »Madrid con los demás jefes del pronunciamiento, sin que hasta entonces hubiese contraido compromiso alguno sobre un principio »determinado. En una palabra, solo se habia consagrado al servicio »de las armas, sin mezclarse para nada en las interioridades de los »que dirigian el movimiento. Este es un hecho innegable.

»Veamos ahora á qué gobierno obedecia Prim cuando aceptó el »cargo de gobernador militar de Barcelona.

»Prim iba á servir á un gobierno progresista aclamado por la »mayoría de los españoles; á un gobierno que daba participacion en »los cargos públicos á todos los ciudadanos que se distinguian por »su aptitud y honradez, sin que la balanza se inclinara en favor de »partido alguno; á un gobierno que en la necesidad de legalizar »cuanto antes el nuevo orden de cosas habia convocado Córtes generales, consideradas como la Junta mas cumplida que pudiera »apetecerse para que resolviera las grandes cuestiones que se agitaban en el estadio de la política; á un gobierno que conservaba »ilesa é intacta la dignidad de la nacion, y á un gobierno, en fin, »que respetaba la seguridad individual y el libre ejercicio de la »prensa, y que aún no habia dictado ninguna de esas disposiciones »radicales que provocan sospechas en sentido reaccionario.

»¿Hubo pues motivo para lanzar sobre el conde de Reus el anatema que tantos sinsabores debia causarle, haciendo recaer en él, »en él, que precisamente era mas novel en política, la responsabilidad de todo un partido? Y debe notarse que la disidencia entre la »Junta auxiliar de Barcelona y el gobierno solo estribaba en que

»este no creía conveniente la reunion de la Central, mientras que
 »aquella la reclamaba como medida salvadora y en cumplimiento
 »de lo que se le habia ofrecido. Pero ¿habia Prim empeñado la pa-
 »labra en pró ó en contra de la Junta Central? No, ciertamente.
 »¿Quién contrajo pues el compromiso que invocaba la Junta de Bar-
 »celona? Preciso es decirlo: el que lo habia contraido era Serrano,
 »el mismo señor ministro que creemos podia haber evitado el con-
 »flicto del gobierno presentando la dimision de la cartera que des-
 »empeñaba, al ver que sus compañeros no se hallaban conformes
 »en el cumplimiento del punto mas esencial de su programa.

»Por otra parte, ¿no es sabido que, á pesar de los desaires que
 »recibió Prim por los mismos que en otro tiempo lo levantaron en
 »alto, hizo todo lo posible antes y despues de romperse las hostili-
 »dades para evitar el derramamiento de sangre? Solo el fanatismo
 »político y el incomprensible extremo del furor de las pasiones
 »pudo entonces ser la causa de que se dudara de la consecuencia
 »del que tantas veces habia derramado su sangre en defensa de la
 »libertad.

»La falta no la debian buscar los centralistas en la supuesta de-
 »feccion de un hombre. Si hubiesen recorrido tanto el pasado, como
 »previsto tenian el porvenir, habrian visto que la causa de los ma-
 »les que amenazaban á la patria provenia solo de haberse desunido
 »los liberales mucho antes de que con las armas en la mano contri-
 »buyeran á la caida del Regente.

»Que tras los ministerios presididos por Lopez y Olózaga vinie-
 »ron otros que por espacio de diez años oprimieron al pueblo espa-
 »ñol, dirán los que censuraban al gobierno provisional, para demos-
 »trar que veian mas claro que la mayoría del partido progresista.
 »Aun cuando debemos hallarnos conformes con la fuerza de un ar-
 »gumento cuya verdad histórica es por desgracia harto conocida,
 »no por eso podrá desconocerse que muy lejos de haber abjurado el
 »conde de Reus de sus principios, combatiendo á la Junta Central,
 »fué de los primeros y de los que mas terriblemente experimenta-
 »ron los efectos de la reaccion.»

»Consignado el anterior razonamiento como cumple á la mas
 estricta justicia, sigamos en el desenvolvimiento de los hechos

hasta completar el juicio que acerca de ellos debe formar el lector.

»Habian recorrido ya los dias 13 y 15 de agosto los sitios mas públicos de Barcelona numerosos grupos con banderas en que se habia escrito: «¡Viva la Junta Central!» y «¡Abajo los tiranos!» cuando llegó á dicha capital don Juan Prim, investido del mando que se le habia conferido, y al conocer el estado de los ánimos, que anhela-ba conciliar, celebró y presidió una junta á que asistieron las per-sonas mas notables de la poblacion en conocida disidencia contra la marcha seguida por el gobierno.

»Las dotes oratorias de don Juan Prim, la pureza de sentimien-tos de que se hallaba poseido en bien del suelo que lo vió nacer, dieron un ascendiente tal á su palabra en el acalorado debate ocur-rido en la Junta, que todos estuvieron conformes con los deseos de reconciliacion que le animaban, como con las apreciaciones que hizo del extremo á que convenia llevar las aspiraciones de los mas inte-resados en el afianzamiento de la libertad; acordándose por todos que marcharan tres comisionados á Madrid para esponer al gobier-no el estado de la capital, y pedirle que sancionara las disposiciones adoptadas por la primera Junta, como tambien que acordase la re-union de la Central.

»Á pesar de la salida de los comisionados, la situacion fué agra-vándose por momentos; y Prim, importunado por las mas absurdas y desatentadas exigencias, sin que nada bastase á evitar los males de que tanto queria librar á su país, se vió obligado, por el decoro de su destino y por los intereses que debia defender, á contener á los agresores, trayéndolos á un pacífico acuerdo, y á recurrir á la fuerza, ya empleada antes por los centralistas, ocasionando víctimas y teniendo en armas á la ciudad, que el dia 2 de setiembre se pre-sentó por fin en completa rebelion contra el gobierno. Por ello el capitán general del Principado, don Jacobo Gil de Aballe, dió orden á los buques de guerra surtos en la bahía para que bloqueasen el puerto.

»En vista de esto, consideraron los centralistas llegado el caso de obrar con mas energía, y se presentaron á impedir el desembar-que de tres compañías que habian llegado á bordo de un vapor.

»El dia 4 rompieron tambien el fuego contra la Ciudadela, resi-

dencia del capitán general y demás autoridades, excepto el gobernador don Juan Prim, que al frente de 200 hombres se estableció en Gracia, con bastante riesgo de su persona, pero en mas desembarazada acción sobre la ciudad para ver el giro que pudiesen tomar los acontecimientos en el llano de Barcelona. En la empeñada acción que sostuvieron los centralistas este día tuvieron muchas pérdidas, habiendo muerto el coronel de infantería don Antonio Baiges, presidente de la Junta y jefe de las armas.

»Celebrado un acuerdo entre Prim y Ametller, que debía dar por resultado una reunión de estos jefes con los señores de la Junta para terminar las diferencias que ensangrentaban el suelo de la patria, cuando mas esperanzas tenía el conde de Reus de llegar al término de tan lamentable lucha, el día 10 de setiembre, en vez de acudir los centralistas á la cita, le declararon traidor á la patria, privándole de todos sus grados, honores, títulos y condecoraciones.

»La debilidad de la Junta y el éxito de su empresa quedaba por ese solo hecho juzgada. ¿Iba á ser obedecida? ¿Era tampoco justa su determinación? No, mil veces no. No es traidor á la patria quien ha vertido tantas veces su sangre por defenderla; y el renombre y empleos adquiridos heroicamente entre el aplauso del ejército sobre el campo del honor, el país entero, que los conoce y agradece, no sería justo si llegase á negarlos.

»Encargado de la capitánía de Cataluña el mariscal de campo don Miguel de Aroz, declaró á la provincia en estado de sitio, y ordenó á don Juan Prim que emprendiera las operaciones, dirigiéndose ya con una pequeña columna á San Andrés de Palomar, donde triunfó en los días 19, 22 y 23 de las tropas centralistas mandadas por Ametller, no sin tener que lamentar en su corazón desgracias inevitables, y que, como á las demás, cubrieron de luto á su propia familia.

»Su comportamiento militar en esas jornadas, tan gloriosas para él como guerrero, hizo que al promoverlo el gobierno á mariscal de campo, se poseyese el ministro de la Guerra de un entusiasmo tal, que se desciñó su propia faja, y acompañándola de una carta en extremo satisfactoria, la remitió al conde de Reus.

»La toma de Mataró, en que los centralistas el día 26, con fuer-

zas considerables, hicieron una heroica resistencia que elevó á mas altura las disposiciones y hechos del general Prim, le proporcionó á este otro brillante triunfo en que hizo 125 prisioneros, con el gobernador y presidente de la Junta, don Ramon Merbella, mereciendo ser recompensado por esta victoria con la gran cruz de San Fernando que le fué concedida.

»De Mataró salió para Gerona, que llegó á bloquear el 27 con fuerzas inferiores en número á las que tenian los pronunciados, y al empezar los cuarenta dias que duró el bloqueo con incesante fuego de una y otra parte, en los reconocimientos que practicó de las baterías enemigas estuvo inspeccionándolo todo, imperturbable, al estremo de desaparecer entre el polvo de la tierra que pisaba, arrancada bajo sus piés cinco veces por las balas del cañon enemigo.

»Gerona capituló el dia 7 de noviembre, estipulando que los centralistas rendian el castillo de Figueras, donde á los cinco dias se efectuaría un arreglo definitivo, que no se realizó por defeccion de Ametller, teniendo que acudir Prim á sitiar dicha fortaleza, al pié de cuyos muros estuvo hasta que, á consecuencia de un tratado celebrado con el baron de Meer, se rindió al gobierno el dia 10 de enero de 1844. Salieron Ametller y sus principales defensores para Francia, en vista de haber capitulado ya Barcelona, despues de reducida casi á escombros por doce mil proyectiles de cañon y mortero que arrojaron sobre ella las tropas del gobierno, mandadas por don Laureano Sanz.

»Declarada mayor de edad doña Isabel II y pacificada así la nacion, disolvió don Juan Prim la division de operaciones que tan gloriosamente mandaba en Cataluña, viniendo á Madrid en uso de real licencia, donde le esperaba el desengaño de ver lo mucho que cada dia se separaba el gobierno del sentimiento liberal del país, y lo que distaban ya sus arbitrarios actos del credo político progresista, cuya existencia habia defendido á precio de la sangre y los mas caros intereses, sacrificados inútilmente en el laborioso suelo que le dió la vida.

»Las calculadas evoluciones que trajeron al poder despues de Lopez y Olózaga á Narvaez, lo pusieron ya enfrente de aquella

monstruosa y descarada reaccion que empezó á combatir, y de que hubiera logrado librar á la patria á ser suficientes sus personales esfuerzos, que por entonces no dieron otro resultado sino ocasionarle acerbos é inmerecidos padecimientos.

»Al inaugurarse pues entre nosotros el reinado de aquella señora, con el empeño de retroceder hasta los tiempos de sus abuelos, empezaba de nuevo el martirio de la libertad, toda vez que la mas desatinada y ciega resistencia á las necesidades de la época fué ya la única ciencia de gobierno á que se redujo en todas partes, hasta hundirse sus tronos, el criterio político de los Borbones.

»Considerado el conde de Reus en Madrid un poderoso obstáculo opuesto al completo desenvolvimiento de todo el plan reaccionario á que anhelaba llegar el gobierno, por real decreto de 19 de enero de 1844 fué nombrado gobernador militar de Ceuta; cargo que no aceptó, conocida la intencion con que le era conferido.

»Por ese tiempo habian sido ya espatriados ó encarcelados con Lopez, Madoz, Cortina, Olózaga, la mayor parte de los principales hombres del partido progresista, y buscaba entonces, desenmascarada ya la reaccion, sedienta de sangre y esterminio, con mil tenebrosos manejos, nuevas víctimas que inmolar en sus feroces instintos.

»Habiendo sucumbido tantos, decretado debia estar ya tambien el sacrificio de Prim, á quien tenian sobrados motivos para conocer como hombre de accion, y á quien era natural tratasen de destruir los que no podian contar con él y nada respetaban. ¿Cómo pudo llevarse esto á cabo? Vamos á verlo en lo que oficialmente consta del proceso que se le formó, que estractamos lo necesario para que pueda tenerse una idea del monstruoso atentado que contra él cometieron. Y conste á la vez, cuando calificamos así el proceder de aquellos hombres, que encontramos natural que, amando á su país el conde de Reus, conspirase contra el gobierno. Así obró, impelido por la caballerosidad que va impresa hasta en los actos mas insignificantes de su vida, por los sentimientos que dicta un corazon como el suyo, generoso y recto, hasta saber dispensar beneficios á sus mayores enemigos, en vez de descender á mezquinas venganzas. Esto no hay quien lo ignore.

»Había en Madrid en esa época un hombre desprestigiado, despedido del servicio militar por su mala conducta, reducido á la mayor miseria y abandono, pero á quien Prim habia tendido muchas veces su mano generosa, proporcionándole ascensos en su carrera, cuando aún no estaba completamente inhabilitado en ella, remediando mas tarde su hambre y desnudez, sin otro título á tanta generosidad del conde de Reus, que haberlo este conocido de subalterno en un regimiento distinto del suyo cuando la guerra civil, pero marcado ya con el sello del mezquino porvenir que le esperaba. Ese hombre ingrato se encargó de delatar á don Juan Prim, como principal autor en la conspiracion que se denominó vulgarmente de los *trabucos*, acusándolo de conspirador y de haber tratado de seducir á unos militares para que asesinaran al presidente del Consejo de ministros don Ramon María Narvaez.

»Preso á consecuencia de eso, empezó por faltársele á las consideraciones debidas á su alto rango, mandando invadir su casa á unos oficiales del regimiento de San Fernando, que á un mariscal de campo mandaron, de órden de su coronel, que fuese con ellos preso á su cuartel. Prim exigió que se le presentase una órden de quien tuviera facultades para poder darla, y cuando ya se imprimió una forma regular á aquel atropello, fué conducido al citado cuartel, de donde á los dos dias, el 29 de octubre de 1844, lo trasladaron al de Guardias de Corps, en cuya torre, que se le designó por cárcel, estuvo muchas horas sin tener siquiera donde sentarse.

»Formóse al conde de Reus un proceso en que el fiscal don Tomás Aznar, hombre que habia entrado en la habitacion de Prim con el morrion puesto, segun él porque iba de oficio, acumuló torpemente toda clase de cargos, y prescindiendo de la evacuacion de citas necesarias al esclarecimiento de la verdad en lo declarado por los testigos, del careo no menos preciso de estos con el general, y fundando solo su acusacion en declaraciones aisladas de testigos tachados por la ley, y en nada contestes, en el Consejo de guerra de oficiales generales celebrado en el mismo cuartel en que se tenia preso á Prim el dia 4 de noviembre de 1844, concluyó el fiscal pidiendo la pena capital para él y todas las demás personas complica-

das en la causa. «Entiendo, dijo leyendo su conclusion escrita, que »perderia el tiempo que emplease para persuadir la existencia del »hecho... tanto mas, cuanto que en los procesados ó encausados »militarmente no se necesita recurrir á aquellas pruebas lumino- »sas de que habla la ley de Partidas, para poderse imponer la ulti- »ma pena, pues basta que haya ciertos indicios que convenzan el »ánimo de los vocales del Consejo de la certeza del delito y delin- »cuente, para su imposicion.» ¡Que perderia el tiempo que em- please para persuadir la existencia de un hecho, por el que sin em- bargo pedia la pena capital para el general y todas las demás per- sonas complicadas en la causa!

»El Consejo de guerra mandó ampliar aquel proceso en que ha- bia declaraciones de testigos que nadie habia citado á declarar, y de otro desconocido del acusado que no pudo este nunca ver, aunque lo pidió así al Consejo, y de otro que rechazó su declaracion, acu- sando al fiscal de haberle amenazado para que dijese las palabras que negó ser suyas. Y en tal estado, examinando el Consejo al ci- tado testigo, entró en el salon el general Prim, que habia pedido comparecer ante sus jueces. Un público numeroso ocupaba todo el local, acabando de ver cómo pensaba y obraba el fiscal. Bajo la hon- da impresion de la escena que acababa de ocurrir, buscaron todas las miradas al general, que con marcada huella de tristeza en su fisonomía y en ademan sereno, vestido de rigurosa etiqueta, bajo el chaleco la banda de la gran cruz de San Fernando, y en el frac una placa de brillantes, se adelantó hácia el Consejo y tomó asiento.

»Nosotros reproduciremos algunos párrafos del sentido discurso que pronunció ante sus jueces, y lo hacemos por manifestar al lec- tor la fiel revelacion que hace de sus sentimientos y sus dotes ora- torias, aun en aquella ocasion solemne, mas que por destruir la injusta acusacion contra él lanzada, desvanecida ya completamen- te por la brillante defensa que de él hizo el general don Ricardo Shelly, combatiendo el apasionado y defectuoso proceso que se le habia formado.

«Señores, dijo con la expresion mas digna: si el delito de que se »me acusa fuera solo el de conspirador, seguramente no me pre- »sentaria ante el Consejo; pero atribuyéndoseme el infamante de

»asesinc, vengo á defender mi honor; mi honor, que heredé puro y
 »sin mancha de mi padre; mi honor, que ha iluminado siempre los
 »mas insignificantes pasos de mi vida.

»Despues de lo que mi defensor ha espuesto al Consejo en vindi-
 »cacion de mi inocencia, poco tendré yo que añadir para persuadir
 »de ella á los señores vocales. Falta solo que yo presente aquí mi
 »frente serena y mi cabeza erguida, para que el Consejo conozca
 »toda la tranquilidad de mi alma.

»Yo, señores, tengo un nombre hasta el dia sin mancilla: lo he
 »comprado á costa de mi valór, á costa de la sangre que tengo der-
 »ramada en los campos de batalla, siempre en defensa de mi patria.
 »Respondan, si no, los generales á cuyas órdenes he servido (cita va-
 »rios jefes á cuyas órdenes se ha encontrado); digan si no han cono-
 »cido en mí un militar valiente, subordinado y leal. Apelo á los
 »que me han conocido como hombre político, para que digan si no
 »me han visto siempre tolerante y noble. Respondan todos los suge-
 »tos de los diferentes colores políticos que me han honrado con su
 »amistad, si me han visto jamás alimentar ideas de un exclusivismo
 »insufrible.

»Y los hombres que han vivido así, ¿seria posible que bajaran
 »á la tumba con el deshonor, con la mancha de una acusacion tan
 »infame como la que pesa sobre mí? No, eso no es posible, y la re-
 »stitucion de mis jueces me dispensa de recargar mas este horroroso
 »cuadro.»

»Llama á continuacion la indulgencia del Consejo hácia cuanto
 tiene que decir importante á su descargo, y explica en un estenso y
 brillante párrafo el cúmulo de vejaciones y atropellos que ha sufrido,
 privado de la natural defensa é incomunicado hasta aquel ins-
 tante, sin necesidad, desde que su causa se elevó á plenario, porque
 dadas las declaraciones y averiguada la verdad, la incomunicacion
 no podia explicarse mas que como un lujo de crueldad.

»Ocupándose despues de su delator, á quien conoció en la guerra
 civil, pero á quien no habló hasta que se le presentó en el pronun-
 ciamiento de Reus, mal vestido por el mucho tiempo que hacia es-
 taba dado de baja, explica cómo le propuso para su rehabilitacion en
 el grado de capitán; y mas tarde dice: «En vista de su buen com-

»portamiento lo propuse para el grado de comandante, que es el que
 »en el dia tiene. Cuando el general Sanz pasó á Barcelona y recla-
 »mó oficiales, me pidió Alberní (así es el apellido del delator) una
 »carta de recomendacion para pasar á las órdenes de aquel general;
 »pero yo, que conocia su mala conducta, se la negué. ¡Considere el
 »Consejo si á un hombre á quien negué una nueva carta de reco-
 »mendacion, le confiaria secretos en que no solo cifraba mi existen-
 »cia sino el éxito del plan que se proponia!

»Y por cierto que no me equivoqué en negarle la recomendacion;
 »porque habiendo conseguido ir, á pesar de eso, á las órdenes del
 »general Sanz, cuando este puso el bloqueo á Barcelona tuvo que
 »separar á Alberní, porque habiendo pasado por el puesto que este
 »ocupaba varias mujeres que salian de la plaza, se portó con ellas
 »de una manera indecorosa é indigna, tratando hasta de violarlas.
 »Esta falta le valió ocho meses de prision.

»Algun tiempo despues se presentó en mi casa, no como un mi-
 »litar, sino como un desgraciado que venia á pedirme pan para co-
 »mer y ropa para vestir. Me suplicó que hablase en su favor al ins-
 »pector del arma. Contesté que no lo conocia, pero que, aun cuan-
 »do fuese otra cosa, su conducta particular no me inspiraba con-
 »fianza para interesarme por él; mas que si como particular podia
 »yo serle útil, podria mandarme; ofrecimiento que no tardó en acep-
 »tar, porque á los pocos dias me envió una carta pidiéndome dinero
 »para unos pantalones. Se lo dí. Al poco tiempo me envió una es-
 »quela en que me pedia dinero para pagar á la patrona, porque no
 »tenia un cuarto, y se lo mandé tambien envuelto en el mismo pa-
 »pel de la esquela, que es como acostumbro yo á hacerlo; y hasta
 »le dispensé alguna vez el honor de sentarse en mi propia mesa.

»Así siguió viniendo una porcion de tiempo por mi casa, hasta
 »que supe que estaba preso. ¿Y cree el Consejo que si yo hubiera
 »tenido algun secreto de conspiracion con Alberní, me habrian en-
 »contrado tranquilo los señores oficiales que fueron á prenderme?
 »No, señores. Pero en lo que menos pensé nunca era en que Alber-
 »ní fuese capaz de hacer una delacion semejante.

»Voy á hacerme cargo de los partes que este ha dado.»

»Explica á continuacion cuanto constituia el cúmulo de absur-

das acusaciones lanzadas sobre él por aquel hombre que le debía tantos beneficios, y en quien la educacion estaba á la altura de su capacidad y sentimientos, pues consta de la causa que apenas sabia escribir.

»Destruye tambien las acusaciones de otro oficial, digno compañero de Alborní, que como él, sin merecerlo, habia recibido los beneficios de Prim, cuya generosidad y elevacion de ánimo no llegó nunca á comprender, toda vez que hallándose mas tarde sirviendo en el ejército de Puerto-Rico, tembló, acusado por su conciencia, al ver llegar al general investido del mando supremo de aquella isla, donde don Juan Prim, abierta aún la herida de su acerbo é inmerecido sufrimiento, á ese oficial que en pago de beneficios habia atentado á su honra y su vida, se limitó á prohibirle que se le presentara delante por la repugnancia que debía causarle.

»Concluyó en fin el conde de Reus su brillante discurso desvaneciéndose con la mas sana lógica y valentía cuantos cargos habian querido hacer pesar sobre él, y el público escuchó conmovido su palabra, comprendiendo de aquel corazon el tesoro de sentimientos que poseia como hijo, como ciudadano y como hombre público.

»Sus jueces le sentenciaron entonces á seis años de prision en un castillo, siendo por consecuencia de eso conducido á Cádiz para trasladarlo á las islas Marianas; pero á los pocos dias se le comunicó en el fuerte de San Sebastian, en que estaba, el indulto, que le fué concedido por las eficaces gestiones de su señora madre, digna por tantos títulos de la ternura filial con que dias antes en el Consejo de guerra habia el general hecho verter lágrimas á los que oyeron sus palabras.

»Los hechos ocurridos, y el gobierno, que se ostentaba cada dia mas poderoso y cruel para dispersar á sus contrarios, doblemente apoyado ya en la legalidad que le prestaba el trono, no inspiraron bastante confianza al conde de Reus para poder por entonces continuar en la Península; así es que en 19 de marzo de 1845 obtuvo licencia para el extranjero, recorriendo en los años 45, 46 y parte del 47, Francia, Inglaterra, Italia y otros Estados de Europa, dedicado á adquirir conocimientos científicos aplicables á su carrera, y que en el porvenir debian contribuir tanto al prestigio de su nom-

bre; pudiendo decirse de su permanencia en Francia, que algo participó de las continuas molestias con que el gobierno de Luis Felipe abrumó á los emigrados liberales españoles, por las traslaciones é incómoda intervencion, hasta en lo mas trivial, de las autoridades, que los vigilaron como si tuviesen que temer algo de ellos.

»Comprendido en la amnistía decretada en 1847, regresó don Juan Prim á España, desembarcando en Cádiz, desde donde tuvo que volverse bien pronto á Francia, por serle insufrible el incómodo espionaje de que se vió rodeado.

»De esa angustiosa situacion, contraria siempre á la permanencia en su país, vino á sacarlo su particular amigo el general don Fernando Fernandez de Córdova, que nombrado ministro de la Guerra, recurrió como medio de alejarlo por algun tiempo de la política latente, que tantos sinsabores le costaba, y para que el país utilizase sus servicios, á nombrarlo capitán general de Puerto-Rico, como lo hizo en 20 de octubre de 1847 ¹.

»El conde de Reus, deferente á la amistad, y comprendiendo la significativa prueba que el general Córdova le daba haciendo en él ese nombramiento, lo aceptó, alejándose á 1.300 leguas de aquella situacion, y desde Cádiz salió á bordo de la corbeta de guerra *Villa de Bilbao*, llegando á Puerto-Rico el 8 de diciembre del mismo año.

»El general Prim, al saltar en tierra, fué recibido con el ceremonial de costumbre por el general segundo cabo, don Celestino Ruiz de la Bastida, en quien habia delegado el mando para ese acto el conde de Mirasol, que no tenia una idea muy ventajosa de su sucesor, llegando hasta significarlo con no salir en persona á recibirlo y entregarle las llaves de la plaza. Como esto se conociese en el público oficial, y viese el de Mirasol cuánto habia sido injusto con el cumplido caballero que se le presentó, en vez del general Prim que él se habia forjado en su imaginacion, no omitió luego ningun género de satisfacciones para conseguir enmendar su falta. Por lo demás, la entrada del conde de Reus en Puerto-Rico no se ha pareci-

¹ El historiador, como se observará, no es muy fuerte en fechas; pero en lo demás es siempre admirable.

do ni se parecerá ya á la de ningun otro general gobernador de aquella isla. A los naturales del país habia llegado la verdadera noticia de los hechos á que habia dado cima el general que iba á mandarlos; sabian cómo era Prim, y les entusiasmó encontrarle conforme á la idea que de él se habia formado todo el que pudo salir á victorearlo; y él correspondió risueño á los saludos de todos. De un sitio corrian á otro para volverlo á ver, y hasta el soldado que cubria la carrera por donde iba, sonreia, satisfecho de que así fuese su general y así se le recibiese. Habia en muchos hasta la pueril curiosidad de ver su mano, que les admiraba fuese pequeña. La recepcion que se le hizo en la capital de Puerto-Rico fué tal, que hay corporacion en aquel país que todavía conserva la silla que le ofrecieron para sentarse, la copa ó algun otro objeto de los que tocó con su mano.

»Su administracion correspondió á las esperanzas que de él tuvieron los puerto-riqueños. Despertó en todas partes el bienestar y la alegría, dió animacion al comercio y restableció la confianza y seguridades necesarias para vivir en los campos entre los negros, que desgraciadamente esclavos y sin educacion alguna, protestando quizás contra su condicion social, se entregaban á escesos de barbarie y esterminio, por ser insuficientes á gobernarlos las leyes hechas para hombres libres, y el lento y dudoso proceder de los jueces ineficaz á contener sus desmanes. Prim, en un bando que publicó para evitar esos males, les amenazó con una inmediata pena á los que de ellos se atreviesen á atentar contra la vida de los blancos; y eso fué bastante para ahorrar castigos y restablecer el equilibrio necesario en aquella sociedad con esclavos, donde algo recomendable haria Prim por los negros, algunos beneficios les dispensaria, cuando son hoy los que mas los admiran y manifiestan quererlo. La publicacion de ese bando enemistó al conde de Reus con los magistrados, quienes manifestaron el mal efecto que les habia hecho en su juicio de residencia, en que tambien hicieron cargos á Prim por la ejecucion de Águila.

»Era este un famoso criminal de quien se decia que habia cometido un asesinato, y que vagando por los campos, con sus constantes fechorías tenia en continua alarma al país; pedia cantidades

de dinero á los hacendados, haciéndoselas llevar á los sitios que designaba, so pena de incendiar los cañaverales ó destruir cualquiera otra propiedad rural, de lo que no habia medio para librarse, porque se observaba que cuando despreciaban su intimacion, aunque se rodease la posesion amenazada de vigilantes armados, de dia ó de noche, cuando menos se pensaba la posesion ardia. Sucedia á la vez, que cuando caia en poder de la justicia, no habia para él cárcel segura, contándose que se habia evadido de la de Sabana grande ó algunas otras poblaciones de la isla en minutos, dejando en el calabozo, que no aparecia forzado, grillos y cadenas que habian tardado horas en ponerle, viniendo algun nuevo desman por él cometido á avisar al país que ya estaba el Águila en los campos entregado á su vida habitual. Preso bajo el mando del conde de Reus, sintió este deseos de ver á tan famoso criminal, y habiendo ido á su prision y encontrando en él Prim un hombre de fisonomía simpática y expresiva, le reconvino por su mala vida, tratando de ver por todos los medios que estaban á su alcance si podia convertirlo en otra clase de hombre; le dirigió palabras dignas y sentidas, ofreciéndole perdon en nombre de S. M. si pasado cierto tiempo de castigo correccional, bajo la vigilancia de las leyes, manifestaba haber entrado sinceramente por la senda del arrepentimiento. El Águila, que lloró al escuchar un lenguaje que nunca habia oido, prometió al general no volver á escaparse y hacerse digno por su conducta en adelante del perdon prometido y del concepto de todo un hombre de bien.

»Pasó algun tiempo sin dar que decir de él, y cuando ya se iba creyendo en su conversion, desapareció un dia de la prision en que estaba. Justamente indignado entonces el general Prim, y convencido de que el Águila era un criminal incorregible, resolvió libertar al país de semejante calamidad, y cuando fué preso nuevamente, como ladron en despoblado lo hizo juzgar por una comision militar, que lo sentenció y ejecutó con la prontitud que manda la Ordenanza.

»Otro hecho tambien muy notable señaló la administracion del conde de Reus en la espresada antilla.

»Habiéndose sublevado los negros de Santa Cruz, isla danesa inmediata á Puerto-Rico, y hallándose en inminente peligro de pere-

cer las autoridades y demás personas blancas que habitaban la isla, su gobernador, en oficio fecha 6 de julio de 1849 ¹, demandó auxilio de don Juan Prim, quien dispuso inmediatamente el envío de una columna compuesta de seis compañías de preferencia, una seccion de artillería de montaña y una brigada de obreros, á las órdenes todos de un jefe superior; socorro que salido de Puerto-Rico á las seis horas de pedido, llegó á tiempo para restablecer el orden en Santa Cruz, deponiendo los negros las armas con solo la presencia de nuestros soldados.

»Con idénticos intereses Santa Cruz que Puerto-Rico, el conde de Reus en esta ocasion sirvió á España al acudir por bien de la humanidad en auxilio de Dinamarca, que agradecida, condecoró al general Prim con la gran cruz de Dannebrog, para cuyo uso le autorizó el gobierno español.

»Diez meses ² desempeñó don Juan Prim el mando de la isla de Puerto-Rico, haciéndose acreedor, como hemos dicho, por todos los actos de su administracion, á la gratitud de aquel país, que lo recuerda siempre para colmar su nombre de alabanzas.

»Ya en la Península, á que habia llegado don Juan Prim en el mes de octubre de 1848 ³, empezó nuevamente para él la lucha política de que en su último mando habia estado alejado, permaneciendo sin embargo de cuartel en varios puntos sin que le ocurriese nada notable hasta principios del año 50, en que tuvieron lugar unas elecciones generales de diputados á Córtes, y en que fué candidato por las provincias de Barcelona, Gerona y Tarragona, siendo electo por el distrito de Vich, como no esperaba el gobierno, que le suponía solo con influencia en las grandes poblaciones, donde por la mayor cultura predominan siempre ideas mas avanzadas que en la montaña.

»Reemplazado el gabinete Narvaez por otro de la misma comunión política, fueron decretadas nuevas elecciones generales para mayo de 1851; y vista por el gobierno la imposibilidad de evitar que

¹ ² ³ Repito que el historiador es poco cuidadoso respecto á las fechas,

Prim fuera elegido diputado en varios distritos, particularmente por el que acababa de representar tan dignamente, en que no habria influencia que se le opusiera ya con éxito, recurrió á medios que pudieron conducir las cosas al logro de sus deseos, pero que los hombres de sentimientos leales rechazarán siempre.

»Escitando el patriotismo del conde de Reus y la delicadeza de sus sentimientos, se hizo que elevadas personas gestionasen cerca de él para que aceptase otra vez el mando de la isla de Puerto-Rico; y tantos resortes tocaron, á tantas cosas acudieron los ministros, que Prim tuvo por fin que resignarse á aceptar dicha capitanía general; por lo que manifestó á sus amigos, interesados en elegirle diputado, que renunciasen á su candidatura, toda vez que no iba á poder representarlos en el Parlamento. Pasadas ya las elecciones, el gobierno comunicó al conde de Reus el resultado del juicio de residencia recaido sobre él por su destino en Puerto-Rico que le imposibilitaba hasta que trascurriesen cuatro años para volver á obtener mando en las antillas. Prim sin embargo, en segundas elecciones, al optar el señor don Jacinto Feliz Domenech por el distrito de Mataró, y dejar vacante el tercero de Barcelona, fué elegido diputado en reemplazo del señor Domenech, para lo que hubo una reunion general de electores que lo proclamó candidato, manifestándolo así al cuerpo electoral en una sentida y notable alocucion, á la cual contestó Prim con carta de agradecimiento en que espuso sus principios políticos y económicos.

»El gobierno tenia por candidato para ese distrito á don Francisco Lujan, brigadier de artillería, comandante del arma en Cataluña, persona generalmente querida por sus honrosos antecedentes y apoyada firmemente por las autoridades y la oficialidad de aquel departamento. La lucha por consiguiente fué ruda entre ambos bandos, que se disputaron el triunfo hasta el último momento, empleando para ello todos los medios imaginables.

»Probaban los amigos de Prim para combatir á Lujan, que este era enemigo de la industria catalana, segun constaba de varias sesiones de Córtes en que habia votado con los libre-cambistas; y los amigos de Lujan, recurriendo á medios menos leales, trataron de sacar partido hasta de la desgraciada muerte de Coello, ocurrida el 24

de julio, sobre cuyo lamentable acontecimiento supo el buen sentido del pueblo averiguar inmediatamente las verdaderas causas que lo habian motivado. Se acusó á Prim con la mayor deslealtad de todos los cargos que contra él se habian venido hacinando desde que empezó á figurar en política, teniendo en nada la publicidad de sus actos, los sufrimientos que le debia su partido, y las explícitas declaraciones con que á la faz del mundo los habia rebatido.

»Ya en las elecciones, con ese carácter esencialmente activo de los naturales de Barcelona, estimulado en cada bando por el deseo y conveniencia de obtener el triunfo de sus ideas políticas, tan relacionado entonces con la cuestion mas vital del país, el adelanto de su industria, se pusieron mil medios en juego para conseguir unos y otros la victoria, llegando la animacion en los colegios electorales hasta cruzarse partes por minutos entre sí las secciones, dando por resultado, verificado ya el escrutinio, la victoria de don Juan Prim sobre su contrario por una mayoría de mas de cien votos.

»Con pasmosa rapidez sucedieron por entonces en el poder muchos otros gobiernos moderados al ministerio Bravo Murillo, concluyendo así la legislatura de 1851, y obligándose inmediatamente á don Juan Prim, cuya gigante sombra estorbaba como siempre á la reaccion, á marchar á Francia, llamando el gobierno voluntaria licencia al destierro político que le imponia.

»Convocadas nuevas Córtes para 1853, tuvieron lugar las elecciones en el mes de enero de dicho año; época en que, al figurar el conde de Reus como candidato por varios distritos, fué electo diputado en uno de Barcelona, á pesar de no permitirle el gobierno que viniese á España para cuidar de su candidatura, ni mas tarde á conferenciar con sus comitentes en dicha capital respecto al cargo que acababan de conferirle.

Estas arbitrariedades, como todas las de aquellas célebres elecciones, fueron espuestas por don Juan Prim en el discurso que, digno de su reputacion parlamentaria, pronunció en dicha legislatura el 6 de abril del espresado año al discutirse el dictámen sobre las actas de Vigo.

»Concluido el primer período de la legislatura de 1853, y residiendo en París el conde de Reus, se inauguró la gigantesca guerra de Oriente, originada ostensiblemente por la posesion de los Santos Lugares; constante pretesto de Rusia para llegar á estender su imperio hasta los Dardanelos.

»Dominado don Juan Prim por su carácter, tan impresionable con todo lo grande, y llevado por el amor que tiene tambien á su carrera, solicitó y obtuvo del gobierno permiso para pasar á estudiar aquella lucha, cuyo solo anuncio, despertando el mayor entusiasmo, tenia ya el privilegio de causar el asombro del mundo.

»Era tambien conveniencia de España, cuyos intereses en Oriente iban á resolverse al propio tiempo que los de las demás naciones latinas, tener en el teatro de aquellos acontecimientos cuando menos una caracterizada y digna representacion que diese cuenta exacta al gobierno de lo emprendido por los ejércitos beligerantes; y se decretó pasase á Oriente una comision compuesta del coronel graduado comandante de estado mayor don Federico Fernandez San Roman, del coronel graduado comandante de infantería don Cárlos Detenre, teniente coronel don Agustin Pita del Corro, capitan de Ingenieros don Salustiano Sanz, capitan de artillería don Joaquin María Enrile, un escribiente de la clase de tropa, una escolta de un sargento y doce individuos voluntarios de las rondas volantes extraordinarias de Cataluña, como varios otros jefes y oficiales que con real licencia se trasladaban tambien por su cuenta á estudiar la guerra, todos á las órdenes del general conde de Reus.

* »A la presencia en Oriente de la comision española se reunieron, tambien debidamente autorizados por sus gobiernos, un jefe de estado mayor piamontés, un capitan inglés del ejército de las Indias, un comandante polaco, el doctor francés Mr. Pelltan, jefe de Sanidad militar del ejército de Romelia, y el comandante del estado mayor turco Saofet Efendí, como intérprete y auxiliar, con una escolta de lanceros.

»Honró Homer-Bajá al general conde de Reus con someter á su consulta y deliberacion los planes de cuantas operaciones llevó á cabo, empezando el general español desde los primeros hechos á ser la confianza y esperanza del acierto en el ejército turco, que para

algo mas que estudiar la guerra lo vió ya siempre llegar al fuego con su acostumbrado valor.

»El 30 de octubre, al atacar los turcos la isla Totorkan, que divide el Danubio en dos brazos (el menor de 240 metros), dirigió don Juan Prim la colocacion de la artillería, á que dió una situacion irresistible, trasladándola á posiciones distintas de las que tenia al empezar el combate. Omer-Bajá, que desalojó á los rusos de sus posiciones en la orilla opuesta del caudaloso rio, alcanzó el 4 de noviembre una gran victoria rechazando al general Dannenberg, que intentó recuperar lo perdido. El general turco tuvo constantemente á su lado al conde de Reus y á la comision española en los sitios de mayor peligro, en que el general turco se colocaba á ordenarlo todo con el mayor acierto.

»El 5 del mismo mes, al fortificar las posiciones conquistadas, el comandante general de la artillería turca se presentó á consultar la opinion del general Prim, quien acompañado del coronel San Roman salió á indicar la mejor situacion de las nuevas baterías, sirviéndose para ello, por la caliginosa niebla que ocultaba el campo, del cróquis del terreno que poseia la comision española.

»Despues del desastre de Sínopé, en que una flotilla turca pereció con el mas sublime heroismo, llegando Alí-Bey por no rendirse á poner con su mano fuego á la Santa Bárbara, y entradas las tropas en cuarteles de invierno, concluyó ya, en concepto de don Juan Prim, la campaña de 1853, y se embarcó en Varna con la comision española, trasladándose á Constantinopla, donde fué presentado al Sultán, quien le dirigió las palabras mas lisonjeras respecto á España y al valor y altas dotes que dijo saber adornaban al general y bizarros jefes que le acompañaban.

»El 25 de diciembre salió ya la comision con direccion de Francia, á bordo del vapor francés *Osiris*, para volver reorganizada á Oriente en fin de abril, habiendo sucedido á don Juan Prim que no le permitió el gobierno presentarse en España, y volvió á Constantinopla sin tener esa satisfaccion, pero honrado con ser acompañado en su viaje desde París á Oriente por el príncipe Napoleon.

.....

»Seguia el general Prim, como hemos dicho, en Oriente, cuan-

do tuvieron lugar en nuestra patria los acontecimientos políticos que empezaron en el Campo de Guardias, por lo que ordenó el regreso de la comision á España, trasladándose inmediatamente á Madrid para prestar su apoyo al afianzamiento de las ideas liberales que representaba la nueva situacion creada.

»La comision tan honrosa que para alejar al conde de Reus de España le habia conferido el gobierno, que lo veia con gusto en Oriente, pero que le negó el permiso solicitado para venir á su país cuando se encontraba invernando en París al terminar la primera campaña, fué origen de que se hablara con ligereza y marcada injusticia respectó á la clase de relaciones que racionalmente era posible suponer entre el general Prim y el gobierno del conde de San Luis. *El Porvenir*, periódico de aquella época, se hizo eco como el vulgo de las injustas habladurías á que nos referimos, y que el conde de Reus refutó victoriosamente en una comunicacion dirigida á *El Clamor Público*, en la cual espuso cuáles, en su concepto, debian ser las aspiraciones de la Revolucion, sosteniendo, entre otras, la necesidad de abolir las quintas y matrículas de mar.

»Por una inmensa mayoría de votos, en la provincia de Barcelona fué electo diputado el conde de Reus en las Córtes Constituyentes, tomando parte en los trabajos de aquella asamblea hasta que, empeñado el gobierno en utilizar sus servicios, en octubre de 1855 le nombró capitan general de Granada, en cuyo destino, por el mal estado en que encontró los ánimos, y para evitar males que se auguraban, empleó con bastante acierto la política justa y conciliadora, proclamada por él tantas veces en la Representacion nacional como base principal de sus principios de gobierno.

»Ya restablecido en aquella capital el buen sentido del espíritu público, pasó á la plaza de Melilla para dar solucion al continuo mal-estar de aquel presidio, donde los moros fronterizos en sana paz, viniendo siempre á la plaza para atender á sus necesidades, despues que salian al campo insultaban constantemente á nuestra bandera, cazando desde sus guaridas y ataques á los centinelas, ó pasando á cuchillo en el menor descuido á las guardias avanzadas. Advertidos los rifeños por su constante comercio con la plaza de la presencia en ella del capitan general, y del elevado concepto que este tenia

de valiente, se presentaron las kabilas inmediatas al muro provocando al general para que saliera al campo; deseo que se les cumplió, porque ya estaba en los propósitos del conde de Reus dar una severa y provechosa lección á aquellos salvajes, reprimiendo para siempre sus continuos atentados, que llegaron en época no muy distante hasta intentar formales asaltos de la plaza, ocasionando en ella sensibles desgracias.

»Dueños los moros del campo desde Melilla hasta la inmediación del pueblo de Cabreriza, sobre lo accidentado del terreno, lo tenían todo sembrado de zanjas, trincheras y multitud de irregulares obras de fortificación, bastantes sin embargo para detener á un ejército que, mal dirigido, fuera á atacarlos.

»El conde de Reus, el día 25 de setiembre de 1855 respondió al aullido de las kabilas que atronaban el campo, saliendo de la plaza á las doce del día á tambor batiente, al frente de seis compañías; pequeña columna con que supo desalojar á los moros de las ventajosas posiciones que ocupaban, como rechazar á las nuevas turbas que acudían á llenar el puesto de los que morían en el combate, derrotándolos por fin, sin que ya nada fuese bastante á detener su marcha al vecino pueblo de Cabreriza, que ocupó hasta las tres de la tarde, en que ordenó la retirada conforme á los preceptos del arte, pasando con su columna por cima de los multiplicados obstáculos que en los momentos de retirada, para envolver á su contrario, le oponían siempre los moros con desesperado arrojo. Á bastante distancia de la plaza todavía, no pareciéndole digno de su alto concepto llegar hostilizado hasta las murallas, tomó de nuevo la ofensiva sobre el enemigo, que espantado, corrió ya á las alturas, desde donde lo vió en silencio continuar su marcha hasta la ciudad á tambor batiente, y con el orden que en país amigo vuelve una tropa del campo de maniobras.

»Segunda acción empeñó el conde de Reus al día siguiente con el mismo brillante éxito, á pesar de encontrar mas prevenidos á los moros, que acudieron infinitamente mas á defender su campo, pero sin poder evitar que lo dominase todo don Juan Prim, destruyendo á la vez sus obras de defensa y volviendo triunfante á la plaza en la misma forma que el día anterior. Los moros, que son valientes,

durante mucho tiempo hablaron á la guarnicion de Melilla de la admiracion que les habia causado ver en mitad del dia salir á su campo aquellos soldados al compás de las bandas, todos unidos y animados de la misma bravura en el combate, llegando por cima de todo hasta el punto que se proponian ir.

»Despues de esos acontecimientos regresó el conde de Reus á Granada; mando en que cesó á consecuencia de los acontecimientos de julio de 1856. Al ministerio O'Donnell-Rios Rosas, á los dos meses de existencia le habia reemplazado en el poder el duque de Valencia, imprimiendo con la tirantez de siempre un cambio radical en los asuntos del Estado; alteracion que llevó el disgusto á las principales poblaciones de España, donde bien pronto empezaron á notarse alarmantes síntomas de agitacion y malestar, sin que fueran bastante á restablecer la perdida tranquilidad los estados de sitio á que acudió inmediatamente el gobierno.

»El conde de Reus, á quien estaban reservadas muchas amarguras con el advenimiento al poder de sus intolerantes contrarios en politica, recibió la desagradable noticia de que en Barcelona se perseguia arbitrariamente por las autoridades á las personas que manifestaban tener simpatías por él, habiéndose puesto presos de orden del capitan general del Principado, entre otros, á su particular amigo don Mariano Pons y Tarrech por significar deseos de que don Juan Prim fuese electo diputado á Córtes. Indignado el conde de Reus, y lamentando á la vez tantas injusticias y desaciertos de los hombres del poder, escribió una espresiva y cariñosa carta al señor Pons en que calificaba con dureza el proceder de las autoridades de Barcelona, aplaudiendo tambien la conducta y digna actitud en que veia colocados á sus amigos. Publicada dicha carta en *La Iberia* del dia 6 de enero de 1857, con el objeto de que sirviera de contestacion á todas las que de muchas partes le dirigian al conde de Reus, y que no le era posible contestar particularmente, el gobierno, aunque hizo recoger el periódico, que no pudo salir sin su prévia censura, quiso ver en dicha carta un desacato á las autoridades y una falta militar penable por la Ordenanza general del ejército, á pesar de que no residiendo el conde en el Principado ni debiendo en manera alguna subordinacion á un militar de su misma

graduacion, pero mas moderno que él, la falta, si la habia, seria cometida en la prensa y completamente ajena al servicio militar.

»El 11 de enero del mismo año fué el conde reducido á prision al salir de una fiesta celebrada en la embajada francesa, en cuyos salones estuvo constantemente vigilado por el gobernador militar de la plaza, que asistió tambien en clase de convidado, llevándosele á aquellas altas horas de la noche, entre la consternacion de su familia, al alcázar de Toledo, escoltado por la Guardia Civil.

»El 12 de marzo del mismo año se vió ya la causa en el Consejo de guerra de oficiales generales celebrado en Madrid bajo la presidencia del capitan general; y aunque el fiscal, brigadier don José María Reina y Frias, razonó su dictámen en la asimilacion que encontraba de lo escrito por el conde de Reus respecto al general Zapatero y lo que dice la Ordenanza para reprimir las murmuraciones de la tropa: «Si se queja de que se altera el órden en los ascensos, es corto el prest y el pan, mucha la fatiga, incómodos los cuarteles y otras especies que con grave daño del servicio indisponen los ánimos sin proporcionar á los que compadecen ventaja alguna.» Sobre este artículo, que creyó infringido, se atrevió á pedir al Consejo para el general Prim la pérdida de su empleo y un año de prision; pena que el Consejo, no sabemos por qué delito, redujo á seis meses de arresto en el castillo de Alicante; ciudad que se le designó por residencia, y á que se le exigió fuese bajo su palabra de honor.

»Así trató el gobierno al general conde de Reus porque escribió á un amigo calificando de arbitraria la providencia del general Zapatero al ponerlo preso y en libertad tambien, por no haber méritos para proceder contra él.

»Convocadas nuevas Córtes en el mismo mes de marzo, fué presentado candidato para diputado en Barcelona, Tarragona y Reus, en cuya última ciudad triunfó su candidatura por una inmensa mayoría, teniendo en Tarragona solo ocho votos menos que el candidato del gobierno.

»El comité progresista de Reus, entusiasmado con su triunfo, espidió un Manifiesto, que acogió la nacion en general con marcada satisfaccion, y á que respondió el conde de Reus con una sentida carta de gracias.



»Hallándose en Alicante sufriendo la condena del Consejo de guerra á que hemos hecho referencia, se le concedió licencia para pasar á los baños de Vichy, sintiendo mucho su marcha los alicantinos, que se habian acostumbrado ya á verlo entre ellos, aunque con el pesar de que se debiese á la desgracia de Prim la satisfaccion de contarle en su sociedad.

»El 28 de junio de 1858, tras de los ministerios Narvaez-Armero é Istúriz, vino al poder don Leopoldo O'Donnell, cuya política, si bien no expansiva como liberal, tendia á robustecer su poder, contemporizando en concesiones hasta donde era su conveniencia, con los hombres de principios mas avanzados, víctimas siempre del menos transigente partido moderado, y ansiosos de que cesara de algun modo en nuestra patria el sistema represivo de los estados de sitio é inobservancia de los principios constitucionales. El cambio sin embargo que sufrió la situacion con el advenimiento al poder del nuevo partido, medio nacido entre los progresistas y el absolutismo, á que retrocedia el histórico partido moderado, vino á hacer posible que rodeasen al gobierno los hombres mas acreedores por sus servicios, sin que su significacion política fuese un obstáculo para ello.

»Una prueba de esto es que por real decreto de 14 de julio de 1858 se nombró á don Juan Prim senador del reino, y estuvo además indicado para el desempeño de una importante mision diplomática que no tuvo por fin lugar.

»Declarada con tanta justicia la guerra á Marruecos el dia 22 de octubre de 1859 por el presidente del Consejo de ministros, fué saludada en el Congreso por la Representacion nacional con el mayor entusiasmo, pronunciándose con ese motivo por el señor Calvo Asensio y otros señores diputados los mas sentidos y patrióticos discursos, que como las palabras del general O'Donnell, concluyeron entre las voces de todos gritando: «¡Viva España!»

»De todas partes se pusieron tambien á disposicion del gobierno cuantiosos recursos, ofreciéndose para la guerra las provincias, las poblaciones en particular, y casi todas las corporaciones y muchas personas. Natural era que el conde de Reus fuese de los primeros

que se presentasen á pedir el puesto que le pertenecía en la vanguardia del ejército; y lo hizo así, pidiendo ir aunque fuera con el mando de una compañía, ya que el gobierno no habia contado con él al hacer los nombramientos de los generales que debian mandar los diferentes cuerpos de ejército.

»Si motivó esa injusticia la oposicion que en la pureza de su patriotismo hizo al gobierno en la cuestion de Méjico; si pudo suceder así á pesar de la decantada union con los liberales, por ser don Juan Prim progresista, ó por ambas cosas, los acontecimientos posteriores con su inflexible lógica vendrán á demostrarlo, justificando la extrañeza que ya nos causa el que no se contara con él para conferirle el primer puesto en dicha campaña.

»A pesar de esa pequeñez, debemos admirar sin embargo el grandioso espectáculo que ofreció nuestro país al mundo entero el dia 22 de octubre de 1859. Los hombres de todos los partidos, callando sus rencillas se abrazaron, y en el Congreso los señores diputados de todas las opiniones, y en la prensa Calvo Asensio, dijeron al gobierno que hasta la paz estarian á su lado para todo, sin otra bandera que España.

»El nombre militar del conde de Reus, tan conocido ya en Europa, y su manera de solicitar ir á la campaña cuando se proclamaba la union de todos, no podia desatenderse por el gobierno sin contraer cierta responsabilidad, por lo que se le confirió el mando de la reserva del ejército, que las circunstancias de la guerra convirtieron bien pronto en division de vanguardia.

.....

»Tan luego como se encontró Prim en el teatro de la guerra, cúpole la suerte de facilitar al ejército el acceso á Tetuan; empresa preñada de grandes dificultades por las asperezas del terreno y la falta de comunicaciones que hubo necesidad de abrir, desmontando la salvaje maleza de aquellos agrestes lugares.

»Largo seria nuestro relato si hubiéramos de detallar uno por uno todos los servicios prestados por el ilustre general y todas las acciones en que tomó parte; nos fijaremos tan solo en aquellos grandes combates que tanto contribuyeron á enaltecerlo y acreditarlo como militar valiente y entendido.

»En 1.º de enero de 1860 ocurrió la famosa batalla de los Castillejos, donde salvó con su indomable denuedo al ejército, decidiendo personalmente la victoria en los momentos de mayor peligro y oscilación.

»A dos leguas de Ceuta se encuentra el valle de los Castillejos, entre el Mediterráneo y los primeros estribos de Sierra-Bullones, dominado por lomas escalonadas que ofrecían al enemigo no solamente facilidad para impedir el paso, sino la probabilidad de poder envolver á un ejército que intentase penetrar en el llano, ocupado por una inmensa multitud de moros, apoyados hácia un lado en una meseta, y hácia el otro en Sierra-Bullones, y dueños de una angostura que les proporcionaba la retirada en caso de derrota.

»Para vencer aquel paso, llave del acceso á Tetuan, concibió inmediatamente el general Prim que era necesario echar mano de la audacia y de la sorpresa, y sin titubear dispuso que los batallones del Príncipe y Vergara desalojaran á los enemigos de una meseta que ocupaban, mandándola al efecto atacar de flanco también por el regimiento de Cuenca.

»Al ímpetu de nuestros soldados nada se resistió, y la altura fué prontamente coronada, no sin algunas pérdidas, cayendo allí herido el coronel del Príncipe don Cándido Pieltain. En vano procuró el enemigo recuperar la posición: cuantas veces lo intentó fué rechazado, y tuvo al fin que replegarse, dejando al ejército español un punto dominante donde se colocó la artillería para que apoyase con sus disparos el ataque que iba á emprender sobre la llanura, mientras que por mar disponíanse á lo mismo nuestras lanchas cañoneras.

»La llanura fué acometida en el orden siguiente: llevaba la derecha el regimiento de Cuenca; á la izquierda marchaban dos escuadrones de húsares, y sobre el centro caían el regimiento del Príncipe y el batallón de Vergara, apoyados por uno de Luchana.

»Fué la acometida tan vigorosa, que los moros fueron desalojados sin que pudieran recuperar el campo á pesar de un impetuoso ataque, que fué rechazado por las tropas españolas.

»Era ya dueño del valle el ejército de reserva; pero faltaba lo más terrible de la batalla. Los moros habían dispuesto las cosas de

manera que aun con la forzada pérdida de sus posiciones, les quedase el medio de envolver á las tropas que en los Castillejos se hubiesen empeñado. Tenian preparada una multitud de gente, reforzada con las hordas de Anghera, y en un momento dado cayeron sobre la llanura inmensas y compactas masas de hombres, que con terribles aullidos se lanzaban á la pelea casi á boca de jarro; era un esfuerzo desesperado de la morisma, que fué necesario rechazar tambien con desesperado arrojo, y entonces comenzó una lucha heroica y mortífera que inmortalizó el nombre del general Prim.

»El ataque de la caballería mora sobre nuestra izquierda fué rechazado por los dos escuadrones de húsares, los cuales, arrebatados por su entusiasmo, fueron mas allá de lo que exigia la prudencia, llegando hasta el campamento marroquí, donde se vieron contrariados por la disposicion del terreno, cubierto de zanjas disimuladas con ramajos, en las cuales rodaron algunos, y rodeados por un círculo de fuego que desde todas las peñas y desde todos los árboles les hacia una chusma de kabilas. Nada les arredró: acuchillaron cuanto encontraron al paso, se batieron cuerpo á cuerpo, y volviendo á saltar los fosos, no sin ayudar de paso y socorrer y salvar á sus compañeros heridos, volvieron por la cañada entre dos líneas de mortífero fuego, á desembocar en la llanura, trayendo el cabo Pedro Mur, como trofeo, una bandera que habia arrebatado de manos de un jefe marroquí.

»Entre tanto que esto sucedia, el combate sostenido por la infantería contra la irrupcion morisca, se habia hecho formidable. Al principio no pudieron nuestras tropas hacer otra cosa que mantener sus posiciones, resistiendo la arremetida de superiores é incalculables fuerzas; pero acabaron por rechazar á los marroquíes y quedar dueños del campo, donde pensó el general Prim atrincherarse en el primer momento. Hostilizado sin embargo por el enemigo que le dominaba desde una gran altura, ordenó otro ataque, y despues de un combate encarnizado, aunque breve, se hizo dueño de la posicion. Divisando desde allí el campamento marroquí, se inflamó de nuevo ardimiento y entusiasmo, y á pesar de la fatiga de tan largas peleas y de las pérdidas sufridas, se disponia á concluir de una vez en aquel dia desalojando á los moros de sus atrincheramientos, cuando

recibió del general en jefe la prudente orden de limitarse al mantenimiento de los puntos conquistados.

»Los moros por su parte, á quienes llegaban de todos lados continuos refuerzos, hubieron de creer que las tropas españolas, despues de tantas horas de combate no podrian ya resistir el empuje de un último y desesperado ataque, emprendido con grandes masas de refresco y apoyado por el tiroteo de sus hombres, esparcidos entre las peñas y escondidos en la fragosidad del terreno.

»Faltaba pues lo mas empeñado de la lucha, y en aquel momento supremo iba á decidirse de la suerte de las armas. Viéronse los fatigados batallones de Prim envueltos por un círculo de fuego, y á haberse mantenido simplemente á la defensiva, allí hubieran perecido todos. Era necesario pues hacer un esfuerzo heróico, y tratar de repeler á los enemigos. El regimiento del Príncipe cargó á la bayoneta, ayudado por un batallon del 5.º de artillería á pié, á las órdenes del coronel Berroeta, logrando desalojar á los moros de sus primeras posiciones; pero se luchaba con desesperadas fieras, cuyo número no parecia mermar, antes al contrario, multiplicarse ante las pérdidas, al paso que nuestros batallones eran diezmadados y se rendian ya al cansancio. Comprendió el general en jefe el compromiso de Prim, y le envió dos batallones de Córdoba á las órdenes del brigadier Angulo. Cuando llegaron, el regimiento del Príncipe cedia ya, replegándose ante la morisma. Un instante perdido hubiera producido consecuencias fatales. Entonces Prim manda soltar en tierra las mochilas, deja un batallon en reserva, y poniéndose al frente del otro, acude presuroso en defensa del Príncipe, amenazado de destruccion. El batallon de Córdoba cede tambien ante el mortífero fuego de los innumerables contrarios. En vano el heroismo de los jefes conduce á los soldados á la pelea; cuantos intentaban avanzar, caian atravesados á balazos. En vano Prim, dando ejemplo y colocado al frente, escitaba el ardor bélico de la tropa, apurando arengas, escitaciones amistosas, y por último, amenazas. En vano logró conducir segunda vez al regimiento de Córdoba á la carga; segunda vez retrocedió aquel puñado de valientes. Lívido Prim de ira, y rugiendo como un leon, se lanza sobre la bandera del regimiento, la tremola, y esclama con atronadora voz: «¡Soldados!

podreis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podeis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas de los enemigos. ¿Permitireis que el estandarte español caiga en poder de los moros? ¿Dejareis morir solo á vuestro general? ¡Soldados! ha llegado la hora de morir por la honra de la patria. Honor no tiene quien morir no quiere. Seguidme. ¡Viva España!»

»Y cierra sobre los enemigos con la bandera desplegada al viento, seguido por la infantería. Los soldados ya no flaquean ante los cadáveres que se amontonan, los moros resisten, el combate es cuerpo á cuerpo y al arma blanca, las cornetas tocan ataque, los enemigos gritan, pero acaban por ser ellos los que se aterrorizan, y por fin ceden el terreno.

»En aquel momento llegaban las fuerzas del general Zabala, despues de atravesar una cañada cruzada por los fuegos enemigos, con lo cual podia ya impedirse que los moros se rehicieran. Tambien apareció don Leopoldo O'Donnell seguido de los batallones de la Princesa, con el coronel Hediger al frente, y las alturas iban coronándose con nuestras fuerzas. Entonces fué cuando Prim, dirigiéndose al general en jefe, le dijo: «Mi general, aquí mando yo: este no es el punto de usted; su vida no le pertenece, y aquí la espone sin necesidad. Todo está ya terminado.»

»Aunque los marroquíes quisieron de nuevo volver al combate, viéronse rechazados por Zabala y Prim, al paso que les amenazaba el general García con los batallones de Chiclana y de Navarra, al mando de don Enrique O'Donnell.

»Despues de esta batalla continuó el ejército su marcha hácia Tetuan, venciendo numerosos obstáculos, sosteniendo reñidas acciones y sufriendo todo género de privaciones. El paso del Cabo Negro, que tambien costó un combate, dejó por fin las tropas españolas al otro lado de la sierra y á la vista de Tetuan. En aquellas llanuras hubo diferentes acciones en que la caballería enemiga pretendió destruir á nuestra infantería, sin poder conseguir nunca otra cosa que desastrosas derrotas, hasta que llegó el momento decisivo en que, contra todos los esfuerzos amontonados de los marroquíes, habia de caer Tetuan en poder de las armas españolas.

»El día 4 de febrero amaneció con todo dispuesto para la batalla. Los moros se habian atrincherado en un campamento artillado, que ellos creian inespugnable. El ejército español se formó en una dilatada llanura, al frente del enemigo, en el orden siguiente:

»Iba por la derecha el general Prim, llevando dos brigadas escalonadas por batallones y otras dos á retaguardia en columnas cerradas, yendo entre unas y otras dos baterías de montaña y dos del regimiento montado.

»El general Ros de Olano seguia en la izquierda igual disposicion, y llevaba en su centro tres escuadrones del regimiento de artillería á caballo.

»El regimiento de artillería de reserva marchaba, precedido de los ingenieros, entre los dos cuerpos de ejército citados.

»Detrás seguia la caballería en dos líneas, al paso que el general Rios, con la reserva, estaba destinado á flanquear la izquierda enemiga, amenazando el campamento por aquel lado y con orden de no empeñar accion sino en caso necesario. Apoyábanle una batería de montaña y otra del 5.º regimiento montado.

»Se marchaba en este orden admirable, con el mas profundo silencio y arma al hombro. A las diez rompió el fuego una de las lanchas cañoneras que protegian por el rio Martin la izquierda de nuestro ejército, disparando sobre un grupo de moros que habian aparecido á la márgen opuesta, y que huyeron. Los cañones de los moros comenzaron sus disparos sobre nuestras tropas, que siguieron silenciosas su marcha, atravesando lagunas y pantanos, sin abandonar su orden de formacion. Á medida que el ejército marchaba sobre el campamento, despreciando las balas que disparaba la artillería enemiga, comprendian los moros el plan de ataque, y decidieron salir á oponerse á los intentos de O'Donnell. Por el flanco derecho aparecieron de cuatro á cinco mil ginetes amenazando la retaguardia; pero la reserva, mandada por el general Rios, estaba allí para contener el ataque marroquí, y nuestras tropas no se detuvieron en su marcha hasta llegar á un kilómetro del campamento. Allí se colocaron al frente diez y seis piezas de artillería, que rompieron por fin el fuego por nuestra parte, el cual se continuó ganando terreno y adelantándose unas baterías sobre otras. Entre tanto, los lanceros

habian sido destacados por un lado para ayudar al general Rios en su defensa contra el ataque de retaguardia, y por otro el general Mackenna se adelantaba con dos batallones al encuentro de algunas fuerzas marroquíes que se presentaban por la izquierda.

»El tercer cuerpo, mandado por Ros de Olano, habia rebasado ya el ángulo izquierdo de las trincheras enemigas, y haciendo una conversion sobre la derecha, amenazaba á los moros por aquella parte. Por la derecha tambien el general Prim habia hecho igual movimiento. Llegábase al momento decisivo. Acercáronse cuarenta piezas, y á pecho descubierto son batidos por nuestros artilleros los parapetos de los moros. Su campamento se ve inundado de granadas. En momentos parecen acalladas las piezas enemigas, pero vuelven los agarenos con nuevo furor á continuar el fuego, decididos á defender sus trincheras con indomable teson. Una granada de nuestra artillería prende fuego á un depósito de pólvora del enemigo. Se oye el horrible estruendo, y los treinta y dos batallones españoles aguardan ya la órden del asalto. De pronto todas las bandas y todas las músicas dan la señal de ataque, y el ejército entero se lanza sobre las trincheras. Llénanse estas de cadáveres, sobre los cuales escalan los vivos aquellos parapetos que vomitan la muerte. Los generales todos rivalizan en valor, dando ellos mismos el ejemplo de la lucha, y entonces fué cuando el general Prim, animando á los catalanes que por la derecha fueron lanzados al asalto, entró á caballo por una tronera del parapeto, matando á un moro y espantando con su arrojo á los demás. Todas las fuerzas de Prim penetraron denodadas en el campamento, no sin sufrir horribles pérdidas. Compañía hubo del regimiento de Sáboya que fué la mitad barrida por un cañon enemigo. Rivalizaron en arrojo el regimiento de Leon, los cazadores de Alba de Tormes, el primer batallon de la Princesa y los dos de Córdoba.

»Al mismo tiempo penetraba por la izquierda la division del general Ros de Olano, y el combate dentro del campamento fué reñido y encarnizado, teniendo que batirse unos y otros cuerpo á cuerpo. Amenazaba el general García las posiciones enemigas por retaguardia, mientras que avanzaba don Enrique O'Donnell por la derecha. Ya no era pues sostenible la lucha de parte de los mo-

ros, quienes huyeron, abandonando todo cuanto en el campamento tenían.

»Aquella batalla abrió las puertas de Tetuan, donde nuestras tropas entraron el día 6, despues de haberse alejado las huestes marroquíes. No habiendo dado resultado las conferencias que para la paz mediaron, hubo de continuar nuestro ejército sus operaciones, reforzado con la division Echagüe. Despues de varios combates en que mas de una vez tuvo que rechazar Prim la caballería enemiga, llegó el memorable 23 de marzo en que se ganó la batalla de Vad-Rás, última de aquella guerra.

»Mandaba tambien Prim en esta batalla el segundo cuerpo de ejército; que despues de algunos combates durante la marcha, decidió del éxito de la batalla. Llevaban los nuestros á los enemigos de posicion en posicion, rechazándolos de todas partes, hasta que se les obligó á pasar el puente de Buceja. Detrás de él se lanzó Prim al otro lado, y obligó á los moros á retirarse sobre las agrestes alturas de Vad-Rás. Habia allegado el enemigo todos los medios que le fueron posibles para acabar con nuestro ejército, y habia escogido terribles posiciones. Dejarlas en su poder era proporcionarles tiempo y facilidad de rehacerse. Prim, á pesar de las fatigas de la jornada, no vaciló un solo instante en atacar los encrespados riscos, y fué ganando terreno, no sin tener que repetir algunas veces las cargas por la furia con que los moros se defendian. Llegado el ilustre general á un bosque, dejó la artillería y dos escuadrones para precaver todo ataque de retaguardia, y penetró con sus tropas hasta un aduar cercano, que entregó á las llamas. Retirados los agarenos á otro aduar mejor situado para la defensa, fueron tambien allí atacados; pero con tal encarnizamiento se resistieron, que algunas veces hicieron retroceder á nuestras fuerzas. Allí tuvo que apelar tambien el general Prim á sus medios de accion, arengando á las tropas y animándolas con el ejemplo de su arrojo, personalmente lanzado á la pelea. Fué por fin tomada la posicion; pero ya necesitaban aquellos soldados ayuda y refuerzo. Llevaban muchas horas de combate, y habian sostenido lo mas duro de la lucha. Los demás cuerpos de ejército tambien tuvieron que sostener rudos ataques, sobre todo de la caballería enemiga, que aquel dia se habia destacado en grandes masas.

para envolver por todos lados á nuestra infantería. Ros de Olano habia pasado tambien el puente de Buceja y meditaba un ataque sobre la retaguardia de los moros que combatian con Prim, cuando recibió la orden de acudir en auxilio de este. Fué destinado á esta operacion el general Cervino con los batallones de Ciudad-Rodrigo, Baza y el segundo de Albuera, y emprendió su marcha hácia el punto donde se oia el fuego. Hallóse el paso cortado por grandes fuerzas enemigas, y tuvo que acometerlas con su escasa fuerza. Allí quedó casi destruido el batallon de Ciudad-Rodrigo, el cual sin embargo acabó por poner en fuga á los moros; pero estos se rehacian de colina en colina, y despues de una tenaz resistencia y de continuos ataques, lograron coronar los nuestros por fin las alturas que habian de asegurar el triunfo. Por otra parte, el general Rios sostenia tambien terribles peleas para apoderarse de los montes de Samsa, obediendo á las instrucciones de O'Donnell, que aguardaba el momento decisivo para obrar sobre el centro enemigo. Concentrados ya los diferentes cuerpos de ejército, y en sus respectivas posiciones para proteger el movimiento central, emprendióse este con denuedo y la victoria coronó tan heróicos esfuerzos, á pesar de las fuerzas superiores del enemigo, ayudado por la naturaleza del terreno. Habian creido los moros que en una especie de garganta llamada el Fondach hallaria su sepulcro todo el ejército español; pero no habian previsto que este sabia vencer toda clase de obstáculos y de resistencias para ocupar los puntos estratégicos, antes de lanzarse imprudente en una empresa aventurada. La victoria fué completa, aunque costosa, y dió por resultado la paz definitiva.

»Despues de la guerra de Marruecos, una de las mas brillantes épocas de la historia de Prim fué la espedicion de Méjico, ocurrida dos años despues. Ya traian larga fecha los motivos de descontento que hácia aquella República tenian, no solo España, sino Inglaterra y Francia. Prim habia significado ya anteriormente que no era prudente ni político llevar la guerra á aquel país, sobre todo si no habia de ser por cuenta propia, esto es, sin mezclar los agravios españoles con los extranjeros, que solamente se proponian hacer una jugada financiera, indigna, haciendo reconocer créditos dudosos. Trajo sin embargo la diplomacia las cosas de Méjico á un terreno en que

fué necesario ya terciar, firmando España la convencion de Londres, encaminada, segun se decia, á obtener reparaciones de Juarez sin pretender intervenir en los negocios políticos de la República que presidia.

»Prim fué designado por O'Donnell para mandar el cuerpo espedicionario español, y mereció además la confianza de mandar el ejército combinado, habiendo sido el primero en desembarcar en Veracruz. Llevaba además allí el carácter de ministro plenipotenciario; todos saben la generosidad con que Méjico accedió á que las tropas extranjeras penetrasen hasta Orizaba por motivos sanitarios, y mientras durasen las negociaciones, estipulándose que en el caso de no llegar á un acomodamiento, retrocederian á Veracruz; todos saben que faltó el plenipotenciario francés á esta noble estipulacion, abusando de la confianza de Juarez; todos saben que Prim, indignado, y comprendiendo que Napoleon al mandar allí á los franceses se proponia intervenir políticamente en el país y cambiar su forma de gobierno, no quiso adherirse á la conducta de sus aliados, y abandonó á Méjico, haciendo lo mismo los ingleses.

»Aquel hecho fué de diversa manera juzgado, y atrajo sobre el general Prim ese odio que Napoleon le ha profesado desde entonces. Los hechos posteriores justificaron la prudencia y la prevision del conde de Reus. Disgustó sin embargo la conducta al gobierno, y desde entonces se enfriaron sus relaciones con O'Donnell. La política en tanto no salia del trillado camino á que se habian resignado los partidos desde que el país era administrado por la union liberal, y el auxilio de Prim vino á sacar de su postracion á la oposicion progresista. Los ánimos cobraron esperanza, y la prensa tomó un carácter mas agresivo, si bien por entonces no se aspiraba á otra cosa que á alcanzar el poder por el uso de la prerogativa real.

»El partido liberal se organizó, formándose comités en todas las provincias, y en mayo de 1864 ya pudo dar muestra de su robusta fuerza en la reunion que se celebró en los Campos Elíseos, donde el general Prim dió la señal de accion, apelando al medio de infundir en todos esperanzas, anunciando para dentro de un plazo dado el triunfo de las ideas progresistas. Fué aquella reunion el primer escollo donde el poder se estrelló, pues habiendo causado cierto mie-

do, dió origen á una reaccionaria ley de reuniones. Cuando los gobiernos entran en este camino, no pueden ya menos de seguirle hasta el fin, corriendo una pendiente resbaladiza que les lleve hasta el abismo. La reaccion engendra resistencias; estas á la vez inspiran á los poderes la represion, la persecucion y todos esos aparatos precursores siempre de las grandes revoluciones.

»Sintiéndose el partido progresista con fuerza para sostener la emprendida lucha con el poder, adoptó como línea de conducta el retraimiento, apartándose de las contiendas electorales. Esta actitud revolucionaria debia producir uno de los resultados: ó que el trono llamase al partido progresista al poder, ó que se lanzase en brazos de la extrema reaccion. Escogió para su mal este último camino, no sin pasar por una série de oscilaciones con las cuales se sucedian unos ministerios de laboriosa y difícil formacion, por el estado de desorganizacion en que se encontraban los moderados.

»Por último, subió Narvaez al poder para volver este de nuevo á O'Donnell, quien intentó atraerse al partido progresista por medio de actos algun tanto liberales, reconociendo, entre otros, el reino de Italia, modificando la ley electoral y alejando de Palacio las influencias teocráticas. El partido progresista no respondió al llamamiento; se mantuvo retraido, queriéndolo todo ó nada, y entonces el ministerio, despechado, intentó recorrer una via que no le correspondia, pues los partidos todos deben tener sus condiciones de existencia definida, sin lo cual no tienen razon de ser. El partido medio, llamado union liberal, pensando en emplear el arma de la reaccion extrema, tenia que sucumbir necesariamente, porque á otros hombres tocaba hacer la política de resistencia, la política que cabia en los principios que profesaban.

»Una vaga inquietud reinaba por todas partes. Existia el presentimiento de próximos acontecimientos, aguardando todos el cumplimiento de la prediccion de Prim. En 3 de enero de 1866 circuló rápidamente la noticia de haberse puesto el conde de Reus al frente de la caballería acantonada en Aranjuez, que sublevada, habia salido para reunirse en un punto dado con la de Alcalá, tambien comprometida. Mas por una de esas circunstancias que en las conspiraciones suelen olvidarse, el movimiento no tuvo el concierto ante-

riormente combinado, y viéndose Prim tan solo con unas cortas fuerzas, comprendió la necesidad de mantener por unos dias la agitación para ver si se encendía la lucha ó si le secundaban algunos de los que le habian ofrecido apoyo, pero combinando esta actitud con un plan de retirada previsor, por si no tenian sus intentos resultado.»

III

La libertad.

Con esta santa palabra escrita en nuestra bandera nos rebelamos contra el gobierno constituido un puñado de hombres el dia 3 de enero.

Al principio de este libro he manifestado, tomando en consideración, no solamente los elementos políticos, sino tambien algunos geológicos, porque soy un materialista que no cree en la materia, pero que no por eso deja de ser materialista; he manifestado, digo, las causas principales de la revolucion.

Ahora debo entrar aquí en otro género de consideraciones.

Mr. de Chateaubriand, en su *Ensayo histórico político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas*, que es quizá el libro en que condensó mas sus estudios, decia lo siguiente:

«El hombre débil en sus medios y en su genio se repite de continuo, gira en un círculo del cual procura en vano salir. Los hechos no dependen de él, y aquellos mismos que parecen depender de los azares de la fortuna, se reproducen incesantemente, de modo que seria posible redactar una tabla en la cual todos los sucesos imaginables de la historia de un pueblo dado se redujesen con exactitud matemática, y dudo que los caracteres primitivos fuesen estremadamente numerosos, aunque de su composición resultase inmensa variedad de cálculo.»

Á este párrafo acompaña la siguiente nota:

«Este cuadro seria fácil de hacer, y no se pareceria en nada á un juego frívolo.

»Se colocaria, por ejemplo, por principios, dos clases de gobierno: el monárquico y el republicano. El hombre natural, el hombre político y el hombre civil se encontrarían alineados en tres columnas. En una cuarta se señalarían las luces y la ignorancia. En una quinta las probabilidades y los azares.

»Se multiplicarían entonces todos estos números por las diferentes pasiones, como la envidia, la ambición, el odio, el amor, etc., y se verían escritas en una sexta columna. Todo esto quedaría en fracciones compuestas por los matices de los caracteres, etc.; pero guardémonos de trazar semejante cuadro. Los sumandos serían tan terribles, que no querría yo siquiera indicarlos aquí.»

Estas frases de Chateaubriand responden perfectamente á las que al principio de mi libro he copiado de Ferrari. Uno y otro convienen en que el movimiento de la humanidad se parece algo al del perro que da vueltas al asador, y procurando subir, se encuentra siempre en el mismo sitio.

Por no acumular demasiadas citas pedantescas en este libro, no le recargo con otras opiniones semejantes; pero no son estos los únicos autores que profesan tales opiniones.

Si no adelantamos, si no hacemos mas que movernos en un círculo de hierro del que no podemos salir, ¿qué es la libertad sino una palabra?

El mismo Chateaubriand, en el mismo libro, ha dicho:

«Libertad: gran palabra. Pero ¿qué es la libertad política?

»Voy á explicarlo.

»Un hombre libre en Esparta quiere decir un hombre cuyas horas están reglamentadas por la férula del dómine como las de un estudiante que se levanta, que come, que se pasea á vista de un maestro canoso que dice que en otro tiempo ha sido jóven, fuerte y atrevido.

»Si las necesidades de la naturaleza, si los derechos de un casto himeneo hablan en su corazón, debe cubrirlos con el velo que sirve para el crimen, sonreír cuando se le noticie la muerte de un amigo; y si la dulce compasión hace oír una voz en su alma, se le obliga á ir á degollar un ilota inocente, un ilota, un esclavo, en el campo que este infortunado labra penosamente para su dueño.



»Estais equivocados. Esta no es la libertad política: los atenienses no la entendian así.

»¿Cómo la entendian?

»Entre ellos era preciso tener cierta renta para ser admitido en los cargos del Estado, y cuando un ciudadano habia contraido deudas, se le vendia como esclavo. Un orador, sabiendo dirigir bien sus frases desde la tribuna, hacia hoy envenenar á Sócrates, mañana desterrar á Phocion, y el pueblo libre tenia siempre encima, y solamente por la forma, á Pinstrato, Hippias, Themístocles, Pericles, Alcibiades, Philipo, Antigono ó cualquier otro.

»Quisiera yo saber qué libertad política habia allí, por qué todas las demás poblaciones griegas poseian tambien sus libertades, y no esplicaban la palabra en el mismo sentido que los atenienses y los espartanos.»

Compárense estas reflexiones con las de Ferrari, y se verá cuán de acuerdo están pensadores pertenecientes á tan diversos partidos.

Ferrari decia:

«Supongo que un chino de tiempo de Confucio hubiese llegado á Esparta, república cuyo heroismo y sabiduría enaltecen todas las historias. ¿Hubiera comprendido su maravillosa sencillez, su armonía y su fuerza fulminante? ¿Hubiera admirado esta especie de iglesia en un templo antiguo, sin murallas, sin comercio, sin industria, sin poetas, sin filósofos, sin istriones, y sin embargo tan temible y tan imponente con su grandeza taciturna, que sus diez mil ciudadanos arreglaban la espléndida anarquía de la Grecia y derrotaban el vasto imperio de Ciro? ¿Hubiera envidiado á aquella juventud tan modesta en que, sin avergonzarse las doncellas, luchaban en el circo desnudas como diosas? Aquellos héroes tan sometidos á las santas leyes de la patria que la sacrificaban hasta los trágicos celos del matrimonio; aquellas madres tan afectas á la libertad que festejaban el día en que sus hijos morian en el combate; aquellas familias tan guerreras que su casa no tenia hogar, ni lecho nupcial, ni comidas íntimas, de manera que todo era comun, los caballos, los juegos, las fiestas, la educacion, las cazas, los esclavos y hasta los muebles, generosamente entregados al robo doméstico para desarrollar la astucia de los niños, ¿le hubieran satisfecho?

»El chino no hubiera visto en todo esto sino una república pretenciosamente absurda; una tierra mal cultivada; una civilización en embrion apenas; hombres duros y orgullosos; familias devoradas por celos recíprocos; jefes exaltados unos contra otros, y un disimulo tan refinado, un borramiento tan completo de toda franqueza, que por un milagro de hipocresía y de odio, todo hombre se convertía en delator gratuito, gendarme celoso y esbirro entusiasta.

»¡Y cuánta compasión hubiera inspirado tanto artificio para disciplinar soldados, tanta crueldad para endurecer la juventud, tantos esfuerzos para desnaturalizar al ciudadano hasta conseguir que los adolescentes se mataran azotándose ante el altar de Diana, hasta obligar á los padres á arrojar desde lo alto del Fayjetes los recién nacidos ligeramente deformes, hasta ordenar como una diversion pública la caza de los esclavos, los asesinatos en masa periódicos, las mas espantosas iniquidades, en tanto que en su país, en el celeste imperio, el Estado combatía á la vez á la gran Tartaria, al Tibet y al Japon, sin que el habitante de Nien-Yong ó de Canton, sospechando que estaban en guerra, interrumpiesen por un momento sus trabajos, sus descansos, y las deliciosas intimidades de su vida doméstica.

»¿A qué tantas virtudes inhumanas para sostener repúblicas microscópicas, ciudades moleculares y eternas divisiones, á despecho del gran rey que hubiera podido crear una nueva China en el Elesponto, y hacer de tantos pueblos uno solo impenetrable al enemigo?

»No: de vuelta á su patria nuestro viajero, no hubiera hablado de los espartanos sino para mostrar hasta qué punto de perversidad, de corrupcion y de ridiculez podia llegarse olvidando las santas doctrinas de la ciudad monárquica.»

El escepticismo y el absolutismo se parecen como dos ramas de un mismo tronco: los dos dan la misma flor cuando no los ilumina el sol de la caridad. Producen el cadalso que mira el conde de Maistre como la gran regeneracion humana.

Cada pueblo tiene su manera de ser al modo que cada individuo; y así como una higiene misma no podría ser aplicada al hombre que, segun Eugenio Süe, servía á Orfila para sus experimentos,

comiendo el arsénico como pan, y á la delicada doncella que apenas puede tomar para alimentarse sino el racaut de los árabes ó la tapioca, así tampoco pueden servir las mismas instituciones para todos los pueblos y para todos los tiempos.

Quizá los individuos no somos mas que abstracciones de la inteligencia suma, pero abstracciones que precisamente para ser distintas necesitamos ser diferentes.

Lo que á uno conviene no conviene al otro. Así las sociedades, y por eso hay todavía murallas y fronteras.

Volvamos á nuestro asunto.

La libertad proclamábamos: la libertad proclama siempre la juventud: la libertad proclaman siempre los soldados del progreso; pero despues de hacerse las anteriores reflexiones, muchas almas, semejantes á Bruto, al atravesarse el pecho exclamando: «Virtud, no eres mas que una palabra vacía,» gritan tambien: «Libertad, no eres mas que una palabra vana;» y rompen igualmente su corazon.

Demos un consuelo á estas almas si quieren oirnos, porque su angustia es demasiado dura.

La libertad humana consiste en hacer cada hombre aquello para que ha sidó creado, sin perjudicar á los demás.

Cada árbol, cada animal, cada astro, crecen y se desarrollan en la naturaleza con sus propiedades marcadas por el gran arquitecto del universo para el objeto á que este gran arquitecto les ha destinado.

Impedirles desarrollar sus facultades, nacidas de sus deseos ó de sus necesidades, es un absurdo.

¿Qué diríamos de un manzano que dijese á una higuera: «¿Por qué produces higos y brevas? Produce manzanas.»

¿Qué diríamos de un buey que dijese á un lobo: «¿Por qué comes carne? Rumia.»

Nos reiríamos de ambos. Pues procuremos no ser ni camuesos ni bueyes.

En la introduccion de las obras de Herder, dice Quinet ¹:

¹ Esta traduccion no la hago yo, sino que la tomo de una obra vertida á nuestro idioma por mi desgraciado amigo don Manuel María Flamant, redactor de *La*

«La historia en su principio, así como en su fin, es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra el mundo que lo encadena, el triunfo de lo infinito sobre lo finito, la manumisión del espíritu, el reinado del alma. El día en que la libertad faltase al mundo, se detendría la historia. Impelido el género humano por una mano invisible, no solo ha roto el sello del universo y sentado una barrera desconocida hasta entonces, sino que triunfa de sí mismo, se retira de sus propias sendas, y mudando incesantemente de formas y de ídolos, atestigua en cada esfuerzo que el universo le embaraza y le sujeta. En vano el Oriente, que se adormece en la fé de sus símbolos, cree haberle encadenado con tantas trabas misteriosas; en las opuestas costas se levanta un pueblo nuevo que se reirá de sus enigmas y lo ahogará al despertar. En vano la personalidad romana lo ha absorbido todo para devorarlo en medio de ese silencio del imperio. ¿Es una ilusion falaz, un engaño poético ese susurro salido de los bosques del Norte y que no es ni el sacudimiento de las hojas, ni el chillido del águila, ni el mugido de las fieras? Así, cautivo en los límites del mundo, lo infinito se agita para encontrar una salida, y la humanidad, que lo ha recogido, dominada como de un vértigo, va caminando, en presencia del universo mundo, de ruinas en ruinas, sin encontrar dónde detenerse. Parece á un viajero fatigado, presa del tedio y lejos de sus hogares; habiendo salido de la India antes de despuntar el día, apenas ha reposado en el recinto de Babilonia, cuando la destruye; y falto de abrigo, huye á los Persas, á los Medos, á la tierra de Egipto; un siglo, una hora mas, y destroza á Palmira, á Ecbatana y á Menfis; y derribando siempre el asilo en que se ha abrigado, abandona á los Lidios por los Helenos, estos por los Etruscos, estos por los Romanos, estos por los Getas, y estos por... Pero ¿quién sabe lo que va á se-

Iberia desde la fundacion de este periódico, y muerto recientemente en el momento en que iba yo á ofrecerle una posicion desahogada en que podrian ser utilizados sus talentos, que le estaba concedida y que armonizaba con todos sus gustos.

Ha sido uno de mis amigos mas queridos y mas leales. Era un completo hombre de bien. Era un escritor apreciable, un liberal ardiente, y un buen padre de familia.

¡Descanse en paz!

guirse? ¡Qué ciega precipitación! ¿Quién lo apura? ¿Cómo no teme desfallecer antes de la llegada? ¡Ah! Si en la antigua epopeya seguimos de mar en mar el destino errante de Ulises hasta su isla querida, ¿quién nos dirá cuándo terminarán las aventuras de este extraño viajero, y cuándo verá humear á lo lejos los techos de su Itaca?

»Así, nosotros tocamos los primeros lindes de la historia. Abandonamos los fenómenos físicos para penetrar en el laberinto de las revoluciones que marcan la vida de la humanidad. Adios, dulces y apacibles retiros, reposo eterno, frescura é inocencia de los cuadros: el aire que vamos á respirar es devorador, el terreno que pisamos está manchado de sangre, y los objetos oscilan en él con una inestabilidad eterna. ¿Dónde fijaré mis ojos? El mas pequeño grano de arena arrebatado por los vendabales, encierra mas elementos de duración que la fortuna de Roma ó de Esparta. En tal solitario albergue sé que existia un riachuelo cuyo blando murmurio, tortuosa corriente y viva armonía esceden en antigüedad á los recuerdos de Nestor y á los anales de Babilonia. Hoy, como en los tiempos de Plinio y Columela, crece el jacinto en las Galias, la vinca-pervinca en Iliria, y la margarita en las ruinas de Numancia, y mientras que en torno de ellas han mudado las ciudades de dueños y de nombres, mientras muchas han entrado en el dominio de la nada, y las civilizaciones han chocado entre sí y se han pulverizado, las pacíficas generaciones de estas flores han atravesado incólumes los siglos y se han sucedido una á otra hasta nosotros, frescas y risueñas como en los dias de las mas sangrientas batallas.

»Esta permanencia del mundo material ¿no escitará aquí sino vanos pesares, y su imponente masa servirá tan solo para enseñarnos lo efímero y tumultuoso de la sucesion de las civilizaciones? ¡No lo permita Dios! Por el contrario, refléjase en el sistema entero de las acciones humanas, y marca en ellas el profundo carácter de la paz y la serenidad. Cuando se ha establecido que las vicisitudes de la historia no se originan de un vano capricho de las voluntades, sino que tienen sus fundamentos en las entrañas mismas del universo; que son su resultado mas alto, y que es una condicion del mundo el que nazca en una época tal forma de civilizacion, tal movimiento

de progresion; que estos diversos fenómenos guardan armonía con el dominio entero de la naturaleza, y participan de su carácter como todas las especies de produccion terrestre, las acciones humanas se presentan entonces como un nuevo reinado que tiene sus armonías, sus contrastes y su esfera determinada.»

Montesquieu habia ya observado que no todas las civilizaciones corresponden á todas las razas, tiempos ni países.

La misma observacion hizo Humbold.

Casi todos los pensadores han hecho la misma observacion.

La libertad consiste pues en absoluto en dejar á cada uno que haga lo que quiera, satisfaciendo los deseos y cumpliendo las necesidades que le imponga su naturaleza; pero los gobiernos no pueden conceder por entero esta libertad por ahora, y aquí tengo que esponer lo restante de esta teoría política, ó sea el reverso de la medalla.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad, como la abeja para vivir en la colmena; pero la abeja tiene instinto, y el hombre solo tiene razon, á consecuencia de lo cual la primera abeja que hubo en el mundo labró su celdilla en el panal tan bien como la última, mientras que el hombre, que no encuentra la verdad jamás sino despues de haber recorrido todas las escalas del error, no labrará la mejor sociedad sino despues de haber construido todas las peores.

La mejor sociedad será aquella en que todas las facultades, todos los deseos, todas las aspiraciones puedan desarrollarse sin que un individuo perjudique al otro.

La esfinge del tiempo nos está presentando continuamente este problema: todavía no le hemos resuelto. Ignoro si los siglos futuros le resolverán.

Mientras tanto, marchamos á la resolucion siempre que quitamos una ligadura á la materia ó al espíritu.

No es dado al hombre sino aspirar á lo absoluto; pero su aspiracion á él es la mas bella y mas pura de sus acciones.

Tenemos pues obligacion de aspirar á la libertad absoluta, y el Gran Sér, el sér por escelencia, el representante del conjunto, la condensacion del conjunto mismo, si no complace, apreciará al menos los esfuerzos de la parte.

IV

El Progreso.

Habiendo sido el partido progresista el promotor de la sublevación de enero, á nadie podrá estrañar que en un libro como este me estienda en consideraciones sobre el progreso de la humanidad.

Voy sin embargo á ser muy parco en las que haga ahora.

El progreso es una verdad si existe Dios, y la existencia de Dios es indudable, porque existiendo las partes, no puede menos de existir el todo.

Hay movimiento, hay accion; luego hay un objeto de perfeccionamiento á que tiende el sér.

En Oriente el hombre vive pegado, por decirlo así, al pecho de la naturaleza: aún no tiene conciencia de sí mismo, tiénela solo de Dios, y está absorto en la contemplacion de lo absoluto.

Es la semilla en el árbol.

En Grecia nace el hombre físico, el hombre material.

Es la semilla que cae del árbol y se entierra.

En Roma nace la unidad de la raza humana, la humanidad.

Es el nuevo arbusto.

Pero esta unidad, puramente material, no tiene otro lazo de union que la fuerza.

El cristianismo ha dado un alma al hombre; vivifica la estátua como Pigmaleon y Prometeo.

Es el retoño del arbusto.

Ahora en nuestra época lo que necesitamos es que lo que se ha hecho con el individuo se haga con el género humano; es dar un alma á la humanidad, y tendremos una flor que dé una nueva semilla.

V

Viaje.

Despues de una tentativa en Aranjuez que no tuvo resultado, dispúsose la sublevacion para el dia primero de año, aniversario de la batalla de los Castillejos.

No pudo tampoco este dia tocarse el clarin que llamase al pueblo á conquistar su libertad, y hubo que dejarlo para el dia 3.

El dia 2 salimos de Madrid don Juan Prim, entonces teniente y hoy capitán general y presidente del Consejo de ministros; don Francisco Monteverde, que iba como auditor de guerra que habia sido en la guerra de Africa, y hoy magistrado del Tribunal Supremo; don Manuel Pavía, comandante de artillería, hoy brigadier; el coronel Milans del Bosch, hoy mariscal de campo, y yo, que era entonces redactor de *La Iberia*, que serví de intendente general por mis culpas y pecados y sin merecerlo, pero sin sueldo, y que estoy hoy muy contento con no haber sacado de esta campaña sino el recuerdo de haber tomado parte en ella.

Y aquí debo abandonarme, como de costumbre, á la irregularidad del vuelo de mi imaginacion, tan aficionada á digresiones.

Durante la marcha, cuando á mi jaca perla se la antojaba morder una mata á algunos pasos del camino, la dejaba ir aunque fuera al borde de un precipicio. ¿Por qué con mi imaginacion he de ser mas tirano? Y mucho mas cuando mi digresion es, si no un deber, un derecho natural: el derecho de propia defensa.

Al verme retraido de la política hay muchos que han creido que las palabras que salieran de mis labios serian como flechas que salen del arco del cazador, ó como la saliva de la culebra de cascabel, porque en mi corazon rebosaria la ira al ver en los primeros puestos del Estado á hombres que para nada sirven, que nada han hecho, y á quienes, segun la espresion del Dante, «Dios ha negado el don de la inteligencia.»

Los que tal han creído se han engañado.

Ningun motivo tengo de ira ni de despecho, porque nada se me ha negado.

Si estoy retraído es porque así debe ser, es porque miro la revolucion, con algunos amigos, como una nave que hemos construido y votado al agua, confiándola á ajenas manos, y á la que desde lo alto de una roca gritamos:

—¡Buen viaje!

Es porque, con algunos amigos de los que mas han trabajado, miro la revolucion como una hija que precisamente he de confiar á un yerno sin poder gozar de su hermosura otra cosa que la vista.

Yo no envidio ni puedo envidiar las vestiduras artificiales de los cómicos del teatro del mundo que un dia se ciñen la púrpura y otro el traje de bufon.

Yo no puedo desear ser remo hueco y carcomido de la nave del Estado; quiero ser yo y nada mas, dejando que satisfagan su anhelo á los que para ser algo necesitan que el ministro les dé una patente.

El metal de mi bolsa no necesita el cuño de la casa de moneda para ser estimado por los plateros, y no envidio sus cuños á los monederos falsos, ni mi oro envidia al plomo el honor que le dan esos cuños, cubriéndose luego de un barniz dorado que poco tarda en perder.

Antes de salir de Madrid se me hicieron grandes ofrecimientos, en que paré mientes como el prestamista en las ofertas del necesitado insolvente.

Durante la emigracion he repetido mas de una vez que exigia para el combate el puesto de mas peligro, pero que el dia de la victoria me retiraria á mi casa á seguir trabajando para ganar honradamente mi vida y para servir á mi país.

No repruebo, al contrario, apruebo la determinacion de los que en momentos difíciles han aceptado puestos oficiales, acaso superiores á sus fuerzas, no por deseo de medrar, sino por impedir que la revolucion se derrumbase, haciéndose ilusiones á la manera de aquellos bárbaros que creian que si el cielo se viniera abajo podrian sostenerle con la punta de sus lanzas.

Si los apóstoles del progreso no se encargan de dirigir la revolución, la dirigirán los reaccionarios, y la batalla que demos con generales, jefes, oficiales y soldados reaccionarios será perdida.

•De los que salen en las épocas revolucionarias á aprovecharse del triunfo sin merecerlo, á desnaturalizar la revolución, á hacerla traicion besándola, como Judas á Cristo, ¿cómo puedo tener celos? Están en una region demasiado baja respecto á mí para que lo que digan me importe; son perros hambrientos á quienes me alegro de que se eche un poco de pan para que no me muerdan las pantorrillas.

Sé tan bien como ellos por qué escalera se sube á las mas altas torres del palacio de la fortuna; pero si no lo supiera, me lo hubiera recordado el siguiente párrafo que hace muchos años, el 31 de marzo de 1841, escribia para la *Gaceta de Ausburgo* Enrique Heine.

Dice así:

«Un dia que fuí á casa de Mr. Rotschild, un criado lleno de galones, en el momento en que yo entraba cruzaba el corredor, llevando el *basse de nuit* del señor baron, y vi un agiotista de la Bolsa que pasaba al mismo tiempo quitarse respetuosamente el sombrero ante aquel tarro pestifero. Á tal punto llega la devocion de ciertas gentes.

»Anoté el nombre de tan reverente sugeto, y estoy seguro de que con el tiempo llegará á ser millonario.»

Á seguir esta senda, demasiado fácil, se llama conocer la vida; pero no todos tenemos la espina dorsal bastante flexible para poderla doblar hasta el punto de pasar por debajo del techo de ciertas letrinas, aunque sean las de la ciudad cesárea.

Yo no he querido tomar nada de la revolución, porque no he creído que se me debía pagar mi deber, porque me hubiera creído indigno de mí si no hubiera podido compararme á aquellos pobres soldados entre los cuales el general no encontraba ninguno que espusiera su vida atacando el primero un reducto, habiéndoles ofrecido una gran cantidad, y que increpándoles por suponerlos cobardes, le respondieron: «Todos estamos dispuestos á ir si el servicio no se paga, porque nuestra vida no tiene precio.»

El que espone su vida por un interés mezquino merece que se le

compare á aquel inglés que, habiendo caido al agua y sido salvado por un marinero, le dió dos cuartos. El marinero se lamentaba con otros amigos suyos de la ruindad del hijo de la Gran Bretaña, y los otros le contestaron oportunamente: «Te ha dado lo justo: ese hombre sabe mejor lo que vale que tú.»

El que escala posiciones oficiales esponiendo la vida de sus hermanos, el que engorda con la sangre de los muertos en la revolucion, solo puede ser comparable á aquellas brujas citadas en las antiguas leyendas, que se alimentaban con los restos de los cadáveres.

Yo he creido y sigo creyendo que despues de haber servido á mi patria en cuanto he podido, la debo tambien un ejemplo que aprovecharán, si quieren, los jóvenes de la generacion que me siga; un ejemplo de desinterés. He trabajado como soldado voluntario y sin sueldo; la paga para los otros, para los que no aspiran mas que á llenar su estómago y su bolsillo. Pasaré una vida oscura, pobre, pero aprecio mas el hábito de San Pablo, que solo vive de la labor de sus manos, el hábito del padre del yermo, que solo vive de hacer cestos, que las togas de oro y púrpura de los príncipes romanos, que solo vivian de estrujar las provincias sujetas á sus órdenes.

Para lo poco que ha de estar uno en este mundo, no vale la pena de no ser hombre honrado.

Repito pues que los que esperasen que mis palabras fueran amargas como el zumo de la envidia y de la ira se han engañado, y añado que como no deseo que en mi libro haya palabra alguna ofensiva porque respeto á los otros para que me respeten, si alguna se encontrase que haya caido como un borron en estas páginas, se atribuya á descuido ó á ceguedad política; de ningun modo á despecho personal, porque en nada he sido ofendido.

He ayudado á la toma de la plaza, teniendo, aunque poca, parte en la victoria; me he sentado despues al pié del muro á fumar tranquilamente mi pipa, dejando el fusil al lado: nada tiene por lo tanto de extraño que no participe de los frutos del saqueo á que pueden entregarse los que, habiendo estado á retaguardia y menos cansados que yo, tienen todavía fuerzas para correr como ciervos sobre los cadáveres de los vencidos.

Algun día tendrán que declamar, como la *Malicia* en el auto sacramental de Calderon titulado *La viña del Señor*:

¡Quién, ya que me llamó Docta Escritura
Depravado delirio de la mente,
Entre las sombras de la edad presente
Ofuscára la luz de la futura!

VI

Sigue el viaje.

El día 3 de enero se incorporaron á nosotros los regimientos de Calatrava y Bailén casi completos.

Cómo salieron de los cuarteles y cómo fueron por nosotros recibidos, ya lo conté en las cartas que se publicaron en *La Iberia*.

De por qué no pudo efectuarse el movimiento de Alcalá, también entonces hablé algo. Ahora no puedo ser más explícito.

Como el movimiento de Alcalá era la base de nuestras operaciones, fracasado, solo podíamos contar con una eventualidad inverosímil ó la fuga.

Esperamos la eventualidad por espacio de algunos días, dando vueltas alrededor de Madrid y capeando al gobierno, á quien no teníamos espada para herir en la cerviz.

En la noche del 3 al 4 el Noy de las Barraquetas, que ya ha muerto, y su amigo Escoda, partieron para Cataluña, llevando las proclamas que yo habia escrito y que tuvieron necesidad de romper en el camino para no comprometerse.

Una de las cosas que mas perjudicaron á la sublevacion de enero, fué la falta de proclamas.

No teníamos imprenta alguna de campaña. Yo no conocia entonces las prensas autógrafas belgas, que puede llevar un asistente en la perilla de la silla del caballo.

Los periódicos de Madrid no se hubieran atrevido á publicar

nuestros Manifiestos, y dado que se atrevieran, el gobierno les hubiera sellado los labios.

Nos sublevábamos mudamente, sin decir nuestro pensamiento, nuestro objeto, y aunque en la conciencia del país estaba el convencimiento de nuestra aspiración, nos sucedía lo que al amante tímido cuya amada conoce sus deseos, pero á quien mientras él no la hable ella no puede contestar.

El día 4 partimos para Fuentidueña y cortamos el puente. *La Correspondencia*, que habia cometido algunas inexactitudes al referir este hecho, estrañó despues, segun me dijeron, que al referirle yo, diese el título de oficial á un sargento ó cabo de Ingenieros; pero como oficial habia sido nombrado por el general Prim, tal creí que debia considerársele.

La noche de este día la pasamos en Santa Cruz de la Zarza, donde nos proveimos de algunos caballos que nos hicieron falta. Allí tomé yo mi jaca perla, que me hizo el honor de caerse al suelo conmigo en cuanto quise montarla.

El día 5 nada ocurrió de particular.

El día 6 atravesamos la línea férrea en Tembleque, sin novedad y sin noticias de nadie, pensando llegar á Manzanares, descansar allí veinticuatro horas, dirigir un Manifiesto al país y pasar á Andalucía, donde podríamos hacer prosélitos en tanto que los merinos cerraban la entrada de Despeñaperros.

A las doce de la noche, el presidente del comité de Herencia dió aviso de que tres trenes, compuestos de treinta wagones cada uno, y todos llenos de tropa, habian llegado á Manzanares.

Teníamos á la espalda á Zavala, á cuatro leguas, y nos era imposible empeñar un combate con la tropa que nos salía al encuentro, mandada por el general Concha.

Despues supimos que el general Concha no disponia de tanta gente como se nos habia dicho; pero lo supimos demasiado tarde.

A consecuencia de la primera noticia nos pusimos en marcha y sobre un terreno pantanoso, y con no poca lluvia nos paseamos hasta llegar á Villarrubia de los ojos de Guadiana.

El día 8 recibimos noticias de que Echagüe y Serrano del Castillo mandaban tambien algunas columnas que venian á perseguir-

nos, y nuestra situacion era crítica, porque Zavala no estaba de nosotros á mas distancia de tres leguas; pero nada de esto nos apuraba, vista la subordinacion y examinado ya el valor de nuestros soldados.

El dia 9 nos pusimos en marcha al salir la luna, le pasamos en casa del general Prim, y allí los soldados tuvieron un festin digno de los del Gran Capitan, que cuando no podia hacer otra cosa, dejaba á los suyos saquear su casa.

El dia 10 estuvimos en Navahermosa, marchando por un camino detestable, pero sin que nada nos ocurriese.

El 11, tambien por mal camino y tambien sin ocurrirnos cosa alguna, llegamos á Belbís de la Jara, donde nunca agradeceré bastante á mis patrones el recibimiento que me hicieron. He tenido el gusto de verlos despues en Madrid cuando ya el sol de la libertad habia roto las nieblas de la reaccion, y he sentido que mi impotencia despues del triunfo me impidiera pagarles como merecia el entusiasmo que entonces mostraron y los sacrificios que por nosotros hicieron.

El dia 12, siempre sin noticias, pensamos pasar el Tajo y marchar sobre Madrid por la carretera; pero nos fué imposible pasar el puente de Talavera y el puente del Arzobispo. Nos fué por lo tanto necesario retirarnos á Campillo, uno de los peores pueblos que he visto en mi vida.

El dia 14 pasamos el puerto de San Vicente, en que perdimos algunos caballos, en que se nos desherraron otros, y en que pudimos, segun yo creo, aprovechando la situacion del terreno, que es detestable, pero que hábilmente estudiada sirve para un golpe de mano, apoderarnos de Camino y su division.

El dia 15 tuvimos algunas noticias de las fuerzas que nos perseguian, y que parecia que estaban jugando al juego de los despropósitos. Pasamos el vado del Guadiana, el vado de las Ventas, amagando un movimiento sobre Miegadas y atravesando Villanueva de la Serena para ir á dormir al Haba. Este dia perdimos un sargento con cuatro ó cinco hombres que se habian quedado á herrar. Tal vez hubiera sido conveniente apoderarnos del ferro-carril y aprovechar la ocasion para dar un golpe de efecto, jugando el todo por el todo.

Don Juan Prim no quiso; sus razones tendria.

Fué esta una de las jornadas mas fatigosas de nuestra marcha.

El dia 16 llegamos á Bienvenida, donde descansamos sin novedad, pero tambien sin noticias de ningun género.

El dia 17 pudimos tambien haber copado á Camino en Segura de Leon, punto muy estratégico; pero fuimos á Fregenal de la Sierra.

El dia 18 se decidió por fin el general á permitir que atacásemos á Camino; pero dió la casualidad de que este dia, no sé quién ni cuándo, le trajo la noticia de que una fuerza muy superior á la nuestra estaba á media jornada de nosotros.

Salimos pues de Fregenal á las ocho de la noche, y á cosa de las dos de la mañana acampamos á una legua de allí, en un sitio que no era muy propio para combate, sobre todo de caballería, pero que era el único de que podíamos disponer.

El dia 20, despues de pasar por Encinasola, entramos en Portugal, y el dia 21 entregamos los caballos y armamento.

Una de las razones que hubo en toda la marcha para no copar la division de Camino, fué que teníamos que perder una jornada.

En cuanto al último parte, que como he dicho, no sé por quién ni cuándo se dió al general Prim en Fregenal, el mismo señor Camino nos manifestó en Portugal que era falso.

VII

Algunas reflexiones.

Nuestra marcha de enero ha sido diversamente juzgada.

Se nos han hecho por ella cargos que no hemos merecido, y alguno que quizás merezcamos no se nos ha hecho.

No es cierto que las tropas del general O'Donnell no quisieran cogernos, sobre todo en los primeros dias.

En los últimos, cuando estábamos pronunciados en retirada,

acaso una razon política aconsejaba que no se nos persiguiese. Dice un refran español que á enemigo que huye puente de plata; y despues de haber estado circunvalando á Madrid por espacio de unos cuantos dias, nosotros, aunque al paso, la verdad era que huíamos.

El país no nos contestaba, no porque no fuera liberal, díganlo, si no, los pretendientes de hoy, tiempo en que no se encuentra un reaccionario para un remedio, sino porque se parecia á aquella monja que condolida de ver á un cavador dar con su azada en la tierra, haciendo al mismo tiempo ¡ah! ¡ah! le decia: «Compartamos el trabajo; yo haré ¡ah! ¡ah! y tú darás los golpes.»

El gobierno se hubiera visto embarazado cogiéndonos en los últimos instantes: habia demasiados jefes complicados en el movimiento para que impunemente los fusilara, y no podia tampoco perdonar á los que cogiera, sin que las Córtes, y sobre todo la camarilla palaciega, le considerasen débil.

En los primeros dias no pasaba esto; pero despues, dado tiempo á la reflexion, hubiera sido una torpeza política el habernos estrechado demasiado.

Se ha dicho que pudimos seguir otra marcha, y no se ha calculado que con las fuerzas de que disponíamos hicimos harto salvando las dificultades de los primeros momentos y yendo por caminos en que solamente las águilas pueden descansar.

Se nos quiso quitar la gloria del arte de la retirada, diciendo que algunos cabecillas facciosos habian hecho mas que nosotros; se nos ha querido quitar despues la gloria del mismo arte, diciendo que no se nos perseguia. Tanto lo uno como lo otro es injusto.

Los cabecillas facciosos no tenian contra sí el telégrafo eléctrico ni los ferro-carriles; y en cuanto á persecucion, si se hizo con poca maña, no fué culpa del gobierno, sino de los generales encargados de perseguirnos. El mismo deseo de esterminarnos en el primer combate perjudicó á Zavala, que salia á perseguirnos hasta con cañones, que se vió obligado á sacar de algunas tierras pantanosas con ocho parejas de bueyes.

Nosotros no podíamos dar un combate á las tropas que nos venian siguiendo, porque nuestros caballos eran malos, y nuestros soldados, llenos de entusiasmo, solamente tenian seis cartuchos por cabeza.



Unicamente á Camino hubiéramos podido coparle en algunas ocasiones; pero sobre no ser esto una accion decisiva, hubiéramos necesitado perder una jornada.

Se nos ha acusado tambien de no buscar el auxilio de los paisanos para nuestra empresa; pero á todos los paisanos que se unieron á nosotros con caballos y armas se les admitió, y en algunos pueblos se reclamaron infructuosamente.

A los que no se admitia era á los que se presentaban sin armas ni caballos, porque no podian seguir nuestra marcha, y porque algunos á quienes se admitió en los primeros dias desaparecieron con los caballos y las armas.

Si alguna falta cometimos fué la de no haber tenido suficiente audacia para dar un golpe de mano; pero esto tampoco era fácil sin comprometer la reputacion del general Prim, que no debia hacer cadetadas.

Nuestra marcha fué penosa: el ejército y los jefes se mostraron en ella llenos de entusiasmo y dignos unos de otros: sin esta marcha no hubiera ocurrido nuestra revolucion, de cuyos frutos todos participan.

No tienen pues derecho á quejarse de lo que entonces ocurrió sino los que tomaron parte en el movimiento y han sido olvidados en la victoria.

VIII

Manifiesto.

Cuando llegamos á Portugal tratamos de cubrir un hueco que nos hubiera sido imposible llenar antes, y por eso el general Prim publicó un Manifiesto que fué diversamente comentado, pero en que ni los amigos ni los enemigos encontraron generalmente la parte fuerte ni la parte débil.

Nos era preciso hablar y callar: teníamos que dar un Manifiesto

á la nacion, una proclama póstuma, y no nos era lícito denunciar ciertas traiciones que se nos habian hecho.

Hubiera sido absurdo, moral y políticamente, cortar ciertos nervios paralizados durante la insurreccion, pero que podian valernos en otra que intentáramos.

En las *Memorias de un emigrado*, que se publicarán á la continuacion de esta obra, manifestaré lo que pasamos los insurrectos durante la emigracion.

Ahora que hablo en sério, tanto como puede hacerlo quien se acuerda constantemente de la frase del pagano, que decia: «¡Oh! Júpiter, al darnos la vida, nos ha dado una broma pesada,» insisto en que no debo decir muchas cosas que sé, y que debo llevarme muchas tambien al otro mundo *para edificacion de los profanos*.

En el Manifiesto del general Prim habia dos cosas importantes que decir: una, que *el general* no dependia de la reina, sino de la nacion, lo cual indicaba que el ejército no debia ser sino popular; y otra, que estábamos herrando el caballo para dar una nueva acometida, porque en política, lo mismo el ejército que el pueblo, y lo mismo los hombres de gobierno, solo *temen ó esperan*, nunca agradecen.

Estas dos cosas se dijeron en el Manifiesto, y este Manifiesto nos proporcionó el placer de que el gobierno portugués nos desterrase de su país. ¡Pobres ministros aquellos, que temian hasta á los ministros de Isabel II, y sin embargo estaban tan finchados!

A mí me dió poco cuidado que se me desterrase de una patria que no era la mia: aun de la mia me importaba poco, porque creo que el mayor destierro que tiene el hombre es vivir en este mundo.

IX

Digresion.

Y vuelvo á mis digresiones.

He dicho antes que era yo un materialista que no creia en la materia.

Esto á primera vista parece una paradoja, y necesito esplicarlo.

Existe lo absoluto, puesto que existe lo relativo; es decir, que existe el todo, puesto que existe la parte.

Á lo absoluto llamo espíritu: á lo absoluto llamo sér; pero cuando le considero sujeto á los límites de la estension, le llamo materia.

¿Puede existir el sér sin ocupar espacio ni tiempo? Ó lo que es lo mismo, ¿puede existir el sér sin realizarse en materia?

La duracion ó estension son, para nuestra inteligencia al menos, una misma cosa: son lo largo y lo ancho.

Durar es ser estenso en el tiempo, y tener estension es ocupar espacio.

Una cosa durable é inestensa es para nosotros un contrasentido: es una cosa que dura respecto á todos los tiempos pasados y futuros, pero no á los presentes.

Podrá el Sér realizarse fuera de la estension, pero los hombres no lo comprendemos.

Para nosotros pues, el sér es siempre estenso, el sér es siempre materia, y esta idea se condensa y esclarece mas cuando se trata del alma humana.

Como todos los séres de la creacion, el hombre es una parte del Sér, una parte de lo absoluto, pero solamente una parte; y dada la definicion que acabo de adoptar respecto á la materia y al espíritu, cuando se trata del alma humana, por ejemplo, es inútil preguntar si es material ó inmaterial, puesto que está sujeta á tiempo y espacio.

A los que estrañan que diga yo, fundado en una teoría filosófica, que el alma humana es material, les contestaré que no soy el primero en creer semejante cosa; y la prueba es que no solo filósofos profanos, sino muchos Santos Padres, fundándose en que el alma era estensa, la han creído material.

No tengo para qué hablar aquí de las opiniones de los médicos vitalistas, que despues de tantos siglos han adoptado la trasmigracion de Pitágoras, creyendo que volvian al verdadero templo de que el género humano se habia apartado para ver á los titiriteros de la plaza sus diversos juegos de manos.

Leibniz cree que el alma, desde el primer momento de su existencia, posee y estará siempre unida á un organismo sutil, del cual es ella la *forma sustancial*, y que antes de la generacion las almas no tienen razon, sino que entonces la reciben de Dios por la *trascencion*.

Aunque Descartes dice que el alma es una *sustancia pensadora*, la inteligencia es una manifestacion del alma, pero no el alma misma: si lo fuera, las almas serian desiguales.

La inteligencia es hija en parte de la organizacion física: por eso una lesion orgánica puede modificarla; por eso se atribuyó la memoria del Tostado á un golpe que recibió en la cabeza cuando era niño, y por eso algunas lesiones del vientre producen la locura.

El alma es el principio de la vida, es el gérmen del organismo, la esencia vital de la molécula germinativa, y por eso no solo dice Orígenes que *solo Dios no tiene cuerpo*, sino que San Hilario (*Sobre San Mateo*, cap. V, núm. 8), San Ambrosio (*De Abram*, XI, 8, número 58, t. I), y San Cirilo (*Sobre San Juan*, XIV, 11, lib. 9, tomo IV), han dicho que *solo Dios es incorporeal*. San Methodius, Cassiano, Fausto de Riez y Gennadius, añaden que las inteligencias, sea angélicas, sea humanas, son cuerpos de una sutileza maravillosa. San Ireneo solo concede que el alma sea inmaterial respecto al cuerpo mortal, porque es *menos material* que él. San Macario el egipcio (*Hom. IV y Hom. VII*), Lactancio (*Div. inst.*, II, 10), Tertuliano y Taciano, abundan en las mismas ideas. Leibniz sostiene que todas las inteligencias creadas, hasta los ángeles, y las almas humanas separadas de los cuerpos visibles por la muerte, permanecen unidas á cuerpos invisibles mas ó ménos sutiles. El concilio general de Viena adoptó la fórmula de Santo Tomás, á saber: *Que el alma razonable es la forma sustancial del cuerpo humano*. (Véase en la *Col.* del padre Harduin el decreto de Clemente V aprobado por el concilio de Viena, y la confirmacion de este decreto por Leon X aprobada en el quinto concilio general de Letran). San Gregorio de Niza reconoce la inmaterialidad del alma; pero dice que en el embrión humano, lo mismo que en el gérmen de la planta, hay un principio de la forma específica (εἶδος) que atrae los materiales propios á realizar esta forma; que en el hombre este principio, siempre invariable, que-

da unido al alma separada del cuerpo mortal, y será el agente de la resurreccion, llamando á sí los elementos necesarios para reconstituir el cuerpo disuelto por la muerte. Y todas estas doctrinas demuestran que aun en la comunión en que se afecta impropriamente mas espiritualismo y mas desden á la materia, olvidando que María es Reina de los ángeles aunque tiene cuerpo, que el Verbo tomó cuerpo, que el pan y el vino se trasforman en Dios, la idea de la existencia del espíritu puro y aislado ha encontrado cierta oposición natural, y que, ó se ha mirado al espíritu como la llama, que no existe sin el combustible, ó como la armonía, que no existe sin la lira.

X

La Prensa.

En este tiempo la prensa nos combatió mucho, sobre todo la prensa ministerial; pero guárdeme Dios de alzar la mano contra mi madre.

Hay muchos que combaten al periodismo; pocos que le aprecien en su justo valor.

Todo lo que es fuerte, todo lo que brilla, todo lo que es noble y glorioso tiene grandes y numerosos enemigos; y en torno de estos enemigos halla siempre tambien una cohorte de espíritus vulgares que les hacen coro y sirven á sus propósitos. Que se trate de ilustrar al pueblo, de poner al alcance de todos la ciencia que solo poseía antes una estrecha aristocracia de inteligencias. Los que tienen interés en que el pueblo no se ilustre, gritarán en el momento, si el pueblo es religioso, y mucho mas si es supersticioso: «¡Se trata de destruir la fé, se trata de destruir el santuario, se trata de hacer que las gentes sencillas coman el fruto del árbol vedado!» Y sin examinar estas declamaciones, sin analizarlas, sin convencerse de si tienen ó no fundamento, la turba de almas vulgares contesta como un eco: «¡Abajo la ilustracion! ¡Los que enseñan son siempre impíos!»

Que se trate de corregir un abuso, de quitar á un pueblo uno

de los muchos yugos que le oprimen. Los que tienen interés en que el abuso subsista, gritan inmediatamente: «¡Se ataca al orden social! ¡eso de que se habla es un pretesto! ¡lo que en realidad se quiere es entronizar la anarquía!» Y los espíritus incapaces de pensar, serponden á una voz: «Los innovadores son unos anarquistas.»

Esto, que tan frecuentemente sucede con todo lo bueno, ha sucedido tambien con la prensa periódica. Es una fuerza, es un poder, propala verdades, combate abusos, impide arbitrariedades y sirve admirablemente á la marcha del progreso. Los que tienen interés en que las naciones vivan en las tinieblas, en que los abusos subsistan, en que las arbitrariedades no tengan freno, en que prepondere la reaccion, gritan inmediatamente: «¡La prensa no refleja la opinion pública! ¡los periodistas son unos ignorantes ambiciosos que solo aspiran á sus medros personales! ¡sus escritos, lejos de ilustrar al público, le deslumbran, matan el libro, que es el que encierra la ciencia, y llevan por todas partes la perturbacion!» Y las almas á medio labrar que antes he señalado, gritan, haciéndoles coro y sirviéndoles de ecos: «¡El periodismo es un mal! ¡los periodistas unos alborotadores casquivanos! ¡Oprímase enhorabuena la prensa, que por eso no tendremos menos ilustracion ni menos libertad!»

Lo que no impide que esos mismos denigradores de la prensa vayan de tiempo en tiempo muy humildemente á las redacciones de los periódicos, á pedir que ocupemos columnas con sus chismes de vecindad, que den al público cuenta de que sus niños han recibido premios de aplicacion en el colegio, y que atruenen los espacios gritando: «¡Injusticia! ¡monopolio!» cuando su casero les ha subido en dos reales el alquiler. Así como no impide tampoco que los mismos denigradores del periodismo, cuando por casualidad se habla de ellos en algun papel impreso, elogiando la traduccion que han hecho de un folleto francés sobre el mejor medio de pescar con caña ó de estirpar los ratones, digan por todas partes: «Los periódicos me elogian; lo que prueba que valgo alguna cosa;» y se enorgullezcan al par que enorgullecen con estos elogios á sus sobrinitos, que van diciendo á quien los quiere y á quien no los quiere oír: «Mi señor tío es un hombre de mucho talento: ha escrito una obra notable que han elogiado los periódicos.»

Esto es eminentemente cómico; pero por desgracia, también es eminentemente triste, porque esas personas que desdeñan á la prensa cuando no la necesitan, sirven de punto de apoyo á todos los gobiernos opresores de la prensa. Por eso voy á hablar ligeramente de los argumentos que contra la prensa hacen sus verdaderos enemigos, y que arrastran á una parte de las inteligencias vulgares, muchas veces explotando para el mal sus mejores sentimientos.

La prensa no representa la opinion pública. ¡Cuantas veces se ha dicho esto! Pero ¿es posible decirlo de buena fé despues de pensar un momento sobre ello? Los periódicos se sostienen por suscripciones voluntarias, y generalmente los suscritores solo pagan el periódico que refleja sus opiniones. Para que haya tres ó cuatro mil personas que paguen una suscripcion porque el periódico tiene sus opiniones, es preciso que haya doce ó veinte mil, lo menos, que tengan el mismo modo de pensar y no tengan dinero, ó no quieran gastarle en suscripciones. Un periódico pues para sostenerse, solo para sostenerse, necesita reflejar la opinion de veinte ó treinta mil personas; mejor dicho, de veinte ó treinta mil familias por lo menos. Sumad los periódicos que se publican en este país, donde aún nos demuestra la estadística que hay tanta y tanta gente que no sabe leer, y comprendereis la opinion de cuántos millares de familias representa la prensa.

Y obsérvese que el cálculo hecho es estremadamente corto, que para convencerse de ello basta observar la escasa suscripcion que generalmente tienen las revistas en que se defiende esclusivamente un principio filosófico, ó económico, ó literario, cuyos sectarios se cuentan por millares en España.

Podrá decirse pues que un periódico no es la espresion de la opinion pública; y esto es y debe ser exacto. Todos los españoles no piensan del mismo modo, y cada periódico representa la opinion de una parte de ellos; por eso las opiniones de los periódicos son diversas. Pero que la prensa no representa la opinion pública, y sobre todo, que no procura constantemente reflejarla, eso no se puede decir. Tanto valdria asegurar que los periódicos querian desacreditarse, no tener suscritores y morir apenas nacidos.

Que los periodistas son unos ignorantes ambiciosos. Esta acusa-

cion no está menos estendida que la anterior. Un periódico dijo hace años contestando á ella:

«No diremos que todos los periodistas sean sabios ni hombres de Estado de primer orden; pero sí que la mayor parte de los que han conquistado estos títulos en los tiempos modernos, hijos son de la prensa, en sus filas han militado, y en ellas hicieron sus pruebas de capacidad para [tratar las árduas cuestiones que interesan al buen régimen de los pueblos. Hemos visto encumbrarse muchas nulidades en las alas del favor; lo que no hemos visto aún es que los tontos busquen su medro por la carrera del periodismo.»

Lo mismo digo yo, añadiendo que la acusacion de que los periodistas son unos ignorantes, no es tanto una objecion contra los periodistas como contra el país en que escriben. Que el periodismo es una fuerza, un arma en muchos casos, nadie lo duda, y sus enemigos menos que nadie, pues procuran ponerle trabas, aherrojarle, destruirle, y no se combate lo que no se teme. Si esa arma estuviera en manos de necios, los sabios, los hombres de talento se la quitarian escribiendo ellos. No se la quitan, no aparece en la prensa el periódico que debia eclipsarlos á todos con su sabiduría; luego debemos creer que la ilustracion de los periodistas, en general, está al nivel de la de todo lo mas instruido del país.

Que los periodistas solo aspiran á medros personales. Los que esto dicen citan nombres como ejemplos, y despues de citarlos añaden: «Como esos serán los demás.» Yo no niego que entre los periodistas haya habido especuladores políticos. En toda religion hay sus apóstatas. Pero por lo que hizo Judas, ¿se puede juzgar á todos los apóstoles? Al lado de esos ejemplos pueden citarse otros muchísimos mas numerosos de hombres consecuentes y modestos que no han sacrificado á ningun ídolo sus opiniones, que han considerado siempre la política, no como una carrera, sino como un deber. ¿No es una injusticia acordarse de los unos y no de los otros? ¡Pero ya se ve! los detractores de la prensa no citan mas que aquello que á su propósito puede servir.

Que la prensa periódica, lejos de ilustrar, mata el libro, que es la verdadera ciencia. Otra objecion sin sentido. ¿Han mirado los que la hacen, las estadísticas de los libros que se escribian cuando

no habia periódicos, y las han comparado con las de los que se escriben hoy? ¿Han observado el número inmenso de obras que hoy tienen una gran reputacion, y que han sido dadas á conocer por la prensa? El periódico es un libro siempre abierto, y al mismo tiempo el primer auxiliar del libro.

Un químico está resolviendo un problema de su ciencia. En el rincon de la tierra mas alejado de su morada, en un país en que no tiene amigos, cuya lengua no conoce, descubre otro sabio un instrumento que facilita los análisis. El periódico se lo dice inmediatamente, publica el descubrimiento, y gracias á esta noticia, el químico tiene en seguida medios de resolver sus problemas. El periódico sirve al hombre de ciencia para estar á la altura de los últimos descubrimientos, de las últimas noticias de la ciencia. Por esto los sabios, los hombres esclusivamente consagrados á la ciencia, fueron los primeros escritores y suscritores de periódicos. Y cuando un libro se publica, ¿quién le anuncia de una manera mas estensa, mas eficaz y mas pronta que los periódicos?

A mas de esto, los periódicos, con el aliciente de las noticias, de las cuestiones del dia, aficionan al pueblo á leer, y hacen mayor por lo tanto el número de las personas que compran libros. ¿Cómo pues el periodismo ha de matar el libro si facilita su formacion, le proporciona publicidad, y crea para él un público cada vez mas numeroso? Pero realmente, de esta acusacion no debia haberme ocupado, porque patente está para todos que los que se quejan de que el periodismo mata el libro, no solo no dan mas libertad al libro, sino que cuando lo creen conveniente le quemán.

Todas las demás objeciones que se hacen á la prensa, todas las acusaciones que se dirigen á los periodistas, son aún menos fundadas que las que anteceden. ¿Para qué me he de ocupar de ellas?

Si al lado de estas acusaciones pusiéramos la lista de las ventajas que la prensa proporciona, ¡qué contraste resultaria! Pero las ventajas de la prensa están al alcance de todos, y no hay para qué recordarlas. ¿No basta para enaltecerla y amarla el considerar que son sus enemigos todos los que quieren oprimir, vejar y explotar por medios ilícitos á la sociedad?

XI

Versos.

En este tiempo en Portugal escribí la siguiente poesía á unas aves, que reproduzco aquí por no haber sido impresa sino clandestinamente en España, á lo menos por entero.

Lleva la fecha de Lóndres; pero los lectores comprenderán que, estando emigrado, no podia nunca declarar el sitio desde donde dirigia mis ataques al gobierno.

No ya por mí, sino por mis compañeros, no podia, como los Partos, escribir mi nombre en mis flechas.

Hé aquí los versos:

Á UNAS AVES.

Aves que vais hácia la patria mia
 Como van mis suspiros lastimeros,
 Llevadla el beso que mi amor la envia.
 ¡Cuánta impotente envidia siento al veros,
 Yo, en nuestro valle piedra desechada
 Que con el pié separan los viajeros!
 Bella te elevas en la mar salada,
 Como en mas breve mar la chipria diosa,
 Admirada Albion, ya que no amada.
 De aquel dios del trabajo eres la esposa
 Que los mónstruos unció de mar y tierra
 A su régia carroza victoriosa;
 Y que con lazos de oro ató á la Guerra
 Cuyo sangriento acero trocó en plumas
 Con que arma á la Razon que la destierra;
 Y aunque quizá, olvidando que es de espumas
 De tus grandezas el cimientó incierto,

La creacion tu pedestal presumas:

Y aunque quizá tu corazon ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro
Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,
Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscrito en tu hogar, donde luciente
Ve de la libertad el fuego puro,
Y no se juzga de su patria ausente,
Porque es la libertad la patria santa
De todo corazon y toda mente.

Mas no estrañes que anude mi garganta
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que mi espíritu quebranta:

Que hasta elevado á la celeste gloria
Conserva acaso el niño venturoso
De su perdida madre la memoria.

¡Oh España! ¡Oh dulce España! ¡Oh sol radioso!
¡Oh cielo azul! ¡Oh fuentes cristalinas!
¡Oh verde campo en flores abundoso!
¡Oh montes coronados de ruinas

Que pueden envidiaros Grecia y Roma!
¡Oh canciones del pueblo peregrinas,

Engalanadas con aquel idioma
Que como el Tajo aurífero y abundo
Cual flor de almendro de melifluo aroma

Compite siempre con el mar profundo,
Ya cuando ruge como hambrienta fiera
Y espanta y mueve y ensordece al mundo,

Y ya cuando en la alegre primavera
De amor suspira al declinar el dia
Besando cariñoso la ribera!

¡Oh humilde albergue en que la infancia mia,
Junto á mi cuna con amor sentada
Mi madre el libro santo me leia,

Y apoyando ambas manos en la espada
Recordaba mi padre fatigado

Las mil batallas en que fué mellada!

¡Oh solitario bosque perfumado

Do por mí sorprendido en una siesta

Huyó amor de sus ninfas rodeado,

Y una (la mas hermosa y mas modesta)

De azules ojos y de voz süave,

Huyendo mas risueña y menos presta

Entre las manos me dejó aquel ave

En que el poeta sobre el mar mundano

Al firmamento levantarse sabe!

¡Oh templo del saber do quise en vano

Mi alma encender en la sagrada pira

Al escuchar al sacerdote anciano!

Que si el poeta las estrellas mira

Mientras los otros reman, y se aleja

Buscando flores cuyo aroma aspira

Mientras los otros mueven trillo y reja,

Es que está destinado á ser piloto

Y á sacar miel de flores cual la abeja.

¡Oh puerto resguardado de Euro y Noto,

Donde cual Juan en Patmos evocaba

Con el pasado el porvenir ignoto

Y el gemir en las tumbas escuchaba

De mártires sin fin, y allá en el cielo

El himno redentor que contestaba!

¡Oh callados sepulcros, que en el suelo

Guardais mi corazon hecho pedazos

Bajo las negras lápidas de hielo!

¡Oh de fiel amistad tiernos abrazos!

¡Oh templo que termina cruz erguida

Abiertos siempre los piadosos brazos!

¡Oh patria mia en fin, patria querida!

¿Cuándo volveré á tí, cuándo en tu seno

Podré de nuevo alimentar mi vida?

.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
El infortunio en mis sentidos vierte
De todo honrado corazón ajeno?

¡Volver á España á presenciar su muerte
Tras su agonía que vergüenza inspira!

¡Volver á España que reposa inerte,
Yo que llamé á su puerta con mi lira
Y después con el puño de mi acero
Y no he logrado despertar su ira!

¡Nunca! ¡jamás! ¡Recorreré primero
La tierra entera á guisa de mendigo,
Y tumba me dará suelo extranjero!

¡No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria, que despierta,
Por doquiera que voy viene conmigo.

Con sus lóbregas alas, muda y yerta,
La noche, ave fatídica y gigante,
Cubre una tierra al parecer desierta,

Y en que tan solo vago y oscilante,
Entre malezas, túmulos y escombros,
Fosfórico fulgor flota un instante.

¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
Pende manchada y rota hoga sangrienta,
Aumenta de este cuadro los asombros?

En su derecha mano macilenta
Un crucifijo, puño de una espada,
En noble sangre enrojecida ostenta,

Y en la izquierda la copa, que labrada
Por todos los demonios de la orgía,
De impurezas sin fin está colmada.

Se alza la tierra cual la mar bravía
Rompiendo de las tumbas los secretos
Que abillantado mármol encubría;

Y amenazantes, pálidos, escuetos,
Surgen, á Dios las manos levantando,
Pidiendo *Expiación* los esqueletos.

Mira el espectro al funerario bando
 Cual Cain á su víctima inocente,
 Del Sumo Juez los pasos escuchando;
 De Luis Onceno los temores siente
 (Que no le ha de faltar una vileza),
 Y sus supersticiones juntamente.

Con hipócritas muestras de flaqueza
 Postra en la dura tierra una rodilla
 Y besa el crucifijo, y llora y reza;

Y así acallada su conciencia, brilla
 La soberbia satánica en sus ojos,
 Lanza de sí el terror que le mancilla;

Hiérguese; con desden y con enojos
 De sus míseras víctimas airadas
 Contempla frente á frente los despojos;

Alza despues al cielo sus miradas,
 No ve en ellos las cláusulas divinas
 En el festin de Baltasar trazadas,

Y busca nuevamente en las ruínas
 Siervos aletargados de quien sorbe
 Las gotas de la sangre purpurinas.

¡Tal es la patria que mi amor absorbe!
 ¡La que pudiera ser, si despertara,
 Miedo y amor y admiracion del orbe!

¡Oh! Mientras tanto que su suerte avara
 No vence con su antigua valentía
 Y guerra á sus verdugos no declara;

Aves que vais hácia la patria mia
 Como van mis suspiros doloridos,
 Llevadla el beso que mi amor la envia.

Mas no colgueis en ella vuestros nidos
 Ni apagueis vuestra sed en sus corrientes
 Ni os poseis en sus árboles floridos;

Pasad cual sobre lagos pestilentes
 Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,
 Y sobre sus campiñas florecientes;



Y decidla que van por escabrosas
 Sendas, solos, sombríos, fatigados,
 Sus hijos recordando y sus esposas,
 Los hijos de Espartaco, los soldados
 Del alma libertad, que son girones
 Del invencible lábaro arrancados;
 Mas que en sus esforzados corazones
 Llevan su patria por la tierra estraña
 Hasta las mas recónditas regiones,
 Y entrar no quieren en la opresa España
 Sino agitando su pendon ufano;
 Porque el rio al cruzar que humilde baña
 Los límites del suelo lusitano,
 Han jurado á la faz del firmamento
 De la espada en la cruz puesta la mano,
 Antes morir sin agua ni sustento,
 Y pasto ser de las salvajes hienas,
 Que de nuevo vivir entre cadenas:
 Y todos cumplirán su juramento.

Lóndres, 14 de marzo, 66.

XII

Mas versos.

Y ya que he citado versos, permítanme los lectores que imprima tambien los siguientes, que solo clandestinamente han corrido, y que fueron escritos durante la emigracion para ver si podia con una proclama de este género levantar algo el espíritu nacional.

Los reproduzco porque creo que de muy pocos serán conocidos, y porque, así como de cuando en cuando me gusta hablar de teología, y de matemáticas, y de geología, y hasta hablaré de medicina

en breve, creo que no será una causa de disgusto para mis lectores que tambien alguna vez les hable en verso.

Con la fecha que va al pié escribí en Bruselas, aunque apareció como impresa en París por razones que antes he dicho, la sátira siguiente:

Á ESPAÑA.

SÁTIRA - POLÍTICA.

No la cítara, el látigo! Y quisiera
 Por látigo tener el haz de rayos
 De la tormenta que en el mar cabalga!
 Aquella, un tiempo tan hermosa y fiera,
 Generatriz de Cides y Pelayos,
 ¿Del sueño infamador quereis que salga
 Al eco de la lira de Tirtéo?
 ¿No la visteis al toque de rebato
 Sorda, y de su conciencia al clamoreo?
 ¿Qué puñal justiciero el pueblo ingrato
 Alza contra el verdugo
 De sus valientes mártires? ¿Qué intenta
 Para romper el yugo,
 Y vengar sus agravios y su afrenta?
 Sobre tierra sangrienta,
 A la sombra reposa
 Del árbol de la negra tiranía,
 Cual la del manzanillo venenosa,
 La dulce patria mia!
 Com una estatua fúnebre está fria.
 ¿Es un ara apagada? ¿Es que, curiosa,
 Mirando á lo pasado derruido,
 En estatua de sal se ha convertido?
 ¿Ó es la viuda de Eduardo,

Ante el féretro oyendo de sus hijos,
 Las galantes ofertas de Ricardo?
 Si tras tormentos varios y prolijos
 Ha muerto (¿y qué mas muerte que perderte
 Sagrada libertad, vida del alma?)
 ¿Qué cancion rompe el sueño de la muerte?
 Si abyecta yace en la infamante calma
 De la embriagada meretriz, es fuerza
 Herir su rostro y despertar su ira,
 Y si aun entonces calla y se retira,
 Y no se enciende su vergüenza, y llora,
 Fuerza será que, quien cual yo la adora,
 Mas nunca del honor rompe los lazos,
 La diga, el corazon hecho pedazos,
 Lanzándola á la faz:—«Pues te recreas
 En tu abyeccion estúpida y cobarde,
 Madre mia, mi amor... maldita seas!
 De tu deshonor, España, haces alarde,
 Y de falsa impotencia. ¿Por ventura
 Tantos contrarios sobre tí han caido?
 ¿Desde cuándo los cuenta tu bravura?
 ¿Quién jamás, sino Dios, quién ha podido
 Domar al mar y al pueblo castellano,
 Que el gran Napoleon no ha sometido?
 No mas que con cerrar y abrir la mano
 Deshicieras, cual búrbuja de espuma,
 De tus *Señores* el poder tirano,
 Que saca de la sangre de tus venas
 El hierro con que forja tus cadenas.
 Huyeran como nubes de verano
 Que impele el huracan, rompe y destroza.
 ¿Y qué fuera un combate, que miraran
 Polonia, Irlanda como juego vano,
 Al pueblo de Numancia y Zaragoza?
 ¡Oh! ¡Cuán dichoso entonces, cuán ufano
 A tí corriera á realizar mi sueño,

Yo, que he jurado, y que de nuevo juro,
Libertarte ó morir en el empeño!

Yo, á quien parece oscuro

Todo extranjero sol; y ¡ay! vanamente
Ni en tí, ni en tierra estraña al sol imploro!
¿Dónde, fuera de tí, sol refulgente
Los ojos hallarán? Y en tus jardines
Mi alma no encuentra sol! Los rayos de oro
¿Dónde hallaré para alumbrar mi mente
De la sagrada libertad que adoro?

Mas no osas combatir; y lentamente
Las horas pasan y tu infamia anotan;
Tus señores te esplotan
Y ¡ay de aquel que por tí con ellos lidia,
Que eres Roma que inciensa á sus Neronés!
Y habiendo sido su terror y envidia
Eres mofa y vergüenza á las naciones.

Duerme en tu infamia pues. Mas no, la esclava
No reposa, trabaja, y si se duerme
El látigo del amo la desvela.
Ya sabes tu tarea, que cual tela
De la antigua Penélope, no acaba;
Es preciso llenar de plata y oro
El moderno tonel de las Danaides
Que se apellida *Público Tesoro*;
Es fuerza que la ténia del Estado,
Mas grande cada dia, se alimente.
Hoy con hambre mayor se ha despertado.
¡Dadla mas, dadla mas!... No es que hoy se intente
Poblar de nuevas naves
El mar, que ya en remotas
Edades vuestro fué... Nos contentamos
Con recordar nuestras perdidas flotas.
No es que fundar queramos
Refugios para el pobre,
(Si acaso acaso *Parques de los ciervos*)

El pobre es carne muerta, echadla á cuervos;
 Porque ¿quién intentara al mar salobre
 Cerrar en breve pila?
 Si á todo desvalido se atendiera
 Habria que atender á España entera.
 No es que atisbando, con feroz pupila,
 La yerta y flaca peste cautelosa,
 Cual fiera hambrienta del redil en torno,
 A favor de la fria
 Lobreguez silenciosa
 De la hermana del dia,
 Ronde nuestras ciudades; en las playas
 Velan soldados que fusil en mano
 (Ingenioso decreto soberano)
 Volver atrás la ordenen,
 Y si su celo y su denuedo es vano,
 Si porque no la ven no la contienen,
 Y entra en la viña y la vendimia empieza...
 ¡Qué tardas sois, palomas,
 Que un tiro asusta y á lejanas lomas
 A esconderos volais en la aspereza!
 Dardos, ¡qué tardos sois! Exhalaciones,
 Por mas que en nuestro escudo haya leones,
 Aprended de la córte ligereza!
 El pueblo queda solo, abandonado
 A sus propios recursos: pasa el riesgo.
 Y es de nuevo sujeto ¡y calumniado!
 Que el pueblo es un corcel; si de repente
 Una fiera le ataca, huye el magnate
 Que le monta, ¿se salva del combate
 el ginete? Le coge nuevamente
 Y le vuelve á aplicar el acicate.
 No es que se intente honrar la inteligencia,
 Y en nuevos santuarios á la infancia
 Repartir instruccion, que es pan de vida,
 La divina sustancia,

Dios que es todo verdad!... La de la ciencia
Es la fruta prohibida
Donde eleva su trono la violencia,
Que tiene la ignorancia por egida
Como el palacio de Luzbel, oscuro,
La noche eterna por eterno muro.
No es que á la agricultura desvalida
Mano amiga se tienda
Para que pueda alzarse hasta la altura
A que está la extranjera agricultura.
No es que con nuevas vias se pretenda
Desobstruir las venas del comercio,
La industria cultivar, de los baldíos
Fecundar la aridez, y mas preciosa
Tornar que el oro la corriente ociosa
De los hoy turbios é indomados rios.
Eso es pan para el pobre; el avariento,
Ni repara si Lázaro está hambriento,
Ni mengua su tesoro
Para dar alimentos delicados
A la gallina de los huevos de oro.
A mas sublime fin van destinados,
Pueblos, los sacrificios que os exigen
Los doctos Palinuros que os dirigen!
Son para edificar muros al órden,
É impedir que las olas se desborden
De la revolucion que nos amaga!
Y en la que, ahogada la familia impía,
El arca solamente flotaria!
Son para que prosiga sin obstáculo
El brillante espectáculo
Que al mundo damos, y que tanto gusta
A todo el que no asusta...
Y la verdad digamos, es tan bello
Que no hay necesidad de encarecello.
Con el sangriento brazo remangado

Aquí un verdugo una cabeza enseña
Al pueblo flaco, y roto y espantado;
Repite el eco allá de peña en peña
La voz de los cañones que responde
A los que piden pan; en la llanura
Resuena la descarga; nubes de humo
Ascienden blancas al nublado cielo,
Y los hijos de Bravo y de Padilla
Yacen sin vida en el sangriento suelo;
En la desierta orilla
La tierna vírgen, la doliente esposa
El blanco lienzo agitan, despidiendo
A la nave que lleva sus amores
Su escudo y su sosten, como á una tumba,
A islas remotas que la peste guarda;
Un ¡ay! de muerte por los aires zumba
De fétidas prisiones exhalado;
Como un reptil deslízase callado
Escuchando en las puertas el espía,
En la mano el puñal envenenado;
Encienden en la plaza hoguerra impía
Los que los grillos de Colon quisieran
Poner al genio de la luz; y abrasan
Cadáveres y libros; por las calles
Largas y ricas procesiones pasan;
Por ciudades, por montes y por valles
El hambre enseña socialismo; muda
El aula yace y el trabajo muerto;
Huye el comercio con sus sacos de oro;
Las estrellas del arte se oscurecen;
En el campo desierto
Olvida el labrador la inútil reja,
Y con su esposa é hijos,
Pidiendo en vano caridad se aleja...
Y en tanto, en palaciegos regocijos,
Entre luces y músicas y flores,

Caballeros de industria, jugadores,
 Generales con vírgenes espadas,
 Antinoos, Dalilas, Mesalinas,
 Tribuletes, Regatos, Celestinas,
 con Aguedas de Luna y Torquemadas,
 Se embriagan de placer, al pié de un trono
 Que ocupan, en la orilla del abismo,
 Dos cónyuges... que nunca de mis labios
 Deben temer agravios,
 Ella porque es mujer, y él... por lo mismo!

¿Qué os parece? No fuera
 Escándalo y dolor que los sectarios
 De la revolucion, hambrienta fiera,
 Que á tal sistema y órden son contrarios,
 Gritando *¡libertad!* se levantaran
 Y ese gigante de dorado cieno
 A la tumba de Nínive arrojaran?
 Oh! no, no los dejeis romper el freno:
 Trabajad, trabajad y llevad oro
 A vuestros nobles dueños y señores...
 Como el hijo de América inocente
 A sus conquistadores;
 Trabajad, trabajad! Vuestro trabajo,
 Aunque habeis renunciado al pan y al sueño,
 ¿No da cuanto reclama vuestro dueño?
 Vended, vended lo poco que ya os quede:
 De vuestro padre la valiente espada
 Que vuestra mano levantar no puede;
 La tumba de la madre idolatrada,
 Vuestros queridos hijos!... Y la esposa
 Castísima, y la vírgen pudorosa
 Hagan mesa de fonda de su lecho;
 Vendan honor, cariño...
 Y hasta la última gota de su pecho
 Que pide en vano el moribundo niño.

Vended, vended! Los cortesanos piden

Piden las cortesanas, los espías,
 Los acreedores, ¿qué sé yo? ¡Es preciso
 Tantas simas llenar que no se miden
 Y que son tan sombrías!
 Vended pronto, vended! Si no es bastante
 Despojad por la noche al caminante,
 Que aunque os pene la ley *por robar poco*,
 Pena impone mas dura
 Por no poder pagar la dictadura.
 Vended, robad... ¡pagad!... ¡Oh patria, oh patria!
 ¡Que en tan profunda sima hayas caido!
 ¡Basta ya de vergüenza y de gemido!
 ¡Despiértate y levanta! ¡Hurra! ¡A la guerra!
 ¡Que la asombrada tierra
 Que ve la afrenta la venganza tiemble!
 Mira la cuna de tus hijos; mira
 Las sombras de los mártires ceñudas
 Que te hablan con los ojos aunque mudas.
 ¿Para cuándo las manos y la ira?
 ¡Ni arnés ni escudo, sino espada y lanza!
 Sonando está el clarin; dentro del pecho
 El corazon palpita de esperanza!
 ¡Proteja Dios la causa del derecho!
 ¡Viva la libertad! ¡Guerra y venganza!

París, agosto 1866.

XIII

Basta de coplas.

Hé aquí el Manifiesto del general Prim, que dió lugar á nuestra salida de Portugal:

Á LOS ESPAÑOLES.

«Si todos los hombres públicos están obligados á dar pública cuenta de sus acciones, mas y con mayor motivo debe darla quien, impulsado como yo por el amor á la patria y á la libertad, ha iniciado una revolucion política destinada á salvar la propiedad y la familia de la tremenda revolucion social que las amenaza y que han preparado los gobiernos reaccionarios, cuyo sistema se reduce á mantener el despotismo en lo alto, en medio la corrupcion y debajo la esclavitud. Como mi obra no está terminada, por mas que crean que ha pasado la tempestad porque se ha estinguido el eco del primer trueno muchos á quienes su ceguedad no permite observar cómo se multiplican los relámpagos por toda la estension del oscuro horizonte, parece que la hora de hablar no ha llegado para mí; pero cuando me veo combatido, no con las nobles armas de los caballeros, sino con las viles y traidoras de la difamacion y la calumnia; cuando se me echan en cara como gracias cortesanas las distinciones que he ganado con mi espada en los campos de batalla, y á mas altura que las cuales ha puesto la voz de la nacion mi propio nombre; cuando se me califica con denominaciones que me avergonzaria de repetir, que ningun soldado español merece, que mas que á quien se arrojan sin motivo afrentan al que las dirige á distancia, y que nadie osaria repetirme frente á frente; cuando los que hacen vigilar los cuarteles por la fuerza destinada á reprimir á los criminales me calumnian, acusándome de haber querido forzar las puertas de los presidios, seguir callando seria tener en poco mi honra, que siempre ha brillado limpia como el sol, que pura me entregaron mis padres, que inmaculada legaré á mis hijos, y que en estos momentos es no solo mi honra personal, sino la de todo el partido en que estoy afiliado, y que mas bien que un partido, debe denominarse una comunion política de hombres honrados.

»Voy á hablar pues, aprovechando la breve tregua que me ha impuesto la fortuna, y que solo puede considerarse como el tiempo que el ginete emplea en herrar su caballo para continuar su carrera

con mas rapidez y brío. Voy á decir rápidamente por qué he enarbolado el pendon revolucionario, á qué aspiro, cuál ha sido mi conducta al frente de las tropas libertadoras, y cómo he tenido que detenerme y buscar un asilo en tierra estraña por causas completamente ajenas al gobierno, en quien, debo confesarlo, he encontrado un activo cooperador, porque con su conducta desatentada, iracunda y esclusiva, ha preparado los ánimos para la revolucion, que es ya la única esperanza de los españoles.

»Hace ya mucho tiempo que la situacion política de España es insostenible. Los españoles estamos divididos en dos razas: una que manda, y otra que obedece; una que improvisa fortunas en la ociosidad, y otra que cuanto mas trabaja mas se arruina; una para quien son todos derechos, y otra para quien son todos los deberes, y lo que es mas triste que todo esto, una que corrompe, y otra que es corrompida.

»El mundo oficial pesa sobre España como un ejército conquistador en un pueblo vencido, y es una llaga cancerosa que si no se estirpa de raíz con el hierro y el fuego, si es preciso, corroerá todo el cuerpo de la nacion. El deber de todo buen patricio es procurar que se estirpe este cáncer; y yo, que amo á mi patria mas que á mi vida, cuando he visto planteada la cuestion en estos términos no he vacilado un momento, he abrazado por bandera el programa del Comité Central progresista, que es la representacion actual del partido á que he pertenecido siempre y que me ha considerado digno de ser el primero que lanzase el grito de guerra, he llamado en mi auxilio al pueblo y al ejército, cuyos individuos tienen, no solo el derecho, sino el deber de defender la patria de las demasías de los gobiernos tiránicos como de las invasiones estrañeras, y he dado principio á una campaña en que ya he conseguido un triunfo moral, porque tal puede considerarse la manera con que la opinion pública ha recibido mi determinacion, y en que seguramente no tardaré en alcanzar el triunfo material, pues para temer otra cosa me seria preciso dudar de la Providencia.

»Se me acusa de ingratitud porque he tomado esta resolucion patriótica. ¿De ingratitud á quién? Es preciso vivir en la época de lamentable estravío mental que desgraciadamente alcanzamos, para

oir semejantes absurdos. Los premios que los militares obtienen peleando como yo, obliganlos á ser agradecidos con la nacion que se los otorga, y no con los gobernantes, porque si otra cosa fuera, un soldado digno y leal no podia recibir sin degradarse la recompensa de sus servicios; cada honor que se le concediera seria una cadena atada á su pié que le arrastraria á veces á pelear contra su misma patria. Yo soy soldado de la nacion, no de persona alguna determinada; á la nacion he servido, la nacion me ha recompensado, y la demuestro mi agradecimiento esponiendo mi vida para salvarla de la esclavitud en que gime. Quédese para cortesanos que con indignas complacencias han comprado títulos que les afrentan, el degradante culto á las personas; yo, que he aprendido en la escuela ruda pero franca de los campamentos las reglas severas de la altiva caballerosidad y del honor varonil, no puedo aceptarlos por maestros y mucho menos por jueces.

»Se me acusa de haber seducido las tropas... Otra falsedad. El ejército entero veia y ve como yo la situacion de España, y queria remediarla, porque en España el corazon del ejército ha sido siempre liberal, y en ninguna parte se ha trabajado tanto como en los cuarteles para introducir, afianzar y defender el sistema representativo.

»Prueba de que el ejército queria y quiere la revolucion es que el gobierno ha encerrado unos regimientos, ha desarmado otros y hace vigilar á los mas por la Guardia Civil, de quien los hombres que hoy rigen los destinos de la nacion española decian no hace mucho tiempo en los Cuerpos Colegisladores *que deshonoraba el uniforme*. El pueblo rechaza á este gobierno, el ejército está por él oprimido y degradado, el clero tambien levanta la voz para acusarle; ¿qué mas unanimidad puede haber para condenarle? ¿Y para atacar á un gobierno á quien tan unánimemente anatematiza la opinion pública, necesitaria yo haber seducido á un soldado siquiera? ¿Qué necesidad hay de seducir al prisionero para que rompa sus cadenas, al enfermo para que se cure y al ofendido para que repela al ofensor?

»A una injuria que se me aseguró me habian dirigido en cierta proclama, no me dignaré contestar. El autor de la proclama ha negado el hecho cuando se ha dicho de público, y ha llegado á mi no-

ticia, y eso me basta; no ha negado del mismo modo el epíteto de *traidor* con que me injurió, y que es una pella de cieno que no me ha alcanzado y con que solo ha conseguido mancharse las manos. El que profesa públicamente una doctrina política, anuncia en ocasiones solemnes que está dispuesto á sostenerla con la punta de su espada, fija un plazo para el combate y llama á sus adversarios á campo abierto, no se denomina traidor en ninguna lengua del mundo. El general Concha, que en 1841 atacó al palacio real, y al verse rechazado fingió ir á hacer un reconocimiento para dejar solos á los soldados, á quienes habia seducido, y huir entre la oscuridad mientras se fusilaba á los que habian tenido la debilidad de creer en sus promesas; el general Concha, marqués del Duero, que en aquella ocasion faltó igualmente al gobierno y á sus parciales; el general Concha es el que debe ser denominado traidor. Á cada uno lo suyo; no me denigre con títulos que á él solamente pertenecen, y que arrojó sobre su frente.

»En cuanto á la acusacion de que buscaba auxiliares en los presidios, ¿tengo necesidad de rechazarla?

»El general O'Donnell que me la dirigió en pleno Senado, sabe demasiado lo que yo aspiraba hacer en Alcalá, conoce mi carácter y debiera por lo tanto haberse abstenido de lanzarme una inculpacion cuya inexactitud y cuya injusticia no puede menos de reconocer en el fondo de su conciencia.

»Como en la empresa que he acometido no esponia solamente mi persona, sino tambien la de mis auxiliares, no me determiné á emprenderla sino habiendo trazado detenidamente mi plan de campaña, y reunido y colocado en su puesto cada uno de los elementos que habian de contribuir á la victoria. Cuáles eran estos, no ha llegado el momento de declararlo; se sabrá cuando la obra esté terminada.

»Así las cosas, y despues de varias tentativas que tampoco debo referir (y menos las causas por que fracasaron), salí da Madrid el dia 2 de enero del presente año, acompañado por cuatro amigos de los muchos que querian compartir conmigo el peligro de los primeros momentos, y me dirigí á Villarejo, punto de reunion de las fuerzas militares que habian de lanzar conmigo el grito de libertad.

»Estos amigos eran el brigadier don Lorenzo Milans, el coman-

dante de artillería don Manuel Pavía, el auditor don Francisco Mon-teverde y el redactor de *La Iberia* Cárlos Rubio.

»Como aparentemente íbamos de caza, y como el gobierno, aun-que temeroso de que algo iba á suceder, porque se lo advertian sus remordimientos, ignoraba nuestro proyecto, por mas que despues, por decir algo, haya sostenido otra cosa, nadie interrumpió ni se opuso á nuestro viaje.

»Debía yo iniciar el movimiento con fuerzas muy superiores á las que me secundaron, y auxiliado por las que en diversos pun-tos de la península se habian comprometido á pronunciarse, pen-saba dirigirme á la córte, seguro de obtener un resultado mas breve y mas completo que el obtenido por el general O'Donnell en 1854; pero á las pocas horas de mi llegada á Villarejo se me presentó el capitan don Bernardo del Amo, que venia á todo correr, habien-do hecho una jornada de diez y nueve leguas y arrostrado no po-cos peligros, á anunciarme que el mayor número de los regimien-tos comprometidos no podian auxiliarme por el pronto. Esta noticia me hubiera inclinado á suspender por algun tiempo la realizacion de mi empresa, si casi en el mismo instante no hubiera entrado en la poblacion el regimiento de Calatrava, sacado de su cuartel por el comandante señor Bastos, el capitan señor Alamar, el ayudante se-ñor Lafuente y otros oficiales, y conducido por el coronel don José Merelo.

»Este regimiento quedaba ya comprometido, y no me era posi-ble retroceder. Por lo mismo que el peligro era tan grande y escasas las probabilidades de triunfo no quise dejarle solo, y presentándome á él, espuse con franqueza la situacion en que nos encontrába-mos. Los vitores de los oficiales y soldados no me dejaron concluir, demostrándome por todos los medios posibles la impaciencia guerre-ra de que se hallaban poseidos.

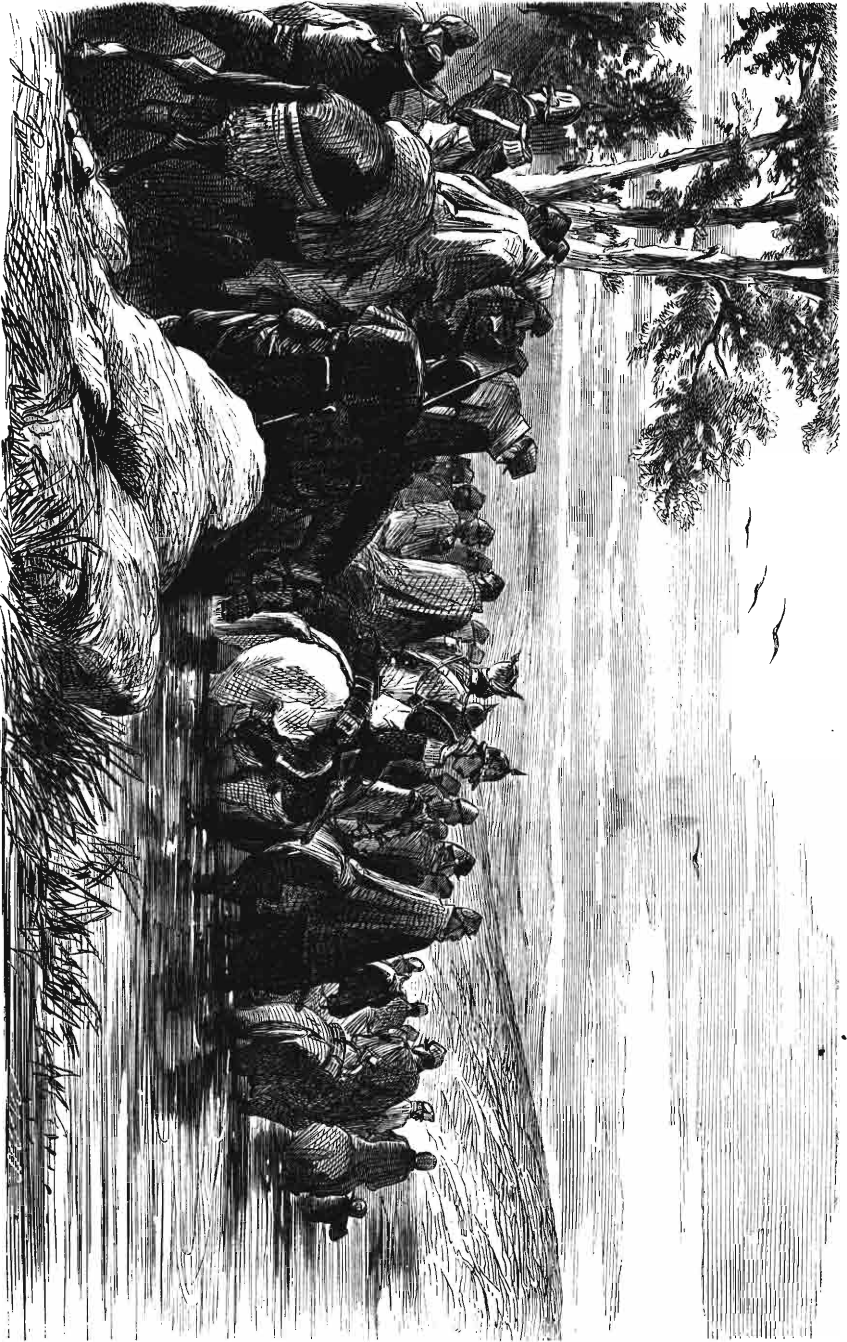
»Cuatro horas despues llegó el regimiento de Bailén conducido por el capitan señor Terrones y los tenientes señores Oñoro y Már-cos. Este regimiento, para llegar hasta mí habia tenido que hacer fuego á su coronel y á algunos de sus oficiales, y su entusiasmo al ponerse á mis órdenes no fué menor que el de Calatrava.

»Con estas fuerzas, escasísimas en comparacion de las que po-

seia el gobierno, dí principio á la campaña. Tambien se habia su-
blevado el dia 3 de enero, cumpliendo lealmente sus compromisos,
el primer batallon del regimiento de infantería de Almansa, ponién-
dose á su frente el bizarro comandante don Eulogio Gonzalez, que
le habia mandado durante mucho tiempo, y habia sido separado al-
gunos dias antes, y acompañándole los capitanes señores Feijó,
Fontela, Martinez y otros, además del teniente coronel don Antonio
Campos, que mandaba el provincial de Avila, y los capitanes Padiál
y Garcés, que se les unieron; pero no habiendo encontrado en Za-
mora la acogida que tenian derecho á esperar, y viéndose obligados
á refugiarse en Portugal, no pudieron este batallon ni estos bra-
vos oficiales prestarme ningun auxilio, ni yo utilizar su valor y su
entusiasmo.

»El plan de la campaña necesariamente habia de ser desde este
momento muy otro del proyectado. Falto de infantería, no me era
dable tomar la ofensiva; no queria tomarla además por evitar con
cuerpos del ejército choques en que se hubiera derramado sangre de
soldados españoles. Propúseme solo ganar tiempo, y recorriendo en
cuanto me fuera posible las inmediaciones de Madrid, esperar suce-
sos favorables. No se me ocultaba que los regimientos que no ha-
bian podido pronunciarse en el primer momento, menos podrian ha-
cerlo despues cuando el gobierno hubiese tomado sus precauciones;
pero esta dificultad era inescusable, y hube de aceptarla. Además,
eran tantos los elementos que se me habian ofrecido, que mis espe-
ranzas no podian tacharse de temerarias. Comencé mis marchas y
contramarchas, pasé repetidas veces por entre las columnas lanza-
das en mi persecucion, desorienté á mis perseguidores, y molestan-
do á los pueblos lo menos que me fué posible, á pesar de mi escasez
de recursos, permanecí por espacio de diez dias en las cercanías de
la córte.

»En estas evoluciones mi pequeño ejército mostró una constancia,
un valor y una resignacion á toda prueba. El valor del combate es
innato en España, todos nuestros soldados le tienen; pero el valor y
la constancia que se necesitan para sufrir continuas privaciones,
permaneciendo á caballo dias y dias, subiendo ásperas y resbaladi-
zas cumbres, descendiendo á profundos valles, vadeando rios, sal-



Paso del Guadiana por las tropas pronunciadas de caballería al mando del general Prim.

vando pantanos, durmiendo al raso en lo mas crudo del invierno, unas veces con racion y otras sin ella, y todo esto sin exhalar una queja, sin faltar á la mas perfecta disciplina, sin dar motivo á una reprobacion, sin que haya habido uno entre tantos que me haya abandonado ni dado la mas ligera muestra de desaliento, solo lo hacen soldados escogidos, y los que lo hacen se colocan en primera línea entre sus compañeros: tales han sido los soldados de Bailén y Calatrava.

»Por fin me fué preciso ceder. Mis recursos se agotaban, y no queria gravar á los pueblos con exacciones que los hubieran arruinado. Por no haberse cortado á tiempo un ferro-carril, me vi obligado á retardar mi marcha á Andalucía, y los caballos, escesivamente fatigados ya, no podian reponerse. Ni siquiera tenia suficientes municiones. Resolví por lo tanto marchar á Portugal á esperar una ocasion mas propicia (que no tardará en presentarse), y siguiendo siempre mi sistema de desorientar á mis adversarios, con el fin de no combatir sino para abrirme paso, llegué al Tajo: no pude atravesarle por estar cortado el puente de Talavera y fortificado el del Arzobispo; tomé otra direccion, vadeé felizmente el Guadiana, y penetré en tierra de Barros hasta llegar á Fregenal de la Sierra.

»En este pueblo, y apenas alojadas mis tropas, recibí aviso de que se aproximaban dos columnas de las que me buscaban inútilmente desde los primeros momentos, ofreciendo al gobierno todos los dias sorprenderme y derrotarme, no pudiendo cumplir nunca sus promesas, afirmando á veces que habian sorprendido mi retaguardia, viéndose obligadas á confesar mas tarde que oficialmente habian dicho lo que no era exacto, fatigándose en pesquisas tan desconcertadas como infructuosas y cubriéndose de ridículo. Queriendo evitar un combate en las calles estrechas y difíciles de Fregenal, salí de la poblacion y acampé á una legua de ella, pero nadie vino á atacarme. El aviso habia sido falso.

»A vista ya de Portugal me dieron noticia de que los carabineros y guardias civiles de la provincia, concentrados en Encinasola, se reunian para marcharse. Despues supe que no se reunian para esto, sino para parapetarse y defenderse; pero el aviso que se me dió fué el indicado. En el momento envié un comisionado á decirles que no

se molestasen, porque no pensaba penetrar en la poblacion; y haciendo formar el cuadro á mis soldados, con el corazon oprimido y la voz temblorosa les hablé en los términos siguientes:

«Soldados: Entre las diversas pruebas á que me ha sujetado la suerte, no he tenido ningun momento tan doloroso y en que haya necesitado hacer tan grande esfuerzo sobre mí mismo como el presente. Apelad tambien á vuestra firmeza de corazon para escuchar lo que tengo que deciros, y mostremos todos la varonil entereza y la abnegacion patriótica que han caracterizado siempre á los soldados españoles.

»Para salvar á nuestra patria de la ruina á que la conducen los gobiernos reaccionarios, levantamos la bandera de la libertad y del progreso, y muchas voces que debian haber respondido á la nuestra no lo han hecho.

»¿Por qué? No lo sé, y por lo mismo no debemos juzgar aún á los que han faltado. Si ha habido entre ellos desleales á sus compromisos, sírvales de castigo su ignominia en el tribunal de su conciencia. Si ha habido cobardes, queden olvidados de nosotros y de nuestra nacion valerosa. No nos quejemos tampoco de lo sucedido, porque para satisfaccion nuestra basta la certidumbre que tenemos de que hemos cumplido nuestro deber de hombres liberales.

»Aislados y solos como nos encontramos, dos caminos se nos presentan. Trabar la lucha con las escasas fuerzas que mas de cerca nos siguen, esperar á las mas considerables que se aproximan por otras partes y mostrar nuestro esfuerzo en el combate, ó atravesar la frontera que tenemos á la vista y aguardar mejores dias. Lo primero es lo que mas deseais, pero lo segundo es lo mas patriótico, y creed que el valor no solo se muestra en el campo de batalla, sino que muchas veces luce mas en la firmeza para no combatir.

»¿Qué adelanta nuestra patria con que demos un combate estéril, despues del cual nuestra causa, aunque alcancemos la victoria, nada ganaria por el pronto? Solos como estamos, no podemos conseguir el objeto que nos propusimos, y si no entramos hoy en Portugal antes de luchar, tendremos que entrar mañana con las manos enrojecidas con sangre de nuestros hermanos.

»No es contra ellos contra los que hemos alzado nuestra bande-

ra, sino contra el gobierno que los oprime como á nosotros, y contra el cual lucharán tambien mas pronto ó mas tarde, como luchará toda la nacion, y demasiado os lo demuestra el entusiasmo con que todos los pueblos nos han acogido, los vítores que se nos han prodigado, las bendiciones con que se nos ha despedido. Nuestra retirada ha parecido una larga carrera de triunfos, y no los hubiéramos podido tener mayores en ninguna parte de las que hemos recorrido si hubiéramos sido vencedores.

»Retirémonos pues, soldados, retirémonos á esperar; y vosotros, á quienes tanto debo, vosotros que con un valor y una decision que nunca olvidará nuestra patria, sin contar vuestro número ni el de vuestros contrarios, levantásteis conmigo el estandarte de la libertad; vosotros que tan gran ejemplo de subordinacion, de moralidad y de constancia habeis dado, pues en toda vuestra marcha ni ha habido uno que haya desmayado, ni uno á quien haya tenido que reprender, ni uno que nos haya abandonado; vosotros, compañeros y amigos míos, dadme esta última prueba de cariño; reprimid vuestro entusiasmo guerrero y seguid los consejos de la prudencia. Dias llegarán de pelear; hoy es dia de abstenerse, porque el bien de la patria lo exige, y en el momento de pisar la raya de Portugal, en el momento en que van á cerrarse para nosotros las puertas de la patria, es cuando debemos mostrarnos mas españoles.

»Soldados: en la emigracion tendremos acaso que separarnos; yo procuraré, en cuanto de mí dependa, asegurar vuestra subsistencia, y el noble gobierno portugués no dudo que tambien se interesará por vosotros. Pero ya me veais á vuestro lado, ya lejos de vosotros, mi corazon estará con vosotros siempre; con vosotros, que me habeis seguido cuando tantos me abandonaban, con vosotros, que os interesais como yo por la causa de la libertad. Los corazones que unen nobles aspiraciones en los dias de la desgracia, no se separan jamás. Uno hemos sido todos en nuestra empresa, uno hemos sido todos en la desgracia, uno seremos todos el dia de la fortuna, que acaso no esté lejano.

»La nacion á quien vamos á pedir hospitalidad es noble y generosa, es hermana nuestra. Mientras esteis en ella os suplico, y si es preciso os ordeno, que guardéis á sus habitantes toda la conside-

racion, todo el respeto que guardábais á vuestros conciudadanos. No les falteis ni os falteis, y juzguen á España por vosotros, y cuando de vosotros hablen, haced con vuestra conducta que tengan que reconocer, si lo dudasen, que los regimientos españoles de Bailén y Calatrava se componen de soldados caballeros. Tambien os ruego y os ordeno que en los depósitos en que el gobierno os reuna guardéis la misma subordinacion, el mismo orden, la misma disciplina que si estuviérais en los cuarteles españoles, para que por vosotros se juzgue á nuestro ejército y se juzgue tambien la revolucion que hemos iniciado.

»Soldados: despedámonos de nuestra patria mostrándola nuestro cariño. Soldados: ¡viva España! ¡viva la libertad! ¡viva el progreso!... y permitidme que grite yo por mi parte: ¡vivan los regimientos de Calatrava y Bailén!»

»Nunca olvidaré el cuadro que en aquel momento presentaba mi columna. ¡Qué entusiasmo! ¡qué vítores! ¡qué abnegacion por parte de todos! La emigracion era poco para mis soldados; todo martirio sufrido por la libertad y por la patria les parecia agradable, y á sus manifestaciones entusiastas se unieron en breve las de los habitantes de Encinasola, que á pesar de saber que íbamos á dejar España, nos salieron al encuentro en masa, como habian hecho los vecinos de los demás pueblos del tránsito, y con lágrimas en los ojos nos animaban, nos aclamaban y bendecian.

»Nada podian ya temer ni esperar de nosotros. Aquel entusiasmo era pues sincero, era nacido del corazon, era un reflejo del sentimiento de toda nuestra patria, y compensaba nuestros sufrimientos.

»Tambien debo hacer constar que la noble nacion portuguesa nos ha recibido particular y oficialmente con un cariño y una efusion que manifiestan que para todos los hombres libres, la libertad es la primera patria, los que la aman hermanos, y los que padecen por ella mártires de su religion. No me estraña esta conducta en un pueblo tan ilustrado y tan libre, pero por no estrañarla no es menor mi gratitud.

»Mas por haber entrado en Portugal, ¿he terminado mi obra? ¿Me declaro vencido? No, y mil veces no. Los inconvenientes materiales que me obligan á descansar un dia cesarán en breve. Las fuerzas de

la revolucion en España son las mismas que antes, la necesidad de la revolucion es la misma tambien. Aunque yo no tomara parte en ella, la revolucion se haria, y soy incapaz de faltar á mi puesto de honor.

»Ánimo, españoles: el dia de la redencion se acerca; tenemos de nuestra parte la fuerza y el derecho, hemos comenzado la lucha por el pueblo y para el pueblo, que no puede morir. Nadie ceje. Nuestros adversarios nada pueden esperar de sí mismos, sino de nuestra debilidad. Para sostenerse necesitan no perder un solo encuentro, y una sola victoria nuestra nos dará el triunfo.

»Españoles: mas fé y mas ánimo que nunca. Españoles: ¡viva la libertad! ¡viva el progreso! ¡viva la soberanía nacional!

JUAN PRIM.»



XIV

Pérdida.

No conservo copia de las comunicaciones que mediaron entre el general Prim y el gobierno portugués á consecuencia de la publicacion del Manifiesto. No la conservo tampoco de los discursos pronunciados en las Cámaras portuguesas cuando se decretó la expulsion.

El caudillo desterrado fué el caudillo de la guerra de Africa, en quien el pueblo portugués veia su vengador del ultraje inferido á la nacion lusitana; vengador predicho por el divino Herrera cuando en su oda, quizá la mejor, decia:

«Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano
Y se acabó su generosa gloria;
No estés alegre y de ufanía llena
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo, sin esperanza, tal victoria

Indigna de memoria;
 Que si el justo dolor mueve á venganza
 Alguna vez el español coraje,
 Despedazada con aguda lanza
 Compensarás muriendo el hecho ultraje,
 Y Luco, amedrentado, al mar inmenso
 Pagará de africana sangre el censo.»

Estos versos los copió mi amigo querido el señor don Manuel Fernandez y Gonzalez en la oda que se imprimió en *La Iberia*, y que es una de las mejores de este preclaro poeta. Él fué profeta tambien. Lo que le faltó fué ser hombre político.

Citaria sus versos si no temiera deslucir los míos.

Adelante.

Hay ciertos pájaros que acuden á los olivares, cogen dos aceitunas en cada garra y otra en el pico, y huyen lejos á otros árboles á devorar el fruto de su rapiña; pero como no pueden comérselo todo á la vez, por cada aceituna que se comen pierden dos. Así son los días de mi vida. Recoge bastante cada uno de ellos, pero pierde y desperdicia mucho tambien.

Sin embargo, la pérdida de los documentos de que acabo de hablar, no se debe ni á mi pereza ni á mi natural descuido, sino á los azares de la emigracion, en la cual nunca he podido disponer de mí; y de pontones en cárceles, de reino en reino, de buque en ferrocarril, de ferrocarril en caballo, he sido llevado y traído segun las circunstancias, casi siempre disfrazado, y teniendo que descuidar el equipaje ó abandonarle.

Débesse tambien á que apenas llegué á Madrid perdí el libro de mis mejores apuntes, casi todo escrito en cifra ininteligible para el que le encontró, pero que inútilmente reclamé por medio del *Diario de Avisos* y de *La Correspondencia*.

Nuestra salida de Portugal causó gran disgusto al pueblo de Viariato. La prensa y los diputados nos defendieron con calor; pero la justicia me obliga á declarar que, si bien el gobierno fué riguroso con el general Prim, concedió generosa hospitalidad á los jefes y soldados que habian ido con nosotros.

En los depósitos fueron tratados como no lo han sido los que

emigraron á Francia, á pesar de que el gobierno de este último país cuenta con mayores recursos.

Aunque en las *Memorias de un emigrado* daré mas ámpliamente cuenta de todo esto, aprovecho esta ocasion para rendir un justo y debido tributo de gracias al pueblo portugués, y sobre todo á su ejército.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

TRABAJOS EN LA EMIGRACION.

I

Los hombres prácticos.

Durante toda la emigracion, nuestros principales trabajos se redujeron á buscar dinero y á escitar el espíritu público en España.

Los ingleses cuando llegamos á Lóndres habian leido ya el Manifiesto de don Juan Prim y sabian lo que deseábamos, como una coqueta á lo que aspira el que la dice que es hermosa y la pide una cita cantándola canciones románticas.

Propuse un medio de obtener los fondos necesarios para emprender de nuevo la campaña; pero no fué aceptado.

Los que propusieron los otros y se aceptaron, resultó poco despues que eran carabinas sin piedra ni piston.

Fué, á mi entender, una desgracia que creyéramos como en santos profetas en hombres que se decian prácticos.

No esta sola vez, sino otras muchas, he visto lo que estos hombres dan de sí.

Los *prácticos* suelen servir en los puertos; esceptuando aquel tio Carando que se habia sumergido con suma destreza navíos de

tres puentes, y se admiraba de que un capitán se quejase de que, guiándole él, se fuese á pique su fragata.

El lenguaje político, entre otros muchos defectos, tiene el de ser eminentemente hipócrita.

Llama, por ejemplo, hombres prácticos á los rutinarios, á los que no han leído un libro ni aprendido una teoría, y quieren sin embargo curar y edificar como los hombres de ciencia.

Hay en el mundo hombres que no salen de su gabinete, y soñando la humanidad como poetas, pasan el tiempo de la vida humana tendidos en el lecho y tocando la lira. Esta clase de hombres nada saben del ajedrez del mundo, y creen que todas las cosas pasan como deberían pasar si la tierra no fuera mas que Dios hecho hombre; pero desgraciadamente Cristo no es el mundo, y por lo tanto hay que tomar la vida humana, y sobre todo la política, que es su extracto tal como es, como un juego de fulleros en que cada uno de los jugadores sabe que sus adversarios hacen trampas y solo confía en que él las sabe hacer mejor que ellos.

Desgraciado el que en política es inocente, porque el imbécil Herodes le degüella.

Los hombres que se consideran prácticos, los ignorantes de que antes hemos hablado, se valen de este axioma para decir que ellos solos tienen talento, que ellos solos conocen el juego, que ellos solos conocen la política, y aseguran que nada vale el estudio teórico, y que solo puede tener importancia el práctico.

Es un error. Así como se engañan los hombres que creen que desde su gabinete pueden dirigir la humanidad por caminos metafísicos haciendo cálculos algebraicos, así tambien se equivocan los que siguiendo la rutina que han aprendido, imaginan que pueden ser arquitectos cuando solo son maestros de obras. Un buen maestro de obras imitará la construcción de una casa que ha visto hacer, corriendo el riesgo de que habiéndola visto hacer en un terreno firme y peñascoso, cuando tenga que construir la suya en terreno arenisco y hueco, el edificio se le vaya abajo, pero de ningun modo podrá inventar un género de arquitectura.

Los ingleses son grandes constructores: hacen edificios que son maravillas; pero careciendo de inventiva, nunca han podido produ-

cir una arquitectura protestante. En sus templos todas las piedras, ó gritan ¡viva el dios Pan! ó cantan himnos al Papa.

Es indispensable que el que se dedique á la política conozca la práctica, pero tambien la teoría. Es un esgrimidor que no va á jugar las armas en una sala, sino en el campo en un desafío, y que si no conoce las lecciones de la escuela, será muerto al primer pase.

Los hombres que se dicen prácticos, y que se burlan de la teoría confesando que no la conocen, curanderos que se burlan de los médicos, son por regla general imbéciles ú holgazanes; y sin embargo, la humanidad es tan imbécil, que de estos tontos es de los únicos de quienes suele fiarse.

No me estraña.

Nadie cuando sube en un carro cree que va mas seguro que si los que tiran de él son asnos.

II

Recuerdo.

Mi cartera es una copia de letras escritas en epitafios.

En las *Memorias de un emigrado* se encontrarán algunas palabras inoportunas ya, por haber fallecido el amigo á quien se dirigen, é impreso el libro no puedo borrarlas.

¿Cómo habia yo de ofender al cadáver de un antiguo amigo? Además, en nada le ofenden.

Se trata de Campos, mi querido amigo, que nos acompañó en la expedicion de Portugal á Lóndres, que habia sido tan buen amigo del general Prim y tan buen amigo mio, y de quien he tenido noticia de que ha fallecido en la Habana.

Siento no poder poner aquí su biografía, por la premura periódica con que escribo; pero sirvan estas pocas líneas de testimonio de mi amistad y de mi recuerdo á una persona á quien queria

mucho que habia hecho mucho por la revolucion, y á quien solo se ha recompensado con un puesto tan peligroso que en él ha fallecido.

III

Carlistas.

Convencidos de que en Lóndres nada podíamos conseguir, pasamos á Francia, donde el emperador Napoleon vió nuestra llegada con disgusto, y solo nos permitió estar bajo el yugo de algunas condiciones que probaban su poca simpatía hácia nosotros.

El nombre de don Juan Prim levantaba en su imaginacion el recuerdo de su fracaso de Méjico, y la oposicion se servia de este fracaso para quebrantar, como con una maza, la ya vieja y abollada armadura del imperio.

En Francia no encontramos mas recursos que en Inglaterra: buenas palabras por parte de unos: simpatías por parte de muchos: algunas ofertas que nunca se cumplian, y á esto se reducía todo.

En cambio, allí fué á vernos una comision compuesta de varios individuos de la Junta revolucionaria de Madrid, que nos diéron cuenta de los trabajos que en este crisol se seguian elaborando.

Yo me adelanté un dia á recibir á esta comision por órden del general; pero ya no recuerdo los nombres de todos los que la componian. Solo citaré pues el de mi querido maestro don Joaquin Aguirre, á quien hace tan pocos dias hemos perdido.

¡Pobre don Joaquin! ¡Cuánto me queria y cuánto le queria yo! ¡Cuán infatigable era para el trabajo! ¡Cuán valiente! ¡Cuán generoso y cuán entendido!

¡¡Séale la tierra ligera!!

Las noticias de España no podian animarnos.

Se trabajaba aquí con mucha fé y mucho acierto, pero todos los trabajos se estrellaban en el mismo obstáculo: la falta de dinero. No

era mucho el que necesitábamos, porque á nadie habíamos de comprar; pero faltaban armas, municiones, y medios de que hicieran el viaje al punto á que se les designara los jefes y oficiales que solo tenian su espada.

No estábamos tan ricos como los carlistas manifiestan estar ahora, cuando han podido gastar en boinas y en uniformes.

Nosotros no teníamos ni siquiera con qué comprar disfraces para atravesar la frontera.

Sin embargo, nosotros hemos acabado por triunfar, y los carlistas no triunfarán.

Consiste la diferencia en las causas que ambos partidos defendemos.

El absolutismo no puede ser ahora sino un sueño, y la familia de los Borbones ha caido para no levantarse mas.

No es á ellos á quienes hay que temer, sobre todo cuando se presenten de frente; lo temible es que nuestros gobernantes no acierten á salvar los principios revolucionarios, y que las divisiones de los partidos liberales hagan posible lo que de otra manera no lo seria.

Por eso, á las primeras noticias que aquí se recibieron de la sublevacion del partido carlista, al mismo tiempo que me ofrecia al general Prim para combatirlos en el puesto que me designase, publicaba la siguiente hoja, sobre algunas de cuyas frases creo que debe fijarse la atencion.

Á MIS COMPATRIOTAS.

«La campana toca á rebato, contestando al clarin de la guerra civil que hacen sonar los facciosos.

¡A las armas, españoles!

A la lanza y el escudo hay que oponer la lanza y el escudo tambien.

Correrá sangre. ¡Caiga sobre la frente de los que nos provocan!

Después de haber hecho la revolución de Setiembre, desembarazando el terreno de escombros y malezas para construir el nuevo edificio, lejos de ser egoistas y procurar atribuirnos el botín de la victoria, inclinamos la rodilla ante la mayoría del pueblo español, y le pedimos que, en uso de su soberanía, decretase la forma de gobierno que más le acomodara, y señalase la persona más digna, á su entender, de cumplir el pacto social con arreglo al cual queríamos ser gobernados.

Si los carlistas formaran la mayoría del país, hubieran esperado tranquilos el voto de las Cortes. Su rey sería elegido por el sufragio universal. No han esperado á la elección para levantar sus escudos y golpear sus lanzas, y esto prueba que están en minoría, y que ellos mismos lo conocen.

Siendo pocos, nos retan. ¡Tanto peor para ellos! Por doloroso que nos sea, es preciso escarmentarlos, como nos será preciso escarmentar siempre, y para eso fuerza nos sobra, á los que llamados por nosotros al tribunal de la razón, apelan al de la fuerza.

Soy el último y el más débil de todos los españoles; no he querido destino alguno del gobierno revolucionario, á cuyo triunfo he contribuido con cuanto me era posible, dadas mis pocas fuerzas; hace pocos días he rechazado una alta posición oficial; pero en las actuales circunstancias pido para mí el puesto de más peligro, y espero que me seguirán por esta senda todos los españoles honrados.

Ningún odio tengo al titulado Carlos VII, á quien jamás he visto sino en retrato, y que ningún daño me ha hecho; pero cuando estamos discutiendo leal y noblemente el gobierno que más puede convenir á la nación, venir en vez de con palabras con cañonazos á imponernos una opinión, subleva mi dignidad de español y de hombre, y como no puedo aguantar una afrenta de este género, rechazo el ataque, y hasta donde mis pocos recursos alcancen me defenderé de él, y no reconoceré jamás como rey de España, cueste lo que cueste, al que solo cuenta con la minoría, con la intransigencia y con la fuerza bruta de algunos españoles.

Pero al ir á combatir al que levanta de nuevo el pendón de la guerra civil, al que para cegarnos quiere arrojarnos á los ojos el

polvo de tantos sepulcros, no nos olvidemos de que el titulado Carlos VII representa una idea.

Quizá si hubiéramos avanzado mas por la via revolucionaria, esta idea no hubiera germinado. Quizá si no nos hubiéramos acordado de que en el tiempo de la guerra civil se cortaban los nervios al leon liberal para que el zorro moderado no le temiera y siguiera gobernando, hoy no correria la sangre que va á correr.

El llamado Carlos VII representa una tradicion, representa una idea; nosotros necesitamos representar otra: espada contra espada.

Sea el gobierno francamente liberal; sea el gobierno algo; sea el gobierno gobierno en Hacienda; sea gobierno en la cuestion de clero; sea gobierno en la cuestion civil, y cuando vertamos nuestra sangre sepamos por qué la vertemos, y qué árboles vamos á fecundar con ella, porque el gobierno que tiene en sus manos la urna de los destinos del país, así como si salva á la patria conquistando para ella un Nuevo Mundo, como Colon, coronará su tumba una aureola imperecedera, así tambien si no sabe cumplir con sus obligaciones aparecerá ante las generaciones futuras con el ridículo traje del bufon de la comedia; del bufon que hace sonar sus campanillas abrazando el saco que encierra el cadáver de su hija, ó por mejor decir, de su madre la patria, y en cuya frente escupirá la saliva del sarcasmo la generacion actual, y marcará la huella de su látigo, moñándose, el porvenir.

Los carlistas gritan: «¡Viva Carlos VII!» Nosotros les salimos al encuentro gritando: ¡Viva la Soberanía de la Nacion! Pero téngase entendido que no hemos de gastar todos nuestros cartuchos combatiendo contra el actual pretendiente, y que alguno nos quedará, y que nos quedará además la bayoneta para hacer frente á quien en un dia mas próximo ó mas lejano pretenda atentar á nuestros derechos, ó tomar, sea por asalto, sea minándola, la ciudadela de nuestra libertad.

Conciudadanos: el guante está echado. ¡Al combate! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional! En Alcolea se dijo: «¡Viva España con honra!» Defendamos la honra española de todos sus enemigos propios y estraños.»

Cuando escribí este documento muchos creian que empezaba la

guerra civil; hoy, como yo entonces, están convencidos de lo contrario.

La faccion ha sido vencida.

El gobierno, para dispersar á sus adversarios, apenas ha necesitado mas que de unas disciplinas, como un dómine que castiga á sus discípulos tumultuosos; pero corre sangre, sangre española, sangre de hombres honrados, sea cualquiera su opinion, y eso me duele.

Duéleme mas todavía oír murmurar que se preparan nuevos castigos para los vencidos.

Si á pesar de la estrechez de mi fortuna he resuelto vivir retraido en mi gabinete de estudio, despues de haber trabajado algo y aun algos en la revolucion, ha sido para conservar intacta mi independencia y poder decir siempre la verdad, presentándola á mi manera y en el traje que mas me plazca.

Pláceme pues decir ahora, ó mejor dicho, place á mi conciencia decir que cada ejecucion anunciada me prensa el alma, y que siempre que veo por las calles un carlista, es decir, un prisionero despues de la derrota, á quien insulta el vulgo, me indigno.

Él me parece un mártir, y los que arrojan pellas de cieno á un hombre atado me inspiran el deseo de que resuciten las antiguas levas.

Hace algunos años, el partido progresista y el demócrata luchaban á muerte como dos gladiadores, y yo, aunque indigno, no contando con mis fuerzas, sino con mi voluntad, ocupaba uno de los puestos mas peligrosos en la brecha.

Descubrióse en Andalucía una conspiracion democrática. Algunos demócratas iban á ser condenados á muerte. Creí que me faltaba tiempo para arrojarme á los piés de doña Isabel II á pedir el perdon de aquellos conspiradores, y la coleccion de *La Iberia* de aquella época atestigua con cuánta energía y de qué modo le pedí.

Hoy me sucede lo mismo.

Adversarios míos son los carlistas; el dia que ellos triunfaran volveria yo necesariamente á pisar el suelo extranjero y á comer el amargo pan de la emigracion; pero mis intereses particulares no han de sobreponerse á los de mi conciencia, y aunque mi voz sea desoída, y aunque se diga de mis palabras

Aunque ellas por sí son buenas,
 Si el instrumento es indigno,
 Se les pega á las verdades
 El sabor de quien las dijo,

debo manifestar que un perdon generoso es la mas bella corona de una victoria, y que nunca brillan mas los laureles de oro que cuando no los mancha una gota de sangre.

Yo pido piedad para los derrotados: piedad para los ilusos. Y acuérdesese el gobierno de que si es conspirador el partido carlista, tambien Cinna lo era, y uno de los mas bellos rasgos de la historia es la frase de Augusto: «Seamos amigos, Cinna.»

En el combate, Dios debe morir en el corazon del soldado ó estar eclipsado al menos; allí no hay mas que fuerza y destruccion, allí no hay mas que horror y sangre.

Un momento despues, cuando se tiene el pié puesto sobre el vencido, el vencedor debe inclinarse, romper su camisa para vendar las heridas del moribundo, y refrescar sus labios con la última gota de agua de su cantimplora.

IV

Agentes revolucionarios.

Para la eleccion de agentes revolucionarios no hubo siempre el mejor tacto en nuestro Estado mayor.

Muchos enanos de la venta; muchos ambiciosos, que semejantes á esos cuadros que se venden en las ferias de los pueblos, vistos por un lado representaban la reaccion, y por el otro el santo amor de la libertad; muchas mujerzuelas vestidas de hombre; muchos pigmeos que solo podian parecer altos subiéndose sobre los zancos de la calumnia; muchos aduladores de aquellos que, no ya con el humo del incienso, sino con el mismo incensario, dan en la cara del ídolo; muchas ardillas; muchos monitos de yeso de esos que solo mueven

la cabeza á voluntad de quien los impulsa para decir el sí y el no, fueron mas de una vez encargados de tejer las redes en que habíamos de aprisionar el derecho divino, como, dicho sea de paso, han sido despues encargados de levantar el templo consagrado á la Soberanía Nacional, y de cuya ara, tocada por la vara del gran sacerdote, ha de brotar la fuente que calme la sed del pueblo pobre y oprimido.

Por eso tantas veces vinieron abajo nuestros proyectos.

Yo no estoy enojado ni me enojaba entonces con estos infelices que no tienen otro medio de vivir que la adulacion.

Así como se construyen asilos de beneficencia para los menesterosos harapientos, así hay que construirlos para los pobres de espíritu de levita y frac.

Á los primeros se los lleva á San Bernardino, al Pardo ó á Aranjuez; á los otros se los lleva al presupuesto; y como en el presupuesto no siempre hay plazas vacantes, se codean, se empujan, se arañan y se calumnian los aspirantes que es una bendicion de Dios, haciendo á los que pueden fallar sus memoriales las mismas caricias que los perros y los monos hambrientos á quien puede darles un pedazo de pan.

Hablaba yo de esto un dia en París con un amigo mio bastante escéptico, un Mefistófeles progresista que me decia: «La culpa no es de los pequeños que suben encaramándose, sino de los que los dejan subir, y sobre todo, de los que los admiten.» Y yo le contestaba: «En ellos no hay culpa alguna, porque obedecen á la necesidad, como la aguja á la atraccion del imán. En los que los admiten, tampoco la culpa es mucha. Cuando se llega á cierta altura subiendo en un globo, deja de verse la tierra: cuando se sube á cierta altura en política, deja de verse el pueblo. Un hombre político en un palacio se parece mucho á una mujer que no ve á los hombres mas que en su salon, y que de buena fé juzga al Matamoros valiente, al hipócrita religioso, al erudito á la violeta omnisciente, y jamás llega á conocer ni los verdaderos caractéres de los que la rodean, ni los verdaderos resortes que mueven la sociedad.

Cuando una de estas mujeres escribe una novela es cuando se nota su desconocimiento del mundo.

Para escribirla bien, necesita, como Jorge Sand, vestirse de hombre, fumar, montar á caballo y recorrer las calles y los paseos sin ser conocida, y aun entonces corre mucho peligro de que se vea su faz debajo de su máscara, y la embromen aquellos mismos á quienes ella piensa embromar.»

Él replicaba: «Los hombres de talento, de corazon, y que se han consagrado de buena fé á la defensa de los principios revolucionarios, no cumplen con su deber permitiendo que esa carcoma corroa los cimientos de la muralla que defiende la ciudad santa y dejándola espuesta á que la derribe el mas ligero soplo del viento reaccionario. Si es preciso para evitarlo que alguna vez se arrodillen, arrodillense, y hagan este sacrificio mas en honor de la patria.»

Y me contaba una leyenda alemana poco más ó menos reducida á los siguientes términos:

«Un dia de mucho calor, Cristo y San Pedro iban por un camino. Vieron una herradura olvidada en él.

Cristo dijo á San Pedro:

—¿Por qué no la coges?

—Vale tan poco,—respondió San Pedro,—que no merece la pena de bajarse.

Cristo se bajó y la cogió.

Cuando llegaron á un lugar habitado la vendió, y con su producto compró unas cerezas.

Siguieron andando, y el calor era cada vez mas fuerte.

Cristo iba delante comiendo las cerezas. San Pedro ardia en sed.

Cristo, de tiempo en tiempo, dejaba caer como al descuido alguna cereza. San Pedro se bajaba, la cogia con avidez, y con ella refrescaba su boca.

Ambos marchaban en silencio; pero cuando las cerezas se acabaron, Cristo se volvió y dijo á San Pedro:

—A haberte bajado una vez, no hubieras tenido que bajarte cincuenta.»

A esto contestaba yo: «Esa es cuestion de flexibilidad de espinazo.

Hay hombres para quienes seria mas difícil bajarse una vez siquiera, que sufrir sin murmurar los mayores tormentos.

La caña se dobla; pero la encina, antes que doblarse, se quiebra.

No ha sido solo el cardenal Jimenez de Cisneros el que ha pintado en su escudo una roca con un dardo roto, poniendo por lema: *Frangitur in solidum.*»

—«¡Bah!—me replicaba.—Solo se trata de inclinarse una vez.»

Y pagándole yo apólogo con apólogo, le respondia con el siguiente, tambien aleman:

«Un hombre con un traje blanco tenia que cruzar una calle llena de lodo: andaba al principio sobre las puntas de los piés; pero dió un paso en falso y se salpicó: ya anduvo con menos cuidado.

Dió otro paso en falso y se salpicó mas, y cuando llegó al lado opuesto de la calle iba con tanto descuido como si marchara por la mas limpia alfombra.

Su traje, lleno de lodo, estaba casi negro.

¡Ay de aquel que consiente que se abra una brecha en la ciudadela de su conciencia! La primera falta es la capital: de ella nacerán todas las otras.

En la primera falta se pierde la dignidad, y perdida esta, el ser bueno ó malo es cuestion de osadía.»

Repito pues que no me incomodaban, sino que me inspiraban compasion los que, sin ser dignos de militar en nuestro ejército, tomaban el hábito en nuestra religion estrecha, repartiéndose el producto de la jugada antes de que la hubiéramos ganado, y contando ganarla con dinero ajeno; pero me dolia, y mucho, que á tales manos se encomendase el arca santa, como me doleria hoy que á consecuencia de haberse encaramado tantos liliputienses políticos á la cumbre del poder, embarazasen á los buenos patriotas y á los hombres de talento que en él no faltan, y en una revolucion tan grande engendrasen un porvenir pequeño, un porvenir de la estatura que ellos tienen.

Mientras no se trate mas que de honores y condecoraciones, gloriense en buen hora y ensoberbézcanse las mujeres vestidas de hombre.

Mientras no se trate mas que de que coman los hambrientos, demosles de comer, y cumplamos una obra de misericordia.

Pero cuando se trata del porvenir de la patria, del porvenir de

la libertad, deber es de todo hombre honrado ceñir sus riñones y desnudar su acero.

Vivan los parásitos enhorabuena, aunque yo no vea la necesidad de que vivan á costa nuestra; pero no vivan comiéndose el pan espiritual de la generacion futura, no vivan destruyendo á España, no vivan echando á pique la nave en que van nuestros hijos.

V

Proyectos de jugador.

Hay muchas personas que se burlan de los jugadores de Lotería. Antes habia muchas mas que se burlaban de los cabalistas, devanadores de sus propios sesos, que procuraban acertar los números de la *antigua* que debian salir.

Pero en política esta clase de jugadores supersticiosos no se ha estinguido. Quizá no se estingue, sino que muda de traje; defecto sin duda alguna de la raza humana.

Es la supersticion una Flora que tiene sus raíces en la eternidad.

Desde los primeros momentos en que nuestros trabajos revolucionarios empezaron á tener alguna consistencia, muchas gentes se reunieron en conciliábulo, y sin pedir puesto en el combate, se distribuyeron los de la victoria.

Quién queria ser gobernador, quién cónsul, quién ministro.

Estábase pintando la decoracion para la comedia futura antes de que acabase la representacion de la que presenciaba el público, y habia riñas entre los actores, y habia mientes como puños, y habia puños como mientes sobre la distribucion de los papeles; y mientras estos buenos señores nada pensaban respecto al trazado del plano de la edificacion que habia de suceder á lo que se derrumbara, contaban en perspectiva de ochavo á ochavo los sueldos que habian de ganar como funcionarios públicos, y los uniformes con que habian de ocultar su incapacidad.

—Nosotros no somos hombres de combate,—decían.—A otros el peligro; á nosotros los honores.

Los jugadores de Lotería á nadie hacian daño con sus sueños. Desde el dia en que jugaban hasta aquel en que la lista oficial les daba un desengaño, eran felices paseándose por el paraíso de los tontos. Los que soñaban con empleos futuros, los que se repartian el presupuesto como pan bendito, los que de antemano estudiaban el mecanismo de la prensa con que podrian sacar mas jugo al país, desde la emigracion serian felices tambien quizá, pero nos perjudicaban muchísimo. Casi ninguno de ellos era verdadero emigrado; casi todos nos rodeaban voluntariamente sin que el gobierno les hubiese desterrado de España, porque nada habian hecho, y era tal su pequeñez, que ni con microscopio era posible descubrirlos desde las alturas gubernamentales; pero emigrados se llamaban, hablaban de sus servicios, y muchos de los que nos rodeaban los tenian por los primeros sacerdotes de la revolucion.

De esta dolencia ninguna emigracion puede librarse, pero todas las que sean sinceras se quejarán; y lo mas triste es que muchos de los números de esta lotería cabalística han salido premiados, que muchos de estos sueños se han realizado, y que en los primeros puestos del Estado engordan hoy, á costa de los contribuyentes, personas que están dispuestas á adorar á cualquier dios, así se llame Cristo como Budha, con tal de que se les deje en el refectorio de su convento ó de que se les lleve á otro en que se les dé mejor comida.

Mientras la revolucion no disipe estos vapores cenagosos por medio de un soplo de fuego; mientras no llevemos á un taller á tantos parásitos á que ganen su sustento honradamente, en vez de escamotearle con el pretexto de que son empleados públicos, la revolucion no se habrá hecho.

Y voy á decir una cosa grave, muy grave, sobre todo en mi posicion.

Soy monárquico, esencialmente monárquico; creo que la monarquía constitucional es la mas perfecta forma de gobierno que hasta ahora se ha inventado. No la miro como un medio, sino como un fin; pero creo tambien que es imposible romper la cadena de la su-

persticion y de la preocupacion de nuestro país, sin que le barra la república, que será una gran tempestad en que en vez de agua lloverá sangre, en que la tierra temblará como el corazon de un pájaro en las manos de un niño, en que el cielo estará negro como una maldicion, pero de cuya atmósfera de relámpagos y truenos surgirá un nuevo Sinaí, del cual, con las tablas de la ley en la mano, descenderá la futura monarquía.

Y es preciso que así sea para que podamos afrontar la guerra que se prepara, guerra ya prevista por Napoleon I.

Las naciones de media Europa coaligadas, es decir, las naciones liberales de Europa, so pena de morir, han de formar una santa liga contra las naciones del Norte: aquellas representando el nuevo derecho, estas el antiguo; las naciones libres el poder, las esclavas la fuerza.

Se dará la batalla, en que la sangre de unos y otros pueblos correrá confundida, y unas darán la idea, y las otras darán su expresion; unas el alma, y otras el cuerpo.

Cuando esto haya sucedido, y en que no suceda quizá nadie tiene mas interés que la república americana, podremos presentar la batalla continental, y si entonces Cuba es nuestra todavía, España podrá volver á ser, como representante de Europa en América, la primera nacion del mundo.

VI

Il faut.

No pocos, leído lo anterior, preguntarán cómo siendo yo monárquico puedo declarar que conviene que la república pase por nuestro país, siquiera se como la lava del volcan por algunos campos; lava sobre la cual crece despues una vejetacion mas vigorosa que la arrasada.

Otros, en no menor número, sonreirán murmurando que he de-

sertado de mis antiguas banderas para pasarme á las filas republicanas.

Á estos últimos no les concederé ni de limosna siquiera una mirada de desprecio; repetiré, pasando delante de ellos sin mirarlos, la frase de Mirabeau:

«Esos tiros de abajo arriba no me detendrán en mi carrera. Diré siempre á los que me los dirigen: «Contestad si podeis, calumniad en seguida todo lo que querais.»

La estrañeza de los que primero he citado es mas comprensible. Hasta ahora habia sido costumbre decir que el gobierno constitucional era un pasadizo que llevaba de la monarquía á la república, como de ciertos conventos de frailes á ciertos conventos de monjas algunos subterráneos.

Yo invierto los términos, y aleccionado por la historia y despues de haber meditado mucho en la soledad sobre la teoría política, escojo por pasadizo de la monarquía absoluta á la constitucional la republicana, ó por mejor decir, no la escojo, la veo venir.

Prever no es desear.

Pudo haberse evitado la etapa republicana habiendo concebido la revolucion por entero antes de dar la primera señal en Cádiz.

La revolucion debió presentarse desde el primer instante con algo mas que un deseo ante el pueblo, á quien habia ofrecido tantas cosas que no ha cumplido todavía; y en punto á monarquía, debió venir provista de un rey español que fuera una protesta viva contra las dinastías estranjeras que nos han sojuzgado durante tanto tiempo.

Cada ciudadano, al ver este rey hijo del pueblo, electo por sufragio universal, unguido por la Soberanía Nacional, hubiera repetido en su interior aquellos versos de Calderon el poeta, que segun Goete, nos daba en zumo el néctar del racimo de Shakespeare; hubiera repetido, digo:

Siendo de nosotros mismos,
Es fuerza en paz y justicia
Mantenernos; advertido
Que podremos deponerlo
Pues pudimos elegirlo.

Pero pasó aquella hora, y ya es tarde para reparar el daño hecho.

Se podrá traer una monarquía de pacotilla, que durará lo que un fuego de artificio. Se podrá presentar sobre el trono español un príncipe extranjero á quien mirará el público como una cosa rara, como nuestros antepasados miraban á la Abada que dió su nombre á la calle de Madrid, que aún le tiene.

Podrá intentarse una restauracion que equivaldria á un *mea culpa*, porque suponiendo que no fuera la madre sino el hijo quien viniera, traeria consigo toda la córte, y no era Isabel II, sino su córte, el foco de la peste.

Podrá ceñirse la corona un español, olvidando que en el apogeo de su gloria el general Espartero, con quien ninguno de nuestros generales ni hombres políticos ha rivalizado ni puede rivalizar en popularidad ni en otras muchas cosas, no tuvo suficiente poder para sostenerse mas de dos años en la regencia.

Podrá tratarse de imponer una nueva forma de gobierno por medio de la fuerza, canalizando las pasiones políticas y sociales, olvidando que la fuerza es lo contrario del poder.

Podrán, en una palabra, ensayarse hoy muchos absurdos, pero los esfuerzos de los hombres nada son ante las leyes del tiempo.

Todo esto pasará, y sobre la arena movediza que pisamos será imposible que se edifique otra cosa que un trono movedizo tambien.

Es preciso que los monárquicos nos resignemos: la revolucion se ha hecho por sí, sin comprenderla la mayor parte de los hombres que en ella han funcionado. Despues de hecha, muy pocos de los que se han puesto á dirigirla han comprendido lo que debia ser.

En el pecho de casi ninguno de ellos late el corazon del pueblo; pero no es de hombres políticos ni de hombres sérios volver la vista atrás y entretenerse en llorar lo que no tiene remedio, cuando lo que hay que hacer es prepararse para el porvenir.

Yo veo venir la república con gran sentimiento mio.

Ningun puesto tomaré en ella cuando triunfe.

Probablemente no harán la misma oferta muchos otros monárquicos.

Sé que pasará como una enfermedad, pero no puedo evitar que venga; y hoy por hoy declaro que estoy convencido de que su ad-

venimiento apresurará la vuelta de la monarquía, rodeada de instituciones liberales, y tal como con mi criterio constitucional la entreveo en los sueños de mi imaginación.

Es una forma de gobierno imperfecta: causará muchos males su paso por España; pero ¿qué le hemos de hacer? También los causa el cólera, y cuando viene no podemos menos de inclinarnos ante los piés del viajero del Ganges.

Negar no es combatir: negando, nada se destruye.

Lo mejor es calcular todas las eventualidades para obrar con arreglo á ellas.

Entre tanto, los que solo viven en el día presente, los espíritus miopes para quienes el recibo que firman al fin de mes representa la fórmula revolucionaria, los que han tomado un partido político por oficio, alégrense y canten enhorabuena la estrofa que hace tantos años escribía el poeta americano don Francisco Orgaz en sus *Preludios del arpa*:

Verted la mirra en el manchado lecho,
Ruede el perfume en la caliente alcoba
Donde respire el levantado pecho
La dulce voz de corrompida trova.
Los campos de verdura están vestidos,
En cierne están las frutas y las flores,
Despiertos al placer vuestros sentidos,
El jugo agotarán de los amores.
Los instantes son bellos;
Que encanezca el placer vuestros cabellos.

Se me dirá que con estas palabras que mi imprudencia deja caer, puedo engendrar desolaciones.

El que anuncia la aproximación de un peligro no es el que le crea; y después de todo, la acusación de tumultuosos, ¿no ha sido dirigida en general á todos los gobiernos liberales?

Precisamente los reaccionarios gritan de continuo que en los gobiernos libres no reina el orden, y hasta cierto punto tienen razón; no reina el orden de Varsovia, el orden de las tumbas.

Los tumultos que en ellos se producen son la explosión de las pasiones de la juventud, preferibles á esa calma de la vejez que imi-

ta por su frialdad improductiva la pálida luz que la luna derrama sobre los panteones.

¡Hay tumultos en los gobiernos populares! También el mar y el cielo tienen sus tempestades, y en medio de ellas, al estampido del trueno, á la pajiza luz de los relámpagos que por un momento dejan ver entre la pavorosa oscuridad al rey de las ondas sacudiendo su cedúlea cabellera, y arrojando á la playa entre las espumas las embarcaciones desarboladas, se siente, se ve, se palpa mas cerca y mas claramente que en las noches azules y tranquilas pasar y repasar entre el nublado la sombra inmensa de Dios.

Vuelvo á decir que prever no es desear. ¡Ojalá mi alma sea una Casandra que se equivoque! ¡Ojalá mis predicciones salgan fallidas!

Pero siendo progresista puro y monárquico constitucional, veo próxima en España lá república.

VII

Tentativa.

Con pocas esperanzas, asemejándonos á los enfermos desahuciados de los médicos que recurren á los curanderos, visto el mal éxito de nuestros trabajos en Francia, volvimos los ojos á Italia.

A esta expedicion no asistí. Era cara: la suponía infructuosa, y el poco tiempo que habia de durar no me permitía estudiar una nacion á quien tanto amo: la patria del arte.

El general Prim y los que le acompañaron volvieron alicaidos, sin haber obtenide de su viaje otro fruto que desengaños.

Era en el mes de mayo, y sin embargo no cogieron sino flores secas.

En Bolonia almorzaron con Cialdini. En Florencia fueron bien recibidos por todos. Lo mismo pasó en Milan, y en Niza y Génova, pero no se puede sacar cidra de una manzana que no tiene jugo.

Esta expedicion solo sirvió para aguzar contra nosotros los dar-

dos de la calumnia. Cuando íbamos á pedir dinero prestado á amigos íntimos que ocupaban posiciones oficiales, se nos supuso vendedores de tesoros nacionales que no poseíamos:

De esto ha habido mucho durante nuestra emigracion: no teniendo otra cosa con que afrentarnos, se nos ha acusado de querer vender las propiedades y la gloria de España. Es absolutamente falso.

Ni por un momento se ha presentado á nuestra imaginacion la idea de subir al poder apoyando el pié en un escombros de la dignidad española. Los que tal han supuesto, han juzgado del corazon ajeno por el propio. Su acusacion basta para sentenciarlos.

VIII

Marcha.

Aunque abandonados á nuestros esfuerzos propios, pudimos conseguir que la vendimia revolucionaria de España llegase á su madurez.

Una mañana me llamó el general Prim; me presentó al señor Galindo, valiente, desprendido y despejado jóven que conocia perfectamente las gargantas del Pirineo por el lado de Oloron, y me ordenó venir á Madrid, donde debia estallar el movimiento.

Salí con el primer tren que hácia España se dirigia, y de lo que pasó en Madrid escusado es que yo hable.

Desde 1808 inclusive, hasta hoy, no recuerdo en las calles de la coronada villa se haya dado una batalla tan sangrienta.

Solo diré una palabra respecto á ella.

Se acusó á los revolucionarios de haber sido torpes por no haber atacado al Palacio real.

Compadezco sinceramente á los que con tal acusacion prueban juntamente su falta de conocimientos militares y arquitectónicos.

Rotas las puertas del Palacio real, cuyo plano habia estudiado yo

tres años antes, y mas tiempo y mejor que yo don Manuel Becerra, no se puede apoderar una turba, sea de paisanos, sea de militares, de la familia real, y para romper las puertas y subir á las habitaciones régias se tardan mas de dos horas.

Nuestro error estuvo en otra cosa que ahora no puedo decir sino al oido de un amigo.

Quizá algun dia podrá saberse.

Si nunca se sabe, paciencia.

IX

Carolina Coronado.

De Madrid salí, merced á la proteccion que en la secretaría de la legacion de los Estados-Unidos me ofreció mi estimada amiga la excelente poetisa doña Carolina Coronado, y á los esfuerzos de ingenio y de valor que hizo para salvarme don Cárlos Navarro y Rodrigo, á quien me glorío en declarar que debo la vida, y á quien con todos los sacrificios de la mia nunca podré pagar el bien que me ha hecho.

No quise salir de Madrid sin sacar tambien á mis compañeros de escondite los señores Becerra, Castelar y Martos.

Tambien vino con nosotros el señor don Vicente Rodriguez, que el día 22 habia combatido como bueno, y estaba como los demás condenado á muerte.

Los señores Ayala y Canalejas ayudaron á nuestra evasion y nos acompañaron hasta Francia.

Esto prueba que el autor de *El tanto por ciento*, no solo sabe hacer excelentes dramas, siendo el Fedro de nuestro teatro moderno, sino que tambien sabe hacer buenas acciones, y que el señor Canalejas no se contenta con hacer buenos discursos.

A doña Carolina Coronado y á su esposo, cumplido caballero, tipo inglés que tiene siempre el corazon en la mano y es la lealtad personificada, no sé cómo pagarles el bien que entonces nos hicieron.

Quizá la abnegacion de que dieron muestra les ha perjudicado en la época presente, cuando se les ha despojado de la secretaría de la embajada que por tantos años han desempeñado tan honrosamente para España y para su país.

Algunas veces siento no tener fuerza política y fuerza literaria para enaltecer á las personas que lo merecen, como Perry y Carolina Coronado; pero ya que mi voz sea débil, desearia que se oyese la del mejor poeta en prosa que ha tenido España en nuestro siglo, muy superior á la de muchos poetas en verso que gozan alta fama, la voz de mi querido amigo el eminente orador don Emilio Castelar, entonando las alabanzas de la poetisa á quien yo no soy digno de cantar ni aun apoyando una rodilla en tierra.

Ni aun esto me es dado. Solo puedo poner aquí un juicio crítico de otro juicio que mi querido amigo Castelar ha hecho respecto á doña Carolina, y que se ha publicado en *El Progreso*, periódico monárquico-democrático de Palma.

Esto nada tendrá que ver con la política, pero comprenderán mis lectores que es un desahogo de mi gratitud.

DOÑA CAROLINA CORONADO.

I

«Bajo este epígrafe hemos recibido un opúsculo del célebre orador don Emilio Castelar, cuyo objeto no es otro que el juicio crítico de la conocida poetisa doña Carolina Coronado. El renombre de su autor, y la justa fama de que goza tan distinguida compositora, hacen concebir desde luego una elevada idea de lo que debe ser este escrito. Solo leyéndole detenidamente es posible apreciar en todo su valor las muchas bellezas que encierra. Difícil nos seria pues dar una idea perfecta del elevado concepto con que el autor examina las composiciones de la inspirada poetisa. Nos creemos pues en el deber de dar á nuestros lectores un breve bosquejo que ponga de manifiesto la justicia con que el mundo literario ciñe de radiante gloria la frente de doña Carolina Coronado.

»La introduccion de este opúsculo cautiva agradablemente el ánimo con una breve descripcion de la poesía en general, considerada como la expresion mas bella del ideal, como el arte que reasume todas las artes. La poesía, segun Castelar, es la verdad, pero revestida de su mas espléndida forma, la belleza. Por esto considera al poeta como el sacerdote del mundo, como el oráculo que interpreta los secretos de la naturaleza y los misterios del cielo. El poeta guarda el tesoro de la creacion, recibe en su alma el rocío de las verdades celestes, entona cánticos para los pueblos, y su voz, como un eco divino, se repite de generacion en generacion, de siglo en siglo. Y así es que las naciones mueren, pero el poeta vive siempre: testigo la Grecia, que en medio de sus vicisitudes, los vientos, las aguas y las hojas de sus árboles repiten todavía el nombre sagrado de Homero, alma de la Grecia, que ha sobrevivido á su ruina.

»Mas luego añade elocuentemente que hay un sér superior al poeta; mas sensible, mas inteligente, mas poeta si es permitido decirlo así: la poetisa. Esta reúne en un solo sér los caracteres sensible del poeta, con las gracias sublimes de la mujer; la mujer, á quien los antiguos atribuian el don de penetrar en el mundo futuro; la mujer, expresion verdadera del amor cristiano, capaz de realizar la fusion de dos almas, como dos rayos de un astro en un mismo cielo, como dos gotas de rocío en una misma hoja; la mujer en fin, á quien el cielo ha confiado la obra maravillosa de nuestra educacion. Depositaria del sentimiento, derrama lágrimas por todos los dolores; tesoro de compasion para las aficciones, es la compañera mas fiel del infortunio; modelo de prevision, adivina los males que nos amenazan, los pesares que anublan nuestra frente, el pensamiento que cruza por nuestra alma; y como el arco iris, al sentirse nuestro espíritu preso de negra melancolía, descompone en brillantes colores la pura luz del cielo y nos vuelve á la virtud y á la esperanza.

»Pues bien, segun el autor que nos ocupa, doña Carolina Coronado ha sabido reflejar en sus versos estas cualidades de la mujer. Nadie la iguala en la delicadeza del sentimiento, y nadie conoce mejor que ella la naturaleza de las pasiones. En su canto divino *El amor de los amores*, se hallan concentrados estos dos caracteres poéticos, que siempre se dibujan en todas sus composiciones.

»En estas brilla, como carácter principal, la simple espontaneidad. Doña Carolina ama el arte por el arte. No la preguntéis por qué canta, esclama; ella no lo sabe; es como si preguntárais al arroyo por qué murmura, al astro por qué produce la armonía en las esferas celestes, al ruiseñor por qué durante la calma de la noche interrumpe el silencio de la naturaleza con sus alegres trinos. Por esto sus obras producen en el ánimo profunda impresion; porque fiel é ingenioso cantor de la naturaleza, resplandece en ellas la verdad revestida de todos los esplendores de la belleza. Su poesía es la naturaleza misma, trasfigurada en su ardiente imaginacion.

»Y así es como en medio de las fúgidas pasiones de una civilizacion engañadora, del desbordamiento de ideas absurdas, de rumores que hacen temblar el espíritu, vuelve el crítico los ojos hácia una de estas composiciones de la sin igual poetisa, y ve reflejarse en ellas la celeste luz de horizontes espléndidos; y su alma, amiga de la libertad y de la naturaleza, se deleita en el espectáculo magnífico que á su imaginacion se ofrecé, como si asistiera al de una nueva creacion. Porque al fijarse la poetisa sobre todos los objetos, les da una vida nueva, su voz, su pensamiento y su alma, que es pura como una ilusion.

»Pero aún hay mas: todavía el elocuente escritor descubre mas bellezas en las obras de la poética compositora. Lleno de emocion, saluda en ellas á un nuevo género de poesías. Y en efecto, inspirada esta en los pasados tiempos por los horrores de la guerra, habia secado los corazones de los poetas; y Carolina, inspirada por la lira sensible de su corazon, se puso á derramar lágrimas cuando todos los ojos estaban secos, á suspirar cuando la duda habia abrasado todos los labios, á sentir cuando todos los corazones estaban marchitos, á recordar el cielo á los que, apegados á la tierra, esclavos de sus pasiones, no veian mas allá otra patria para su alma enferma, ni buscaban su consuelo en la dulce y santa esperanza. Prestando oido al canto interior de su espíritu, la tierna jóven cantó, no como los románticos y los clásicos; cantó los mundos de ideas y séres que el espíritu y la naturaleza, estos dos reflejos del eterno pensamiento, hicieron germinar en su alma. Y así es que la naturaleza parece rejuvenecerse en la imaginacion de la poetisa, y el alma se purifica

con la naturaleza; mística armonía del mundo interior con el mundo exterior, del espíritu con la naturaleza, que Castelar siente en todos los versos de la poetisa.

»¿Puede darse elogio mas acabado del género de poesía que con tanta gloria cultiva doña Carolina Coronado? Ciertamente que no. Los conceptos que acabamos de bosquejar bastan sin duda para juzgar con acierto del mérito de sus composiciones.

»Pero no termina aún el inteligente crítico. En la poesía de doña Carolina descubre un fin. Quizás ella no se lo propone al escribir; pero el fin nace de los versos mismos con igual espontaneidad que el pensamiento de su espíritu. El centro de todas sus ideas es la virtud, porque ella como mujer, y mujer poeta, conoce el corazón del hombre mejor que los filósofos que lo han estudiado profundamente. El hombre escribirá quizás la crítica de la razón, sondeará los abismos de la conciencia, describirá las facultades humanas, sujetará al espíritu; mas el corazón, este ciego que todo lo ve, este oráculo que con sus presentimientos rinde á menudo á la razón misma; el corazón, imán de todas nuestras acciones, lámpara sagrada en que se conserva viva la fé; el corazón, según el escritor que nos ocupa, no se revela mas que á la mujer; y doña Carolina Coronado demuestra en sus divinas poesías un conocimiento perfecto del mismo. Por esto, mientras muchos poetas empañan su aureola con el lodo del mundo, Carolina eleva á Dios el mundo purificado por su soplo; mientras muchos poetas ponen su genio al servicio de la desesperación y de la duda, Carolina se parece á uno de esos cánticos místicos que anuncian la buena nueva y prometen el cielo.

»Tal es el juicio que ha merecido al inteligente crítico la poesía de doña Carolina Coronado. Las ideas que imperfectamente hemos procurado copiar, son débil reflejo de las relevantes bellezas que contiene el opúsculo de que nos ocupamos. Solo la poética pluma del elocuente Castelar podia trazar con tan sublimes frases un cuadro tan perfecto, podia describir con tan elegantes conceptos las armoniosas notas que brotan con tanta sensibilidad de la ardiente imaginación de la inspirada poetisa. Cuanto en este momento añadiéramos, empañaría el brillo de tan perfecto juicio. Dejemos pues para otro dia el continuar el exámen de sus composiciones en particular.

II.

»Hemos visto al elocuente Castelar, al eminente orador, al fecundo vate, examinar á grandes rasgos la poesía y las obras de doña Carolina Coronado.

»Sublime é inspirado se muestra en esta parte de su opúsculo; pero se eleva á mayor altura al fijar su juicio crítico sobre algunas de las composiciones que tanta fama han alcanzado á la distinguida poetisa. Con rasgos felices y elegantes descripciones, formula un juicio tanto mas difícil, cuanto que reduce á un sucinto cuadro vastas proporciones de sentimiento y belleza. Y es que al penetrar con su escalpelo hasta en los mas insignificantes detalles de tan bellas creaciones, encuentra el crítico el recuerdo de mil y mil imágenes que la pluma de la poetisa ha sabido despertar en su alma. Y enamorado de todos sus pormenores, y perplejo en medio de tanta belleza, no sabe si admirar mas el perfume de sentimiento que en sus versos se respira, ó la delicadeza y ternura que brilla en su prosa.

»Vedle describir á *Jarilla*, y contemplarla coronada de flores, errante en los bosques, pura como el recuerdo del primer amor, misteriosa como una de esas sombras formadas por los rayos de la luna al penetrar en la espesa enramada; vedle extasiarse y admirar en esta obra la creacion pura de la *poetisa*, que con frases sencillas y poéticas despierta en su corazon el eco de cantos tan dulces como las modulaciones del ruiseñor en la calma de una noche de verano. Y por el contrario, en la *Exclaustrada* encuentra el entusiasta Castelar toda la exaltacion de las grandes pasiones y el vuelo majestuoso del espíritu por encima de las grandes tempestades del mundo, todo lo que constituye el espíritu filosófico de la novela.

»Mas lo que arranca innumerables rasgos de elocuencia al eminente crítico, es el paralelo entre Safo y Santa Teresa, esas dos mujeres descritas por la delicada pluma de otra mujer. Con estilo que se engrandece al igual del asunto, presenta al mar Egeo sereno, azul, puro como el cielo de la Grecia; cree oír el ruido de sus olas al romperse suavemente sobre la dorada ribera; le parece en fin di-

visar la campiña cubierta de flores, y vagando por ella las mariposas y las abejas buscando el néctar que formaba las delicias de los dioses de la antigüedad. Y en medio de este admirable espectáculo de la vida que anima á todos los séres, descubre á Safo situada en lo alto de una roca, errantes los ojos en el espacio, contraídos los labios, las manos trémulas, y rompiendo las cuerdas de su lira, buscar con avidez la muerte en las olas del mar para apagar el fuego de amor que arde en su corazon. Y despues, volviendo la vista hácia nuestra España, ve á Santa Teresa de rodillas al pié de los altares, absorta en sus meditaciones, extasiada en Dios, que brilla en su alma como el sol en el horizonte, sumergida en los abismos del amor infinito, con su corazon traspasado por las grandes pasiones que, brotando de la tierra, van á perderse en el cielo bajo la forma de una azulada nube. Teresa está allí con su pensamiento, alimentando de ideas infinitas el fuego de su amoroso espíritu. ¡Qué grandiosos cuadros ha logrado inspirar esta obra de nuestra inimitable Carolina al autor del opúsculo! ¡Qué admirable contraste! ¡Con qué elegancia y tino hace resaltar en breves frases las vivas imágenes que brotan de la pluma de nuestra distinguida poetisa!

»No menos exacto es el juicio que forma de las cartas en que Carolina describe un viaje, y que *La Ilustracion* ha publicado. El corazon de la mujer, dice, ha grabado en ellas el sello de la sensibilidad; ante los monumentos del genio, ella no recuerda la grandeza de los conquistadores, sino mas bien los torrentes de lágrimas y de sangre que esta gloria ha ocasionado, y las madres sin cuento que en medio de los combates han perdido á sus hijos, pedazos de su corazon. Y cuando al penetrar en los templos de Francia ella recuerda el espíritu religioso de su patria, la poesía del culto español, y la Virgen que ha visto adorar en nuestros campos, y recibir con amor sus flores y sus cánticos, ¡cuán grande se presenta á nuestra vista la sublime poetisa! Y si en su visita á Víctor-Hugo olvida la grandeza del genio para ocuparse de la paz del hogar doméstico, ¡con qué bellos é inspirados rasgos pone de manifiesto su corazon de mujer!

»En las obras poéticas de Carolina, termina diciendo Castelar, la eleccion es difícil. Suspenso el espíritu, no acierta á escoger una flor de tan preciosa corona. Ella canta *El amor de los amores*, la

Virgen de la pequeña ermita, la tempestad que retumba en la cúspide de las montañas, y los resplandores del rayo que surca sus altas cimas; ella canta la tortolilla que va á apagar su sed en la fuente del valle, la rosa que abre sus pétalos al contacto del suave céfiro; y si abandonando la naturaleza penetra en el espíritu, deja en el corazon una huella de fé y esperanza.

»No es posible pintar con mas vivos colores cuadros tan perfectos. Solo la mente de un poeta podia juzgar con tan feliz criterio las obras de la inspirada compositora.

»Al terminar nosotros esta desaliñada reseña, no hallamos palabras con que enaltecer el mérito de entrambos, y por esto nos limitaremos á decir que la pluma del elocuente crítico ha estado á la altura de su mision; que Castelar ha sido digno cantor de las glorias de doña Carolina Coronado.»

X

El 22.

No soy yo la persona mas propia para enaltecer á los que combatiéron bien el dia 22, ni aunque lo fuera podria contar las hazañas de tantos y tantos valientes como sin direccion, sin órden, teniendo solo su pecho por escudo, pelearon en favor de la libertad.

Perdónenme Chaves, Galo, Valiente, Diaz, Lago, Zapata, Ortiz, Serrano, Zapino, Suarez, Palacios y tantos otros, si no cuento lo que hicieron. Perdóneme sobre todo Martinez, el que hoy está en la Habana, habiendo recibido por único premio de sus servicios una especie de destierro: *hombre de inteligencia, hombre de corazon*, otra cosa merecia. Mas de una vez en aquellos momentos de combate se puso delante de mí disimuladamente, para no herir mi amor propio y evitar que me hiriese el plomo enemigo. Todo lo ha perdido por la causa de la libertad, y la libertad se ha portado con él como las *mujeres de mundo* con los hijos pródigos.



D. UBALDO ROMERO QUIÑONES.

Fácil es hacer fortuna poniendo el pié sobre tales escalones; pero yo siempre desearé mas ser el robado que el ladron, y por lo tanto, despreciaré altamente desde toda la altura de mi honradez á aquellos cuyo único mérito consiste en ser pérfidos, cobardes y rateros, y envidiaré de rodillas á aquellos que tengan mérito en sí, y cuya alma resplandezca á través de su condicion como un sol que puede brillar purísimo en la parte mas baja del horizonte.

Solo de dos personas pondré aquí las biografías: la del señor don Ubaldo Romero Quiñones, y la del señor general Pierrard. Los demás, repito que me dispensen.

XI

Romero Quiñones.

Nació el dia 16 de mayo de 1843 en Ponferrada del Vierzo, provincia de Leon. Es hijo de don Pascual Romero y de doña Dorotea Quiñones, propietarios.

Hizo sus primeros estudios en Madrid en el colegio de don Luis García Sanz, de donde pasó al colegio de infantería, donde fué sargento segundo por su aplicacion y buena conducta, y de donde salió siendo subteniente, obteniendo uno de los primeros puestos de la promocion.

Perteneció al regimiento de cazadores de Tarifa, número 6, desempeñando comisiones importantes en el servicio; pero deseando seguir una carrera especial, pasó á la escuela de Estado Mayor, en la que estaba cuando le sorprendieron los acontecimientos del dia 22.

En este dia, vestido de uniforme, montado en un caballo del general Concha que algunos paisanos le habian traído, y con una intrepidez á toda prueba, combatió hasta el último momento, salvándose por milagro.

Ningun compromiso anterior tenia: despues no ha recibido gracia alguna que no hayan recibido los demás.

Sus méritos en favor de la libertad parece mas bien que son borrones caidos en su hoja de servicio.

Ha estado pidiendo constantemente durante la emigracion puestos de peligro: aun estos se le han escatimado.

Despues de la victoria solo ha pedido asientos de reposo en que poder estudiar, cuando no ha habido enemigos á quienes combatir.

Los que envidiaban su valor y su inteligencia, en vez de murmurar de él hubieran hecho bien en imitarle; pero es mas difícil emular que calumniar.

El señor Romero Quiñones, con su corazon y con su inteligencia, no necesita afortunadamente apoyos ajenos.

Si le abren camino andará, y si no se le abrirá él.

No es de los santos de procesion que para marchar necesitan cofrades que los lleven en andas.

XII

Don Blas Pierrard ¹.

Se dice, y con certeza, que el talento de conocer á los hombres debe ser el primero en los pueblos que no quieran ser engañados.

Su ejercicio se hace tan difícil en tiempos normales, que llega á ser imposible en períodos revolucionarios. Por esto son tan funestos los errores de los que gobiernan, y tan sensibles las consecuencias que tocan los pueblos.

La crítica debe aprovechar todas las ocasiones que se la presentan para penetrar los misterios que, con el denso velo de la pasión, cubren casi siempre las acciones, los hechos consumados, los sucesos no previstos que realizan á su pesar los hombres, arrastrados por los acontecimientos, sin que generalmente ellos mismos puedan darse razon.

¹ Este bello retrato no está pintado con mis pinceles. La persona de quien se trata aún merece mas.



D. BLAS PIERRAD.

De dos grandes partes se compone la historia del general Pierrard, cuyo cuadro biográfico me propongo bosquejar á grandes rasgos. No teniendo en mi humilde paleta pinturas que otros saben utilizar aprovechando, quedaria plenamente satisfecho si con la dureza de mis pinceles pudiese conseguir un verdadero parecido. Para realizarlo, no siendo pintor ideal, me concretaré á ser simple copista.

La vida militar la facilita su hoja de servicios y certificados. Referir su vida política seria recitar la historia de la revolucion y rebasar los límites de una biografía. La segunda, salida por decirlo así de la primera, para realizar una idea trayéndole á su destino, probará que pocas vidas han sido dominadas por un principio mas invariable.

Pocas naturalezas han sido mas enteras y menos susceptibles de modificarse. Pierrard es en realidad un carácter sencillo, pero todo de una pieza; le falta solo, con la flexibilidad del talento, la variedad de los conocimientos; y esto, que pudiera ser un defecto, es por el contrario lo que contribuye á su grandeza. La mayor parte le juzgan equivocadamente.

Escrupuloso analítico en todo, le conocen profundamente pocos, y aunque todos pretenden juzgarle, conociéndole á fondo como se figuran, creyendo comprenderle se equivocan siempre; porque conociendo lo que sabe, solo dice lo que quiere, y este talento lo califican de tontería aquellos que no lo poseen.

Blas Pierrard y Alceda, dotado de un valor extraordinario que llega hasta la temeridad con el enemigo, sensible y generoso con el vencido, complaciente y amable con todo el mundo, no sabe negar ningun servicio á persona alguna.

La delicadeza de un trato esquisito, la galantería de una esmerada educacion, la pureza de sus sentimientos, le hacen aparecer como es el mas cumplido caballero. La serenidad de una buena conciencia, la dulzura de un trato fácil y naturalmente franco, contribuyen á aumentar las simpatías que distinguen á su fisonomía. Amante de la humanidad, fácil á indignarse contra la injusticia, es enemigo implacable del crimen. Susceptible de las resoluciones mas generosas, de los arranques mas sublimes, siendo siempre pródigo

con su sangre, como buen republicano no esquivó nunca el sacrificio de su vida en defensa de la causa de la libertad.

Amigo de sus amigos, es difícil en su amistad, y esta la concede á muy pocos.

Esta reserva, unida á la energía y libertad con que manifiesta sus opiniones, hace que las medianías no le perdonen sus méritos.

De vasta instruccion, conocedor de varios idiomas, entendido militar, oyendo á todos sin contradecir á nadie, hace que su conducta se preste á comentarios diversos, porque no sigue mas que la norma de su conciencia, y esto contribuye á que muchos se equivoquen, dándola una interpretacion, que no siendo justa, es menos exacta.

Sóbrio, honrado y de acrisoladas virtudes, hoy empuña la bandera del partido republicano, que tiene en él fundadas sus legítimas esperanzas.

El general Pierrard nació en Semur (Francia), depósito de prisioneros de guerra españoles, el 15 de agosto, en el año 1813, época de glorioso recuerdo para España.

Sus padres, doña Teresa Alceda y don Santiago Pierrard, que desde el modesto empleo de teniente de caballería que tenia cuando empezó la gloriosa guerra de la Independencia, se habia conquistado en ella de una manera rápida y valerosamente, con sus reconocidos talentos y pericia militar, un justo renombre y el empleo de brigadier, á que habia sido ascendido por el heroico comportamiento con que introdujo un convoy de víveres en la sitiada plaza de Figueras, habiendo sido hecho prisionero fué internado en Francia, donde nació el que despues habia de imitarle prestando nuevos é importantes servicios á la patria, en defensa de la cual su padre habia derramado su sangre tan eficazmente. Tenia aún muy pocos meses de edad, cuando su padre se fugó del depósito, llevado de su ardor por la defensa de la independencia de su patria, dejando á su esposa el cuidado de incorporársele cuándo y como pudiese, como lo verificó en Granada, despues de un penoso viaje hecho en invierno por la Suiza, Alemania é Inglaterra, siguiendo las huellas de su querido esposo.

Tuvo diez hijos, de los que solo viven en la actualidad don Blas,

la excelentísima señora doña Teresa, viuda del general don Leopoldo Degregorio, y el brigadier don Fernando, que ha prestado importantísimos servicios á la revolución y á la causa de la libertad, despues de haber sufrido una penosa emigracion y hecho la campaña de agosto de 1867.

En sus primeros años recibió precocísima educacion en España, pasando luego á Francia para completarla. Entusiasta y decidido admirador de las pasiones no vulgares, no menos que de las virtudes de su heróico padre, abrazó la carrera de las armas, entrando á servir en la de caballería como cadete de menor edad, en 1824. Alférez de menor edad en 1825, sin sueldo ni antigüedad, aplicado y laborioso, ascendió á oficial efectivo el 5 de julio el año siguiente 1826, ascendiendo por antigüedad á teniente en el de 1833, durante cuyo tiempo estuvo prestando servicios de guarnicion.

En el mismo año le tocó marchar contra los primeros carlistas que se levantaron en Talavera de la Reina, cuya partida fué en breve estinguida por completo. En 1836 salió con direccion á las provincias del Norte, deteniéndosele contra las facciones de Castilla la Vieja, y ocupándole á continuacion en perseguir, incorporado á numerosas fuerzas del ejército, la espedicion del general Gomez por ambas Castillas y Andalucía, tomando parte en el desastroso alcance, para ella, en la villa de Alcaudete, en la que penetró, formando parte de la vanguardia.

Ascendido á capitán, pasó á incorporarse á su regimiento, cazadores de la Guardia, que se hallaba operando en las provincias del Norte, saliendo poco despues á encargarse del mando del escuadron denominado de Campaña, única fuerza que del mismo habia quedado, con el que le tocó marchar en seguimiento de la espedicion del pretendiente don Carlos, con cuyo motivo se halló el 24 de mayo de 1837 en la desgraciada aunque gloriosa accion de Huesca.

Como esta es una de las primeras acciones en que obra, por decirlo así, independientemente, con mando de la unidad táctica, nada haré mejor que referirme, tomándolo testualmente de su hoja de servicios y de los documentos que lo acreditan, á la relacion de los hechos que allí se anotan. Mandaba el general Iribarren las tropas de la Reina, que se componian de siete batallones de infantería, seis

escuadrones de caballería y una batería montada; don Sebastian de Borbon las del Pretendiente, cuyas fuerzas, considerablemente superiores en número, ascendían á diez y ocho escuadrones de caballería y mayor número de batallones de infantería.

Serian las tres de la tarde del 24 de mayo de 1837, cuando habiéndose dado alcance al enemigo y tenido noticia de que estaba alojándose en la ciudad de Huesca, el general Iribarren, en consejo de jefes resolvió, en vista de la considerable desproporcion de nuestras fuerzas y probabilidades de presentarles en breve batalla formal, mediante la proximidad de las del general Oráa, molestar simplemente al enemigo, impidiéndole el descanso, por medio de granadas que se arrojarían á la ciudad. Ordenada la línea de batalla en este concepto, marchó la artillería para colocarse al alcance eficaz. El capitán Pierrard recibió la órden de apoyar con el escuadron de su mando el ala izquierda de la línea, que ya se habia puesto en marcha. Tocóle avanzar por las huertas de la ciudad, salvando los muchos obstáculos que esta clase de terrenos presenta, muchos de ellos á la desfilada, y siempre bajo el mortífero fuego de las guerrillas enemigas, que convenientemente situadas y apercebidas, le causaban enormes pérdidas, recibiendo él mismo una contusion de bala y tocando otras en varias partes de su equipo, una de las cuales le llevó la cartuchera.

Los carlistas, por su parte, habian desplegado sus fuerzas al frente de la ciudad, ventajosamente situadas. Un accidente vino á comprometer gravemente la situacion de nuestras tropas. El brigadier Leon habia dado una imprudente carga por el centro con los dos escuadrones presentes del regimiento de su mando, lanceros de la Guardia, á dos batallones, y sido rechazado con grandes pérdidas, cayendo él mismo muerto, víctima de su temerario arrojo, atravesado por varios balazos. Con este desastre se envalentonaron los carlistas, y el general Iribarren se vió obligado á ordenar la retirada. Cuando la órden llegó al capitán Pierrard, que habia continuado marchando, ya se hallaba envuelto por la izquierda por numerosas fuerzas de caballería enemiga, y acosado de frente por las guerrillas de infantería. Acudieron á sostenerle sucesivamente un escuadron de granaderos de la Guardia, que sufrió grandes pérdidas en

una carga, y toda la caballería de que el general en jefe pudo disponer. De ciento tres ginetes con que se habia presentado al enemigo, con una serenidad extraordinaria, haciendo prodigios de valor, se retiraba con diez y ocho, marchando constantemente el último, gravemente herido de bala y siéndole despues su caballo muerto, no obstante lo que, y montando otro, continuó batiéndose con inusitado ardor.

Cargando al enemigo, unas veces para rescatar prisioneros, otras para contenerle, seria prolijo referir los numerosos episodios de este continuado combate cuerpo á cuerpo, en donde los actos de caballeresco valor que de una y otra parte se ejecutaron para salvar á unos, pedir cuartel para los que no podian salvarse, y otros hechos por este concepto, eran dignos de pasar á la historia trazados por otra pluma mejor cortada que la mia. Referiré dos sin embargo, que pueden servir para honra y gloria del ejército español, el que nunca, aun en las guerras mas encarnizadas, se ha despojado de los instintos humanitarios que le distinguen entre todos los ejércitos del mundo. Uno de los soldados habia caido con su caballo, cogiéndole debajo, y á grandes voces pedia socorro. El capitán Pierrard con algunos soldados vuelve grupas, y se lanza en su auxilio; los carlistas, que se hallaban á veinte pasos del desgraciado, quedan estupefactos con este rasgo de valor, y dejan que se lleven al soldado. Otra de las cargas tuvo por objeto rescatar la maleta é intereses del escuadron, que el capitán habia perdido con su caballo.

Tenia veinticuatro años no cumplidos, y á esta edad se miran las cosas por el criterio del entusiasmo y el de nuestras pasiones. La noche, tendiendo su velo, vino á ocultar ambas fuerzas, dando tregua y descanso á unos y otros. El capitán Pierrard con la suya no se habia aún incorporado, lo que causó gran inquietud por su suerte á todos los que habian sido testigos de su valor y heroismo, y que le tributaban por ello justos elogios. Su incorporacion fué recibida con un entusiasmo indescriptible, pudiendo citar, entre otros, el teniente general Ezpeleta, coronel entonces de uno de los regimientos de la Guardia de infantería, y toda la oficialidad del mismo, que hábil y valerosamente habian protegido la retirada por medio de la formacion y marcha en cuadro.

Merecen especial mencion por su brillante comportamiento los entonces teniente y sargento primero respectivamente, señores don Juan Caballero y Dusmet y don José Agudo, ambos hoy coroneles retirados, y que ayudaron con ardor al capitan Pierrard.

Las pérdidas sufridas durante la retirada serena y ordenada fueron tambien bastante considerables, y se hicieron notar durante la noche del 24 al 25 al formar el convoy de heridos que debia dirigirse al dia siguiente á Zaragoza, del que no quiso formar parte á pesar de su herida. El general Iribarren, mortalmente herido de lanza no lejos del capitan Pierrard, falleció en la misma noche. Incorporado al ejército que mandaba el general Oráa, se le presentó muy pronto ocasion de prestar nuevos é importantes servicios, como vamos á ver, en la gloriosa accion de Barbastro.

Perseguido de cerca el ejército carlista al despuntar el primer dia del mes de junio, fué divisada su retaguardia, que marchaba en direccion á Barbastro; reconocida por el capitan Pierrard, que iba en vanguardia, seguíasele la huella por todo el ejército. En la noche del 1 al 2, teniéndose noticia cierta de su entrada en la referida ciudad, dispuso el general Oráa atacarlo en la madrugada, para cuyo efecto se emprendió la marcha al despuntar el dia, sin haber podido dar descanso á las tropas. Noticioso el enemigo de nuestra aproximacion, presentó la batalla ventajosamente situado y próximo á la ciudad. Las diez de la mañana serian cuando se dieron vista ambos ejércitos.

Marchaba el de Oráa en tres columnas, las que desplegando oportunamente en batalla, avanzaban contra el enemigo, que hacia tenaz resistencia. El capitan Pierrard recibió la orden de apoyar, con los restos de su escuadron y dos secciones del 6.º Ligeros de caballería que se le agregaron, el centro de nuestra línea de guerrillas, contenidas por las del enemigo, que en terreno mas accidentado estaban situadas favorablemente.

Hacia ya algun tiempo que la accion se habia empeñado por un vivo fuego de la estensa línea, que se hacia mas intenso y nutrido por nuestra izquierda, contenida por la derecha del enemigo, á la que intentaba envolver, cuando repentinamente los tiros de enfilada que salian de la derecha hicieron comprender á los del centro, don-

de se hallaba Pierrard, que el enemigo maniobraba ya envolviéndola á su vez. El nutrido y certero fuego que sufrían de frente nuestras guerrillas contribuía notablemente á desanimar al soldado, que empezaba á perder terreno y á decaer su espíritu de tal modo, que solo los esfuerzos y ejemplos podían contenerle á duras penas. Pierrard, con su presencia de ánimo y enérgica actitud, pudo en esta crítica situación contener á los que tenía el encargo de apoyar, hasta que vinieron precipitadas órdenes previniéndole que inmediatamente se trasladase á la derecha, como lo hizo rápidamente, llevando su escuadrón en columna de maniobra y al trote hasta llegar al grueso de la caballería, que se hallaba concentrada en aquel costado conteniendo una fuerte columna de infantería que intentaba ganar aquella posición, desplegándole en batalla á la altura del primer escuadrón de los de la Guardia, que se hallaban en columna y al flanco izquierdo de esta.

En prolongación de los guías derechos de la misma se extendía una línea de batalla compuesta de cinco escuadrones, al mando del brigadier don Diego Leon. Los soldados de las guerrillas de infantería, arrollados por las del enemigo, buscaban un refugio entre los escuadrones de la Guardia. El mismo general Oráa, á pié, haciendo personales esfuerzos para contenerlos, no podía conseguirlo. La caballería, al mando del brigadier don Diego Leon, que se hallaba desplegada en batalla para cargar á la masa de infantería enemiga, fuese por lo demasiado corto de la distancia para tomar los aires de la carga, ó ya por el nutrido y mortífero fuego con que aquella se defendía, no había sido posible llevar á efecto la carga por más esfuerzos de carácter y actos de valor personal con que el brigadier y oficiales trataban de arrastrarla. El espíritu del soldado estaba completamente abatido.

Pierrard, que veía todo esto con indignación, sin habersele comunicado orden alguna, y que había aprovechado los instantes del despliegue en batalla para arengar á los suyos, esponiéndoles la importancia de los servicios que indudablemente eran llamados á prestar, escitando su amor propio con la necesidad de hacerlo con gloria, en presencia de fuerzas tan numerosas propias y extrañas, aguardaba impaciente que se le comunicasen, cuando se le acercó el brigadier

Leon con su estado mayor, y le dijo lo siguiente, que copiamos textualmente para que pueda formarse idea exacta del lenguaje militar en ciertos casos: «¿Usted qué aguarda?» A lo que Pierrard contestó: «Ordenes.» El brigadier Leon replicó: «¡A la carga!»

Pierrard entonces, volviéndose á su escuadron, mandó sacar sables, movimiento que jamás ejecuta sino en el momento crítico, reprendiendo duramente á los que se habian anticipado á su voz, y con una serenidad que le caracteriza, y que en ciertos instantes hace de él un sér extraordinario, condujo á su escuadron á la carga.

El terreno, completamente despejado, formaba una pequeña meseta cuya línea superior ocupaban los escuadrones al mando del brigadier Diego Leon, en la falda de la cual, y á corta distancia se hallaba la infantería enemiga, el mayor número de cuyas balas daba en los cascos y brazos de los caballos, formando con la infantería enemiga los lados mayores de un paralelógramo, cuyos menores lados estaban compuestos, el uno: por los escuadrones de la Guardia con el que mandaba Pierrard, y el cuarto por los escuadrones de caballería carlista formados en columna cerrada. Continuaba marchando el escuadron al galope, en cuyo aire, precipitándose Pierrard por su excesivo ardor, pudo apercibirse á los pocos instantes de que no era seguido por él. Continuó avanzando sin embargo, convencido de que solo haciendo el sacrificio de su vida podia asegurar el buen éxito de la carga. Viendo esto el mas antiguo de los oficiales, su pundonoso y leal amigo don Manuel Barreda, gritó este: «Muchachos, ¿abandonais á vuestro capitan?» Este grito, hiriendo como un rayo el amor propio de los soldados, hizo que se lanzasen resueltamente en los momentos que ya Pierrard penetraba solo en las filas enemigas, llevándose la carga á fondo tan felizmente, que puestos los carlistas en dispersion, fueron á refugiarse gran parte en los muros de la ciudad, esparciendo allí la mayor alarma. Algunos acudian al llamamiento que les hacian sus jefes, é iban formándose por detrás de su infantería, á la derecha de ella. Esto llamó su atencion, y arrastrando á los cuatro ó seis que se hallaban mas inmediatos, dirigióse por delante de la línea enemiga con el propósito de impedir su reorganizacion, lo que no pudo realizar por el aislamiento en que iba. La mayor parte de su escuadron se encontraba ya reunido en el

punto de donde habia partido para cargar, al que marchó á incorporarse, poniendo su caballo al paso, imponiendo de este modo á cuatro lanceros facciosos que salieron en su persecucion, y le cubrian en parte de los fuegos enemigos, hasta que prudentemente se detuvieron. Se ocupaba Pierrard con su acostumbrada serenidad en la reorganizacion de su escuadron, bajo el fuego nutrido del enemigo, poniendo mayor empeño en permanecer en aquel punto de honor por haberse retirado de allí toda la caballería nuestra, escitando esto su noble orgullo, justamente satisfecho con el éxito de la carga, y reservándose para cuando tuviese correcta su formacion, maniobrar segun las circunstancias. Recorria por tanto su frente para asegurarse de la exacta numeracion de las hileras; mas llegado que hubo á la última, y en el acto de girar con su caballo para ponerse en su puesto delante del centro de su escuadron, una de las balas que se le dirigian le hirió gravemente en lo alto del hueso húmero izquierdo, cuyo brazo llevaba recientemente herido de la accion de Huesca. Vióse obligado en el acto á encargar del mando á su segundo, el referido don Manuel Barreda, siendo retirado casi sin sentido, aunque sin haber caido del caballo, por cuatro cazadores; estos le guiaron al hospital de sangre que se encontraba á retaguardia, muy cerca de aquel punto, restañándole á durísimas penas con sus pañuelos, que sucesivamente fueron atándole al hombro, la mucha sangre que brotaba de su herida, cuya gravedad y la proximidad del enemigo, impidieron que se le hiciese allí la primera cura. La considerable pérdida de sangre, el escetivo calor, la falta de alimento, pues desde las tres de la madrugada (y siendo ya las tres de la tarde) no habia tomado el menor alimento, hacian penosísima, lenta y dolorosa su marcha, y perdiendo el conocimiento muchísimas veces, se veian obligados á bajarle del caballo á cada instante, haciéndole sufrir horribles dolores.

Una de ellas, habiendo vuelto en sí, y como se le advirtiese la proximidad del enemigo, considerando el peligro en que se hallaban aquellos bravos soldados, les dijo: «¡Salvaos vosotros, y dejadme á mí!» Pero aquellos valientes camaradas no consintieron seguir tal consejo, y subiéndole en el caballo á pesar suyo, continuaron la marcha, que por lo lenta se hacia mas peligrosa, llegando por fin á

Monzon á las doce de la noche. Su estado se agravaba notablemente por los accidentes de la marcha. Cuatro horas habia tenido necesidad de esperar turno para atravesar el rio Cinca en barca, y en dicho tiempo la fiebre habia hecho grandes progresos. Treinta y seis horas mas trascurrieron sin recibir la primera cura ni ser visitado por los médicos, que tuvieron necesidad de hacerle pedazos el uniforme para quitárselo. Presa de un mortal delirio, no podia reconocer á ninguno de los compañeros, que sin esperanza alguna por su vida, creian darle el último adios al emprender su marcha dos dias despues. A los cuatro meses, temiéndose ser necesario amputarle el brazo, se resolvió trasladarle á Zaragoza en una camilla y con los cuidados consiguientes á un estado que tantos peligros ofrecia.

Siete dias fueron empleados en dicha marcha, verificada con ayuda de ocho hombres que alternaban en llevarla, acompañandole su afligida madre y desconsolada hermana, que llenas de la mayor inquietud, hicieron, venciendo mil obstáculos, el viaje á Monzon desde Madrid pocos dias antes, sufriendo el dolor de no ser apenas reconocidas por él; tal era su lastimoso estado. El general no ha olvidado ni olvida la cariñosa hospitalidad recibida en aquella villa de las respetables familias de Abad y Heredia, debida en parte á numerosas recomendaciones recibidas de Madrid, espontáneas las unas, y á ruego las otras de los camaradas y jefes de Pierrard, testigos de su valor y heroismo, de cuya justa admiracion y aprecio recibió entonces numerosas pruebas. Los no menores y afectuosos cuidados que le fueron dispensados en Zaragoza en la casa del venerable teniente general don Blas de Fournas, noble amigo y digno compañero de armas de su difunto padre, y al mismo tiempo padrino de pila del herido, evitaron la dolorosa operacion de que hemos hablado, aunque dejándolo imposibilitado para prestar servicio hasta el año 1840. Por esta gloriosa accion fué premiado con el empleo de comandante de caballería, con retencion del mando de su compañía ¹ en la Guardia.

La bala en dicha accion recibida le fué estraida el 27 de marzo

¹ Hasta el año 1844 no fueron organizados por escuadrones los regimientos de caballería.

de 1863 por el especialista y célebre doctor Nélaton, en París, y estaba engarzada en el hueso húmero. Sin permitir el paciente el uso del cloroformo, sufrió tan pesada como dolorosísima operacion con su acostumbrada resignacion, siendo admirado por los que la presenciaron. Los periódicos parisienses se ocuparon bastante de ella, elogiando la habilidad del distinguido doctor y la serenidad del general Pierrard, á quien con este motivo dedicaron entusiastas composiciones poéticas.

En 1841 hallábase de guardia en palacio el 7 de octubre cuando estalló la sublevacion militar de los generales Concha, Leon (don Diego), brigadieres Pezuela, Concha (don José), y otros. Fiel siempre á sus deberes y compromisos, cumplió lealmente el suyo incorporándose á su regimiento tan luego como pudo y antes que amaneciera el dia, saliendo muy poco despues con las fuerzas que formaron parte de las destinadas á sofocar la insurreccion de Montes de Oca en el Norte. En las gracias generales que se dieron por estos servicios tocóle por derecho de antigüedad el empleo de teniente coronel, quedando en situacion de reemplazo.

Consecuente con sus principios, interpretando fielmente los deberes de la honrosa profesion militar, y abominando por educacion y temperamento el móvil de muchos de sus compañeros al adherirse al pronunciamiento de aquel año por el solo galardón de su inmerecido ascenso, rehusó seguir su ejemplo, siendo no obstante á poco de ello colocado en regimiento por el nuevo gobierno, en su mismo empleo. Siempre amigos y enemigos saben hacer justicia á la dignidad y honra. En este concepto podia vanagloriarse el teniente coronel Pierrard, dando un saludable ejemplo á sus compañeros, que no habian titubeado en faltar por un ascenso á sus deberes. Colocado por su mérito en el turno de eleccion, fué ascendido á coronel, siendo no obstante ya el segundo en antigüedad en setiembre de 1847. Por su fino tacto, sus conocimientos militares y sus particulares dotes de organizador, distinguióse en el mando de regimientos, habiéndole tocado practicar las difíciles operaciones de refundir en otros á fines de 1847 el de cazadores de María Cristina, y crear en primeros del inmediato siguiente año el del mismo nombre, 18.º de caballería, y depósito á la vez de instruccion general de quintos

del arma. Parecía que el gobierno, plenamente satisfecho de las no comunes dotes de mando que adornaban al coronel Pierrard, se congratulaba en ponerlas de continuo á prueba, porque en agosto del mismo año se le confirió el mando del de lanceros de Farnesio, de nueva creacion, para sustituir al del Infante, 4.º de caballería, estinguido en Sevilla; y en marzo de 1852, por resultado de una brillante revista de inspeccion pasada á este último, fué destinado á mandar el de la Reina, 2.º de Carabineros, con cuyo mando continuó hasta ascender á mariscal de campo.

Permítasenos una brevísima digresion.

El general Bonaparte, entre los muchos títulos que pudo conquistarse gloriosamente, tenia uno con el que se enorgullecia, porque habiéndole valido el imperio de Europa, le garantizaba el cariño de un numeroso y valiente ejército, de quien era su ídolo. Ciertamente no seria el de primer cónsul, el de rey, ni menos el de emperador; estos los conquistó con la astucia, se los dió la corrompida aristocracia y degradada córte: con ellos podia disponer de una lista civil y de unos cuantos millones de siervos; pero así como la córte á los que quiere les da lo que tiene, pueblo y ejército dieron á aquel sus corazones en Italia con el título de *Petit caporal*, y con ellos solo, pudo vencer la Europa.

La córte española ha hecho muchos generales, muchos condes, duques, marqueses y banqueros; tiene para ello dinero, condecoraciones, títulos y humildes servidores; dándoles lo que tiene, no ha podido darles no obstante corazon, dignidad, ni honra.

El pueblo y el ejército, que no tienen fajas, títulos, cruces ni grandezas de que disponer, y sí solo virtudes, hacen mas justicia llamando á sus dos ídolos predilectos, y en son de respetuoso afecto, á Espartero *El Duque*, á Pierrard *Don Blas*.

La córte necesitaria media hora para pronunciar los numerosos nombres y títulos que ha dado á algunos generales. El pueblo admira las virtudes de los unos, y se distrae contemplando las condecoraciones, bandas y demás aparato teatral de los otros.

Mandando regimiento como merecido premio á sus cualidades é irrecusable testimonio de las simpatías que á todos sus subordinados inspiraba, le nombraban estos entre sí *Don Blas*, título con

el que se enorgullece, y que le ha confirmado el pueblo. En ellos supo introducir reformas importantes en todos los ramos y menores detalles del servicio, llevando por igual la instruccion, policia y órden interior á un grado de perfeccion casi desconocido en su tiempo, y de que aún guardan memoria sus justos admiradores, atendiendo á la vez con especial esmero á la comodidad y descanso del soldado y levantado espíritu de los oficiales, á quienes siempre consideró segun tan importante clase merece.

En 1850 ascendió á brigadier por derecho de antigüedad en las gracias generales que se dieron con motivo del nacimiento de la infanta Isabel.

En 1854, hallándose con su regimiento de guarnicion en Valencia, tomó honrosa parte en la revolucion de aquel año, consiguiendo sin esfuerzo y con su buen tacto mantener su autoridad en él y su mas perfecta union y disciplina, contribuyendo en momentos críticos al mas digno acuerdo y acertadas disposiciones de la superior autoridad militar, y á la conservacion del órden, siendo nombrado miembro de la Junta provisional de gobierno que se constituyó. En el año inmediato siguiente, á propuesta del nuevo capitan general, premió el gobierno tan importantes servicios concediéndole la gran cruz de Isabel la Católica.

En julio de 1856 encontrábase de guarnicion en Madrid y se acuartelaba en San Gil su regimiento, cuyo mando conservaba, aunque siendo brigadier, cuando en la mañana del dia 16 fué imprevistamente llamado al ministerio de la Guerra por el que entonces era capitan general de Madrid y teniente general don Francisco Serrano y Dominguez; allí se le encargó en comision: del gobierno militar, ordenándosele recorriese los cuarteles que los cuerpos de la guarnicion ocupaban, sin mas instrucciones que dar cuenta de lo que viese en ellos y en la poblacion. Tan sorprendido de cuanto pasaba como el público todo de Madrid, conversó amigablemente con los muchos nacionales conocidos que encontraba á su paso; los unos de faccion en los puntos señalados por sus jefes, y otros dirigiéndose á los sitios acostumbrados de formacion, inquiriendo, como tambien ellos, el desconocido origen del conflicto que amagaba, y cuyos probables efectos cada uno en su interior lamentaba. Cruzóse

tambien con el general O'Donnell, que entraba por el portillo del Conde-Duque en la calle del mismo nombre, viniendo en una berlina con su ayudante de campo, sin que le comunicase á su paso ninguna órden.

A su regreso al ministerio de la Guerra dió cuenta á Serrano de cuanto habia visto, de hallarse las tropas con órden en los cuarteles, y la Milicia nacional en sus, á su parecer, debidos puestos. De allí á poco recibió órden de dirigirse al cuartel del Soldado y ponerse á la cabeza del regimiento de la Constitucion, que se acuartelaba en él, haciendo lo propio con el del Príncipe, que ocupaba el de la calle de San Mateo, y de dirigirse con ambos por la calle de Fuencarral á la Puerta del Sol, cuyo punto ocupase con uno de ellos, destacando el otro para hacer lo mismo en la Plaza Mayor. Daba cumplimiento á estas últimas disposiciones cuando recibió la urgentísima órden de replegarse con todas estas fuerzas reunidas por la calle de Alcalá hácia la iglesia del Cármen, como así lo verificó, encargándose en este último punto del mando de ellas el general don Enrique O'Donnell, entonces brigadier, coronel de caballería. Encontrándose mas tarde con otros jefes fuera de la verja del ministerio de la Guerra, recibieron todos una descarga de fusilería dirigida desde la calle del Turco, la que causando varias desgracias, obligó á los generales á mandar guarecerse las tropas en las casas de derecha é izquierda.

Al mismo tiempo se veia levantar, sin saberse por quién, una barricada en lo alto de la calle de Alcalá, lo que no dejó duda alguna de que se preparaba una sublevacion popular. La noche llegó en esta disposicion, la que aprovecharon unos en descansar, otros en aprestarse al probable combate, y otros en los medios posibles de dirimir tal conflicto. Durante ella construyeron las tropas de Ingenieros una batería de cestones al pié de la calle de Alcalá, y próxima á la fuente de Cibeles. Reconocida que fué al amanecer del siguiente dia la situacion de las fuerzas contrarias, diéronse en consecuencia varias órdenes, recibiendo Pierrad del general Serrano en persona la de dirigirse al jardin del Tívoli, del que encontraria posesionado al batallon cazadores de las Navas con cuatro piezas de artillería montada, cuyo total mando tomaria, previniéndole que no rompiese el

fuego si antes no se lo hacian á él. Al encaminarse á dicho punto con su ayudante y dos ó cuatro ordenanzas montados, dirigiéronles varios disparos desde las casas de Villahermosa é inmediatas, generalizándose en el acto el fuego. A su paso encontró una línea de tiradores pertenecientes al batallon referido de las Navas, previniéndola Pierrard que no contestase al fuego. Al hacer en seguida el reconocimiento de aquellas inmediaciones, fué advertido de la presencia de fuerzas contrarias al llegar á las cuatro fuentes, por el vivo y nutrido fuego que por frente y derecha se le hizo, generalizándose igualmente por toda esta parte. En el Tívoli encontró las fuerzas á cubierto del fuego, aunque no tanto que no les causara este algunas bajas é hiciese allí molestísima su estancia, lo cual le obligó á mandar se adelantase una parte de ellas hasta la cerca que rodea dicha posesion, sentándose al pié de ella para mejor cubrirse, y previniéndola no hiciese fuego sin antes recibir su orden. Mas haciéndose ya intolerable el que se recibia, por hacerlo la Milicia con ventaja, hizo romper el de todo su frente con el preciso objeto de apagar aquel. Apuradas las municiones, y forzado á abreviar un combate cada vez mas desventajoso, resolvió conseguirlo por medio de una estratajema, simulando un asalto á las casas de Medinaceli y Villahermosa, para lo que ordenó á dos compañías del batallon de las Navas, conduciéndolas en parte, que atravesasen el Prado á la carrera, poniéndose bajo los ángulos de ellas á la desenfilada de todos los fuegos. Logróse instantáneamente el objeto, no sin experimentar los cazadores considerables pérdidas, debidas al temerario arrojó con que tomaron á empeño forzar á cuerpo descubierto las respectivas puertas, cuando desde lo alto de la plaza de Cervantes una corneta hizo señal de cesar el fuego; cuyo toque, mandado repetir en el acto por el brigadier Pierrard, cesó de esta parte por completo.

Á los pocos instantes bajaron cinco paisanos con pañuelos blancos en las puntas de los bastones, á cuyo encuentro salió Pierrard, viendo con sorpresa eran diputados á Córtes presididos por el general Infante. Manifestáronle el deseo de hablar con el general Dulce, á quien suponian allí, lo que en el acto comunicó Pierrard por medio de su ayudante al general Serrano, que se hallaba en la calle de Al-

calá. Llegado este, conferenció con ellos largo rato, conviniendo en un armisticio que duraria hasta las seis de la tarde, durante cuyo tiempo deliberaria el gobierno. Momentos antes de espirar dicho plazo volvió Serrano para prevenir á Pierrard, que hallándose libres las casas de Medinaceli y Villahermosa, las ocupase él con su tropa, la recomendase que no hiciese fuego aun cuando se la provocase para ello, mandase retirar la artillería á su cuartel, y él lo verificase al ministerio de la Guerra. Á las ocho de la mañana siguiente trasladóse el estado mayor general de Serrano á la Puerta del Sol, donde acordó, con el general Concha, atacar la parte Sur. Este se dirigió con tres columnas por las calles del Sacramento y otras, Serrano con otras tres por las de Carrera de San Gerónimo, Carretas, Atocha y Concepcion Gerónima. Diósele á Pierrard la del centro de estas, compuesta del referido batallon de las Navas y una compañía de Ingenieros, á la cabeza de la que arrostró nuevos y mas graves peligros, desplegando en este honroso aunque sensible cargo las mas nobles cualidades de su humanitario carácter. Al traerle un soldado el primer preso, un jóven imberbe á quien hablaba al parecer con mal modo, le reprendió fuertemente, amenazando á todos enérgicamente con el mas severo castigo si alguno llegaba á permitirse siquiera lo mismo.

El 18 de aquel mes fué ascendido á mariscal de campo, recibiendo en propiedad el cargo de gobernador militar de Madrid, en el que dió nuevas pruebas de sus notorias dotes para el mando y de su profundo conocimiento de las ordenanzas, reformando abusos é introduciendo mejoras dirigidas á la comodidad y el descanso de las tropas, continuando en este cargo hasta el mes de agosto de 1857, que fué nombrado segundo cabo de las islas Filipinas.

Esta es la relacion verídica de los sucesos en que tomó parte el general Pierrard, y con ocasion de los que algunos han creido poder empañar su brillante vida militar. Todo el mundo sabe de quién es la responsabilidad de aquellos sucesos. Ninguna puede alcanzar á Pierrard, quien no solo militar pundonoroso y valiente, sino ajeno del todo á las tramas palaciegas y vicalvaristas, pudo servir las como instrumento ciego, salvando su honra militar, pero nunca como ligado á partidos por él desconocidos. Algunos estrañaron que á la

salida del ministerio O'Donnell no hiciese dimision de aquel cargo. En ello obró segun cumple á un buen patriota y honrado militar. ¿Pues qué razon podia hallar para que procediendo ambos ministerios de un mismo viciado poder, fuese peor el segundo que el primero? No habria faltado quien hubiera podido con justicia tachar su contraria conducta de presuntuosa é impertinente. Por otra parte, la nobleza de su carácter se resistia á que, si bien adicto á la persona de O'Donnell por razones de alta justicia, se creyera que ninguna de las circunstancias indicadas era motivo bastante para afiliarlo á ningun partido; esto merecia para él estudio mas concienzudo y ocasion mas digna, los cuales en breve tendremos que relatar¹. Ni titubeó en obedecer, nuevamente esclavo de su deber, al ser nombrado segundo cabo de Filipinas, destino que en nada convenia á sus intereses. Tan honrosa conducta le valió no obstante visibles muestras de despecho ó resentimiento de hombres colocados en el poder, ó para ser acaso mas exactos, de las viles influencias que de ordinario les rodean. Hago esta pequeña digresion en honra de los que, como Pierrard, lamentan ver la noble profesion militar justamente tenida en tan poco, siendo constantemente involuntario instrumento de ambiciones bastardas.

Embarcóse en Cádiz el 3 de noviembre de aquel año, para continuar por el Istmo de Suez hasta Manila, adonde arribó en igual dia del mes de enero del año inmediato siguiente.

Tomada en el acto posesion de su cargo y del de subinspector de aquellas islas, que le es anejo, dedicóse con su incansable celo á estudiar la singular índole del servicio en ellas y á mejorarlo en cuanto cabia, y muy singularmente el trato del soldado indígena, que era inhumano y cruel; perfeccionó la instruccion, planteó sobre bases sábias y económicas un establecimiento de remonta y cria caballar de nueva creacion, con elementos indígenas; restableció la biblioteca militar que hacia muchos años estaba cerrada, fundó un casino militar, y por último, tocóle organizar la brillante expedicion auxiliar de los franceses en su guerra de Cochinchina. Del tino y universal aceptacion con que desempeñó las múltiples y por demás

¹ En libro que saldrá pronto á luz, y del que me estoy ocupando en concluir.

delicadas funciones de su elevado y penoso cargo, y de la dignidad y entereza con que sostuvo los intereses sagrados de él, dan testimonio cuantos residieron en el país, y los notabilísimos documentos archivados en sus oficinas y las del ministerio de la Guerra. Vuelto al poder O'Donnell, y obtenido el relevo de ambos cargos, recibió en su despedida las mayores muestras de respeto y de cariño; y la misma Audiencia territorial, la majestad de cuyas atribuciones llega hasta al veto suspensivo de la autoridad del capitán general gobernador de las Islas, tomó el solemne inusitado acuerdo de acompañarle en corporación hasta el muelle en el día de su embarque para la Península. Tales fueron las generales simpatías que allí se había granjeado. En su travesía, y llegado al puerto asiático de Aden, en la embocadura del mar Rojo, supo la declaración de guerra de España á Marruecos, y desistió de su proyectado viaje á los Estados-Unidos del Norte de América, donde cuantiosos intereses desatendidos hasta aquella fecha reclamaban y reclaman aún imperiosamente su presencia, dirigiéndose lleno de abnegación y patriótico ardimiento á España, desembarcando en Marsella en noviembre de 1859. Desde allí notició al gobierno su arribo por telégrama, continuando rápidamente su marcha por Barcelona á Madrid, donde solicitó desde luego tomar parte en la campaña contra Marruecos. Fuese porque realmente se había completado el cuadro de generales y jefes, ú otras razones que no manifestamos por respeto á los muertos, no pudo conseguirlo. Constante sin embargo en su honroso empeño de aumentar sus conocimientos en todo, y singularmente en las cosas peculiares á su profesion, solicitó al poco tiempo real licencia para el campamento de nuestras tropas en África, la que obtenida, se embarcó en Cádiz con dirección á la embocadura del rio Manuel, al Sud de Tetuan, ofreciéndole el conde d'Eu, hoy esposo de la princesa heredera del Brasil, pasaje con él en el buque francés puesto por este gobierno á su disposición para trasladarse á igual punto, como lo verificó en su compañía. Siendo limitada á muy breves días su licencia, solicitó de nuevo y obtuvo permiso de seguir las operaciones de aquel ejército hasta que terminase la guerra, hallándose en las acciones de Samsá el 11 de marzo y en la célebre de Guadrás el 25 de igual mes. Guiado por su ardor y el sereno propósito

de todo verlo muy de cerca, acudia á los puestos de mayor peligro. Viósele siempre en las guerrillas de infantería ó al lado de la caballería cuando á esta la tocaba avanzar, pasando en la última de estas acciones el puente Buceta con las primeras parejas de guerrilla y bajo el nutrido fuego de la numerosa y ligera caballería marroquí que lo defendia. Despues de un largo descanso dado en aquella hora por el general en jefe á las tropas, vió llegar y pasar la division de vanguardia al mando del general Prim; pero tardando el cuartel general, y viéndola empeñada en un vivísimo fuego, se dirigió al lugar de él, participando del estrago que en las filas de nuestra brava, y á Pierrard siempre simpática caballería, hacian el plomo y las *gumías* enemigas.

Puso fin á él el primer crepúsculo de la tarde, en el que los hábitos de guerra y supersticiones de aquellos creyentes les hacen siempre retirarse del combate.

Pasóse la noche acampados, y al plegar tiendas en la mañana siguiente, proponiéndose emprender la marcha á través del terrible desfiladero del *Fondach*, llegó un parlamentario de *Muley el Abbas* para ofrecer los preliminares del tratado de paz, que en consecuencia se celebró aquella tarde en la llanura que separaba nuestro campamento de la entrada del desfiladero, y á que en parte asistió el general Pierrard, como miembro del Estado Mayor general. Hecha la paz, se embarcó para España á fines de abril de 1860, continuando de cuartel en Madrid.

En 1862 pidió real licencia para el extranjero, á fin de visitar la esposicion de Lóndres y verificar estudios militares.

En marzo de 1863, atacado de un periódicq acceso de agravacion en el estado de su herida del hombro recibida en 1837 en la accion de Barbastro, fué forzoso procederse á la extraccion de la bala, difícilísima y dolorosa operacion de que se encargó noble y humanitariamente el insigne doctor Nélaton, á quien hacian célebre su profundo saber y sus prodigiosos inventos, entre ellos el que permitió verificar la presencia de la bala en el fondo de la herida recibida por Garibaldi en la funesta batalla de Aspromonte.

Aquí termina por decirlo así la primera parte de la vida militar del general Pierrard, cuya conducta no obedeció á mas principios

que á los de las severas leyes de la ordenanza, ni otra divisa que el mas acendrado patriotismo, interpretando siempre noblemente los deberes de subordinado y de jefe. Es una de las glorias militares que en la série no interrumpida de pronunciamientos ha sacado ilesa la suya, sin que el mas ligero borron empañe el limpio vidrio de su acrisolada conducta. Es uno de los pocos representantes de nuestro valiente y digno ejército, de aquellos tipos de hidalguía que ciñe una espada sin mancha y una faja sin haberse deshonrado nunca. ¿De cuántos generales podrá decirse lo mismo?

En 1864, cuando la atmósfera de la política habia invadido hasta lo mas recóndito del hogar doméstico, cuando todo el mundo se ocupaba de ella, preocupado con la marcha de los negocios públicos, y lamentando la poca estabilidad de los ministerios, que sin atender á ninguna pública necesidad ni obedecer á principio alguno se sucedian rápidamente, agravando el malestar del país, y cuando en fin, hasta los mas indiferentes empezaron á preocuparse, averiguando las verdaderas causas de aquel desconcierto que amagaba grandes males y trastornos, fué cuando Pierrard, uniendo su voz al grito unánime de la nacion, empezó su vida política desaprobando la que seguian los diversos ministerios de la época, é influyendo cuanto á su alcance estaba para que tomasen otro rumbo que satisficase las necesidades de la patria con medidas propias al efecto.

Viendo que el mal empeoraba, y que lejos de poner remedio se complacian en despreciar los consejos mas desinteresados; que se violaban las leyes; se escarnecia la justicia y se ultrajaba á la razon; que el favoritismo, la empleomanía y desmoralizacion se desbordaban por todas partes; que la córte olvidaba sus deberes, deshonrándonos, decidióse á poner mas eficaz remedio, tomando parte, con sacrificio de sus intereses, en la fundacion del periódico *El Progreso constitucional*, órgano el mas templado del partido progresista. Mas como al poco tiempo se convenciese de que la actitud que representaba el referido periódico era ineficaz, en razon del grado á que habian llegado las cosas, propuso á sus compañeros como lo mas lógico, patriótico y digno, adherirse á la conducta de la mayoría del

partido progresista, que era la de la mas intransigente hostilidad contra el gobierno, retrayéndose de las urnas electorales, persuadido de que en cuestiones de partido, apurados los medios de persuasion, es lo mas patriótico someterse al acuerdo de las mayorías.

Lanzado implícitamente en el camino revolucionario, no titubeó en ofrecer en él á la patria su espada con tal resolucion y energía, que en una de las primeras juntas á que concurrió en casa del general Prim y bajo la presidencia de este, aprovechó la oportunidad de manifestar altamente, cual cumplia á su honor y conciencia, «que lo hacia en el bien entendido de que no se trataria de un segundo *Campo de Guardias*,» que se iria, no á una insurreccion militar, sino á un gran movimiento *popular*, á una *verdadera* revolucion. Esto era lo que, segun su conciencia (y aún sigue hoy creyéndolo así), reclamaba el bien del país.

El gobierno de entonces, que sospechaba sus compromisos por mas que ignorase los pormenores de ellos, tan propenso á obrar preventivamente como arbitrario é injusto en todo, le desterró para Tuy, en Galicia, por real órden del 30 de diciembre de 1865, comunicada en el mismo dia por el capitan general, previniéndosele que saliese en el término *preciso* de cuarenta y ocho horas. En el acto de recibirla fué á dar cuenta de ello y recibir sus órdenes al general Prim, quien solo le dió á entender la suma inminencia de su movimiento, é insistiendo Pierrard en su vista en obtener instrucciones, no recibió otras que las de detenerse en Valladolid á su paso, si posible le era, y de que tanto allí como en su caso en Tuy, obrase conforme á lo que viese.

Salió por el ferro-carril el 1.º de enero, y á pretexto de enfermedad detúvose en Valladolid, adonde llegó la mañana del dia 2. Falto totalmente de indicaciones respecto á las personas iniciadas allí en la revolucion que pudiesen informar de cuanto supieran ú ocurriese, puso de por sí cuantos medios estuvieron á su alcance para estar preparado á los acontecimientos, avistándose primero con los miembros del Comité, y á la media noche con el coronel Baldrich, cuyo destino allí supo casualmente. Citóle en su casa para las ocho (ó antes si le era posible) de la mañana siguiente, y habiendo concurrido puntualmente, no bien le hubo despedido con instrucciones

las mas urgentes respecto á indagar los elementos de accion que hubiese en la infantería, contándose por entonces con el solo batallon presente del regimiento de Almansa, disponiéndose Pierrard á hacer lo propio respecto á los de alguna otra arma, llegaron el Mayor de la plaza y un ayudante del capitán general para llevarle preso por orden de este, en virtud de las recibidas por el telégrafo, al cuartel de caballería, y de allí á la Escuela general de dicha arma, donde se le tuvo incomunicado hasta las cinco de la mañana siguiente, que fué conducido á la estacion del ferro-carril, en la que todas las tropas de la guarnicion se hallaban formadas en actitud de recibir hostilmente á las fuerzas sublevadas que viniesen por él, y desde allí mismo, en el tren que llegó á aquella hora, á San Sebastian, escoltado por dos guardias civiles y un oficial, de cuya grata compañía no se vió libre ni un segundo. Este inesperado accidente le inutilizó por completo para cuanto en otro caso hubiera indudablemente hecho. Llegado que hubo á San Sebastian, fué conducido, siempre incomunicado y acompañado de sus tres *amigos de oficio*, al castillo de Santa Catalina, donde tuvo la dolorosa sorpresa de encontrar preso tambien á su hermano el coronel don Fernando, que se hallaba de jefe del distrito del cuerpo de Carabineros en aquella capital.

No teniendo el gobierno mucha confianza en la fidelidad de la guarnicion de la plaza, y temiendo que la presencia de los dos hermanos Pierrard, cuya arbitraria y severa prision habia producido mal efecto, por las grandes simpatías que su buen nombre allí merecia, fuese ocasion de trastornos, resolvió trasladarlos á la de Vergara, como se verificó en noche tempestuosa y atropelladamente el dia 6, conducidos en una tartana por no esperar la hora inmediata de la salida del tren, escoltados por varias parejas y dos oficiales de la Guardia Civil, y adonde, no hallándose local preparado mas seguro, se les alojó en una fonda, con fuerte guardia á la puerta y vigilante en sus habitaciones.

En fin de febrero inmediato siguiente obtuvieron su libertad, el uno con destino de cuartel á la ciudad de Soria, y el otro de reemplazo á la de Vitoria.

Ya el general en Soria, halló medios de entablar correspondencia con Prim, de quien recibió por respuesta á su primera carta,

que se hallase dispuesto para cuanto en breve ocurrir pudiese. Contestóle Pierrard por telégrama: «Aceptada letra: será pagada á su vista.»

En 12 de junio se le presentó don José Elorza, comisionado por el Comité central de Madrid para que le guiara al punto que para hacer la revolucion eligiese. Hízolo desde luego del de Madrid, y despues, conferenciando con los señores Uzuriaga, Sagasta (don Mateo) y Monteagudo, amigos todos de confianza, sobre los medios de lograr su objeto sin escitar sospechas, resolvió irse en el coche correo que una hora despues salia, acompañándole solos Monteagudo y Elorza, y continuar desde Sigüenza en el ferro-carril. Disfrazóse de paisano catalan en Sigüenza, llegando sin contratiempo á Madrid á las ocho de la mañana siguiente.

Esta desaparicion repentina tenia que ser pronto notada en la poblacion de Soria.

Todos sabemos lo que en las de esta clase sucede: por eso prefirió el medio mas rápido de penetrar en Madrid.

Ya en la diligencia, y no obstante lo duro de su movimiento, afeitóse el poblado bigote, quedando con ello desconocido completamente. Viajó en tren de tercera clase hasta Guadalajara; de allí á Vicálvaro en el vagon de equipajes, y por último á pié, desde aquel pueblo hasta Madrid.

Vigilantísimo y activo Elorza, le guió hasta el café de la estacion de Atocha, á un cuarto interior en el cual le ofreció descanso é hizo servir desayuno. De allí le condujo á casa de amigos de confianza, donde pasaron á visitarle el señor Becerra y dos mas, y por último, en el mismo dia, uno de estos á la del señor Zurita. Dos dias despues fué trasladado á la del señor Moreno Benitez, hoy gobernador de Madrid; tres dias despues á la del señor Aguirre, y por último, la noche del 21 á otra frente al cuartel de San Gil, adonde se hizo llevar el uniforme y se ocupó en dictar las posibles disposiciones.

Como he indicado anteriormente, no permitiendo los límites que determinan una biografía hacer la historia completa de un suceso, solo referiré la parte que en el memorable 22 de junio le cupo al general Pierrard, siendo conveniente tomemos para ello el hilo de

nuestro relato desde los momentos de su llegada á la capital. Ya llevaba dias en ella (mas de uno en casa del señor Moreno Benitez), cuando ningun miembro del Comité le habia ido á comunicar el estado de las cosas y esplicarle el objeto preciso de su llamada. El dia 16 lo verificó el autorizado y respetable don Joaquin Aguirre, á quien manifestando Pierrard la suma urgencia de poseer algun dato en que poder basar un plan de levantamiento en Madrid, si ya no le habia, en cuyo último caso, de rigor parecia que se le comunicara para conformarse á él, y de todos modos, que de entre los elementos de accion con que se contara se le enviase el oficial ó jefe mas digno de confianza para en los detalles con él entenderse, y por su intermedio hacerse entender, vino á decirle que por de pronto se contaba en general con la artillería; en cada uno de los cuerpos de la guarnicion podia disponerse de alguno que otro elemento; que de jefes superiores siempre podia ya contar desde luego con algun *brigadier*; que de pueblo armado no faltaria el número suficiente; y por último, que le enviaria un oficial entendido, capaz de satisfacer en todo lo demás sus justos deseos. Grandes esperanzas fundó Pierrard en tan lisonjeros informes, aguardando con impaciencia conocer todos los pormenores por medio del anunciado oficial, y en su vista poder ordenar su plan.

La noche de aquel mismo dia presentósele de parte del señor Aguirre el capitan del cuerpo de artillería don Baltasar Hidalgo, el que le comunicó algunos otros datos, entre ellos el número aproximado de fuerzas con que podia contarse en la guarnicion, y sus respectivas condiciones. Preguntóle el general por el plan, si es que se habia formado, y por sus respuestas comprendió que él era el mas caracterizado de los comprometidos, manifestándole que el plan general que tenia concebido consistia en ocupar con fuerzas del ejército la Puerta del Sol, el teatro Real, Plaza Mayor, Banco nacional, plaza de Santo Domingo, Red de San Luis, y algun otro si alcanzaban, para por este medio facilitar al pueblo el acceso al parque de artillería y armarse, llevando á cabo el buen éxito de la insurreccion. El plan no podia ser mas digno de las personas que lo habian formado, casi ninguno militar, y todos con pretensiones de serlo.

Hubo asimismo de parecerle imperfecto al general, y reservándose estudiar otro, le mandó volver al siguiente dia.

Con los 2.000 infantes, máximo número con que se creia poder contar para contrarestar las fuerzas restantes de la guarnicion, se propuso el general sorprender en sus cuarteles las fuerzas de Ingenieros y Guardia Civil, que se consideraban mas adictas al gobierno, siempre que el pueblo acudiese á secundar su accion, y á la vez apoderarse del Principal, plaza de Santo Domingo y teatro Real, conservando por centro y base defensiva y de retirada para un caso adverso, el cuartel de San Gil.

Adoptado definitivamente para cuando se recibiese del general Prim la orden, en el supuesto natural de un levantamiento general ó un plan concebido por él, dedicóse á detallar por escrito para los conjurados de cada cuerpo sus precisas instrucciones. Habíale anunciado Hidalgo la presentacion personal de un jefe del cuerpo de Carabineros, con el buen espíritu de cuya tropa ya se creia de antemano poderse contar, pero cuyas condiciones de accion mejoraban considerablemente los ofrecimientos de aquel jefe; y habiéndose verificado en la noche del mismo dia 17, puso condiciones de tiempo, aunque breve, para prevenirse convenientemente. Pero enterados entonces por Hidalgo, así dicho jefe como con extraordinaria sorpresa el general, quien la procuró disimular, de que estaba dispuesto se rompiese el movimiento á las muy pocas horas, el amanecer del 18, se retrajo por completo, declarando la imposibilidad absoluta, por su parte, de concurrir á él, y despidióse.

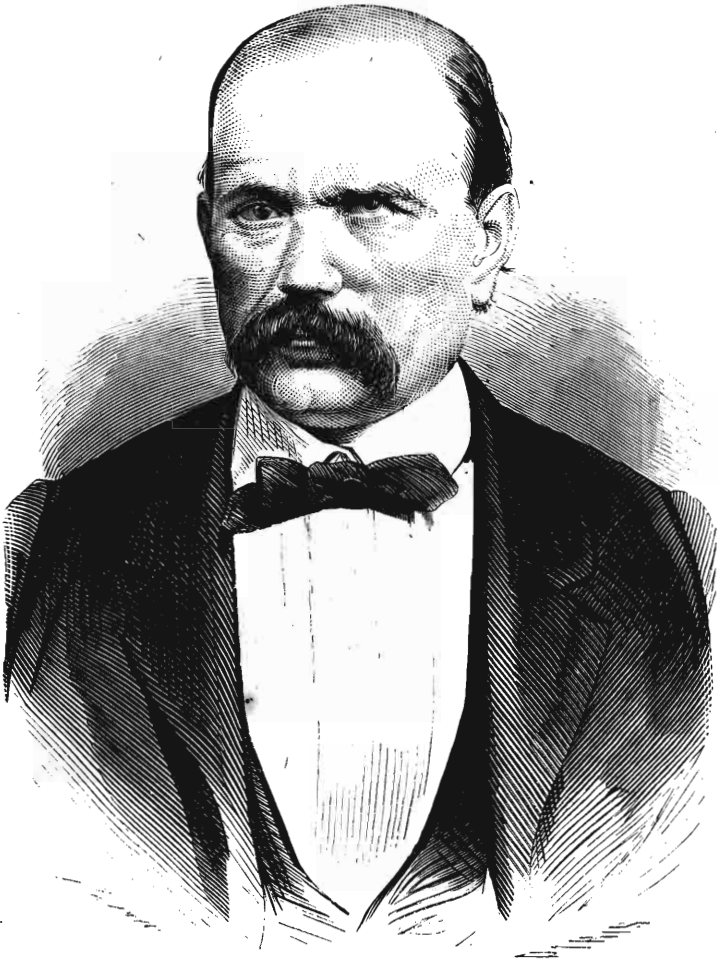
Este inesperado grave incidente que jamás hubiera sido ocasionado por la reconocida prudencia de Pierrard, colocaba á los comprometidos en una fatal situacion. Por una parte, se le sorprendia en medio de sus preparativos y sábias combinaciones, rebajando su autoridad; por otra, sus fuerzas eran relativamente escasas, no debiendo jamás contarse con la totalidad de ellas en casos como el de que se trataba: nada habia podido combinar aún con don Manuel Becerra, jefe, *al parecer*, experimentado y reconocido de las fuerzas populares; en tercer lugar, ninguno le respondia de la discrecion perfecta del jefe que así se retiraba. En su vista, declaró frustrado de necesidad el en mal hora, á su parecer, acordado movimiento, some-

tiendo no obstante su juicio al de don Manuel Becerra, que en aquel crítico instante entró. Dicho IMPORTANTE revolucionario fué en un todo del mismo parecer; pero se hallaron ambos con la circunstancia, aún mas imprevista, de que las órdenes secretas habian ya sido dadas, de que en su virtud habia corrido ya la primera señal que se les dijo habia sido convenida, y eran los momentos en que estaba próxima á correr, ó habria acaso ya corrido, la segunda. Decidió no obstante el señor Becerra ¹, á quien el general tuvo por bien deferir el grave caso por completo, que pàrtiese Hidalgo á suspender tan aventurado movimiento, reservándose todos no obstante lanzarse al peligro, sea como fuese, en el caso de no poder conseguirlo. Felizmente no fué menester; pero habíase tambien convenido trasladar para su seguridad al general á otra parte, como se verificó con las precauciones debidas en las primeras horas de la mañana siguiente.

No dejaban de acrecerse las fuerzas de los conjurados, ya con una compañía de un cuerpo, ya con algunas de otros, cuyos sargentos, aunque ignorantes todavía de la presencia de Pierrard, las ofrecian, y tambien alguno que otro oficial. Esto aumentaba los recursos y la confianza del general, quien lamentaba siempre no tener dato alguno, ni aun aproximado, respecto del concurso popular, ni menos de la manera con que combinaria sus movimientos con los de las tropas, ni cuáles serian estos.

Incomunicado con todos menos con Hidalgo, solo de él le era dado informarse respecto del número y buen espíritu de los suyos, confirmábale diariamente y perfeccionaba sus instrucciones, hasta que al ir á hacerlo el 21 en la tarde, segun costumbre, le dijo:—«No hay tiempo. Mañana se hace el movimiento.—¿Quién lo ha dispuesto?—repuso Pierrard.—*Nadie*,—le contestó Hidalgo.—Pues entonces, ¿por qué se hace?—Porque los sargentos me acaban de decir que no quieren esperar mas; que se consideran espuestos á ser descubiertos, y que si no se ejecuta el movimiento mañana al amanecer, no se cuente mas con ellos.—Pero ¿no debemos esperar al movimiento general? ¿se hallan todos los cuerpos

¹ Este prudente patriota desapareció desde los primeros momentos del movimiento. Por lo demás, siempre ha sido muy valiente.



D. MANUEL BECERRA.

bien imbuidos en lo que á cada uno toca hacer? ¿habrá vacilaciones? ¿habrá faltas?—Solo esperan la órden de usted.—Pero ¿cómo he de asumir tan grave responsabilidad? Déjeseme al menos esponer el caso á don Joaquin Aguirre (*presidente del Comité*).—No le hallará...»

El general quedó absorto por tan grave situacion, y despues de un momento de profunda reflexion, le dijo:—«¿Usted me responde de la exacta ejecucion de todas las órdenes que he dictado?—Sí señor.—¿Se halla á juicio de usted todo corriente para ello?—Sí señor.—Pues mande usted lo que quiera, le dijo Pierrard con noble entereza y ánimo digno y esforzado. La victoria y la gloria sean con nosotros.»

Partió Hidalgo como el rayo; eran las cuatro de la tarde. Pierrard quedó acabando de poner en limpio algunas órdenes; entraron en su cuarto don Joaquin Aguirre y su hijo, comunicóles *la buena nueva*, como él con marcial y patriótico acento la llamaba, inflamando sus generosos ánimos en ardor y esperanzas, y anohecido que hubo, fué trasladado á la nueva casa frente á San Gil, por los cuidados de dichos señores, de don Francisco de Paula Montemar y de otros, llevándole el uniforme oculto debajo de los manteos un virtuoso y liberal sacerdote amigo de ellos.

Las órdenes de Pierrard consistian en que á la hora del amanecer que señalara, todas las fuerzas conjuradas, ó con quienes se contaba, se alzaran simultáneamente en sus respectivos cuarteles, y dominada instantánea y enérgicamente en cada uno la situacion, sacaran á brazo, ó como mas pronto pudieran, las piezas los artilleros del cuartel del Retiro, y colocaran el mayor número de ellas que pudieran en batería frente al cuartel del Pósito, ocupado por un regimiento de Ingenieros, colocando algunas en enfilada del paseo de Recoletos, de la calle de Alcalá y del Prado, con una ó dos por la puerta principal del referido cuartel á la plaza de Cervantes, con órden de mantener en respeto é inutilizando para el gobierno á los Ingenieros y á la Guardia Civil del Pósito; que la infantería del cuartel del Soldado, al paso ligero, y por la calle del Barquillo, sin reparar en la morada de O'Donnell ni en la guardia de la Presidencia de Ministros, que arrastraria en su movimiento ó arrollaria á su

paso, marchase en apoyo de aquella artillería, tomando el mando allí el mas caracterizado; que las cuatro primeras piezas de San Gil y doscientos hombres mas, que hubiera, fuesen al trote del ganado de aquellas por las calles del Sacramento y Cava-Baja, á inutilizar del propio modo la fuerza del cuartel de San Francisco, atajando camino parte de la infantería, por los Consejos y subida á las Vistillas, á la vez que otras dos piezas y cien hombres se apoderaran del Principal, reforzándoles cuantos salieran del cuartel de San Mateo, quienes dejarían á su paso en la Red de San Luis cien ó mas hombres; y que se ocuparan convenientemente la Plaza Mayor, teatro Real y plazuelas de Santo Domingo, Afligidos y Capuchinas, quedando siempre una fuerte reserva en San Gil, donde en el caso de mal éxito se haría la última resistencia.

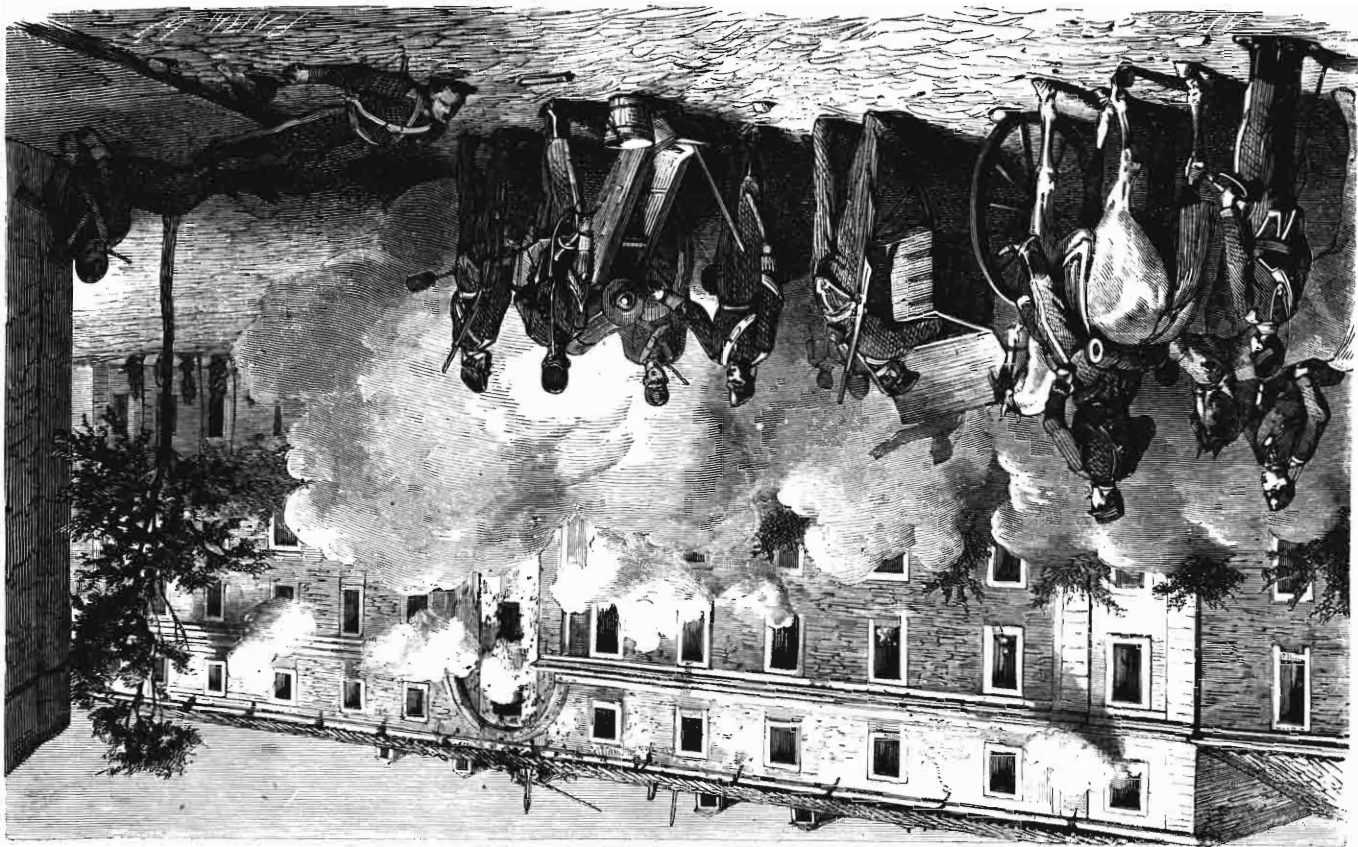
Respecto del pueblo armado, solo había Pierrard podido lograr la afirmación por parte de don Manuel Becerra de que podría contarse con unos trescientos hombres que no dejarían de salir desde los primeros momentos, que mas tarde sin duda no faltarian mas, y de que en caso de necesidad atacaría él al cuartel del Soldado⁴.

Hidalgo le había dicho además que en el Parque de Artillería existían hasta trescientos mil cartuchos, y que se podría dejar armar *hasta* á cuatro mil paisanos.

Dióle este mas tarde parte de estar comunicadas las órdenes, y retiróse á alta hora de la noche, con acuerdo de que no se moviera el general hasta que se le avisase con la escolta de Carabineros y caballo para montar, ya prevenidos para ello, dejándole por ayudante al inteligente y sereno Barbachano, oficial del regimiento húsares de la Princesa. Al amanecer se oyeron tiros dentro del cuartel, y empezaron á salir por sus puertas artilleros armados que iban formando en gran número á la parte de afuera. De allí á poco fué roto el fuego contra ellos desde las ventanas próximas al Parque, al que dispuso Hidalgo se contestara, logrando al poco apagarlo, no sin experimentar alguna que otra sensible baja. Las piezas iban siendo trabajosamente sacadas á brazo y enganchadas á medida que

⁴ No habiendo, como no hubo, necesidad, dejó sin atacar con *sus trescientos hombres* el cuartel del Soldado.

Ataque y defensa de los artilleros pronunciados el día 22 de junio de 1866 en el cuartel de San Gil.



llegaba el ganado atalajado para ellas y enviadas por Hidalgo en diferentes direcciones, las mas hácia la calle de Leganitos. Contemplando Pierrard demasiado solo á Hidalgo, quiso bajar á secundarle, oponiéndosele los consejos de Barbachano, que no lo creia aún oportuno, y por ser directos precisamente para con la puerta de la calle los fuegos de San Gil. Insistiendo no obstante en ello, negáronsele hasta las llaves. Para calmarle fué necesario que bajára Barbachano á ordenar que se le llevara el caballo. Entre tanto, nadie bajaba del cuartel de la Montaña, sino solos unos treinta hombres del regimiento del Príncipe al mando del sargento primero don Manuel Rodriguez, que mas adelante fué herido en Linas de Marcuello, ni afluián paisanos, ni se veia enérgicamente secundado Hidalgo, que sereno y con refrenado despecho paseaba, en parte suspenso ya el fuego que partia del cuartel. Al ver aproximarse su escolta, bajó el general Pierrard precipitadamente, viendo con sentimiento frustrado desde un principio su plan de sorpresa á O'Donnell, única garantía de probable buen éxito. Todas las plazas montadas de la artillería á caballo, rodeando la puerta de su casa, le recibieron con un entusiasta ¡viva! que él hizo estensivo á la artillería, á la libertad y al general Prim; pasó á galope á arengar al 5.º regimiento de dicha arma, parte del cual se hallaba en la plaza misma de San Gil agrupado á su bandera, y de allí al de á caballo, que con su estandarte y algunas de sus piezas se hallaba en la calle de Leganitos, hácia la parte de la plazuela de Afigidos; dictó algunas disposiciones de defensa, y de allí bajó hácia la plaza de Santo Domingo, donde las fuerzas del gobierno ya estaban rompiendo el fuego. Intentó oponerle el de alguna ó algunas piezas de las que por allí mas cerca habia paradas, y ninguna puesta aún en batería, desprovistas *hasta de cabos conductores*, pues tanto estos como los sargentos se habian constituido en escolta de honor del general Pierrard, sin que le fuera dado evitarlo por la carencia absoluta de oficiales: ninguna de aquellas se movia, por lo que determinó dar personalmente al frente de cuantos le seguian una carga por la plaza de Santo Domingo contra los que desde la parte opuesta agregaban al fuego de fusilería que hacian el de una pieza cargada á metralla. Logró con ello hacer que abandonaran á esta las tropas del gobierno, que se retira-

ron por las calles adyacentes, llegando el general por la de Jacome-trezo hasta donde la atraviesa la del Olivo, cuya línea no le era dado rebasar, so pena de haberse visto cortado y envuelto.

Comprendiendo Pierrard la necesidad imprescindible y urgente de constituir en la plaza de Santo Domingo un punto de resistencia, combinada con la que lograra presentar por derecha é izquierda, y sus calles de Isabel la Católica, del Tesoro y plaza del Senado, intentó nuevamente, aunque sin fruto, poner en movimiento las referidas piezas, é hizo que algunos paisanos armados de los que por allí habia se apoderasen de los balcones de algunas casas. Estos le pedian municiones, que decian les negaba el Parque. Pidió refuerzos que no llegaban, siéndole forzoso irlos á buscar por sí, y en la calle de la Flor Baja vió de paso á don Manuel Becerra, acompañado de unos veintiocho ó treinta, dirigiéndose hácia la de la Flor Alta.

Las fuerzas de San Gil se hallaban en el mayor estado de desanimacion; muchas se estaban retirando al cuartel. Cuatro ó seis oficiales sueltos de infantería, entre ellos don Vicente Serrano, compañero despues en la emigracion, y que al parecer habia acudido de los primeros, se le acercaron á pedir órdenes: los paisanos seguian clamando por municiones. Todos gritaban, todos hablaban, impidiendo al general Pierrard ser secundado en sus órdenes, y entre tanto los generales Serrano y Concha (don Manuel) maniobraban por su espalda, y Narvaez y O'Donnell vigorosamente por su frente.

No desesperaba aún de poder resistir; pero anunciándosele como mas inminente el peligro por su espalda, dirigióse á él, y habiéndose adelantado á reconocer la parte de donde se le empezaba ya á hacer fuego, un movimiento brusco del caballo que montaba, sobre el pulido enlosado de una acera, hizo que este resbalase cayendo violentamente al suelo, dejando en él sin ningun sentido al ginete, que en tal estado fué levantado por los que le seguian y llevado á la mas inmediata casa (la tan conocida en Madrid por la llamada *del Duende*).

De nada pudo dar razon, hasta que recobrando el conocimiento mucho despues, gracias á una copiosísima sangría y á la esmerada asistencia del personal del cuerpo de Sanidad del Ejército que del próximo hospital militar acudió. Un piquete de Guardia Civil y al-

gunos hombres con una camilla tambien lo hicieron, para trasladarle á dicho hospital; pero el fuego que por allí se cruzaba hizo que la abandonaran en la misma puerta, sin llegar á entrar.

Peligro tan inminente para la vida del general hizo temer con gran fundamento que se repetiría á muy breves instantes, como así sucedió en efecto; pero habiéndolos aprovechado el patriotismo de unos y el caritativo celo de cuantas personas habitaban la casa, en proporcionarse para él un disfraz, se le pusieron con la mayor presteza, y suspendido á los brazos de dos, le bajaron estos con gran trabajo por razon de su debilitado estado, las sangrías hechas, terrible golpe recibido en la sien á la caída del caballo, y fuerte cojera de su pié derecho, que le habia sido cogido debajo: al ir á traspasar el umbral de la puerta se vieron sorprendidos por la llegada de un nuevo piquete de guardias civiles. Soltáronle de repente los dos hombres por no comprometerse ni comprometerle; hubo el general de sostenerse por su mano, agarrado á la puerta para no caerse, y á la vista del jefe del piquete, encorvóse fingiendo buscar algo por el suelo para no dejar que le viese la cara y le reconociese; pero considerando que esta postura, prolongándose, le podia comprometer aún mas para con los que seguian á aquel, infundiéndoles sospechas, determinó probar fortuna enderezándose; y mirándoles tranquilo cara á cara, sin dejar de procurar ocultar soslayándose las terribles señales del golpe, sostuvo impávido y sin alterarse lo mas mínimo las miradas inquisitivas de cada uno, conforme entraba: no bien el último hubo atravesado el hondo zaguán y desaparecido en parte por la escalera, y en inminente peligro de que los primeros al apercibirse del engaño dieran la alerta, hizo seña enérgica á los dos que antes le conducian, quienes le trasladaron con rapidez á las habitaciones accesorias del palacio de Liria, cerrando detrás instantáneamente la puerta.

El noble duque le esperaba, acompañado de las dos ó tres personas de mayor confianza de su numerosa servidumbre, y con la mayor prontitud fué llevado á la espaciosa y bien ordenada enfermería de la casa, haciéndole cuidadosamenté asistir por el facultativo de ella. Aún no habian trascurrido tres cuartos de hora, que con azoramiento volvieron para advertirle que guardias civiles llamaban á la

puerta y que era forzoso huir de aquel paraje; sin darle tiempo para nada, le arrancaron de la cama, llevándosele á ocultarlo á otro sitio mas retirado, y terminado, con fortuna para el general, el registro escrupuloso que verificaron, en el que estuvo con la mayor estrechez hasta pasada la media noche, que acabado de servírsele un refrigerio, el portador fué sorprendido á la puerta de la referida estancia, sin mas consecuencia que el desmayo de una respetable señora que presenció el peligroso incidente.

En las primeras horas de la mañana siguiente 23 fué trasladado á un local mas cómodo, y á la caída de la tarde se presentaron en el palacio del duque un comandante, varios oficiales, y hasta unos cien guardias civiles, con órden de la Presidencia del Consejo de ministros para hacer un escrupuloso registro, por la evidencia que se tenia de que allí se hallaba oculto el general. Siete horas emplearon en tal operacion sin poder lograr su objeto.

Justamente alarmado el duque con predisposicion tan severa de parte del gobierno, solo pensó ya en trasladarle á lugar mas inmune, al palacio de cualquiera embajada extranjera, tropezando con la grave dificultad de que ya se hallaban llenos de acogidos por igual causa. No obstante esto, la de los Estados-Unidos del Norte de América, dignamente representada por Mr. Jonh Pacher Hale, encontró un hueco para el perseguido general, y de acuerdo con dicho señor fué trasladado á su casa al oscurecer del dia 25, conducido en el carruaje en que á la misma hora solia el duque de Alba diariamente salir, llegando sin percance á la de la legacion de los Estados-Unidos, recibiendo los mas solícitos cuidados de la familia del dignísimo representante, á quien el partido liberal español estará eternamente agradecido. Acogido ya tambien allí el autor de esta biografía, tuvo el honor de conocer de cerca al que es objeto de ella.

Allí permaneció hasta el 19 de julio, que perfectamente disfrazado de norte-americano, salió con el embajador, una de sus hijas y otros acogidos para Bayona, adonde llegó, no sin que peligrase mucho ser conocido por el sinnúmero de personas del mayor trato del general que viajaban en el mismo tren, y á cuyo lado muchas veces comia. Despues de permanecer algunos dias en aquel punto, habiendo sabido que el general Prim se encontraba en Ginebra, dirigióse

por Lyon para darle detallado conocimiento de lo ocurrido y recibir nuevas órdenes.

Durante su permanencia en Ginebra, como hombre amantísimo del estudio no desperdió un momento en instruirse de las costumbres políticas de aquellos libres ciudadanos y en examinar las preciosidades que aquella parte de la Suiza encierra.

Teniendo que acudir la cita del general Prim los mas importantes emigrados, para el 15 de agosto de aquel mismo año en Ostende (Bélgica), púsose en marcha con algunos dias de anticipacion para conocer á su paso las poblaciones de Bále y otras de la Suiza y la plaza fuerte fronteriza de Strasburgo. Habiendo llegado el dia 15 á Ostende, asistió á las dos reuniones que allí se celebraron los dias 16 y 17, cooperando eficazmente á la adopcion de los acuerdos mas enérgicos, dirigidos á intentar un nuevo movimiento en el mas breve plazo posible. Satisfecho el objeto de aquellas juntas, y considerando que su permanencia era ya inútil en aquel punto, decidióse á aceptar la generosa hospitalidad de su señor hermano don Fernando, que habia acudido tambien como emigrado á las referidas conferencias, pasando á incorporársele en Tours, donde con su familia se hallaba establecido. De allí se trasladaron reunidos á París, en donde se fijaron nuevamente. En febrero del año siguiente pasó el general á Bruselas á prestar su cooperacion en los trabajos que dirigia personalmente el general Prim, y en su virtud recibió en abril la importante mision de trasladarse sigilosamente por Inglaterra á Gibraltar, á fin de estar á la mira del movimiento que por numerosos republicanos debia estallar, segun le tenian anunciado, en la Serranía de Ronda, y en tal caso, generalizarlo en toda Andalucía y ponerse á su frente con el mando militar superior de los cuatro reinos y las amplísimas facultades consiguientes de que le invistió en nombre de la revolucion, y en uso de las de que esta le habia conferido á él. Descubierto el complot, supo á su arribo á Gibraltar que habian sido presos los principales iniciados en él, persuadiéndose á las pocas horas de que habia fracasado por completo.

No obstante ello y su absoluto aislamiento é incomunicacion con el interior de Andalucía y con Bruselas, entabló relaciones á favor de las escasísimas que llevaba, y concibió el proyecto de organizar

un levantamiento de las Andalucías, apoyado por el desembarque en Algeciras del regimiento Fijo de Ceuta, con el que para sus anteriores planes contaba ya el centro de Bruselas; pero descubierto en Gibraltar, vióse precisado el gobernador de la referida plaza á ordenarle su reembarque, que difirió cuanto pudo, con la esperanza de realizar sus planes, hasta que en virtud de las apremiantes reclamaciones de nuestro gobierno, y terminantes órdenes del inglés, trasmitidas por su embajador en Madrid, tuvo lugar aquel con direccion á Lóndres, desde donde dió inmediata cuenta á Prim, esperando sus instrucciones. Estas fueron las de dirigirse sin la menor demora á Bruselas, y de allí seguidamente y con el mayor sigilo para el punto que eligiese de Francia mas próximo á la frontera de España, guardando en lo posible el incógnito y avisándole su llegada.

Eligió Pierrard la villa de Mont-de-Marsant, cabeza de prefectura del departamento de las Landas, donde esperó parte del mes de mayo, todo junio y julio y primeros dias de agosto, en que recibió orden apremiante de dirigirse á Pau, para donde partió al siguiente dia, y de avistarse con Moriones, como lo intentó por intermedio de los señores Jimeno, republicano emigrado de Zaragoza, y Galindo, oficial de caballería, que allí estaban en correspondencia con él. Decíale Prim á Pierrard en su carta, por únicas instrucciones, que se confiase *en un todo* á Moriones, *conforme*, añadíale, *lo haria él mismo si fuese*.

En este supuesto, le propuso Pierrard por carta una conferencia que el general destinaba á recoger sus indicaciones y formar, de acuerdo con él, el inmediato plan de campaña, ó enterarse del que Prim tuviese ya aprobado y adoptado. Con dicho objeto, al parecer, recibió Galindo la orden de guiar á Pierrard hasta Urdáx, donde supusieron que les esperaria; pero no habiendo sido así, continuaron su viaje, lo último de él á pié, cargados con parte de su bagaje y en noche tempestuosa, hasta la Peyronera, venta francesa situada en la misma raya de España, donde encontraron á unos doce emigrados de los acabados de llegar á aquel punto, y una relacion del itinerario que en direccion á las Cinco Villas de Aragon se habia propuesto seguir Moriones, que acababa de partir para en-

trar por el valle de Ansó, y le dejaba para su propia invasion la compañía de carabineros situada en el pueblo de Villanna, mas adentro de Canfranc, cuyo teniente Cienfuegos, que la mandaba accidentalmente, estaba comprometido en el movimiento. Noticioso el general Pierrard por los informes recibidos de Galindo y por resultado de la arriesgada comision antes desempeñada por el coronel don Fernando, hermano del general, de que el teniente coronel jefe de la comandancia de Carabineros de Jaca se hallaba tambien formalmente comprometido para con todas las fuerzas de su mando cooperar al mismo, concentrándolas á la primera noticia de la invasion nuestra, asegurándole igualmente el referido señor Galindo y otros confidentes, que el mismo brigadier gobernador de Jaca lo estaba, dirigió por propio de confianza oficios y cartas á dichos señores y á otro corresponsal en Jaca, ordenando á Cienfuegos que en el acto se acercase en direccion á la Peyronera con toda la fuerza de su compañía, y á los primeros que contaba con su leal cooperacion, solicitándoles respuesta.

Sin ninguna de Cienfuegos ni del gobernador, y con una muy evasiva del jefe de la comandancia de Carabineros, tuvo aviso de que fuerzas de Gendarmería y de Aduaneros franceses se dirigian á prenderle. Antes que consentir caer en sus manos prefirió lanzarse con los pocos suyos á la ventura en territorio español. De entre sus compañeros solo cuatro consiguieron seguirle; los demás cayeron en poder de la policia francesa. Al primer grupo de gente armada que á la media hora de marcha en oscura noche encontró Pierrard, le dió el «¿quién vive?» rewólver en mano; y respondiéndole: «Carabineros,» les replicó: «¡Viva Prim! ¡viva la libertad!» á que correspondieron ellos con ardor. Eran ocho carabineros y un cabo que acababan de recibir aviso del teniente Cienfuegos de dejar sus puestos y dirigirse hácia donde estaban. Hizo Pierrard que le siguieran, y fueron encontrando mas fuerza á medida que avanzaban, hasta Canfranc, donde ya amanecido se incorporaron las que allí habia, cuyo oficial se resistió; y por último á Villanna, donde con el resto de la compañía estaba Cienfuegos.

Prévio un ligero descanso á la tropa, decidió Pierrard marchar con ella sobre Jaca; pero habiéndole salido al encuentro una colum-

na de triplicadas fuerzas, con caballería, inclinó su marcha á la derecha. Reforzado durante ella con algunos mas carabineros y paisanos voluntarios, resolvió hacer frente á dicha columna, enviándola antes parlamentarios; y siendo ambíguas las respuestas de su jefe, dispuso avanzar sobre ella, aunque inferior aún en fuerzas, obligándola á replegarse á Jaca, hácia donde se dirigió, forzándole á pasar de largo, la actitud hostil en que dicha plaza se hallaba, evitando durante su rápida marcha de noche para incorporarse con Moriones, el encuentro con una columna de trescientos artilleros enviados de Zaragoza á sostener y reforzar á Jaca. Se encontró antes de lo que pensaba á Moriones, colocado en unos retirados montes, y habiéndole comunicado la última instruccion recibida de Prim, de que siendo próspera la fortuna se le enviasen á Cataluña trescientos hombres del ejército, y siendo adversa se pasaran todos á la referida provincia. Se confió á la direccion de Moriones, conforme le tenia el general Prim encargado.

Las fuerzas reunidas por Moriones se elevaban á unos cuatrocientos carabineros y otros tantos paisanos voluntarios, bien armados; aunque estos últimos no le inspiraban la mayor confianza, por las dificultades que habia tenido que vencer para levantarlos, y la escasez de noticias favorables que de ninguna parte recibiera. El general las arengó con el mayor ardor, al que correspondieron con entusiasmo, y se acordó marchar hácia Huesca, á reserva de poner en ejecucion, si necesario fuese, la segunda parte de las instrucciones del general. Mas á poco de haber atravesado el rio Gallego por bajo de Murillo, se recibió noticia de hallarse en Agreda la columna al mando del general Manso de Zúñiga, y se dispuso dar un breve descanso á la fuerza en el pueblo de Linas de Marcuello, para lo que ocurrir pudiera, y por haber acabado de hacer una marcha muy forzada. No bien lo habia disfrutado, cuando dieron las avanzadas aviso de ver marchar en direccion de ellos la columna de Manso. Consultado Pierrard, dispuso salirla al encuentro, tomando posiciones en las afueras pueblo, que dejó encomendado á Moriones, adelantándose en persona, sin tener escolta de caballería ni aun ayudantes montados, á reconocer al enemigo, sorprendiéndole su presencia tan cerca, que no tuvo lugar aun de completarse la escasa



Muerte del general Manso de Zuñiga en la acción de Linas de Marcuello el 15 de agosto de 1867.

línea de batalla. La mayor parte de las fuerzas habíanse quedado en las avenidas del pueblo. Esto obligó á Moriones, empero de haber el enemigo roto ya el fuego, á mandar dar *media vuelta* para colocar dicha primera línea en posicion *mas ventajosa y segura*; movimiento que enérgicamente quiso impedir el general Pierrard, por considerarlo mucho mas peligroso que el haber arrostrado con vigor el choque. Dando uno y otro ejemplo de valor y acostumbrada á tenerle la fuerza de Carabineros, pudieron detenerla en una pequeña era, aunque muy dominada por la altura que dejaban, quedando Pierrard á su frente, secundándole el capitán emigrado Zapino, y marchando Moriones á asegurar con las restantes fuerzas la defensa del pueblo y para en un caso adverso, *la retirada*. A poco mas que á medio tiro de fusil de Manso, con su estado mayor y guerrilla, quedaba Pierrard, al frente y costado izquierdo de la suya propia, desde cuyo puesto moderaba la inútil viveza del fuego de los suyos, haciéndoles considerar que las municiones eran escasas, y que solo él era blanco de los pocos tiradores enemigos. Recibió muy pronto un balazo, y su caballo otros que se lo inutilizaron para el combate; pero temiendo los efectos de su propia retirada de aquel *peligroso punto*, permaneció en él hasta que el ordenado ataque por las superiores fuerzas de Manso envolviendo á las escasas nuestras, obligó á estas á ceder, no sin que antes recibiera Pierrard del que mandaba la caballería enemiga, lanzada por el costado donde él estaba, varios disparos de rewólver, uno de los cuales le hirió nuevamente de bala, la que aún lleva en la pierna izquierda. Fuele preciso seguir el movimiento en retirada de su tropa, hasta hallar el apoyo del grueso de sus fuerzas, donde el irreflexivo ardor de Manso le hizo sucumbir ante una inusitada resistencia que no habia previsto.

Por un golpe de audacia, y no sin experimentar considerables pérdidas, lograron sus soldados, á favor de su caballería, rescatar su cadáver y emprender con él la retirada.

Falto de la referida arma el general, era de todo punto imposible completar la victoria. Quería sin embargo seguir al enemigo de cerca; pero Moriones, que habia tomado nueva posicion á retaguardia, se opuso á ello, opinando mas bien por que sin pérdida de momentos continuaran su marcha con direccion á Cataluña, en confor-

midad á las instrucciones del general Prim. Pierrard entonces decidió que al menos se permaneciera sobre el campo de batalla hasta perder al enemigo de vista, para dejar debidamente asistidos á nuestros mas graves heridos, y que jamás quedara duda de que la victoria habia sido nuestra, y así se hizo. Defectos de organizacion y aun disciplina inherentes á las circunstancias, y que no podia estar por tanto en manos del general Pierrard evitar, produjeron muy peligrosos efectos, desertando de nuestras filas, al ser avistado el enemigo, tres oficiales de Carabineros de los que habian seguido á Moriones, desapareciendo igualmente todos los voluntarios armados con el oficial emigrado que los mandaba, sin habérseles vuelto á ver. Los bagajeros, viendo esto, desertaron tambien, llevándose todos los equipajes, y no pocos carabineros ni llegaron á entrar en fuego. Solo la imperturbabilidad y sangre fria del general Pierrard, y pundonor de los restantes oficiales, pudieron hacer que todo aquello pasára inapercibido del enemigo, que por la presencia de aquel en el punto que hemos descrito, halló una resistencia imposible en otro caso, y mas que temeraria en el en que se hallaban. Así lo hubo de juzgar Moriones, contrariando en parte los impulsos del general Pierrard, fundados en la consideracion de la fuerza moral que á los nuestros debia dar la victoria de Linas, porque despues de la útil detencion exigida por aquel y empleada además en asistir á los heridos, emprendió por sí solo la marcha con la vanguardia, compuesta en parte de los voluntarios Ansotanos, en la direccion por él propuesta, dejando á Pierrard con el resto restableciendo la calma en los ánimos, sobreescitados por la carencia de municiones, esceso de fatiga de las recientes jornadas, y escandalosa inmotivada conducta de los desertores.

Las jornadas siguientes fueron penosísimas para el soldado, siendo ejecutadas por terrenos escabrosos y sin descanso noche y dia, dejando numerosos rezagados, que el celo y constancia á toda prueba del general Pierrard, que al efecto marchaba constantemente á retaguardia, reunia y ordenaba. Mil veces cortada y estraviada buena porcion de la columna, cuya reincorporacion costaba á Pierrard y sus escasos ayudantes continuados desvelos no exentos de peligros de varios géneros, lo fué una vez mas, cerca del pueblo de

Santa Oloria, en el que apenas llegado el general, y estando en una casa conocida de Galindo, por instancias y con empeño de este, salió Moriones sin prevenirle de ello, con toda la fuerza reunida, en virtud, así lo dejó dicho, de una alarmante noticia recibida, y en direccion tan desconocida para el general, sus ayudantes y el mismo Galindo, nada prácticos en el terreno, que unido todo á la mala instruccion de los guías y la inmensa lobreguez de la noche, quedaron completamente desorientados y en el mayor aislamiento, haciéndose de cada vez mas comprometida su situacion. Siempre tuvieron los militares espermentados por incalculables los inconvenientes y graves consecuencias de las marchas de noche, mucho mas cuando son forzadas, y se considera en la presente ocasion el estado moral en que irian aquellas tropas, sacadas de su situacion normal para fines no bien definidos, que sabian juzgar con criterio propio, estando en contacto con los habitantes de los pueblos del tránsito, por quienes sabian el completo fracaso de la tentativa del 15 de agosto, no obstante la victoria de Linas que tocó al general Pierrard la gloria de mandar, y llevados por riscos, sin descanso ni consideracion alguna, en direccion y por tiempo para ellas desconocidos, y sin otra perspectiva, segun todas las probabilidades, que la de un fin para ellos y la empresa acometida, funesto.

El celo, ejemplo y constancia del general y las universales simpatías y justa confianza que su carácter y circunstancias inspiran á cuantos obedecen sus órdenes, pudieron solo atajar hasta allí todo grave conflicto. Sin guías y en país desconocido, vanos fueron sus esfuerzos y los de cuantos le seguian por obtener noticias del paradero de Moriones y de las columnas enemigas. El capitán Zappino se destacó infructuosamente con el propio objeto, y viéndose forzado entre tanto á moverse en direccion escéntrica para evitar ser cortados y envueltos, halláronse en la raya de Francia, obligados á repasarla al saber en ella que numerosas fuerzas de las sublevadas en Cataluña y otros puntos, y hasta de las que se habia llevado Moriones, les habian ya precedido.

El general, con sus heridas aún abiertas, debilitadas sus fuerzas en una campaña tan llena de contrariedades y privaciones de todo género, encontró aún espíritu y valor suficientes para ejecutar uno

de esos actos sublimes que solo un alma grande inspira y una naturaleza privilegiada acomete. Mas rendido que él, uno de sus oficiales peligraba quedar para siempre entre las nieves perpétuas del Pirineo y los gigantescos riscos del terrible y elevadísimo paso conocido con el famoso nombre de BRECHA DE ROLANDO, al Sur del difícil y escabroso paso de *Gavarnie*, poblacion francesa, cuando ofreciéndole un poderoso oportuno auxilio, logró con heróico esfuerzo sacarle á salvo. A todos sus demás compañeros alcanzó tambien la proverbial bondad del general Pierrard. No menos rendidos todos de una tan larga série de fatigas, obligados á pasar la noche entera entre aquellos precipicios, y empapados por el agua-nieve que de todas partes caia sobre ellos, sin haber comido durante las últimas veinticuatro horas, les hizo servir en la venta de *Gavarnie* una abundante cena, y encender una gran lumbre en que secasen sus cuerpos y sus ropas, repartiéndoles hasta el último céntimo que le quedaba de los escasos recursos propios que llevó de Francia, la mayor suma de los cuales habia ya invertido en proveer al suministro de los voluntarios y de parte de las tropas. Las autoridades francesas le recibieron con las mas debidas atenciones, conduciéndole el subprefecto de Argelés en su propio carruaje hasta Tarbes, donde se le hizo *la primera cura* de sus dos heridas.

Internado á Bourges por el ferro-carril con iguales miramientos, principia aquí para el general un importante período de su vida, esclusivamente político y de una influencia considerable en la revolucion, *aun hoy no terminada*.

Cumplidos el plazo y condiciones por él de antemano é interiormente fijados por su notoria lealtad, para reivindicar su completa autonomía, púsose á reflexionar seria y concienzudamente, cual su situacion se lo permitia, sobre los sucesos de su patria, juzgando con sólido é imparcial criterio la naturaleza é intensidad de sus males. La frialdad con que los anteriores movimientos habian sido secundados por el país, la falta de concierto que reinaba entre los principales emigrados, y cuyas verdaderas causas le eran desconocidas, la poca confianza que inspiraban muchos de sus hombres, gastados antes y durante la revolucion, y el aborto de esta tan reciente, eran otras tantas razones que inclinaron la balanza de las

probabilidades en el sentido de su ya antigua creencia de que el país, lejos de querer un nuevo pronunciamiento, ansiaba una revolución *radical*. No se le ocultaba, sin embargo, que esta se hacia á la vez difícil por la costumbre de no haber visto el país mas que *pronunciamientos*: nunca fué otra la mision de *progresistas* y de *unionistas*.

Mas desde el punto y hora del *retraimiento*, la piedra estaba lanzada y no habia medio de detener su curso.

Con la mayor frialdad, libre de todo compromiso personal, exento de toda pasion política, púsose á discutir consigo mismo las diversas soluciones que le sugerian el estado del país, su historia, su presente, y el porvenir que debia esperar del progreso rápido de las ideas, teniendo en cuenta la situacion de los demás pueblos de Europa. Luchando con la duda, á veces con el imposible, acabó de persuadirse de que los principios políticos cuya bandera se habia enarbolado hasta allí no satisfacian las necesidades de la patria ni podian salvarla, ni electrizar las masas, porque desde el momento en que *a priori* se limitaba la marcha de la revolucion, quedando paralizada se convertia en un mero pronunciamiento. En su concepto debia dejarse cuando menos que, una vez destruido el *obstáculo tradicional*, el país se encargase luego de limitar libérricamente sus consecuencias, llegado que viera el momento oportuno de ello, si así le placia. No le engañaron sus justos presentimientos. Resolvió por tanto separarse del partido progresista, al que se hallaba únicamente unido por altas consideraciones de patriotismo que fueron siempre el móvil esclusivo de sus acciones, afiliándose en el republicano, hácia el que le atraian su carácter y sus firmísimas convicciones. Dícese con fundamento que la mayor parte de los que han *hecho política* en España ha sido por ambicion: el general Pierrard nunca la conóció, y al ocuparse de política por primera vez, lo hace *aconsejando* con desinterés; despues *activamente* á las órdenes del general Prim; conoce luego los errores de este, y despreciando todas las ventajas que ni ambiciona ni ha ambicionado jamás de la posicion que á su lado tenia, se va lleno de abnegacion á las filas del partido republicano, que no puede premiar sus servicios como el monárquico, con títulos y entorchados, y solo sí con demostraciones de consideracion y apre-

cio, únicas que su delicado carácter acepta, porque solo aspira á la felicidad de su patria, que es el mas bello galardón de una pura conciencia. Los que se hacen de las masas populares una escala para encaramarse al poder, naciendo republicanos han sido luego tiranuelos pequeños. El general Pierrard, despues de conquistarse en los campos de batalla una alta y honrosísima posición, la ofrece con su brazo y espada *al pueblo*, condolido de su postración.

Hecha esta pequeña digresión, y afiliado resueltamente al partido republicano, se puso en relaciones directas con los señores Olózaga, Marqués de Albaida, *que tambien las mantenía con este*, Castelar, Pi y Margall, Cárlos Rubio, general Latorre y otros importantes emigrados, tratando de persuadir á cuantos militaban en el campo progresista de la necesidad de proceder á la reorganización de las *fuerzas revolucionarias* bajo la base de un justo y mejor entendido acuerdo entre los representantes de ellas.

Todos sus esfuerzos se estrellaron en los planes preconcebidos por unos y otros, ciñéndose en consecuencia á fortalecer al partido republicano, secundarle en sus patrióticas desinteresadas miras, y ayudarle en todas sus empresas, sin desesperar de conseguir para en momento oportuno sus laudables conciliadores deseos. Testigos fuimos de su constancia y abnegación; y mas de uno de los que ocupan hoy altos puestos oficiales, recordará con mortificación acaso, sus severos pronósticos de cuanto en daño de la revolución y por efecto de sus imperfectos planes está hoy sucediendo.

Preocupado el general Pierrard de la indispensable organización de los elementos *de acción* del partido á que con tanta honra suya como utilidad de él pertenece, entabló, de entero acuerdo con el marqués de Albaida, una activa correspondencia secreta con los correligionarios de España, y procuró allegar recursos en armas y dinero, aunque sin resultado y á costa de incalculables sacrificios de todo género. Fué mil veces solicitado para ocupar puestos de la mayor importancia en los nuevos planes que la fracción progresista formaba, de acuerdo con los unionistas y con algunos hombres de la democrática; pero imponiéndosele condiciones de *conducta* inaceptables para la honra del partido republicano, las rehusó con la mayor entereza, prefiriendo servir libre é *independientemente* á la re-

volucion, que hacerlo en representacion de su partido bajo condiciones humillantes para este. Se le exigia *no consentir que se levantara en ninguna parte donde estuviese* la bandera republicana; pero él no podia OFRECER el impedir que donde cualquiera republicano quisiese aclamase su bandera, sin dejar por ello de pelear en su puesto por la causa comun, hasta que la Nacion representada en Córtes espresase solemnemente su *soberana voluntad*, sin cohibir entre tanto en manera alguna la libre emision del pensamiento de cada uno.

Siendo tan escaso el número de generales en la emigracion, tocábale de necesidad y derecho un importante mando: á él renunció generosamente por los motivos espresados.

Advertido de cuanto pasaba en el campo de los *coalicionistas*, buscó con tiempo recursos propios para trasladarse á la frontera, como lo verificó con solos tres amigos, Mariano Rossell, Clavé y Guisasola, á quienes se agregaron ya en la frontera el señor Prats, que les esperaba, y el oficial recién emigrado don Luis Pierrara, mientras que lo efectuaban por la parte de Urgel los oficiales Zappino, Revilla y otros, penetrando en España los primeros por el Perthus y la Junquera el dia 29 de setiembre, levantando aquella parte del Ampurdan, al grito de «*¡Viva la Soberanía Nacional! y ¡Abajo los Borbones!*» si bien favoreciendo cuantas manifestaciones se hacian en sentido republicano, que pudiera decirse lo eran todas, tal era el sentimiento popular, y tal el levantado espíritu de aquellos libres habitantes.

Destituyó el ayuntamiento de la Junquera, haciéndole reemplazar por otro, producto del sufragio universal, armó su milicia voluntaria y la de todos los pueblos circundantes, y puesto á su cabeza dirigióse á la plaza de Figueras, cuyo castillo fuerte, si bien no hostilizaba á la poblacion, se atenia aún á otras órdenes, obligando con su presencia al brigadier gobernador de él á adherirse al movimiento nacional y reconocer explícitamente la autoridad de la junta local, cuya presidencia honoraria habia la misma conferido al general.

Noticioso de que en Gerona se hallaba un regimiento en semejante actitud á la anteriormente espresada del castillo de Figueras,

dirigióse á dicha plaza con el mayor número de fuerzas del ejército y voluntarios que pudo reunir, decidiéndose á la noticia de su aproximación, el coronel que mandaba dicho regimiento, á hacer lo propio que el brigadier gobernador de Figueras, haciéndole desfilar en columna de honor por delante del balcon de su alojamiento, á los gritos de «*¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones! ¡Viva la Soberanía Nacional!*»

El general habia salido de París enfermo, permaneciendo dos dias oculto en el Perthus y entrando á pié en Cataluña rewólver en mano por cuanto podia suceder, conforme el año anterior lo habia practicado en Aragon, hasta que le salieron al encuentro grupos de ciudadanos *amigos*. Cerca ya de Gerona, le fué forzoso entrar en un carruaje, llegando muy agravado, y allí supo el paso del coronel Baldrich y estancia del general Latorre, que habian sido detenidos en Francia, recibiendo sucesivamente los telégramas siguientes:

«La Junta revolucionaria de Gerona al alcalde constitucional de Figueras.

»La ciudad se ha pronunciado á las ocho de esta mañana, formándose la Junta, que me ha elegido presidente. El comandante general se ha adherido al pronunciamiento. Sírvasse usted hacer llegar estos hechos á noticia del general Pierrard con la mayor posible brevedad, manifestándole los deseos de esta Junta de que se presente cuanto antes en esta capital, á fin de dar toda la fuerza posible al pronunciamiento. Hasta ahora el regimiento que está de guarnición no ha querido adherirse al movimiento, pero tampoco lo hostiliza.—El presidente, *José Deura*.»

«La Junta (*de Barcelona*) al general Pierrard.

»La Junta agradece los auxilios que V. E. se aprestaba á darnos.

»Las fuerzas de su mando deben quedar en Gerona, por innecesarias aquí. Esperamos á V. E., y *una comision saldrá á recibirle*.»

Deferente para con los deseos espresados en el último, sumiso á la autoridad suprema revolucionariamente creada, y respetando *la de igual autoridad* de Gerona, dimitió en manos de esta el mando

de las referidas fuerzas, haciéndose llevar aún enfermo sobre colchones en el ferro-carril, á Barcelona. Es indescriptible el entusiasmo con que en todas partes era aclamado. En Barcelona tuvo una ovacion completa, y tanto en unas como en otras de las en que se detenía, su primera diligencia fué siempre reconocer la autoridad de las Juntas, ofreciéndolas personalmente su obediencia, y dirigir sentidas y patrióticas palabras al apiñado pueblo. Hecho esto en Barcelona con sobrehumano esfuerzo por el mal estado de su salud, continuó allí por tres dias en cama, recibiendo durante ellos los siguientes telégramas:

«Don Nicolás María Rivero al capitán general de Cataluña, para que sin pérdida de momento lo trasmita al general Pierrard.

»Un estrecho y fraternal abrazo. Véngase usted al instante: necesitamos de usted con toda urgencia.—*Nicolás María Rivero.*»

«La Junta revolucionaria de Madrid al capitán general de Cataluña, para que inmediatamente lo trasmita al general Pierrard.

»La patria necesita del concurso de todos sus hijos. La Junta, en nombre de esa misma patria, le escita á que venga sin demora á Madrid, para auxiliarla en sus trabajos con su presencia y con su nombre.»

También recibió otros de diferentes puntos, congratulándose autoridades revolucionarias, centros de igual clase, y pueblo, por el feliz comienzo de nuestra ansiada regeneración política, solicitando todas su presencia, aclamándole Soria, y confirmándolo un solemnísimos acuerdo de la Junta, HIJO ADOPTIVO DE LA CIUDAD, y otros por este estilo. Poco repuesto aún encaminóse á Madrid, no sin que Juntas y pueblo le demostraran en cada estación su entusiasmo y alegría, deteniendo en cada punto la salida del tren. En Zaragoza la ovacion fué inmensa, aunque nada habían las autoridades podido ordenar por su parte para ella. Veinticuatro horas tan solo tomó allí de descanso. Continuó su viaje, esperándole en Guadalajara comisiones de los Comités revolucionarios de Madrid y de su Milicia ciudadana, ansiosas por saber la hora fija de su entrada para comuni-

carla. Habíansele incorporado en Zaragoza el señor Luis Blanc y otros republicanos.

El general, patriota sincero, y modesto hasta el extremo, rehuía causar molestias y recibir ovaciones; mas no ignorando dichas comisiones la hora de llegada fija de los trenes, y sabedoras tan solo *de que el general no se detenía*, avisaron por telégrafo de la del tren en que iba; tan escasos momentos y en horas de noche, bastaron para que sin la menor intervencion de las autoridades ni Junta, todo Madrid se pusiera en conmocion y se le levantara un arco, no satisfecho el pueblo con los que aún tenia en pié del recibimiento hecho á los generales llamados LIBERTADORES, que con su ulterior conducta tanto han justificado el célebre apóstrofe dirigido en París por el general Pierrard á los mas autorizados miembros de la emigracion: «La coalicion que habeis hecho es ANTIREVOLUCIONARIA,» y así lo sentia, por evidenciarse á sus ojos que su final objeto no era otro que contrariar á todo coste el espíritu democrático-republicano ya tan pronunciado del país, y precipitando sus actos y anticipándose á ella inutilizar la conspiracion republicana, que nadie con mas ardor secundaba que el desinteresado cuanto previsor y entendido general.

Era la llegada á las siete de la mañana, y á dicha hora llenaban la estacion y sus avenidas multitud de pueblo y batallones de Voluntarios de la Libertad (el uno denominado ya DE PIERRARD, creándose á muy poco otro con la denominacion, para distinguirlo de aquel, de GUIAS DE PIERRARD). Comisiones le esperaban allí y en el vestibulo de honor del Congreso de los Diputados; condujéronle en triunfo en carruaje descubierto por los sitios en que se habia mostrado en el memorable 22 de Junio, habiendo cambiado á la plaza de Santo Domingo su nombre por el de PLAZA DE PIERRARD, con el que hoy subsiste. La ciudad de Soria lo ha puesto asimismo á una de sus calles, la de Barbastro á otra, la de Teruel últimamente al puente que antes era de Isabel II, y así de otras. La circunscripcion de Ronda, en la que jamás habia estado ni tenia relaciones algunas, le aclamó uno de sus diputados para las próximas Constituyentes, enviándole diferentes comisiones para que aceptase dicho cargo, como lo hizo, escusándose por dicha causa y para no perju-

dicar al partido en el número de sus futuros representantes, con muchas otras que tanto á él como á su digno hermano el brigadier don Fernando habian dirigido igual ruego.

En vista de reiteradas instancias fué, despues de algun tiempo, á la ciudad de Soria, y poco mas tarde por igual causa, á las de Huesca y Barbastro, en todas las cuales y las de su tránsito recibió inmensa ovacion, escediéndolas Soria por el vivo recuerdo de su impensada y secreta marcha dias antes del 22 de junio, Barbastro por el de su renombrada conducta á sus inmediaciones durante la pasada guerra civil, Huesca por el unánime y levantado republicanismismo de sus habitantes, y ambas por la no menos honrosa observada por el general en su gloriosa accion y campaña de agosto de 1867.

Electo por inmensa mayoría de los republicanos de Madrid miembro de su Comité electoral del que fué vicepresidente, y luego del Central, en union de los representantes enviados por las provincias al efecto, é incluido en la gran candidatura oficial del partido por la circunscripcion de Madrid, obtuvo con ella un número considerable de votos, aunque fué derrotada por la en que figuraban todos los ministros, único medio que estos tuvieron de contrarrestar la popularidad de aquella. Ya con anterioridad habia concurrido á todos los grandes *meetings* del partido y á muchas de sus públicas reuniones y clubs, siendo su presencia acogida siempre con estrepitosos aplausos, y el dia 1.º de noviembre, al presidir la manifestacion de los artilleros y el pueblo en honra y memoria de sus desgraciados compañeros fusilados á consecuencia del 22 de junio, exaltó el entusiasmo del innumerable concurso, hasta el frenesí, al ser el primero que despues de tributar en breves y sentidas palabras el homenaje del respeto y admiracion de todos hácia el heroismo y virtud de aquellos, muchos de ellos inocentes víctimas del crimen de sedicion, aun bajo el parcial é inhumano criterio de sus verdugos, lanzó con estentórea voz el grito sublime y *único salvador* de REPÚBLICA, nunca hasta entonces oido al aire libre.

Lo mismo habia hecho en la emigracion, donde no obstante haber muchos que eran notoriamente republicanos, no pasaba como bandera precisa para la revolucion, mientras que Pierrard intentó que en lo posible al menos reemplazara á la incolora para las masas

de «¡Abajo lo existente! y ¡Viva la Soberanía Nacional!» á que muy á lo último se añadió «¡Abajo los Borbones!» á cuyo propósito un dia (era en diciembre de 1867) reunidos en Bourges un considerable número de emigrados progresistas, obsequiados por los señores don Manuel Leon Moncasi y don José Lagunero, tomó la palabra y les dijo:

«Señores, un sentimiento comun, contratiempos comunes nos tienen en la expatriacion: hablemos entre hermanos de lo que á todos tanto interesa. Hemos repetidamente espuesto nuestras vidas en la presente revolucion, muchos de nuestros camaradas han pagado con la suya el tributo de su amor á la libertad, á la justicia y á la patria; otros, con la sangre de sus heridas, aún no restañada, y no hay uno solo de entre nosotros que no se halle pronto á derramarla mil veces por tan sagrados objetos: sufre entre tanto el país males sin cuento: ¿y qué le ofrecemos para despues de ello? Un mero cambio en la persona del monarca, un mero cambio en las de la dinastía reinante, un insignificante y por de más efímero cambio en la marcha política. ¿Es por tan poco, relativamente, que hace un país sacrificios tan grandes? Una sola gota de sangre de un pueblo que se estima, merece mucho mas que eso. ¿Querreis ir á verterla por la dicha tan solo, el bienestar y grandeza de una familia, de seguro extranjera, y que al fin no será mejor que la que desechais? ¿No veis que el hallarla tan solo será ocasion de humillaciones para España y objeto de dificultades sin fin, y su entronizamiento gérmen perpétuo de anarquía y de guerra civil? Hoy viene la Nacion sufriendo los males consiguientes á la coexistencia de dos ramas rivales, la una en el trono y la otra con derechos á él. Con la solucion que se os propone serán para lo futuro TRES, y quién sabe si CUATRO ó CINCO, ó hasta lo infinito. Señores, abreviemos camino para la reconstitucion del país despues del triunfo. ¿Habremos derribado un trono y espulsado una dinastía? Pues dejemos al país en tal estado, quedémonos *para siempre* sin lo uno y sin lo otro, y sea lo que quede LA REPÚBLICA, y que esta república sea la FEDERAL; así lo piden nuestra historia, la geografía del país, la esperiencia de otras naciones prósperas, y los mas autorizados principios de la ciencia moderna.»

Este breve discurso fué calurosamente aplaudido, y aunque replicaron á él llenos del mejor deseo los referidos señores Moncasi y Lagunero, no era posible que rebatiesen victoriosamente tan sólidos y patrióticos argumentos.

Concurrió igualmente á los grandes *meetings* que la Sociedad Abolicionista de la esclavitud celebró á raíz de la revolucion, y en junta general del 30 de octubre le eligió la misma el primero de sus vicepresidentes, siendo el presidente don José María Orense, bien que reservando la presidencia de honor al que la habia presidido hasta entonces, don Salustiano de Olózaga.

En 6 de noviembre, al despedirse de los habitantes de Soria, les habia dirigido impresa la bien sentida alocucion siguiente:

«SORIANOS: El modesto soldado de la patria que no titubeó nunca en sacrificar su existencia en bien de sus hermanos, y que alienta el espíritu de no envainar su espada hasta alcanzar el triunfo mas radical y completo de nuestra libertad, os dirige hoy su voz, profundamente conmovido por las generosas manifestaciones de inmenso regocijo con que le habeis recibido en vuestro seno. La gratitud es el mas bello distintivo de las almas que solo aspiran á merecer el aprecio de todos sus conciudadanos, y el lazo que estrecha todas las voluntades para identificarnos en la obra del porvenir; es el sello mas culminante del amor á nuestros compatriotas, y garantía para la noble causa á que vengo consagrándome. Yo os aseguro que esta gratitud se halla arraigada en mis sentimientos.

»Habeis premiado con largueza mis débiles servicios en favor del pueblo, concediéndome el honroso título de hijo adoptivo de la ciudad de Soria, y este lazo de fraternidad que hoy me une á vosotros impone á mi conciencia los deberes mas sagrados, que sabré cumplir muriendo, si es preciso, en defensa de todos vuestros derechos.

»Sorianos: Al separarme de vosotros no os abandonaré mi memoria un solo instante. La patria exige todavía el sacrificio de todos sus hijos para cimentar las bases de una constitucion definitiva que puede asegurar al pueblo el conjunto de la libertad por que há ya tanto tiempo viene batallando: es preciso marchar de frente hácia el peligro, si es que la revolucion de Setiembre no ha de ser ineficaz para la salvacion de nuestra España. La obra es muy importante, y

los medios para llevarla á cabo no son otros que el voto de los pueblos libres y el valor de morir mil veces primero que consentir reyes de extranjero suelo que vengan á posesionarse de la patria de Bravo y de Padilla. El pueblo es bastante para gobernarse sin dictadores que cercenen su libertad y autonomía; solo falta acogernos á la sombra del majestuoso árbol de la Justicia, para que el bien impere en una nacion tan generosa, y al dejaros, voy animado del espíritu mas ardiente por conquistar la independenciam que el pueblo español ansía.

»Sorianos: ¡Viva el pueblo soberano! Es el fraternal saludo de vuestro conciudadano.—Soria 6 de noviembre de 1868.—*Blas Pierrard.*»

Poco despues, hallándose en la villa de Graus (Alto Aragon) para asistir á la gran manifestacion republicana muchos pueblos, en ocasion de los sucesos de Cádiz, estuvo á punto de lanzarse á secundar su buena causa al frente de aquella provincia y de las mas inmediatas de Navarra y de Cataluña, cuando la llegada del correo con las resoluciones benévolas del gobierno y expectantes del Comité de Madrid le hicieron desistir de ello, y dirigiéndose á Huesca, donde se le esperaba con impaciencia, habló con tanta conviccion y vehemencia á sus innumerables correligionarios de aquella ciudad, que se puede decir eran todos sus habitantes, que alarmado aunque sin fundamento el gobierno, le mandó llamar inmediatamente por el telégrafo.

Cuando los ulteriores sucesos de Málaga, un suelto del periódico «*La Voz del Ejército, la Marina y el Pueblo,*» que terminaba con las siguientes palabras dirigidas á todos los partidos indistintamente: «Deponed vuestras pequeñas diferencias, si alguna existe, y conjurad tanta desgracia comun,» puso en su mano la pluma en justo desagravio del partido republicano, que harto generoso se ha mostrado siempre con sus adversarios políticos, y al cual su ardiente celo no permitia dejar se calumniase, aun sin intencion, remitiendo á su director una carta publicada en dicho periódico, en la cual, despues de rechazar toda especie de solidaridad, aun aparente, en la gran responsabilidad que sobre otros pesa por tan lamentables sucesos, se encuentran los conceptos de que damos á continuacion la sustancia, y con

los que indirectamente reivindica para el partido republicano sus derechos, ya de largo tiempo adquiridos, á la *intransigencia*. «Ni yo ni ninguno de mis correligionarios, decia, tenemos nada que *deponer*. *Depusimos* desde mas de tres años há toda justa pretension á levantar nuestra propia bandera al lado de la insurreccional levantada por otros, sin por ello rehuir á su lado el sacrificio de nuestras vidas, como cuantas veces le reclamaron, haciendo siempre *suyo* el provecho. *Depusimos* (en ocasion del reciente alzamiento de Setiembre) al no querer obrar como justamente agraviados porque prescindieron por entero de nosotros, dando lugar á que sin otro móvil que el de su patriótico ardimiento, ni mas ayuda que la de su ardiente fé, penetrase en España *solo* el que esto escribe, rindiendo á la revolucion de Setiembre el castillo de Figueras y la guarnicion de Girona, que aún no obedecian á las juntas populares, sin querer ni aun entonces levantar nuestra propia bandera, no obstante ser *republicanas* nuestras fuerzas, por no promover la guerra civil, ni menos imponer á la sazón nuestros salvadores principios por la fuerza. Seguimos *deponiendo* aun hoy dia, al no concitar el país á la rebelion contra los numerosos desmanes y sanguinaria conducta en Andalucía del gobierno que nos rige. *Depongan* por tanto quienes deben: depongan, siquiera por amor *al orden*, de respeto al cual tan irrefragables pruebas damos los republicanos. *Depongan*, no *pequeñas diferencias si las hubiere*, sino su saña y su ira, contra un partido generoso á quien la mezquina ambicion personal no inspira...»

Infatigable y constante, en conversaciones privadas, en las Cortes, en el periódico *El Pueblo Rey*, al que prestó su autorizado nombre, en toda ocasion y en el modo mas lógico y persuasivo, difunde la sana doctrina republicana, atrayendo voluntades hácia ella por su noble y afable carácter.

En 4 de junio del 69 pronunció en las Cortes un largo y razonado discurso en apoyo de su proposicion presentada á las mismas para que decretasen la mas pronta reforma de las anticuadas Ordenanzas del Ejército. De él extractamos los siguientes párrafos:

«Señores diputados, muy poco debo decir en apoyo de la proposicion que acaba de leerse, porque estoy persuadido de que todos los individuos de esta Cámara están convencidos de su conveniencia



Hace ya muchos años que, no solo los que han formado parte de nuestras Asambleas, sino todas las personas de recto juicio, están plenamente convencidas de la necesidad de reformar las Ordenanzas militares. Las mismas disposiciones ministeriales comprueban esta verdad, y por eso vemos que en 1811, 1815, 1821, 1835, 1838, 1841, 1845, y por último, en 1847, se ha encomendado este encargo á comisiones nombradas al efecto. Esto prueba de un modo indudable lo caduco de las referidas Ordenanzas. En primer lugar, fueron promulgadas en el reinado de Carlos III, año 1768, no siendo otra cosa que una reforma de las promulgadas por Felipe V en el de 1727, las cuales á su vez eran en mucha parte una mera y servil traduccion de las en el reinado de Luis XIV, y aun de mas antiguo, vigentes en Francia. Esto basta para que la Cámara comprenda cuán inaplicables no serán hoy sus disposiciones, tanto en la parte administrativa como en la orgánica, la reglamentaria y la judicial; y á pesar de todo esto, se hallan virtualmente vigentes y se obliga en muchas academias militares á todas las clases á aprenderlas de memoria, al pié de la letra, por mas que la mayor parte de sus artículos no tengan aplicacion alguna. Un fárrago de reales órdenes, contradictorias entre sí, las modifican y alteran, produciendo frecuente embarazo su cumplimiento.»

Critica diversos artículos, y prosigue:

«En cambio, porque es necesario ser justo, debe confesarse que en las Ordenanzas no todo es malo. Se encuentran en ellas, por el contrario, preceptos de moralidad y de conducta patriótica, levantados y dignos, que debieran estar escritos con letras de oro. Dicen, hablando de los oficiales: «La reputacion de su espíritu y honor, la opinion de su conducta y el concepto de su buena crianza han de ser objetos á que deben mirar siempre. Ni su NACIMIENTO ni la antigüedad deben lisonjear su confianza para el ascenso, porque el que tuviese una ú otra de estas cualidades, es mas digno de olvido si se descuida, contentándose con ellas.» *Ni su nacimiento*, precepto altamente democrático, á pesar de la fecha en que las Ordenanzas se dictaron; que no son solo sus defectos lo que yo debo hacer notar aquí.

»Pudiera estenderme en muchas consideraciones sobre algunos

otros artículos análogos, que observados con rigor, hubieran sido la verdadera salvaguardia de la honra del ejército y hubieran reportado grande utilidad á la Nacion. Pudiérase decir que uno de los mas graves inconvenientes que ha tenido el haber conservado en vigor un Código, en su mayor parte desautorizado por el sinnúmero de defectos de que adolece relativamente á las prácticas modernas, es el haber caido en cierto olvido una porcion de preceptos como los que acabo de citar. No sé si á semejante olvido habrá contribuido en gran parte la confusion de los tiempos que se han atravesado; pero es lo cierto que si desde el ministro de la Guerra hasta el último soldado hubieran cumplido fielmente estos y otros artículos, el favoritismo, unido á una incapacidad notoria, no hubiera sido nunca, como lo ha sido en muchas ocasiones, título suficiente para obtener ascensos inmerecidos...»

Y luego mas adelante:

«No sé si la parte de honores militares merece alguna reforma esencial; pero creo que será necesario hacer, por lo menos, caso omiso de lo relativo á imágenes divinas, porque establecida la libertad de cultos, no es cosa de que á un soldado ú oficial no católico se le obligue á presentar y aun rendir las armas ante ellas, por mas que la Constitucion suponga que serán pocos, no sabiendo si algun dia no lo será ni aun la mayoría de ellos.

»Esto pudiera ser justo si se hiciera lo mismo respecto de cualquier otro culto, porque todos exigirian con igual derecho iguales muestras de respeto y de consideracion; las merecen, al menos, las *creencias religiosas* de cada individuo.»

.....

«Tocante á la fórmula del juramento á las banderas, tambien es necesaria la reforma, puesto que se observa rigurosa y literalmente casi, en todos los actos que hoy mismo ocurren de esta especie. Segun el artículo que la establece, el coronel ó comandante del cuerpo, en la exhortacion que se le ordena que haga, debe hacer referencia á REALES BANDERAS, al REY Y SU REAL CORONA, al SERVICIO DE DIOS, GLORIA DEL REY y crédito del regimiento. Aquí no se habla de la Nacion para nada, y esto choca, no solo con el buen sentido, sino con los derechos de ella consignados en la Constitucion hace

ya mucho tiempo y reconocidos hoy mas espresamente que nunca.

»Es muy urgente reformar todo esto, porque los oficiales, obligados á cumplir lo que está espresamente derogado, no sabrán qué hacer.»

Mucho mas adelante dice:

«En la parte de *leyes penales* hay que abolir por completo los tribunales militares, y convertir los consejos de guerra en meros consejos de disciplina.

»En Inglaterra incurre en la misma pena el soldado que ofende de palabra ú obra á su coronel, que el coronel que del propio modo le ofendiese á él. Y no se dirá que por esto allí se resiente la disciplina; es que la persona de cualquiera inglés es tan respetable para el soldado como la de su propio jefe, y para este la del soldado como la de cualquiera inglés. Esto realza mucho el carácter de aquella nacion; esto hace que el militar inglés tenga á tanta ó mayor honra y orgullo el ser INGLÉS como el ser MILITAR de aquella nacion. Nunca pierden los militares ingleses la supremacía de su carácter civil; siempre le tienen presente ante todo, sin que esto perjudique en nada á sus cualidades militares, mientras que en España, á los dos meses de vestir el uniforme militar se ha logrado que el soldado olvide su procedencia, y hacerle enemigo de las personas á que estaba unido por los lazos mas sagrados, ó al menos obrar como tal. Este es uno de los resultados del *fuero militar*; el formar del ejército una clase separada del resto de la Nacion, lo cual es altamente contrario al bien general y al órden de ideas admitido hoy por todo el mundo, sin distincion de partidos políticos.»

Tales son los principales párrafos de su discurso, que hemos copiado, á fin de que pueda tenerse una aproximada idea de sus pensamientos sobre la milicia permanente.

No podia suceder de otro modo, conoedor como él es de la mayor parte de las de Europa y de sus ordenanzas, y si se tienen en cuenta sus ideas políticas, se comprenderá su espíritu reformador, que tanta falta hace; y téngase en cuenta que reformar no es destruir, como algunos ignorantes é ilusos pretenden, ó como algunos falsos alarmistas quieren hacer á los tímidos creer.

Otro dia con motivo de la órden de concurrir con todos los de

su clase á jurar la Constitucion en manos del ministro de la Guerra, acto al que no concurrió, y de las siguientes palabras insertas en un diario de noticias: «El general Prim, antes del juramento, advirtió que como era un acto de conciencia, dejaba en completa libertad de verificarlo,» promovió en el Congreso el siguiente incidente:

«Desearia que el señor ministro de la Guerra se sirviera decirme si estas palabras que se atribuyen á S. S. son exactas.» A lo que contestó el señor ministro de la Guerra «que sí,» reconociendo «no tener autoridad para mandar presos á los que no la jurasen, aunque reservándose el derecho de borrarlos de las listas del ejército.» El general Pierrard replicó que no comprendia la declaracion del ministro, siendo así que no teniendo derecho para exigir el juramento se atribuia el de privar del empleo á los que no lo prestasen, y dejó anunciada una interpelacion con este grave motivo.

Considerando que la Constitucion se oponia á los principios por él proclamados, celoso defensor de ellos, y con el mayor valor cívico arrostrando las consecuencias de la anterior declaracion, fué el *único* miembro de la minoría republicana, *entre los presentes*, que fiel á su conciencia y amante de sus doctrinas, *no firmó ni juró la Constitucion*, sin transigir en esto ni aun con sus colegas que la habian firmado.

Votó siempre y en todo asunto con la minoría de que forma tan honrosa parte, y al suspenderse las sesiones de Córtes ha merecido de sus compañeros ser elegido presidente de la Comision de los mismos residente en Madrid. Como tal ha concurrido, por invitacion espresa hecha á todos, á las sesiones de la «Asamblea de representantes de los pactos de Tortosa, Córdoba, Valladolid, Eybar, y la Coruña» celebradas en Madrid. Ya con motivo de la anunciada publicacion del decreto poniendo en vigor la bárbara ley de 17 de abril de 1821, habia tambien merecido la presidencia de la Comision enviada por la minoría al presidente del Consejo de Ministros para recabar la suspension de tan gravísimo acuerdo, habiendo el primero usado la palabra para explicar el objeto de su presentacion, y reasumiéndole en sentidas frases, terminadas con el formal anuncio de la solemne protesta que la minoría republicana publicaria en

el momento que apareciese en la *Gaceta*, por deber ser en ello consecuente consigo misma y con sus compromisos ante la Nación y para con el partido que representa, despues que la hubieron usado por su parte los señores García Lopez, Cala, Larrosa, Garrido, y no recordamos qué otro, que la componian.

Mas tarde, y con motivo de anunciados nuevos fusilamientos de jefes carlistas, y haciéndose fiel intérprete de los sentimientos humanitarios de todo su partido, llamó sobre ello la viva atencion de los numerosos centros y comités de Madrid, y convocó con premura á su casa á algunos de los principales miembros del mismo y de la minoría, para en comision y en representacion de él, pedir al gobierno la inmediata suspension de los inhumanos é innecesarios efectos de aquella ley, habiéndose logrado en lo principal, gracias á tan oportuna iniciativa, á la simultánea esplosion que produjo de manifestaciones enérgicas de todos los centros y grupos del partido, á la casi forzosa condescendencia del gobierno, y á los sentimientos humanitarios del Regente.

Mucho mas pudiera estenderme, pero en otro lugar podré hacerlo. Basta con lo espuesto para que se pueda formar juicio exacto del carácter y condiciones del general Pierrard.

Cada pueblo dicen que tiene el gobierno que se merece, y si esto pudiera ser injusto, debo agregar que los pueblos tienen los gobiernos que ellos *quieren tener*.

El venerable duque de la Victoria dijo en una ocasion muy solemne: «*Cúmplase la voluntad nacional,*» y se retiró, y el pueblo español no entendió lo que le decian, y se dejó engañar, y vinieron los que le apalearon, y se dejó apalear, y hubo quien le calumnió, y no hizo caso. En verdad le digo que otros le dirán: «*Cúmplase tu voluntad,*» y no le creerán; y los falsos profetas le engañarán por segunda vez, cerrándole los ojos con la venda de la lisonja, y tapándole los oidos con el ruido de las promesas, y hará caso de estos doctores falsos, y se dejará seducir y será esclavizado una vez mas.

UBALDO ROMERO QUIÑONES.

XIII

.

La biografía de don Blas Pierrard, escrita por el señor Romero Quiñones, no refleja en todo mi pensamiento. Nada tiene de extraño, porque el señor Romero Quiñones es demócrata, y yo soy y quiero ser constantemente progresista puro.

Además, el señor Romero Quiñones se ha referido á hechos respecto á los cuales le honra no tener completo conocimiento.

El dia 22 se sublevó espontáneamente, y por lo tanto ignoraba el plan de ataque convenido y los compromisos particulares de cada uno de los revolucionarios durante aquel dia.

Habiendo permanecido hasta última hora en lo mas reñido del combate, no pudo saber tampoco lo que en otras partes ocurría, y hoy solo puede referirlo de oídas.

He querido sin embargo que el señor Romero Quiñones escribiese esta biografía, porque las equivocaciones que hay en ella son escasísimas, y tratándose de retratar al jefe militar de la democracia española, he creído que sería mas competente y mas imparcial un demócrata que yo.

Estoy seguro de que los lectores de esta *Historia* me habrán agradecido que por este breve espacio de tiempo haya dejado la pluma á mi amigo, que la maneja tan bien como la espada.

XIV

Unionistas.

Apenas llegamos á París don Vicente Rodriguez, don Manuel Becerra y yo, fuimos á Vichy, donde se encontraba á la sazón el

general Prim, que no habia podido entrar en España para asistir al movimiento revolucionario por una equivocacion de dos dias, y que habiendo fracasado la revolucion, no podia ya ni debia pasar la frontera.

El gobierno francés, al saber que nuestra mina no habia hecho saltar todo lo que ha saltado despues, ordenó al general Prim que saliese de Francia.

Hubo un cambio ministerial en España. Isabel II, con el sistema de ingratitud peculiar á los Borbones, sustituyó á O'Donnell con Narvaez; pero este cambio no fué suficiente para que el emperador de los franceses permitiese al general Prim seguir tomando las aguas que tanta falta hacian á su salud.

Es de advertir que el gobierno de Narvaez subió al poder ofreciendo una amnistia que yo hubiera lamentado, que hubiera sido un acto de alta política, que no se llevó á efecto, segun se dijo, porque la reina no habia querido, pero que con solo ofrecerse, probaba que el gobierno español tenia poco interés en mantenernos lejos de la frontera.

El emperador Napoleon no hizo caso de esto, y despues de una breve conferencia con el general Prim, conferencia en la cual le dimos cuenta de lo ocurrido en Madrid, y él nos habló de sus proyectos futuros, salimos, el general para Suiza, y nosotros para París.

Nuestra situacion era bastante difícil; pero una sola cosa nos consolaba, al menos á mí: el descalabro de la union liberal, de quien digo constantemente lo que Cristo de los indiferentes: «Si fueras frio ó caliente, te aceptaria; pero como eres tibio, te arrojaré de mi boca.»

Precisamente habia yo venido á Madrid gozoso porque venia á combatir á la union liberal, y me regocijaba romper lanzas con semejante turba de aventureros, que desde la tribuna de *El Diario Español*, el mas procaz de sus periódicos, nos decia: «Ojo por ojo y diente por diente,» amenazándonos con asesinarlos á traicion si alguna vez la abrazábamos.

Hoy la hemos abrazado, ó al menos la han abrazado muchos de mis compañeros. El partido progresista ha quedado como una escuela sin discípulos, digo mal, se ha separado de la vaina y solo

queda de él la hoja. Se ha cometido una gran aberracion creyendo que varios partidos podian confeccionar con sus principios antitéticos un credo comun; de aquí el esperpento que se llama Constitucion y que se ha hecho jurar á los pueblos, á quienes no se hace jurar el Código penal; pero á pesar de esto, los principios del partido progresista seguirán marchando en direccion tan contraria á los de la union liberal como dos corrientes que cayeran por lados opuestos de una misma montaña. El partido progresista será, como ha sido siempre, honrado é inteligente, ó dejará de ser; es un don Quijote demasiado viejo para ensayar los papeles de Rinconete y Cortadillo.

Si la union liberal ha creido que la accion de Alcolea, de que mas tarde hablaremos, la daba derecho á sobreponerse á nuestro credo político, se ha llevado chasco. Somos lo que fuimos, y seremos siempre los mismos, so pena de dejar de ser hombres honrados.

Tengo muchos amigos en la union liberal, amigos á quienes aprecio individualmente; pero en el conjunto del partido, no puedo ver otra cosa que una *Córte de los milagros* semejante á la que pintó Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*.

El partido absolutista era una momia.

El partido moderado era un petardista.

El partido unionista tiene los vicios de ambos, y ninguna de sus virtudes.

Hemos contraido pacto para derribar el trono de Isabel II, pero no para formar un credo en que todos habíamos de abdicar.

Los partidos no son obras de arte en que pueden hacerse concesiones á la moda; son productos del tiempo y de las circunstancias: son cristalizaciones de la necesidad.

El partido unionista tendria su razon de ser si fuera la expresion de un convenio de paz entre las fuerzas beligerantes de la nacion. Podria decirse en un dia determinado por todos los partidos: «Zanjemos nuestras diferencias;» y el pan liberalísimo, como le llamaba Cánovas, seria el eclecticismo de quien con su acostumbrada elocuencia decia Emilio Castelar, el gran poeta en prosa: «Es una ramera á quien Dios ha concedido la belleza, pero no la fecundidad.»

La union liberal se ha presentado en el foro, mas que como un partido nuevo, como una turba de *condottieri* semejante á aquellas que en la Edad Media se presentaban en Roma con un rótulo sobre el pecho en que se leia: «Muera Dios.»

En el tahalí de la union liberal se leia: «Muera la conciencia.»

Muchos de sus jefes son honrados, inteligentes, valientes y pun-donorosos, pero una escuela política puede ser muy mala siendo muy honrados los doctores de su ley. Y á la sombra de estos hombres honrados se han agrupado infinitas nulidades y gentes de mal género que han exagerado los defectos de la escuela.

La gramática parda, la ciencia de los gitanos, el escepticismo, han sido los móviles de su conducta.

La criada sisona ha creido que tenia mas genio que el hombre de Estado á quien robaba.

El público, que solo aprecia el éxito, ha aplaudido; pero queda la posteridad, y á ella apelamos los que no queremos tener silla en este banquete de ocasion, y repetimos con Zorrilla:

«No sé ser hoy y perecer mañana.»

Sin ciertos hombres de la union liberal hubiéramos tardado mas en desembarcar en las costas apetecidas; pero hubiéramos desembarcado mas limpios.

Con esos hombres de la union liberal solo hemos conseguido subir al poder como la Pompadour y la Dubarry al trono de Francia.

Compadezco á los que se enorgullecen con semejantes éxitos.

Si la union liberal quiere aceptar nuestros principios, enhorabuena; las puertas de nuestra antigua iglesia están abiertas á todos los penitentes; pero mientras siga su antiguo sistema, yo el último de los ciudadanos seguiré sosteniendo mi lábaro delante de la tumba de Calvo Asensio, detrás del monton de cadáveres de los fusilados el dia 22, y gritando con todas mis fuerzas: «Yo no me resello.»

XV

Digresiones.

Y sigo con mis digresiones.

Durante toda la emigracion he sido, como llevo dicho, enemigo de las coaliciones con partidos adversos al mio. Hoy lo soy mas.

Creo tan dificil que se unan dos partidos contrarios, como que se fundan en una la religion de Mahoma y la de Cristo.

Por espacio de algunos meses temí en París que alguna de estas coaliciones se verificase. Lo temí tambien en Bruselas. No ha ocurrido hasta última hora.

¿No provendrá del fondo de esa coalicion la negra nube que nos amaga con una tormenta próxima? ¿No provendrán de esa coalicion los proyectos de importaciones de monarcas extranjeros, de reyes de pacotilla, de príncipes de desecho con que se nos amenaza? No lo sé; pero ya que de digresiones estamos, y ya que esta, mas que una historia de los sucesos ocurridos hace poco tiempo, es una meditacion, voy á hacer una digresion nueva, ó por mejor decir, dos digresiones.

XVI

Don Fernando Leal.

Uno de los tipos que se han perdido en España es el del antiguo caballero Calderoniano, dispuesto siempre á andar á cuchilladas, á dar su dinero al que le necesitara y á no sufrir que mirase á su dama quien pasara por la acera de enfrente.

Don Fernando Leal, decano de los tiradores de espada española y

el hombre mas inteligente en esgrima que yo conozco, es uno de los pocos que conservan, para vergüenza nuestra, en una edad avanzada, su arrogancia caballeresca, todas sus facultades, su inteligencia y su corazon.

De instruccion vastísima, de valor mil veces probado, escelente amigo, cumplido caballero, es para mí su cariño una joya inaquilatable.

Cuando ya los piés no le obedecen, cuando el oido le falta y su vista cojea, si es permitido decirlo así, no hay tirador que con él compita; y personas que me tenian mucho cariño, viéndole esgrimir conmigo y con otros, han exclamado: «No tendríamos inconveniente en presenciar un duelo á muerte si nuestro esposo ó nuestro hermano, lidiando en él, supieran tirar como don Fernando.»

Es una especialidad, y la prueba es que bate á todos los tiradores jóvenes y robustos que hoy se le ponen enfrente, á ellos que tienen la práctica y las facultades, mientras á él solo le queda la teoría. Aviso á los hombres prácticos.

Don Fernando Leal, amante de la libertad desde sus primeros años, no solo en esgrima, sino en otra porcion de cosas, me ha enseñado mucho, y tengo que agradecerle sus buenos consejos, provechosos para mí en varias ocasiones.

Sirvan estas pocas líneas de débil testimonio de mi gratitud; pero no le cito en esta parte de mi libro únicamente para darle las gracias por los favores que le debo, le cito como comparacion.

Quien vea á don Fernando Leal, creerá que es un hombre débil, un anciano venerable, sí, pero que no podria resistir el empuje de un jóven, y sin embargo, quien busque querella á don Fernando, se encontrará, como suele decirse vulgarmente, con la horma de su zapato.

Algo de esto pasa tambien al pueblo español, dispuesto siempre á luchar, por mas que se le cree envejecido, y á poner la ceniza en la frente á pueblos que le desdeñan.

Ténganlo presente los que, fiando en nuestra inercia, pretenden traernos reyes estranjeros sin haber averiguado antes si siguen fabricándose espadas en Toledo ó hay todavía en el Rastro algunos *cristos* y algunos *perrillos*.

XVII

Esgrima.

Y ya que he hablado de un esgrimidor, por si el viento lleva alguna de estas hojas al gabinete del gobierno, permítaseme una digresion mas.

Mi buen amigo don Manuel Becerra, hoy ministro de Ultramar, pidió cuando aún no ocupaba la poltrona el establecimiento del tiro nacional, en que el ciudadano ha de aprender el manejo de un arma que le sirva para defender sus derechos.

Apruebo completamente la peticion del señor Becerra, pero quisiera que á la par del tiro se estableciese una academia de esgrima en que militares y paisanos se ejercitasen en el juego del arma blanca.

Es una vergüenza que la mayor parte de nuestros oficiales no sepan lo que llevan colgado al lado izquierdo; es una vergüenza que la mayor parte de nuestros soldados no sepan esgrimir la bayoneta. Con poco gasto y con poco trabajo, nuestros hombres de armas podrian estar á mucha mas altura que los extranjeros, porque tienen mas condiciones físicas y morales.

Pido pues y suplico á todos los que tengan influencia con el gobierno que unan su voz á la mia; que para el ejército y los Voluntarios de la Libertad establezca una academia normal de esgrima, y que en ella los profesores mejor reputados de España den lecciones de arma blanca, sin que esto obste para que se desarrolle y crezca la instruccion del tiro nacional.

XVIII

Maximiliano.

Y volvamos á los pretendientes de reinos.

Ya sabia yo, como otras muchas personas, que don Fernando de

Portugal no aceptaria hoy la candidatura de rey de España que se le ha propuesto, y sabia tambien yo, iberista acérrimo, que la subida de don Fernando al trono español seria una dificultad mas para conseguir la union ibérica; pero siendo don Fernando uno de los candidatos extranjeros que mayores condiciones tiene para ocupar el trono hoy vacante de España, debo recordar á todos aquellos que dirigen solicitudes ó que son buscados para ceñirse nuestra corona, que es muy posible que vean representar á costa suya en nuestro país la reciente tragedia mejicana, acerca de la cual se ha gritado mucho y se ha razonado muy poco.

Cuando algunos de nosotros nos burlábamos de tener sobre nuestra cabeza como espadas de Damocles varias sentencias de muerte y de presidio; cuando se fusilaba á nuestros hermanos por sospechas; cuando Isabel II se negaba á conceder el perdon á un pobre oficial en una iglesia delante del Nuncio, que no queria interceder tampoco por aquel instrumento de una conspiracion política, habia de causarnos cierta estrañeza ver conmovirse todas las altas *tertulias* de Europa ante la idea de que se fusilaba á un emperador de pacotilla, que no habia querido oír una cancion italiana que se le habia cantado antes de embarcarse.

Para empezar á tener compasion de un ajusticiado, ¿es preciso saber que este ciñe una corona y se pone un manto purpúreo, si quiera sea tan prestado como el de los príncipes de teatro?

He creído siempre que todos los hombres eran iguales.

He sentido que matasen á Maximiliano, porque era hombre: lo hubiera sentido tambien si fuera perro; pero no encuentro razon para llorar mas su muerte que la de cualquier otro ciudadano.

Ante los ojos de Dios dicen los teólogos que el último insecto vale tanto como el primero de los hombres. Ante los ojos del filósofo, el hombre que lleve mas adornos en la cabeza y en la espalda no ha de valer tampoco sino como el que lleve menos.

Un monte tiene su perspectiva y sus desigualdades y sus fieras: un valle puede tener sus minas de diamantes.

Los que han aplaudido el fusilamiento de Ventura, Espinosa y de tantos otros y se han espantado del fusilamiento de Maximiliano, son además de cobardes é infames, aduladores é inhumanos. Son

aduladores, porque no han visto en Maximiliano al hombre, sino al monarca, y haciendo como que arrojaban ramas de ciprés sobre su losa, ponian granos de incienso en el brasero con que procuraban halagar á sus señores; son inhumanos, porque se duelen de la muerte de un desconocido, y han dormido tranquilos, arrullados por el ruido de los coches que el dia 22 llevaban los sargentos en Madrid al lugar en que debian ser ajusticiados, y que en otros dias y en otras partes han llevado á reos compatriotas suyos al cadalso.

¡Los españoles compadeciéndose mas de un austriaco desconocido que de sus compatriotas!

Vergüenza da recordarlo.

Enemigo soy de la pena de muerte; pero si alguna vez me encontrara en la situacion de Juarez, confieso que la emplearia como él la ha empleado, y si algun extranjero como el célebre José I volviese á manchar con sus piés nuestro territorio, y le encontrara, aunque solo fuera con una partida de cinco hombres, le mataria como á una bestia dañina.

Por eso estoy de acuerdo con el siguiente documento que mi amigo el general Milans publicó en Portugal cuando hubo noticia del fusilamiento de Maximiliano y cuando algunas personas que comprendian mas los usos de la córte que los sentimientos honrados, quisieron arrojar una mancha sobre la frente del jefe mejicano.

Este documento apenas es conocido en España, y por eso le reimprimo.

CARTA DIRIGIDA POR EL SEÑOR MILANS DEL BOSCH Á LA REDACCION DE LA «GACETA DE PORTUGAL,» EN RESPUESTA Á OTRA DEL SEÑOR DON MANUEL DE CASTILLO, PUBLICADA EN EL MISMO DIARIO.

«Señor director de la *Gaceta de Portugal*: Muy señor mio y de mi estimacion y respeto.—En el periódico que está encomendado á la direccion de usted he leído una carta que don Manuel de Castillo, ex-ministro de Maximiliano, dirige á don Benito Juarez, presidente de la República mejicana; y como su objeto no es otro que continuar con el funesto sistema de abusar de la credulidad de las buenas gentes de Europa, á fin de que, falseada la opinion pública,

haya por parte de los gobiernos enemigos de las instituciones republicanas que allí rigen, un apoyo para poder intervenir so pretexto de orden, humanidad, civilizacion, etc., etc.

»Yo, que conozco á fondo estos manejos de política claustral; que conozco á Méjico por haber tenido parte muy visible en la última intervencion europea en aquel país; que conozco el personal de sus hombres, incluso al señor Castillo, en mi calidad de liberal y de amigo de los héroes mejicanos, á cuya cabeza se halla el virtuoso Benito Juarez, ese nuevo Cincinato de Occidente á quien la envidia no se atreve á morder, como decia Byron de Washington, con cuyas distinciones me honro, voy á decir cuatro palabras no mas para tranquilizar á las gentes imparciales.

»Es muy probable que alguien, mas autorizado que yo, conteste al coro de lamentaciones que ha producido la muerte del archiduque de Austria; pero en tanto no creo fuera de propósito estrañar que esas voces que se levantan ahora en nombre de la humanidad porque ha corrido la sangre de un príncipe, hayan permanecido mudas cuando, por disposicion de este mismo príncipe, dígalo el señor Castillo, se fusilaban y ahorcaban hombres de todas edades, y se incendiaban haciendas y pueblos, y se violaban mujeres y mataban niños, ancianos y mujeres embarazadas, sin contar los miles y miles de hombres de ambas partes que morian en los campos de batalla, con el solo propósito de que se llamara emperador un extranjero sin mas título que un despacho francés, ni mas apoyo que 40.000 bayonetas francesas, el clero fanático y los traidores de profesion, por quienes y rodeado de quienes ha muerto, víctima de su credulidad, de su ambicion y de sus errores.

»El que como yo, señor director, ha sido el primero en pronosticar de una manera oficial el inevitable resultado de las pretensiones francesas en Méjico, y al saber la prision del archiduque escribió al gobierno del presidente de la República pidiendo gracia por aquel, si era posible que pudiera hacerse gracia, tiene el derecho á levantar su voz, siquiera sea para reivindicar un pueblo tan calumniado como heróico, como lo es el pueblo mejicano, con cuya historia va envuelta, bien que indirectamente, la mia en estos últimos años, y me lamento de ver á un hombre nacido en Mejico buscar argumentos

en las regiones del sentimiento, descartando las de la razon, de la conveniencia, del derecho y de la imprescindible necesidad en que Méjico liberal ha estado de obrar como lo ha hecho, para calumniar la victoria que despues de una lucha titánica ha coronado los esfuerzos y cruentos sacrificios de aquellos héroes.

»No, señor director: la muerte del desgraciado Maximiliano no es un crimen horrible, como le place decir al señor Castillo, ex-ministro del de Austria; es, y nada mas, la consecuencia fatal é inevitable de su tentativa. Mientras Maximiliano se creia vencedor, fusilaba sin piedad á todo el que se le oponia.

»Vencido, ha sufrido las consecuencias de la sangrienta política que él en mal hora inauguró. No, señor director: ese acto no manchará la historia de la noble lucha mejicana, que ha dado por resultado el triunfo en los campos de batalla sobre la potente águila napoleónica.

»Lo que sí mancha á Méjico, señor director, lo que deshonora las naciones que luchan por su independencia, son los emigrados de Coblentz, los afrancesados de España, los austro-francos de Méjico, esos hombres funestos, mengua de las tierras en que nacieron, que van á mendigar del extranjero bayonetas y tiranos para oprimir sus madres patrias, nobles matronas, que justamente irritadas, lanzan al rostro de sus enemigos en su majestuosa indignacion y en un dia de patriótica calentura, la cabeza de Luis XVI la una, responden con Zaragoza y Bailén la otra, aquella incendia su capital, esta levanta sus inmortales líneas de Torres Vedras, y Méjico envia sin ira ni rencor, y de una manera digna y severa, el cadáver palpitante del supuesto emperador que la Europa monárquica ha querido imponerle; necesidad tremenda, pero al fin necesidad que dará por resultado definitivo acabar una vez por todas con ese criminal afan de Europa en inmiscuirse en los negocios interiores del nuevo mundo, que obligado á defenderse contra ataques que hasta hoy han sido sistemáticos, tuvo que apelar ayer á la doctrina de Monroe y tiene que apelar hoy á ejecutar á Maximiliano. Una barrera y una tumba contra la feroz política de las monarquías caducas, corrompidas y opresoras del viejo mundo.—Agosto 12 de 1867.—*Lorenzo Milans del Bosch.*»

XIX

Milans del Bosch.

Mientras el 22 de junio nos batíamos en Madrid, algunos otros jefes tenían encargo de sublevarse en las provincias, y algunos emigrados de penetrar en España. Entre ellos estaba Milans.

El regimiento de infantería de Bailén, cuyo mando debió tomar, partió en efecto para la frontera; pero muchas circunstancias que serian largas de enumerar, impidieron que esta sublevacion diese resultado.

Al mismo tiempo tuvimos el sentimiento de saber que en la colonia de los emigrados en Portugal se habia declarado como una peste una especie de rebelion mental contra los jefes.

Nada estrañará de esto quien haya vivido emigrado, porque como los emigrados suelen no tener que comer, á la manera de los náufragos que van en una balsa y á quienes apura el hambre, se comen unos á otros.

Hubiera querido dar aquí la biografía del general Milans; pero por un esceso de modestia, tanto él, como anteriormente don Juan Contreras, se han negado á facilitarme algunos datos que me eran indispensables.

Que solo ha sido por modestia, me lo prueba el haberme facilitado en cambio el general Milans su Diario de operaciones, en que no siempre me trata bien, aunque otras me trata mejor que merezco. Es su conciencia, su confesion guardada en un libro que tiene cerrado con llave y que solamente yo he podido consultar hasta ahora.

En las *Cartas á un labriego* hablé hace algun tiempo en *La Iberia* de este valiente y entendido militar: tambien he hablado de él en las *Memorias de un emigrado*; no es de estrañar por lo tanto que ahora me limite á citarle sin detenerme á tributarle los elogios



D. LORENZO MILANS DEL BOSCH.

merecidos, porque tengo todavía mucho que decir y me queda poco espacio.

XX

Trabajos en Bélgica.

Permanecimos algun tiempo en París organizando de nuevo nuestros trabajos, y cuando ya contamos con algunas esperanzas, fuimos á Ostende, donde se celebró la junta célebre de que ha dado cuenta en su folleto el señor García Ruiz.

Allí se organizó el triunvirato revolucionario, compuesto de los señores don Juan Prim, don Joaquin Aguirre y don Manuel Becerra, y confiando á estos señores la direccion de nuestros trabajos revolucionarios, nos retiramos unos á París, otros á Bruselas, otros á Inglaterra y otros á Portugal.

Seguíamos careciendo de fondos: se hizo una nueva derrama entre nuestro partido; pero dió poco fruto, porque los progresistas generalmente somos pobres; los empréstitos con el extranjero no pudieron verificarse, y de nuevo nos vimos obligados á esperar.

Sin embargo, no hubo un dia siquiera en que no trabajásemos con fé en la obra revolucionaria, y el dia en que puedan escribirse las Memorias de nuestra emigracion en Bruselas, se verá cuántas veces hemos creído que íbamos á tocar al puerto, y hemos sufrido una derrota sin que nadie la notase.

Un solo hecho citaré.

El movimiento revolucionario estaba dispuesto. El general Prim nos llamó á todos los emigrados de confianza, y nos hizo jurar solemnemente que á nadie revelaríamos su partida (que debió verificarse aquella noche), y que por el contrario, asistiendo constantemente á su casa, como de costumbre, hasta que don Manuel Ruiz Zorrilla nos diese la señal, haríamos creer á la policía que continuaba en Bruselas.

Todos juramos: estoy seguro de que nadie faltó á su juramento; el general Prim partió, y gracias á que teníamos inteligencia con un agente de policia francesa, que le manifestó un parte telegráfico que indicaba se sabia su partida, y que las autoridades españolas le aguardaban en la costa para apoderarse de él en el momento del desembarque. Sin este agente, el general hubiera sido preso.

Como este caso hubo muchos, y quien mas datos posee respecto á ellos es el señor Ruiz Zorrilla, que alguna vez los publicará.

Hoy, tanto él como yo, creemos que no ha llegado el momento de descorrer el velo á todo lo que ha pasado. Hay muchos intereses comprometidos; hay la honra de muchas personas que podria padecer si se dijera toda la verdad, y nos vemos obligados por lo tanto á ocultarla en parte.

XXI

Proclamas.

Razones puramente particulares, acerca de las cuales no debo estenderme aquí, sino en las *Memorias de un emigrado*, que completarán en parte esta relacion, me obligaron á partir de Bruselas para Portugal antes de los sucesos de Agosto.

Diré poco de esta manifestacion de la opinion pública, porque no me gusta hablar de sucesos que no he presenciado, sino ceder la palabra á los que en ellos han tomado parte.

El señor García Ruiz escribió un folleto que atrajo sobre él una granizada de epigramas é improprios, por haber creído á muchos de los que volvian de la guerra contando lo que cada fanfarron á la patrona de su alojamiento.

El mismo García Ruiz en otro folleto confiesa que no todo lo que ha dicho es exacto, y que no pocos le han dado vidrios por diamantes. No quiero que me suceda lo mismo.

Haré pues un juicio general de la espedicion de Agosto, po-

D. FRANCISCO TARGARONA.



niendo por posdata dos palabras sobre algo que el público ignora.

La expedicion de Agosto, á mi modo de ver, estuvo mal concebida. Parte de esta mala concepcion consistió en que se utilizaron elementos que debieran haberse rechazado; parte en que se creyó que responderian plazas fuertes y grandes cuerpos de ejército al grito de guerra, y parte en que no se fijó la vista en la imposibilidad militar de hacer una guerra de guerrillas, como no sea por el país en masa.

Las guerrillas son buenas cuando tienen un cuerpo de ejército en que apoyarse; pero de otra manera, los gobiernos pueden siempre reirse de sus ataques: dan alfilerazos; nunca estocadas.

Para la expedicion de Agosto se llamó á muchos generales, y todos entraron en España; se llamó á muchos oficiales de los emigrados, y todos entraron tambien.

Por razones que dentro de poco él mismo dirá, don Juan Prim no pudo entrar. Debia ser el centro de aquel movimiento, y cada una de las moléculas del orbe, sin centro de gravedad, se fué por su lado.

Baldrich, Targarona, Moriones, Lagunero, Contreras, Pierard, etc., estuvieron en su sitio, le esperaban en un dia señalado: no estuvo allí porque le faltaron los de Valencia, donde don Cárlos Latorre no sabia que habia de ir ¹, y no pudo ponerse en comunicacion con él, quedando solo el cuidado de la revolucion en aquel punto confiado al celo de un presbítero, mi buen amigo el señor Alcalá Zamora, hoy diputado, que hizo cuanto pudo, pero que no consiguió con todo el fuego de su patriotismo cocer la hostia revolucionaria en horno tan frio.

El general Prim, antes del movimiento, dió la siguiente proclama:

«ESPAÑOLES: Ha llegado la hora de pelear y de concluir de una vez con los que os vienen oprimiendo. La dignidad de la pa-

¹ Don Cárlos Latorre, cuyo Manifiesto siento no tener en mi poder para copiarle, hasta despues de haber entrado en Francia no supo que el general Prim habia estado en las aguas de Valencia.

tria lo exige, el triunfo de la libertad lo reclama. Solo el deseo de asegurar el éxito ha podido evitar el que no hayamos dado antes la batalla.

»La inmoralidad en las altas esferas, sostenida por la adulacion oficial y por el despotismo oficinesco, han hecho indispensable un cambio radical en los destinos de nuestra patria. No hay nada mas temible ni mas perjudicial que los motines; no hay nada mas grande ni mas justo que las revoluciones cuando lo exige la miseria del pueblo y el sufrimiento del ejército, cuando la opresion ha tocado los límites de la tiranía y el desconcierto ha llegado á convertirse en sistema.

»Padece la agricultura, sufre el comercio, agoniza la industria, está muda la prensa y la tribuna, se cubre de rubor al contemplar su patria, todo lo que la España tiene de inteligente y de activo. No hay tormento que no se ensaye, ni ley que no se conculque, ni tribunal á que no se intimide para ahogar los gritos de la opinion pública indignada, y seguir explotando, á la sombra de palabras que no corresponden á los hechos, los pocos recursos de que aún puede disponer el país. Es un contraste horrible el que forman las bacanales y las amenazas de los que mandan con las lágrimas de los deportados y condenados á presidio, y con el ruido de las descargas de los que impunemente son fusilados.

»La revolucion es el único remedio á todos nuestros males. Ella convocará Córtes Constituyentes por medio del sufragio universal. La libertad, hija del derecho, el derecho, encarnacion de la justicia, la justicia, consecuencia de la ley rectamente aplicada; hé aquí el principio en que se ha de fundar el nuevo órden de cosas despues de destruido lo existente.

»La abolicion de la odiosa contribucion de consumos, la desaparicion de las quintas, sin perjudicar los intereses y los derechos de la parte digna del ejército, la reduccion de las contribuciones á las que el pueblo pueda pagar sin atacar la produccion y sin entorpecer el desarrollo de la riqueza, la unidad en la administracion de justicia, la abolicion de los privilegios, la administracion al servicio de los pueblos y con la responsabilidad que haga imposibles su holgazanería, su ignorancia y su arbitrariedad, y los tribunales de jus-

ticia por encima de toda clase de luchas y de dépendencia, es lo que, con buenas leyes inmediatamente planteadas, ha de transformar la faz de nuestro país.

»La tolerancia con toda clase de opiniones, el respeto á todos los derechos legítimamente creados, y la destruccion de todo lo que se ha hecho á la sombra de la intriga, cubierto con el velo del misterio y sostenido por el sufrimiento del país, han de ser los medios de desembarazar el camino.

»Las recompensas de todos géneros al talento y á la virtud, en vez de otorgarlas á la adulacion y á la intriga, serán el estímulo poderoso que, abriendo nuevos horizontes, imprimiendo nueva tendencia á la actividad de nuestro pueblo, hagan de él lo que debe ser en medio del siglo XIX, y viviendo la vida de la civilizada Europa.

»La libre emision del pensamiento y el derecho de reunion y de asociacion, como medios de dar á conocer las ideas, el sufragio libre para unificarlas, y la libertad de la tribuna como medio de convertirlas en leyes, haciendo que los gobiernos sean el producto de la opinion pública, serán el coronamiento de nuestra obra cuando haya pasado el período revolucionario.

»¡A las armas pues, compatriotas! Un pequeño esfuerzo de parte de cada uno, y habrá concluido el caciquismo de los pueblos, las camarillas de las capitales y la tiranía de Madrid.

»¡A las armas! con completa confianza en el éxito, que no dura la vida de los malos gobiernos mas que lo que quiere permitir el sufrimiento agotado de los pueblos.

»¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional!

»Agosto de 1867.

JUAN PRIM.»

Hé aquí ahora la que dirigió al ejército:

«SOLDADOS: Es necesario responder á la voz del país, que pide la revolucion. El ejército español ha sido en todas las épocas de nuestra gloriosa historia el mayor enemigo de los tiranos y el mas firme apoyo de los derechos y de la libertad de sus conciudadanos. ¿Fal-

tará en estos momentos solemnes á su tradicion? Tengo multitud de pruebas, infinidad de datos para suponer lo contrario.

»Compañeros, empuñad vuestras armas para uniros á vuestros padres y á vuestros hermanos. Dad el mismo grito que ellos. Sus intereses son los vuestros, sus aspiraciones las de todos los buenos españoles.

»Si no hicieran necesaria la revolucion los clamores de la opinion indignada, la harian indispensable las injusticias y arbitrariedades de que viene siendo víctima el ejército.

»Es preciso que esto termine; es indispensable que empiece una nueva era de reparacion y de justicia para el ejército; que al espíritu de pandillaje sustituya la estimacion del mérito, á la intriga los servicios, á los apellidos la escala.

»Jefes, oficiales y soldados, cumplamos todos con nuestro deber; escuchemos el grito de nuestra conciencia, oigamos los clamores de nuestros conciudadanos, y si los primeros recibireis las recompensas á que os hagais acreedores, los últimos ireis á descansar al seno de vuestras familias, recibiendo las bendiciones de los pueblos y encontrando un admirador en cada uno de los habitantes del vuestro.

»Nunca da mas pruebas de valor un ejército que cuando sabe distinguir entre lo que le exige la Ordenanza en tiempos normales, y lo que reclama de él la patria, herida en lo que tiene de mas querido y de mas santo.

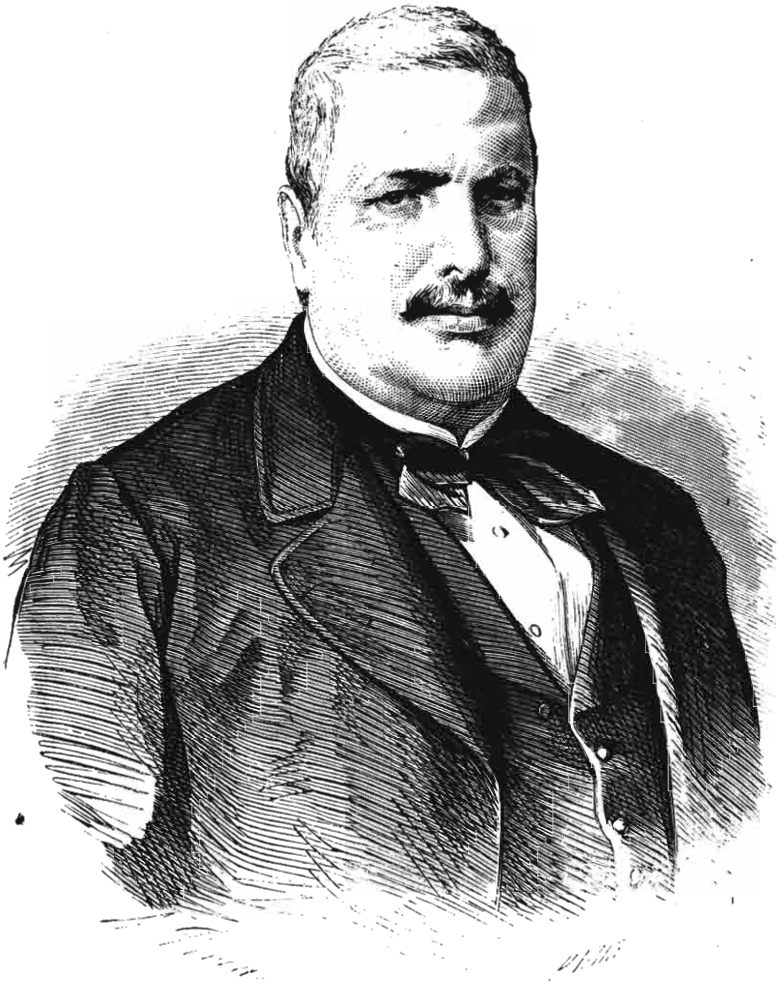
»Soldados: si la disciplina obliga á defender los buenos gobiernos, no puede exigir que se apoye la tiranía; si manda que se combatan los motines, no quiere que se desoiga la voz de las legítimas revoluciones.

»Soldados: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional!

JUAN PRIM.»

El valiente general don Juan Contreras publicó tambien estas dos breves pero enérgicas proclamas:

«CATALANES: Hoy abrimos la campaña al grito santo de «*¡Libertad!*» Igual grito se da en estos momentos en Valencia, Aragon



D. JUAN CONTRERAS.

y otras provincias, y de todas partes se lanzan á la pelea los buenos españoles, que no pueden soportar un instante mas el yugo que les oprime.

»Catalanes: ¡A las armas! Vuestras ásperas montañas y el curso rápido de vuestros rios os hacen invencibles: tened además presente que la vida vale poco sin la libertad. Un esfuerzo mas, y la victoria coronará tantos sacrificios y salvaremos la patria de la abyeccion en que se encuentra.

»Catalanes: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional!

»Cuartel general de Viella 16 de agosto de 1867.—El general en jefe, mariscal de campo,

JUAN CONTRERAS.»

«SOLDADOS: Vuestros padres y hermanos se han lanzado ya á la pelea al grito de «¡Patria y Libertad!» El ejército ha marchado siempre á la cabeza de los ejércitos liberales, y nunca ha hecho armas contra tan caros objetos, y no puede menos de unirse al pueblo, del que se ha formado y al que pertenece: quieren engañaros con la palabra traicion para que sirvais de instrumento á la tiranía, y comprometeros en una guerra fratricida; pero vosotros sabeis que no hay traicion cuando se defiende la patria y la libertad, y que los traidores son los que juraron la Constitucion y las leyes que hoy vilipendian y escarnecen.

»Soldados: uníos á vuestros compañeros y hermanos, y así la lucha será corta, y evitando la efusion de sangre, merecereis bien de la patria.

»Soldados: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional.

»Cuartel general de Viella 16 de agosto de 1867.—Vuestro general en jefe, mariscal de campo,

JUAN CONTRERAS.»

Hé aquí la de Baldrich, el primero que entró y el último que se retiró:

«LIBERALES: Ha sonado la hora de la reivindicacion política. En estos momentos resuena ya en toda España el grito de «¡Abajo

lo existente!» Este es el lema. La revolucion es santa, simultánea y segura; su objeto es derrocar á un gobierno inmoral y opresor, que únicamente arruina y espolia á la nacion chupando los sudores y la sangre de sus hijos.

»Se ha dicho que la revolucion es santa y reparadora. A su frente se hallan hombres eminentes, esforzados, y de gran categoría militar. No la teman los hombres de bien, porque respetará los intereses creados y todas las carreras, así civiles como militares. Se conservarán los grados, y aun se ascenderá segun sus servicios á los jefes y oficiales que secunden la santa causa por que combatimos, y la clase de tropa obtendrá sus licencias absolutas luego de haber triunfado. La patria os llama, y no desoigais su grito de dolor. ¡Ay del que hostilice!...

»Estas son las instrucciones que me ha dado nuestro general en jefe don Juan Prim, que á estas horas está pisando el suelo patrio, al nombrarme comandante general de esta provincia de Barcelona.

»¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Viva la patria!

»Campo de honor 16 de agosto de 1867.—El coronel,

GABRIEL BALDRICH.»

Todos saben el desgraciado éxito de esta intentona, y quien mas claro ha hablado acerca de ella ha sido don Juan Prim en el siguiente Manifiesto que publicó por entonces:

«Cuando los partidos políticos se encuentran en una situacion parecida á la que los liberales españoles atraviesan en estos momentos, deber es del que ha merecido su confianza durante tres años decirles lo que piensa y lo que siente sobre los sucesos que acaban de ocurrir. Si hubiera podido tomar parte en el combate y hubiéramos sido vencidos, os hubiera dicho al pisar el suelo extranjero lo que dije á los valientes regimientos de Bailén y Calatrava cuando entré con ellos en Portugal. Si hubiérais sabido de antemano que no habia de conducirnos á la batalla, como lo sabian en junio los valientes artilleros y el bizarro pueblo de Madrid, me hubiera concretado á escribiros particularmente, como lo hice entonces, mani-

festando mi admiracion por tanto heroismo desplegado, mi sentimiento por tanta generosa sangre vertida. Mi situacion de hoy es tan diferente, como distinta era la vuestra de la de aquellos, teniendo que combatir sin armas y sin recursos contra todas las fuerzas del gobierno, que debieron haberse dividido para acudir á otros puntos donde la cobardía y el egoismo han hecho estériles nuestros esfuerzos.

»No esperen los enemigos de la libertad que yo haya de seguir en estos momentos una conducta distinta de la que he seguido anteriormente, cuando acabo de verme defraudado en mis esperanzas, engañado en mis cálculos, vencido una vez mas. Ni las calumnias de que mis compañeros habian abierto las puertas de los presidios, ni la imperdonable injuria de que habia pactado con el extranjero para venderles la isla de Cuba, ni la falsa aseveracion de que los regimientos sublevados se habian vendido á un oro que nunca hemos tenido, pudieron alterar mi tranquilidad ni debilitar mi ánimo; ni hoy lo conseguirán tampoco los diversos juicios que con distintos móviles se hacen en la prensa española, y se reproducen ó comentan en la que en el extranjero está siempre á las órdenes de la reaccion de nuestro país.

»No diré una palabra mas que las que crea que convienen á las circunstancias; no citaré mas hechos que los que convengan al porvenir del partido liberal; no pronunciaré un solo nombre de los que han tenido la culpa de que hoy, como otras veces, no se hayan cambiado los destinos de nuestra desgraciada patria. Algun dia se escribirá la historia de estos tres últimos años; algun dia la publicarán la prensa y la tribuna españolas, y entonces verá la nacion, y entonces conocerá el mundo los generosos móviles que impulsaron mi conducta, los inmensos sacrificios que, en union de un corto número de amigos, he tenido que hacer, la seguridad con que debia contar, dentro de los cálculos humanos, en todos los movimientos que he querido llevar á cabo; entonces conocerá la Europa los indignos medios á que se ha acudido para vencernos; entonces sabrá la España los nombres de los egoistas que han neutralizado nuestros esfuerzos, los nombres de los desertores que han abandonado á sus compañeros, los nombres de los cobardes que han faltado en los

momentos supremos á sus compromisos. Me basta hoy consignar mi admiracion á los valientes que han hecho esfuerzos heróicos por conquistar la libertad de su patria; me basta manifestar mi sentimiento, mi profunda pena por no haber podido tomar parte en el último combate.

»No me importa que crean mis enemigos que me ha abandonado el valor que he desplegado en toda mi vida militar, la paciencia de que he dado pruebas en mi larga carrera política, ni la resolucion revolucionaria que procuré tener en Valencia y Pamplona primero, en Aranjuez y Villarejo despues. Lo que hice en Castillejos por la patria, lo hubiera hecho en Cataluña por la libertad; lo que hice en Méjico por salvar la honra de España, lo hubiera repetido en Madrid por levantarla del estado de postracion y abatimiento en que se encuentra.

»No tengo yo la culpa de que habiendo salido el dia 7 de Bruselas, estando fijado el del movimiento para el 15, y habiendo atravesado la Francia para embarcarme en uno de sus puertos y tocado en las costas de África, y estado á las puertas de una de nuestras mas importantes ciudades durante cuarenta y ocho horas, faltaran á su palabra los hombres del ejército comprometidos, suficientes en número y colocados en posicion para haber decidido del movimiento en el resto de España; no tengo yo la culpa de que habiendo tenido que retroceder á Marsella el dia 20 y habiendo llegado á la frontera catalana el 22, me encontrara con las fuerzas del gobierno en vez de hallar las que allí me tenian que esperar; no tengo yo la culpa de que á los amigos del campo de Tarragona, Barcelona y Lérica les fuera imposible subir á buscarme, como teníamos convenido, en la hipótesis de que pudiera suceder lo que sucedió; no tengo yo la culpa de que, á pesar de mis esfuerzos y los de los dignos amigos que me acompañaron durante doce dias (hasta el 4 de setiembre), no nos fuera posible hacernos con un pequeño número de hombres que pudieran acompañarnos para intentar nuestra reunion con los valientes de Barcelona y Tarragona, atravesando las cuarenta leguas de distancia que nos separaban de ellos. Quede consignado esto para honra de los que, entrando en España, se encontraron con que lo prometido en las provincias de Girona y Lérica no se cumpliera;

quede consignado esto para gloria de los valientes á quienes hubiera agradao mas salir á buscar á su general que resistir á las numerosísimas fuerzas que los acosaban; quede consignado tambien, para vergüenza de los militares que faltaron á su palabra, para oprobio de los hombres que prometieron en la frontera lo que luego no cumplieron.

»No tengo necesidad de decir que mi salida de Bruselas fué acordada con mis amigos mas íntimos, y con ellos se acordó tambien la eleccion del punto adonde debia dirigirme; no tengo que decir que estaba bien combinado el modo de entrar en Cataluña; no tengo que añadir que durante el tiempo que estuve esperando en la frontera no omitieron mis amigos medio alguno ni escasearon sacrificio para buscar la manera de pisar el territorio español. No nos retiramos de la vista de nuestra patria hasta que vimos que habia disminuido el número de tal modo, que era imposible la doble combinacion de entretener las fuerzas que perseguian y facilitar la entrada de los que esperábamos.

»Falta todavía algo que añadir á esta ligera reseña. Los sacrificios que he tenido que hacer, los disfraces á que he debido acudir, los medios que he tenido que emplear para burlar la vigilancia del gobierno español primero, y la francesa despues, débenseles á los dignos amigos que han compartido mis esperanzas y mis penas. El partido liberal los conoce, y yo me complazco en manifestarles una vez mas mi gratitud y mi cariño.

»Nunca hubiera descendido á dar estas sencillas esplicaciones, si no lo hubieran exigido los que han estado á mi lado desde que empezó el último período revolucionario en nuestro país. A la injuria hubiera contestado, como siempre, con el desden, á la mentira con el tiempo, y á la calumnia con el desprecio. Querian los catalanes que hablara, porque no pueden tolerar que se ofenda al paisano; querian que hablara los aragoneses, que no sufren con paciencia que se insulte al liberal; querian que contara lo sucedido los emigrados todos, los buenos liberales, que no quieren que se injurie sin motivo y se discuta sin datos al amigo, al general y al hombre político.

»¡Ah! ¡Si supieran amigos y enemigos las penas y los sinsabo-

res que he sufrido, las humillaciones por que he pasado durante los dias en que mis paisanos y mis amigos han estado combatiendo!... Nunca se borrará de mi alma el recuerdo de este cortísimo período que tantas amarguras me ha hecho devorar y que tanto ha hecho sufrir á los amigos que me acompañaban.

»Nada tengo que decir sobre mi situacion para el porvenir. Mientras siga mereciendo la confianza del gran partido liberal español, y de ello he recibido y estoy recibiendo hoy repetidas pruebas, seguiré consagrando mis esfuerzos, dedicando mis desvelos, haciendo todo género de sacrificios para alcanzar el triunfo de la libertad, que es el sueño de toda mi vida. Mi fortuna, mi espada, mi inteligencia, todo lo que soy y todo lo que valga, estarán al servicio de nuestra causa.

»No sé lo que el porvenir tiene reservado á nuestra patria; no sé el rumbo que tomarán, despues de los últimos sucesos, las cosas y las personas que allí se disputan los honores de la vida política; no sé tampoco si los últimos acontecimientos y la parte que cada uno de los hombres importantes del partido liberal ha tomado en ellos, podrán modificar la situacion y llevarla á otro terreno. Suceda lo que quiera, tome cada uno la actitud que crea conveniente, yo me encontraré donde se encuentre la mayoría de los partidos liberales; yo estaré al lado de aquellos á quienes no ha afligido la persecucion, ni ha entibiado la derrota, ni ha abatido la desgracia, para combatir en el terreno que nuestros enemigos presenten la batalla, para luchar donde quiera que la idea liberal lo exija, para pelear hasta que nuestra patria tenga el gobierno que se merece.

»Si hay liberales que crean que España puede vivir sin gobierno constitucional, los compadezco; si los hay á quienes guia el odio y las malas pasiones en la continuacion de la obra comenzada, los olvido; si los hubiera que quisieran sobreponer su voluntad á la del gran partido liberal, los combatiré con todas mis fuerzas.

»Nada sin el partido liberal. Todo con él. Y cualquiera que sea el sacrificio que yo tenga que hacer, cuenten con él de antemano los que saben que no me anima otro deseo, ni me mueve otra ambicion que la de ver á nuestra patria respetada en el extranjero y libre y floreciente en el interior.

»Si esto lo consiguen hombres que no estén afiliados á nuestro partido, admiraré y aplaudiré su obra; si lo consigue alguno de los liberales sin necesidad de mis débiles esfuerzos, le ayudaré á consolidarla; si lo consiguen los partidos liberales unidos, me retiraré á la vida privada cuando vea la obra concluida y asegurada.

»No me hubiera colocado en situacion revolucionaria si los clamores de la opinion pública hubieran sido escuchados en España; y ni un solo dia abandonaré esta actitud, mientras los gobiernos españoles sigan siendo los verdugos de su patria y el escándalo de la civilizada Europa.

»Ginebra 25 de setiembre de 1867.

JUAN PRIM.»

XXII

Una aclaracion.

En el folleto del señor García Ruiz, titulado *La Revolucion en España*, se lee lo siguiente:

«El general Prim ha dicho en su Manifiesto de Ginebra, fecha 25 de setiembre, que se embarcó en un puerto de Francia. Nosotros, en nuestra calidad de narradores ó historiadores, debemos la verdad á los presentes y venideros, y esa verdad diremos en todo y por todo, porque la verdad debe decirse siempre, y mas cuando de ella, como en el presente caso, no hay ni haber puede perjuicio alguno para nadie. El general Prim, al decir que salió de un puerto francés, ó se equivocó (que es lo probable), ó quiso probar al gobierno español que tiene agentes diplomáticos que, cual el de Bruselas, cobran sus sueldos muy dulce y descansadamente sin cuidarse de lo que pasa en su derredor.»

El señor García Ruiz se equivocó á mi entender. Lo que quiso el general Prim fué evitar un compromiso al marino que le prestó su buque. Para la causa revolucionaria era indiferente el nombre



del puerto en que el general se hubiera embarcado, pero no para el marino que le conducía.

XXIII

Portugal.

En Portugal, durante toda la emigracion, ha existido un foco revolucionario no menos activo que el de Bruselas y París.

Habia en Oporto una junta presidida por don Roque Bárcia, y que trabajaba con actividad, si no siempre con acierto.

Habia los depósitos en que estaban los oficiales y soldados de Almansa, de Calatrava y Bailén; y de mí sé decir que mas ocupado he estado allí en trabajos revolucionarios que en el mismo Bruselas.

A poco de llegar á Lisboa fui á visitar el depósito de Cascaes: estuve con Lafuente, con quien habia contraido gran amistad desde la espedicion de Enero y que era el jefe del depósito á la sazón, examinando todos los puntos en que se podria hacer un embarque de las tropas para el caso de que recibiéramos de don Juan Prim la orden de trasladarlas á España.

Esta visita dió motivo á varios rumores infundados; se dijo que habia yo querido apoderarme de aquellas tropas para entrar en España.

Para concebir tal proyecto hubiera necesitado volverme la inteligencia del revés.

El señor Lafuente, el señor Bastos, el señor Gonzalez y todos los jefes que en Portugal se hallaban, saben que no solo no concebí tan desatinada idea, sino que me incomodé de una manera harto grave con algunos individuos de la junta de Oporto, porque habian dirigido cartas á los soldados del depósito incitándoles á la sublevacion.

Estas cartas correspondian á un plan que yo aceptaba á medias.

No nos faltaban elementos en España: ofreciánsenos muchos en la frontera; vinieron á buscarnos al coronel Bastos y á mí, para que con otros formáramos una partida que entrase por el mismo Barrancos, que habia sido nuestra puerta para entrar en Portugal.

Bastos fué á ver si eran exactas las noticias que se habian dado respecto á los hombres y armas de que podria disponer en la frontera. Todas las personas que se le habian señalado y á quien se dirigió, le contestaron que sí; yo no le acompañé porque á la sazón llegó Milans, y traia para mí órdenes del general Prim que me obligaban á estar á su lado hasta que se hiciese otro movimiento (el mismo de Agosto), que debia estallar de un momento á otro.

No gustaba mucho á Milans la expedicion para que se habia embarcado Bastos, y que le parecia poco cuerda; pero yo creia que no debia desaprovecharse ningun arma para combatir al gobierno, y que seiscientos hombres, lanzándose al campo de Estremadura en correspondencia con otras partidas de Béjar y de Urda, no serian un mal prólogo para la revolucion.

Milans tuvo razon por desgracia nuestra. La expedicion de Bastos fué un lazo que se tendió á él y á varios oficiales por la policia española.

Un oficial emigrado, cuyo nombre no quiero estampar aquí por no manchar el libro, cuyo nombre no se atrevia él mismo á llevar en la emigracion, sino que usaba uno supuesto, pertenecia á la junta de Oporto y dirigia la marcha en combinacion con el capitan general de Galicia y con el ministerio de Madrid.

Los valientes emigrados que llegaron á pisar el territorio español en son de guerra, solo por milagro pudieron escapar de semejante trampa.

Vagaron unas cuantas horas por sitios en que los acechaba la Guardia Civil, y no encontraron ni uno de los hombres que se les habia prometido para formar la partida.

Bastos, Campos, Suarez, Mendez y tantos otros, se desesperaban; pero no tuvieron otro recurso que acogerse de nuevo á Portugal, dándose por muy contentos con que la policia los dejase volver á Lisboa.

Yo habia esperado en vano avisos suyos, deseando que rompie-

ran para ver si decidía su grito de rebelion á los que estaban discutiendo con nosotros sobre la manera de sublevarse. Nos decian constantemente: «Nos sublevaremos mañana.» Pero Eguilaz lo ha dicho, y me acuerdo de algunos pretendientes que lo aplaudian con frenesí: «Mañana en España es nunca.»

¡Cuál seria mi tristeza al ver volver á mis amigos cabizbajos, diciendo: «Todo ha sido inútil!»

Milans en tanto procuraba organizar á Estremadura y Andalucía para el momento en que recibiera la señal de ataque.

Nada conseguimos sino, como he dicho antes, buenas palabras.

Lo mismo le sucedió á Merelo, que habia ido á Cádiz disfrazado.

Todos los dias en casa del marqués de Niza, Milans y yo abríamos el correo y consultábamos las noticias que venian en cifra por el telégrafo ó que nos traian los comisionados; pero todos los dias nuestra esperanza se parecia á esas flores que se abren por la mañana y se cierran por la noche. Contando con grandes elementos, nada pudimos hacer, y no fué por falta de actividad ni por falta de celo.

Milans en su Diario califica mi impaciencia de febril en aquellos dias, añadiendo que esta impaciencia habia de inutilizarme para cuanto requiriese serenidad. Los otros emigrados no estaban menos impacientes que yo, y el mismo Milans tampoco lo estaba menos.

Hicimos cuanto pudimos, y no hicimos nada.

Milans no pudo entrar porque no respondieron las fuerzas que con él se habian comprometido. Yo fuí preso en la frontera por falta de dinero, como contaré mas largamente en las *Memorias de un emigrado*.

Hubo necesidad de volver á París y construir de nuevo nuestro castillo de náipes.

XXIV

Paréntesis.

Pero ¿por qué teníamos tanto empeño en hacer la revolucion?

¿Qué nos proponíamos al intentar una revolucion en España los hombres de buena fé?

Nos proponíamos salvarla del abismo á que la conducian los gobiernos extranjeros, trasplantados á nuestra patria como plantas exóticas cuyos frutos nos envenenaban.

En toda sociedad, como en todo sér, hay dos necesidades que son los piés con que caminan: hay en el hombre el estómago y el brazo, además de la cabeza; hay en la sociedad el ministerio de Hacienda y el de la Guerra, además de Dios, que es el piloto del progreso.

Hablar al pueblo de derechos individuales y de elucubraciones metafísicas cuando necesita pan, es cantar á Job en el estercolero el romance de Gerineldos.

Ninguna revolucion se ha hecho en el mundo sino por falta de pan, digan lo que quieran los políticos que creen satisfacer al pueblo presentándose ante él adornados con brillantes uniformes.

En una casa particular se tomaria por loco, cuando no por otra cosa, al administrador que se presentase diciendo:

—No tienen ustedes que comer, ni yo tengo por donde buscarlo; pero dénme ustedes una serenata, porque con el dinero de ustedes me he comprado este hermoso traje con que me presento, y otro que estrenaré mañana.

¿Qué se ha hecho revolucionariamente en España en Guerra ni en Hacienda?

NADA.

Luego no se ha hecho la revolucion.

Luego tenemos que esperar.

Y llevamos esperando mas de once meses.

Y el país sigue pidiendo una solucion, y el país tiene razon, porque ni eso que han hecho las Córtes es mas que el mónstruo de que habla Horacio, ni puede tomarse por lo sério una autoridad que se ha encontrado en las manos la revolucion como una joya que al paso ha dejado caer un águila y no sabe ni para qué sirve ni el valor que tiene.

Por eso á nadie ha llamado la atencion la alocucion mia á los Voluntarios de la Libertad, aunque otro dia será acaso un documento histórico.

Esta alocucion dice así:

A LOS VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

DEL PRIMER BATALLON DEL DISTRITO DE PALACIO.

COMPAÑEROS: Os doy gracias por el alto honor que me habeis hecho nombrándome vuestro comandante. Hace ya mucho tiempo que debia haberos dirigido la palabra y tomar el mando del batallon. No lo he hecho hasta ahora esperando que el señor alcalde popular confirmase vuestra eleccion; pero dadas las circunstancias que atravesamos, correria peligro de que se creyera, si no acudo á ponerme al frente de vosotros, que me detiene una causa que no quiero indicar siquiera.

Me habeis elegido vuestro jefe: muchos me ganarán en aptitud; pero estoy seguro de que nadie me ganará en abnegacion y en agradecimiento.

Cuando llegue el dia de la lucha, que quizá no está lejano, porque veo muchas manchas rojas en el horizonte, me encontrareis á vuestro lado para defender la libertad.

Si se nos exigiera, que no lo creo, defender la reaccion con una ú otra máscara, ó combatir al pueblo con uno ú otro pretexto, romperia mi espada antes que cumplir las órdenes que se me dieran.

Hijos del pueblo somos: para defender al pueblo hemos tomado las armas: defender otra cosa que los derechos del pueblo seria hacer traicion á nuestros compromisos.

Ciudadanos: ya sabeis mi manera de pensar. El que quiera de vosotros que me siga: el que se arrepienta de haberme elegido, á tiempo está, que me rechace; y á los que queden conmigo solo tengo que proponerles un vítor: ¡Viva el pueblo! esto es: ¡Viva la Soberanía Nacional!

CÁRLOS RUBIO.

XXV

Otra cosa.

Y os parecerá estraña esta otra digresion; pero paciencia. Sigo haciendo por lo pasado un viaje de placer.

Todos compadecen á los mudos y enaltecen á los grandes hombres.

¿Quién domina á la humanidad? ¿No es un mudo tambien que jamás puede pronunciar otra palabra que el *fiat*?

«¡Dios mio, me habeis hecho poderoso y solitario!» decia Moisés, segun un gran poeta de la vecina Francia, que resumió en este verso el espíritu de la Biblia.

¿Qué hombre de genio no se encuentra absorto por su mismo pensamiento, como Arquímedes durante el asalto de la ciudad en la batalla de la vida?

El hombre pensador es el autor dramático: sus sectarios son las figuras de movimiento con que divierte al público (lo desconocido.)

Su escenario la eternidad.

Los hilos son unas veces las pasiones, las preocupaciones otras; pero jamás los monigotes de carton que se agitan en la escena, comprenden ni la intencion ni los elementos que emplea el autor que los mueve.

¡Cuántas veces esta clase de acólitos gritan: «¡Victoria!» en el momento en que el autor se lleva la mano al pecho, dolorido por el venablo de una derrota!

¡Cuántas veces creen que el autor ha sido derrotado, y ha obtenido un triunfo!

Tengo para mí que *El Mágico prodigioso* de don Pedro Calderon de la Barca, escrito para estrenarse en la villa de Yepes, célebre por sus vinos, pero no por otra cosa, que yo sepa, no debió ser comprendida por aquellos villanos.

Sin embargo, es la turquesa en que se ha fundido el *Fausto* de Goethe; y confieso que me place mas la turquesa que lo que en ella se ha fundido.

Las obras del genio son semejantes constantemente á *El Mágico prodigioso* y á otras semejantes de don Pedro Calderon; se hacen para un pueblo pequeño que no las aprecia, pero viene despues la humanidad que las reverencia.

La cruz de Cristo, encontrada por un leñador, hubiera servido para cocer su cena; encontrada por Santa Elena, emperatriz, es reverenciada en Roma.

Consolémonos todos: á unos el tiempo presente, á otros el porvenir.

Los ciudadanos de la edad futura, ¿de qué podemos quejarnos si somos hijos pródigos que estamos fuera de nuestra casa?

Hoy dormimos en el dintel: mañana nuestro padre nos abrirá las puertas sagradas, y dará un convite para nosotros y para nuestros amigos.

XXVI

Mujeres.

Mirabeau escribia á la córte que la reina era el único hombre que tenia á su lado.

De María Teresa decian sus súbditos que era su único rey.

He palpado en las diferentes conspiraciones en que he tomado parte, que las mujeres son en ciertos casos mucho mas varoniles, mucho mas inteligentes y mucho mas decididas que nosotros.

Ya no puede cegarme la pasion, porque me voy haciendo viejo, y como decia un amigo de don Juan Eugenio Hartzenbusch,

A las muchachas, que es lo que mas siento,
Ya no las puedo ver si no las tiento.

Pero debo hacer justicia al sexo de quien decia Legouvé en su poema sobre el mérito de las mujeres:

Tombe aux pieds de ce sexe a qui tu dois ta mère.

Un profano ha hecho observar que era algo difícil caer á los piés de un sexo, y sobre todo, que hasta ahora pasaba por moneda corriente que los hombres y las mujeres debian su sér, no á su sexo, sino á la union de dos; pero este verso no deja por eso de ser clásico y de los mas citados en Francia. Quizá es de los mejores del antiguo régimen.

¿Por qué tantas personas que hablan sensatamente en prosa, cuando escriben en verso creen que deben dejarse el sentido comun á la puerta del templo de las musas?

Pero esto no viene á nuestro propósito.

Quememos el grano de incienso que es debido en honor de ese sexo á quien tanto queremos por mas que digamos, y aprovechemos la ocasion para rechazar respecto á él algunas ideas que en los tiempos modernos se propagan en contra nuestra.

Hoy los neos juntan las manos y alzan los ojos al cielo gritando: «¡Abominacion!!!» y palideciendo cuanto permite á sus carriludos rostros la sangre de Cristo con que en los dias de ayuno rocián los pavos y las perdices, segun uso tradicional,

Porque tienen con ensanchas
La conciencia, por ser anchas
Las que teólogas son,

segun decia uno de los mas ilustres y mas sabios predicadores de la órden de la Merced hablando de un canónigo en el siglo xvii sin que los curas pudieran negar el hecho, pues se contentaba uno de ellos, para vengarse, con pintar la vida del fraile en aquellos involvidables versos.

¿Por qué estas lamentaciones de los neos?

Porque las mujeres hoy aspiran á ocupar en la sociedad muchos destinos que antes monopolizaba el sexo feo.

No quiero saber quién está mas dotado de inteligencia, si Hér-

cules hilando, ó la que le hace hilar, aunque del peso de los cerebros resulten por término medio cuatro onzas menos en el femenino que en el masculino. Puede esto ser efecto de la educacion, y además no solo se ha de atender á la cantidad sino á la calidad, teniendo en cuenta la relacion con los demás órganos; pero debo hacer notar que en el siglo xvii un sacerdote, á quien hasta se ha pensado alguna vez en canonizar, hombre de moral austera y algunas veces hasta fanático, pues aplaudia los autos de fé y escribía autos sacramentales para defenderlos, ponía en boca de Coriolano, falsificando la historia para censurar una ley santuaria de su tiempo:

Restituidas se queden (*las damas*)

En sus primeros adornos
De galas, joyas y afeites,
Que á la que se aplique á estudios
Ó armas ninguno la niegue
Ni el manejo de los libros
Ni el uso de los arneses,
Sino que sean capaces
Ó ya lidien ó ya aleguen
En los estrados de togas
Y en las lides de laureles '.

La idea de igualar la mujer al hombre no es pues nueva. No es tampoco un capricho de Calderon, porque ¿no rebosa el mismo sentimiento en *La Monja alférez*, *La Dama presidente*, *Las Hermanas bandoleras*, *El Amor médico*, *Los pechos privilegiados*, *La prudencia en la mujer*, etc, etc, etc, etc.?

¿Por qué pues se ha de acusar á la revolucion de haber presentado este problema?

Seamos justos; la verdad es que la revolucion se le ha encontrado planteado por la esfinge del tiempo, y procura resolverle. Ha visto una enfermedad y procura curarla. Los que quieren que volvamos al siglo xvii deben desear tambien que volvamos á tales ideas, y al oír á los americanos enaltecer la capacidad de las mujeres para ejercer todas las profesiones varoniles desde la de médico á la de

' Calderon: *Las armas de la hermosura*.

D. JULIO VELARDE.



abogado, desde la de diplomático á la de capitán, deben congratularse, diciendo:

—Pensais como Calderon y Tirso, pensais como nuestros abuelos; sois pues de los nuestros, dadnos la mano.

XXVII

Consuelo.

La derrota de Agosto fué para nosotros funesta.

Quedamos quebrantados hasta la médula de los huesos.

Propuse un esfuerzo desesperado, no se me aceptó, y probablemente quien desechó mi plan tenia la razon mas clara que yo en aquellos momentos en que acabando de perder á Velarde y afrontado por mi prision de Portugal, hervia en deseos de hacer locuras.

Esta época cierra para nosotros un período revolucionario. A partir de entonces hemos conspirado quizá con mas acierto, pero quizá tambien con menos limpieza. ¡Qué le hemos de hacer! El hombre propone y Dios dispone.

Habíamos de vernos agarrotados por los unionistas... y nos hemos visto.

¡Es triste para el que ha consagrado la mayor parte de su vida al desenvolvimiento de una idea, ver que, como una hija que se prostituye, esta idea le falta en el momento de su madurez! Pero resignémonos, que la Providencia sabe mas que nosotros, y lo que ha de ser será.

Cuando Roma tocaba á los últimos límites de su poder, cuando no solo empuñaba la espada guerrera, cuyo pomo tenia ella en la mano y la punta estaba en todas partes, sino que tambien con la otra mano empuñaba el cetro de la inteligencia, asentada sobre el erario del orbe, vinieron los bárbaros del Norte que destruyeron toda aquella civilizacion, pisotearon toda aquella grandeza, y no pensando mas que en destruir, hicieron el hoyo en que se sujetó la cruz de



Santa Elena, el árbol de los tres brazos y las tres maderas que ha dado sombra á todo el mundo.

Hubo otro dia, pasados siglos, en que un fraile borracho y lascivo, tímido y bilioso, tan borracho que sus mismos sectarios le han pintado con un cántaro de vino al lado, tan lascivo que no respetaba la clausura de las monjas, tan tímido que se habia hecho fraile por haber visto caer un rayo, tan bilioso que rompió con Roma porque no le aceptaron unas *conclusiones*; y este fraile, en un exceso de su mal humor, proclamó la reforma y redimió la razon, y creyendo no obrar sino por causa propia, y creyendo no servir á partido alguno, sino á sus propios intereses y á los de su órden, interesada en la venta de las indulgencias; este fraile, que se llamaba Lutero, sirvió á la causa del género humano.

Si la sombra de los primeros invasores de Italia y de los primeros proclamadores de la reforma pudieran levantarse de las tumbas y ver el fruto que han dado sus actos, qué hijos han tenido sus ideas, ¡cómo se asombrarian!

Confiamos pues en que los errores de nuestros gobernantes, en que los errores de los que han contribuido á la revolucion, en que los errores de todos, incluso los de los gobiernos que buscan el porvenir en las tumbas, contribuyendo á la marcha del progreso, serán otras tantas gradas de la escala de Jacob, por donde subirá la humanidad.

APÉNDICE.

No habiendo recibido á tiempo los datos siguientes, y no habiendo querido retrasar la publicacion de la obra, he prescindido de ellos hasta ahora; pero hoy que los tengo, creeria defraudar á los suscritores si no se los comunicara.

Aprovecho esta ocasion para añadir que el señor Gonzalez es uno de los amigos á quienes mas estimo y que mas pruebas me han dado tambien de lealtad, de valor, de generosidad y de entereza de carácter, durante la emigracion en Portugal.



MEMORIA

EXPRESIVA DE LA PARTE QUE TOMÓ EN LA REVOLUCION INICIADA EN ENERO DE 1866,
EL PRIMER BATALLON DEL REGIMIENTO INFANTERÍA DE ALMANSA.

«Justificada para los hombres liberales y amantes de la patria, y muy especialmente para el popular partido progresista, la necesidad de una revolucion, como único medio de estirpar los males que tanto tiempo hacia venian arruinando y corrompiendo al cuerpo social de la nacion, dióse comienzo por aquel gran partido á los trabajos preparatorios que, reuniendo los elementos aquí y allí dispersos, diesen en su dia como resultado el movimiento que debia poner término á tan angustiosa situacion.

Existiendo en el ejército, en muy gran parte, elementos tales, y puestos en relacion los caudillos progresistas con jefes y oficiales de reconocida lealtad y amor al verdadero sistema representativo, les encomendaron para secundarlos predispusiesen los ánimos de sus compañeros y subordinados en favor de tan patriótico pensamiento. Debia y queria realizarse con la menor efusion posible de sangre, y solo contando con la fuerza armada podia conseguirse este objeto.

Por mis antecedentes políticos tuve el honor de contarme entre aquellos jefes, y creo en conciencia haber cumplido mis compromisos y sabido corresponder dignamente á la confianza en mí depositada.

Mandaba yo á la sazón como comandante el primer batallon del

regimiento infantería de Almansa, y encaminé mis actos en este cuerpo á poder disponer de toda su fuerza, colocándome pronto en condiciones tales, que fácil me hubiera sido disponer completamente del regimiento á los fines de la revolucion, con la misma confianza que le hubiera sacado del cuartel para un campo de maniobras. Habia ya conseguido no solo poner de acuerdo á los oficiales comprometidos, sino tambien inculcar en su ánimo y en el de la tropa amor á la libertad. Á mantener siempre vivo este sentimiento, arreglé despues mi conducta.

Los dias trascurrían con aparente calma; mas continuábanse los trabajos revolucionarios. Visiblemente engrosaban las filas de los patriotas, y cada vez mas se sentia la necesidad de la revolucion, que con verdadero entusiasmo se la veia acercar potente, majestuosa.

Los encargados de dirigirla y de ponerse al frente de ella, repetidas veces intentaron iniciarla; mas unas desistieron, y otras fracasaron sus planes antes de ponerlos en práctica. El regimiento de Almansa seguia cuidadosamente todas estas evoluciones, y recibia del centro director órdenes que estuvo siempre dispuesto á obedecer y que supo cumplir á su tiempo. No inútilmente se contaba con él.

Entre tanto, por el gobierno de entonces se hacian supremos esfuerzos para destruir los planes revolucionarios. Columnas volantes recorrían los distritos militares, se vigilaban los cuarteles, eran separados oficiales, y frecuentemente habia relevo de guarniciones ó se creaban guarniciones nuevas. Á consecuencia de tales medidas, separóse el segundo batallon de Almansa de su hermano el primero, marchando este á la ciudad de Ávila, y quedando el otro en Valladolid. Mas tarde, á pesar de mi sigilosa y prudente conducta, inspiré sérios recelos al gobierno, y el 21 de diciembre de 1865 fui separado del mando de mi batallon, dándoseme colocacion en el provincial de Cáceres.

Lejos de entibiar esta disposicion el ardoroso entusiasmo de mis compañeros y subordinados, irritó los ánimos y escitó mas y mas en ellos su amor á la patria oprimida. Por ella juraban morir cumpliendo con el santo deber de darla libertad.

Trasladéme á Madrid, en donde, con verdadera satisfaccion, hice presente al valiente, al denodado caudillo progresista, el espíritu de la fuerza á mi mando. Allí recibí del mismo las últimas y terminantes órdenes de iniciar el movimiento revolucionario en Ávila en la madrugada del dia 3 de Enero de 1866, para secundar el que, poniéndose aquel á su frente, debia tener lugar en Villarejo. Sobre Ávila, y á hora conveniente, marcharian á unírseme fuerzas de la guarnicion de Madrid para inmediatamente abrir la campaña que habia de dar por resultado el planteamiento del programa de gobierno publicado por el Comité central progresista.

Con anticipacion avisé á oficial de mi entera confianza mi inmediato regreso á Ávila, y el objeto de mi presentacion en aquella ciudad en dia fijo y hora determinada. Llegué el citado dia 3 de Enero á la una de la madrugada, y oculto algunas horas, esperé el arribo en tren especial de un regimiento que debia unírseme.

Entre tanto hallábanse reunidos en una casa, y prontos á secundar mis disposiciones, los oficiales mas comprometidos. En el cuartel algunos sargentos y cabos tambien estaban vigilantes. El regimiento que esperaba no llegó. Por parte telegráfico recibí aviso de que no solo no habia salido á la hora fijada, sino que tampoco podria ya salir. En consecuencia, y sin pérdida de tiempo, pedí por el telégrafo nuevas instrucciones al Comité central. Calculaba, y no me equivoqué, que el Excmo. Sr. general Prim estaria ya fuera de la córte.

En difícil situacion estaba colocado. Las horas habian trascurrido con rapidez, y no habia aún llegado la oportunidad de pronunciarse el primer batallon de Almansa.

Como se percibe bronco el sonido de lejano trueno que precede á la tempestad, se oyó el misterioso rumor de la sublevacion de Aranjuez. De boca en boca corria, no porque se conociera completamente, sino porque se habia traslucido en la actitud de los gobernantes de Ávila.

Y en efecto, el gobernador civil recibió en aquel mismo dia un telégrama, manifestándole se habian sublevado los regimientos de caballería Calatrava y Bailén.

Tan luego como tuve noticia de que era un hecho la resolucion

de lanzarse á la lucha, y convencido de que de Madrid no me vendrian instrucciones, determiné secundar el movimiento en Aranjuez iniciado, iniciándolo á mi vez en mi demarcacion. Dí pues inmediatamente mis instrucciones, y fijé las nueve de la noche para la salida del batallon. Llegada esta hora, y mis instrucciones bien cumplidas, me trasladé al cuartel acompañado de dos capitanes, encontrando ya reunidos en el cuartel á otro y algunos oficiales subalternos, y en las compañías, esperando órdenes, varios sargentos y dos cabos, cuyos oficiales é individuos de tropa, comprometidos directamente conmigo, se hallaban allí congregados por anticipado aviso.

Tenia en su decision, en su influencia y en las ideas liberales arraigadas en el ánimo de todos tanta confianza, que lejos de precipitar el movimiento, dispuse se avisase á los demás oficiales para que en seguida concurriesen al cuartel. Quería tener la satisfaccion de que el batallon tomase parte con todos ellos en tan patriótica empresa, y lo conseguí.

Acudieron inmediatamente, híceles conocer mi pensamiento y lo decidido que estaba á ponerlo en práctica, y todos espontáneamente, gozosos, me ofrecieron sus servicios bajo las banderas del nuevo ejército liberal, y pasaron al toque preventivo á sus respectivas compañías, á fin de tenerlas armadas y dispuestas para formar el batallon al de llamada y tropa. Á las diez y media se dió por toda la banda reunida este toque, y las compañías concurrieron al patio interior del cuartel, donde formé el batallon en columna.

Corta, pero enérgica, fué la alocucion que dirigí á aquellos valerosos soldados, quienes con ardoroso entusiasmo prorumpieron en vivas á la libertad, al pueblo oprimido y á su valiente general.

Estaba en el momento de obrar. Envié á dos oficiales con veinte individuos de tropa á la estacion del telégrafo para que lo inutilizaran, y á un teniente con una seccion de su compañía á recoger en el teatro algunos individuos de tropa del batallon que allí se hallaban, ordenando tambien se incorporasen las guardias de plaza, y haciendo recoger la llave de la caja, que se hallaba en poder del comandante, á quien de la manera relatada sustituí. Para ahuyentar á varios hombres de la policia que vigilaban el cuartel, dispuse se tirasen algunos tiros al aire.

Todo esto practicado, y dispuesto en el ferro-carril un tren especial, desfilé con buen orden y bandera desplegada, y dando vivas á la libertad, atravesé la ciudad, dirigiéndome á la estacion de aquel, adonde llegué muy cerca de las once y media de la noche. Allí se me unieron dos tenientes del provincial de Ávila, los cuales, con un capitan destinado á otro y un capitan y un teniente que ya antes se me habian adherido y prestaron buenos servicios, fueron agregados á las compañías en que habia mas necesidad.

Preparado que estuvo el tren que debia conducirnos frente á los muros de Zamora, distribuí convenientemente en sus coches la fuerza del batallon, y á fin de desorientar por el momento á las autoridades de Madrid y Valladolid en lo tocante á la direccion que pensaba tomar, hice que se diese al capitan general de Castilla la Vieja parte telegráfico noticiándole el movimiento revolucionario iniciado por el batallon, y que este se dirigia á Valladolid. Segun despues supe, este recurso produjo el efecto que me proponia, pues creyendo las autoridades verdadero el telégrama, solo pensaron en los primeros momentos en prepararse á la defensa, proporcionándome así tiempo, que despues me fué muy útil para mi retirada.

Preciso era marchar á toda máquina y tomar al propio tiempo algunas precauciones. Ordené pues al maquinista marchase á gran velocidad, y dispuse se colocara en la locomotora un oficial con seis gastadores para vigilar el proceder de aquel operario. Otra máquina exploradora adelantóse tambien con un oficial y seis gastadores para detener en Adanero, si se llegaba á tiempo, el tren-correo, alternando en este servicio varios otros señores.

Pusímonos en movimiento á las once y media de la noche, despues de recibir grandes é inequívocas pruebas de simpatía de muchas y muy conocidas personas de Ávila que habian bajado á la estacion á despedirnos. Sus vítores entusiastas no cesaban, hasta que la distancia nos impidió oírlos.

Practicóse en Adanero sin novedad el cruzamiento, y sin pérdida de tiempo seguimos para Medina, donde inutilizamos el telégrafo, la vía férrea hácia Madrid, y la de Valladolid en direccion de Zamora, cuyo trayecto, hasta Toro, recorrimos. Detuve en la estacion de esta ciudad el tren en que el batallon marchaba, y solo en la

máquina exploradora marchó un decidido comisionado de la clase civil á Zamora, con objeto de dar aviso de nuestra llegada á los que confiábamos se adhiriesen á nuestro movimiento. Con raciones sacadas de Toro, dí en este alto una libra de pan á cada soldado.

Trascurrido el tiempo que calculé necesitaba el comisionado para evacuar su cometido, proseguimos nuestro viaje.

Á un kilómetro de Zamora, adonde llegué á las nueve de la mañana del día 4, hice detener el tren. Con una seccion reconoció un oficial el terreno en cuanto le fué posible, atendida la circunstancia de que una espesa niebla no permitia distinguir los objetos á mas distancia que la de cuarenta á cincuenta pasos.

El batallon, que despues de tomadas las convenientes precauciones desembarcó allí por mi órden, quedó formado en columna de maniobra sobre la derecha de la vía férrea, con lo que estuvo su flanco izquierdo bien defendido por el tren. Á su frente y á su retaguardia desplegaron en guerrilla á la distancia que la niebla permitia y formando semicírculo dos secciones al mando cada cual de un oficial, que tenia órden de observar el movimiento de las tropas que se hallaban en la plaza. Hecho sin novedad el reconocimiento de que se ha hablado, pasó la seccion que tuvo este cometido á ocupar su puesto en el batallon.

Á eso de las once se divisaron sobre nuestro flanco izquierdo parejas de caballería en observacion de nuestros movimientos.

Serian las doce y media cuando regresó de Zamora nuestro comisionado, cuyos esfuerzos dentro de la ciudad en favor de nuestra causa fueron inútiles, á pesar de toda su actividad y celo. Algunos amigos con quienes conferenció acordaron regresase á nuestro campo para prevenirme de lo ocurrido y recomendarme esperase algunas horas mas, para entre tanto ocuparse ellos de tomar noticias acerca del espíritu de los oficiales y tropa de la guarnicion, las cuales me trasmitirian por personas de confianza.

Momentos despues se presentó por la vía férrea, y á nuestra vanguardia, un teniente de Carabineros con unos doce caballos. Se replegó á su vista la guerrilla, y quedó en actitud de resistir su carga en caso necesario, protegida por el núcleo de la fuerza á mi mando.

Hizo alto el teniente de Carabineros á unos cincuenta pasos, y pidió parlamento. Concediósele, y manifestó que venia de parte del gobernador militar de Zamora para informarse del motivo por qué se hallaba allí aquella fuerza, esperando tambien se le haria conocer el cuerpo á que pertenecia y nombre del jefe que la mandaba.

Di el nombre del batallon y mi nombre, y contesté tambien que á consecuencia de haber levantado el invicto general marqués de los Castillejos el pendon revolucionario, estábamos adheridos á su movimiento, y que confiaba encontrar las inequívocas simpatías y adhesion que, por ser nuestro objeto muy liberal, teníamos derecho á esperar de nuestros compañeros de armas. Incontinenti volvió á la plaza el oficial parlamentario.

No obstante haber trascurrido tiempo mas que suficiente para que los liberales de Zamora hubieran adquirido y comunicádome las noticias ofrecidas, á no impedírsele fuerza mayor, nadie pareció á comunicármelas. En su lugar se me presentó un conocido militar, autorizado, segun me dijo, por otros, á suplicarme me retirase inmediatamente á Toro, donde por la noche irian con las fuerzas de Zamora á incorporarse al batallon de Almansa, y proseguir el movimiento, puesto que por ciertas consideraciones no debian hacerlo en aquel momento. En presencia del militar mencionado reuní á los capitanes, á quienes deseaba enterar de lo ocurrido y oir su parecer; mas no pude disponer de los pocos minutos que para ello necesitaba.

Toda la guarnicion de Zamora, mandada por su gobernador, se presentó en aquel momento en son de guerra á nuestro frente. Sus guerrillas de infantería, protegidas (protegidas) por caballería, fueron distinguidas por la nuestra á tiro de rewólver. Allí hicieron alto, y tras ellas, aunque confusamente, viéronse las columnas formadas por fuerza de infantería y Carabineros de á pié: dos ó tres escuadrones de caballería seguian á su retaguardia. Inmediatamente los capitanes que ya estaban convocados con el indicado objeto, volvieron á sus puestos.

El militar de que he hablado, que sin duda debia conocer el objeto de la salida de la plaza, de su guarnicion, á juzgar por el poco tiempo que en su salida la habia precedido, díjome entonces que era

urgente emprendiese mi retirada si queria evitar una reñida accion, porque venian aquellas fuerzas muy dispuestas á batirse, y despidióse.

Comprendiendo que aceptar en tales momentos y en tan desventajosas condiciones el combate, no seria de ninguna manera de satisfactorios é inmediatos resultados para el bien de la santa causa que defendíamos, aun en el muy improbable caso de obtener victoria, me decidí á retroceder.

Inmenso sacrificio impuse á mis bravos compañeros y me impuse á mí mismo con tal decision. Abandonar el campo sin luchar, y al frente de fuerzas que hasta entonces teníamos por amigas y en aquella ocasion trataban de sofocar nuestro noble movimiento, nos repugnaba como soldados y hombres de honor. En la terrible lucha entre nuestro amor propio y el respeto á la santa causa de la libertad, venció como debia el último.

Dispuse que, protegido por las guerrillas, se reembarcara el batallon en el tren, y ya en los coches toda su fuerza, retrocedimos á Toro. Sin ser hostilizado, se practicó aquella arriesgada operacion, muy á la vista del enemigo, que siempre permaneció fijo y en la misma actitud en el sitio donde habia hecho alto.

Mas de cinco horas, desde nuestra llegada hasta entonces, permanecimos al frente de Zamora.

A eso de las cinco de la tarde entramos en la ciudad de Toro, rodeados de sus habitantes, que con entusiastas manifestaciones habian salido á recibirnos. Los torezanos se disputaron la satisfaccion de alojar en sus casas á los oficiales y tropa, dando así muestras de sus sentimientos liberales. Prestáronse tambien espontáneamente, y como conocedores del terreno, á establecer avanzadas que vigilasen todos los caminos y avenidas, á fin de hacer menos penoso el servicio de la tropa y evitar cualquiera sorpresa.

Alojado el batallon y tomadas las precauciones necesarias á nuestra seguridad, pasé á avistarme con varias personas, que para el caso de no venir á unírse nos las fuerzas de Zamora contribuyeron con su actividad á proporcionarme los medios de trasporte que pudiera necesitar, y otros elementos indispensables para la marcha.

De ninguna manera se me ocultaba que nuestra retirada sobre

Toro era inconveniente bajo el punto de vista estratégico, y que nuestra permanencia allí, aun cuando fuese por algunas horas, era arriesgada.

A Toro, estacion confluyente de las vías férreas de Zamora, Madrid y Valladolid, podian caer en pocas horas, bien aisladamente, ya en combinacion, fuerzas muy superiores á las nuestras en número, aunque no en decision, que hubieran hecho inútil nuestra resistencia, y que no porque podia haber sido heroica, nos hubiera salvado.

Mas á pesar de todo, cercado por todas partes y muy espuesto á ser batido, sobre Toro me retiré, y en Toro permanecí seis horas. Tenia necesidad de esperar el cumplimiento de lo que se me prometió en Zamora; y esperé, aunque inútilmente, hasta las diez de la noche.

Á esta hora, convencido completamente de que tal promesa no se cumplia, emprendí mi retirada hácia los montes de Tábara, por donde deseaba acercarme á la raya de Portugal, como terreno en que por sus condiciones topográficas hubiera podido utilizar mejor mis medios de defensa, y la emprendí á pesar de ser la noche fria y lluviosa, porque conceptué prudente separarnos, aunque solamente dos ó tres leguas de la vía férrea.

No me decidí á atravesar por Toro el rio Duero y tratar de unir-me al general, porque además de ignorar el punto donde podria encontrarle, era larga la distancia que tenia que recorrer para salir de Castilla la Vieja y pasar á la Nueva ó á Andalucía, adonde suponía se trasladara aquel, dado caso que tampoco hubiera sido secundado por las guarniciones de Madrid y otras; viaje penosísimo para tropa que mal calzada, con escasas municiones y sin otros necesarios recursos, hubiera tenido que hacer á la ventura repetidas marchas forzadas, sin noticias del resultado del movimiento emprendido, y recorriendo comarcas ocupadas por las diversas columnas, que salidas sin duda alguna de Madrid y otras plazas en persecucion de la del conde de Reus, podrian fácilmente conocer mis movimientos y de improviso caer sobre nosotros, con los elementos de que puede siempre disponer un gobierno constituido.

Opté pues por dirigirme á cortas jornadas sobre Alcañices, punto que por su inmediacion á la raya de Portugal pensé elegir como

base de operaciones, para emprender las que despues de asegurada mi retirada conviniesen al objeto de la revolucion cuando ya me hubiera sido posible ponerme en comunicacion con el general en jefe, cuyas órdenes confiaba haber podido pedir, y tambien contar con los otros jefes que creia se hubieran secundado.

Pernocté en la Aldea de Malva, á tres leguas de Toro, desde las dos ó tres de la madrugada hasta el amanecer que se continuó la marcha para Villarrin de Campos, porque por la lluvia y el frio venia ya estenuada la tropa, que gracias al considerable número de carros sacados de Toro, pudo recorrer el pantanoso camino que recorrió.

Tambien á aquella corta distancia de Toro esperé de nuevo de Zamora, y con referencia al general Prim, noticias que confiaba me trasmitiesen personas encargadas de ello en la primera de dichas ciudades. Mas no sucedió así.

La noche del dia 5 se descansó en Villarrin de Campos, cuya jornada fué tambien penosa por el mal estado de los caminos y la continua lluvia. Reconocióse con anticipacion el paso del rio Esla por el sitio donde se halla la barca llamada de los Frailes de Morenuela, cerca de la granja del mismo nombre, y noticioso de que aún no habia sido retirada la barca ni ocupado el paso por las fuerzas que suponía habrian salido en nuestra persecucion, me puse en movimiento al romper el dia.

A las diez de la mañana del 6 estábamos en la orilla izquierda del Esla. Con orden y las precauciones consiguientes se practicó la difícil y arriesgada operacion de pasar el rio; operacion en que para trasladar á la orilla derecha todo el batallon y bagajes mas indispensables, empleé unas dos horas, continuando en seguida la marcha hácia Tábara, donde tenia pensado pasar la noche.

Ya oscurecido, entró en este pueblo, mandada por un teniente, nuestra vanguardia, que aprehendió á un cabo y á un trompeta de Carabineros de caballería, los cuales, procedentes de Zamora, descansaban allí para despues seguir su viaje, con objeto de entregar á varios puestos de Carabineros pliegos que conducian con órdenes para que se fuesen replegando á Alcañices despues de inutilizar las barcas establecidas sobre el Esla, y para que si de alguna manera

podian entorpecer nuestra marcha, lo verificasen, á fin de dar lugar á la aproximacion de varias columnas que de Zamora y Valladolid habian salido en persecucion nuestra, y de las cuales la procedente del primer punto era probable pernoctase la misma noche del 6 en Alcañices, con objeto de entorpecer nuestra entrada en Portugal si por allí la intentábamos, ó batirnos si ser era posible antes de ganar la raya.

La otra, que segun despues supe llegó á Medina el 4 á la misma hora que nosotros á Toro, seguia á nuestra retaguardia. De todo me informé á mi entrada en Tábara cuando me fueron presentados los dos prisioneros, resolviendo en su consecuencia no detenerme mas que lo absolutamente preciso para reponer algunos bagajes, tomar guías y adquirir noticias sobre los diferentes caminos y senderos que pudieran mas convenientemente servirme para acercarme á la raya, pasando por la derecha de Alcañices, sin necesidad de utilizar los caminos mas frecuentados y evitar mejor un encuentro inopinado; datos que conseguí con tanta mas facilidad, cuanto que allí, desconociéndose nuestro movimiento, se nos tomó por tropas del gobierno.

Me personé despues de esto en la plaza del pueblo de Tábara, donde á mi entrada habia dejado el batallon formado en columna para ser racionado y alojado, y mandé desfilas. Necesitaba ganar inmediatamente las montañas, y poniéndome en ellas á cubierto de los efectos de la caballería, no tener que batirme mas que con infantería, si, como presumia, llegaba á ser atacado.

Con mucha y noble resignacion, los bravos y sufridos individuos de Almansa continuaban esta penosísima jornada sin comer, en tempestuosa y oscura noche y por senderos resbaladizos, subiendo empinadas cuestas, descendiendo á profundas simas, cayendo aquí, levantando allá, y muchos sangrando descalzos piés ó ñateridas manos. ¡Escena sublime y desgarradora! Tanto sufrimiento y abnegacion me conmovieron, y no obstante nuestra difícil situacion, hice alto en la aldea de Campogrande para dar algun descanso á aquellos hombres, estenuados por la fatiga y el hambre, pero de valeroso corazon.

Eran de ánimo esforzado, y no necesitaban, no, de mi voz para

animarse; pero yo estaba en el deber de dar sinceras muestras de gratitud. A este fin dirigíles entonces mi palabra, haciéndoles comprender, que á pesar de nuestra difícil posición, cercados y probablemente muy de cerca perseguidos, descansaríamos allí algunas horas.

Comprendieron, sin indicárselo, el riesgo que mas que ellos podrían correr sus jefes y oficiales si caían prisioneros después de un desgraciado encuentro, y con una generosidad sin ejemplo renunciaron al descanso. Con varonil entereza prurupieron todos: «¡Adelante, mi comandante! Continuaremos con usted mientras sea preciso; no abandonaremos ni nuestra bandera ni á nuestros oficiales.»

Resuelto ya á no aceptar el combate sino para abrirme paso, creí lo mejor, para evitarlo, acercarme á la raya durante la noche lo mas que me fuera posible. Seguí pues en dirección á San Vitero. Al amanecer dominaba la altura sobre que se halla situado, permitiéndome ver en su fondo alguna tropa, que bien pudo ser la vanguardia de alguna de las columnas que venían en persecución de la mía, ó algun destacamento de Carabineros que se reconcentraba.

Precipité algo la marcha, y formando mas tarde en columna de maniobra, atravesé por San Juan y Arconcillo, un valle que se estiende hasta cerca de Alcañices, sobre cuya altura por la derecha y á un cuarto de legua, me encontré á las once y media de la mañana del día 7.

A las doce y media, entrando por Santa Ana, pisaba la raya.

Ya en tierra portuguesa y al calor de templado sol, pudo desahogadamente descansar mi gente, después de haber marchado consecutivamente muy cerca de treinta y cuatro horas.

Un capitán y un teniente pasaron al inmediato pueblo de Abellano, distante una escasa legua de la raya, á solicitar de su autoridad la protección de Portugal, para los que, como emigrados, iban á cobijarse bajo la sombra de su pabellón,

Desistí de mantenerme sobre los pueblos españoles limítrofes á Portugal, contrariándome en la intención que tenía cuando en Toro dí comienzo á mi retirada, porque pequeñas relativamente en número mis fuerzas, muy escasas de municiones y muy de cerca perse-

guidas por varias columnas con artillería y caballería, hubieran sido inútiles para el bien de la revolucion los esfuerzos, en aquella zona, de un centenar de valientes, á quienes nunca hubiera sido posible hacer ya allí otra cosa que estar á la defensiva. La humanidad exigia salvar de los peligros de tal situacion á aquel puñado de hombres, que de no entrar aquel mismo dia en Portugal, hubieran entrado despues diezmados y enrojeadas las manos con la sangre de sus hermanos.

A la caida de la tarde llegamos á Abellanos, donde su autoridad local nos recibió con marcadas muestras de deferencia, haciéndonos presentir la bondadosa acogida que mas tarde nos vino á dispensar la eminentemente liberal y hospitalaria nacion portuguesa, á la cual debemos eterna gratitud.

Aquella misma tarde depusimos nuestras armas en manos estrangeras, con todo el rubor y profundo pesar que este acto debia producirnos, á pesar de ser imperiosa la necesidad. Retuve la bandera en mi poder.

El dia 8 se trasladó el batallon á Vimioso y descansó el 9. En este punto se nos incorporaron con sus armas diez soldados que la fatiga habia hecho caer en los matorrales, y que tuvieron que ocultarse á las pesquisas de los Carabineros. El 10, ya por disposicion del gobierno portugués, por Otero y Riofrio pasaron á Braganza.

El 18 salió el batallon de esta plaza para los depósitos que á oficiales y tropa les estaban designados, pernoctando en este dia en Bragada, Quintela y Pudence.

Los siguientes, hasta Aveiro, donde tuvo lugar la sentida separacion del batallon para los puntos de estancia á cada cual designados, pernoctóse en Mirandella, Mursa, Villareal de Tras-os-montes, Peso de Regoa, Amarante y Peñafiel.

El 28 quedaron los oficiales en Aveiro, ciudad señalada para su residencia, y la tropa con dos de aquellos siguió á Peniche.

Durante esta marcha fuimos objeto de señaladas consideraciones de respeto y simpatías, rivalizando los pueblos y autoridades portuguesas en finos y cariñosos obsequios.

En Porto, donde nos detuvimos algunas horas, se leyó al batallon una órden general congratulatoria, por su abnegacion, disci-

plina y buen comportamiento, recomendando á la vez á sus individuos una conducta irrepreensible en lo sucesivo para merecer dignamente el nombre de ciudadanos libres y de soldados españoles.

Ya en la emigracion, seguimos con avidez los movimientos de nuestro general. En Regon recibimos la desagradable noticia de su entrada, por Barrancos, en Portugal. Esta nueva desgracia echó otra vez mas por tierra nuestros proyectos. Tenia intenciones de hacer por repasar la raya, acompañado de los oficiales mas decididos, y tratar de unirme á aquel.

Con nosotros, desde nuestra salida de Ávila hasta la emigracion, estuvo constantemente á la altura de su nombre y de las circunstancias, el teniente coronel señor Campos, quien por un exceso de delicadeza, jamás quiso aceptar el mando del batallon, á pesar de mis reiteradas súplicas...

Como el objeto de esta Memoria es únicamente dar general idea de la parte que tomó en el movimiento de Enero de 1866 el primer batallon de Almansa, me he abstenido de hacer especial mencion de individuos. Muchos por sus servicios importantes la merecen; todos los que me acompañaron contribuyeron con fé y segun sus fuerzas al buen éxito de la empresa, y al hablar yo por mi cualidad de jefe, lo hago solo como sencillo narrador: la gloria por igual pertenece, cuando por igual se asume la responsabilidad y se sufren las penalidades; no es la mia superior á la del último de mis compañeros.»

NOTAS BIOGRÁFICAS

DEL CORONEL DON EULOGIO GONZALEZ É ISCAR.

El año 1841, cuando tuvo lugar la conspiracion del general Leon, era teniente del regimiento Reina Gobernadora, número 27, y en una junta que en Valladolid celebraron los partidarios de aquel movimiento, fué designado con algunos oficiales mas del propio cuerpo, para ser fusilado, como dispuesto á sostener el gobierno del entonces Regente del reino.

En 1843 se puso tambien de parte del Regente cuando tuvo lu-

gar el pronunciamiento de este año, saliéndose de Granada en union de su jefe, treinta oficiales y trescientos individuos de tropa del regimiento de Astúrias, á incorporarse á la division del excelentísimo señor general don Antonio Van-Halen, que bajaba de Castilla la Vieja con objeto de sitiar la espresada capital por haberse insurreccionado contra el gobierno; y anduvo en operaciones hasta que, por consecuencia de herida de bala recibida en campaña, y á instancia del coronel de su regimiento que mandaba la fuerza no adherida al movimiento contra el gobierno, obtuvo pasaporte para Madrid con objeto de ponerse á las inmediatas órdenes del inspector de Infantería. Al llegar á dicho punto se aproximaron fuerzas de Castilla, al mando del general Azpiroz, pronunciadas contra el gobierno, y le dieron el mando de dos compañías de la Milicia Nacional, con encargo de cubrir el punto mas avanzado en la Montaña del Príncipe Pío, donde permaneció hasta la terminacion de aquella jornada política, que pasó á situacion de reemplazo en Castilla la Vieja, donde constantemente estuvo vigilado por las autoridades.

Posteriormente fué destinado á servicio activo y estuvo en él pocos meses, al cabo de los cuales fué separado por causas políticas, sufriendo algunas prisiones.

Volvió el año de 1849 á ingresar en las filas, donde siguió trabajando en sentido liberal, hallándose en continua correspondencia con el digno general Gurrea.

En el pronunciamiento del año 1854 fué uno de los capitanes del batallon cazadores de Ciudad-Rodrigo, que mas contribuyó para hacerle en sentido avanzado.

En los años desde 1863 hasta 1866 estuvo trabajando constantemente con sus amigos políticos don Pedro Calvo Asensio, Lagunero y otros, en favor de la libertad.

En el referido último año fué separado del primer batallon del regimiento infantería de Almansa, donde como comandante servia hacia cinco años, por creerlo el gobierno perjudicial en este cuerpo, á causa de sus ideas políticas.

Sus servicios desde entonces consignados están en la Memoria general del batallon, y no son menos brillantes que los anteriormente enunciados.

Como persona particular es un cumplido caballero, un buen esposo, y un leal amigo.

El poco tiempo que tengo para terminar este tomo, me impide hacer de él todo el elogio que se merece; pero como los hechos hablan con mas elocuencia que los hombres, los que quedan apuntados demostrarán mejor que yo pudiera hacerlo la bizarría de este campeón de la libertad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE.

INTRODUCCION.

	Págs.
I..... Prolegómenos revolucionarios.	7
II..... Elementos revolucionarios.	15
III..... Escrescencias revolucionarias.	21
IV..... Equivocacion.	24
V..... Fanatismo.	25
VI..... El peligro de las revoluciones.	29
VII..... Monarquía.	32
VIII..... Monarquía austriaca.	36
IX..... Dinastía de Borbon.	39
X..... Los Borbones.	42
XI..... Doña María Cristina.	47
XII..... Don Salustiano Olózaga.	49
XIII..... Doña Isabel II.	50
XIV..... Los partidos.	53
XV..... Del pueblo.	57
XVI..... Paréntesis.	58
XVII.... Mas sobre los partidos españoles.	60
XVIII... El retraimiento.	63
XIX..... Calvo Asensio.	69
XX.....	91
XXI..... Don Joaquin Aguirre.	91

XXII....	Don Nemesio Fernandez Cuesta.	95
XXIII...	Nota.	97

PRIMERA PARTE.

LA INCUBACION.

I.....	Quemar las naves.	99
II.....	Una dificultad.	111
III.....	El 3 de mayo.	113
IV.....	Alianza.	120
V.....	El sufragio universal.	126
VI.....	Soberanía nacional.	136
VII.....	Otras alianzas.	164
VIII.....	Ejército.	148
IX.....	Cómo se hizo la alianza.	158
X.....	Una observacion sobre la prensa.	160
XI.....	Primeros trabajos.	162
XII.....	La Montaña.	165
XIII.....	Excepciones del retraimiento.	167
XIV.....	El primer retraido.	173
XV.....	Desplégase la bandera.	176
XVI.....	Disculpa.	180
XVII....	Una hipótesis fundada sobre una anécdota histórica.	181
XVIII...	Alicante.	186
XIX.....	Pamplona.	189
XX.....	Valencia.	192
XXI.....	Semiesplicaciones.	197
XXII....	O'Donnell y su tiempo.	198
XXIII...	Otros proyectos.	209
XXIV...	Don Inocente Ortiz y Casado.	212
XXV....	Maledicencia.	215
XXVI...	Política.	218
XXVII..	A la Academia.	219
XXVIII.	Métodos históricos.	220
XXIX...	Consideraciones.	222

SEGUNDA PARTE.

SUBLEVACION DE ENERO.

I.....	Introduccion.	225
II.....	Don Juan Prim.	226
III.....	La libertad.	280
IV.....	El Progreso.	288
V.....	Viaje.	289
VI.....	Sigue el viaje.	293
VII.....	Algunas reflexiones.	296
VIII.....	Manifiesto.	298
IX.....	Digresion.	299
X.....	La Prensa.	302
XI.....	Versos.	307
XII.....	Mas versos.	312
XIII.....	Basta de coplas.	320
XIV.....	Pérdida.	331

TERCERA PARTE.

TRABAJOS EN LA EMIGRACION.

I.....	Los hombres prácticos.	335
II.....	Recuerdo.	337
III.....	Carlistas.	338
IV.....	Agentes revolucionarios.	343
V.....	Proyectos de jugador.	347
VI.....	<i>Il faut.</i>	349
VII.....	Tentativa.	353
VIII.....	Marcha.	354
IX.....	Carolina Coronado.	355
X.....	El 22.	362
XI.....	Romero Quiñones.	363
XII.....	Don Blas Pierrard.	364
XIII.....	421
XIV.....	Unionistas.	421

XV.....	Digresiones.	425
XVI.....	Don Fernando Leal.	425
XVII....	Esgrima.	427
XVIII...	Maximiliano.	427
XIX.....	Milans del Bosch.	432
XX.....	Trabajos en Bélgica.	433
XXI.....	Proclamas.	434
XXII....	Una aclaracion.	445
XXIII...	Portugal.	446
XXIV...	Paréntesis.	448
XXV....	Otra cosa.	451
XXVI...	Mujeres.	452
XXVII..	Consuelo.	455
	Apéndice.	457

